DAVID BRIN

Arrecife Brillante

DAVID BRIN

ARRECIFE BRILLANTE

Título original: *Brightness Reef* Traducción: Carlos Gardini
1.ª edición: enero 1998
© 1995 by David Brin © Ediciones B, S.A., 1998
Bailen 84 - 08009 Barcelona (España)
Printed in Spain ISBN: 84-406-7983-1 Depósito legal: B. 43.809-1997
Impreso por PURESA, S.A. Girona, 206 - 08203 Sabadell
Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright,* la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

PRESENTACIÓN

Con su Serie de la elevación de los pupilos, *iniciada en 1980, o con esas obras independientes, complejas y sugestivas como* EL CARTERO *(1985, prevista en* NOVA, *número 105),* TIERRA *(1990,* NOVA éxito, *número 6) o* TIEMPOS DE GLORIA *(1993,* NOVA éxito, *número 9), David Brin ocupa ya un lugar privilegiado en el seno de la moderna narrativa especulativa. Considerado por los lectores de la influyente revista* Locus *como el autor favorito de entre aquellos que empezaron a publicar en los años ochenta, Brin es capaz de abordar las especulaciones más arriesgadas y emocionantes con una habilidad narrativa excepcional.*

En los últimos años, David Brin no ha traicionado el alto nivel de exigencia que su propia producción anterior le impone. Sus últimos proyectos están claramente a la altura de esas expectativas: desde la continuación de la mítica serie de la FUNDACIÓN *de Isaac Asimov (proyecto que aborda con Gregory Benford y Greg Bear) hasta una brillante prosecución de la famosa serie del mismo Brin centrada en la* Elevación de los pupilos. ARRECIFE BRILLANTE *(1995), la novela que hoy presentamos, da inicio a una nueva trilogía enmarcada en la compleja historia de las Cinco Galaxias, serie galardonada en repetidas ocasiones con los premios más importantes de la ciencia ficción mundial: dos Hugo, dos Locus y un Nébula.*

La Serie de la elevación de los pupilos *parte de la idea de que las especies inteligentes de la Tierra (los seres humanos junto con los neo-chimpancés y los delfines genéticamente modificados para aumentar su inteligencia)*

constituyen un caso excepcional en la civilización galáctica. Al parecer, la Tierra ha logrado la sofisticación tecnológica y el viaje espacial sin ayuda de una especie superior. El conjunto de la civilización de las Cinco Galaxias se basa precisamente en que las especies avanzadas tutelan el ascenso o «elevación» de sus «pupilos», nuevas especies que, respaldadas por sus mentores, acceden a la cultura galáctica gracias a la educación y la ingeniería genética.

Así pues, los terrestres parecen ser los únicos que han encontrado por sí mismos el camino a las estrellas en un amplio y vasto universo donde, desde los ignotos y misteriosos Progenitores, todas las especies que han realizado el viaje estelar han precisado el apoyo de otras razas alienígenas superiores.

En Navegante solar *(1980,* NOVA éxito, *número 2) se narra la expedición del* Navegante, *un primer viaje trascendental en la historia de la humanidad y un duro aprendizaje a través de las relaciones con los ambiguos vecinos galácticos y el contacto con misteriosas vidas en la fotosfera del Sol. Con los adecuados elementos de ciencia y misterio, la primera novela de Brin ya mostraba la especial habilidad del autor para describir todo tipo de aventuras y episodios de acción, así como para convertir a los personajes en seres entrañables para el lector.*

Sin embargo, el éxito llegó de forma espectacular con MAREA ESTELAR *(1983, Acervo), en la que el* Streaker, *una nave espacial tripulada por terrestres (siete humanos, un neochimpancé y varios delfines) realiza un importante descubrimiento en el espacio. Comandada por primera vez en la historia por un delfín, la tripulación del* Streaker *parece haberse acercado en demasía al secreto de la*

legendaria y mítica especie de los Progenitores, la primera que llevó la sabiduría y el conocimiento a las estrellas. Debido a una avería, la nave se verá obligada a posarse en un mundo acuático, mientras el resto de las especies sentientes galácticas luchan para apoderarse del secreto que posee el Streaker. *Los mayores premios de la ciencia ficción mundial (Hugo, Nébula y Locus) avalan esta exitosa novela de David Brin, que sorprendió a todos por su novedad y, aún más importante, por la gran fuerza narrativa de su autor, entonces prácticamente desconocido.*

Con LA REBELIÓN DE LOS PUPILOS *(1987, Acervo), Brin cerraba la primera trilogía de la que a partir de entonces se llamó* Serie de la elevación de los pupilos. *En este caso, los lectores, conmovidos y fascinados, conocen las relaciones —algunas amistosas y otras no tanto— que los terrestres establecen con las demás especies galácticas. Esta vez, en el planeta Garth, los neochimpancés constituyen la especie pupila que debe defenderse de la agresión de los gugrus, un grupo avanzado y con apariencia de aves. Finalmente surgirá una nueva e inesperada especie pupila, también originaria de la Tierra.* LA REBELIÓN De Los Pupilos *obtuvo los premios Hugo y Locus tras haber sido tam bien finalista del Nébula.*

Esa primera trilogía ofreció en su momento un inteligente y elaborado esquema, con todo el sabor de la ciencia ficción más clásica combinada con el estilo narrativo que exigían los años ochenta.

Afortunadamente, tras realizar otros interesantes proyectos, David Brin ha decidido volver al universo de ficción de la Elevación de los pupilos. Se *trata ahora de una*

nueva y ambiciosa trilogía que se inicia con ARRECIFE BRILLANTE *(1995), continúa con* LA PLAYA DEL INFINITO *(1996) y concluye con un tercer título, todavía inédito en inglés cuando escribo estas palabras, pero que tal vez sea* HEAVEN's REACH *(posiblemente en 1997).*

Según parece, LA PLAYA DEL INFINITO *vincula esta segunda trilogía a la historia de los delfines tripulantes del* Streaker, *que aparece en* MAREA ESTELAR. *NO , el eje central de la nueva trilogía será el planeta Jijo, sorprendente curiosidad inmersa en el vasto universo de las Cinco Galaxias.*

Tal y como se narra en ARRECIFE BRILLANTE, *Jijo es un planeta prohibido, un mundo que se recupera lentamente de un grave desastre ecológico y al que, un millón de años atrás, los buyurs condenaron a permanecer cerrado a la colonización y al contacto interestelar. Sin embargo, diversos grupos de seres inteligentes, a menudo forajidos o extraviados, han aterrizado en Jijo pese a lo decretado por la civilización galáctica, y han roto el aislamiento.*

JIJO HA alcanzado pues, en ese largo período de exclusión, una compleja paz social intercultural, basada en la tolerancia y el respeto mutuo entre las siete especies que lo han ido poblando: los misteriosos bípedos hoons; los qheuens, conforma de cangrejo, y con cinco patas y pm/as; los urs, parecidos a centauros; los g'Keks, dotados de ruedas impulsadas biomagnéticamente; los traekis, con sus múltiples personalidades; los glávers, involucionados a un estado de presapiencia; y los humanos de la Tierra, de más reciente arribo, que aportan la tecnología que permite el florecimiento de una nueva civilización.

Siempre bajo la amenaza del inevitable Día del Juicio, cuando las

Cinco Galaxias descubran esa colonia ilegal y prohibida, acontece de repente lo imprevisto: una nave estelar aterriza cerca del lugar que los pobladores de Jijo consideran más sagrado.
La mayor aventura a escala galáctica está servida.
Y esa aventura concluirá (espero que sólo temporalmente...) en el ultimo volumen de esta nueva trilogía, cuando pobladores de Jijo y la gente del Streaker emprendan un atropellado viaje a través de los lugares más exóticos del universo ficticio que Brin está construyendo: una civilización de respiradores de hidrógeno, una civilización de máquinas, una civilización de seres trascendentes y, en términos generales, una amplia parafernalia de los temas habituales de la ciencia ficción clásica, aunque modernizados y completados con el toque especial del brillante y ameno novelista David Brin. Baste decir de momento que ARRECIFE BRILLANTE *ha sido finalista del premio Hugo de 1996 y que quedó segundo entre los candidatos al Locus de 1996, perdiendo en ambos casos por escaso margen, ante el fenómeno de* LA ERA DEL DIAMANTE *de Neal Stephenson que, ¿cómo no?, también está publicado en* NOVA *(número 101).*
No obstante, para satisfacción de Brin, LA ERA DEL DIAMANTE *«sólo» estuvo cinco meses en la lista de* bestsellers *de* Locus, *mientras que* ARRECIFE BRILLANTE, *tras sustituir a la novela de Stephenson en la primera posición, se mantuvo seis meses en esa lista.*
En cualquier caso, tanto una como otra obra, son de lectura imprescindible entre los títulos publicados originalmente en 1995; aunque ARRECIFE BRILLANTE *tenga una continuidad ya anunciada que esperamos ofrecer pronto a nuestros lectores.*

Hasta entonces, estoy seguro de que ARRECIFE BRILLANTE *no les decepcionará y, les recuerdo, es sólo el inicio de un nuevo ciclo de aventuras a escala galáctica que pronto estará con ustedes.*

Miquel Barceló

A Herbert H. Brin,
poeta, periodista y campeón de la justicia

ASX

Debo pedir vuestro permiso. Vosotros, anillos míos, mis diversos yoes. ¡Votad! ¿Hablaré en nombre de todos nosotros al mundo exterior?¿Nos uniremos, una vez más, para ser Asx?
Tal es el nombre que usan los humanos, los qheuens y otros seres cuando interpelan a esta pila de anillos. Con ese nombre, este conjunto de gordos anillos traeki fue designado sabio de la Comuna, respetado y reverenciado, capaz de juzgar a miembros de las seis razas exiliadas.
Con ese nombre, Asx, se nos pide que narremos historias. ¿Queda convenido?
Entonccs Asx oficiará de testigo de los hechos que hemos vivido, y de los narrados por otros. « Yo» hablaré, como si esta pila cometiese la locura de enfrentar el mundo con una sola mente.
Asx prepara su historia. Acariciad sus lustrosas sendas. Sentid la vaharada de la narración.
No tengo otra mejor que contar.

PRELUDIO

El dolor es la costura que lo sostiene, pues de lo contrario se habría deshilachado como un muñeco roto, habría dejado sus magulladas articulaciones en los lodosos juncos y habría desaparecido en el tiempo.
El lodo lo cubre de la cabeza a los pies, más pálido en los puntos donde el sol lo seca para formar un rompecabezas de placas resquebrajadas más livianas que su piel polvorienta. Las láminas visten su desnudez más lealmente que las prendas chamuscadas que se deshicieron como hollín cuando huyó despavorido del fuego. Este abrigo mitiga su desgarrador padecimiento, que así se vuelve casi amigable, como un jinete gritón que su cuerpo llevara por el pantano vasto y pegajoso.
Una especie de música lo rodea, una turbadora balada de arañazos y quemaduras, una sinfonía de sufrimiento y conmoción.
El agujero que tiene en el costado de la cabeza entona una cadencia arrasadora.
Una vez se apoyó la mano en la herida abierta. Esperaba que la piel y el hueso detuvieran los dedos, pero siguieron penetrando hasta que los retiró con un espasmo instintivo. Era demasiado, una pérdida incomprensible.
Pérdida de capacidad para comprender...
El lodo burbujea, succionándolo. Tiene que encorvarse para atravesar otra barrera de ramas entrecruzadas, veteadas de venas palpitantes, rojas o amarillas. Atrapados entre ellas hay trozos de ladrillo vidrioso o metal retorcido, oxidado por el tiempo y los ácidos. Elude estos lugares, recordando que antes tenía buenos motivos para evitarlos.

Antes sabía muchas cosas.
Bajo el lodazal, una liana le apresa el pie. Cae en el barro, agitando los brazos. Apenas logra erguir la cabeza, tosiendo y sofocándose. Se incorpora temblando, reanuda penosamente la marcha.
Otra caída podría ser el fin.
Aunque mueve las piernas, más por hábito que por decisión, el dolor recita una compleja fuga, un mudo suplicio. El único sentido que permanece intacto, después de la caída, el choque y el fuego, es el olfato. Ha perdido la capacidad de orientarse, pero el olor del combustible hirviente y de su carne chamuscada lo guía a trompicones hasta donde ralean los espinos.
Las lianas desaparecen. Al frente se extiende un pantano, cubierto de extraños árboles de raíces retorcidas. Nota consternado que el agua es más profunda. Pronto ese inmenso cenagal le llegará a las axilas.
Pronto morirá.
Hasta el dolor parece confirmarlo. Se aplaca, como intuyendo la inutilidad de arengar a un moribundo. Él se endereza por primera vez desde que salió de las ruinas llameantes. Avanzando por el lodo, se vuelve despacio.
Un par de ojos lo observan desde las ramas del árbol más próximo. Ojos encima de una mandíbula rechoncha con dientes afilados. Como un delfín diminuto, piensa, un delfín peludo, con patas cortas y membrudas y ojos penetrantes. Y orejas.
Quizá «delfín» no sea la palabra más adecuada. No está pensando con lucidez. Pero la sorpresa provoca una asociación. Por una senda vestigial aparece un resabio que casi se transforma en palabra.
—Ty... ty... —intenta articular—. Ty...

La criatura ladea la cabeza, aproximándose sobre la rama mientras él avanza extendiendo los brazos.
La criatura se distrae. Mira arriba buscando la fuente de un ruido.
Un chapoteo, seguido pronto por otros, que se repiten rítmicamente, aproximándose. Burbujeo y chapoteo, burbujeo y chapoteo. La criatura de pelaje lustroso entorna los ojos y suelta un suspiro de decepción. Gira y desaparece entre las hojas.
Él alza una mano, exhortándola a quedarse, pero no encuentra las palabras. No dice nada para expresar su aflicción cuando su frágil esperanza se despeña por un precipicio de impotencia. Solloza desesperado.
—Ty...ty...
El chapoteo se acerca. Luego interviene otro ruido, un grave susurro de aire aspirado.
Una andanada de chasquidos y silbidos responde al susurro.
Reconoce la cháchara del habla, el parloteo de los seres sapientes, sin llegar a comprender las palabras. Aturdido de dolor y resignación, da media vuelta y se sorprende al ver un bote que sale de la arboleda.
Bote. Esta palabra, una de las primeras que ha conocido, aflora en su mente con facilidad, tal como antes afloraban un sinfín de palabras.
Un bote. Construido con tubos largos y estrechos, ingeniosamente arqueados y anudados. Lo impulsan criaturas que se sirven de pértigas y remos. Criaturas que conoce. Ha visto otras similares, pero nunca juntas.
Nunca cooperando.
Una forma es un cono de anillos o toroides apilados, que disminuyen de tamaño con la altura, rodeados por un borde

de ágiles tentáculos que cogen una larga pértiga y la usan para apartar raíces del casco. Dos bípedos de hombros anchos y capa verde empuñan remos que parecen cucharas, y sus brazos largos y escamosos relucen bajo la oblicua luz del sol. La cuarta criatura consta de un torso blindado, azul y macizo, con láminas quitinosas, que culmina en una cúpula cuadrangular, bordeada por un rutilante ojo con forma de cinta. Cinco potentes patas nacen en el centro, como si la criatura pudiera correr hacia todas partes al mismo tiempo.

Conoce esas formas. Las conoce y las teme. Pero sólo siente auténtica desesperación cuando ve otra criatura a popa, empuñando el timón, escrutando la maraña de lianas y piedra corroída.

Es un bípedo más pequeño, esbelto, envuelto en un tejido tosco. Un perfil familiar, demasiado similar al suyo. Un desconocido, pero un desconocido que comparte su legado, que se inició en las inmediaciones de un mar salado hace muchos millones de años y a galaxias de distancia de este peñasco que flota en el espacio.

Es la última forma que desearía ver en este sitio desolado, tan lejos de casa.

Siente resignación cuando el pentápodo blindado alza una pata en forma de gancho para señalarlo con un grito. Los demás lo miran asombrados. También él está pasmado, pues es todo un espectáculo ver esos rostros y formas que parlotean. Luego aunan sus esfuerzos y entilan hacia él con la manifiesta intención de rescatarlo.

El los recibe alzando los brazos. Sus rodillas acaban cediendo y el agua turbia lo envuelve.

Tiene una sensación de ironía al abandonar la lucha por la vida. Ha recorrido un largo trecho y ha vivido muchas

peripecias. Hace poco, las llamas parecían su destino final, su condenación.
Ahogarse en el agua parece un destino más apropiado.

I

EL LIBRO DEL MAR

Escogisteis esta vida:
vivir, sentir y morir furtivamente
en este mundo herido,
lejos de las sendas estelares de antaño,
ocultos con otros exilados en un lugar
vedado por la ley.
¿Qué justicia tenéis derecho a reclamar?
El universo es cruel,
inexorables sus leyes.
El tiempo, verdugo implacable,
castiga incluso a los triunfadores que se cubren de gloria.
Cuánto peor para vosotros,
los malditos, los que temen el cielo.
Aun así, hay sendas que ascienden
dejando atrás la pena de la desesperación.
¡Ocultaos, hijos del exilio!
¡Temed las estrellas!
Mas observad y escuchad,
pues un camino llegará.

Rollo del Exilio

LA NARRACIÓN DE ALVIN

El día en que tuve edad suficiente para que mi cabello comenzara a tornarse blanco, mis padres llamaron a todos los miembros de nuestro cúmulo al khuta familiar para celebrar una ceremonia en la que me darían un nombre apropiado, Hph-wayuo.
No está mal, por ser un nombre hoon. Rueda fácilmente por mi saco laríngeo, aunque a veces me causa embarazo oírlo. Se supone que la manija está en nuestro linaje desde que nuestra nave furtiva trajo al primer hoon a Jijo. La nave furtiva era súper. Quizá nuestros antepasados hayan pecado al venir a procrear en este planeta tabú, pero pilotaban un potente crucero estelar que eludió las patrullas del Instituto y las tormentas de carbono de Zang e Izmunuti para llegar aquí. Pecadores o no, eran valientes y hábiles.
He leído todo lo que pude encontrar sobre aquellos tiempos, aunque sucedió cientos de años antes de que hubiera papel en Jijo, así que debemos guiarnos por un puñado de leyendas de los pioneros hoons, quienes al descender del cielo descubrieron que los g'Keks, los glávers y los traekis ya se ocultaban en la Cuesta. Según cuentan las historias, esos primeros hoons hundieron su nave furtiva en el profundo Sumidero, para que nadie la encontrara, y luego construyeron toscas balsas de madera, las primeras en surcar los ríos y mares de Jijo desde que se fueron los grandes buyurs.
Dado que se relaciona con la nave furtiva, creo que el nombre que me han dado no está mal.
Aun así, prefiero que me llamen Alvin.
Nuestro maestro, el señor Heinz, quiere que los alumnos

de grado superior escribamos diarios, aunque algunos padres dicen que el papel cuesta demasiado en el sur de la Cuesta. A mí no me importa. escribir acerca de las aventuras que he vivido con mis amigos, ayudando y fastidiando a los bondadosos marineros de la bahía, explorando sinuosos túneles de lava cerca del volcán Guenn, o navegando en nuestra pequeña embarcación hasta la larga y puntiaguda sombra de Roca Terminal.
Tal vez algún día convierta estas notas en un libro.
¿Por qué no? Domino el ánglico a la perfección. Hasta el exigente Heinz admite que tengo un don especial para las lenguas, pues a los diez años ya me sabía de memoria nuestro ejemplar del diccionario *Roget's.* Ahora que el impresor Joe Dolenz se ha instalado en Wuphon, no dependemos de la caravana de bibliotecarios viajeros para encontrar nuevas lecturas. Tal vez Dolenz me deje trabajar como tipógrafo, siempre que me admita antes que mis dedos se vuelvan demasiado grandes para manipular esas pequeñas letras invertidas.
Mu-phauwq, mi madre, dice que es una gran idea, aunque sé que lo dice por complacer una obsesión infantil. Ojalá no fuera tan condescendiente conmigo.
Mi padre, Yowg-wayuo, se muestra más crítico, hinchando el saco laríngeo y diciéndome que no sea tan humitador. Pero estoy seguro de que en el fondo le complace la idea. ¿Acaso no se lleva él libros prestados en sus largos viajes al Sumidero, aunque no debería hacerlo? ¿Qué ocurriría si el barco se hundiera y el último ejemplar de *Moby Dick* desapareciera con los tripulantes? Sería un desastre.
¿Y acaso él no me ha leído casi desde el día en que nací, recitando las grandes historias terrícolas de aventuras, como *La isla del tesoro, Sim-bad,* o *Marte ultravioleta?*

¿Quién es él para acusarme de humitador?
Hoy papá dice que yo debería leer a los nuevos escritores hoons, que tratan de superar la imitación de los antiguos terrícolas para escribir literatura de y para nuestra especie. Supongo que tendría que haber más libros en otros idiomas que no sean ánglico, pero el galáctico dos y el galáctico seis parecen demasiado envarados para la narrativa. De todos modos, he leído algunos de esos escritores. De veras. Aunque ninguno es comparable a Mark Twain.
Naturalmente, Huck está de acuerdo con eso.
Huck es mi mejor amiga. Escogió ese nombre, aunque yo insistía en que no era apropiado para una chica. Ella retuerce un tallo ocular alrededor del otro y dice que no le importa, que si la vuelvo a llamar «Becky» me cogerá el pelo de la pierna entre los rayos de sus ruedas y girará hasta hacerme gritar.
Supongo que no importa, pues los g'Keks cambian de sexo cuando sus ruedecillas se desprenden, y si ella quiere seguir siendo hembra es cosa suya. Como huérfana, Huck ha vivido con la familia vecina desde que el Gran Alud del Norte exterminó al clan de tejedores que habitaba las ruinas buyurs de esa comarca. Es natural que sea un poco rara después de pasar por esa experiencia y de ser criada por hoons. Pero es una gran amiga y buena marinera, aunque sea g'Kek, aunque sea niña, y aunque no tenga piernas dignas de mención.
En general Pinzón también suele acompañarnos en nuestras aventuras, sobre todo cuando recorremos la costa. Él no necesitaba un apodo tomado de una leyenda, pues todos los qheuens rojos reciben uno en cuanto sacan las cinco zarpas del criadero. Pinzón no es un gran lector

como Huck y yo, pues pocos libros soportan la sal y la humedad del lugar donde vive su clan. Son pobres, y se alimentan de lombrices que encuentran en los lodazales del sur de la ciudad. Papá dice que los qheuens de caparazón rojo eran siervos de los grises y azules, antes que su nave furtiva los trajera a todos a Jijo. Aun después de eso, los grises siguieron mostrándose prepotentes con los demás, y papá dice que los rojos no están acostumbrados a pensar por su cuenta.

Es posible, pero cuando Pinzón nos acompaña, es el más parlanchín, y usa todas las bocas de sus patas al mismo tiempo: habla de serpientes marinas, del tesoro perdido de los buyurs y de otras cosas que jura haber visto, o bien que ha oído contar a alguien que conoce a alguien que tal vez haya visto algo. Cuando nos metemos en algún lío, suele ser por algo que se le ocurrió dentro de esa dura cúpula donde guarda el cerebro. A veces quisiera tener una fracción de la imaginación que él tiene.

Incluiría a Ur-ronn en la lista, pues a veces nos acompaña. Ur-ronn es tan fanática de los libros como Huck y yo. Aun así, es urs, y esos no son muy amigos de andar humitando. Por ejemplo, no les gustan los apodos.

Una vez, cuando leíamos viejos mitos griegos, Huck trató de llamar «centauro» a Ur-ronn. Cualquiera diría que una urs se parece a esas criaturas fabulosas... si le acabaran de dar un ladrillazo en la cabeza y el dolor le impidiera ver o pensar bien. Pero a Ur-ronn le disgustó la comparación y lo demostró moviendo el largo pescuezo como un látigo. Por poco le arranca un tallo ocular a Huck con una dentellada de su triple boca.

Hluck nunca más se atrevió a decir «centauro».

Ur-ronn es sobrina de Uriel, quien dirige una forja cerca de

los hirvientcs charcos de lava del monte Guenn. Ganó una beca para ser aprendiz de herrera en vez de quedarse con los rebaños y caravanas de la pradera. Es una lástima que la tía la tenga ocupada casi siempre y nunca la deje acompañarnos en el bote, porque las urs no saben nadar.
Ur-ronn leía bastante en su escuela de la pradera. Libros que jamás oímos nombrar en este rincón de la Cuesta. Nos cuenta las narraciones que recuerda, como las historias de Caballo Loco y Gen-ghis Khan, y guerreras urs de las grandes batallas que libraron con los humanos cuando los terrícolas llegaron a Jijo, antes que la Comuna se uniera y se iniciara la Gran Paz.
Sería súper que nuestra pandilla incluyera a los Seis, como cuando Drake, Ur-jushen y sus camaradas emprendieron la Gran Búsqueda y fueron los primeros en ver el Huevo Sagrado. Pero el único traeki de la aldea es el farmacéutico, y es demasiado viejo para generar una nueva pila de anillos para que juguemos. En cuanto a los humanos, su aldea más próxima está a varios días de viaje. Así que tenemos que resignarnos a ser cuatro.
Es una lástima. Los humanos son súper. Trajeron libros a Jijo y hablan ánglico mejor que nadie, aparte de Huck y de mí. Además, un niño humano se parece a un pequeño hoon, así que podría ir a los mismos lugares adonde yo voy con mis dos largas piernas. Ur-ronn es veloz, pero no puede meterse en el agua, y Pinzón no puede alejarse mucho de la humedad, y la pobre Huck tiene que permanecer donde el suelo es lo bastante llano para sus ruedas.
Ninguno de ellos sabe trepar a un árbol.
Aun así, son mis amigos. Claro que hay cosas que ellos pueden hacer y yo no, así que estamos en paz.

Huck propuso que organizáramos una aventura emocionante para el verano, pues quizá fuera el último que compartiéramos. La escuela había terminado. El señor Heinz realizaba su viaje anual al gran archivo de Biblos, y luego asistiría al Festival de la Asamblea. Como de costumbre, se llevó a algunos estudiantes hoons mayores, entre ellos la hermanastra de Huck, Aph-awn. Les envidiábamos el largo viaje: primero por mar, luego por el río hasta Ur-Tank, y al fin en caravana de asnos hasta ese valle de montaña, donde asistirían a juegos y representaciones, visitarían el Huevo y presenciarían la asamblea de los sabios, que juzgarían a las seis razas exiliadas de Jijo.

Es probable que nosotros vayamos el año próximo, pero confieso que no nos agradaba la perspectiva de esperar diecisiete meses más. ¿Y si no teníamos nada que hacer en todo el verano excepto remolonear para que nos pillaran nuestros padres y nos enviaran a limpiar barcos, descargar botes pesqueros y realizar otras tareas aburridas? Peor aún, no habría más libros nuevos hasta que el señor Heinz regresara, siempre que no perdiera la lista que le habíamos dado.

(Una vez regresó muy entusiasmado con un fajo de antiguos poemas de la Tierra pero ni una novela de Conrad, Coopé o Coontz. Y encima algunos adultos sostenían que les gustaban esos poemas.)

De cualquier modo, fue Huck quien sugirió dirigirse más allá de la Línea, y no sé si esto es reconocerle un mérito o echarle una culpa.

—Sé dónde hay algo para leer —dijo un día, cuando comenzaba el verano aquí en el sur.

Yowg-wayuo ya nos había pillado holgazaneando bajo el

muelle, arrojando piedras contra algún qheuen, aburridos como noors en una jaula. Nos envió rampa arriba a reparar la red de camuflaje de la línea, una labor que siempre he detestado. Me alegraré cuando sea demasiado grande para hacerla. Los hoons no somos aficionados a las alturas como los arborícolas humanos y sus chimpancés, y nos marea arrastrarnos por la red de madera que cubre las casas y tiendas de Wuphon, tendiendo una moqueta de verdor que presuntamente impide que nuestra aldea se vea desde el espacio.

Dudo que sirva de nada si llega el Día que todos temen. Cuando los dioses del cielo bajen para juzgarnos, ¿de qué servirá una techumbre de hojas? ¿Nos protegerá del castigo? Pero no quiero que me llamen hereje. Este no es el lugar indicado para hablar de ello.

Ahí estábamos, en lo alto de Wuphon, expuestos al tórrido sol, y Huck lanzó su comentario como un repentino borbotón de granizo.

—Sé dónde hay algo para leer.

Dejé mis rollos de tela sobre un matorral negro. Abajo distinguí la casa del boticario, cuya chimenea expulsaba inconfundibles olores traekis. (¿Sabéis que sobre la casa de un traeki crecen otras especies de plantas? Puede ser una lata trabajar allí arriba mientras el boticario prepara medicamentos.)

—¿De qué hablas? —pregunté, combatiendo una oleada de modorra. Huck cogió uno de los rollos y lo insertó en los sitios donde la pérgola estaba floja.

—Hablo de leer algo que nadie ha visto en la Cuesta —dijo con esa voz cantarína que usa cuando se cree que es una gran idea. Dos tallos oculares revoloteaban sobre sus manos atareadas, mientras un tercero me observaba con

un destello que conozco bien—. Hablo de algo tan arcaico que es como si el rollo más antiguo de Jijo acabara de salir de la imprenta de Joe Dolenz, con la tinta todavía húmeda.
Huck recorría las vigas, haciéndome tragar saliva cuando alzaba una ruedecilla o pasaba frente a un boquete, entretejiendo tiras de madera flexible como juncos en un cesto. Los g'Keks parecen frágiles porque prefieren los caminos llanos y evitan el terreno pedregoso. Pero esos ejes y rebordes son ágiles, y lo que un g'Kek llama carretera puede ser tan estrecho como un tablón.
No me vengas con eso —repliqué—. Tu gente quemó y hundió su nave furtiva, como todas las razas que vinieron a Jijo. Todos tenían Rollos... hasta que llegaron los humanos.
Huck meció el torso, imitando un gesto traeki que significa *Quizá tengas razón, pero yo/nosotros no pensamos así.*
—Oh, Alvin, sabes que incluso los primeros exiliados encontraron cosas para leer en Jijo.
De acuerdo, no soy una lumbrera. Soy bastante listo a mi manera, pero un hoon es exhaustivo y pertinaz, nunca rápido. Fruncí el ceño, imitando una expresión pensativa humana, aunque cuando lo hago me duele la frente. Mi saco laríngeo palpitó mientras yo me concentraba. —Mmmm... Espera un momento. ¿Te refieres a esas inscripciones que encontraron... ?
—¡En las murallas de los antiguos edificios buyur, sí! Las que no fueron derruidas o comidas por arañas reductoras cuando se fueron los buyurs hace un millón de años. Precisamente esas inscripciones. —¿Pero la mayoría no eran señales de tráfico y cosas parecidas? —Pues sí —concedió Huck, bajando un tallo ocular—. Pero había algunas realmente extrañas en las ruinas donde yo vivía

antes. Tío Lorben estaba traduciendo algunas al gal-dos, antes del alud.
No me acostumbro a la soltura con que habla del desastre que exterminó a su familia. Si me sucediera algo semejante, no volvería hablar durante años. Quizá nunca.
—Mi tío se escribía con un erudito de Biblos para comentar las inscripciones que encontró. Yo era demasiado pequeña para entender nada de eso, pero es evidente que hay sabios que investigan las inscripciones buyur.
«Y otros a quienes no les gustaría», pensé. A pesar de la Gran
Paz, todavía hay gente de los seis linajes que está dispuesta a gritar
«¡Herejía!» y hablar de los espantosos castigos que caerán del cielo.
—Es una lástima que todas las inscripciones fueran destruidas
cuando...
—¿Cuando la montaña mató a mi gente? Sí, una lástima. Oye, Alvin, pásame un par de rollos más. No llego a...
Huck vaciló sobre una rueda, mientras la otra giraba en el aire. Tragué saliva y le pasé los tablones de bu.
—Gracias —dijo Huck, acomodándose en la viga con una sacudida que sus amortiguadores lograron suavizar—. ¿Dónde estaba? Ah, sí. Las inscripciones buyurs. Iba a sugerir que podemos encontrar inscripciones que nadie ha visto. Al menos ningún miembro de las seis razas.
—¿Cómo es posible? —En mi confusión debí de agitar el saco laríngeo, haciendo gorgoritos—. Tu gente llegó a Jijo hace dos mil años. La mía también. Hasta los humanos han estado aquí unos siglos. Cada palmo de la Cuesta está explorado, y han excavado hasta el último emplazamiento

buyur veintenas de veces.

Huck estiró los cuatro ojos hacia mí.
—¡Exacto!
Flotando desde su tímpano craneal, la palabra ánglica parecía revelar una moderada emoción. La miré largo rato y al fin grazné de sorpresa.
—¿Hablas de abandonar la Cuesta? ¿De ir más allá de la Grieta?
Hubiera sido preferible no preguntar nada.
Si Ifni hubiera arrojado los dados de otra manera, esta historia sería muy diferente. Las cosas estuvieron muy cerca de salir como quería Huck. Ella era insistente. Cuando terminamos de reparar el enrejado y fuimos a holgazanear cerca de los barcos amarrados bajo enormes árboles gingourv, insistió en el asunto con su combinación de ingenio g'Kek y perseverancia hoon.
—Vamos, Alvin. ¿No hemos navegado muchas veces hasta Roca Terminal, desafiándonos a seguir adelante? Incluso la pasamos una vez, y no ocurrió nada malo.
—Sólo llegamos a la mitad de la Grieta. Luego regresamos.
—¿Y qué? ¿Quieres sufrir esa vergüenza para siempre? ¡Tal vez sea nuestra última oportunidad!
Me froté el saco laríngeo, haciendo un ruido hueco.
—¿Olvidas que ya tenemos un proyecto? Construiremos un batiscafo para sumergirnos...
Huck soltó un rugido de repulsión.
—Hablamos de ello la semana pasada y estuviste de acuerdo en que lo del batiscafo es una locura.
—Dije que me lo pensaría. A fin de cuentas, Pinzón ya ha construido el casco. Lo preparó él mismo, mascando ese

tronco de garu. ¿Y qué hay del trabajo que aportamos los demás, buscando viejos planos terrícolas, preparando el compresor y el cable? También están esas ruedas que rescataste, y la escotilla de Ur-ronn.
—Sí, sí. —Renunció a todos nuestros esfuerzos con un gesto desdeñoso—. Fue divertido trabajar en eso durante el invierno, cuando de todos modos teníamos que quedarnos en casa. Sobre todo cuando parecía que no terminaría nunca. Al menos hacíamos algo. ¡Pero las cosas se están poniendo serias! Pinzón habla de hacer una inmersión dentro de un par de meses. ¿No convinimos en que era una locura, Alvin?
Huck se acercó e hizo algo insólito en una g'Kek. Arrulló imitando a una joven hoon que intenta engatusar a un varón de su especie. ¿No preferirías acompañarme para ver esas inscripciones súper, un pardas y antiguas que fueron escritas con ordenadores y láseres y demás? ¿Eh? ¿No es mejor que ahogarse en un apestoso ataúd a medio camino del fondo del mar?
Era el momento de cambiar de idioma. Aunque normalmente el ánglico me agrada más que las rígidas lenguas de los dioses estelares, hasta el señor Heinz acepta que «sus ritmos humanos y escasa estructura lógica favorecen los entusiasmos impetuosos».
En ese momento necesitaba todo lo contrario, así que adopté los silbidos y crujidos del galáctico dos.
—Posibilidad de delito (punible). ¿En ello no has pensado? Sin inmutarse, me respondió en gal-siete, la lengua formal favorita entre los humanos.
—Somos menores, amigo. Además, la ley de fronteras está destinada a impedir la procreación ilícita más allá de la zona permitida. Nuestra pandilla no tiene semejante

intención. —En un rápido cambio a galáctico dos añadió—: ¿O acaso tienes (perversos) designios de intentar experimentos de (extraña, híbrida) procreación con esta personalidad (virginal, femenina)?
Vaya idea. Obviamente trataba de desarmarme. Me encontré perdiendo el control de la situación. Pronto estaría jurando que zarparíamos hacia esas oscuras ruinas que se ven desde Roca Terminal, cuando uno dirige un telescopio urs más allá de las profundas aguas de la Grieta. En ese instante vi un chapoteo familiar bajo la plácida bahía. Una silueta rojiza se deslizó hacia la orilla arenosa hasta que apareció un blindaje manchado y carmesí, chorreando agua salada. Del compacto caparazón hectagonal surgió una cúpula carnosa, ceñida por un lustroso anillo negro.
—¡Pinzón! —exclamé, aliviado por poder cambiar de tema—. Ven y ayúdame a hablar con esta tonta...
Pero el joven qheuen me interrumpió aun antes de que el agua dejara de burbujear en sus conductos parlantes: —¡M-m-mo-mo-mon...!
Pinzón no habla el ánglico tan bien como Huck y yo, y menos cuando está nervioso, pero lo usa para demostrar que es tan moderno como los demás. Alcé las manos.
—Calma, amigo. Tómate un respiro. Tranquilo.
Suspiró, exhalando un par de torrentes de burbujas donde dos de sus puntiagudas patas aún estaban sumergidas.
—¡L-los he visto! ¡Esta vez los he visto!
—¿Qué has visto? —preguntó Huck, acercándose.
La banda visual que ceñía la cúpula de Pinzón miró a todas partes al mismo tiempo. Sentimos la intensa mirada de nuestro amigo mientras aspiraba profundamente y suspiraba una sola palabra.

—¡Monstruos!

II

EL LIBRO DE LA CUESTA

LEYENDAS

Ha pasado un millón de años desde que los buyurs se fueron de Jijo, obedeciendo normas galácticas de gestión planetaria cuando expiró su mandato en este mundo. Los buyurs destruyeron diligentemente todo aquello que no podían llevarse u ocultar en escondrijos lunares, y apenas dejaron unos escombros sepultados bajo las lianas donde antaño se erguían sus relucientes ciudades.
Pero su sombra aún pende sobre nosotros, los salvajes malditos y exiliados, recordándonos que otrora reinaron dioses en Jijo.
Siendo ocupantes ilegales —invasores que no deben morar más allá de esta franja que se extiende entre las montañas y el mar—, nuestros seis pueblos, las Seis Razas, sólo pueden contemplar las erosionadas ruinas buyurs con reverencia supersticiosa. Aun cuando nuestra Comuna recobró los libros y el alfabeto, carecíamos de las herramientas y aptitudes necesarias para analizar los restos o para aprender gran cosa acerca de los últimos ocupantes legales de Jijo. Algunos en-tusiastas, dándose aires de «arqueólogos», han comenzado a imitar técnicas de polvorientos textos terrícolas, pero ni siquiera estos devotos saben decirnos qué apariencia tenían los buyurs, y mucho menos cuá-les eran sus habitos, actitudes o modo de vida.
Nuestra mejor documentación viene del folclore.
Aunque los glávers ya no hablan y por ende no se cuentan

entre los Seis, aún tenemos algunas fábulas suyas que nos han referido los g'Keks, quienes conocían mejor a los glávers antes que éstos involucionaran.
Antes que su nave furtiva llegara a Jijo, cuando los glávers recorrían los astros como ciudadanos plenos de las Cinco Galaxias, entablaron relación con la raza de los tunnuctyurs, un clan grande y noble. Los tuunuctyurs habían sido Elevados por otra especie, los amos que les dieron el habla, las herramientas y la condición de sapientes. Los amos se llamaban buyurs, y eran oriundos de la Galaxia Cuatro, de un mundo en cuyo cielo pendía una enorme estrella de carbono.
De acuerdo con la leyenda, los buyurs eran célebres como inteligentes diseñadores de criaturillas vivientes.
También eran célebres por poseer un rasgo raro y peligroso: sentido del humor.
Hau-Uphtunda,
Dominio de los buyurs,
Gremio de eruditos autónomos,
año 1908 del Exilio.

ASX

Oíd, anillos, la canción que canto. Dejad que sus vapores se eleven entre vuestros núcleos y desciendan como gotas de cera. Trae muchas voces, aromas y períodos de tiempo. Se entreteje como un tapiz g'Kek, fluye como un aria hoon, galopa como una leyenda urs, avanza inexorablemente, como las páginas de un libro humano.
La historia comienza en paz.
Era primavera, a principios del segundo ciclo lunar del año 1930 de nuestro exilio y crimen, cuando llegaron los rothens, manifestándose en el cielo contra nuestra voluntad. Reluciendo como soles en tu dominio del aire y del éter, rasgaron el velo de nuestro ocultamiento en la peor época posible, durante la Asamblea estival de las tribus, cerca del bendito Huevo de Jijo.
Allí habíamos ido, como era costumbre desde la Emergencia, a oír la música del gran ovoide. A buscar señales que nos guiaran. A trocar el producto de nuestros diversos talentos. A zanjar disputas, a competir en los juegos y a renovar la Comuna. Ante todo, a buscar maneras de reducir el daño producido por nuestra nefasta presencia en este mundo.
La Asamblea: época de fervor para los jóvenes, de trabajo para los habilidosos, de despedida para quienes se aproximan al final de sus años. Corrían rumores de que esta Asamblea sería importante. Habían acudido mas miembros de clanes que de costumbre. Junto con los sabios y los errabundos, los fulleros y los técnicos, sencillas gentes de «los, cuatro y cinco piernas —y también de rueda y anillo— seguían el redoble de los tambores en las escarchadas sendas de montaña para

llegar a los valles sagrados. Dentro de cada raza, muchos habían sentido
los temblores, más fuertes que nunca desde el año providencial en que el Huevo surgió del suelo maternal de Jijo, arrojando un tórrido polvo natal, y luego moderó nuestras facciosas pasiones para unirnos. Ah, Asamblea.
Tal vez esa última peregrinación no se haya solidificado como ceroso recuerdo. Pero evocad la lenta marcha de nuestros hoy viejos anillos a bordo de un bote en el Lejano Santuario Mojado, para ir más allá del reluciente Flujo Espectral y el Llano de Arena Áspera.
¿Acaso esas conocidas maravillas no palidecieron cuando llegamos al Gran Pantano y lo encontramos en flor, algo que un traeki sólo veía una vez en la vida? Un mar de colores florecientes y frutales que ya agonizaban gárrulamente ante nuestros sentidos. Trasbordando del bote a la gabarra, los viajeros bogamos entre intensos olores, bajo doseles de pétalos.
Nuestros compañeros vieron en ello un presagio, ¿verdad, anillos míos? Los humanos que iban entre nosotros hablaban de la misteriosa Ifni, la antojadiza, cuyos veredictos no siempre son justos pero siempre resultan sorprendentes.
¿Recordáis otras visiones/experiencias? ¿Las aldeas de tejedores? ¿Las arañas reductoras y los campamentos de cazadores? ¿Y el arduo ascenso por el paso de Largas Umbras hasta llegar al verde valle donde, hace cuatro generaciones de traekis, los geiseres escupían danzas irisadas, celebrando el surgimiento del oscuro ovoide?
Evocad el crujido de la grava volcánica, el temblor de la mansa bestia rewq en nuestro anillo cefálico, negándose a cubrir nuestras ranuras visuales, de modo que llegamos al

campamento sin máscara, mientras niños de los Seis Pueblos correteaban gritando: «¡Ha llegado Asx el traeki!» Evocad a los demás Sabios Supremos, nuestros colegas y amigos, saliendo de sus tiendas, caminando, reptando o rodando, para saludarnos con este epíteto. Consideran que esta definición es apropiada para «mí», una ficción que complazco.

¿Recordáis todo eso, anillos míos?

Paciencia, pues. Los recuerdos se solidifican como gotas cerosas, revistiendo nuestro núcleo más íntimo. Una vez allí, es imposible olvidarlos.

Hay un profundo resplandor en el sector del cielo más alejado del sol de Jijo. Dicen que esto es raro en los mundos catalogados por los grandes galácticos, un efecto de los granos de carbono —los mismos que hay en el granizo hueco—, granos enviados por Izmunuti, el resplandeciente OJO estelar de una constelación que los humanos llaman Tormento de Job. Se cuenta que nuestros antepasados estudiaron estas características de su nuevo hogar antes de incendiar y sepultar sus naves.

También se cuenta que buscaron estos datos en una rama portátil de la Biblioteca Galáctica, antes de entregar incluso ese tesoro a las llamas en el día llamado Sin Retorno.

No había granizo hueco esa mañana de primavera, cuando los demás sabios salieron para saludar nuestros anillos, llamándonos Asx. Mientras nos reuníamos bajo un pabellón, supe que nuestro rewq no era el único que se había puesto inquieto. Ni siquiera el paciente ho-on era capaz de controlar a su ayudante traductor. Los sabios, pues, deliberamos sin esas pequeñas criaturas simbióticas, entendiéndonos únicamente con palabras y gestos.

Entre aquellos cuyos antepasados escogieron el desamparo del exilio en este mundo, los g'Keks son los mayores, así que el papel de Portavoz de la Ignición recayó en Vubben.
—¿Somos culpables por el fracaso de los rantanoides? —preguntó Vubben, al tiempo que dirigía cada ojo hacia un punto cardinal diferente—. El Huevo detecta dolor en el campo vital cuando se pierde potencial.
—Hrrrm. Sin cesar discutimos sobre ello —respondió Phwhoon-Ifni, el sofista hoon—. Lark y Uthen hablan de decadencia. Los rantanoides aún no están extinguidos. Queda un puñado en una isla de Yuqun.
El sabio humano, Lester Cambel, convino en ello.
—Aunque no tuvieran esperanzas, los rantanoides son una especie más entre los gorgojos de raíces. No hay motivos para pensar que contaban con una bendición especial.
Ur-Jah replicó que sus antepasados, allá lejos en el espacio y el tiempo, habían sido pequeños gorgojos.
Lester accedió con una inclinación.
-Aun así, no somos responsables por el ascenso y caída de cada especie.
-¿Cómo saberlo? —insistió Vubben—. Carecemos casi por completo de herramientas científicas, ya que nuestros egoístas antepasados nos dejaron a tientas en la oscuridad, y por ello ignoramos qué daño sutil causamos al pisar una hoja o descargar nuestros excrementos en una fosa. Nadie puede predecir de qué se nos hará responsables cuando llegue el Día. Incluso los glávers, en su actual estado de inocencia, serán juzgados.
Fue entonces cuando nuestra anciana sabia qheuen, a quien llamamos Intuición Acerada, ladeó su caparazón azul. Su voz era un suave susurro que nacía e*n* un muslo

quitinoso.
—El Huevo, nuestro don en el desierto, conoce las respuestas. Con la verdad recompensa a la mente abierta.
Abrumados por su sabiduría, nos quedamos meditando.
Ahora innecesarios, los errantes rewqs abandonaron nuestra frente y se reunieron en el centro, intercambiando enzimas. Iniciamos un ritmo suave, cada sabio suman'do una línea de armonía, de hálito y corazón palpitante.
Anillos míos, ¿recordáis lo que aconteció entonces?
Ecos tonantes rasgaron la urdimbre de nuestra unión, enviados con arrogancia por la nave rothen, proclamando su poder maligno aun antes de llegar.
Salimos para contemplar con azoramiento el cielo resquebrajado.
Pronto los sabios y gentes comunes supieron que el Día había
llegado.
Los hijos de los caídos no escapan de la venganza.

LA FAMILIA DE NELO

El papelero tenía tres hijos, un número digno de su noble vocación, como su padre, y también el padre de su padre. Nelo suponía que su linaje continuaría a través de sus dos hijos varones y su hija
mujer.
Se disgustó, pues, cuando sus tozudos descendientes abandonaron el molino de agua, sus esclusas y sus engranajes de madera. Ninguno de ellos oía ya el invitante ritmo del martillo, que trituraba telas usadas procedentes de los seis pueblos, ni miraba la dulce bruma difundida por los tamices, ni escuchaba los respetuosos saludos de los mercaderes, que acudían desde lejos para comprar las lustrosas páginas blancas de Nelo.
¡Sin embargo, a Sara, Lark y Dwer les encantaba usar papel!
Dwer, el menor, lo usaba para envolver puntas de flecha y señuelos de caza. Pagaba a su padre con nódulos de piu o dientes de grwon y se internaba de nuevo en el bosque, tal como hacía desde que cumplió los nueve años. Habiéndose iniciado con Fallon el Rastreador, Dwer pronto fue leyenda en la Cuesta.
Ninguna criatura escapaba a su arco, a menos que estuviera protegida por la ley. Y circulaba el rumor de que aquel joven de ojos brillantes y pelo oscuro mataba y comía aquello que le venía en gana, cuando la ley se descuidaba.
Tan sagaz como Dwer impetuoso, Lark usaba el papel para los grandes mapas que colgaban en su estudio. Algunas partes estaban ennegrecidas con notas y diagramas, otras presentaban grandes espacios en blanco, un derroche del arte de Nelo.

—Es inevitable, padre —explicaba Lark frente a estantes de madera abarrotados de fósiles—. No hemos averiguado qué especies llenan esos blancos. Este mundo es tan complejo que hasta dudo de que los buyurs hayan comprendido cabalmente el ecosistema de Jijo.

Para Nelo esa frase era absurda. Cuando los buyurs se fueron de Jijo, eran ciudadanos plenos de la Comunidad de las Cinco Galaxias, con acceso a la legendaria Gran Biblioteca, frente a la cual ni siquiera todos los libros de papel de Biblos eran gran cosa. Con una palabra, los buyurs podían solicitar respuesta a cualquier pregunta que hubiera bajo el sol. Bajo un millón de soles, si uno daba crédito a las antiguas leyendas.

Al menos los sabios aprobaban el trabajo de Lark. ¿Pero qué decir de Sara? Favorita de Nelo, amaba los olores, ritmos y texturas de la fabricación de papel. Hasta los catorce años, cuando descubrió un talento.

Nelo culpaba a su difunta esposa —que había entrado en su vida tan extrañamente, tanto tiempo atrás— por llenar la cabeza de sus hijos con historias y ambiciones raras.

«Sí—decidió—. Fue culpa de Melina.»

Un carraspeo lo arrancó de sus remembranzas. Pestañeó cuando un par de ojos pardos asomó por encima del maltrecho escritorio. Esa cara rodeada de pelo oscuro era tan humana que los traekis incautos a veces presentaban a los chimpancés los respetos debidos a los miembros plenos de la Comuna.

—¿Todavía estás aquí? —rezongó Nelo.

La chimpancé hizo una mueca y señaló el depósito donde un asistente de Nelo sacaba hojas rasgadas de un cubo de desechos.

Nelo maldijo.

— ¡Esos desechos no, Jocko!
—Pero, amo, dijiste que usara restos que no pudiéramos vender.
Nelo se agachó bajo el Gran Eje, una vara rotativa horizontal de madera que llevaba energía desde la represa de la aldea hasta los talleres cercanos. Ahuyentó a Jocko.
—No importa lo que haya dicho. Regresa a las tinajas y dile a Caleb que consuma menos agua. Aún faltan cuatro meses para la es-tación de las lluvias, y a este paso nos quedaremos sin agua en menos de dos meses.
Nelo estudió los estantes hasta encontrar dos resmas en buenas condiciones, encuadernadas en lianas. No eran desechos despreciables. Alguien los habría comprado. Por otra parte, ¿para qué guardarlo? ¿Acaso los sabios no aconsejaban no consagrar demasiado orgullo ni cuidados al día de mañana?
Pues todos los parias serán juzgados y pocos obtendrán la gracia.
Nelo resopló. No era hombre religioso. Él fabricaba papel y su profesión implicaba cierta fe en las bondades del tiempo.
—Esto servirá para tu ama, Prity —le dijo a la chimpancé, que rodeó el escritorio extendiendo las manos. Muda como un rewq, prestaba a la hija de Nelo unos servicios que estaban más allá de las capacidades de otras criaturas de Jijo. Unos servicios que pocos comprendían. Nelo le entregó uno de los pesados paquetes.
—Yo llevaré el otro. De todos modos es hora de que la visite, para ver si come bien.
La chimpancé sabía expresarse con los ojos a pesar de su mudez. Sabía que era apenas una excusa para echar un vistazo al misterioso huésped de Sara.

Nelo gruñó.
—Acompáñame y basta de remoloneos. Algunos tenemos que trabajar para vivir.
Una vereda cubierta unía la fábrica y la represa con el bosque donde vivían la mayoría de los aldeanos. La intensa luz del sol penetraba por una techumbre de camuflaje viviente. A mediodía había que ser optimista para creer que ese dosel ocultaría los edificios si alguien miraba desde el espacio. Y entre los Seis, el optimismo se consideraba una moderada herejía.
Claro que no era la herejía que profesaba el hijo mayor de Nelo.
El ocultamiento parecía doblemente problemático en el caso de la gran represa. A diferencia de las que habían levantado los colonos qheuen, encerrando pequeñas lagunas detrás de barreras que imitaban derrumbes o pilas de troncos, ésta tenía medio tiro de flecha de extensión. Rocas falsas y matorrales disimulaban sus contornos, pero muchos la consideraban la construcción más visible de la Cuesta, al margen de algunas ruinas buyurs. Cada año, el Día de la Denuncia, los extremistas exigían su destrucción.
«Y ahora Lark es uno de ellos —se quejó Nelo ante el espíritu de su difunta esposa—. ¿Oyes, Melina? Tú trajiste a ese muchacho cuando viniste del lejano sur. Nos enseñan que los genes no importan tanto como la crianza, ¿pero acaso crié a mi hijo para que fuera un apóstata que azuzara a la turba? ¡Jamás!»
Nelo no creía en el camuflaje, sino en la promesa de los antepasados que habían plantado su simiente fugitiva en Jijo y afirmaba que
no habría una exploración detallada desde el espacio hasta al cabo de medio millón de años.

Una vez utilizó este argumento cuando discutía con Lark. Para su sorpresa, el muchacho estaba de acuerdo y dijo que no tenía importancia.
—No pido medidas drásticas porque tema un castigo, sino porque es lo correcto.
¿Correcto? ¿Erróneo? Una nube de vertiginosas abstracciones. Lark y Sara insistían en esas peroratas, discutiendo durante horas acerca del destino. A veces Nelo pensaba que Dwer, el salvaje del bosque, era el más transparente de sus hijos.
La carpintería de la aldea escupía serrín a medida que fabricaba los tubos para que Jobee, el rechoncho fontanero, los insertara en las casas. Así recibían agua corriente y podrían descargar los desechos en los pozos sépticos. Comodidades de la vida civilizada.
—Sombra profunda, Nelo —saludó Jobee con una afabilidad que invitaba a charlar un rato.
—Cielo nuboso, Jobee —respondió Nelo con una cortés inclinación de cabeza, y siguió caminando. Claro que no le haría mal charlar unos duras. «Pero si se entera de que visito a Sara, vendrá con media ciudad para averiguar qué he sabido de su nueva mascota, el forastero que tiene un agujero en la cabeza.»
Con anterioridad se había ocupado de una ardilla alada con la cola rota, o un cachorro de toyo herido. Cualquier criatura enferma o lastimada terminaba en su almacén, donde Sara lo cuidaba en una caja torrada con el mejor fieltro. Nelo pensaba que su hija había superado esa etapa, hasta que pocos días atrás regresó de un viaje de exploración con un hombre herido en una camilla.
En un tiempo Nelo se habría opuesto a que un forastero, por en-fermo que estuviera, se alojase en la casa-árbol de

su hija. Ahora se alegraba de que algo la distrajera de un año de trabajo y aislamiento. Un maestro de Sara le había escrito recientemente, alegando que ella estaba rehuyendo un deber importante en una mujer de su casta. Nelo había reprendido a ese tipo por su impertinencia. Aun así, todo interés que Sara demostrara por un hombre renovaba sus esperanzas.

Desde la vereda cubierta, Nelo vio que el demoledor y su hijo inspeccionaban un muelle de la represa. Grave e imponente, con rasgos profundos, Henrik metió la mano en un orificio y extrajo un tubo de punta redonda. Estudiando la carga, el demoledor se la dio a su hijo.

Nelo cobró conciencia de que el gran lago de la represa sería capaz de barrer esclusas y fábricas si alguna vez Henrik recibía órdenes de cumplir con su deber. También sintió un aguijonazo de envidia por ese entendimiento entre padre e hijo, el mismo entendimiento
que en un tiempo había tenido con los suyos. Esperaba compartirlo de nuevo con alguien que amara el papel como él.

«Ojalá al menos uno de los tres me dé un heredero. Pero tendré uno —se juró—. Aunque deba sobornar a los sabios para que lo ordenen.»

Henrik metió el tubo en su sitio, tapando el orificio con arcilla.

Nelo oyó un suspiro a la izquierda y advirtió que otra persona miraba a los demoledores. Era Muerdetroncos, matriarca de la comunidad qheuen, acuclillada junto a un tocón, con las cinco patas retraídas. Nerviosas exhalaciones agitaban el polvo en su caparazón azul, y usaba un rewq sobre la franja visual, como si eso le diera mucha información sobre Henrik y su hijo.

De todos modos, ¿por qué se preocupaba Muerdetroncos? Esto era mero mantenimiento de rutina. Los aldeanos humanos de Dolo nunca sacrificarían la represa, fuente de su riqueza y prestigio. Sólo algunos fanáticos ortodoxos querían eso.

Y el hijo mayor de Nelo.

«Todos están nerviosos —pensó, desviando la mirada—. Primero un invierno anormal, luego la propuesta de Ulkoun y la herejía de Lark. Y ahora Sara llega a casa con un forastero misterioso. No es de extrañar que me cueste conciliar el sueño.»

La mayoría de las casas estaban resguardadas del cielo refulgente, anidadas en los troncos de grandes árboles garu, donde especies de musgo comestible florecían en anchos jardines de las ramas. Parecía un nicho ideal para los terrícolas, así como los qheuens azules amaban los lagos y los urs las llanuras secas.

Nelo y Prity tuvieron que detenerse para dejar pasar a unos niños que arreaban pavos silvestres por la marga del bosque. Un par de glávers de piel opalina, perturbados mientras buscaban alimento, ir-guieron las cabezas redondas y olisquearon altivamente. Los niños rieron, y los enormes ojos de los glávers perdieron brillo, pues les costaba mantener la luz de la furia.

Era el ritmo familiar de la vida aldeana, y Nelo no habría temido que se alterase salvo por las palabras que le había dirigido su hijo mayor antes de marcharse para la Asamblea, cuando Lark explicó el motivo de su herejía.

—La naturaleza se está apoderando nuevamente de este mundo, padre, rompiendo los moldes impuestos por sus antiguos ocupantes.

Nelo había dudado. ¿Cómo podía la vida no sapiente

cambiar un mundo en menos de un millón de años sin la guía de una raza rectora?
—Para eso se declara un mundo en barbecho —continuó Lark—. Para que descanse y se recobre sin interferencias.
—Sin gente como nosotros, quieres decir.
—Así es. No deberíamos estar en Jijo. Nuestra sola presencia ya causa daño al mundo.
Era el dilema moral de los Seis. Los antepasados de cada raza habían creído que tenían buenas razones para viajar tan lejos en sus naves furtivas y plantar una simiente renegada en un mundo prohibido. Los Rollos hablaban de crimen mezclado con angustiada esperanza. Pero el hijo de Nelo enfatizaba la cuestión del crimen. Más aún, Lark y sus camaradas planeaban hacer algo al respecto. Un gesto grandilocuente en la Asamblea de ese año, que expiara la culpa de varias generaciones mediante un acto de devoción tan sagrado como atroz.
—Qué necedad —había protestado Nelo—. Cuando la civilización vuelva a colonizar esta galaxia, no habrá señales de que nuestra especie habitó aquí si vivimos piadosamente, respetando el Huevo y el Juramento. Tus planes no cambiarán las cosas.
En sus discusiones con Dwer abundaban los gritos, pero era más frustrante hablar con Lark, quien enmascaraba su herejía purista con una obcecada urbanidad que seguramente había heredado de su madre.
—No importa que nuestro crimen nunca se descubra, padre. Lo que importa es que no nos corresponde estar aquí. No deberíamos existir.
Los aldeanos saludaban al papelero mientras Nelo y Prity pasaban. Pero él respondía de mal talante, lamentando que sus hijos lo humillaran así, descuidando sus deberes y

propagando ideas perturbadoras.
Había varias embarcaciones en el muelle. Dóciles y peludos noors correteaban por los mástiles, tendiendo líneas y mantos de camuflaje, como los altos y hocicudos hoons les habían enseñado durante siglos. La tripulación de una nave ayudaba a algunos lugareños a cargar vidrio y metal recogidos en una ruina buyur de río arriba, material destinado a los artesanos de Ur-Tanj, o bien a los sumideros de escoria de mar adentro.
Normalmente Nelo se habría parado a mirar, pero Prity le tironeó la manga, urgiéndolo para que se internara en las ramas azuladas del bosquecillo.
De repente estallaron gritos. Los hombres soltaron sus bártulos y los marineros hoons se agazaparon, estirando las velludas piernas. Los troncos oscilaron, y los mástiles del barco crujieron al partirse los cabos, mientras un oleaje sacudía el agua. Una hojarasca surgió del bosque, llenando el aire de formas espiraladas. Nelo reconoció el rumor tonante de un terremoto. Un miedo visceral se mezcló con una extraña emoción mientras se preguntaba si debía correr hacia el descampado.
El tumulto se calmó antes de que Nelo atinara a decidirse. Las ramas aún se mecían, pero las planchadas dejaron de vibrar y las ondas del agua se disiparon como ensueños. Los aliviados marineros resoplaron. Los aldeanos hacían gestos reverentes, pues las conmociones de Jijo eran manifestaciones sagradas de la fuerza curativa del planeta, aunque trajeran calamitosas ruinas. Una vez, un siglo atrás, un terremoto más violento había hecho surgir el Huevo Sagrado, una bendición que era digna de todo el dolor que acompañó su nacimiento.
«Oh, Madre Jijo —rezó Nelo mientras se calmaban los

últimos temblores—. Que todo vaya bien en la Asamblea. Que los sabios disuadan a Lark y sus amigos de su necio plan.
»Y que Dwer —se atrevió a añadir— encuentre una muchacha de buena familia y siente cabeza.»
No se atrevió a pedir un tercer deseo. Sara no querría que él invocara a una deidad para favorecerla. A menos que fuera Ifni, la imparcial y caprichosa diosa de los números y el destino.
Más calmado, Nelo indicó a Prity que encabezara la marcha. Pronto subieron por un macizo garu, y luego entre copas donde se extendían cuerdas para guiarlos. Nelo movía los pies por hábito y apenas reparaba en la altura, pero la resma de papel le pesaba más en las manos. La casa de Sara estaba a tal altura que la luz del día bañaba durante horas una pared de zarzo. Nelo cogió una cuerda mientras cruzaba el último tramo. El sol desnudo era tan cegador que estuvo a punto de tropezar con una jaula cuadrangular, hecha de varillas atadas, que pendía de una polea junto al porche de Sara.
«¡Un ascensor! ¿Por qué hay un ascensor en la casa de mi hija? —De pronto lo recordó—. Es por el forastero.»
Aromas penetrantes brotaban de la casa: intensos, almizclados, dulzones. Nelo miró dentro, donde oblicuos rayos de sol atravesaban las persianas. Oyó la voz de Sara, que protestaba en otra habitación. Alzó la mano para golpear la jamba, pero se detuvo cuando dos sombras se aproximaron desde el interior. Una de ellas era un cono formado por anillos, más alto que Nelo. Pies rechonchos impulsaban el anillo inferior con chirridos gomosos.
Dos aros enmarcaban a la criatura más pequeña, cuyo torso delgado terminaba en un par de gráciles brazos y

cuatro apéndices oculares que miraban a todas partes al mismo tiempo. Una rueda chirrió cuando la criatura avanzó, revelando la manchada caja cerebral y los ojos somnolientos de un g'Kek mayor.
Si había dos ciudadanos de Dolo que pudieran hacer que Nelo se sintiera ágil a su edad, eran precisamente estos dos. En toda la historia de sus dos especies, ni los g'Keks ni los traekis habían trepado a un árbol.
—Cielos nubosos, papelero —dijo la criatura con ruedas.
—Sombras profundas, doctor Lorrek. Y a ti, boticario. —Nelo se inclinó dos veces—. ¿Cómo está tu paciente?
El ánglico de Lorrek era magnífico después de haber pasado dos años ejerciendo su profesión en la población de Dolo, mayormente humana.
—El herido recobra sus fuerzas con una rapidez asombrosa, ayudado por los ungüentos especiales de Pzora. —El doctor movió un ojo hacia el traeki, cuyo noveno toroide parecía concentrado en una dificultosa tarea médica—. Y también gracias al benéfico efecto de este aire limpio.
Eso era una sorpresa, en efecto. Había pensado que el forastero no sobreviviría.
—¡Con esas heridas! ¿Y el agujero de la cabeza?
Encogerse de hombros había sido originalmente un gesto humano, pero nadie lo hacía con más gracia que un g'Kek.
—Yo temía que fuera una mutilación fatal. Obviamente el forastero debe la vida a las secreciones de Pzora, y a la acción expeditiva de tu hija, que lo trajo desde ese pantano pestilente.
Luego habló el boticario traeki, moviendo sus órganos sensoriales, semejantes a gemas, con una voz ondulante como un arpa desafinada.

—Yo/nosotros ayudamos con gusto, aunque nuestros anillos sintéticos casi se desmayan por el esfuerzo. Se necesitaron ungüentos de rara potencia. Pero parece difícil de contentar.
—¿A qué te refieres?
—Sólo aquí, en estas alturas donde los gérmenes son escasos, se podría haber hecho este trabajo. La residencia de Sara es ideal, y ella no permite que nadie más acepte al paciente. Sin embargo, Sara se queja. Ansía terminar esta interrupción, deshacerse de nosotros.
—Es sólo una metáfora —explicó Lorrek.
—Así supusimos yo/nosotros. Yo/nosotros tenemos en gran estima esa disonancia paradójica. Espero que las personalidades de ella lo comprendan.
—Me cercioraré de que así sea —le dijo Nelo a Pzora, con una sonrisa.
—Gracias a todos vosotros, excelente Nelos —respondió el joven traeki, adoptando la forma plural—. Yo/nosotros ansiamos una labor serena, cuando regresemos esta noche.
Lorrek cubrió sus tallos oculares, y Nelo no necesitó un rewq para comprender la callada risa del viejo g'Kek.
la serenidad es buena —convino secamente, tras un carraspeo incómodo.
Sostuvo el ascensor para que el pesado traeki entrara. Luego entró el tambaleante Lorrek, con su rueda izquierda afectada por una enfermedad degenerativa incurable en el eje. Nelo tiró de la soga, indicando a un lejano operador que pusiera en marcha el malacate.
—¿Se sabe algo sobre la identidad del forastero? —preguntó Lorrek mientras esperaba.
—Que yo sepa, no. Aunque sin duda es sólo cuestión de

tiempo.
Hasta ahora, ni siquiera los mercaderes habían reconocido al hombre inconsciente, lo cual implicaba que venía de lejos, quizá de las colonias costeras o del Valle. En Dolo nadie conocía a Melina cuando llegó tiempo atrás, con una carta de presentación y un bebé apoyado en las caderas.
«La Cuesta es mayor de lo que pensamos.»
El g'Kek suspiró.
—Debemos resolver si será más conveniente que el paciente sea enviado a otra parte, ahora que se ha estabilizado, para que lo examinen...
El ascensor tembló y descendió rápidamente, interrumpiendo a Lorrek.
«En fin —pensó Nelo, mientras el coche desaparecía entre las ramas musgosas—. Eso explica las protestas. Sara no querrá que envíen su mascota a los especialistas de Tarek, aunque se queje de la interrupción.»
¿Alguna vez aprendería? La última vez que Sara se había dejado llevar por su instinto protector, socorriendo a un encuadernador convaleciente de Biblos, todo había desembocado en un romance que terminó en tragedia, escándalo y alejamiento de su gremio. Nelo esperaba que el ciclo no se repitiera.
Aunque ahora podría recobrarlo todo, su posición y el matrimonio con un sabio respetable. «Nunca tuve simpatía por el avinagrado Taine, pero ofrece una vida más segura que la que ella habría tenido con ese amante debilucho. Al menos puede aprender matemáticas mientras me da algunos nietos.»
La pequeña chimpancé entró en la casa. La voz de Sara resonó en las sombras.
—¿Eres tú, Prity? Sólo he tenido interrupciones, pero creo

que al fin he resuelto ese problema. ¿Por qué no vienes a...?
Se oyó un ruido seco. Un bulto aterrizando en una mesa.
—Ah, el papel. Maravilloso. Veamos qué nos ha enviado el viejo esta vez.
—Todo lo que el viejo envíe es bueno para quienes no pagan por ello —rezongó Nelo, parpadeando mientras sus ojos se adaptaban. Su hija se levantó de un escritorio abarrotado de libretas con símbolos oscuros. El redondo rostro de Sara se iluminó con una sonrisa que a él siempre le parecía bella, aunque habría sido mejor que se pareciera más a la madre.
«Mis rasgos físicos y el cerebro febril de Melina. No es la combinación que deseaba en una muchacha.»
—¡Padre! —Ella se acercó para abrazarlo—. Me has sobresaltado.
Su cabello negro, cortado como el de un varón, olía a polvo de lápiz y ungüentos de Pzora.
—Pues sí. —Él miró con disgusto el cuarto desordenado, que ahora tenía un jergón junto al escritorio. Textos con emblemas del gran archivo de Biblos se amontonaban junto a notas acerca del «nuevo rumbo» que había cobrado su investigación, combinando nada menos que la matemática y la lingüística.
Prity cogió un papel y se sentó en un taburete. La chimpancé movió el labio inferior, examinando las hileras de símbolos de una en una. Era una colaboradora silenciosa en un arte arcano que Nelo jamás comprendería.
Miró hacia el porche, donde la luz del sol caía sobre una manta, perfilando dos enormes pies.
—Ahora que los dos varones se han ido, se me ocurrió

visitarte para ver cómo andabas.
—Estoy bien, como verás. —Sara señaló en torno, como si esa combustible casa arbórea fuera un dechado de orden—. Y Prity cuida de mí. Vaya, si hasta me acuerdo de comer casi todos los días.
—Bien... —masculló Nelo. Pero Sara le había cogido el brazo y lo llevaba gentilmente hacia la puerta.
—Iré a visitarte mañana —prometió—, cuando Lorrek y el viejo Pestilente me pidan que me vaya. Iremos a Belonna a comer, ¿vale? Hasta me pondré un vestido limpio.
—Eso estaría bien. Sólo recuerda que los ancianos te pondrán ayudantes si esto se complica.
Ella asintió.
—Sé lo que piensas de esto, padre: «Sara y sus obsesiones.» No te preocupes. Esta vez no es así. Sólo creo que este sitio es ideal para impedir que se infecten esas horribles heridas.
Oyeron un gemido. Sara titubeó, alzó una mano.
—Vengo enseguida.
Nelo vio que se dirigía hacia el porche. La siguió, llevado por la curiosidad.
Prity estaba enjugando la frente del herido, que agitaba las manos morenas como si ahuyentara una amenaza mortal. Lívidas cicatrices cruzaban los brazos del hombre, y un líquido amarillo goteaba por una venda que tenía cerca de la oreja izquierda.
La última vez que Nelo lo había visto, tenía la tez lívida, con la palidez de la muerte inminente. Ahora los ojos, con iris casi negros, parecían llamear de pasión.
Sara cogió las manos del herido y le habló para calmarlo. Pero el forastero le aferró las muñecas con tanta fuerza que Sara gritó. Nelo se aproximó, tratando en vano de

liberar a su hija de esos fuertes dedos.
El forastero tartamudeó, empujando a Sara al suelo.
En ese momento, el cielo se entreabrió.
Un viento rugiente abrió las persianas, tirando cacharros de los estantes de la cocina. Cuando el árbol garu se inclinó como empujado por una manaza, Nelo perdió el equilibrio. Padre e hija aferraron los tablones del piso mientras el árbol se mecía. Nelo vio el suelo por una ventana. Más cacharros cayeron. Los muebles se deslizaron hacia la puerta abierta. En medio de un remolino de papeles, Prity gritó y el forastero aulló al mismo tiempo, los ojos desorbitados.
El aturdido Nelo se preguntó si sería otro terremoto.
El garu los sacudió como cuentas de un collar por un período aterrador que pareció una eternidad y que apenas debió de durar un minuto. Asombrosamente, la casa se mantuvo en su sitio, una hendidura entre dos ramas. Un tamborileo recorrió el árbol mientras el gemido que Nelo sentía en el cráneo se silenciaba. A regañadientes, dejó que Sara lo ayudase a levantarse. Se reunieron con el forastero, que ahora aferraba el alféizar con los nudillos blancos.
El bosque era un remolino de polvo y hojarasca. Ningún árbol había caído, para sorpresa de Nelo. Buscó la gran represa y descubrió que estaba en pie, gracias a Dios. La fábrica de papel parecía intacta.
—¡Mira! —jadeó Sara, señalando el cielo del sureste.
Allí había una estela delgada y blanca. El enorme y veloz objeto que había rasgado el aire todavía centelleaba a lo lejos, cerca de los blancos picos de la cordillera de los Linderos. Parecía tan raudo *y* arrogante... Nelo no tuvo necesidad de manifestar su temor en voz alta. Los ojos de

su hija expresaban el mismo miedo.
El forastero, siguiendo ese resplandor lejano *y* menguante, soltó un suspiro aciago. Parecía compartir la angustia de ambos, pero en su rostro fatigado no había la menor expresión de sorpresa.

ASX

¿Recordáis, anillos míos, que la nave rothen circunvoló tres veces el valle de Asamblea, envuelto en llamas, seguido por la rugiente protesta de un cielo desgarrado? Golpead la cera de la memoria, y recordad cuan potente parecía la nave, detenida en el aire.
Hasta la tribu humana —entre nosotros, la más ingeniosa en tecnología— miraba boquiabierta mientras el gran cilindro, inmenso como un glaciar, se posaba a noventa tiros de flecha del hueco secreto del Huevo Sagrado.
La gente de los Seis se nos acercó con un gemido de espanto.
—Oh, sabios. ¿Hemos de huir? ¿Nos ocultaremos, como exige la ley?
Pues así lo ordenan los Rollos.
Ocultad vuestras tiendas, vuestros campos, vuestras obras y vuestras personas. Del cielo descenderá vuestro juicio y vuestro flagelo.
—¿Enviaremos la Llamada? —preguntaron los emisores de mensajes—. ¿Será preciso arrasar aldeas, rebaños y colmenas?
Ya antes de que se dictara la ley, cuando nuestra Comuna aún no había surgido al cabo de profundas hostilidades, ya entonces nuestras bandas de renegados sabían dónde estaba el peligro. Los exiliados de Jijo nos ocultábamos cuando las sondas de los Institutos Galácticos realizaban análisis superficiales desde lejos, haciendo que nuestras piedras sensoras se encendieran con fuegos de advertencia. En otras ocasiones, titilantes enjambres zangs bajaban del firmamento estrellado, y caían en el mar entre nubes de vapor. Y en las seis ocasiones en que

nuevos grupos de inadaptados llegaron a estas costas desiertas, nadie fue a recibirlos hasta que incendiaron las naves que los traían.
—¿Intentaremos ocultarnos?
Recordad, anillos míos, los confusos alaridos de gentes que se dispersaban como granzas en el viento, derribando los pabellones festivos, llevando desechos del campamento a las cavernas cercanas. Pero en medio de todo el desorden, algunos conservaban una resignada calma. En cada raza, unos pocos comprendían. Esta vez no podrían ocultarse.
Entre los sabios supremos, Vubben habló en primer lugar, un ojo en cada uno de nosotros.
—Nunca ha aterrizado una nave entre nosotros. Es evidente que nos han visto.
—Tal vez no —sugirió Ur-Jah en esperanzado galáctico siete, paleando el suelo con un casco. Una agitada pelambre blanca enmarcaba sus agitados belfos urs—. Tal vez estén siguiendo emanaciones del Huevo. Tal vez, si nos ocultamos deprisa...
Ur-Jah calló mientras Lester, el humano, sacudía la cabeza, un sencillo gesto de negación que últimamente se utilizaba en toda la Comuna... al menos los que tenían cabeza.
A esta distancia, nuestras señales infrarrojas serían inconfundibles. Su biblioteca de a bordo nos debe de haber identificado hasta la
última subespecie. Si ignoraban nuestra existencia antes de ingresar en la atmósfera, sin duda ahora ya saben que estamos aquí.
Por hábito, respetábamos su palabra en estas cuestiones, sobre las cuales los humanos son los más entendidos.

—¡Quizá sean refugiados como nosotros! —exclamó nuestra sabia qheuen, destilando esperanza por los conductos de sus cinco patas.
Pero Vubben no compartía esa esperanza.
—Ya has visto cómo han llegado. ¿Así actuaban los atemorizados refugiados que se ocultaban de la mirada de Izmunuti? ¿Alguno de nuestros antepasados llegó de este modo? ¿Con estruendos en el cielo?
Alzando el ojo delantero para mirar a la muchedumbre, Vubben reclamó orden.
—Que nadie abandone el valle del festival, para que nadie lo siga a nuestros clanes *y* moradas. Pero buscad a todos los glávers que han venido a fisgonear, y echad a los simples, para que nuestra culpa no manche su reclamada inocencia.
»En cuanto a aquellos de los Seis que están aquí, donde ha caído la oscura sombra de la nave, debemos vivir o morir según el designio de nuestro destino.
Yo/nosotros detectamos solidificación entre los anillos de mi/ nuestro cuerpo. El miedo se mezcló con noble resignación mientras la Comuna veía la verdad de las palabras de Vubben.
—Tampoco huiremos en vano —-continuó—. Pues los Rollos también dicen: *Cuando todos los velos estén rasgados, no te ocultes más. Pues ha llegado el Día del Juicio. Quédate donde estés.*
Tan preclara era su sabiduría que no hubo disenso. Entonces nos reunimos tribu por tribu, ¿verdad, anillos míos? Los que éramos muchos nos fundimos en uno.
Nuestra Comuna se dirigió conjuntamente hacia la nave, para ir al encuentro de su destino.

DWER

El noor todavía lo esquivaba, mirándolo desde las ramas de los árboles, un absoluto fastidio.
A veces esa criatura peluda y de morro rechoncho desaparecía un rato, alentando las esperanzas de Dwer. Tal vez se hubiera cansado del polvoriento aire alpino, tan lejos de los pantanos donde vivían la mayoría de los noors. Luego reaparecía sonriendo, apoyada en un reborde mientras Dwer se abría paso entre espinos y trepaba por antiguas carreteras, arrodillándose para examinar las huellas del gláver fugitivo.
El rastro ya estaba frío cuando Dwer lo detectó a poca distancia del valle de Asamblea. Su hermano y los demás peregrinos siguieron viaje hacia los pabellones y sus sonidos de música. Pero, lamentablemente para Dwer, su trabajo consistía en detener a los glávers que tenían la extravagante idea de abandonar las acogedoras llanuras en busca de una peligrosa libertad. El festival tendría que esperar.
El noor emitió un agudo ladrido, fingiendo ser útil, deslizando su cuerpo sinuoso entre raíces mientras Dwer tenía que cortar ramas y empujar. Al fin Dwer notó que estaban ganando ventaja. Las huellas del cansado gláver estaban más juntas. Cuando el viento cambió, Dwer detectó un olor. «Era hora», pensó, calculando cuánto terreno montañoso quedaba antes que una grieta condujera a la siguiente divisoria, otro mundo.
«¿Por qué los glávers hacen esto? Su vida no es tan difícil en este lado, donde todos los miman.» Más allá del paso, en cambio, se extendía una llanura venenosa, sólo apta para los cazadores más curtidos.

«O los turistas», pensó Dwer, recordando la oferta de Lena Strong de pagarle para conducir una expedición al este. Un viaje cuyo único objetivo era contemplar paisajes, una expresión que Dwer sólo había oído en historias de la Vieja Tierra.
«Son tiempos alocados», pensó. Pero los organizadores de la «expedición» sostenían que contaban con la aprobación de los sabios, dentro de ciertas condiciones. Dwer sacudió la cabeza. Ahora que tenía la presa delante no podía distraerse con pensamientos necios.
El noor también mostraba indicios de fatiga, aunque seguía olisqueando el rastro del gláver y se apoyaba en las patas traseras para escudriñar con ojos negros.
De repente ronroneó y se internó en la espesura, y pronto Dwer oyó el inconfundible chillido de un gláver, seguido por el golpeteo de pies que correteaban.
«¡Vaya! Ahora lo ha ahuyentado.»
Al salir de la espesura, Dwer llegó a un tramo de una antigua carretera buyur. Corriendo por el pavimento resquebrajado, enfundó el machete *y* sacó el arco, tensando la cuerda.
Ruidos de lucha llegaron desde un angosto desfiladero lateral, obligando a Dwer a apartarse de la vieja carretera y correr entre árboles cubiertos de lianas. Al fin los vio más allá de un matorral: un perfil negro y una blancura iridiscente.
La criatura arrinconada era una gláver hembra, y tal vez estuviera preñada. Había trepado un largo trecho y jadeaba. Sus ojos esféricos
rotaban independientemente. Con uno seguía al oscuro noor mientras los otros buscaban otras amenazas.
Dwer los maldijo a ambos, a la gláver por conducirlo a una

caza infructuosa cuando él hubiera preferido estar en el festival, y al noor por entrometerse.
Maldijo doblemente, porque ahora estaba en deuda con él. Si la gláver llegaba a las planicies que se extendían más allá de la cordillera de los Linderos, los problemas no tendrían fin.
Ninguna de las dos criaturas pareció reparar en Dwer, aunque él no habría apostado contra los agudos sentidos del noor. «¿Qué hace aquí ese diablillo? ¿Qué intenta demostrar?»
Dwer lo había llamado Pies de Barro, porque sus zarpas delanteras marrones contrastaban con el pelaje color ébano que lo cubría desde la cola plana hasta los bigotes que aleteaban en torno de un hocico rechoncho. El noor estaba quieto, mirando fijamente a la gláver fugitiva, pero Dwer no se dejaba engañar. «Sabes que te estoy mirando, tramposo.» De todas las especies que se habían quedado en Jijo al marcharse los buyurs, para Dwer los noors eran los más raros, y comprender a los animales era un arte de cazador.
En silencio, bajó el arco, desató una correa de cuero y cogió el lazo. Con paciencia y sigilo, avanzó.
Mostrando sus dientes angulosos e irregulares, Pies de Barro se elevó hasta la altura de la gláver, que casi llegaba al muslo de Dwer. La gláver retrocedió con un gruñido, hasta que sus huesudas láminas dorsales rozaron la roca, provocando una lluvia de guijarros.
Con la cola bifurcada asía una rama deshojada a modo de garrote. Una herramienta refinada, dado el actual estado evolutivo de las glávers.
Dwer avanzó otro paso y sin querer pisó unas hojas. Detrás de las orejas puntiagudas del noor, las vértebras negras

ondearon contra el pelaje. Pies de Barro seguía mirando a la gláver, pero algo en su postura decía: «Quédate quieto, tonto.»
A Dwer no le gustaba que le ordenaran qué debía hacer. Y menos que lo hiciera un noor. Pero la cacería sólo se juzga por el éxito, y Dwer quería una captura limpia. Disparar contra la gláver habría sido admitir el fracaso.
La piel de la gláver había perdido su lustre opalino desde que había abandonado su territorio, donde buscaba alimento cerca de una aldea de los Seis, como los glávers habían hecho durante siglos desde que habían recobrado la inocencia.
«¿Por qué hacen esto? ¿Por qué algunos se dirigen hacia los pasos, todos los años?»
Imposible adivinar las motivaciones de un noor. Entre los Seis,
sólo los pacientes hoons tenían el don de trabajar con esas bestias traviesas y problemáticas.
Pasó una zumbona mosca-león, bajo sus transparentes alas rotatorias. La jadeante gláver la siguió con un ojo, mientras con el otro observaba al noor. El hambre prevaleció sobre el miedo cuando comprendió que Pies de Barro era demasiado pequeño para matarla. Como para realzar esa impresión, el noor se apoyaba en sus caderas, lamiéndose distraídamente un hombro.
«Muy astuto», pensó Dwer, cambiando de posición mientras la gláver dirigía ambos ojos hacia su alimento volante.
Escupió un chorro de saliva y acertó en la cola de la mosca. Pies de Barro saltó a la izquierda. La gláver chilló, movió su garrote y giró para huir hacia el otro lado. Maldiciendo, Dwer saltó de la espesura. Sus mocasines resbalaron

sobre el granito y él cayó, pasando justo bajo el garrote. Dwer arrojó el lazo, que se tensó con un chasquido feroz que aplastó la barbilla de la gláver contra el suelo. Aunque estaba hambrienta y débil, la asustada gláver aún tenía fuerzas para arrastrar a Dwer varios metros, hasta que su voluntad cedió.

Temblando, con ondas de color bajo su tez pálida, ella soltó el improvisado garrote y cayó sobre las cuatro rodillas. Dwer se levantó cautelosamente, recogiendo la cuerda.

—Tranquila. No quiero hacerte ningún daño.

La gláver lo miró con un ojo opaco.

—Hay dolor. Un poco —gimió en resbaladizo galáctico ocho.

Dwer se sobresaltó. Sólo una vez una gláver capturada le había hablado. Habitualmente mantenían su actitud no sapiente hasta el final. Se humedeció los labios y trató de responder en ese oscuro dialecto.

—Lamento. Se sugiere resistencia. Mejor que la muerte.

—¿Mejor? —El ojo cauteloso se entrecerró, con desconcierto o indiferencia.

Dwer se encogió de hombros.

—Lamento el dolor.

La luz tenue perdió concentración.

—Sin culpa. Amarga melodía. Ahora dispuesta a comer.

El destello de intelecto se desvaneció nuevamente bajo el peso de la densidad animal.

Asombrado y agotado, Dwer maniató la criatura a un árbol. Sólo entonces reparó en sus cortes y magulladuras, mientras Pies de Barro se tendía en una roca, disfrutando de los últimos rayos del sol poniente.

El noor no podía hablar. A diferencia de la gláver, sus

antepasados no le habían legado ese don. Aun así, su sonrisa boquiabierta parecía decir: «Qué divertido ha sido. Hagámoslo de nuevo.»
Dwer recobró el arco, encendió una fogata y pasó el último medio midura del día alimentando a la cautiva con sus magras raciones. Al día siguiente encontraría un tronco podrido para buscar larvas, un pasatiempo que le gustaba, aunque era indigno para los miembros de una raza que en un pasado había navegado entre los astros.
Pies de Barro se acercó cuando Dwer desenvolvió pan duro y charqui. Dwer suspiró y le arrojó un poco al noor, que lo atrapó en el aire y comió con delicadeza. Luego Pies de Barro olisqueó la cantimplora de Dwer.
Había visto que esas bestias llevaban cantimploras a bordo de las embarcaciones fluviales tripuladas por hoons. Tras una pausa dubitativa, abrió el tapón de corcho y se la entregó. La criatura usó ambas zarpas de seis dedos —casi tan diestras como manos— para echarse unas gotas en la lengua y tragarlas ruidosamente.
Luego se echó el resto sobre la cabeza.
Dwer se levantó maldiciendo. Pero Pies de Barro arrojó el recipiente vacío a un lado. Hilillos de agua corrían por su lomo lustroso. El noor gorjeó felizmente y empezó a acicalarse.
Dwer sacudió la cantimplora, rescatando unas gotas.
—Eres un egoísta, ingrato...
Ya era demasiado tarde para ir hasta el arroyo más cercano, que se encontraba al pie de un sendero estrecho y traicionero. Se oía el rugido de una cascada, pero por el ruido debía de estar a más de un midura de distancia a pie. No era una situación tan terrible; había prescindido del agua en ocasiones anteriores. Pero el ruido de la cascada

le haría sentir sed toda la noche.
«Siempre aprendes algo nuevo», decía siempre la sabia Ur-Ruhols. Esa noche, Dwer aprendió algo nuevo sobre el noor. En definitiva, la lección le había salido barata.
Decidió preparar una alarma para despertarse temprano. Necesitaría un tit que hiciera las veces de reloj.
Tenía buenos motivos para partir temprano. Todavía podía llegar a la Asamblea anual de los Seis, antes que los humanos no comprometidos escogieran pareja para la danza del jubileo. Además debía presentar su informe anual a Danel Ozawa y oponerse a la ridícula idea «turística» de Lena Strong. Y si lograba llevar la gláver antes del alba, quizá lograra dejar a Pies de Barro roncando junto a los rescoldos. Los noors eran dormilones, y había sido una larga jornada.
Después de la cena Dwer sacó un fajo de carpetas de papel, su tesoro de recursos prácticos. Muchos papeles venían de la basura de su hermano o de Sara.
La escritura de Lark, grácil y medida, habitualmente describía seres vivos de los complejos ecosistemas de Jijo. Dwer usaba las notas desechadas de Lark para guardar semillas, hierbas y plumas, objetos Útiles para el cazador.
La letra de Sara era expansiva pero tensa, como si la imaginación y el orden se contuvieran mutuamente. (Algunas ecuaciones erróneas no sólo estaban tachadas, sino incluso apuñaladas.) Dwer usaba las hojas de trabajo de su hermana para guardar medicinas, condimentos y los polvos que volvían muchos elementos de Jijo comestibles para los humanos.
De una página plegada sacó seis semillas de tobar —gordas, duras y fragantes— que desparramó sobre una roca protegida del viento. Conteniendo el aliento, usó el

cuchillo para abrir una, de donde escapó una nube aromática. La gláver maulló con fastidio, y el noor le clavó los ojos hasta que la brisa disipó el intenso olor.
De nuevo en su saco de dormir, Dwer aguardó a que despuntaran las estrellas. Kalunuti era un punto rojo sobre el rostro burlón de Sargon, implacable defensor de las leyes. Asomaron más dibujos hechos de estrellas: águila, caballo, dragón y delfín, un amado primo que sonreía apuntando la mandíbula en la dirección donde según algunos estaba la Tierra.
«Si alguna vez apresan a los exiliados —se preguntó Dwer—, ¿la Gran Biblioteca Galáctica hará un archivo acerca de nuestra cultura y nuestros mitos? ¿Habrá alienígenas que lean nuestros mitos sobre las Constelaciones y se echen a reír?»
Si todo iba según lo planeado, nadie tendría noticias de esta colonia solitaria ni recordaría sus leyendas. «Nuestros descendientes, si los tenemos, serán como los glávers: simples e inocentes como las bestias del campo.»
Alas inquietas rozaron la luz de la fogata. Una forma plana aterrizó cerca de las semillas de tobar, con alas cuyas láminas grises se deslizaban como pétalos superpuestos. El pico amarillento del avi-coide devoró rápidamente la fruta que Dwer había partido.
Pies de Barro se incorporó con un destello en los ojos.
Dwer advirtió al noor, medio dormido.
—Si lo asustas, usaré tu pellejo para hacerme un sombrero.
Pies de Barro resopló y se acostó. Pronto se oyó un golpeteo rítmico mientras el tit picoteaba la siguiente nuez. Se tomaría su tiempo, consumiendo un fruto cada midura —unos setenta minutos— hasta terminar con el último.

Luego, con un chirrido parlanchín, echaría a volar. No se necesitaba una hoja impresa de la Gran Biblioteca para saber qué función habían asignado los buyurs a esta criatura. El reloj de alarma viviente aun operaba según lo programado.

«Lark se equivoca acerca de nuestro lugar en este mundo —pensó Dwer, acunado por el picoteo—. Prestamos un servicio. Jijo sería un lugar triste si no hubiera quien usara sus dones.»

Soñó. Dwer siempre soñaba.

Enemigos borrosos lo acechaban mientras recorría una tierra cubierta de colores, como un arco iris que se hubiera derretido y luego congelado en riachuelos. Los matices chillones le herían los ojos. Tenía la garganta reseca y estaba desarmado.

El sueño cambió. De repente se encontró a solas en una arboleda que parecía extenderse más allá de las lunas. La arboleda era aún más amenazadora que el paisaje de colores. Quiso huir, pero no encontró la salida. Los troncos ardieron, estallaron.

La intensidad de la pesadilla lo despertó y se incorporó con el corazón palpitante. Dwer miró con ojos desorbitados, aliviado de encontrar que los bosques estaban intactos, aunque oscuros y orlados por una brisa helada. No había llamas. Todo había sido un sueño.

Aun así, seguía inquieto. Algo le alertaba.

Se frotó los ojos. Diferentes constelaciones poblaban el cielo, disipándose en el este bajo las pinceladas grises del alba. La luna más grande, Loocen, revoloteaba sobre el perfil de los picos, y su faz iluminada por el sol estaba cuajada de puntos brillantes, cúpulas de ciudades abandonadas.

«¿Entonces, qué pasa?»
No era sólo una intuición. El pájaro reloj se había detenido. Algo debía de haberlo perturbado antes del momento de dar su parloteo de alarma. Dwer registró la zona y descubrió que el noor roncaba tranquilamente. La gláver siguió a Dwer con un ojo opaco, el otro todavía cerrado.
De pronto reconoció por qué se había alertado.
¡El arco! No estaba donde lo había dejado, al alcance de la mano.
¡Se lo habían robado!
Un torrente de adrenalina lo cegó de furia en la penumbra del alba. Muchos hablaban con envidia de su arco, una obra maestra de madera y hueso laminados, modelados por los artesanos qheuens de Villa Ovoom. ¿Pero quién...?
«Cálmate. Piensa.»
¿Podría ser Jeni Shen? Ella siempre bromeaba acerca de una partida de póker donde él apostaría el arco. O quizá...
«¡Un momento!»
Respiró hondo, pero le costó disciplinar su joven cuerpo, tan lleno de necesidad de actuar.
«Cálmate y oye lo que el mundo desea decirte.»
Primero debía detener el furioso torrente de palabras no dichas. Dwer apartó todo pensamiento ruidoso. Luego se obligó a prescindir del áspero ruido de su respiración y su pulso. El distante murmullo de la cascada ya era un fondo constante, fácil de anular. El susurro del viento, menos regular, pronto desapareció también.
Ese sonido zumbón podía ser el tit, que volaba en busca de más semillas de tobar. Aquel aleteo podía ser un murciélago de miel —no, una pareja—, y pronto lo desechó. Eliminó el ronquido del noor y el suave crujido de las muelas de la gláver, que volvía a rumiar.

¡Ya estaba! Dwer volvió la cabeza. ¿Qué era aquel crujido en la grava? Guijarros rodando por un talud, quizás. Un bípedo casi de tamaño humano, sospechó, alejándose deprisa.
Dwer echó a correr hacia la fuente del sonido. Deslizándose como un fantasma con sus mocasines, corrió un trecho antes de darse cuenta de que el ladrón iba en la dirección incorrecta. Se alejaba de la costa. Se alejaba de la Cuesta. Se internaba en la cordillera de los Linderos.
Se dirigía al Paso.
Subiendo por la senda rocosa, Dwer dominó su cólera para adoptar la cadencia escrupulosa de la persecución, una concentración tensa y casi extática en cada movimiento del talón y los pies. La eficiencia del movimiento exigía silencio, un sondeo alerta para captar cualquier rastro del perseguido. Sentía la cabeza despejada, sin el veneno de la furia. Fuera cual fuese el motivo de la persecución, sentía una especie de alegría. Éste era su arte, lo que más amaba.
Dwer estaba cerca de la muesca de luz grisácea que separaba dos picos sombríos cuando pensó en un problema.
«¡Espera un momento!»
Redujo la velocidad para andar al paso.
«Qué estupidez. Héme aquí, persiguiendo un sonido que ni siquiera estoy seguro de haber oído. Tal vez sean los restos de un sueño, cuando la respuesta estaba ante mí.»
El noor. Se detuvo, palmeándose el muslo y sintiéndose idiota.
«Es precisamente lo que haría un noor. Robar cosas. Cambiar la taza mellada de un aldeano por un tesoro, o viceversa.»

Cuando regresara, ¿encontraría excrementos de ligger donde antes estaba el arco? ¿O un diamante arrancado de la corona de un antiguo ir y buyur? ¿O simplemente todos habrían desaparecido, el noor, el arco y la gláver? Pies de Barro había sabido actuar, dormitando junto a la fogata. ¿La bestia se habría echado a reír a carcajadas cuando el se marchó en busca de un producto de su imaginación?
Además de furia, sintió una renuente admiración. «Es muy hábil. Me ha engañado.»
Pero tal vez el noor le reservara otra sorpresa. De todos los humanos de Jijo, tal vez Dwer fuera el único capaz de encontrar a la bestia y vengarse.
Sería una persecución difícil. Tal vez imposible. O podía durar toda la vida.
Dwer sintió un repentino asombro. ¿Ése era el regalo del noor? Ofrecer a Dwer...
Adelante, en la penumbra, se movió una sombra. Miraba sin enfocar los ojos, concentrándolos en la visión periférica. Un truco reflejo de cazador que lo volvía sensible al movimiento. Una «roca» se movió a la izquierda y se desplazó hacia el Paso.
Su oído captó arañazos lejanos, más suaves que el viento. Dwer entornó los ojos mientras echaba a andar de nuevo, despacio al principio, cada vez a mayor velocidad.
Cuando la sombra se detuvo, él la imitó, extendiendo los brazos para guardar el equilibrio.
Perfilada contra el alba gris, la silueta aguardó unos duras, se volvió y continuó la marcha.
«Confía en tu instinto», aconsejaba Fallon el Rastreador. El viejo no era tonto.
Pies de Barro había sido el sospechoso más evidente. Tal vez por eso Dwer no había pensado en él en el

campamento. Habría perdido un tiempo valioso culpando al infractor lógico. Su primer impulso había sido atinado, a fin de cuentas. La pista inicial era auténtica.
La sombra se volvió de nuevo. Dwer entrevió una forma humana, alarmada, que huía con el arco robado. Apuró la marcha, prefiriendo la velocidad al sigilo. Volaron unos guijarros, que llenaron el paso de ecos.
Sólo tres humanos en Jijo corrían más veloces que Dwer, y ninguno de ellos en terreno escabroso.
«El juego ha terminado», pensó, preparándose para la acometida final.
Cuando su presa se volvió, Dwer estaba alerta. Cuando su presa desenfundó un cuchillo, Dwer comprendió que no iba en broma. Dwer brincó, preparado para oír gritos de furia y consternación.
Lo inesperado fue la cara de la presa.
Humana.
Femenina.
Muy joven.
Una completa desconocida.

ASX

El destino había bajado del cielo.
A Jijo.
A la Cuesta.
Al valle de Asamblea.
Al nexo de nuestros temores, mucho antes de lo esperado.
A través de los megapársecs, había llegado una nave de las Cinco Galaxias. Había recorrido una distancia tan inconmensurable que lo menos que podíamos hacer los pobres exiliados era recorrer una breve distancia para ir a la zona de descenso y saludarla cortésmente.
Vubben declinó el honor de encabezar nuestro grupo. La gravedad de Jijo es tan aplastante para nuestros queridos g'Keks que deben Usar únicamente las ruedas, valiéndose de sus piernas-zancos sólo para conservar el equilibrio. Por eso en terreno escabroso avanzaban casi tan despacio como un traeki. Vubben y yo, pues, avanzamos lentamente, alentando a nuestros amigos hoons, qheuens, humanos y Urs a adelantarse.
¿ Acaso yo/nosotros sentimos el hediondo olor de la envidia hirviendo en el núcleo central? ¿Acaso alguno de vosotros, mis diversos yoes, lamenta nuestra torpe lentitud en comparación con las largas piernas hoons o los ágiles cascos urs? Las cosas habrían sido diferentes si nuestra nave de exilio traeki hubiera venido equipada con toda la gama de anillos que, según se cuenta, poseía nuestra especie. Las leyendas hablan de diestros miembros para correr —dádivas de los poderosos oailies—, miembros para que incluso una pila pesada como nosotros sea veloz como el chacal canoro. Veloz como un jophur.
Pero en ese caso, ¿tendríamos también la arrogancia

oailie? ¿Su locura? ¿Habríamos librado guerras, tal como los qheuens, los urs, los hoons y los hombres lo hicieron durante siglos en Jijo, combatiendo hasta que se fortaleció la Comuna y reinó la paz? Los traekis que huyeron a Jijo tenían razones para abandonar determinados anillos. Al menos eso creemos.

Pero, una vez más, las digresiones empañan nuestra narración. ¡Disciplina, anillos míos! Dad nuevo impulso a vuestras emociones. Acariciad las cerosas huellas y recordad...

Recordad cómo marchamos, cada cual a su propio paso, hacia el Valle Literal donde se había posado la nave intrusa. A lo largo del camino, Vubben recitaba el Libro del Exilio, el más grande de los Rollos, el menos alterado por la lucha, la herejía o las oleadas de recién llegados.

El *derecho a la vida es tentativo* —entonó Vubben con una voz que acariciaba el alma—. *Las cosas materiales son limitadas, mas la mente es libre.*

»Nunca hay suficiente proteína, fósforo, ni siquiera energía para saciar todos los apetitos. Por tanto, no sientas agravio si seres diversos compiten por las existencias físicas. Sólo en el pensamiento puede haber auténtica generosidad. Sea pues el pensamiento el eje de tu mundo.

La voz de Vubben serenaba a nuestra gente. Los esbeltos árboles welpal parecían vibrar con sus palabras, afinados como están para la música del Huevo.

No obstante, mientras Vubben hablaba de ecuanimidad, mi/nuestro segmento basal seguía tratando de detenerse, de dar media vuelta para escapar. Ese anillo inferior percibía oscuramente que nos aguardaba un peligro, y votaba sensatamente por la fuga. Nuestras capas superiores tuvieron que aplicar pulsaciones aromáticas

para alentarlo.
Yo/nosotros encontramos extraño el funcionamiento del miedo en los no traekis. Dicen que impregna todas las partes del cuerpo, y por tanto se debe combatir por doquier al mismo tiempo. Una vez yo/yo pregunté a Lester Cambel cómo lograban los humanos conservar la calma en tiempos de crisis. Su respuesta fue que en general no la conservan. Qué raro. Los humanos siempre parecen muy serenos. ¿Es sólo una gran farsa, engañar a otros y engañarse a sí mismos?
Basta de digresiones, oh, Asx. Acaricia la cera. Continúa. Continúa yendo hacia la nave.

SARA

Henrik parecía reacio a activar las cargas. Al principio esto sorprendió a Sara. ¿Acaso esta crisis no era el sueño de todo demoledor? ¿La oportunidad de entrar en acción? ¿De destruir obras que otros se habían pasado la vida construyendo?

De hecho, Henrik parecía menos ávido que muchos de los atemorizados ciudadanos que poblaban el Árbol de Asambleas esa noche, después de presenciar la bola de fuego que había arrasado el bosque hasta desnudar sus antiguas raíces. Dos jardineros y un obrero chimpancé habían perecido al caer de altas ramas, y muchos otros habían escapado por poco. Los granjeros estaban en estado de emergencia.

Tallado en el vasto nudo central de un garu antiquísimo, el gran salón estaba atestado, lleno de humanos sudorosos. También había otros seres, la mayoría marineros hoons, con su piel pálida y escamosa y sus velludas piernas blancas contrastando con sus capas verdes, sujetas con broches de madera bajo los hinchados sacos laríngeos. Otros usaban trémulos rewqs sobre los ojos, para ayudarse a interpretar toda aquella mezcla de emociones humanas.

Cerca de la entrada norte, donde estaba menos húmedo, rezongaban algunas caldereras urs, moviendo con inquietud las colas trenzadas. Un desolado peregrino g'Kek sudaba por su único tallo ocular, mientras que otros tres se ocultaban tímidamente de la vocinglera efervescencia.

El doctor Lorrek había sido sabio, al parecer, al ofrecerse para velar toda la noche por el forastero herido.

Pzora, el boticario, tenía una defensa para impedir que le

pisotearan los anillos inferiores. Si los apretujaban demasiado, los traekis emitían un vapor maloliente, y hasta los ciudadanos más enfervorizados les dejaban espacio.
Sin duda sucedía lo mismo en todos los sitios donde las gentes habían visto el espantoso espectro del cielo. En ese preciso instante visitantes humanos asistían a asambleas qheuens o hoons, o incluso a cónclaves tribales urs, junto a las fogatas de las planicies.
«La Gran Paz es nuestro mayor logro —pensó Sara—. Quizá peic a nuestro favor cuando seamos juzgados. Hemos llegado lejos desde aquellos días de guerra y matanza.»
Pero, a juzgar por la animadversión que reinaba, la Comuna aún tenía un largo trecho por recorrer.
—¿Reparaciones menores?
Chaz Langmur, el maestro carpintero, protestó desde el escenario, normalmente usado para conciertos y obras teatrales.
—Estamos hablando de perder todo lo que quede bajo la línea de inundación, y eso no incluye la represa misma. ¿Preguntáis cuántos años tardaremos en reconstruirlo todo si esto resulta ser una falsa alarma? ¡Sin duda varias vidas!
Los mercaderes y artesanos respaldaron a Langmur con gritos pero se toparon con la oposición de muchos que usaban el atuendo gris de los granjeros. Arriba se sumaron chillidos alborotados y simiescos. Aunque no votaban, los chimpanceés podían, por tradición, trepar a los tapices de las paredes para observar. No se sabía cuánto comprendían. Algunos chillaban a todo pulmón a favor del orador que parecía más apasionado, mientras que otros eran tan recalcitrantes como el padre de Sara, que palmeó

la espalda del carpintero para alentarlo.
Así habían pasado horas. Hombres y mujeres airados se turnaron para citar las escrituras o quejarse de los costes, cada bando alborotándose más a medida que crecían el miedo y la irritación. Y los humanos no eran los únicos que tomaban partido. Muerdetroncos, matriarca de la colmena qheuen local, había hablado fervientemente a favor de preservar la represa de Dolo, mientras que su prima del Estanque de los Troncos Atascados lo proclamaba una «horrisona monstruosidad». Sara temió un enfrentamiento entre los dos enormes matronas, pero el anciano principal, el humano Fru Néstor, se interpuso, irradiando colores tranquilizadores con el rewq de su frente, hasta que ambas qheuens retrocedieron.
El público estaba igual. Una mujer pisó el pie de Sara. Había alguien que no se había bañado esa semana, y sus emanaciones eran como las peores hediondeces de Pzora. Sara envidiaba a Prity, encaramada en un alféizar junto a varios chicos humanos demasiado jóvenes para votar. A diferencia de otros chimpancés, ella parecía tener más interés en su libreta que en los vociferantes oradores, y se tironeaba del labio inferior mientras estudiaba líneas de complejas matemáticas.
Sara envidiaba a Prity esa huida hacia lo abstracto.
Uno de los tres granjeros se levantó para hablar, un hombre moreno llamado Jop, cuyo cabello claro se rizaba en torno a las orejas. Entrelazó dos manazas nudosas y callosas.
—¡Avaricia y previsión! —exclamó Jop, desdeñando los alegatos del carpintero—. ¿Qué preferís preservar? ¿Algunos talleres y muelles? ¿Juguetes caducos como tuberías y papel? ¡Basura! ¡Todo basura! ínfimas

comodidades que nuestros pecaminosos antepasados nos permitieron conservar por un tiempo, facilitando nuestros primeros pasos en el camino de la gracia. Pero los Rollos no dicen que nada de ello durará. ¡Está destinado al mar!
Jop se volvió hacia sus partidarios, entrelazando ambas manos.
—Tiempo atrás se planeó aquello que hemos jurado hacer cuando llegasen las naves estelares. De lo contrario, ¿para qué hemos mantenido un gremio de demoledores?
Sara miró de nuevo a Henrik e hijo, sentados en el fondo de la tarima. El joven, Jomah, delataba su inquietud retorciendo la gorra entre sus nerviosas manos. Pero su padre parecía una estatua. Henrik había permanecido en silencio, salvo para informar discretamente que sus cargas estaban preparadas.
Para Sara esta profesión, tal vez exclusiva de Jijo, era frustrante. Después de tantos años de preparación —incesantes pruebas en un desfiladero de las colinas—, ¿no estarían impacientes por ponerla en práctica? «Sin duda yo lo estaría.»
Tiempo atrás, ella, Lark y el pequeño Dwer se sentaban en el altillo, mirando el claro de luna que se derramaba sobre el rugiente molino y asustándose con escalofriantes historias de lo que verían si alguna vez Henrik tenía que encender sus mechas. Con un delicioso
remedo de terror, contaban sus palpitaciones hasta el momento de la explosión.
A Dwer le encantaba hacer efectos de sonido, sobre todo la detotación que destruía la represa, acompañada por una tremenda agitación de los brazos y mucha saliva. Luego describía con placer una muralla de agua que sacudía grandes embarcaciones, pulverizaba los bastidores de

Nelo y subía hacia la ventana del dormitorio como un puño. Lark intervenía entonces, aterrando a los hermanos menores Con una descripción de un torrente que arrasaba el altillo y lo hacía girar por el bosque de garu mientras los granjeros miraban compadecidos. La emoción provocaba los alaridos de Sara y Dwer, hasta que brincaban sobre el risueño hermano mayor y lo golpeaban para obligarlo a callar.

Aun así, una vez que Dwer y Lark habían hecho todo lo posible para asustarla, ellos dormían inquietos, mientras que Sara nunca tenía

pesadillas. Cuando soñaba con el estallido de la represa, se imaginaba una gran ola que los llevaba en la palma de su dulce mano. Mientras la espuma ocultaba todo Jijo, se transformaba mágicamente en la lustancia algodonosa y eléctrica de una nube. La fantasía siempre terminaba en un sereno ascenso hacia una noche radiante de estrellas.

Un rugido de aprobación la devolvió al presente. Al principio no supo si venía del grupo que exigía acción rápida o de los que no estaban dispuestos a arruinar el trabajo de nueve generaciones por el mero testimonio de sus ojos.

—¡No sabemos lo que vimos! —declaró su padre, peinándose la barba con dedos nudosos—. ¿Cómo estar seguros de que era una nave espacial? Tal vez fue un meteoro. Eso explicaría el estruendo.

Burlas y golpes saludaron esta sugerencia.

—Aunque fuera una nave —continuó Nelo—, eso no significa que nos hayan descubierto. Otras naves han pasado, como esos globos zangs que vinieron a extraer agua del mar. ¿Destruimos algo entonces? ¿Las tribus más antiguas incendiaron sus poblados cuando llegamos

los humanos? ¿Cómo sabemos que no se trata de otra nave furtiva con una nueva raza exiliada dispuesta a unirse a nuestra Comuna?
Jop resopló despectivamente.
—Me gustaría recordar al culto papelero que las naves furtivas son *furtivas.* Se ocultan en la sombra de la noche, las nubes y los picos de montaña. Esta nueva nave no hizo semejante esfuerzo. Fue directamente al nido del Huevo, en una época en que están allí los pabellones de la Asamblea, junto con los sabios de los Seis.
¡Exacto! —exclamó Nelo—. Los sabios ya deben de estar al corriente de la situación y habrían teletransmitido si creían necesario...
—¿Teletransmitido? —interrumpió Jop—. ¿Hablas en serio? Los sabios nos recuerdan una y otra vez que no podemos confiar en este sistema. En una crisis, los teletransmisores pueden ser el mejor modo de llamar la atención. A menos... —Jop hizo una enfática pausa—, a menos que no hayamos recibido llamadas por un motivo más terrible.
Esto provocó jadeos de angustia. Casi todos los presentes tenían un pariente o amigo íntimo que había ido en peregrinación ese año.
«Lark y Dwer... ¿estáis a salvo? —se preguntó Sara con angustia—. ¿Alguna vez os veré de nuevo?»
—La tradición deja la decisión en manos de cada comunidad. ¿Seremos negligentes, cuando nuestros seres queridos quizás hayan pagado un precio más alto que algunos edificios y una maldita represa?
Los gritos ofendidos de los artesanos fueron sofocados por las exclamaciones de apoyo de los seguidores de Jop.
—¡Orden! —chilló Fru Néstor, pero su voz se perdió en

medio del caos. Jop y sus aliados exigían una votación.
—¡Escoged la ley!¡Escoged la ley!
Néstor reclamó orden alzando las manos, temiendo que la comunidad se dividiera.
—¿Alguien tiene algo más que decir?
Nelo se puso de pie pero fue acallado por una andanada de abucheos. Nunca se había visto que trataran así a un papelero. Sara sintió la vergüenza y la deshonra de su padre, pero sería mucho peor cuando volaran su amada fábrica y la inundación arrasara todos sus bienes.
Sara tuvo un extraño pensamiento. ¿Debería regresar a su viejo altillo y esperar la ola? ¿Quién había hecho la profecía acertada? ¿Dwer y Lark? ¿O ella, con aquellas imágenes que había entrevisto en sueños? Sería una oportunidad única de averiguarlo.
Los nuevos canturreos se acallaron cuando otra persona avanzó desde atrás de la multitud de marineros hoons. Era una centauroi-de de cuerpo largo y sinuoso, con un par de rechonchos brazos sin hombros y un poderoso cuello de serpiente. La estrecha cabeza tenía tres ojos negros, uno de ellos facetado y sin párpados, todos dispuestos en torno a una boca triangular. Era una calderera urs a quien Sara reconoció por sus visitas anteriores a Dolo, donde compraba restos de vidrio y metal y vendía sencillas herramientas buyurs exhumadas de alguna ruina. La urs caminaba con cuidado, como temiendo que los cascos se le atascaran en el rústico piso. Alzó un brazo, exponiendo su azulado marsupio, un acto que tendría otras connotaciones en una reunión de su propia especie, pero Fru Néstor interpretó que solicitaba la palabra, y se la concedió con una inclinación.
Sara oyó que un humano murmuraba un relincho, un rudo

regreso a los días en que los terrícolas recién llegados luchaban contra las
tribus urs por las tierras y el honor. Si la calderera oyó el insulto, lo ignoró, mostrando buen porte por tratarse de una urs joven con un solo marsupio marital ocupado por un bulto sinuoso. Entre tantos humanos, la urs no podía usar su dialecto de galáctico dos, sino que se las apañó con el ánglico, a pesar de la desventaja del labio superior
—Fodéis llamarme Ulgor. Gracias por vuestra cortesía, que es bendita entre los Seis. Sólo deseo hacer algunas freguntas concernientes a los temas que se discuten esta noche. He aquí mi frimera fregunta.
»¿Esta decisión no corresfonde a vuestros sabios? ¿For qué no dejar que los sabios decidan si ha llegado el momento del juicio?
—Culta vecina —replicó Jop, con una exagerada muestra de paciencia—, los Rollos solicitan que todas las aldeas actúen independientemente para borrar todo indicio que pueda verse desde el cielo. La orden es sencilla. No se requiere demasiado criterio. Además, no hay tiempo para esperar noticias de los sabios. Están lejos, en la Asamblea.
—Excúsame —dijo Ulgor, curvando las patas delanteras—. No todos. Algunos aún residen en el Salón de los Libros, en Biblos. ¿No es así?
Todos se miraron desconcertados. Fru Néstor intervino. —¡El Salón de los Libros, en Biblos! Sí, es verdad. Pero Biblos está a varios días de viaje en barco.
Ulgor inclinó el pescuezo antes de disentir.
—He oído decir que, desde el árbol más alto de Dolo, se fuede ver más allá del fantano de arenas movedizas, hasta los feñascos de cristal de Biblos.
—Con un buen telescopio —admitió Jop, temiendo que

esto aplacara el ímpetu apasionado de la multitud—. Pero no entiendo en qué ayuda...
—¡Fuego! —gritó Sara, y todos la miraron. —¡Veríamos llamas si la biblioteca se estuviera incendiando! La multitud la miró mascullando:
— Todos sabéis que yo trabajaba en Biblos —explicó ella—. Allí tienen un plan de emergencia como todos los demás. Si los sabios lo ordenan, los bibliotecarios deben llevarse todos los volúmenes que puedan y quemar el resto.
Esto provocó un sombrío silencio. Destruir la represa de Dolo era una cosa, pero la pérdida de Biblos significaría el fin de todo. Ese lugar era esencial para la vida humana en Jijo—. Por último, deben volar las columnas que sostienen el techo de piedra para que se derrumbe sobre las cenizas.
Ulgor tiene razón.
Podríamos ver un cambio de tal magnitud, sobre todo bajo la luz de Loocen.
—¡Enviad a alguien arriba para otear! —ordenó Fru Néstor.
Varios jóvenes se levantaron de un brinco y se fueron por las ventanas, acompañados por una fila de alborotados chimpancés. Siguió un nervioso murmullo mientras la multitud esperaba. Sara se sentía incómoda ante la mirada de tanta gente, y bajó los ojos.
Eso era lo que haría Lark. Adueñarse de una reunión en el último momento, obligando a los demás a actuar. Joshu también tenía ese impulso, hasta que la enfermedad lo venció en esas últimas semanas...
Unos dedos nudosos cogieron los de Sara, deteniendo el lúgubre giro de sus pensamientos. Alzó los ojos y advirtió que en la última hora Nelo había envejecido. Ahora el destino de su amada fábrica dependía de noticias de

arriba.
Con el transcurso de los lentos duras, todos absorbieron el impacto de su predicción.
Biblos.
El Salón de los Libros.
Una vez el fuego se había cobrado allí un precio terrible. Aun así, el archivo restante era la mayor contribución de la humanidad a la Comuna y causa de envidia y admiración entre las demás razas.
«¿Qué seremos si desaparece? ¿Verdaderos bucolistas? ¿Recolectores que sobreviven con lo que encontremos en las ruinas buyurs? ¿Granjeros?»
Eso les habían parecido los otros cinco pueblos cuando llegaron los humanos. Primitivos pendencieros con una Comuna que apenas funcionaba. La humanidad introdujo nuevas costumbres, cambió las reglas, casi tanto como la llegada del Huevo varias generaciones después.
«¿Ahora decaeremos antes? ¿Perderemos las pocas reliquias que nos recuerdan que antaño surcábamos galaxias ? ¿ Guardaremos nuestros libros, herramientas, ropas, hasta ser como los glávers? ¿Inocentes puros y limitados?»
Según los Rollos, ese camino llevaba a la salvación. Muchos, como Jop, creían en él.
Sara trató de alimentar la esperanza, aunque les comunicaran que había llamas y polvo en la noche. En todo momento, cientos de libros prestados estaban fuera de Biblos.
Pero pocos textos de la especialidad de Sara dejaban sus estantes polvorientos. Hilbert, Somerfeld, Witten y Tang, Eliahu. Nombres de grandes mentes que ella conocía íntimamente más allá de los siglos y los pársecs. La

intimidad de pensamientos puros. Casi perfectos. «Ai derán los únicos ejemplares.» Últimamente sus investigaciones se habían encauzado hacia otro campo — el caótico flujo del lenguaje --,
pero aún consideraba la matemática como su hogar. Las voces de esos libros tenían alma. Temía enterarse de que hubieran desaparecido.
De pronto se le ocurrió una idea inesperada que modificó su punto de vista.
«Si realmente han llegado los galácticos, ¿qué importan unos pocos miles de volúmenes de papel? Ya sé que nos juzgarán por el crimen de nuestros antepasados. Nada puede impedirlo. Pero entretanto, a bordo de sus naves...»
Quizá tuviera la oportunidad de visitar una biblioteca totalmente diferente. Una que superaría las salas de Biblos en la misma medida que el sol del mediodía brillaba más que una vela. ¡Vaya oportunidad! Aunque los galácticos nos encarcelen a todos en un mundo prición, no pueden negarnos la oportunidad de leer.
En relatos de los viejos días había leído acerca del acceso a bases de datos informáticas: nadar en un tibio mar de conocimientos que llenaba la mente y los poros, aletear entre nubes de sabiduría.
«Podría averiguar si mi trabajo es original. O si se ha hecho diez millones de veces durante mil millones de años de cultura galáctica.»
Era una idea altiva y humillante a la vez. El temor que le inspiraban las grandes naves estelares no había disminuido. Aún rogaba que se tratara de un error, un meteoro, una ilusión.
Pero un rincón rebelde de su mente sentía algo nuevo, un hambre más voraz.

En lo alto un niño asomó la cabeza por una ventana. Colgando cabeza abajo, anunció:
—No hay llamas.
Los demás se le unieron desde varias aberturas, repitiendo la noticia a gritos. También se unieron los alborotados chimpancés.
—No hay fuego, y el techo de piedra sigue en su sitio.
El viejo Henrik se levantó y dirigió dos palabras a los ancianos antes de marcharse con su hijo. En medio de esa algarabía, Sara comprendió la expresión resuelta del demoledor y el mensaje decisivo de sus labios.
--Aguardaremos.

Nuestra caravana de razas marchaba hacia el sitio donde había descendido la nave alienígena —un cilindro ardiente—, más allá de una colina baja. Durante la marcha, Vubben seguía cantando fragmentos del Rollo del Peligro. Estallaron voces adelante. Las multitudes se apiñaron en la cima de un risco, murmurando. Tuvimos que abrirnos paso entre hombres y hoons.

Y entonces, ¿qué vimos, sino un nido? Un nuevo claro bordeado de árboles astillados, aún humeando por el rayo que los había tronchado.

Y en medio de esta devastación estaba la palpitante causa. Artesanos humanos y urs parloteaban en el extraño dialecto de la

casta de los ingenieros, discutiendo si esa protuberancia o aquella ampolla eran armas o sensores. ¿Pero quién tiene en Jijo la pericia para adivinarlo? Hace tiempo que nuestras naves se hundieron para unirse al núcleo ardiente de este planeta. Incluso los exiliados más recientes, los humanos, están a muchas generaciones de los navegantes de las estrellas. Ningún miembro vivo de la Comuna había visto jamás nada semejante.

Era una nave de la Civilización de las Cinco Galaxias. Nuestros técnicos la reconocían.

¿Pero dónde estaba la espiral de rayos? ¿El símbolo que toda nave autorizada debía llevar en el flanco de proa?

Nuestros preocupados expertos explican: la espiral no es un mero símbolo. Funciona silenciosamente. Graba imparcialmente. Atestigua objetivamente todo lo visto y hecho, dondequiera que vuele la nave.

Buscamos y escudriñamos, pero en el sitio

correspondiente sólo había un borrón lustroso. El lugar estaba más liso que una larva qheuen.
Entonces terminó la confusión y se nos iluminó el entendimiento. Comprendimos qué significaba esa nave.
No los grandes Institutos, como pensábamos al principio.
No los severos, poderosos y legalistas clanes estelares, ni los misteriosos zangs.
Ni siquiera exiliados como nosotros.
Nada de ello, sino renegados. Infractores más culpables que nuestros antepasados.
Malhechores.
Gente malvada había llegado a Jijo.

III

EL LIBRO DEL MAR

Es una paradoja de la Vida que todas las especies procreen
más de lo necesario para el reemplazo.
Todo paraíso de la abundancia pronto se llena,
dejando de ser paradisíaco.
¿Con qué derecho, pues, los exiliados reclamamos
un mundo que fue honorablemente apartado
para nutrir apaciblemente una vida joven y frágil,
a salvo de naciones hambrientas?
Exiliados, temed la justa ira de las leyes
mando os hallen aquí, no autorizados ni redimidos.
Mas cuando llegue el juicio, la ley también será vuestro escudo,
y *equilibrará la severidad con la justicia.*
Un terror más hondo acecha en el colérico cielo. Un peligro diferente, que se burla de la ley.
Rollo del Peligro

LA NARRACIÓN DE ALVIN

De acuerdo, no soy tan rápido como otros. Nunca pensaré con la celeridad de Huck, que puede correr en círculos verbales alrededor de mí.
Qué más da. Pude haberme criado en este pequeño puerto hoon pensando que era una lumbrera, tan ingenioso y súper como mi apodo literario, sólo porque sé leer cualquier libro en ánglico y me con-sidero un poco escritor. Por suerte tenía a esa pequeña genio g'Kek en el khuta vecino, para recordarme que un hoon, por inteligente que sea, no deja de ser un hoon. Obtuso como un ladrillo.
De cualquier modo, ahí estaba, de cuclillas entre dos de mis mejores amigos mientras conversábamos sobre lo que haríamos en el verano, y no se me ocurrió que Huck y Pinzón me estaban arrinconando. Pinzón sólo pasó algunos duras tratando de hablar de sus últimos «monstruos», formas grises que había entrevisto en la niebla mientras se aburría reparando los corrales de langostas de su colmena. Ha machacado tanto con esto que no le haríamos caso aunque nos trajera una muela de Moby Dick con una pata de palo clavada en Un extremo como un mondadientes. Suspirando por los conductos de sus cinco patas, dejó de parlotear sobre su último avistamiento y pasó a defender su proyecto Nautilus.
Se contrarió al enterarse de que Huck deseaba abandonar el plan. Sus patas resoplaron como tubos de órgano.
—Mira, ya hemos llegado a un acuerdo. Tenemos que terminar el batiscafo. ¿Para qué estamos trabajando desde hace un año?
Tú hiciste la mayor parte de la carpintería y las pruebas —se-ñalé— . Huck y yo trazamos planes para...

Exacto —le interrumpió Huck, moviendo enfáticamente dos ojos. Claro que ayudamos con los planos y los componentes. Eso fue divertido. Pero nunca me comprometí a guiar esa maldita cosa hasta el fondo del mar.
Pinzón elevó su cúpula azul, haciendo girar la franja ocular.
—Pero dijiste que era inte-interesante —tartamudeó—. Dijiste que la idea era súper.
—Vale —convino Huck—. En teoría, es sensacional. Pero hay un problema, amigo. También es tremendamente peligrosa.
Pinzón se reclinó como si eso no se le hubiera ocurrido.
—Nunca lo mencionaste.
Me volví hacia Huck. Creo que nunca le había oído decir esa palabra, «peligroso». En todas nuestras aventuras, a medida que íbamos creciendo, ella siempre parecía dispuesta a correr riesgos, a veces provocándonos con palabras hirientes, con ese tono que sólo los g'Keks son capaces de modular en las raras ocasiones en que prescinden de la cortesía y se muestran incisivos. Siendo Huck huérfana, y viniendo Ur-ronn y Pinzón de razas de clave baja, nadie iba a echarlos mucho de menos si morían. Así que normalmente me tocaba a mí ser la voz de la cautela, un papel que me molestaba profundamente.
—Sí —dijo Huck—. Bien, tal vez sea hora de que alguien señale la diferencia entre un riesgo calculado y el mero suicidio. Porque viajar a bordo de ese ingenio tuyo, Pinzón, nos llevaría a eso.
Nuestro pobre amigo qheuen puso cara de haber recibido un garrotazo en un conducto. Su cúpula se tambaleó.
—Todos sa-sa-sabéis que nunca pediría a mis amigos...
—¿Ir adonde tú no irías? —replicó Huck—. Menuda

valentía, cuando se trata de arrastrarnos a todos bajo el agua, donde tú te encontrarás a tus anchas.
—Sólo al pri-prin-principio —repuso Pinzón—. Después de algunas zambullidas de prueba, iremos más abajo. Y yo estaré con vosotros, corriendo los mismos riesgos.
—Vamos, Huck —intervine—. Sé más considerada con el pobre...
—De todas maneras —contraatacó Pinzón—, ¿qué hay de tu plan? Al menos el batiscafo sería legal. Tú quieres infringir las reglas y hacer cosas irruptoras.
Esta vez fue Huck quien se puso en guardia.
—¿Qué cosas irruptoras? Ninguno de nosotros puede procrear con los demás, así que es imposible cometer ese delito mientras estamos más allá de la frontera. De cualquier modo, los cazadores e inspectores también cruzan las marcas.
—Claro. Con permiso de los sabios —dijo Pinzón. Huck irguió dos tallos como para decir que no le interesaban los tecnicismos legales.
—Prefiero una infracción a un suicidio.
—¿Quieres decir que prefieres una estúpida excursión a una ruina buyur para leer aburridas inscripciones en vez de ver el Sumidero? ¿Y monstruos vivos de verdad?
—le pinchó Pinzón.
Huck gruñó y se dio media vuelta con disgusto. Antes Pinzón nos había hablado de algo que había visto esa mañana, en los bajíos del sur de la ciudad. Una criatura de escamas plateadas había pasado volando, juraba él, batiendo lo que parecían alas subacuáticas. Después de oír historias similares desde el día de la transixión de Pinzón, ya no le hacíamos mucho caso.
Ambos me miraron pidiendo una decisión.

—Recuerda, Alvin —murmuró Huck—. Acabas de prometer...
—Recuerda también lo que me prometiste a mí hace meses —exclamó Pinzón, con tanto fervor que no tartamudeó.
En ese instante me sentí como un traeki vacilando entre dos pilas de material reducido. Me seducía la idea de ir a ver el Sumidero, donde había caído todo lo moderno y galáctico desde que se habían ido los buyurs. Una aventura submarina, como en los libros de Haller y Verne.
Por otra parte, Huck tenía razón al decir que el plan de Pinzón era absurdo. El riesgo podía valer la pena para un qheuen. Siendo de clave baja, ni siquiera sabía con certeza quién era su madre, pero mis padres se afligirían mucho si yo moría sin dejar siquiera mi espina cardíaca para molienda-del-alma y vuphynación.
De cualquier modo, Huck ofrecía una perspectiva casi igualmente súper, la de encontrar escritos aún más antiguos que los libros que los humanos habían llevado a Jijo. Auténticas historias buyurs, quizá. La idea me cosquilleaba las ventosas.
Por suerte no tuve que decidir, pues mi noor, Huphu, llegó en ese momento, pasando bajo las patas de Pinzón y las ruedas de Huck, diciendo que tenía un mensaje urgente de Ur-ronn.
Ur-ronn quería vernos.
Quería compartir una gran sorpresa.
Ah, sí, tengo que presentar a Huphu.
Ante todo debo puntualizar que en realidad no es mi noor. Está siempre cerca de mí, y en general obedece mis gutureos. Aun así, es difícil describir la relación entre un hoon y un noor. La palabra misma relación implica muchas

cosas que no existen. Tal vez sea uno de esos casos donde la flexibilidad del ánglico, habitualmente su característica más súper, se disipa en vaguedad.
De cualquier modo, Huphu no toma decisiones. No es un ser sapiente como los miembros de los Seis. Pero como nos acompaña en
casi todas nuestras aventuras, forma parte de la pandilla igual que los demás. Muchos dicen que los noors están locos. Lo cierto es que nada les importa mientras puedan ver algo nuevo. Es probable que la curiosidad haya matado a más noors que los liggers en tierra o los starks en el mar. Así que sabía cuál habría sido el voto de Huphu, de haber sabido hablar.
Afortunadamente, ni siquiera Pinzón se atrevería a sugerir que Huphu deba tomar decisiones.
Nos pusimos en marcha, discutiendo, y de pronto la pequeña noor se puso a brincar y a berrear en el muelle. Comprendimos que estaba retransmitiendo un mensaje, porque sus palabras tenían sentido. Los noors no saben hablar galáctico dos ni ningún otro idioma que nadie haya inventado, pero son capaces de memorizar y repetir cualquier señal que recojan con sus penetrantes ojos. Incluso, por la designación inicial, pueden discernir para quién es el mensaje. Es un talento súper que sería muy útil si lo hicieran siempre y no sólo cuando les da la gana.
A Huphu le daba la gana, sin duda, porque de repente se puso a graznar la secuencia denotativa superior de un informe en gal-dos. (Supongo que un viejo telegrafista conocedor del código Morse, como Mark Twain, podría haber manejado el gal-dos, por poco que se lo propusiera.) Como he dicho antes, el mensaje era de nuestra amiga urs, Ur-ronn, y decía: VENTANA TERMINADA. VENID

PRONTO. ¡COSAS MUY
RARAS!

He puesto la última frase entre signos de exclamación porque así fue como Huphu terminó de recitar el boletín que había visto relampaguear en el monte Guenn, concluyendo su informe con un ladrido de excitación. La expresión «cosas muy raras» la hacía brincar en círculos.

—Iré a buscar mi bolsa de agua —dijo Pinzón tras una pausa.

—Iré a buscar mis gafas —añadió Huck.

—Iré a buscar mi capa y nos encontraremos en el tranvía —concluí. Después de semejante invitación, no era preciso discutir.

IV

EL LIBRO DE LA CUESTA

LEYENDAS

Los g'Keks narran una fábula, una de las más antiguas desde que tu nave furtiva llegó a Jijo, transmitida oralmente durante casi dos mil años, hasta que al fin fue consignada en papel.
La saga habla de un joven cuyo talento para «patinar en hebras» era célebre en una de las ciudades orbitales donde moraban los g'Keks, después de perder su mundo natal en una apuesta.
En esta ciudad, sin el impedimento de la gravedad ni del suelo sólido, los jóvenes señores de una generación nacida en el espacio desarrollaron un nuevo juego: resbalar con bordes relampagueantes en finísimas hebras de color, cables que colgaban perpendicularmente en la vasta cavidad interior de su mundo artificial. Cuenta la leyenda que un patinador realizaba una hazaña tras otra, disfrutando del riesgo, saltando entre las hebras traslúcidas y volando en libertad, haciendo girar las ruedas antes de coger el siguiente cordel, aleteando en extático abandono.
Un día un oponente derrotado desafió al joven campeón.
—Apuesto a que no puedes patinar lo bastante lejos como para envolver el sol con una hebra.
Algunos eruditos de Jijo encuentran confusa esta parte de la le-yenda ¿Como podía haber un sol dentro de una roca hueca y giratoria?
Como gran parte de la sección de tecnologías espaciales

está destruida, los eruditos de Biblos disponen de pocos datos para interpretar estas pistas. Sospechamos que la historia se distorsionó con el tiempo, junto con muchos otros recuerdos de un pasado de dioses.

Los detalles técnicos no importan tanto como la moraleja de la historia, la imprudencia de enfrentarse a fuerzas que escapan a nuestra comprensión. El necio que lo hace puede arder, como el patinador de la fábula, cuyo dramático final encendió una tormenta de estrías flamígeras que de repente cruzaron el cielo interior de la ciudad condenada.

Fábulas de los Siete de Jijo, tercera edición,
Departamento de folclore e idiomas,
Biblos, año 1867 del Exilio.

DWER

Dwer había visitado casi todas las aldeas y haciendas de la zona colonizada de Jijo, incluidas las islas y un par de lugares secretos de los que había jurado no hablar nunca. Había conocido a muchos colonos de todas las razas, entre ellos la mayor parte de la población humana de la Cuesta.

A medida que pasaban las duras, más seguro estaba de que su prisionera no era uno de ellos.

La sorpresa irritaba a Dwer. Una culpa irracional lo ponía doblemente furioso.

—De todas las estupideces que pudiste hacer —le dijo a la muchacha que se frotaba la cabeza junto a la fogata—, robar mi arco es Una de las más grandes. Pero desenvainar un cuchillo es aún peor. ¿Cómo iba a saber que eras sólo una niña, en plena oscuridad? Te pude haber roto el cuello para defenderme.

Era la primera vez que hablaban desde que ella se había dado un cabezazo contra el suelo. Dwer se la había cargado sobre el hombro para llevarla al campamento. La desconocida, que no había perdido la conciencia del todo, se recobró cuando él la sentó junto a la fogata. Ahora se masajeaba la cabeza magullada, observada por la gláver y el noor.

—Pensé... que eras... un ligger —tartamudeó al fin.

—¿Me robaste el arco, huiste y después creíste que te perseguía Un ligger?

Tenía un punto a favor: no sabía mentir. Su cuerpo menudo estaba envuelto en prendas de cuero mal curtido, cosido con tendones. Su cabello, sujeto en una cola de caballo, era rojizo y ondulado. Por lo que se podía ver a la luz del

alba, entre sus rasgos destacaban una nariz rota y una fea magulladura en la mejilla izquierda, que afeaba Un rostro que habría sido agraciado después de un buen lavado.
—¿Cómo te llamas? —Ella bajó la barbilla y masculló algo.
—¿Qué has dicho? No te he oído.
—Rety, he dicho. —Ella lo miró a los ojos por primera vez, con aire desafiante—. ¿Qué harás conmigo?
Una pregunta razonable, dadas las circunstancias. Dwer no tenía muchas opciones.
—Supongo que te llevaré a Asamblea. Allí están la mayoría de los sabios. Si eres mayor de edad, tendrás que responder por tu transgresión. De lo contrario, buscarán a tus padres. Por cierto, ¿quiénes son? ¿Dónde vives?
Se repitió el hosco silencio.
—Tengo sed —murmuró ella al fin.
La gláver y el noor se habían turnado para olisquear la cantimplora vacía y reprenderlo con la mirada. «¿Qué soy yo? —pensó Dwer—. ¿El responsable de todos?»
Suspiró.
—De acuerdo. Vamos a buscar agua. Rety, ve junto a la gláver.
Ella estudió a la criatura.
—¿Muerde?
Dwer la miró de hito en hito.
—Es una gláver, por amor de Ifni. —Le cogió la mano—. Tendrías motivos para temerle si fueras una larva o una pila de basura. Aunque ahora que lo menciono...
Ella retiró la mano con gesto huraño.
—Está bien, lo lamento. De todas maneras, tú encabezarás la marcha, así podré vigilarte y evitar que te escapes. —Le sujetó el extremo libre de la amarra de la gláver al cinturón, sobre la espalda, para que no la

alcanzara fácilmente. Dwer cogió su mochila y su arco—. ¿Oyes la cascada? Tomaremos un descanso para comer charqui cuando lleguemos allá.

Fue un extraño viaje, la huraña guiando a la apática, seguida por el confundido, y detrás de ellos el divertido. Cada vez que Dwer miraba hacia atrás, Pies de Barro sonreía.

Algunos atrancaban las puertas cuando oían que había un noor en las cercanías. Otros dejaban regalos, esperando propiciar un cambio de suerte. Dwer a veces veía noors salvajes en los pantanos, don-de los árboles flamígeros florecían en las zonas boscosas de vastos lirios migratorios. Pero sus recuerdos más vividos eran de la fábrica de papel de su padre, donde noors jóvenes llegaban cada primavera para zambullirse desde el potente molino, a veces con consecuencias fatales. Cuando era niño, Dwer a menudo los acompañaba, compartiendo los riesgos, para angustia de sus padres. Incluso trataba de estrechar sus lazos con esos compañeros de la infancia, sobornándolos con comida, enseñándoles trucos, buscando un vínculo como el que el hombre había tenido antiguamente con el perro.

Pero los noors no eran perros. Con el tiempo, mientras la vida lo alejaba del río, Dwer llegó a comprender que los noors eran astutos, valientes y peligrosos. «El hecho de que no hayas sido el ladrón no significa que confíe en ti», le advirtió en silencio a Pies de Barro.

Un sendero abrupto no es igual de subida que de bajada. En algunos puntos, éste parecía tan silvestre que Dwer entornaba los ojos y se imaginaba que estaba en un auténtico terreno de frontera, no tocado por manos sapientes desde que el mundo era nuevo. Luego pasaban

por alguna ruina buyur —una muralla de cemento, o un tramo de vereda gomosa que los deconstructores habían pasado por alto cuando Jijo quedó en barbecho— y la ilusión se disipaba. La demolición nunca era perfecta. Había un sinfín de huellas de los buyurs al oeste de los Linderos.

El tiempo era el auténtico reciclador. Jijo había tenido tiempo suficiente para restaurar su ecosistema, al menos eso decía su hermano Lark. Pero Dwer rara vez pensaba a tan gran escala. Restaba magia al Jijo que conocía, un lugar herido, pero lleno de maravillas.

Rety necesitó ayuda para cruzar algunos tramos más abruptos, y hubo que bajar a la gláver con la cuerda. Una vez, después de bajar a la adusta criatura hasta un tramo de carretera vieja, Dwer dio media vuelta y descubrió que la muchacha había desaparecido. —¿Adónde habrá ido? —rezongó—. Demonios. La infracción de Rety merecía un castigo, y su misterio exigía una solución, pero buscar glávers fugitivos era lo primordial. Después de liberar a ésta, tal vez regresara a buscar las huellas de la muchacha, aunque en ese caso se perdería la Asamblea.

Dobló una esquina de piedra y por poco tropieza con la muchacha, que estaba agachada frente a Pies de Barro. Rety miró a Dwer. —Es un noor, ¿verdad? —preguntó. Dwer disimuló su sorpresa. —¿Es el primero que ves?

Ella asintió, tranquilizada por la sonrisa seductora de Pies de Barro. —Y parece que nunca habías visto un gláver, tampoco. ¿A qué distancia vive tu gente?

Al sonrojarse, la pálida cicatriz de su rostro destacó más sobre
su tez.

—No se a qué... —Calló al comprender la magnitud de su

error. Apretó los labios.
—No disimules. Ya lo sé todo sobre ti —dijo él, señalándole la ropa—. No usas telas tejidas, sino cuero cosido con tripa. Buena piel de imla y sorrl. Los sorrls no son tan grandes al oeste de los Linderos.
Viendo su consternación, se encogió de hombros.
—He cruzado la montaña varias veces. ¿Tu gente dice que está prohibido? En general es cierto. Pero yo puedo ir adonde quiera, para explorar.
Ella bajó la vista.
—¿De modo que no habría estado segura aunque...?
—¿Corrieras más rápido y cruzaras el paso? ¿Crees que si cruzaras una línea imaginaria te dejaría ir? —Dwer rió, tratando de no parecer demasiado hostil—. Rety, tranquilízate. No debiste robarme el arco, eso es todo. Si hubiese sido necesario te habría perseguido más allá del desierto del Amanecer.
Era una bravuconada, desde luego. Nada valía un trayecto de dos mil leguas entre volcanes y arenas ardientes. Aun así, Rety lo miró boquiabierta. Él continuó.
—Nunca he visto a tu tribu en mis expediciones al este, así que supongo que eres del sureste, de más allá del Llano Venenoso. ¿Eres de los Cerros Grises? He oído decir que esa comarca es tan escabrosa que podría ocultar a una tribu pequeña.
Los ojos pardos de la muchacha se llenaron de angustia.
—Te equivocas. No vengo de... ese lugar.
Calló con aflicción, y Dwer se compadeció de ella. Sabía que era desagradable sentir vergüenza frente a un miembro de la propia especie. Debido a su vida solitaria no tenía experiencia suficiente para vencer su propia timidez. «Y por eso mismo debo llegar a Asamblea.» Sara le había

dado una carta para Plovov el analista. Además, la hija de Plovov era una belleza, y no estaba comprometida. Con suerte, Dwer tendría la oportunidad de invitar a Glory Plovov a pasear, y tal vez lograra impresionarla con una buena anécdota. Cómo había impedido que una manada de moribuls se despeñara de una roca durante una tormenta eléctrica. Tal vez esta vez no tartamudearía y no la haría reír. De repente se sintió impaciente por partir.

—Bien, no tiene sentido preocuparse ahora. —Indicó a Rety que encabezara la marcha de nuevo—. Se te asignará un sabio joven para que hable contigo, así no te enfrentarás sola al consejo. De todos modos, ya no colgamos a quienes nos visitan sin permiso. A menos que sea necesario, claro.

No atinó a guiñarle el ojo, así que la broma no surtió efecto. La joven siguió mirando al suelo mientras él volvía a maniatarla y luego reanudaron la marcha en fila.

La creciente humedad se iba convirtiendo en niebla a medida que se aproximaban al estruendo del agua. Doblaron un recodo y vieron un arroyuelo que desembocaba en una laguna de color aguamarina. Desde allí, el agua se precipitaba por un borde abrupto, reanudando su accidentado viaje hacia el río, y en definitiva hacia el mar.

El descenso hasta la laguna parecía demasiado traicionero para aventurarse con Rety y la gláver, así que les indicó que continuaran por el camino. Encontrarían el arroyo camino arriba.

Pero el noor brincó de roca en roca. Pronto le oyeron chapotear alegremente mientras ellos seguían avanzando. Dwer recordó otra cascada, allá donde el Gran Glaciar del Norte llegaba a un peñasco enorme en el linde del

continente. Una vez cada dos años cazaba pieles de brankur allá, durante el deshielo de primavera. Pero en realidad emprendía el viaje para estar cerca cuando se rompiera la represa de hielo, en la desembocadura del lago Desolación.
Láminas enormes y transparentes caían desde casi un kilómetro de altura, despedazándose y llenando el cielo con cristales irisados.
Una vez trató de describir la escena a Lark y Sara —colores rugientes, ruido radiante— con la esperanza de que la práctica disciplinara su torpe lengua. Los ojos de su hermana se iluminaban cuando él describía las maravillas de Jijo más allá de la angosta Cuesta. Pero el jovial Lark sacudía la cabeza y decía:
—Esas maravillas estarían mejor sin nosotros.
En cambio Dwer no estaba seguro de que fuera así.
«¿Hay belleza en un bosque si ninguna criatura se detiene para apreciarla? ¿Acaso la "sapiencia" no es para eso?»
Algún día esperaba llevar a su esposa y compañera a la catarata Desolación. Si encontraba un alma con quien pudiera compartirla.
El noor los alcanzó poco después, brincando con una sonrisa satisfecha, y les mojó las rodillas cuando se sacudió el lomo lustroso. Rety rió. Fue un sonido breve y cortante, como si no esperase que ningún placer durara demasiado.
Sendero abajo, Dwer se detuvo en el sitio donde una protuberancia asomaba sobre la cascada, un hilillo de agua bailando sobre la ladera de piedra. Dwer se sintió desesperadamente seco. También se sintió muy solo.
Vamos, niña. Allá hay otra laguna a la que llegaremos más fácilmente.

Rety se quedó quieta un rato. Tenía las mejillas húmedas, pero Dwer quiso atribuirlo a la niebla flotante.

ASX

No muestran su rostro. Los planes podrían fallar. Algunos podríamos sobrevivir para testificar, así que se ocultan. Los Rollos nos advierten de esta posibilidad. Nuestro destino parece preestablecido.
Pero cuando la voz de la nave estelar llenó el valle, procuró tranquilizarnos.
—(Simples) científicos somos. Investigamos formas de vida (locales, exclusivas). No somos dañinos para nadie.
Esta explicación, con los chasquidos y chillidos del muy formal galáctico dos, se repitió en otras tres lenguas estándar, y al fin —como vieron hombres en nuestra multitud— en la lengua lobezna, el ánglico.
—Investigamos formas de vida (locales, exclusivas). En esto buscamos vuestra (grácil) ayuda. Conocimiento de la biosfera (local) sin duda poseéis. Herramientas y artes (útiles) ofrecemos a cambio. Confidencialmente, ¿haremos intercambio (mutuo)?
Recordad, anillos míos, que nuestros perplejos pueblos se miraron unos a otros. ¿Podían confiar en tales promesas? Los que habitamos Jijo somos infractores a ojos de vastos imperios. También lo eran quienes viajaban a bordo de esa nave. ¿Podían esos dos grupos tener motivos para una causa común?
Nuestro sabio humano lo sintetizó con lacónico ingenio.
—Confidencialmente un rábano —murmuró Lester Cambel en ánglico—. Ni por las axilas de mis peludos antepasados.

Y se rascó en un gesto tan oracular como irónico.

LARK

Esa noche, antes que llegaran los incursores, una hilera de peregrinos de túnica blanca atravesó la bruma del alba. Eran sesenta, diez de cada raza.

Otros irían por allí durante el festival, buscando patrones armónicos. Pero este grupo tenía una misión más grave.

Se cernían sombras sobre ellos. Árboles nudosos y deformes extendían sus brazos retorcidos, como espectros desesperados. Vapores aceitosos se fusionaban y sublimaban. El sendero viraba abrupta mente para sortear cavidades tenebrosas donde resonaban misteriosos ecos. Protuberancias rocosas exacerbaban la imaginación, agudizando el nerviosismo de los viajeros. ¿En el próximo recodo aparecería el reverenciado Huevo de Jijo?

Al margen de sus características orgánicas, heredadas de seis mundos de cuatro galaxias diferentes, cada viajero obedecía la misma llamada hacia la unidad. Lark seguía un ritmo transmitido por el rewq que llevaba en la frente.

«He recorrido esta senda muchas veces. Debería resultarme familiar. Entonces, ¿por qué no puedo responder?»

Trató de permitir que el rewq proyectara su motivo de color y sonido sobre el mundo real. Los pies susurraban. Los cascos trepidaban. Los anillos giraban y las ruedas crujían por una senda polvorienta que los peregrinos habían apisonado hasta tal punto que parecía como si el ritual se remontara a los primeros días del exilio, y no a poco más de un siglo.

«¿Adonde acudían los primeros colonos, cuando necesitaban esperanza?»

El hermano de Lark, el célebre cazador, una vez lo llevó

por un camino secreto que subía por una montaña cercana, desde donde se podía ver el Huevo, como si lo hubiera empollado un dragón legendario, en un nido de flancos abruptos. Desde esa distancia parecía un antiguo monumento buyur, un centinela críptico que se burlara del tiempo.

La imaginación podía convertirlo en una nave estelar varada, o bien en una fortaleza refractaria que bebía la luz, más densa que una estrella de neutrones. Lark incluso imaginaba la coraza de un ser titánico, demasiado paciente u orgulloso para prestarse a la mirada de meros insectos.

Había sido perturbador tener que reelaborar su imagen de lo sagrado. Aún recordaba esa revelación. O bien sólo estaba nervioso por el discurso que pronto tendría que pronunciar ante un grupo de fervorosos creyentes. Un sermón pidiendo un sacrificio extremo.

La senda viró para bajar abruptamente por un empinado desfiladero que rodeaba una gigantesca forma oval, una superficie granulo-la que se elevaba a gran altura ante los peregrinos, dos tiros de flecha de un extremo al otro. Mirando hacia arriba, Lark comprendió.

«No podría haber sido nada de lo que imaginé desde lejos.»

De cerca, bajo su mole protectora, era evidente que el Huevo estaba hecho de piedra nativa.

Las marcas que tenía en la superficie hablaban de la historia de su nacimiento, que había empezado con una concepción violenta en lo hondo de la tierra. Los trazos superpuestos eran como músculos. Venas cristalinas trazaban sutiles sendas dendríticas que se ramificaban como nervios.

Los viajeros desfilaron lentamente bajo el reborde

convexo, dejando que el Huevo percibiera su presencia y quizá les otorgara una bendición. En el lugar donde el inmenso monolito se hundía en el basalto negro, los sesenta iniciaron un circuito. Pero mientras las sandalias de Lark raspaban el polvo áspero, un recuerdo enturbiaba la paz y la majestad de ese momento.

Una vez, cuando era un arrogante niño de diez años, se había empeñado en aproximarse al Huevo por detrás y tomar una muestra.

Todo comenzó un año de jubileo, cuando Nelo el papelero se dirigió a Asamblea para asistir a una convención de su gremio, y su esposa, Melina la sureña, insistió en llevar a Lark y a la pequeña Sara.

—Antes de pasarse la vida trabajando en tu fábrica de papel, deberían ver mundo.

Más tarde Nelo seguramente se arrepintió de haber accedido, pues el viaje cambió a Lark y su hermana.

Durante el trayecto, Melina abría un libro recientemente publicado por los maestros impresores de Tarek, obligando a su esposo a detenerse mientras ella leía con su canturreo sureño, describiendo plantas, animales y minerales que encontraban en el sendero. En esa época Lark ignoraba cuántas generaciones habían trabajado para crear la guía, seleccionando conocimientos orales de todas las razas exiliadas. A Nelo le parecía un buen ejemplo de impresión y encuademación, un buen uso del papel, pues de lo contrario habría impedido que los niños vieran mercancías mal hechas.

Melina lo convirtió en juego, asociando cosas reales con los dibujos de las litografías en tinta. Lo que podría haber sido un viaje tedioso para dos jóvenes se convirtió en una aventura aún más memorable que la Asamblea, de modo

que cuando llegaron, con los pies doloridos y cansados, Lark ya se había enamorado del mundo donde vivía.
El mismo libro, amarillo, ajado y obsoleto gracias a los trabajos del propio Lark, descansaba como un talismán en una manga de su túnica. «La parte optimista de mi naturaleza. La parte que cree que puede aprender.»
Mientras la hilera de peregrinos se aproximaba al extremo del Huevo, Lark metió una mano en la túnica para tocar su otro amuleto, el que nunca mostraba ni siquiera a Sara. Una piedra más pequeña que su pulgar, envuelta en un estuche de cuero. Siempre irradiaba calidez, aun después de descansar veinte años junto a un corazón palpitante.
«Mi lado oscuro. El lado que ya sabe.»
La piedra parecía arder mientras los peregrinos desfilaban junto a un lugar que Lark recordaba demasiado bien.
En su tercera Asamblea, siendo el hijo de un artesano patricio
que se consideraba científico, se había armado de coraje para alejarse de los pabellones, ocultándose en cavernas para eludir a otros peregrinos y meterse bajo el reborde curvo, donde sólo un ágil niño podía deslizarse, llevando su martillo para obtener muestras.
En todos los años transcurridos, nadie había mencionado la cicatriz que había quedado tras su sacrilegio: pasaba inadvertida entre las muchas cicatrices que cruzaban la superficie. Pero ni siquiera la bruma ocultaba aquel punto concreto a ojos de Lark.
¿Debía avergonzarse por la travesura que había hecho de niño, después de tantos años?
La piedra pareció calmarse mientras pasaba la procesión.
¿Sería una ilusión? ¿Era un fenómeno natural, familiar para los refinados de las Cinco Galaxias, aunque

impresionante para los primitivos que se ocultaban en un mundo prohibido? Los rewqs, criaturas simbióticas, también se habían usado mucho desde un siglo atrás, pues ofrecían una preciosa percepción del ánimo de otros seres. ¿El Huevo los había engendrado, como decían algunos, para ayudar a evitar la guerra y la discordia entre los Seis? ¿O eran sólo otro caprichoso prodigio de los genetistas buyurs, de los tiempos en que su galaxia bullía de razas alienígenas?

Después de recorrer los archivos de Biblos, Lark comprendió que su confusión era típica de los humanos que reflexionaban sobre lo sagrado. Incluso los grandes galácticos, cuyos conocimientos abarcaban el tiempo y el espacio, se enfrentaban por causa de dogmas conflictivos. Si los poderosos dioses de las estrellas llegaban a sentirse perplejos, ¿qué probabilidades tenía él de obtener la certidumbre?

«Hay una cosa en que ambos lados de mí concuerdan.»

Tanto en su labor científica como en las angustias de su corazón, Lark conocía una sencilla verdad.

«No nos corresponde estar aquí.»

Eso fue lo que dijo después a los peregrinos, en un rústico anfiteatro donde el sol naciente aureolaba la mole esferoide con un fulgor numinoso. El apóstata qheuen, Harullen, habló primero en un dialecto poético, siseando por los conductos de las patas, invocando sabiduría para servir a ese mundo que era su hogar, fuente de todos sus átomos. Luego Harullen ladeó su caparazón gris para presentar a Lark. La mayoría había recorrido un largo trecho para oír su herejía.

—Nos dicen que nuestros antepasados eran delincuentes —comenzó con voz potente, delatando su tensión

interior—. Sus naves furtivas llegaron a Jijo, huyendo de las patrullas de los grandes Institutos, evadiendo las sondas zangs, ocultando sus huellas en el flujo de la poderosa Izmunuti, cuyo viento de carbono comenzó a ocultar este mundo hace miles de años. Vinieron en busca de un lugar apacible para cometer un delito egoísta.

»Cada tripulación fundadora tenía sus propias excusas. Historias de persecución o descuido. Todos incendiaron y hundieron sus naves, arrojaron sus sofisticadas herramientas de dioses al Sumidero y advirtieron a sus descendientes que vigilaran el cielo.

»Desde el cielo llegaría el juicio, algún día, por el crimen de la supervivencia.

El sol asomó por encima del Huevo, apuñalándole los ojos. Se inclinó hacia el público para protegerse.

—Nuestros antepasados irrumpieron en un mundo que precisaba reposo después de milenios de uso exhaustivo. Un mundo que necesitaba tiempo para que sus muchas especies, tanto nativas como artificiales, reencontraran el equilibrio del cual surgirían nuevas maravillas. La civilización de las Cinco Galaxias protegía la vida con estas reglas ya antes de que se encendieran la mitad de las estrellas que vemos.

»Entonces, ¿por qué nuestros antepasados renegaron de ellas?

Los peregrinos g'Keks lo miraban con dos tallos oculares bien separados, y los otros dos replegados, un gesto que evidenciaba gran interés. Las urs no apuntaban la estrecha cabeza hacia el rostro de Lark, sino hacia su vientre, para mantener el centro de su masa a la vista de las tres ranuras negras que rodeaban su hocico. El rewq de Lark destacaba estos signos, y otros de los hoons, traekis y qheuens.

«Me prestan atención», comprendió.
—Nuestros antepasados trataron de restar importancia al daño. Nuestras colonias se encuentran en esta zona reducida y geológicamente inestable con la esperanza de que los volcanes cubran un día nuestras obras, sin dejar pruebas. Los sabios deciden qué especies podemos matar y comer, y dónde debemos construir, para no perturbar en exceso el descanso de Jijo.
»Aun así, ¿quién puede negar que causamos daño? Ahora se extinguen los rantanoides. ¿Es culpa nuestra? Quién sabe. Dudo que ni siquiera el Huevo Sagrado lo sepa.
La multitud emitió un murmullo. Vibraron colores en el velo rewq que le cubría los ojos. Algún hoon lo interpretó literalmente y pensó que había ido demasiado lejos. Otros, como los g'Keks, se sentían más cómodos con la metáfora.
«Que sus rewqs se encarguen de traducir los matices —pensó Lark—. Concéntrate sólo en el mensaje.»
—Nuestros antepasados nos legaron excusas, advertencias, normas. Hablaron de concesiones, y de la Senda de la Redención. Pero estoy aquí para decir que nada de ello sirve. Es hora de terminar con la farsa, de enfrentarnos a la verdad.
«Nuestra generación debe escoger.
«Debemos optar por ser los últimos de nuestra especie en Jijo.
En el viaje de regreso rodearon cavernas oscuras que exhalaban vapores relucientes. Profundas detonaciones naturales reverberaban en las aberturas, como un rumor que se encogiera con cada nueva versión.
Rodar cuesta abajo fue más fácil para los g'Keks. En cambio varios traekis, construidos para vivir en corrales pantanosos, rechinaban de fatiga tratando de mantener el

paso. Para facilitar el viaje, los peregrinos hoons gutureaban una grave música atonal, como a menudo hacían en el mar. La mayoría de los peregrinos ya no usaban sus exhaustos rewqs. Todos estaban sumidos en sus propios pensamientos. «Según dice la leyenda, las inteligencias maquinales o los zangs actúan de forma distinta. Las mentes grupales no se molestan en persuadir, se limitan a unir sus cabezas, se unifican y deciden.»

No sería fácil lograr la aceptación de la nueva herejía. Cada raza estaba sujeta a unos instintos profundamente arraigados que las impulsaban a reproducirse. Ambicionar el futuro era un rasgo natural en gente como su padre. «Pero no aquí, no en este mundo.»

Lark se sentía alentado por la reunión de esa mañana. «Este año convenceremos a unos pocos. Luego serán más. Primero nos tolerarán, luego tendremos oposición. A la larga, debe hacerse sin violencia, por consenso.»

Al mediodía un murmullo de voces subió por la senda: los primeros peregrinos regulares del día. Lark vio túnicas blancas más allá de Unas fumarolas de vapor. Sus cabecillas saludaron al grupo de Lark, que regresaba de sus devociones, y se apartaron para cederles el paso. Un trueno estalló mientras los dos grupos caminaban lado a lado, haciéndolos chocar mientras flameaban sus túnicas. Los hoons se agazaparon, tapándose los oídos, y los g'Keks retrajeron sus tallos. Un pobre qheuen resbaló por el borde, aferrando un árbol nudoso con una pinza desesperada.

Lark supuso que se produciría otra descarga gaseosa. Cuando tembló el suelo, pensó en una erupción. Pronto supo que el estruendo no venía de Jijo, sino del cielo, y anunciaba la llegada del destino. El mundo que él conocía

terminaba repentinamente, antes de lo que él esperaba.

Los tripulantes de la nave estelar abrieron un pequeño orificio en la superficie reluciente. A través de ese portal enviaron un emisario que no se parecía a nada que se recordara en la Comuna.
¡Un robot!
Mi/nuestro anillo de asociaciones buscó acceso a una de sus miles de glándulas de almacenamiento húmedo para localizar su descripción, invocando una ilustración que yo/nosotros habíamos visto en un libro humano.
¿Qué libro? Ah, gracias, yo mío. *Guía para las herramientas básicas de los galácticos,* de Jane. Uno de los productos más raros de la Gran Edición.
Tal como lo describía ese antiguo diagrama, este mecanismo flotante era una losa negra y octogonal del tamaño de un qheuen joven, que revoloteaba al nivel de mi anillo de visión, con varios implementos relucientes que se proyectaban arriba o colgaban debajo. El robot parecía burlarse de los contornos del terreno, dejando un rastro donde la hierba, los guijarros y el barro quedaban aplastados por su invisible pesadez.
La gente retrocedía al verlo. Sólo un grupo de seres se mantuvo en su sitio, esperando a la criatura de no-carne. Los sabios. La responsabilidad era nuestra cruel amarra, tan terminante que hasta mi segmento basal se quedó tieso, aunque palpitaba con la necesidad de escapar. El robot —o la gente de la nave— supo así con quién tenía el deber y el derecho de parlamentar. Titubeó frente a Vubben, y pareció contemplar a nuestro sabio más anciano durante cinco o seis duras, tal vez intuyendo la reverencia que todos sentimos por el más sabio de los g'Keks. Luego

retrocedió para observarnos a todos.
Yo/nosotros estábamos desconcertados. A fin de cuentas, esto era una cosa, como una gabarra hoon o una herramienta buyur. Sólo que las herramientas que fabricamos nosotros no vuelan, y los vestigios buyurs ya no muestran el menor interés en hacerlo.
Esta cosa no sólo se movía, sino que también hablaba, y comenzó con una repetición del mensaje anterior.
—Investigamos formas de vida (locales, exclusivas). En esto buscamos vuestra (grácil) ayuda. Conocimiento de la biosfera (local) sin duda poseéis. Herramientas y artes (útiles) ofrecemos a cambio. Con fidencialmente, ¿haremos intercambio (mutuo)?
Nuestros rewqs no servían de nada, pues se encogían con el intenso flujo de nuestra angustia. No obstante, los sabios deliberamos. Por acuerdo común, Vubben se adelantó con sus ruedas viejas y chirriantes. En una muestra de disciplina, apuntó todos los tallos oculares hacia el ingenio alienígena, a pesar de la sobrecarga sensorial.
—Pobres renegados somos —recitó, con los crujidos sincopados del galáctico dos formal. Aunque ese idioma resulta más fácil para nuestros primos urs, que lo usan entre sí, todos concedían que Vubben, el g'Kek, poseía un incomparable dominio de la gramática.
Sobre todo cuando se trataba de decir mentiras necesarias.
—Pobres renegados, ignorantes y perdidos. Deleitados estamos. Extasiados ante esta maravilla. ¡La llegada del rescate!

SARA

A cierta distancia de Dolo, el río se internaba en una marisma donde hasta los marineros hoons perdían el canal principal, rozando raíces o encallando en bancos de arena. Normalmente, la morena y paciente tripulación del transporte de escoria *Hauph-woa* contaba con el viento y el vaivén del río para liberarse. Pero no corrían tiempos normales, así que plegaron sus capas verdes —revelando manchas de ansiedad en las protuberancias del espinazo— y empujaron el *Hauph-woa* con pértigas hechas de bu menor. Los pasajeros tuvieron que ayudar a evitar que el fondo lodoso trabara la quilla. La inquietud afectó al contingente de ágiles noors, que ladraban nerviosamente, correteando por los mástiles, desoyendo órdenes y arrojando líneas.

Al fin, poco antes del anochecer, el capitán piloto llevó el *Hauph-woa* más allá del último marjal, hasta cabo Unidad, donde las diversas corrientes del río convergían nuevamente. El bosque de garu se reiniciaba, extendiendo una acogedora techumbre sobre ambas orillas. Después de un día tan arduo, el aire pareció liberar a pasajeros y tripulantes de su húmedo abrazo. Una brisa fresca acariciaba piel, escamas y cuero, mientras los lustrosos noors saltaban por la borda para chapotear junto al casco y trepaban por mástiles y travesaños para estirarse y acicalarse.

Sara dio las gracias a Prity cuando su asistente le llevó la cena en un cuenco de madera; luego la chimpancé llevó su propia comida al costado, para arrojar por la borda las condimentadas verduras que los cocineros hoons echaban en todos los platos que cocinaban. Una estela de burbujas

mostraba que las voraces criaturas del río no eran tan quisquillosas. A Sara no le molestaba ese sabor picante, aunque la mayoría de los terrícolas terminaban con el estómago revuelto después de muchos días de comer a bordo.
Cuando Prity le llevó un par de mantas, Sara escogió la más suave para arropar al forastero, que dormía cerca de la bodega principal, donde se acumulaban cajas de escoria. Sara le secó la frente transpirada con un paño. Desde el día anterior, él no había demostrado la lucidez que había exhibido brevemente cuando ese bólido hendió el cielo.
Sara tenía sus dudas en cuanto a llevar al hombre herido en un viaje apresurado y fatigoso, pero había una buena clínica en Tarek. Y de esta manera podía cuidarlo mientras cumplía con otro deber que le habían impuesto la noche anterior, después del frenético cónclave en el Árbol de Asamblea.
Pzora estaba cerca, dormido pero siempre pendiente del estado del paciente. El boticario emitía bocanadas de vapor por el anillo especializado que rutinariamente realizaba recciones químicas incomprensibles para los mejores expertos de Jijo, o incluso para los traekis mismos. Cubriéndose los hombros con otra suave manta g'Kek, Sara miró a los demás pasajeros.
Jomah, el joven hijo de Henrik el demoledor, se había acurrucado en las cercanías, roncando suavemente después de la excitación de irse de casa por primera vez. Más cerca del mástil estaba Jop, el delegado de los granjeros de Dolo, leyendo un breviario encuadernado en cuero. A estribor, Ulgor, la calderera urs que había hablado en la asamblea, estaba arrodillada frente a un tallador

qheuen llamado Hoja, uno de los muchos hijos varones de la matriarca Muerdetroncos. Hoja había vivido varios años entre los refinados qheuens grises de Tarek, así que no era de extrañar que representara a la colmena de Dolo.
Ulgor cogió un rewq, del tipo apropiado para las delgadas cabezas urs, y se cubrió cada uno de sus ojos triples con la trémula membrana, creando la máscara-que-revela. Entretanto, el rewq de Hoja cubrió la franja de visión situada en su cúpula. El qheuen retrajo las patas, dejando expuestas sólo las pinzas.
Los dos conversaron en un dialecto bastardo del galáctico dos, una lengua difícil para los humanos. Además, la brisa se llevaba los su surros agudos, dejando sólo los sonidos graves de los chasquidos sin copados. Tal vez por eso no les molestaba que los demás escucharan.
Acaso, como sucedía a menudo, subestimaban el alcance del oído humano.
«O tal vez cuentan con algo llamado buena educación», pensó Sara irónicamente. Últimamente se había acostumbrado a escuchar con versaciones ajenas, un hábito raro en una joven tímida. Su reciente fascinación por el lenguaje era la causa. Pero esta vez la fatiga venció a la curiosidad.
«Déjalos en paz. Ya tendrás muchas oportunidades de estudiar dialectos en Tarek.»
Sara tendió su manta entre dos cajas marcadas con el sello de Nelo. Habían tenido poco tiempo para descansar desde esa frenética reunión. Pocos miduras después del receso, los ancianos de la aldea en-viaron un heraldo para despertar a Sara y encomendarle la misión de encabezar una delegación que iría río abajo en busca de respuestas. Fue escogida por su íntimo conocimiento de Biblos y

también para representar a los artesanos de Dolo, así como Jop hablaría en nombre de los granjeros, y Hoja por los qheuens de río arriba. Otros delegados incluían a Ulgor, Pzora y Fakoon, un bailarín g'Kek. Como todos pensaban viajar a Tarek en el *Hauph-woa,* no podían negarse. Junto Con el capitán del barco, eso significaba por lo menos un representante de cada uno de los seis pueblos. Un buen presagio, esperaban los ancianos.

Sara tenía sus dudas sobre Jomah. ¿Por qué Henrik enviaba al muchacho en un viaje que hubiese prometido peligro incluso en tiempos más apacibles?

—El sabrá qué hacer cuando lleguéis a Tarek —había dicho el taciturno demoledor, poniendo a su hijo al cuidado de Sara.

«Ojalá yo pudiera decir lo mismo de mí», pensó Sara. Había sido imposible rechazar esa misión, por mucho que lo deseara.

«Ha pasado un año desde que murió Joshu, desde que la vergüenza y la aflicción te convirtieron en una ermitaña. Además, ¿a quién le importa que te pusieras en ridículo por un hombre que nunca sería tuyo? Ahora todo carece de importancia, dado que el mundo tal como lo conocemos está llegando a su fin.»

Aunque se tratara de una nave de los Institutos que trajera el esperado juicio, las cosas cambiarían irremediablemente. En una época de peligro, tenía que olvidar sus problemas personales.

«¿Dwer y Lark están a salvo? ¿O ya ha sucedido algo espantoso en Asamblea?»

Sintió que Prity se acurrucaba en su manta, compartiendo el calor. El timonel hoon tarareaba una melodía ininteligible pero tranquilizadora.

«Las cosas salen bien», parecía decir el gutureo hoon.
«Ojalá sea así», pensó Sara mientras se dormía.
Más tarde, en medio de la noche, un sueño la despertó. Miró el apacible río a la luz de las dos lunas, sobrecogida por una imagen de pesadilla. Luego.
En el claro de luna que titilaba en el agua vio un incendio que lamía el techo de piedra de Biblos, ennegreciéndolo con el hollín de medio millón de libros ardiendo.

EL FORASTERO

Inconsciente, es incapaz de controlar las oscuras imágenes que ruedan en el universo de su mente.
Es un universo estrecho y cerrado, pero desbordante de estrellas y confusión. Galaxias y remordimiento. Nebulosas y dolor.
Y agua. Siempre agua: desde negros campos de hielo hasta nubes espaciales tan difusas que uno nunca sabría que están pobladas por seres del tamaño de planetas. Seres vivos lentos y tenues como vapor, nadando en el cuasivacío.
A veces teme que el agua nunca lo dejará en paz. Y tampoco lo dejará morir.
En su delirio oye la música del agua. Esta vez son bofetadas suaves, tablones de madera que crujen, como si un barco lo llevara desde un lugar que no recuerda hacia otro cuyo nombre nunca llegará a saber. La melodía es tranquilizadora, no como la succión de ese pantano espantoso donde creyó que acabaría ahogándose...
—como esa vez en que los Antiguos lo metieron en una esfera de cristal que llenaron con un fluido que disolvía todo lo que tocaba.
—o esa vez en que luchó por recobrar el aliento en un mundo verde cuyo aire espeso se negaba a alimentarlo mientras avanzaba a trompicones hacia una temible y titilante torre jophur.
—o esa vez en que sintió la asfixia en cuerpo y alma mientras recorría un pasaje estrecho y desgarrador, antes de precipitarse a un reino cuya luz fulgurante se extendía hasta...
Su mente se rebela ante esas imágenes breves e

incoherentes. En su fiebre ignora cuáles recuerda, cuáles exagera y cuáles son meras invenciones de su cerebro enfermo y acuciado por pesadillas...
—como la estela vaporosa de una nave estelar (¡agua!) hendiendo un cielo azul que le recordaba su hogar.
—o la visión de seres semejantes a él (¡más agua!), viviendo en un mundo del que no forman parte.
Otra impresión invade ese caos de alucinaciones febriles, y él sabe que es real, no ilusoria. Un contacto, una suavidad en la frente. Una caricia acompañada por unos murmullos tranquilizadores. No entiende las palabras, pero le agrada la sensación, incluso sabiendo que no debería existir. No aquí ni ahora.
Esa caricia confortante mitiga su soledad.
Las imágenes temibles, los recuerdos y las pesadillas se desvanecen. Poco a poco se va hundiendo en la quietud del sueño.

V

EL LIBRO DEL MAR

Cuando llegue el juicio, os preguntarán acerca de los muertos.
¿Qué especies vivas, bellas y exclusivas,
han dejado de existir porque vosotros, intrusos,
decidisteis vivir en un lugar prohibido?
¿Y qué decir de los vuestros? Vuestros propios cadáveres, vuestras herramientas y objetos. ¿Cómo habéis dispuesto de ellos?
Sed rectos, irruptores de Jijo.
Mostrad con cuánto afán habéis tratado
de reducir las consecuencias de vuestro crimen,
la ofensa de vivir.
El crimen y el castigo
disminuirán
si causáis el menor daño.
Rollo del Consejo

LA NARRACIÓN DE ALVIN

El funicular del monte Guenn trepa por un camino empinado desde el puerto Wuphon hasta los talleres de Uriel la herrera. Es pequeño y difícil de distinguir, aunque uno lo esté buscando. Aun así, los sabios sólo lo permiten porque es importante para llevar los trabajos de Uriel al mercado. Además no utiliza energía artificial. Las aguas termales de la montaña se vierten en un tanque que hay a bordo del coche que aguarda en la estación de la cima. Mientras, el tanque del coche de abajo se vacía, de modo que se aligera, incluso con pasajeros a bordo. Cuando se libera el freno, el coche más pesado inicia el descenso, tirando del cable y haciendo subir el coche de abajo.

Pese a las apariencias, el viaje es rápido y emocionante, sobre todo cuando ambos coches parecen a punto de chocar en los raíles de madera y al final cada cual sigue por su tramo como un borrón.

Es un tramo de más de cuarenta tiros de flecha, pero cuando el primer coche llega abajo, el agua que hay en el tanque todavía hierve, uno de los motivos por los cuales la gente está encantada cuando Uriel envía sus mercancías al puerto en día de limpieza.

Ur-ronn dice que todo es posible gracias a un trozo de cable bu-yur. Un auténtico tesoro, irreemplazable.

El monte Guenn se portaba bien ese día, así que no había mucha ceniza en el aire y yo no necesitaba mi capa. De todos modos Huck llevaba sus gafas, una sobre cada bulbo ocular, y Pinzón tenía que mojarse la roja cúpula a medida que el aire se volvía más tenue y Wuphon se iba convirtiendo en una aldea de juguete bajo su camuflaje verde. Los bosquecillos de bu pronto cedieron el paso a

matorrales de árboles gorreby de múltiples troncos, seguidos por arbustos plumosos que raleaban mientras ascendíamos. Esto no era territorio de los qheuens rojos. Aun así, Pinzón estaba entusiasmado con las noticias de Ur-ronn.
—¿Veis? ¡La ventana está hecha! La última pieza que necesitábamos para el batiscafo. Un poco más de trabajo y estará li-lista.
Huck resopló. Lo hacía muy bien, además, pues es uno de esos gestos humanos que conocemos por nuestras lecturas pero que vemos con frecuencia, cada vez que el señor Heinz, nuestro maestro, oye una respuesta que le disgusta.
—Sensacional —señaló Huck—. Quien viaje en ese trasto podrá ver lo que está a punto de engullirlo.
No pude contener la risa.
—Hrrm. ¿Ahora admites que puede haber monstruos marinos?
Huck me miró con tres ojos sorprendidos. No la pillo así con
frecuencia.
—Admito que me gustaría tener algo más que una lámina de vidrio urs entre mi persona y lo que haya allá abajo, en esas veinte mil leguas de viaje submarino.
Su actitud me desconcertó. Huck nunca se mostraba tan desdeñosa.
—Oye, siempre me pregunto si alguien habrá averiguado cuánto
mide una legua.
Dos ojos suyos se miraron, luego se volvieron hacia mí con un
destello picaro.

—Una vez lo busqué en el diccionario, pero no encontré ni braza
de respuesta.
—Venga, no empecéis... —se quejó Pinzón.
—Es métricamente difícil —interrumpí.
Huck hizo rechinar sus ruedas.
—Este asunto siempre tuvo sus pársecs.
—Hrrrm. No sé de qué yardas estás hablando.
—Oh, oh, oh, oh, oh —se quejó Pinzón con cinco bocas al mismo tiempo.
Así nos entreteníamos mientras ascendíamos por esa comarca helada y estéril, y supongo que eso demuestra que mi padre tenía razón en cuanto a lo de humitadores. Pero el gal-dos y el gal-seis no sirven para jugar con las palabras. El gal-siete ya es otra cosa, cuando las bromas no quedan tan bien.
La ladera era más abrupta cerca de la cima, donde las fumarolas pueblan los anchos hombros del monte y ennmascaran el hálito caliente de las forjas de Uriel. Aquí algunos flujos volcánicos se cristalizaban de maneras especiales, reflejando colores fluctuantes. A poca distancia, la misma clase de material cubría una planicie venenosa llamada Flujo Espectral.
Ese día mi imaginación estaba demasiado activa. No podía evitar cierto asombro ante la energía que burbujeaba en las honduras de la
montaña. En ninguna parte las entrañas de Jijo se retuercen tanto como en la zona que los exiliados llamamos la Cuesta. Se cuenta que por eso todas las naves de los antepasados plantaron su semilla en la misma región del planeta. Y en ninguna parte de la Cuesta la gente vive en mayor contacto cotidiano con ese poder

contenido que en mi pueblo natal. No es de extrañar que nunca nos asignaran una familia de demoledores. Todos suponen que Wuphon será bendecida por el volcán de todos modos, dentro de los próximos cien años. A lo sumo mil. Tal vez en cualquier momento. ¿Para qué vamos a molestarnos? Se dice que es adecuado que no queden rastros de nuestros hogares cuando eso ocurra. Aun así, Jijo puede tomarse el tiempo que quiera, por lo que a mí concierne.

A pesar de tantos viajes en funicular, todavía me sorprendo cuando el coche llega al final del ascenso y una gran caverna devora repentinamente las vías. Tal vez fuese de tanto hablar de monstruos, pero sentí un retortijón en la espina cardíaca cuando apareció ese hueco negro y nos sumergimos en algo muy parecido a una boca hambrienta, en medio de una montaña iracunda e impulsiva.

La oscuridad del interior era seca y caliente como el polvo. Ur-ronn ya nos aguardaba cuando el coche se detuvo con un chirrido. Parecía inquieta, y bailoteaba haciendo resonar los cuatro cascos mientras sus rechonchos brazos sujetaban la puerta y yo ayudaba a Huck a salir del coche. La pequeña Huphu iba en el lomo de Pinzón, con los ojos relucientes, como si estuviera preparada para cualquier cosa.

Tal vez la noor estuviera preparada, pero Huck, Pinzón y yo nos quedamos totalmente desconcertados por lo que dijo nuestra amiga urs. Ur-ronn habló en gal-seis, que es más fácil de pronunciar para las urs.

—Me alegra en mis marsupios que vosotros, amigos míos, hayáis Venido tan pronto. Ahora vayamos al observatorio de Uriel, donde hace varios días que han detectado objetos extraños en el cielo.

Confieso que me quedé pasmado. Como los demás, sólo pude mirarla varios duras. Al fin todos reaccionamos. —Hrrrm, no puede... —¿De qué...? —No estarás diciendo... Ur-ronn pateó el suelo con la pata delantera izquierda. —Ni más ni menos. Uriel y Gybz afirman haber detectado una o más naves estelares hace varios días. Más aún, en el último avistamiento, una de ellas se disponía a aterrizar.

VI

EL LIBRO DE LA CUESTA

LEYENDAS

Parece irónico que la mayoría de las constelaciones nocturnas de Jijo hayan sido bautizadas por humanos, los exiliados más recientes. Ninguno de los seis pueblos anteriores había pensado en dar nombres caprichosos a grupos de estrellas desperdigadas, asociándolas con bestias reales o míticas.

Esta costumbre pintoresca se debe a la singular situación de los humanos como raza huérfana —lobeznos autoevolucionados— que irrumpió en el espacio sin el auxilio de ningún instructor. Las demás razas sapientes tuvieron mentores —como los hoons tuvieron a los Kuhatsas y los g'Keks a los droolis—, una especie más antigua y sabia dispuesta a tomar como pupila a una raza más joven.

No sucedió así en el caso de los humanos.

Esta carencia afectó al Homo sapiens *de modo singular.*

Muchas ideas extravagantes florecieron entre las culturas terrícolas durante el solitario y oscuro ascenso de la humanidad; ideas exóticas que nunca se les ocurrieron a las razas pupilas, que aprendieron las leyes naturales desde el comienzo. Conceptos extraños, como el hecho de asociar puntos celestes para formar criaturas ficticias.

Cuando los terrícolas lo hicieron en Jijo, los demás grupos reaccionaron con sorpresa y suspicacia. Pero pronto la práctica pareció despojar a

las estrellas de su terror. Los g'Keks, hoons y urs pronto

presentaron mitos estelares de su propia cosecha, mientras que los qheuens y los traekis se contentaban con que elaborasen leyendas sobre ellos.
Desde el advenimiento de la paz, los eruditos no se han puesto de acuerdo en la evaluación de esta práctica. Algunos dicen que su primitivismo ayuda a los Seis a seguir los pasos de los glávers. Esto merece la aprobación de quienes nos exhortan a seguir cuanto antes la Senda de la Redención.
Otros sostienen que es como el cúmulo de libros de Biblos, una distracción que nos impide alcanzar la sencilla claridad de pensamiento que nos permitirá alcanzar nuestra meta.
Y están los que gustan de la práctica simplemente porque es agradable y propicia un arte excelente.
Ku Phuhaph Tuo,
Formas culturales de la Cuesta,
Gremio de editores de Ovoom,
año 1922 del Exilio.

¿Quién se habría imaginado que un robot pudiera demostrar sorpresa? ¿Pero acaso no discernimos un sobresalto, cierta tensión, en respuesta a la manifiesta mentira de Vubben? ¿Un engaño espontáneo, concebido por repentina necesidad por Ur-Jah y Lester, cuyo rápido ingenio enorgullece a sus fogosas tribus?

Los primeros Rollos —apenas unas diez kilopalabras, grabadas en barras polímeras por los primeros pioneros g'Keks— nos advertían sobre los diversos modos en que la condenación podía caer del cielo. Los glávers, hoons y qheuens añadieron nuevos Rollos, que guardaron celosamente al principio y fueron compartiendo a medida que se formaba la Comuna. Al fin llegaron los humanos con sus libros de papel. Pero ni siquiera la Gran Edición pudo cubrir todas las potencialidades.

Entre las perspectivas posibles, se pensaba que los Institutos Galácticos encargados de imponer la cuarentena un día acabarían encontrándonos. O titánicos cruceros de los grandes clanes maestros clamarían contra nuestra infracción cuando el ojo relampagueante, Izmunuti, dejara de enviar su viento de agujas protectoras.

Nos preguntábamos qué haríamos si una gran nave esfera de los zangs, respiradores de hidrógeno, llegara a una de nuestras ciudades, goteando vapores helados. Hemos deliberado sobre estas y otras contingencias, ¿no es así, anillos míos?

Pero rara vez sobre lo que finalmente aconteció: la llegada de renegados. Si alguna vez llegaban malhechores a Jijo, razonábamos, ¿por qué se darían a conocer? Con todo un mundo para buscar riquezas, ¿por qué se dignarían fijarse

en las chabolas de unos rústicos alejados de su antigua gloria, apiñados en un rincón del vasto Jijo?
Sin embargo, han descendido entre nosotros con aterradora audacia.
El emisario robot reflexionó diez duras sobre la afirmación de Vubben, luego respondió con una sola y sencilla interrogación.
—¿Vuestra presencia en este mundo es (pregunto) accidental?
¿Recordáis, anillos míos, el escalofrío que recorrió nuestras membranas de enlace? Los amos del robot estaban perplejos. A despecho de la razón y de la proporción de fuerzas, por un instante la iniciativa era nuestra.
Vubben cruzó dos tallos oculares en un gesto de cortés distanciamiento.
—Tu pregunta sugiere duda.
»Más que duda, sugiere graves supuestos sobre nuestra naturaleza.
»¿Esos supuestos arrojan una sombra de sospecha sobre nuestros antepasados?
»¿La sospecha de crímenes nefastos?
Qué hábil la artimaña de Vubben, tan semejante a la tela de araña reductora. Él no niega nada. No dice una mentira explícita. ¡Pero cuánto insinúa!
—Rogamos perdón por insulto (involuntario) —replicó apresuradamente la máquina—. Por descendientes de renegados os tomamos. Nave malhadada debió ser la combonave de vuestros antepasados. Extraviada en cumplimiento de noble misión, sin duda alguna.
Evidentemente, ahora eran ellos quienes mentían.

DWER

Abandonando los escabrosos Linderos, Dwer condujo a Rety y los demás a esa región de colinas ondulantes que descendían suavemente hacia el mar, la Cuesta. El dominio de los Seis. Dwer intentó que su misteriosa prisionera hablara de sí misma, pero sus primeras preguntas se toparon con renuentes monosílabos. Claramente, a Rety le disgustaba que él pudiera sacar tantas conclusiones de su apariencia, sus pieles, su lenguaje y sus modales.

«Bien, ¿qué esperabas? ¿Atravesar las montañas y entrar en una aldea nuestra sin que te hicieran preguntas?»

Su cicatriz parda hubiese bastado para llamar la atención. Las desfiguraciones no eran infrecuentes en la Cuesta. Los accidentes eran comunes, e incluso los ungüentos traekis más recientes eran medicamentos toscos según las pautas galácticas. Aun así, la gente se fijaría en Rety dondequiera que fuese.

Durante las comidas, miraba codiciosamente las mercancías que él sacaba de la mochila. La taza y el plato, la cacerola de aluminio remachado, el saco de dormir de algodonoso edredón de hurchin, objetos que hacían más cómoda la existencia de aquellos cuyos antepasados habían renunciado a una vida de dioses estelares. Para Dwer había una sencilla belleza en la tela tejida que llevaba, en las botas con suelas de caucho vegetal, en el elegante atizador urs de tres piezas, todos ejemplos de destreza primitiva, como los que sus lobeznos antepasados usaban en su aislamiento de la vieja Tierra. La mayoría de la gente daba esas cosas por sentadas en la Cuesta.

Pero para un clan de irruptores —ocupantes ilegales, envidiosos y mugrientos, que vivían más allá de los límites— podían parecer maravillas por las que valía la pena arriesgarse.
Dwer se preguntó si sería la primera vez. Tal vez Rety fuera sólo la primera que habían apresado. Algunos robos atribuidos a los no-ors podían ser culpa de otros seres que cruzaban furtivamente las montañas.
«¿Fue idea tuya? ¿Apropiarte del primer objeto valioso que encontraras y regresar a tu tribu como una heroína?»
Sospechaba que había algo más. Ella seguía mirando alrededor como si buscara algo concreto. Algo que le importaba.
Rety conducía a la gláver cautiva con una cuerda sujeta a la cintura. El andar grácil de la muchacha parecía destinado a desafiarlo a él o cualquier otro que la juzgara. Dwer sintió náuseas al ver, entre mechones de cabello sucio, las huellas de abejas-taladro, un parásito fácil de combatir con ungüentos traekis. Pero no había traekis en el lugar de donde ella venía.
Eso le suscitaba pensamientos turbadores. ¿Y si sus propios abuelos hubieran elegido igual que los de Rety? ¿Huir de la Comuna para buscar confines lejanos donde ocultarse? La guerra y los refugiados eran cosa del pasado, así que los irruptores no eran frecuentes. El viejo Fallon había encontrado una banda sólo al cabo de muchos años de vagar por medio continente, y éste era el primer encuentro de Dwer.
«¿Qué harías si te criaran de esa manera, buscando comida como un animal, sabiendo que más allá de las montañas del oeste abundaban las riquezas?»
Dwer nunca había pensado en la Cuesta de ese modo. Los

Rollos y leyendas enfatizaban cuánto habían caído las seis razas exiliadas, no cuánto les quedaba por caer.
Esa noche, Dwer usó semillas de tobar para atraer a otro tit-alarma, no porque quisiera madrugar, sino para tener ese ritmo como trasfondo mientras dormía. Cuando Pies de Barro protestó por el olor, cubriéndose el hocico, Rety mostró su primera sonrisa.
Dwer insistió en examinarle los pies antes que se acostara, y ella se dejó curar dos ampollas que ya mostraban indicios de infección.
—Haremos que los sanadores te echen un vistazo cuando lleguemos a Asamblea —le dijo. Ninguno de los dos hizo comentarios cuando él guardó los mocasines de Rety bajo su manta de dormir, como precaución.
Mientras yacían bajo un dosel estrellado, separados por los rescoldos de la fogata, Dwer pidió a Rety que nombrara algunas constelaciones, y sus breves respuestas ayudaron a Dwer a eliminar otra posibilidad: que hubiera aterrizado un nuevo grupo de exiliados humanos, que hubiesen destruido su nave y se hubiesen entregado a una rústica existencia lejos de la Cuesta. Rety no lograba entender de qué servía dar nombre a esos dibujos del cielo, pero Dwer descartó | esa preocupación. Las leyendas eran las mismas.
Al alba Dwer despertó oliendo algo en el aire, un aroma conocido, agradable, pero también inquietante. Lark lo había definido una vez como «iones negativos y vapor de agua». Dwer despertó a Rety y condujo deprisa a la gláver bajo un saliente rocoso. Pies de Barro los siguió, moviéndose como un g'Kek artrítico, rezongando a cada paso. Llegaron al refugio justo cuando se descargó la tormenta, una ondulante cortina de lluvia que trepaba por

la ladera de izquierda a derecha. Rety miraba despavorida ese tapiz irisado que empapaba el campamento y arrancaba las hojas de los árboles. Obviamente era la primera vez que veía una.
Reanudaron la marcha. Tal vez había sido el descanso nocturno, o ese estimulante comienzo del día, pero Rety parecía menos huraña, más dispuesta a disfrutar de ciertos paisajes, como un prado lleno de flores-abejorro, tubos amarillos y orlados de pelusa negra que volaban en el viento del oeste, girando y zumbando. Rety miraba cautivada la traviesa danza de engaño y polinización. La especie no existía más allá de los Linderos, donde una vasta pradera de hierba venenosa se extendía hasta los Cerros Grises.
«El simple hecho de llegar aquí ya fue toda una hazaña», pensó Dwer, preguntándose cómo lo había logrado.
Mientras el paisaje alpino se convertía en una suave precordillera, Rety dejó de disimular su insaciable curiosidad. Señaló y preguntó:
—¿Sostienes la mochila con varas de madera? ¿No pesan mucho? Seguro que son huecas.
Y luego:
—Si eres cazador, ¿dónde están los demás? ¿O siempre cazas en solitario?
Más preguntas siguieron en rápida sucesión:
¿Quién fabricó tu arco? ¿A qué distancia puedes acertar a algo del tamaño de mi mano? ¿Viviste siempre en un solo sitio cuando eras pequeño? ¿En una... casa? ¿Conservabas las cosas que querías, en vez de dejarlas atrás cuando te mudabas? Si creciste a orillas de un río, ¿alguna vez has visto un hoon? ¿Cómo son? He oído que son altos como árboles, y que tienen la nariz tan larga

como un brazo. ¿Son realmente tramposos los traekis? ¿Están hechos de savia? ¿Comen basura? ¿ Los noors se calman alguna vez? Me pregunto por qué Buyur los hizo así.
Al margen de la costumbre de mencionar a los buyurs como un nombre propio singular, Dwer no podría haber expresado mejor esa
pregunta. Pies de Barro era un fastidio perpetuo que se metía entre las piernas, persiguiendo animalillos en los arbustos, emboscándose junto al camino, chillando de placer cuando Dwer no lograba distinguirlo en el follaje.
«Podría darte una buena lección, si no tuviera que llevar una gláver y una niña a remolque», pensó Dwer. Pero empezaba a sentirse bien. Causarían sensación en Asamblea, y sin duda serían la comidilla del festival.
Durante el almuerzo, Rety usó el cuchillo de cocina para preparar una gallina silvestre que él había cazado. Dwer apenas podía seguirle el movimiento de las manos mientras las partes buenas caían en la sartén con un chisporroteo, y las glándulas venenosas volaban al pozo de desperdicios. Ella terminó, limpió el cuchillo y se lo entregó.
—Consérvalo —dijo Dwer, y ella sonrió dubitativamente.
Así él dejó de ser su carcelero para convertirse en el guía que escoltaba a una hija pródiga de vuelta a la Comuna. O eso pensaba, hasta que durante la comida ella comentó:
—He visto algunos antes.
—¿Visto qué?
Rety señaló a la gláver, que mascaba plácidamente bajo la sombra de un bosquecillo de bu menor.
—Has supuesto que nunca había visto ninguno porque temía que me mordiera. Pero los he visto de lejos. Todo un

rebaño. Demonios escurridizos, difíciles de atrapar. Los hombres tardaron todo el día en cazar uno. El sabor es muy fuerte, pero a los muchachos les gustaba.
Dwer tragó saliva.
—¿Tu tribu caza y come glávers?
Rety lo miró con ojos pardos llenos de inocente curiosidad.
—¿No lo hacéis por aquí? No me sorprende. Hay mejores presas, y comida más sabrosa.
Él sacudió la cabeza, asqueado por la noticia. Una parte de él le reprochó: «Estabas dispuesto a matar a ésta si cruzaba el paso.
»Sí, pero sólo como último recurso. ¡Y desde luego, no me la comería!»
Dwer sabía que la gente lo llamaba el Hombre Salvaje del Bosque, que vivía al margen de la ley. Él contribuía a fomentar la leyenda, pues así su torpe manera de expresarse se tomaba por virilidad en vez de timidez. A decir verdad, el acto de matar era la parte de la cería que ejecutaba con la mayor rapidez posible, nunca con deleite Pero enterarse de que la gente de allende las montañas comía glávers... Los sabios quedarían pasmados.
Desde que había sospechado que Rety pertenecía a una banda de irruptores, Dwer sabía que su deber consistiría en guiar una expedición de milicianos para encontrar al clan errabundo. En principio» sólo se trataría de juntarlos para devolver a esos primos perdidos al redil de la Comuna. Pero Rety acababa de acusar inadvertidamente a su tribu de otro crimen. Los Rollos eran muy claros: *No comerás aquello que es raro. Protegerás aquello que es valioso. Pero, ante todo, no devorarás aquello que otrora voló entre las estrellas.*
Era irónico, pues después de capturar a los irruptores para

juzgarlos, la tarea de Dwer consistiría en reunir a todos los glávers que vivieran al este de los Linderos y matar a los que no pudiera atrapar.
«Pero eso no me convertirá en un transgresor, porque no pienso comérmelos.»
Rety debió de notar su reacción. Echó una ojeada al bosquecillo de bu mayor, cuyos retoños eran tan gruesos como su cintura. Los troncos verdes y tubulares se ondulaban como el pelaje del vientre del perezoso noor, que dormía a sus pies.
—¿Me colgarán? —preguntó la muchacha en voz baja. La cicatriz de su rostro se había puesto tensa—. El viejo Clin dice que la gente de la Cuesta cuelga a los irruptores cuando los atrapa.
—Pamplinas. En realidad, cada raza se encarga de los suyos.
—Los viejos dicen que es una ley de la Cuesta. Matar a todos los que intenten vivir libremente al este de los Linderos.
Dwer tartamudeó, repentinamente exasperado.
—Si piensas eso, ¿por qué has venido hasta aquí? ¿Para meter el cuello en la soga?
Rety apretó los labios y desvió la mirada.
—No me creerías —murmuró.
Dwer contuvo su furia.
—¿Por qué no haces la prueba? —preguntó con mayor suavidad—. Tal vez pueda entender mejor lo que piensas.
Pero ella se encerró nuevamente en un silencio pétreo.
Mientras Dwer lavaba los utensilios de cocina, Rety se sujetó a la gláver, aunque él le había dicho que podía caminar en libertad. Dwer encontró el cuchillo junto a los rescoldos, donde ella lo había dejado después de esas

hirientes palabras.
Ese gesto de rechazo lo irritó.
—Vámonos de aquí —masculló finalmente.
ASX

Habíamos optado por fingir una pequeña distinción entre dos crímenes. A lo sumo un delito levemente menor, el de la colonización accidental en vez de planificada.
Nadie podía negar lo evidente: nuestros antepasados habían dejado descendientes no permitidos en un mundo en barbecho. Pero la «siuta evasiva de Vubben implicaba un acto de negligencia, más que maldad premeditada.
La mentira no se sostendría por mucho tiempo. Cuando estudiaran los restos arqueológicos, los detectives de los Institutos notarían que habíamos aterrizado por separado, y que no se trataba de una tripulación mixta que había caído por accidente en esta costa remota. Más aún, estaba la presencia de la raza más joven, el clan humano. Se-gún su propia y pintoresca versión, son una raza lobezna, desconocida para la cultura galáctica hasta hace trescientos años de Jijo.
¿Entonces, para qué usar semejante mentira?
Desesperación, además de la leve esperanza de que nuestros «huéspedes» no dispusieran de la habilidad ni las herramientas para la arqueología. Sin duda se proponían tomar muestras de tesoros ocultos. Luego, cubriendo sus huellas, partirían con la bodega de la nave llena de contrabando. Para esta misión mercenaria, nuestra extraña y aislada colonia de renegados ofrecía una oportunidad y una amenaza.
Debían de saber que poseíamos un buen conocimiento de Jijo, valioso para sus necesidades.

Ay, anillos míos. ¿Pero no somos también testigos potenciales de su fechoría?

SARA

Nadie esperaba una emboscada.
Era el lugar perfecto para ello, pero a bordo del *Hauph-woa* nadie presintió el peligro hasta que se presentó.
Un siglo de paz había borrado las viejas fronteras. Los colonos urs y g'Keks eran pocos, porque los primeros no podían procrear cerca del agua, y los segundos preferían un terreno llano. No obstante, todos los clanes se apiñaban cerca de las dársenas cuando pasaba el *Hauph-woa,* ávidos de compartir las escasas noticias.
No se había recibido ninguna de río abajo desde que ese terrible espectáculo había surcado el cielo.
En general las gentes del río reaccionaban construyendo, apresurándose a reforzar los tabiques de sus fachadas, limpiando los deflectores de sus chimeneas o embarcaciones, pero una aislada tribu de traekis que habitaba el pantano había ido mucho más lejos al incendiar su aldea en un arrebato de temor y fidelidad a los Rollos.
El nudo cefálico de Pzora tembló ante el aroma de pilas de anillos que se encogían en las cenizas. El capitán del *Hauph-woa* prometió difundir la noticia de su situación. Tal vez otros traekis enviaran nuevos segmentos basales para los lugareños, preparándolos mejor para la evacuación tierra adentro. En el peor de los casos, los traekis del pantano podían recoger materia putrefacta, colonizar la superficie y anular las funciones superiores hasta que el mundo fuera un sitio menos amenazador.
No se podía decir lo mismo de una caravana comercial urs con que se cruzaron después, perdida con sus bestias de carga en la desolada orilla oeste cuando los asustados ciudadanos de Bing volaron su amado puente.

La tripulación hoon remó contra la corriente para no quedar atrapada en una maraña de tablones rotos y cables de fibra, vestigios astillados de una bella construcción que había sido el principal nexo de toda una región. Una maravilla del arte del camuflaje, el puente parecía un montón de troncos apilados. Pero ni siquiera eso bastaba a juicio de quienes favorecían la ortodoxia. «Tal vez ardían mientras yo tenía mi pesadilla de anoche», pensó Sara, observando los leños quemados y evocando las imágenes llameantes que habían desgarrado su sueño.

Desde la orilla este, una muchedumbre de aldeanos indicó al *Hauph-woa* que se acercara.

Hoja habló.

—Yo no me acercaría —susurró el qheuen azul por varios conductos de sus piernas. Usaba un rewq sobre el anillo visual mientras observaba a las gentes de la costa.

¿Por qué no? —preguntó Jop—. ¿Ves? Señalan un modo de sortear los escombros. Quizá también tengan noticias.

En efecto, parecía haber un canal cerca de la costa, donde los restos del puente destruido no obstruían el paso. No sé —dudó Hoja—. No me fío.

-Tienes razón —intervino Ulgor—. Me gustaría saber for qué no han hecho nada for la caravana. Los aldeanos tienen botes. Fodrían haber cruzado a los urs.

Sara se preguntaba lo mismo, aunque para alguien de la raza de Ulgor no sería fácil viajar en una barquilla de cuero, con el agua helada a tan poca distancia.

-Tal vez las urs se hayan negado —sugirió—. Tal vez aún no estén tan desesperadas.

El capitán tomó su decisión y el *Hauph-woa* se dirigió hacia la aldea. La única construcción intacta era el enrejado de camuflaje. Todo lo demás estaba en ruinas. «Tal vez hayan

enviado sus familias al bosque», pensó Sara. Abundaban los árboles garu para que habitaran los humanos, y los qheuens podían reunirse con sus primos de río arriba. Aun así, la aldea destruida ofrecía un espectáculo deprimente.
Sara se preguntó cuánto empeorarían las cosas si Jop se salía con la suya. Si volaban la represa de Dolo, destruirían toda dársena, esclusa y cabaña que estuviera por debajo de la línea de pleamar. Las criaturas nativas sufrirían también, aunque tal vez no más que en una inundación normal. «Lark dice que lo importante son las especies, no los individuos. Ningún nicho ecológico se vería amenazado si demoliéramos nuestras pequeñas estructuras de madera. Jijo no sufriría daño.»
Aun así, no estaba convencida de quemar y destruir sólo para convencer a algunos notables galácticos de que habían avanzado en la Senda de la Redención.
Hoja se le acercó. El caparazón azul humeaba mientras el rocío se evaporaba por las articulaciones de su coraza, una señal de angustia.
—Sara, ¿tienes un rewq? ¿Puedes ponértelo y ver si me equivoco?
—Lo lamento, cedí el mío. Todos esos colores y emociones en bruto me impiden prestar plena atención al lenguaje. —No añadió que se había vuelto doloroso usar esas criaturas desde que había cometido el error de ponerse una en el funeral de Joshu—. ¿Por qué? ¿Oué te preocupa?
La cúpula de Hoja tembló, su rewq tiritó.
—La gente de la costa... parece extraña...
Sara escrutó la bruma matinal. La mayoría de los aldeanos de Bing eran humanos, pero también había hoons, traekis y qheuens. «Lo semejante atrae a lo semejante», pensó.

El fanatismo ortodoxo cruzaba las fronteras raciales.
«Al igual que la herejía», pensó Sara, recordando que su hermano formaba parte de un movimiento tan radical como el de las personas que habían destruido el puente.
Varias barquillas salieron de refugios arbóreos, procurando interceptar la nave.
—¿Vienen a guiarnos? —preguntó el joven Jomah.
Tuvo la respuesta cuando el primer garfio de abordaje silbó y cayó en la cubierta del *Hauph-woa.*
Pronto le siguieron otros.
—No queremos causar daño —gritó un hombre de brazos gruesos desde la barquilla más próxima—. Venid a la costa y cuidaremos de vosotros. Sólo queremos el barco.
No eran las palabras apropiadas para la orgullosa tripulación de un buque fluvial. Todos los hoons salvo el timonel corrieron para coger los garfios y arrojarlos por la borda, pero a medida que ellos los tiraban, iban cayendo más.
Jomah señaló corriente abajo.
—¡Mira!
Si alguien aún tenía dudas sobre las intenciones de los aldeanos, todas se disiparon ante la vista de una ruina carbonizada cuyos costillares ennegrecidos se elevaban como un esqueleto calcinado. Esa visión arrancó un gutureo de consternación de los tripulantes, que resonó detrás de Sara y provocó ladridos entre los noors.
Los hoons redoblaron sus esfuerzos, tirando frenéticamente de los garfios.
Sara pensó en proteger al forastero, pero el hombre parecía a salvo, todavía inconsciente bajo la mole protectora de Pzora.
—Vamos —le dijo a Hoja—. Será mejor que ayudemos.

Hasta la Gran Paz, había sido relativamente frecuente que los piratas atacaran barcos con este sistema. Tal vez los antepasados de los atacantes se habían valido de esta técnica durante los días de turbulencia. Los garfios, de aguzado metal buyur, se clavaban profundamente cuando se tensaban los cables. Sara notó consternada que las cuerdas eran de fibra, tratada con un proceso traeki que las hacía muy resistentes. Para colmo, las líneas se estiraban no sólo hasta las barquillas sino hasta la costa, donde los lugareños las tensaban con bloques y aparejos. La fuerza de los hoons, ayudada por las pinzas de Hoja, apenas bastaba para arrancar los garfios. Aun así, Sara intentó colaborar, y hasta el pasajero g'Kek se mantenía alerta con sus cuatro ojos agudos, gritando advertencias cuando se aproximaba otro bote. Sólo Jop se apoyaba en el mástil con expresión burlona, expresando claramente sus simpatías.

La playa estaba cada vez más cerca. Si el *Hauph-woa* pasaba el

punto intermedio, tendría la corriente a su favor. Pero era posible que ni tan sólo esa fuerza bastara para romper las fuertes cuerdas. Cuando la quilla raspara la arena, sería el fin.

La desesperada tripulación adoptó una nueva táctica. Empuñando bichas, astillaron las planchas y barandas donde se había clavado un garfio, arrancando trozos enteros de madera, atacando su propia nave Con una furia sorprendente, dada la normal placidez de los hoons.

La cubierta tembló bajo los pies de Sara. La nave giró como si el mástil central fuera un eje.

—¡Han enganchado el timón! —exclamó alguien.

Sara miró por encima de la popa y vio que una gigantesca

púa de metal atravesaba el gran remo con goznes que el timonel usaba para guiar la nave. Si subían el timón o lo atacaban con hachas, dejarían el *Hauph-woa* a la deriva.
Prity mostró los dientes y chilló. Aunque temblaba de miedo, la chimpancé trepó a la borda, pero Sara la detuvo con mano firme.
-Es mi deber —dijo, y enseguida se quitó la túnica y la falda. Un marinero le entregó un hacha con una correa en el mango.
«No os empeñéis en disuadirme», pensó Sara sardónicamente, sabiendo que nadie lo haría.
Algunas cosas caían por su propio peso.
Llevaba el hacha colgando de un hombro. No era confortante sentir su frialdad metálica en el pecho izquierdo mientras trepaba, aunque el borde afilado llevaba una cubierta de cuero.
La ropa habría sido un impedimento. Sara necesitaba ir descalza, ante todo, para apoyar bien los pies en la popa del *Hauph-woa.* El tipo de construcción dejaba los tablones superpuestos de una manera que facilitaba sus movimientos. Aun así, no podía dejar de temblar, en parte por el frío de la mañana y en parte de puro miedo. El sudor de las palmas le dificultaba las cosas, aunque tenía la boca seca como el aliento de una urs.
«Hace años que no trepo.»
Para los no humanos, esto debía parecer una cosa normal en una terrícola. Así como todos esperaban que una urs fuera mensajera, o un traeki preparase un buen martini. De hecho, era lógico que eligieran a Jop para este trabajo, pero el capitán no confiaba en ese hombre, por poderosos motivos.
La tripulación la alentó con gritos mientras ella bajaba por

la popa, sosteniendo el timón con un brazo. Entretanto, gritos burlones llegaban desde los barquillos y la costa. «Magnífico. Más atención de la que nunca he recibido en mi vida, y totalmente desnuda.»

El cable gruñía por la tensión mientras los aldeanos tiraban de las poleas para arrastrar al *Hauph-woa* a la costa, donde varios qheuens grises se reunieron empuñando antorchas. Al fin llegó a un sitio donde pudo apoyar los pies y las manos, abriendo las piernas en una postura que eliminó toda esperanza de pudor personal. Tuvo que arrancar la cubierta de cuero del hacha con los dientes y el metal rojizo le dejó un amargo sabor eléctrico. Tropezó y miró con un escalofrío la turbulenta estela de la nave.

Las burlas se intensificaron cuando golpeó la hoja del timón, haciendo volar astillas, tratando de cortar una medialuna en torno del garfio clavado. Pronto terminó de cortar por encima del garfio, y ya estaba iniciando la parte más difícil cuando algo le pegó en el dorso de la mano izquierda, haciéndole palpitar el brazo de dolor. Vio que una astilla de madera le hacía sangrar la muñeca.

Un proyectil de honda estaba sepultado en un tablón cercano.

Otro rebotó en el timón, chocó contra la popa y resbaló sobre el agua. ¡Alguien le estaba disparando!

«Maldito seas, cretino, repulsivo y perverso...»

Sara se descubrió un talento ignorado para los insultos mientras pasaba por un amplio vocabulario de juramentos en cinco idiomas, hachando con más ímpetu que nunca. Una lluvia de proyectiles tamborileó contra el casco, pero prescindió de ellos en un arrebato de pasión y furor.

—*Otszharsiya, perkiye! Syookai dreesoona!*

Se quedó sin obscenidades en rúsico. Comenzaba a usar

el gal-dos cuando el tablón crujió con estridencia. El cable gimió, tirando del garfio, y la torturada madera acabó cediendo.
El garfio le arrebató el hacha de la mano al desprenderse. Sara se aferró con manos resbalosas de sangre y sudor. Se le aflojaron y cuando cayó profirió un hondo resuello. El choque contra las aguas fue como el golpe de un martillo helado y ella expulsó el aire de los pulmones en un jadeo de sorpresa.
Sara pataleó, luchando para llegar a la superficie, luego para flotar y respirar, y al fin para no enredarse en las cuerdas que cruzaban el agua. Un garfio brillante pasó a poca distancia de su rostro. Poco después tuvo que sumergirse para eludir una maraña de cuerdas que la habrían atrapado.
La turbulenta estela del barco se sumó a sus problemas, mientras el *Hauph-woa* aprovechaba su oportunidad para escapar.
Le dolía el pecho cuando ascendió de nuevo a la superficie, para toparse con un joven delgado que se apoyaba en el borde de una barquilla, empuñando una honda en una mano. Retrocedió sorprendido, y bajó la mirada al reparar en su desnudez.
Se sonrojó. Apresuradamente, el joven dejó el arma y trató de quitarse la chaqueta. Para dársela a ella, sin duda.
-Gracias... —jadeó Sara—. Pero ahora... debo irme.
Mientras se alejaba a nado, atinó a ver la cara de decepción del joven. «Es demasiado pronto para que sea un pirata curtido —pensó Sara—. Este mundo nuevo y difícil aún no ha borrado las últimas huellas de la decencia. »Pero sólo es cuestión de tiempo.»
Ahora la corriente la impulsaba, y pronto Sara vio al *Hauph-*

woa río abajo. La tripulación había hecho girar la nave y procuraba mantenerse en su sitio, ahora que estaba a segura distancia de la aldea. Aún así, le costó llegar al casco y subir por la escalerilla de cuerdas. A medio camino se le acalambraron los músculos, pero los marineros la subieron.

«Tengo que ponerme más fuerte, si voy a adquirir el hábito de tener aventuras», pensó mientras alguien la arropaba con una manta.

Aun así, Sara se sentía extrañamente bien mientras Pzora le atendía la herida y el cocinero le preparaba un té especial. Le dolía la mano y le palpitaba el cuerpo, pero también sentía una especie de fulgor. »He tomado decisiones, y eran las correctas. Hace un año, parecía que siempre me equivocaba. Tal vez las cosas hayan cambiado.»

El *Hauph-woa* se dirigió río arriba por la orilla oeste, hasta un punto donde podrían recibir a bordo a la caravana, transportando a las urs y sus bestias la distancia suficiente para que no tuvieran que preocuparse por los fanáticos aldeanos. El pausado trabajo en equipo de pasajeros y tripulantes era un espectáculo tan alentador que Sara se sintió reanimada, como si esa breve lucha hubiera despertado algo en su interior.

«Mi fe en mí misma —pensó—. No me creía capaz de esto, pero quizá mi padre tenga razón, a fin de cuentas. He permanecido demasiado tiempo en esa maldita casa arbórea.»

Después de las palabras de Vubben, el portal se volvió a abrir y de la nave salieron más máquinas flotantes. Titubearon al llegar frente a los curiosos que recorrían el borde del valle. Durante varios duras, la gente de la Comuna permaneció en su sitio, aunque les temblaran los pies, las ruedas y los anillos. Luego los robots viraron y se alejaron hacia todos los puntos cardinales, dejando surcos de hierba rota.

—Sondas de investigación... ellas cumplirán sus deberes —explicó el primer mensajero, zumbando y chasqueando en una versión formal del galáctico dos—. Estos subrogantes brindarán análisis (preliminares). Entretanto, con finalidad de ganancia y rescate, iniciemos deliberaciones cara a cara.

Esto causó conmoción. ¿Entendíamos correctamente? Nuestros dialectos han cambiado desde la involución. ¿La expresión «cara a cara» significaba lo que parecía?

Abajo, la puerta de la nave se abrió una vez más.

—Malas noticias —suspiró Lester Cambel—. Si están dispuestos a permitir que les veamos en persona...

—Significa que no les preocupa que cuando se vayan quede alguien para contar lo que vio —concluyó Intuición Acerada.

Nuestro hermano hoon, Phwhoon-dau, compartía esa sombría deducción. Su viejo saco laríngeo se oscureció con lúgubres pensamientos.

—Su confianza es excesiva, enervante. Hrrrm. Al igual que su prisa.

Vubben volvió un tallo ocular hacia mi/nuestro anillo sensor y movió el párpado, un gesto de origen humano para

comunicar ironía. Entre los Seis, los traekis y los g'Keks nos movemos como tullidos en este pesado mundo, mientras que los hoons se desplazan con grácil energía. Pero estos pálidos gigantes pretenden que los demás seamos igualmente frenéticos.
Algo se movió en la cámara de presión de la nave. Un par de esbeltos bípedos avanzaron caminando. Vestidos con prendas que ocultaban todo salvo las manos y la cabeza, salieron a la luz de la tarde para contemplarnos.
Un suspiro colectivo de alarma y reconocimiento estalló en la Comuna.
¿Era una señal de esperanza? Habiendo miles de razas que recorrían el espacio en la Civilización de las Cinco Galaxias, ¿qué azar imposiblemente remoto dictaminaba que nuestros descubridores fueran primos?
¿Que la tripulación de la nave tuviera un parentesco genético con uno de nuestros seis clanes? ¿Era obra de nuestra caprichosa diosa, cuya suerte favorece lo anómalo y lo extraño?
—Hu-ma-nosss... —jadeó Ur-ronn, nuestra sabia mayor, en ánglico, la lengua natal de nuestra raza más joven.
Lester Cambel emitió un sonido que no le había oído nunca, que
estos anillos no supieron descifrar en ese momento. Sólo luego comprendimos, y aprendimos su nombre. Desesperación.

Rety encabezaba el grupo por un sendero que atravesaba un ancho reborde de roca, demasiado dura para que los grandes bu echaran raíces. El saliente de granito separaba dos anchas franjas de cañaverales que se extendían cientos de tiros de flechas en todas direcciones. Aunque el pedregoso sendero seguía la cima de un risco, los bu de ambos lados tenían tanta altura que sólo las cumbres más altas asomaban por encima del oscilante mar de tallos gigantes.

La muchacha miraba a izquierda y derecha como si buscara algo. Como si quisiera algo, y con urgencia, y no quisiera pasarlo por alto. Pero cuando Dwer trató de preguntarle al respecto, sólo obtuvo silencio por respuesta.
«Tendrás que vigilarla —pensó Dwer—. La han lastimado toda la vida, y pincha como una liebre-erizo.»
El trato con la gente no era su especialidad, pero el cazador se sirve de la empatía para intuir las simples necesidades y pensamientos de las criaturas salvajes.
«Las criaturas salvajes conocen el dolor.
»Bien, dentro de un par de días ya no será problema mío. Los sabios tienen expertos sanadores. Si me inmiscuyo, tal vez sólo empeore las cosas.»
El reborde de piedra se fue haciendo cada vez más estrecho hasta que la senda marcó un corredor angosto entre pobladas matas de bu adultos. Los tallos tenían más de veinte metros de altura y el grosor de varios hombres. Estaban tan apiñados que hasta Pies de Barro tendría problemas para internarse en la espesura. La franja de cielo se estrechó gradualmente hasta convertirse en una cinta azul, a medida que se estrechaba el sendero. En un

punto, Dwer pudo extender los brazos y tocar los gruesos cilindros de ambos lados al mismo tiempo.
La estrechez del lugar y la perspectiva contribuían a engañar al ojo humano mientras él se imaginaba dos enormes murallas destinadas a unirse en cualquier instante, triturando al pequeño grupo.
Curioso. Aquel tramo no le había parecido tan amenazador en su trayecto cuesta arriba, dos días atrás. El sendero le había parecido un
embudo que lo conducía claramente hacia su presa. Ahora era un surco, un foso. Dwer sintió un nudo en la garganta.
«¿Y si ha sucedido algo más adelante? ¿Y si un alud ha bloqueado el sendero, o un incendio? ¡Vaya trampa!»
Olisqueó con suspicacia, pero sólo detectó el gomoso olor a verdor que despedía el bu. Desde luego, allí delante podría estar sucediendo cualquier cosa, y él no se enteraría hasta que...
«Basta. Deja de pensar así. ¿Qué te está pasando?
»Es ella —comprendió—. Te sientes mal porque ella cree que eres un canalla.»
Sacudió la *cabeza.*
«Bien, tiene razón. Dejaste que creyera que la colgarían, cuando habría sido fácil decirle...»
¿Decirle qué? ¿Una mentira? No puedo prometerle que no sucederá. La ley es dura porque tiene que serlo. Los sabios pueden mostrar clemencia. Eso está permitido. ¿Pero quién soy yo para prometer nada en nombre de ellos?
Recordó a su maestro describiendo la última vez que una numerosa banda de irruptores fue descubierta, en tiempos en que el viejo Fallón era aprendiz. Los transgresores vivían en un distante archipiélago del norte. Una navegante hoon, cuya misión era patrullar el mar, tal como los

cazadores humanos vigilaban los bosques y las urs recorrían las planicies, se topó con una banda de su especie, que sobrevivía entre los hielos, buscando los bamboleadores que hibernaban y matando esas bestias redondas mientras dormían. Cada verano la tribu renegada bajaba a la costa y encendía fogatas en la tundra, ahuyentando manadas de velludos gallaiters, haciendo que cientos de esos asustados ungulados cayeran por despeñaderos y así alimentarse de su carne.

La navegante Ghahen se había acercado atraída por el humo de una matanza, y pronto empezó a castigar aquel crimen a la manera de su gente. Con una paciencia inconcebible para los humanos, había tardado un año en reducir a los irruptores, uno por uno, confiscando indoloramente a cada miembro su precioso hueso vital, hasta que sólo quedó un macho mayor, a quien capturó como testigo. Llevó al desconsolado cautivo en un bote lleno con las quintas vértebras de sus parientes. Después de recitar su historia —una endecha que duró catorce días—, ese último irruptor marino fue ejecutado por los hoons mismos, que así expiaron su vergüenza. Las vértebras confiscadas fueron trituradas y esparcidas en un desierto, lejos del agua.

El recuerdo de esa historia aterradora llenaba de desazón el corazón de Dwer.

«Por favor, que no me pidan que haga lo que hizo Ghahen. No
podría aunque me lo ordenaran todos los sabios, aunque Lark dijera que de ello depende el destino de Jijo. Tiene que haber una manera
mejor.

Cuando el reborde rocoso parecía estar a punto de

desaparecer, dejando que las franjas de bu convergieran para borrar totalmente cualquier vestigio de sendero, de pronto se abrió un claro. Se trataba de una depresión de mil metros de diámetro, con un lago cubierto de algas en el centro y una salida angosta en el extremo. Una franja de bu mayor bordeaba el linde del cráter, y matas oscilantes de esa planta tenaz surgían de las grietas entre rocas escabrosas que cubrían el valle. La costa del lago estaba dominada por una tupida maraña. Fibras gruesas y nudosas aparecían sepultadas en el polvo.

El silencio era inquietante. No había huellas en el polvo, sólo las ráfagas de viento y de lluvia. Por sus visitas anteriores, Dwer sabía por qué las criaturas prudentes eludían ese lugar. Pero después del sofocante encierro de ese sendero, era agradable ver de nuevo el cielo. Dwer nunca había compartido el temor general al descampado, aun- que tuviera que caminar un tiempo bajo un sol resplandeciente.

Mientras se abrían paso entre las rocas, la gláver se puso a maullar nerviosamente, acercándose a Rety para mantenerse a su sombra. La muchacha movía los ojos ávidamente. Al parecer no se daba cuenta de que se alejaba del camino en un ángulo que la llevaría a la orilla del lago. Dwer dio varias zancadas para alcanzarla. —Por allí no —advirtió.

—¿Por qué no? Nos dirigimos hacia allá, ¿verdad? —Rety señaló la única otra abertura en la muralla de bu, un arroyuelo en la entrada del valle—. El camino más rápido va junto al lago. Además parece más fácil, salvo al lado de la orilla.

Dwer señaló la telaraña de mechones pardos que cubría las rocas cercanas. —Son...

—Sé lo que son —replicó ella con una mueca—. Buyur no sólo vivía en la Cuesta, aunque los del oeste piensen que es el mejor lugar para estar. Más allá de la colina también tenemos arañas reductoras, que devoran viejas ruinas de Buyur. ¿De qué tienes miedo? No creerás que ésa todavía vive, ¿verdad?
Pateó una liana reseca, que se hizo polvo.
Dwer se dominó. «Es ese golpe en el hombro. Su gente la debe de haber tratado pésimamente.»
—No *creo* que esté viva —respondió con calma—. Sé que lo está. Y encima esa araña está loca.
Rety enarcó las cejas en un gesto de fascinación. Se inclinó hacia el y replicó en un susurro:
—¿En serio? ¿Qué hace? ¿Pone señuelos llenos de azúcar y golosinas, para atrapar a las niñas que se portan mal?
—Algo parecido —replicó Dwer, molesto por el sarcasmo.
Rety abrió los ojos, desbordante de curiosidad.
—Pues tengo que verlo.
Dio un súbito tirón a la cuerda. El nudo se deshizo y ella echó a correr entre las piedras. El travieso noor la siguió con brincos entusiastas.
—¡Espera! —gritó Dwer en vano, sabiendo que era inútil perseguirla en ese laberinto de roca. Trepando por una cuesta, logró entrever su cabellera ondeante.
—¡Rety! —exclamó—. No toques el...
Decidió no malgastar el aliento. La misma brisa que le llevaba el húmedo olor del lago le impedía hacerse oír. Dwer regresó a la senda. Maldijo al comprender que la gláver también se había ido.
La encontró a medio tiro de flecha cuesta arriba, desandando el camino, siguiendo ese instinto que a veces

impulsaba a su especie a viajar empecinadamente al este, lejos de toda protección, con rumbo a una muerte casi segura. Gruñendo y jadeando, Dwer cogió la cuerda de la gláver y buscó algo para sujetarla, pero el bosquecillo de bu más cercano estaba demasiado lejos. Soltó la mochila y sacó un rollo de cuerda.

—Lo lamento —se disculpó, usando la cadera para contener a la gláver. Hizo caso omiso de sus quejas y le sujetó las patas traseras, esperando que no pudiera alcanzar la cuerda con los dientes.

—Dolor, frustración... ambos muy tediosos son.

—Lo siento. Enseguida vuelvo —respondió Dwer con optimismo, y echó a andar detrás de la muchacha.

«Permanece arriba y contra el viento —pensó Dwer—. Esto podría ser un truco de ella para andar en círculos y enfilar hacia casa.»

Notó que por reflejo había empuñado el arco y abierto la aljaba que llevaba sobre el muslo.

«¿De qué servirán las flechas si ella enfurece a la araña? ¿O, peor aún, si despierta su interés?»

En el linde del valle, muchas piedras aún evocaban su antigua función como segmentos de la estructura buyur que otrora se erguía orgullosamente en ese lugar, pero pronto toda semejanza con la manpostería se disipó. Mechones nudosos festoneaban las rocas. La mayoría parecían muertos: grises, resecos y deshilachados. Sin embargo, Dwer entrevió una veta verde, y más allá un zarcillo que rezumaba una sustancia viscosa sobre la superficie pétrea, ayudando a la naturaleza a borrar todo vestigio de construcción artificial.

Al fin, con un cosquilleo de inquietud en la espalda, Dwer entrevió algo que se movía tenuemente. Un despertar de

mechones rizado», alertados por una perturbación reciente.
«Rety.»
Dwer avanzó por el tupido laberinto, brincando sobre obstácu-los nudosos, deslizándose debajo de otros, regresando un par de veces al toparse con callejones sin salida. Este emplazamiento buyur no era tan vasto como el que estaba al norte y al este de Dolo, donde cada ciudadano participaba en cuadrillas que buscaban los objetos que la araña deconstructora había pasado por alto. Dwer iba allí con frecuencia, junto con Lark y Sara. Esa araña estaba más fuerte y viva que esta vieja criatura, pero también era mucho menos peligrosa.
El matorral pronto se volvió intransitable para un adulto, aunque la niña y el noor podían haber seguido. El frustrado Dwer dio media vuelta y golpeó una roca.
—¡Por Ifni!
Se echó el arco sobre un hombro, liberando ambas manos, y empezó a trepar por la escabrosa ladera de una roca que tenía el triple de su altura. De haber podido elegir, habría escogido otro camino, pero un presentimiento lo impulsaba a darse prisa.
Pequeños aludes de roca erosionada le llovieron sobre la cabeza y el cuello, y percibió el olor polvoriento de la decadencia. Lianas deshilachadas y resecas ofrecían tentadores puntos de apoyo que él procuraba evitar. La roca era más fuerte, aunque no siempre tan fiable como parecía.
Siguiendo una fisura con los dedos, advirtió que la roca que tenía bajo los pies se empezaba a desmoronar y tuvo que confiar su peso a una liana.
Con un crujido, la liana cedió de repente. Dwer jadeó y

quedó suspendido de los dedos. Chocó contra la pared de piedra y perdió el aliento.
Moviendo las piernas encontró justo a tiempo otra liana, más delgada que la primera, que usó como punto de apoyo para girar y lanzarse hacia la izquierda, de forma que aterrizó en un pequeño saliente con el pie derecho. Tanteó la pared para encontrar algún hueco. Limpiándose el polvo de los ojos, respiró hondo para serenarse.
Los últimos metros fueron menos empinados, aunque la superficie estaba erosionada por un sinfín de tormentas. Al fin consiguió ponerse de rodillas y mirar adelante, hacia la costa.
Lo que antes parecía un matorral uniforme que bordeaba la orilla del lago ahora se presentaba como una maraña de lianas de altura variable. Tan cerca del agua, esos pálidos cables se convertían en venas verdes, amarillas y rojas. Dentro de esa espesura distinguió manchas de otros colores que estallaban en franjas de luz solar.
Más allá de la barrera espinosa, el sucio lago parecía poseer una esencia geométrica, líquida y ondulada al mismo tiempo. Algunas zonas parecían palpitar como siguiendo un ritmo arcano, o resistiendo la ira.
«Única-en-su-especie», pensó; no quería recordar el nombre sin embargo no podía evitar hacerlo. Miró hacia otro lado, buscando a Rety. «No le hagas, daño, Única-en-su-especie. Es sólo una niña.»
No quería conversar con la araña reductora. Esperaba que estuviera dormida, como cuando el lago era una grieta inofensiva en el paisaje nevado del invierno. O tal vez hubiera muerto al fin. Hacía tiempo que esa araña debería haber muerto. Sólo un afán siniest parecía mantenerla con vida.

Dwer sintió un cosquilleo en la nuca.
(Cazador. Buscador. Solitario. Me alegro de que me saludes. sentí pasar hace unos días, corriendo en tu cacería. ¿Por qué no te de tuviste a saludar? ¿Has encontrado lo que buscabas? ¿Es esa «niña» de la que hablas? ¿Es diferente de otros humanos? ¿Es especial?)
Buscando rastros de Rety, Dwer trató de no prestarle atención Ignoraba por qué a veces entablaba conversación con un charco corrosivo. Aunque el talento psi no era desconocido entre los Seis, los Rollos hacían oscuras advertencias sobre su utilización. De cualquier manera, la mayoría de los contactos psi suponían lazos entre parientes cercanos, por eso no le había comentado a nadie este don. Ya imaginaba los apodos, si la gente llegaba a enterarse.
«De cualquier modo, tal vez sean imaginaciones mías. Debe de ser una extraña consecuencia de mi vida solitaria.»
El cosquilleo regresó.
(¿Ésa es todavía tu imagen de mí? ¿Una creación de tu mente? En tal caso, ¿por qué no pruebas? Ven a mí, mi tesoro no poseído. Mi maravilla exclusiva. Ven al único lugar del cosmos donde siempre serás valorado.)
Dwer hizo una mueca, resistiendo esa atracción hipnótica, escrutando las rocas y marañas en busca de Rety. Al menos la araña aún no la había capturado. ¿O era tan cruel como para mentir?
¡Allá! ¿Había visto algo a la izquierda? Dwer miró hacia el oeste protegiéndose los ojos del sol del atardecer. Algo corría cerca de las lianas enredadas, a diez metros del lago, agitando las matas. Dwer la-mentó haber dejado la mochila, que contenía su invalorable telescopio hecho a

mano.
«Podría ser una trampa», pensó.
(¿Quién te atraparía, oh especial? ¿No te fías de mí? Di que hablas en serio.)
El viento había amainado.
—¡Rety! —llamó Dwer, haciendo bocina con las manos.
Extraños ecos resonaron entre las rocas, hasta morir en el musgo y el polvo. Dwer miró en torno. Podía descender hasta el suelo y abrirse paso a machetazos, pero tardaría una eternidad. ¿Y cómo reaccionaría Única-en-su-especie si le cortaban los dedos?
La única opción era ir por arriba.
Retrocedió hasta que sus talones colgaron sobre el abismo, respiró hondamente y brincó, volando sobre una jungla de zarcillos entre-lazados, para aterrizar violentamente en la siguiente losa. La piedra tenía una inclinación pronunciada, así que no le dio tiempo recobrarse y enseguida tuvo que encaramarse para llegar a una cresta larga y abrupta.
Se puso de pie, extendió los brazos y caminó haciendo equilibrio hasta llegar a una piedra más plana.
Percibió los agrios y cáusticos olores del lago. Los zarcillos más cercanos ahora mostraban venillas y tinturas acres. Sorteó los charcos de fluido amargo que se formaban en cavidades de piedra tallada. Cuando su bota raspaba un charco, dejaba rastros de ceniza y un tufo a cuero quemado.
La siguiente vez que saltó, aterrizó sobre las manos y las rodillas.
—Rety —llamó, arrastrándose hacia el borde.
La barrera de la costa era una breña verde, roja y amarilla. Dentro de esa masa enmarañada, Dwer vio objetos

envueltos en capullos de cristal.
Cosas doradas y plateadas. Cosas que relucían como cobre o acero bruñido. Tubos, esferoides y complejas formas cuadrangulares. Al-gunos se parecían a los objetos que Dwer había visto rescatar de emplazamientos buyurs, sólo que aquéllos estaban derruidos, desgastados por los siglos. Estas muestras de una gloria pasada parecían casi nuevas. Como insectos atrapados en ámbar, sus capullos los preservaban de la intemperie y del tiempo. Y cada objeto, como bien sabía Dwer, era único en su especie.
No todas las muestras eran reliquias buyurs. Algunas eran restos de seres vivos. Animalillos. Insectoides. Todo lo que se había acercado para ser víctima de la manía de coleccionista de esa araña demente. Parecía prodigioso que un ser consagrado a la destrucción —una criatura diseñada para segregar fluidos destructores— también pudiera secretar una sustancia conservadora. Y lo más asombroso de todo era que deseara hacerlo.
El susurro se reanudó, esta vez a la izquierda. Dwer enfiló hacia allá, temiendo encontrarse con la muchacha atrapada. O bien con una criaturilla que él tendría que liberar del sufrimiento con su arco.
Avanzó. Jadeó de sorpresa.
Lo que vio en medio de esa espesura, a pocos metros, era totalmente inesperado.
A primera vista parecía un ave típica de Jijo, con su zanco ganchudo para aterrizar, sus cuatro alas anchas y plumosas y su cola tentacular. Pero Dwer pronto se dio cuenta de que no era una especie que él conociera, ni pertenecía a ninguna que figurase en los planos de su hermano.
Sus alas, que batían desesperadamente contra una red de

hebras pegajosas, se articulaban en ángulos antinaturales, y su potencia resultaba sospechosa en un ser vivo de ese tamaño.
Tenía las plumas rasgadas o quemadas en varios lugares. Dentro de esos huecos, Dwer entrevió destellos de metal.
«¡Una máquina!»
La sorpresa le hizo aflojar las defensas de su mente, y el cosquilleo de esa voz regresó.
(En efecto, una máquina. De un tipo que nunca había poseído. Y mira, todavía funciona, todavía vive.)
—Ya lo veo —masculló Dwer.
(Y todavía no sabes nada sobre ella. Parece que hoy es mi día de suerte.)
Dwer odiaba que la araña reductora se metiera en su mente, pero lo que más le molestaba era que usara lo que encontraba allí para construir frases perfectas en ánglico, más correctas que las que él mismo estructuraba, porque la araña no tartamudeaba ni tenía problemas para encontrar la palabra acertada. Eso lo irritaba, tratándose de un ser que ni siquiera tenía rostro.
La falsa ave pataleaba en su trampa. A lo largo de su lomo emplumado relucían gotas traslúcidas y doradas que procuraba quitarse de encima, arrojándolas al costado antes que se endurecieran formando una costra de cristal diamantino.
«¿Qué será?», se preguntó Dwer.
(Esperaba averiguar la respuesta, ahora que te tengo a ti.)
A Dwer no le gustaba el modo en que Única-en-su-especie había dicho esa frase, pero no había tiempo para respuestas sarcásticas. En ese momento debía impedir que Rety se convirtiera en otro espécimen único de la colección de la araña.

(Vaya, como sospechaba. La pequeña humana es especial.)
Dwer acalló esa voz con la mejor arma que tenía, la cólera. «¡Lárgate de mi mente!»
Surtió efecto. La presencia se disipó por el momento. Una vez más, Dwer irguió la cabeza y llamó a Rety.
La respuesta llegó enseguida, y desde muy cerca.
—Estoy aquí, tonto. Ahora cállate, o lo ahuyentarás.
Dio media vuelta, tratando de mirar a todas partes al mismo tiempo.
¿Dónde? No veo...
Debajo de ti, así que cállate. Hace semanas que sigo a esta cosa. Ahora tengo que conseguir sacarla de ahí.
Dwer se deslizó a la izquierda para escrutar la apretada red, y se encontró con los legañosos ojos negros de un noor sonriente. Tendido sobre una liana como si fuera un cómodo nido, Pies de Barro ladeó la cabeza, mirando a Dwer. Luego estornudó.
Dwer retrocedió, maldiciendo y enjugándose la cara, mientras Pies de Barro sonreía con inocencia.
-¡Quietos, los dos! Creo que ahora veo cómo acercarme un poco...
—No, Rety, no lo hagas.
Haciendo caso omiso del noor, Dwer regresó al borde y al fin la encontró, cerca del suelo, a horcajadas sobre un tronco gigante, mirando la misteriosa ave a través de la umbría maraña.
—Has tardado bastante en alcanzarme —comentó Rety.
—He tenido... algunas distracciones. Pero espera un momento, por favor. Hay algo que debes saber sobre esto... sobre esta araña reductora. —Señaló la nudosa mata que los rodeaba—. Es más peligrosa de lo que crees.

—Oye, he explorado telarañas desde que era pequeña. La mayoría están muertas, pero hay algunas grandes en los cerros, todavía llenas de savia y líquidos repulsivos. Sé apañármelas. —Pasó la pierna sobre la rama y avanzó.
—¿Alguna de esas arañas intentó atraparte? —preguntó Dwer, presa del pánico.
Ella se detuvo, lo miró y sonrió.
—¿A eso te referías al decir que la araña estaba loca? Vaya, cazador, qué imaginación tienes.
«Quizá tengas razón», pensó Dwer. Tal vez por eso nunca había "oído hablar de nadie más que entablara conversaciones con arbustos y lagos.
(¿Qué, otra vez? ¿Cuántas veces debemos hablar para que te convenzas... ?)
«¡Cállate y déjame pensar!»
La presencia de la araña retrocedió de nuevo. Dwer se mordió el labio, tratando de pensar algo para impedir que la muchacha se internara en el matorral.
—Hace tiempo que sigues a esa máquina-pájaro, ¿verdad? ¿Por eso viniste al oeste?
Ella asintió con un gesto.
—Un día uno de los muchachos vio una criatura que se remontaba desde un pantano, allá por la Grieta. El viejo Jass le acertó, pero escapó, dejando una pluma.
Rety sacó algo de su blusa de cuero. Dwer vio un breve centelleo metálico antes que ella la guardara.
—Se la quité a Jass antes de irme en persecución del pájaro, pobre criatura debía de estar herida, porque cuando encontré el rastro apenas podía volar. Aleteaba un tramo, y luego saltaba un poco. Sólo pude echarle un vistazo. Me quedé rezagada. Entonces llegué a la Cuesta y comprendí que me arriesgaba a que me colgaran.

Tiritó, un recuerdo de miedo.
—Ya estaba a punto de desistir y regresar a casa, dispuesta a recibir una tunda, cuando oí un tamborileo en la noche. Lo seguí, y por un momento pensé que el tit de alarma era mi pájaro. —Suspiró— Fue entonces cuando te vi roncando, con ese bonito arco. Pensé que podría contentar a Jass y Bom para que no me hicieran saltar los dientes a puñetazos por escaparme.
Dwer nunca había oído esos nombres, pero pensó que una cuerda era demasiado piadosa para algunos irruptores.
—¿Por eso viniste hasta aquí? ¿Para seguir al ave?
Rety se encogió de hombros.
—No espero que me entiendas.
«Al contrario», pensó Dwer. Era precisamente lo que él habría hecho si algo tan extraño se le hubiera cruzado en el camino.
(Lo mismo habría hecho yo, si no estuviera sujeta a este lugar constreñida por mis limitaciones. Nos parecemos mucho.)
Dwer expulsó a la araña de su mente y al instante se le ocurrió una idea que ofrecía una posible salida del atolladero, mientras Rety se bajaba de la rama y se deslizaba hacia adelante, empuñando un puñal que Dwer no había hallado al cachearla el día anterior. Centelleaba con su filo de navaja.
—Espera, Rety. Piénsalo. ¿No deberíamos colaborar? ¿No sería más fácil salir de aquí?
Ella hizo una pausa y pareció estudiar la idea mientras miraba hacia arriba.
—Te escucho.
Dwer frunció el ceño, buscando el tono adecuado.
—Mira, en la Cuesta nadie ha visto una máquina buyur

activa desde mucho antes de que los humanos llegaran a Jijo. Eso es importante. Quiero atrapar esa cosa tanto como tú.
Todo ello era cierto, o lo habría sido si su principal preocupación no fuera salvar él pellejo de la muchacha y el suyo propio.
«Trata de ganar tiempo —pensó—. Sólo queda un midura de luz
diurna. Procura que se retire hasta mañana. Luego te la llevarás, por la fuerza si es necesario.»
—Adelante —dijo Rety—. ¿Quieres bajar a cortar con tu machete? Apuesto a que salpicarás por todas partes, hachando ramas vivas. Aun así, parecía interesada.
—En realidad, conozco un modo que no estropearía una sola rama, pero que abriría un boquete de tamaño suficiente para que el ave escapara. Usaríamos algunos recursos naturales que tenemos por aquí.
—¿Sí? —Ella frunció el ceño—. Lo único que tenemos por aquí es roca, polvo y... —Se le iluminaron los ojos—. ¡Bu!
El asintió.
—Cortaremos algunos brotes jóvenes, los limpiaremos esta noche y regresaremos por la mañana con puentes y escalerillas para cruzar las rocas, y suficientes palancas para abrir una senda en medio de todo esto sin derramar ácido ni hacernos daño. Sacaremos el ave antes de que quede atrapada en un huevo de cristal, e iremos a ver a los sabios con una sorpresa que hará vibrar el espinazo de un hoon. ¿Qué dices?
Dwer vio desconfianza en sus ojos. Rety era suspicaz por naturaleza, y él nunca había sabido mentir. Cuando ella miró de nuevo la máquina atrapada, Dwer comprendió que estaba calculando si aguantaría toda la noche.

—Todavía parece bastante fuerte —insistió—. Si ha durado aquí varios días, una noche más no cambiará mucho las cosas.
Rety bajó la cabeza, reflexionando.
—Incluso puede ser conveniente que tenga las alas más pegajosas. No podrá echar a volar cuando la liberemos —asintió—. De acuerdo. Vamos a cortar bu.
Con una mirada vacilante, Rety pasó las piernas sobre la gruesa rama y alzó los brazos para empezar a trepar. Estudiaba cada paso antes de arriesgarse, buscando filtraciones de ácido, probando si la siguiente rama sostendría su peso. Obviamente, era una exploradora experimentada.
Pero Rety nunca se había aventurado en una araña como ésa. Cuando estaba a un tercio del camino por la maraña, esbozó una mueca, apartó la mano y miró fijamente una gota dorada que relucía en el dorso de su muñeca. No le escocía, pues de lo contrario habría gritado. Por un momento, pareció más cautivada que atemorizada.
—¡Pronto, sacúdela! —exclamó Dwer.
Ella obedeció. La gota salió disparada hacia el follaje, pero al instante siguieron dos chapoteos blandos. Le cayó una gota en el hombro, otra en el cabello. Rety alzó la cara para ver de dónde venían, y
recibió otra en la frente. Maldiciendo, trató de enjugársela, pero sólo logró embadurnarse la mejilla. Retrocedió deprisa.
—¡Por allí no! —gritó Dwer. Vio que algunas ramas activas se acercaban a la muchacha, rezumando una viscosidad dorada por las grietas. Rety jadeó consternada, y recibió más gotas en el cabello mientras avanzaba en otra dirección.

(Dile que no se resista. No es preciso que haya dolor.)
Con un rugido de furia, Dwer ahuyentó el contacto mental de araña. Se descolgó el arco del hombro para apoyarlo en la roca y comenzó a descender hacia la muchacha. Notó que el noor se había marchado, huyendo sensatamente del peligro. «No como algunos tontos que yo me sé», pensó Dwer, desenvainando el machete.
—Allá voy, Rety —dijo, probando la resistencia de una rama Dwer vio que Rety trataba de subir por otro camino, evadiendo fácilmente las lentas ramas que la perseguían.
—¡No te molestes! —exclamó—. Estoy bien. No necesito ayu... ¡Ay!
Una rama que hacía un instante parecía inerte reveló una franja de humedad dorada. Rety retrocedió maldiciendo. Varias gotas se le pegaron en la mano.
—¡No te las frotes! —dijo Dwer.
—No soy idiota —replicó ella, retrocediendo. Lamentablemente, con este movimiento quedó aún más sujeta.
El machete de Dwer, un trozo de metal buyur ingeniosamente remodelado, centelleó mientras él lanzaba tajos a una rama. Parecía sin vida, pero Dwer estaba dispuesto a retroceder de un brinco si...
La cortó limpiamente. Era un tubo reseco que sólo contenía polvo. Por suerte había resuelto no apoyarse en él. En este lugar los errores no se perdonaban.
Se colgó el machete mientras bajaba hasta lo que parecía una rama estable, apoyándose con cautela; luego avanzó horizontalmente buscando un camino para descender. La siguiente rama parecía más delgada, menos firme, pero no tenía muchas opciones. Al menos no rezumaba ácido ni trató de enrollarse en su tobillo como una serpiente.

«¿Cómo habrá llegado Rety tan lejos?», se preguntó, alegrándose de que la mayoría de las ramas estuvieran muertas. La espesura habría sido imposible de atravesar cuando la araña reductora estaba en sus mejores tiempos.

—¡Dwer!

Giró en redondo, tambaleándose cuando la rama cedió. Escrutando las sombras, descubrió que Rety estaba subiendo por una especie de chimenea que aparentemente ofrecía una salida. Pero a medio camino Rety vio que algo se retorcía arriba. Otra mata de ramas vivientes se estaban concentrando para cerrarle el paso. La base de la chimenea también se cerraba. Presa del pánico, Rety blandió su puñal, buscando un lugar vital para herir a su enemigo. Pero lo único que pudo hacer fue serrar una rama cercana, esperando que no chorreara ácido ni muerte dorada.

Poco más allá estaba el ave, todavía forcejeando en su propia trampa.

«Déjala ir, Única-en-su-especie.»

Pero no sabía cómo intimidar a una araña reductora. ¿Podía hacer algo más que irritarla con un machete? Podía amenazar con marcharse y regresar con herramientas para destruirla, con llamas y explosivos, pero Dwer sabía que eso parecería demasiado abstracto. La araña parecía tener poco sentido de la perspectiva, de la causa y del efecto. Sólo tenía inmediatez y avaricia, combinadas con paciencia suficiente como para que un hoon pareciera un noor antojadizo. De cualquier modo, cuando Dwer pudiera cumplir su venganza, Rety estaría encerrada en un capullo dorado, preservada para la eternidad, y muerta como una piedra.

«Hagamos un trato, Única-en-su-especie —pensó

mientras volvía a empuñar el machete—. ¿Qué quieres a cambio de ella?»
No hubo respuesta. O bien Única-en-su-especie estaba demasiado ocupada moviendo lianas y fluidos, actuando con desacostumbrada prisa, o bien...
El silencio de la araña resultaba inquietante, el silencio artero de un depredador. Como si no quisiera conversar cuando tenía dos tesóros y parecía a punto de obtener un tercero. Dwer se internó consternado en ese berenjenal. ¿Qué otra cosa podía hacer?
Cortó tres ramas más. La última escupió chorros de savia cáustica entre ramas entrecruzadas. Volutas de humo subieron del suelo cubierto de desechos, sumándose al hedor ácido. —¡Dwer, ayúdame!
Rety estaba totalmente cercada, y su quisquilloso orgullo ya no ocultaba el pánico normal de una niña asustada. Visto a través de una red de ramas reductoras, su cabello relucía como la melena de una calderera urs en una mañana de rocío, bañada por una fina pátina de gotas doradas. Cuando cortaba una liana con el cuchillo, otras dos se apresuraban a reemplazarla.
—¡Ya voy! —prometió Dwer, saltando a una rama que parecía estable. La rama cedió y Dwer creyó perder el equilibrio al resbalar en un licor transparente y viscoso. Gritó.
La densa maraña que había maldecido lo salvó de romperse la nuca. Aferró una rama, abrazándola con desesperación mientras sus piernas oscilaban en el aire. Pero su suspiro de alivio se convirtió en
un jadeo de angustia. Bajo su barbilla, venas lívidas palpitaban con una solución carmesí. Se formaron ampollas mientras el líquido corrosivo se hinchaba bajo la

delgada capa. El vapor le escoció en los ojos.
(No, no. No creas que quiero hacerte daño. Eres demasiado valioso para eso.)
Ante los ojos de Dwer, empañados por las lágrimas, las ampollas dejaron de crecer, y el rojizo fluido pareció abandonar esas arterias palpitantes.
(Ese néctar es para mera piedra. Para ti, mi único, sólo el oro.)
«Muchas gracias», respondió Dwer con una mueca.
Mirando a un lado, encontró otra maraña cerca de sus pies. Arriesgándose a usarla, se alejó de la repugnante rama que había frenado su caída.
(De nada.)
Dwer estaba ahora casi en el nivel de Rety, tan cerca como para descubrir en sus ojos una sombría determinación mientras aserraba otra rama. La recompensó una salpicadura que le cubrió de oro el brazo que alzó para cubrirse el rostro. Dwer comprendió: Rety se había equivocado de rumbo.
En vez de seguir el camino más directo hacia la luz del día, Rety se estaba internando en el matorral que llevaba hacia el ave mecánica»
«¡Por Ifni! Vaya momento para verse dominada por una obsesión.»
Un líquido fresco acarició la muñeca de Dwer. Un abalorio titilante yacía entre el vello oscuro. Se apartó rápidamente, antes que cayera otra gota. Dwer sintió frío y un entumecimiento desagradable, como cuando el dentista de la aldea espolvoreaba las encías del paciente con hojas trituradas de nurall, antes de empuñar el torno.
El machete ahora presentaba su propia pátina, en estrías que ya comenzaban a cristalizarse. Desde luego, era un

artefacto digno de figurar en una colección, un trozo de material de los dioses estelares, adaptado por una tribu de primitivos a un nuevo uso en un lugar crepuscular, entre la tierra áspera y el plácido cielo. Dwer alzó el arma y avanzó con determinación.

La concentración era vital, así que hizo caso omiso del hedor y del polvo con obstinación de cazador. El sudor le perlaba la frente, la cara y el cuello, pero no se atrevía a enjugarlo. Sin duda ya tenía el mismo aspecto que Rety, que ahora resplandecía como un pastelillo espolvoreado con gotas de miel. Dwer no se molestó en gritarle que diese media vuelta y se dirigiese hacia él. Dada su terquedad, más valía ahorrarse el aliento.

Mirando hacia atrás, vio que su retirada aún estaba despejada, un

túnel bordeado de ramas tronchadas y lianas cortadas. Única-en-su-especie enviaría más, pero la araña reductora era vieja y lenta. Mientras Dwer se aproximaba a Rety, tuvo la seguridad de que podría burlar la maniobra de la araña, cuando llegara el momento.

Llamó con voz ronca. —Bien, Rety. Escúchame bien. Larguémonos de aquí.

La muchacha estaba en el otro extremo del túnel, mirando el ave mecánica que aguardaba más allá de las ramas que le cerraban el paso. —¡Oye, se ha fijado en mí! ¡Está girando!

A Dwer no le importaba si se ponía cabeza abajo y pronunciaba el discurso de despedida de Drake en galáctico tres con acento buyur. Cortó otra liana y tosió cuando las sinuosas puntas exhalaron una humareda.

—¡Rety, no tenemos tiempo!

Cuando el humo se despejó, se acercó más y vio que el

ave se había erguido dentro de su celda, mirando el cielo y haciendo caso omiso de las gotas que se posaban como rocío en su lomo emplumado. Rety también pareció notar el cambio de atención. Miró hacia arriba, y *D*wer oyó un chillido que venía de esa dirección.

Era el maldito noor.

Más allá del nudo de lianas estaba Pies de Barro, que había regresado. Sólo que ahora la criatura se erguía sobre sus patas traseras, echando hacia atrás el hocico bigotudo, gruñéndole a algo invisible que estaba hacia el sur.

Otro movimiento llamó la atención de Dwer. Como una serpiente epiléptica, una liana descendió para cruzar el boquete que Dwer había abierto en la maraña. Sus sacudidas espasmódicas parecían patéticas, pero pronto le siguió otra, y otra más.

—¡Rety! —gritó Dwer, disponiéndose a cortar la barrera que los separaba—. La trampa se está cerrando. ¡Es ahora o nunca!

En el rostro de Rety se adivinaba la frustración de haber llegado tan cerca de su objetivo para que el cruel destino se lo arrebatara. Sin esperar respuesta, Dwer alzó el machete con ambos brazos y lanzó un grito al tiempo que asestaba tres machetazos al grueso cable que le cerraba el paso. «No lo desaproveches, Rety», rogó interiormente, sabiendo que no serviría de nada decirlo en voz alta.

Rety giró, abandonando su trofeo, y se arrojó contra lianas más pequeñas con su diminuto puñal para introducirse entre otras ramas con escurridiza agilidad. El estrecho pasaje chorreó gotas doradas hasta que ella tuvo todo el aspecto de un pastel de crema batida. Dwer cortó sin misericordia y al fin logró acercarse para introducir un

brazo en la maraña.
Rety le aferró la muñeca.
Dwer afirmó los pies y tiró, arrastrándola por un embudo oscuro y fétido. Un gemido sordo acompañó ese movimiento. Dwer no supo si era él, ella, o ambos al mismo tiempo.
Al fin Rety se liberó y lo abrazó con repentina furia. A pesar de sus bravatas, debía de estar aterrada.
—Tenemos que darnos prisa —insistió él.
Rety titubeó apenas un instante.
—De acuerdo, vamos.
Él la impulsó con las manos, enviándola al túnel que había tallado en la espesura.
(¿ Os vais tan pronto? ¿ Tan mal os he tratado?)
—Sécate y arde, Única-en-su-Especie —masculló Dwer mientras seguía a Rety, confiando en que ella lo guiara instintivamente.
(Algún día lo haré, sin duda. Pero para entonces habré preservado un legado. ¡Piénsalo! Cuando termine la era del barbecho enJijo y nuevos ocupantes posean este mundo por un milenio de gloria brillante, contemplarán maravillados la colección que he reunido. En sus relucientes ciudades atesorarán mis muestras del interregno, poniendo mis invalorables piezas en pedestales para que todos las admiren, entre esos especímenes tú serás el más preciado, mi trofeo. Tal vez ejemplar mejor conservado de tu raza lobezna, para entonces extinguida.)
Dwer no entendía qué mecanismo utilizaba la araña para hundir le garfios en el cerebro y extraer palabras que él ni siquiera recordaba haber aprendido, como «especímenes» e «interregno». Lark debía de haberlas usado en su

presencia alguna vez, y entonces se habían alojado en su memoria.
«Serás tú quien esté extinguida, araña. Tú y toda tu maldita estirpe.»
Esta vez su airada respuesta no eliminó ese contacto mental.
(Por supuesto, ya lo sé. Pero nuestro diseño siempre se encontrará en la Gran Biblioteca Galáctica, y somos demasiado útiles como para caer en el olvido. Cada vez que un mundo deba ser evacuado, limpiado y puesto en barbecho, cada vez que se deban eliminar las grandes obras de una raza anterior, resurgiremos. ¿Puede tu tribu de mono ignorantes alardear de semejante utilidad, tesoro mío? ¿Podéis alardear siquiera de tener algún «propósito», salvo la tenaz voluntad de seguir existiendo?)
Dwer no respondió. Necesitaba conservar sus fuerzas. Si el descenso inicial había sido espantoso, el ascenso era un infierno. Era doblemente difícil estirarse hacia atrás para cortar las lianas de arriba Además del peligro de la maraña y el ácido, tenían que trepar por una niebla de gotas relucientes. Ya no se trataba de sacudirlas una por
una, sino de eludir los chorros más grandes e impedir que se les pegaran a los ojos, la nariz y las orejas. En ese miasma luminoso, Dwer vio más trepadoras que se retorcían y entrelazaban aceleradamente. Era evidente que Única-en-su-especie no había usado todo su vigor hasta ese instante.
(¿ Qué esperabas? ¿ Que te mostrara todo aquello de lo que soy capaz...?)
(¿ Que te mostrara todo aquello de lo... ?)
(¿ Que te mostrara... ?)
Cuando la voz se desvaneció en la mente de Dwer, su

primera reacción fue de alivio. Tenía otras preocupaciones, como un calambre en el cuello y un reguero de gotas brillantes que le recorrían el entumecido brazo derecho. Deseó que aquel noor parlanchín también se callara. Los chillidos de Pies de Barro eran cada vez más agudos, y se elevaban hasta escapar del umbral auditivo de Dwer, pero aun así le perforaban los tímpanos.
Otra preocupación molestaba a Dwer.
«Dejé a la gláver atada. ¿Se morirá de sed si no logro regresar?»
—¡Izquierda! —exclamó Rety. Dwer obedeció enseguida, alejándose todo lo posible—. ¡Despejado!
A Dwer se le resbaló el machete. Logró recobrarlo y atacó la red de lianas que llenaban rápidamente la chimenea. Esos mechones más bajos eran meras incursiones para demorarlos, destinados a restarles velocidad mientras la auténtica barrera se cerraba, oscureciendo el crepúsculo. Si no lograban salir antes del anochecer, la loca araña reductora tendría todas las ventajas.
Un sonido al que hasta ahora no había prestado atención se volvió demasiado estridente para seguir haciéndole caso omiso. Un rumor sordo acalló los chillidos del noor. En torno de Rety y Dwer, la maraña comenzó a vibrar. Lianas quebradizas se deshicieron en polvo mientras otras se fisuraban rezumando líquidos rojos, anaranjados, verdes y lechosos, venenosas adiciones a una niebla que ya les irritaba los ojos.
A través de esa bruma, Dwer vio a Pies de Barro, erguido encima de la espesura, retrocediendo con gruñidos desafiantes, mientras algo nuevo entraba desde el sur, algo que revoloteaba en el aire.
¡Una máquina! Una silueta simétrica y plana con flancos

relucientes, que reflejaba el poniente y se aproximaba a la maraña.
Su vientre irradió una luz cruda que penetró en las lianas, buscando algo. El haz estrecho pasó más allá de Rety y Dwer, como sondeando a mayor profundidad.
—¡Está cazando al pájaro! —Rety se agazapó junto a Dwer, cogiéndole el brazo y señalando.
—¡Al cuerno el maldito pájaro! —maldijo Dwer. La espesura temblaba más que nunca. Dwer arrastró a Rety mientras un tubo cercenado caía cerca de ellos escupiendo un fluido cáustico que le salpicó la espalda con gotas corrosivas mientras él protegía a la muchacha. Manchas rojas enturbiaron su visión y el machete se le resbaló, cayendo entre las ramas con ruido.
La espesura se llenó de sombras vibrantes y huidizas, mientras el reflector de la máquina flotante reducía su haz, una aguja ardiente que abrasaba cuanto tocaba.
Bajo esa luz entrevió al ave, atrapada dentro de su jaula de liana entrelazadas y revestida con una pátina dorada, estallando en una danza evasiva, brincando de un lado al otro mientras procuraba eludir ese rayo abrasador, las plumas en llamas. Rety gritó de furia, pero los dos humanos nada podían hacer salvo refugiarse en la trémula espesura.
El pájaro pareció rendirse. Dejó de esquivar y extendió las cuatro alas sobre el cuerpo en un patético esfuerzo para formar un escudo que comenzó a humear mientras el haz ardiente hacía blanco y permanecía fijo. Sólo asomaba la cabeza del ave mecánica, que se irguió para fijar en el agresor un ojo abierto.
Dwer miraba con aterrada fascinación, mezclada con aturdida piedad, cuando ese oscuro ojo de jade estalló

súbitamente.
El cegador fogonazo fue lo último que recordó durante mucho tiempo.

VII

EL LIBRO DEL MAR

No preparéis venenos que no podéis usar.
Usad todos los venenos que preparáis.
Si otros deben limpiar
después,
no os ofendáis
cuando reclamen su paga.
Rollo del Consejo

LA NARRACIÓN DE ALVIN

Ahí estábamos, recién llegados al andén superior del funicular después de un largo viaje desde el puerto Wuphon, y en cuanto Huck, Pinzón y yo bajamos del coche (con la pequeña Huphu a lomos de Pinzón) nuestra amiga urs, Ur-ronn, se nos aproximó con gran preocupación. Sin siquiera un saludo, se puso a saltar, sacudiendo la cabecilla y jadeando en esa espantosa versión del gal-dos que debía haber aprendido cuando se dedicaba a cazar larvas en las hierbas de la llanura de Warril. Sabéis a qué dialecto me refiero, el que se salta los chasquidos de pausa, de modo que al principio sólo reconocí una andanada de pulsaciones graves que comunicaban una alarma frenética.
Para colmo, se puso a empujarnos como si fuéramos asnos de carga que debía arrear por el pasillo.
—Hrrrm. Un momento —insistí—. Poniéndote frenética no conseguirás nada. Lo que tengas que decir sin duda puede

esperar a que saludes correctamente a unos amigos a los que no has visto desde hace semanas. A fin de cuentas... *¡Yi-houongwa!*
Sí, eso es un berrido hoon de dolor. Huck me había pisado el pie izquierdo con una de sus ruedas.
—¡Cállate, Alvin! Hablas como tu padre.
«¿Mi padre? —pensé—. Qué poco súper.»
—¿No has oído a Ur-ronn? —continuó Huck.
Mi saco jadeó varias veces mientras yo evocaba los últimos duras, tratando de entender lo que decía Ur-ronn. Era un relato sorprendente, claro que sí, a pesar de que nos hemos contado muchas historias escalofriantes.
—-¿Una nave estelar? —Miré a nuestra amiga urs—. ¿Hablas en serio? ¿No es sólo un cometa, como cuando trataste de engañarnos hace un año?
Ur-ronn pateó con la pata delantera, consciente de que la había pillado. Lanzó un juramento en ánglico.
—¡Esta vez va en serio! ¡De verdad! Oí que Uriel y Gybz hablaban. Lo tienen en flacas.
«En placas», traduje. Su labio superior hendido tritura algunas consonantes ánglicas. Placas fotográficas. Quizás Ur-ronn estuviera hablando en serio.
—¿Podemos verlas? —pregunté.
Un gemido urs de frustración.
—¡Imbécil fila de escamas y felambre! ¡Es lo que trato de decir desde que se detuvo el funicular!
—Ah. —Me incliné en una reverencia—. Bien, ¿a qué esperamos? ¡En marcha!
Años atrás, Uriel la herrera heredó la forja del monte Guenn de Ur-tanna, quien era heredera de Ulennku, quien heredó ese vasto establecimiento subterráneo de su ama agonizante, la gran Urnunu, quien reconstruyó esas

potentes salas después que los terremotos sacudieron la Cuesta como un noor mojado durante el Año del Huevo. Antes de eso, la historia se remonta a una época brumosa anterior al papel que los humanos trajeron a Jijo, cuando la sabiduría tenía que caber en la cabeza de un ser vivo o perderse, a los días en que los colonos urs tenían que luchar y demostrar que eran algo más que salvajes que recorrían las praderas al galope, sometidos a qheuens de casta alta.

Ur-ronn recitaba la leyenda durante nuestros viajes aventureros. Aun teniendo en cuenta sus exageraciones, debían de ser muy valientes esas urs que treparon por humeantes volcanes para construir las primeras forjas cerca de los torrentes de lava, trajinando entre cenizas y peligros para aprender a remodelar el metal buyur y quebrar para siempre el monopolio de las reinas grises sobre las herramientas. Es una suerte que los humanos no llegaran antes, porque la respuesta habría estado en algún libro: cómo fabricar cuchillos, lentes, ventanas y todo eso. Claro que para las demás razas exiliadas habría sido más fácil liberarse del dominio de las talladoras qheuens. Por otra parte, bastaba oír el relato de Ur-ronn para saber cuánto orgullo obtuvo su gente con ese trabajo y sacrificio. Preguntad a cualquier hoon cómo nos sentiríamos sin nuestras gráciles naves. Los conocimientos terrícolas trajeron mejoras, pero nadie nos dio el mar. Ni nuestros remotos instructores guthatsa, ni la Gran Biblioteca Galáctica, ni los egoístas antepasados que nos dejaron en Jijo sin ninguna preparación. El orgullo es importante cuando no se tiene nada más.

Antes de entrar en el infierno de las forjas, Pinzón se pasó un paño mojado por el caparazón rojo. Yo me arrebujé en

mi capa mientras Huck revisaba sus gafas y los protectores de sus ejes. Ur-ronn nos condujo hacia las obras pasando por cortinas de cuero.
Atravesamos un puente de bu, que colgaba entre estanques burbujeantes, relucientes y blancos con el calor de la sangre de Jijo. Corrientes desviadas con astucia guiaban los humeantes vapores hacia conductos de piedra, expulsándolos al exterior como si fueran fumarolas de la ladera del monte.
Enormes cubos colgaban del techo —uno lleno de escoria buyur y el otro con una mezcla arenosa—, esperando para ser vertidos en el calor ardiente y luego en moldes de arcilla. Las obreras urs accionaban poleas y cucharones. Otra revolvía una enorme masa de vidrio líquido en el extremo de un tubo, haciéndolo girar para formar un disco plano y arremolinado que se solidificaba al enfriarse, una ventana destinada a hogares lejanos.
Las ayudaban varios qheuens grises que, en una de las ironías de Jijo, resultaban ser la otra raza más apropiada para estas condiciones. Incluso es posible que los grises sean ahora más felices que cuando sus reinas dominaban la Comuna, aunque nunca he llegado a entender del todo la expresión de sus pétreas cúpulas. A menudo me pregunto cómo es posible que nuestro desaforado y emotivo Pinzón esté emparentado con ellos.
Más lejos del calor, media docena de g'Keks patinaban en el suelo liso, manipulando libros de contabilidad, mientras un especialista traeki con palpitantes anillos saboreaba cada mezcla para certificar que los productos de la forja se oxidarían o decaerían en menos de doscientos años.
Algunos lectores ortodoxos de los Rollos afirman que no deberíamos tener herreros, que estas vanidades nos

distraen de la salvación por medio del olvido. Pero a mí este lugar me parece súper, aunque el humo me irrite el saco laríngeo y me haga vibrar las escamas vertebrales.
Ur-ronn nos guió hasta la gruta del laboratorio, donde Uriel estudia los secretos de su arte, tanto los que descubrieron sus antepasados como los deducidos de textos humanos. Ingeniosos conductos le refrescaban el aire, permitiéndonos reducir nuestra protección. Pinzón se quitó su pesada manta y se duchó para enfriar su caparazón rojo. Huphu chapoteó ávidamente mientras yo me mojaba el saco. Ur-ronn se mantuvo a distancia, revolcándose brevemente en arena seca y limpia.
Huck atravesó un pasillo bordeado de puertas, mirando diversas
cámaras.
—¡Oye, Alvin! —llamó, gesticulando con un brazo y dos tallos oculares—. Ven a mirar. ¿Quieres saber quién está aquí?
—¿Quién es? —silbó Pinzón, dejando cinco huellas húmedas. Ur-ronn las eludió.
Yo ya tenía una idea bastante aproximada de a quién se referría Huck, pues ningún pasajero de una nave entra en Wuphon sin que lo sepa el capitán de puerto: mi madre. Ella no había anunciado nada pero por lo que yo había oído sabía que el último transporte de escoria había traído a un importante visitante humano que desembarcó de noche, dirigiéndose al funicular del monte Guenn.
—Hrrrm. Apuesto una caña de bu dulce a que es de nuevo ese sabio —aventuré antes de llegar a la puerta—. El de Biblos.
—Has acertado —gruñó Huck con expresión defraudada, haciendo espacio para los demás.

Yo conocía esta habitación. En visitas anteriores me había quedado ante la puerta y observado lo que sucedía dentro. La enorme cámará albergaba la misteriosa máquina de Uriel, una maraña de engranajes, cables y vidrio giratorio que llenaba esa bóveda cavernosa con movimientos rechinantes, como esas fábricas victorianas que aparecen en los libros de Dickens. Sólo que este ingenio no fabricaba nada, por lo que sabíamos. Sólo creaba destellos de luz mientras discos de cristal giraban como cientos de fantasmales g'Keks, rodando sin otro propósito.

Miré al visitante humano, inclinado sobre una mesa de caballetes con un libraco abierto, señalando un diagrama mientras Uriel se desplazaba en un círculo, alzando alternativamente las patas, sacudiendo la cabeza en un gesto de desacuerdo. Los belfos grises de la herrera resoplaban con exasperación.

—Con el debido resfeto, sabio Furovsky, fodrías haber ido a la] Asamblea en vez de venir aquí. No entiendo for qué este libro es ir fortante fara nuestro froblema, nuestro trance.

El humano usaba el manto negro de un sabio menor, los que moran en los salones sagrados de Biblos en compañía de medio millón de volúmenes impresos, cuidando la sabiduría legada durante tres siglos. Era apuesto como un hoon, lo cual sucede cuando uno de sus varones tiene vellocino gris en la cabeza y su piel facial se alarga, un efecto realzado por una nariz noble y larga. Este notable señaló de nuevo la antigua página, con tanto énfasis que temí que abriera un agujero en ese texto de un valor incalculable.

—¡Pero te digo que este algoritmo es exactamente lo que necesitas! Se puede ejecutar en un décimo del espacio,

con menos componentes, si tienes en cuenta...
No puedo escribir lo que siguió, porque estaba en ese dialecto
del ánglico llamado ingeniería, y ni siquiera mi memoria hoon me ayuda a escribir palabras que no entiendo ni sé deletrear. El sabio debía de estar allí para ayudar a Uriel en su proyecto. Cualquiera que la conociera podría prever la resistencia que opondría.
Más allá de ellos dos estaba Urdonol, a quien se confiaba el mantenimiento general de esa máquina estrafalaria que se erguía más allá de la única claraboya. Urdonol estudiaba la ruidosa estructura, acercándose para tensar una correa elástica o lubricar un cojinete de bolas. Como aprendiz mayor, estaba a dos cascos de ser la heredera de Uriel.
La única otra candidata era Ur-ronn, en parte por sus calificaciones académicas, y además porque era la más cercana entre las primas-de-olor de Uriel que han sobrevivido desde su infancia en la estepa hasta la edad adulta. Sin duda Urdonol trabajaba allí—encargándose del proyecto personal de su ama— para mejorar sus probabilidades, aunque saltaba a la vista que odiaba esa gran máquina.
Siluetas de centauro se desplazaban entre los discos giratorios, realizando delicados ajustes. Los varones urs, raros de ver fuera del marsupio de sus cónyuges, ajustaban cinturones y engranajes bajo las instrucciones de Urdonol. Buscando un poco de igualdad, supongo.
Me incliné para susurrarle a Huck:
—¡Olvídate de esas naves estelares! Si hubieran visto una, no estarían perdiendo el tiempo con estos juguetes.
Ur-ronn debió de oírme. Movió su largo hocico con ademán

lastimero. Entornó dos de sus tres ojos.
—Oí a Uriel y Gybz —murmuró—. De todos modos, ¿qué sabe un mentecato como tú?
—Lo suficiente para comprender que estos yoyós de vidrio giratorio no tienen nada que ver con la visita de una nave espacial.
Aunque no hubiéramos estado discutiendo, no era fácil para una pandilla como la nuestra husmear discretamente en una habitación, como hacen los humanos en las novelas de detectives.
Aun así, los que estaban dentro no habrían reparado en nosotros si Huphu la noor no hubiera escogido ese momento para entrar brincando, haciendo chillones comentarios sobre esas poleas y discos. Saltó a una correa de cuero y se puso a correr como loca, gruñéndoles a un par de acobardados maridos urs.
Urdonol la descubrió y empezó a agitar los brazos, exhibiendo las glándulas brillantes que tenía bajo los dos marsupios maritales.
—¿Este acontecimiento significa? ¿Significa? —preguntó la aprendiz con melosos trinos interrogativos. Su agitación fue en aumento cuando su ama movió el peludo hocico para mirar todo aquel bullicio.
A pesar de los tópicos, un hoon puede actuar con rapidez si ve una clara necesidad. Corrí a atrapar a Huphu, gutureando a toda voz, y me reuní con los otros, preparándome para una regañina en general.
—Conducta que es (asombrosa y aterradoramente) inaceptable —declaró Urdonol en gal-dos—. Interrupción de importante deliberación por un (travieso, microcefálico, revoltoso)...
Uriel intervino, interrumpiendo la andanada de insultos de

Urdo-nol antes que la airada Ur-ronn respondiera en los mismos términos.
—Ya basta, Urdonol —ordenó en gal-siete—. Lleva a los jóvenes a Gybz, que tiene asuntos con ellos, y regresa pronto. Debemos probar varios modelos antes que terminemos nuestra tarea del día.
—Así se hará —respondió Urdonol en la misma lengua. Volviéndose a nosotros con gesto agresivo, la aprendiz mayor dijo—: Acompañadme, pandilla de molestos aventureros.
Lo dijo con un desprecio que es posible en gal-siete, aunque suena tan despectivo como en ánglico.
—Venid deprisa. Se ha decidido aceptar vuestra oferta. Vuestro plan maestro. Vuestro viaje sólo de ida al infierno.

VIII

EL LIBRO DE LA CUESTA

LEYENDAS

Se dice que los glávers son un ejemplo para, todos nosotros. De las siete razas que fundaron colonias de exiliados en la Cuesta, sólo ellos han escapado de la prisión donde los abandonaron sus ancestros. Lo hicieron por medio de la Senda de la Redención.

Ahora son inocentes, han dejado de ser criminales y son uno con Jijo. Con el tiempo, es posible que los renueven y obtengan esa bendita rareza, una segunda oportunidad de llegar a las estrellas.

Es fuente de frustración para los terrícolas —la última raza en llegar aquí— no haber conocido a los glávers como seres pensantes y parlantes. Aun los hoons y los urs llegaron demasiado tarde para conocerlos en la flor de su época, cuando, según se cuenta, los glávers unían potentes intelectos, con talento para una profunda memoria racial. Cuando vemos que sus descendientes escarban nuestros sumideros, cuesta imaginarlos como grandes navegantes de las estrellas y amos de tres nobles linajes de pupilos.

¿Qué desesperación los trajo aquí, para buscar seguridad en el olvido?

Los g'Keks cuentan, por tradición oral, que fue resultado de reveses económicos.

Antaño (según la tradición g'Kek), los glávers se contaban entre

esas raras razas que poseían talento para conversar con los zangs, esa civilización que respira hidrógeno y existe

altaneramente en forma paralela a la sociedad de razas que consumen oxígeno. Esta aptitud permitió a los glávers actuar como intermediarios, con lo cual obtuvieron gran fortuna y prestigio, hasta que un error cambió su suerte, dejándoles terriblemente endeudados.

Se dice que los grandes zangs son pacientes. La deuda vence dentro de varios cientos de miles de años. Pero la usura es tan profunda que la raza gláver y sus amados pupilos quedaron desesperanzados abandonados.

Los glávers sólo podían comerciar una cosa, algo profundo que podían vender, siempre que hallaran la senda correcta.

Esa cosa eran ellos mismos.

Fábulas de los Siete de Jijo, tercera edición,
Departamento de folclore e idiomas,
Biblos, año 1867 del Exilio.

ASX

La nave de saqueo pronto se fue como había venido, en medio de una tormenta de fragmentos arremolinados de nuestro despedazado bosque. Un tornado siguió su estela, como si Jijo alzara una mano espectral para alcanzarla.
Pero esto no fue causa de alegría, pues la tripulación prometió regresar pronto.
La certeza de ello se encontraba cerca de la humeante cicatriz donde se había posado la nave: un cubo negro de medio vuelo de flecha de anchura, sin ningún rasgo distintivo excepto una rampa que conducía a una escotilla. En las cercanías se erguían dos frágiles pabellones de tela que se habían trasladado desde Asamblea, a petición de los dioses estelares que se habían quedado cuando partió su nave. Uno serviría como lugar de enlace, y el más grande para «examinar especímenes». Una pequeña partida de humanos de las estrelllas ya trabajaba bajo ese dosel, alimentando oscuras y misteriosas máquinas con muestras de la vida de Jijo.
La conmoción aún sacudía la Comuna. Aunque los sabios exhortaban a la unidad, los clanes se dividían, cada cual buscando protección para su propia especie. Los emisarios corrían entre estos grupos, parlamentando con susurros furtivos. Todos salvo los más jóvenes de los Seis, cuyos enviados fueron rechazados.
Por el momento nadie, ni siquiera los traekis, quería hablar con los humanos.

A media tarde el río entró en una región de desfiladeros. El agua se apresuró, atravesando una región mucho más yerma, un terreno de chaparrales espinosos que se aferraban a un terreno erosionado.
Sara recordaba ese desierto por sus excursiones de búsqueda de fósiles con Dwer y Lark. Habían sido buenos tiempos, a pesar del tó-rrido sol, la comida rancia y la aspereza del polvo. Sobre todo al principio, cuando Melina iba con ellos, antes que la enfermedad se arrebatara e hiciera de Nelo un anciano.
El suave acento de su madre se tornaba más acusado, recordó Sara, cuanto más al sur viajaban. El cielo abierto no la intimidaba.
En cambio, la tripulación del *Hauph-woa* se iba inquietando cada vez más a medida que avanzaban hacia el sur, después del frustrado intento de los piratas esa mañana, junto al puente destruido Los marineros hoons preferían anclar el resto del día, bajo un refugio rocoso.
El capitán les recordó, con un pedorreo de su saco violáceo, que no se trataba de un viaje normal, sino de una misión urgente para Comuna.
Las noticias de río abajo podían mitigar su temor a dirigirse hacia un peligro desconocido. El viento oeste normalmente llenaba las velas de las naves que navegaban río arriba. En los lugares donde la corriente era más fuerte, expertos navegantes hoons ofrecían remolque desde molinos de viento astutamente camuflados —con forma de batidora de huevo erectas— que aprovechaban la brisa que soplaba bajo los salientes rocosos.
El primer conjunto de aspas se perdió de vista antes que

nadie pudiera salir de la cabaña para responder a sus llamadas. Medio midura después, el supervisor del siguiente molino apenas tuvo tiempo de saludar antes que el río arrastrara al *Hauph-woa.*

«Como el tirón del tiempo —pensó Sara—. Nos arrastra al futuro antes que estemos preparados, dejando una estela de lamentos Ojalá la vida nos permitiera coger una cuerda amiga de cuando en cuando, para regresar al pasado y cambiar el flujo del torrente de nuestra vida.»

¿Qué haría ella, si pudiera revivir el último par de años? ¿Podría haber evitado el dulce dolor de entregar su corazón a quien no debía? Aun sabiendo de antemano la naturaleza de Joshu, ¿habría rechazado todos esos meses de vertiginosa felicidad, cuando se autoengañaba pensando que él podía pertenecerle en exclusiva?

¿La clarividencia le habría ayudado a salvarle la vida?

Evocó una imagen inquietante. El recuerdo del día en que huyó de la ciudadela de Biblos, aferrada a sus libros y mapas, corriendo hacia esa casa arbórea de Dolo para hundirse en sus estudios.

—estandartes negros flameando en un céfiro que azotaba el grueso techo de piedra del castillo...

—cometas tironeando de sus cuerdas, murmurando su lamento durante la ceremonia fúnebre de Joshu y las demás víctimas de la peste...

—una mujer alta de cutis claro, recién llegada en barco de la lejana localidad de Ovoom, de pie junto al féretro de Joshu, cumpliendo Con sus deberes de esposa, apoyándole en la frente el toroide sinuoso que transformaría la carne mortal en reluciente polvo de cristal...

—el rostro impasible del sabio Taine, enmarcado por una

melena de cabello semejante al acero buyur, aproximándose para perdonar grácilmente la indiscreción de Sara durante un año, su aventura con Un mero encuadernador, renovando su oferta de una unión más decorosa...
—la última imagen de Biblos, las altas murallas, las relucientes bibliotecas, el boscoso promontorio de piedra, una parte de su vida que terminaba tan rotundamente como si ella hubiera muerto.
El pasado es un lugar amargo, decían los Rollos. *Sólo la senda del olvido conduce a la redención.*
Un jadeo de alarma fue seguido por un crujido de porcelana al romperse.
—¡Sara! —llamó una voz—. Ven pronto, por favor. ¡Todos!
Se alejó de la baranda de estribor y encontró a Pzora resoplando agitadamente, extendiendo los delicados brazos manipuladores en una súplica. Sara se sobresaltó al ver que el camastro del forastero estaba vacío, con las sábanas desordenadas.
Lo vio entre tres toneles de escoria, empuñando un fragmento de una pieza de alfarería. El herido miraba al boticario traeki con ojos desorbitados
«Tiene miedo de Pzora —comprendió Sara—. ¿Pero por qué?»
—No temas —le dijo tranquilizadoramente en gal-siete, avanzando despacio—. En este momento no conviene tener miedo.
El hombre miró a Sara y a Pzora como si no pudiera integrarlos en el mismo marco. Sara pasó al ánglico, pues algunas colonias humanas de la costa lo usaban casi exclusivamente.
—No pasa nada, en serio. No corres ningún peligro.

Estabas herido de gravedad, pero estás mejorando. No corres ningún peligro.
Algunas palabras provocaban mayor reacción que otras. Parecía gustarle la frase «No corres ningún peligro», así que Sara la repitió, extendiendo la mano. El forastero miró a Pzora con angustia. Sara se interpuso entre él y el traeki y la tensión disminuyó un poco. Él en-tornó los ojos, estudiándole el rostro.
Al fin, con un suspiro de resignación, soltó el fragmento afilado.
—Tranquilo —dijo ella—. Nadie quiere hacerte daño.
Aunque el pánico inicial se había disipado, el forastero seguía mirando al boticario, sacudiendo la cabeza con asombro y manifiesto odio.
—Sé más amable —le reprochó ella, poniéndole una manta plegada detrás de la cabeza—. No estarías haciendo un grato viaje en barco a Tarek sin los remedios de Pzora. ¿Y por qué ibas a tener miedo de un traeki? ¿Dónde se ha oído semejante disparate?
Él vaciló, parpadeó, masculló algo. Al fin cerró la boca, apretando los labios. Se llevó la mano izquierda al costado de la cabeza, hacia el vendaje que le cubría la herida, pero se detuvo, como si ese contacto pudiera hacer realidad sus peores temores. Bajó el brazo y suspiró.
«Bueno, al menos está despierto —pensó Sara, contemplando aquel milagro—. Lúcido y sin fiebre.»
El bullicio atrajo curiosos. Sara les pidió que retrocedieran. Si el herido se ponía histérico ante la visión de un traeki, ¿cómo reaccionaría al ver a un macho qheuen con pinchos en las patas? Incluso en esos tiempos, había humanos que sentían rechazo por otros clanes.
Así que el siguiente sonido era lo último que Sara esperaba

oír: una carcajada.
El forastero se incorporó, mirando a los pasajeros y tripulantes., Miró a Jomah, el hijo del demoledor, que había bajado del ancho lomo de Hoja, aferrando la cúpula cefálica que sobresalía del caparazón azul del qheuen. Hoja siempre había sido amable y querido entre los niños de Dolo, así que Sara no le dio la menor importancia. Pero el forastero lo señaló y siguió riéndose a carcajadas.
Se volvió y vio a un marinero que alimentaba con sobras a un noor favorito, mientras otro hoon permitía pacientemente que Prity, la chimpancé, se le apoyara en el ancho hombro para ver mejor. El forastero soltó una risita de incredulidad.
Parpadeó sorprendido al ver al bailarín g'Kek, Fakoon, que se había detenido entre Pzora y la calderera urs, Ulgor. Fakoon miró al humano herido con un par de tallos oculares móviles, volviendo los otros dos hacia sus vecinos, como preguntando qué sucedía.
El forastero aplaudió como un niño feliz, riendo a todo pulmón mientras las lágrimas le empapaban las mejillas ojerosas.

Era como si un siglo de iluminación por nuestro Huevo Sagrado -y el duro trabajo anterior para fundar la Comuna— se hubiera olvidado. Se veían pocos rewqs, a medida que el veneno de la sospecha los ahuyentaba de nuestra frente para morar en sacos forrados de musgo, dejándonos depender de las meras palabras, como en tiempos pasados, cuando las meras palabras conducían a la guerra.

Mi/nuestra propia gente traía muestras de recientes rumores malignos, y cubrí esa vileza con nuestro segmento basal, permitiendo que sus vapores se elevaran por nuestro núcleo central. Un disgustado entendimiento nos trajo comprensión de estos pensamientos odiosos:

—nuestros vecinos humanos ya no son de fiar, si alguna vez lo fueron.

—nos venderán a sus primos incursores.

—nos mintieron con esa pintoresca historia de que eran lobeznos pobres y sin instructor, despreciados en las Cinco Galaxias.

—sólo fingieron el exilio, mientras nos espiaban a nosotros y este mundo.

Aún más amarga era esta calumnia:

—pronto partirán con sus primos, elevándose para reanudarla vida de dioses que nuestros antepasados abandonaron, dejándonos pudrir en este lugar ruin, maldito, olvidado, mientras ellos surcan las galaxias.

Ese era el hedor más repugnante, al extremo de que yo/nosotros exhalamos un vapor ruidoso y melancólico.

¿De verdad serían los humanos capaces de hacer eso? ¿Podían abandonarnos ?

Si eso sucedía, la noche sería tan aborrecible como el día. Pues luego tendríamos que escrutar nuestra oscuridad y ver lo que ellos habían reclamado.
Las estrellas.

La bióloga humana lo ponía nervioso. Ling tenía una manera de mirar a Lark que lo hacía sentir como un salvaje o un niño.

Y efectivamente, en comparación, lo era a pesar de ser mayor en

años.

Por lo pronto, toda su vida de estudio ni siquiera podía llenar una de las astillas de memoria de cristal que ella deslizaba en la consola portátil que llevaba sobre su mono verde.

Los altos y exóticos pómulos de esa mujer morena enmarcaban unos grandes ojos castaños.

—¿Estás preparado, Lark? —preguntó.

Su mochila contenía raciones para cuatro días, así que no habría necesidad de cazar ni forrajear, pero había dejado su valioso microscopio. Ese tesoro de la artesanía urs parecía un juguete comparado con los instrumentos que Ling usaba para inspeccionar organismos hasta el nivel molecular. «¿Qué podríamos decirles que no sepan ya? —se preguntó—. ¿Qué pueden querer de nosotros?»

Era una pregunta bastante frecuente entre aquellos camaradas y amigos que todavía le hablaban, y también entre los que daban la espalda a todos los humanos, por estar emparentados con los invasores.

No obstante, los sabios encomendaban a un humano —un hereje— que guiara a uno de esos ladrones por un bosque lleno de tesoros. «Para empezar la danza de negociar por nuestras vidas.»

Los Seis tenían algo que ofrecer, algo de lo que carecía la entrada sobre Jijo en la Biblioteca Galáctica, revisada por

los buyurs antes de su partida: datos recientes sobre los cambios que había sufrido a lo largo de un millón de años. Lark era un «experto» en eso, tanto como podía serlo un salvaje local.
—Sí, estoy preparado —le dijo a la mujer de la nave estelar.
—Bien, entonces adelante. —Ling le indicó que encabezara la marcha.
Lark alzó la mochila y echó a andar, saliendo de aquel valle de árboles aplastados, por un camino que pasaba lejos de la grieta del Huevo. Nadie había esperado que su existencia permaneciera en secreto. Los robots habían explorado durante días, examinando los valles, arroyos y fumarolas. Aun así, existía la posibilidad de que confundieran el huevo con otra formación rocosa. Hasta que se puso a cantar.
El camino que escogió Lark también los llevaba lejos del desfiladero adonde habían enviado a los inocentes: los niños, los chimpancés, los lorniks, los zookirs y los glávers. Quizá los ojos de los saqueadores no fueran omniscientes, a pesar de todo. Tal vez pudieran ocultarles secretos valiosos.
Lark había seguido el plan de los sabios. Hasta ese instante.
Multitudes de espectadores se reunieron en el línite del valle para observar el cubo negro que bebía la luz del sol sin reflejos ni destellos. Cuando los dos humanos llegaron a esa altura, un grupo de observadoras urs retrocedió con nerviosismo, haciendo chasquear los cascos. Todas eran hembras jóvenes con marsupios maritales vacíos. Ideales para intuir problemas.
Movieron las cabezas cónicas, mirando a los humanos,

mostrando los dientes con sus bocas triangulares. Lark irguió los hombros, El rewq que llevaba en el bolsillo se agitó al detectar resentimiento en el aire.
—¡Basta! —advirtió, cuando Ling señaló a las inquietas urs con un instrumento—. Sigue caminando.
—¿Por qué? Sólo quería tomar...
—Sin duda. Pero no es el momento más adecuado.
Lark le cogió el hombro, apremiándola. Desde el primer contacto notó que era muy fuerte.
Una roca chocó contra el suelo. Siguió un grito jadeante.
—*¡Ardilsss!*
Ling se volvió con curiosidad, pero Lark la mantuvo en movimiento.
Otras voces se sumaron.
—*¡Ardüs!*
—*¡Jeekee ardilsss!*
Más piedras cayeron en torno de ambos. Ling parecía preocupada.
—Las urs no tienen buena puntería —la tranquilizó Lark—. Aunque han aprendido a usar arcos y flechas.
—Son vuestras enemigas —observó ella, apurando el paso.
—Eso es decir demasiado. Digamos que al principio tuvimos que luchar para hacernos un lugar en Jijo.
La multitud de urs los siguió sin dificultad, gritando para provocarlos, hasta que alguien de su especie llegó al galope desde el este, girando para detenerse ante la muchedumbre. Usando insignias de próctor de la Asamblea, extendió los brazos, exhibiendo dos marsupios copulatorios llenos y glándulas de olor activas. Las urs se detuvieron mientras la próctor movía la cabeza en círculos agresivos, alejándolas de los dos humanos.

«La ley y el orden todavía imperan —pensó Lark—. ¿Pero por cuánto tiempo?»
—¿Qué nos gritaban? —preguntó Ling tras internarse en un bosquecillo de árboles vor de hojas afiladas—. No era gal-seis ni gal-dos.
—Dialecto local —rió Lark—. *Jeekee* era originalmente una maldición hoon, y ahora es de uso común. Significa «pestilente», como si esas fogosas urs solteras tuvieran derecho a hablar.
—¿Y la otra palabra?
Lark la miró de soslayo.
—Los insultos son importantes para las urs. En tiempos de los pioneros, buscaron una palabra para agraviarnos, algo que para los humanos resultara tan ofensivo como apropiado. Así, durante una tregua, preguntaron amablemente a nuestros fundadores el nombre de un animal familiar para nosotros. Uno que vivía en árboles y era conocido por su estupidez.
Ling lo miró con ojos grandes y exquisitos. No eran ojos de pirata.
—No entiendo.
—Para ellos somos arborícolas. Así como a nuestros antepasados ellos les habrían hecho pensar en caballos o mulos. Herbívoros.
—Todavía no...
—Así que nosotros nos esforzamos por parecer sumamente ofendidos cuando una urs furiosa nos llama «ardillas». A ellas les encanta mucho.
Ling lo miró intrigada, como si la explicación la confundiera.
—¿Queréis agradar a vuestros enemigos? —preguntó.
Lars suspiró.
—En la Cuesta ya nadie tiene enemigos. No en esa escala.

«Es decir, no hasta hace poco», pensó.
—¿Por qué? —continuó, tratando de invertir el interrogatorio—. ¿Los enemigos eran algo frecuente en el lugar de donde vienes?
Ling suspiró.
—Las galaxias son peligrosas. Hay muchas razas a quienes no caen bien los humanos.
—Eso decían nuestros antepasados. Es porque los humanos son lobeznos, ¿verdad? Porque nos Elevamos por nuestra cuenta, sin ayuda de un instructor.
Ling rió.
—Ah, ese viejo mito.
Lark la miró fijamente.
—¿Qué dices? ¿Que sabemos la verdad sobre nuestro origen y destino?
Ella sonrió con serenidad.
—Cielos, hijo del pasado, tu gente ha estado lejos mucho tiempo.
Lark tropezó con una piedra y Ling le cogió el brazo para sostenerlo.
—Pero podemos hablar de eso después. Primero quería hablar de esas... ¿cómo las llamabas?
Extendió un dedo adornado con un anillo bulboso que debía de ser un aparato grabador.
—¿Las ardillas?
—Das a entender que son arborícolas y humanoides. ¿Veremos alguna en el camino?
Él parpadeó y sacudió la cabeza.
—No lo creo. No por aquí.
—Bien, ¿qué puedes decirme de ellas? Por ejemplo, ¿muestran aptitudes para el uso de herramientas?
Lark no necesitaba un rewq para leer la mente de su

adorable invitada. El propósito era inconfundible.
«¿Tienen talento para las máquinas? ¿Para la guerra y el comercio? ¿Para la filosofía y el arte? ¿Tienen Potencial? ¿La esencia mágica que se requiere para aprovechar la ayuda adecuada? ¿Tienen esa rara tintura, esa promesa, que vuelve fructífero el esfuerzo de un instructor? ¿Podrán llegar a ser viajeros de las estrellas? ¿Son candidatos para la Elevación?»
Lark ocultó su sorpresa ante la ignorancia de Ling.
—Que yo sepa, no —respondió con franqueza, pues las únicas ardillas que había visto estaban en imágenes de la vieja Tierra—. Si pasamos cerca de alguna, lo comprobarás por ti misma.
Evidentemente los piratas estelares estaban buscando biotesoros. ¿Qué otra cosa podría ofrecer Jijo por la cual valiera la pena burlar a los centinelas del Instituto de Migraciones y luego surcar caminos estelares cedidos tiempo atrás a la extraña y amenazadora civilización Zang?
«¿Qué otra cosa? —se preguntó Lark—. Sólo refugio. Pregunta a tus propios antepasados, muchacho.»
Los recién llegados no fingían, como Lark podría haber esperado, haber acudido en representación de una entidad galáctica, ni gozar de un derecho legal a inspeccionar la biosfera de Jijo. ¿Creían que los exiliados no recordaban esas cosas? ¿O simplemente no les importaba? Su objetivo —datos sobre los cambios producidos desde la partida de los buyurs— hacía que el trabajo de Lark fuera más valioso de lo que él imaginaba, al extremo de que Lester Cambel le había ordenado que dejara sus libretas de anotaciones para evitar que cayeran en manos extrañas.
«Los sabios quieren que obre con astucia, que trate de

sonsacarle tanto como ella a mí.»
Un plan condenado de antemano, sin duda. Los Seis eran como bebés, e ignoraban las reglas de un juego mortífero. Aun así, Lark haría todo lo posible, mientras sus planes y los de los sabios coincidieran. Lo que quizá no sucediera siempre.
«Ellos lo saben. Sin duda no han olvidado que soy un hereje.»
Afortunadamente los incursores no lo habían puesto en compañía de una persona más intimidatoria. Podría haber sido Rann, un varón corpulento de cabello gris cortado a cepillo, voz poderosa y torso que amenazaba con reventar el ceñido uniforme. Kunn era casi tan imponente como Rann, con hombros semejantes a un joven hoc mientras que la trigueña Besh era tan femenina que Lark se preguntaba cómo movía tan grácilmente un cuerpo tan dotado de sinuosas curvas. En comparación con sus colegas, Ling parecía normal, aun-que sin duda habría causado una conmoción de haberse criado en una ciudad de Jijo al provocar duelos entre fogosos pretendientes.
«Recuerda tu juramento —se dijo Lark, resoplando de cansancio en un tramo empinado del sendero. La transpiración manchaba la blusa de Ling y hacía que la prenda se adhiriese provocativamente a su cuerpo. Lark se obligó a apartar la mirada—. Hiciste una elección. Vivir por algo más grande que tú mismo. Si no querías abandonar esa meta por una honesta mujer de Jijo, que no se te ocurra hacerlo por una saqueadora, una alienígena, una enemiga de este mundo.»
Lark encontró un nuevo modo de canalizar el calor que sentía en las venas. La lujuria se puede bloquear con otras emociones fuertes así que apeló a la furia.

«Vuestro plan es usarnos —reflexionó—. Pero las cosas puede salir de otra manera.»
Esa actitud, a su vez, despertó una obstinación que superaba su curiosidad natural. Antes Ling había dicho que los humanos ya no eran considerados lobeznos. Ya no eran huérfanos sin instructores. Por su expresión, era evidente que esperaba sorprenderle. Sin duda quería que él le suplicara más información.
«Rogaré si es necesario, pero preferiría comprarla, pedirla prestada o robarla. Veremos. El juego acaba de empezar.»
Pronto pasaron entre bosquecillos de bu menor. Ling tomó muestras de algunos tallos segmentados —no tenían más de diez centímetros de diámetro—, cortando diestramente secciones casi transparentes con su analizador.
—Quizá yo sólo sea un torpe guía nativo —comentó Lark—, pero apuesto a que el bu no muestra muchos indicios de presapiencia.
Ella movió la cabeza bruscamente al oír esa palabra. Así Lark puso fin a una parte de la farsa.
«Sabemos por qué estás aquí.»
La tez morena de Ling no logró ocultar su rubor.
—¿He sugerido yo algo semejante? Sólo quería rastrear el flujo
genético desde que los buyurs plantaron esta especie. Necesitaremos una pauta para comparar las tendencias en los animales. Eso es todo.
«Así que ahora mentimos descaradamente», pensó él. Por los restos fósiles, Lark sabía que los bu habían medrado en Jijo mucho antes que los buyurs ocuparan el planeta, veinte millones de años atrás. Tal vez los hubiera importado un ocupante anterior. Ecosistemas enteros habían coevolucionado en torno de esa forma vegetal, y un

sinfín de animales dependían de ella. Pero la situación debía de haber sido difícil durante los primeros milenios, mientras el bu desplazaba la flora nativa en las divisorias de aguas.
Lark sabía poco acerca del nivel bioquímico, pero por los fósiles estaba seguro de que el género no había cambiado mucho en cien millones de años.
¿Por qué mentiría sobre algo tan poco importante? Los Rollos enseñaban que el engaño no sólo era malo, sino un aliado inconstante
y peligroso. Y adictivo. Cuando se empezaba a mentir, resultaba difícil detenerse. «Al final te pillan por mentiras pequeñas e innecesarias.»
—Hablando de presapiencia —le dijo Ling, plegando su caja de muestras—. No puedo dejar de preguntarme dónde habéis guardado vuestros chimpancés. Sin duda habrán evolucionado de manera interesante.
Esta vez fue Lark quien reveló demasiado, involuntariamente. La negativa era inútil. «Los humanos no necesitan rewqs para practicar este juego de captar emociones en el rostro del otro. Lester debe de saber que revelaré tantos datos como los que consiga averiguar.»
—Los chimpancés son como niños. Naturalmente los protegimos de todo posible peligro.
Ling miró a izquierda y derecha.
—¿Ves algún peligro?
Lark contuvo una carcajada socarrona. En los ojos de ella bailaban emociones complejas que él apenas podía discernir. No obstante, algunos pensamientos eran transparentes, aunque no los expresara en voz alta.
«Sabes que yo sé. Yo sé que tú sabes que yo sé. Y tú sabes que yo sé que tú sabes que yo sé.»

Hay otra emoción que puede superar la lujuria hormonal, o la furia: el respeto.
Lark asintió, mirando a su rival a los ojos.
—Si nos cruzamos con algún chim te lo haré saber, para que puedas comprobarlo por ti misma.
Ling tenía una visión muy aguda y lo demostraba con frecuencia localizando movimientos que Lark habría pasado por alto: criaturas del bosque en busca de alimentos, espiando, cazando o cuidando su prole. En esto le recordaba a Dwer. Pero Ling también poseía muchas herramientas que utilizaba prontamente sobre cualquier criatura reptante, voladora o ambulante que le llamara la atención.
Debía de haber estudiado a fondo esos antiguos registros buyurs pues continuamente se detenía con suspiros de reconocimiento, cuando clasificaba una especie de arbusto, árbol o ave de cuatro alas, y le pedía a Lark que añadiera el nombre pintoresco que usaran los lugareños. Lark daba respuestas cautas, como para mantener su valor como experto local.
A veces Ling se detenía y murmuraba junto a su anillo, como si examinara lo que había aprendido. Lark comprendió con un sobresalto que ella estaba en contacto con su base. Se trataba de una comunicación a distancia, no con meras señales, teleemisión o telepatía, sino con esa alta tecnología mencionada en los libros, perfecta y segura La voz de la persona del otro extremo era apenas un susurro. Lark supuso que debía de proyectarse directamente al oído de ella.
En un momento dado, Ling murmuró unas palabras en una forma dialectal del ánglico, que a Lark le resultó difícil de seguir.

—Sí, sí. D'acuerdo. Trataré d'acelerar. Pero tenéis qu'elegir: dis-tanza o detalhe.
La otra parte debió de insistir, pues Ling apretó el paso cuando reanudaron la marcha, hasta que el siguiente descubrimiento le hizo olvidar su promesa. Lark descubrió que este defecto —la facilidad con que se dejaba distraer por la presencia de criaturas vivas— era el primer rasgo que realmente le gustaba de ella.
Ling lo arruinó todo al tratarlo en tono condescendiente, cuando definió con lentitud lo que significaba «nocturnal». Lark contuvo su resentimiento. De niño había leído suficientes novelas de aventuras para saber cómo debía actuar un guía nativo, así que le dio las gracias respetuosamente. Tal vez hubiera ciertas ventajas en dejarle conserbar sus estereotipos.
A pesar del entusiasmo y la aguda vista de Ling, no era una cazadora como Dwer. Incluso para Lark, el entorno rebosaba de señales huellas y tallos rotos, excrementos y marcas territoriales, mechones de piel, escamas y plumas. Cualquier hijo de los Seis podría haber interpretado esas señas, encontrado la senda. Pero Ling sólo parecía reparar en lo que estaba vivo.
Lark sonrió al pensar en Dwer. «Cuando regrese de su cacería del gláver, seré yo quien tenga anécdotas interesantes que contar.»
Ling desplegó un instrumento con «holopantallas» gemelas. Una
mostraba una ondeante escena boscosa. La otra pantalla mostraba mapas y cifras que resultaban indescifrables para Lark, lo cual era humillante.
Había leído casi todos los textos de biología de Biblos, y se imaginaba que al menos debía entender el vocabulario.

«Tal vez mi rutina de "Sí, bwana" no sea tan fingida. Parece que soy analfabeto, a fin de cuentas.»
Ling le explicó que eran datos de una sonda robot que seguía el mismo camino, un poco por delante.
—¿Podríamos darnos prisa? —preguntó ávidamente—. El robot ha sometido unos especímenes interesantes. Quiero llegar antes que se deterioren.
Era ella quien se había retrasado. Aun así, Lark se limitó a asentir.
—Como quieras.
El primer espécimen fue una infortunada lombriz wuank cuya guarida había sido cortada con la precisión de un instrumento quirúrgico. Una telaraña de sustancia fibrosa había resistido los embates de la cabeza huesuda de la lombriz.
Ling le habló a su anillo.
—Esta forma feral parece emparentada con los exploradores de filones que los buyurs importaron de Dezni.
Apuntando un aparato, lanzó un tubo delgado y relampagueante que se insertó entre dos placas protectoras. La lombriz tembló y se derrumbó.
—Veamos si la encefalización ha cambiado durante el último me-gaaño. —Ling se volvió hacia Lark para explicarle—: Es para ver si hay más masa cerebral.
«Eso ya lo sabía», pensó él, pero se contuvo.
—Sorprendente —comentó.
Lark aprendió a pasar instrumentos, extraer sangre y realizar otras tareas de ayudante. En un punto la lengua áspera de un furioso hocicolargo asomó por entre los intersticios de la jaula para arrancarle a Ling un buen pedazo de piel, pero Lark le apartó el brazo a tiempo.

Después de eso Ling pareció comprender que su «guía nativo» servía para algo más que para cargar, transportar y dejarse impresionar cuando ella hablaba.
Aunque los especímenes del robot eran «cerebrales», pues utilizaban su inteligencia como cazadores o recolectores omnívoros, ninguno parecía un buen candidato para la Elevación. «Tal vez dentro de diez millones de años, cuando vuelvan a abrir esta galaxia para la colonización legal. Para entonces, los hocicolargos y los brincorráptors
estarán preparados, probados por la evolución y la suerte de Ifni, listos para ser adoptados por una amable raza más experimentada.»
No obstante, al verle usar rayos y sondas mágicas para evaluar un carroñero de aspecto mugriento, Lark imaginó que la bestia reaccionaría levantando las patas traseras y recitando una oda a la amistad entre todas las criaturas vivas. El grupo de Ling evidentemente pensaba que podía encontrar algo valioso que apareciera en Jijo antes de lo pensado. «Y una vez que aparece el Potencial, sólo se requiere la ayuda de un instructor para poner a una nueva raza en la Senda del Ascenso.»
Algunos textos de Biblos disentían. Sostenían que el parto no siempre requería una comadrona.
Lark optó por seguir esa idea durante la siguiente parte del trayecto.
—Hace un rato sugeriste que los terrícolas ya no son considerados lobeznos.
Ling sonrió enigmáticamente.
—Algunos aún creen en ese viejo mito. Pero hay otros que conocen la verdad hace tiempo.
—¿La verdad?

—Acerca de nuestro origen. Quiénes dieron a la humanidad el don del pensamiento y el raciocinio. Nuestros auténticos instructores. Los mentores y guías a quienes debemos cuanto somos y seremos.
El corazón de Lark se aceleró. Algunos libros sobre el tema habían sobrevivido al incendio que arrasó los estantes de xenología de Biblos, así que sabía que el debate aún continuaba cuando la nave furtiva *Tabernáculo* partió hacia Jijo, tres siglos atrás. En aquellos días, algunos especulaban que benefactores clandestinos habían ayudado se-cretamente a la humanidad antes de los tiempos históricos. Otros se inclinaban por el modelo de Darwin: la inteligencia podía evolucionar por sí misma, sin ayuda externa, a pesar del escepticismo de la ciencia galáctica. Ahora Ling afirmaba que el debate estaba resuelto.
—¿Quiénes son? —preguntó Lark con un susurro.
Ella volvió a sonreír con picardía, acariciándose los pómulos.
—Una verdad a cambio de otra. Primero cuéntame la verdadera historia. ¿Qué hace un grupo de nuestra especie en este mundo desolado?
—Eh... ¿a qué grupo te refieres?
Ella le respondió con una sonrisa, como diciendo «Puedo esperar»
Ling siguió las marcas que había dejado el robot, que conducía de una criatura sedada a la otra. Al transcurrir las horas, se apresuraron hasta que llegaron a la cresta de un largo risco. Desde allí, Lark vió varias mesetas más al norte, subiendo hacia las cumbres de los Linderos. En vez de la habitual mata de árboles nativos, la formación más próxima presentaba un manto de verdor más oscuro, una

tupida extensión de bu gigante, tallos tan enormes que él podía distinguir los individuos. Algunas estrías de piedra, y una de agua, interrumpían esa extensión de tubos oscilantes.
El último espécimen era un infortunado rocalloso, apenas una esfera de pinchos cuando cortaron la telaraña que el robot usaba para retener a sus víctimas. Ling tocó la criatura con una herramienta que lanzaba chispas, pero no obtuvo reacción alguna. Repitió la operación aumentando la potencia. El humo pestilente hizo revolver el estómago de Lark.
—Está muerto —diagnosticó—. Supongo que tu robot no es perfecto, a fin de cuentas.
Lark cavó una zanja para usarla como letrina y preparó una fogata. Su comida era pan envuelto en hojas y queso. La de Ling burbujeó cuando ella rompió los sellos de papel metálico, acariciando la nariz de Lark con aromas desconocidos y tentadores. No había oscurecido cuando él juntó los paquetes vacíos para envolverlos como escoria.
Ling parecía dispuesta a reanudar la conversación.
—Tu sabio Cambel dice que nadie recuerda exactamente por qué vinieron vuestros antepasados. Algunos irruptores entran furtivamente en mundos en barbecho como grupos renegados. Otros huyen de la guerra o de la persecución. Me gustaría saber qué dijeron vuestros fundadores a las razas que ya estaban presentes, cuando llegaron.
Entre los Seis, el término «irruptor» designaba a pequeñas bandas que escapaban para invadir territorios prohibidos por los Rollos Sagrados. «Pero supongo que todos somos irruptores en ese sentido. Incluso los que viven en la Cuesta.» En su corazón, Lark siempre lo había sabido.
Aun así, le habían ordenado que mintiera.

—Te equivocas —dijo, aunque le molestaba el engaño—. Somos parias. Nuestra combonave...
La mujer rió.
—Por favor. Esa triquiñuela nos ha retrasado un par de días, pero antes de partir ya lo sabíamos. Esa historia es imposible.
Lark apretó los labios. Nadie había esperado que el engaño pudiese prolongarse por mucho tiempo.
—¿Cómo lo averiguasteis?
—Es sencillo. Los humanos sólo han estado en el espacio galáctico cuatro siglos... trescientos cincuenta ciclos jijoanos. Es imposible que los humanos estuvieran a bordo de la misma nave que trajo a los g'Keks a este mundo.
—¿Porqué?
—Porque, mi buen primo rústico, cuando los humanos entramos en la escena galáctica, no existían los g'Keks.
Lark parpadeó mientras ella continuaba.
—Cuando os vimos a todos aquí, junto al valle, reconocimos a la mayoría de los tipos, pero tuvimos que buscar datos sobre los g'Keks. Imagínate nuestra sorpresa cuando vimos la palabra «extinguidos».
Lark la miró desconcertado.
—Tus amigos rodantes son una rareza —concluyó Ling—. Los que están en Jijo pueden ser los últimos de su especie.
«Justo ahora que empezabas a caerme bien...»
Lark hubiera jurado que había cierta satisfacción en los ojos de Ling por la conmoción que provocaban sus noticias.
—Como ves —añadió Ling—, cada cual tiene verdades para compartir. Acabo de contarte una. Espero que seas tan abierto como yo.
Lark conservó la calma.

—¿Hasta ahora no te he resultado útil?
—No me interpretes mal. Tus sabios han sido reservados en ciertas cuestiones. Quizá no hayan entendido nuestras preguntas. A medida que tú y yo conversemos más, algunos problemas pueden aclararse.
Lark comprendió lo que sucedía. «Divide e interrogarás.» No había estado presente cuando los humanos del cielo se entrevistaron con los sabios. Sin duda ella lo pillaría en la red de discrepancias si no era extremadamente cauto.
—Por ejemplo, cuando Kunn preguntó si habían avistado otras naves desde que los primeros irruptores llegaron a Jijo, nos hablaron de las visitas de globos zangs que descendían sobre el mar, y algunas luces distantes de hace tiempo que podrían haber sido naves de investigación del Instituto. Pero en realidad nos interesan avistamientos que pueden haber ocurrido...
Un trino agudo la interrumpió. Ling alzó su anillo.
—¿Sí?
Ling irguió la cabeza, escuchando.
—¿Seguro? —preguntó con voz sorprendida. Se llevó las manos al cinturón y extrajo el receptor portátil, en cuyas pantallas aparecieron imágenes del bosque moviéndose por la creciente oscuridad. «Las máquinas no duermen», pensó Lark.
—Pasa la imagen de la sonda cuatro a la sonda cinco —requirió Ling. La escena cambió con un borrón de estática. A la derecha, todos los diagramas y gráficos mostraron los trazos que denotaban «cero» en galáctico seis.
—¿Cuándo ha sucedido? —preguntó la mujer a su colega invisible. Lark le miró la cara, lamentando no poder oír la otra parte de la conversación.
—Reproduce los últimos diez minutos antes de la caída de

la sonda.
La pantalla izquierda se iluminó con imágenes que mostraban un estrecho corredor verde con una franja de cielo y un caudal de aguas sucias. Las paredes cercanas consistían en tallos apiñados de imponentes bu mayores.
—A doble velocidad —pidió Ling con impaciencia. Las grandes columnas pasaron en un borrón. Lark se aproximó.
El corredor desembocaba en un cráter, un cuenco lleno de desperdicios con un pequeño lago en el centro, bordeado por una espinosa barricada de lianas.
«Un momento. Yo conozco ese lugar...»
Un conjunto de líneas cruzó la holopantalla, convergiendo cerca de la espumosa orilla del lago, mientras la pantalla derecha mostraba símbolos rojos en gal-seis técnico. Lark tuvo que esforzarse pero finalmente logró comprender algunas palabras...
Anomalía... fuente desconocida... fuerte actividad digital...
Se le revolvió el estómago cuando el ojo de la *cámara* descendió hacia la perturbación, bajando entre antiguas ruinas buyurs, y símbolos carmesíes se apiñaron en el campo central de visión. Dentro de ese túnel de atención todo cobró nitidez, mientras la periferia se difuminaba. Emblemas hirvientes mostraron preparativos que Lark leyó con consternación: armas cargándose para su uso.
Dwer siempre decía que esa araña reductora era dañina, y advertía a la gente que se mantuviera apartada. ¿Pero por qué se preocupaba el robot?
Otro pensamiento lo asaltó.
«Por Dios, ¿no es la dirección que tomó Dwer para perseguir al gláver fugitivo?»
La máquina aminoró la marcha. Lark reconoció la tupida

mata de una vieja araña reductora, las lianas desplegadas sobre los restos de una antigua estructura buyur.
La visión del robot detectó una figura agazapada en el suelo. Lark parpadeó.
«¿No era un gláver, allí en el descampado? Por Ifni, nos hemos tomado tantas molestias para ocultarlos, y esta máquina pasa sobre uno sin hacerle el menor caso.»
Otra sorpresa apareció en la periferia de la cámara al disminuir la velocidad. Un cuadrúpedo flaco y nervudo, cuyo pelaje negro casi se fundía con la maraña oscura. Los blancos dientes de un noor centellearon en actitud desafiante, desapareciendo en un costado cuando el robot continuó la marcha con obstinación.
«¿Un noor? ¿En las montañas?» Sin saber por qué, Lark sintió un regusto amargo en la boca.
La máquina se detuvo en el aire. Las líneas rojas de la pantalla convergieron en un punto que palpitaba con ritmos amenazadores.
Conocimiento digital... nivel nueve o mayor... Los símbolos gal-seis palpitaron. Poco se podía distinguir en esa oscuridad, salvo algunos aleteos cerca del centro. El robot debía de estar utilizando otros sentidos, además de la visión.
Decisión autónoma... terminar de inmediato con la amenaza...
Un resplandor bañó la oscura escena. El campo central se puso blanco mientras furibundos rayos de energía penetraban en la espesura, cercenando los miembros de medusa de la araña. Jugos hirvientes saltaron de lianas amputadas mientras círculos rojos bailaban de aquí para allá, buscando algo elusivo dentro de un espacio estrecho.
Ling leía los datos de la pantalla derecha, maldiciendo la

incapacidad del robot para encontrar un blanco limpio. Lark estaba seguro de que sólo él veía un breve perfil en un borde del panel. Centelleó un instante, pero pareció quemarle el nervio óptico.
Uno... no, dos conjuntos de brazos y piernas, mezcladas con las lianas trémulas, protegiéndose de la ardiente furia del cielo.
La estática llenó de nuevo las pantallas.
—No, no puedo dirigirme ahora hacia allá. Está a medio mictaar de aquí, y mi guía y yo nos perderíamos en la oscuridad. Tendrá que esperar hasta...
Escuchando de nuevo, Ling suspiró.
—De acuerdo, se lo preguntaré. —Bajó el anillo—. Lark, tú conoces la zona. ¿Hay una senda...? —Se interrumpió, se incorporó, mirando a izquierda y derecha—. ¿Lark?
Escrutó la noche, una negrura aterciopelada con el fulgor palpitante del tercer brazo espiralado de esa galaxia.
—¡Lark! ¿Dónde estás?
El viento agitaba el ramaje en el silencio del bosque. No había modo de saber cuánto hacía que se había ido, o hacia dónde.
Ling suspiró, alzó la mano e informó que estaba sola.
—¿Cómo iba a saberlo? —respondió—. No puedo culpar a ese mono nervioso por asustarse. Nunca había visto el rayo cortante de un robot. Ya debe ir camino a casa, si se detiene antes de la costa...
»Sí, ya sé que no lo habíamos decidido, pero ahora es demasiado
tarde. Y ya no importa demasiado. Sólo ha escuchado algunas pistas. Tenemos mucho más para sobornar a los nativos. Y muchos más como él.

ASX

El disenso crece.
La Comuna se rebela contra sí misma como un traeki cuyos anillos fueron apilados toscamente, sin relación nutricia entre los toroides desposados.
Una mensajera urs llega al galope con noticias de las colonias de Cuesta abajo, donde la angustia y el caos reinan como las despóticas reinas qheuens de antaño. Algunas aldeas derriban sus tanques de agua, sus silos de grano, sus calentadores solares y sus molinos de viento, basándose en los Rollos Sagrados, pasando por alto la interpretación que nuestro consejo de sabios envió por mensajero, exhortando a la espera.
Al mismo tiempo, otros protegen sus establos, dársenas y esclusas, procurando ocultarse bajo la vegetación, y rechazando violentamente a los airados vecinos que se aproximan a sus valiosas propiedades con antorchas y garrotes.
¿No deberíamos estar mejor aquí en Asamblea? ¿Acaso los mejores de los Seis no se reunían aquí para los ritos anuales de la unión? Pero también aquí hierve el veneno.
Primer motivo de discordia: sospechas sobre nuestro sept más joven. ¿Podrían nuestros vecinos humanos ser aliados de los invasores? ¿De los saqueadores? Si no es así, ¿podrían sentir esa tentación, con el tiempo?
¡Ah, idea nefasta! ¿Qué esperanza tenemos, sin su ayuda, de discernir los engaños de unos incursores que parecen dioses?
Hasta ahora, el noble ejemplo de Lester y sus delegados, que juran devoción a Jijo y nuestro Huevo Sagrado, ha restaurado un poco la fe. Pero los rumores y las odiosas

dudas aún circulan, como hollín arremolinado, en estos suaves valles.
Los problemas se multiplican. Un equipo de cuidadores regresa de una de las profundas cavernas donde se crían los rewqs salvajes. Ha encontrado las cavernas desiertas, sin un solo rewq. Y los que están dentro de nuestros morrales languidecen. No se alimentan de nuestros fluidos vitales, ni nos ayudan a compartir los secretos de nuestras almas.
Nuevas disputas. En cada raza muchos son tentados por un canto de sirena. Dulces palabras de nuestros indeseados visitantes. Promesas halagüeñas, palabras de amistad.
Y no sólo palabras.
¿Recordáis, anillos míos, cuando los humanos de las estrellas propagaron la noticia de que ellos sabían curar?
Bajo un dosel traído del terreno del festival —cubierto por su cubo oscuro— atienden a los lisiados, enfermos y heridos. Los sabios sólo podemos observar, impotentes y confundidos, mientras hileras de hermanos heridos entran cojeando y salen eufóricos, transformados, parcialmente curados.
En verdad, muchos parecen haber sanado sólo en su dolor. Pero en muchos otros casos se produce un cambio milagroso. La puerta de la muerte se transforma y ahora conduce a la restauración de la juventud, el vigor, la potencia.
¿Qué podemos hacer? ¿Prohibirlo? Imposible. No obstante, cuánta información obtienen los sanadores. Preparados desbordantes de muestras de nuestras diversas biologías. No sé qué ignoraban antes, pero ahora conocen a fondo nuestras fuerzas y flaquezas, nuestros

genes y naturalezas latentes.
Los que regresan de la curación, ¿son bien recibidos? Algunos llaman traidores a sus compañeros de sept. Algunos perciben humillación y se apartan con odio.
Así nos dividimos. En nueva enemistad, nos subdividimos.
¿Somos una unión? ¿Somos una Comuna?
¿Acaso no intentaste, mi/nuestro tercer anillo basal —afectado durante un año de la dolencia conocida como carie toroide—, no intentaste llevar esa pila vieja hacia el pabellón verde donde se ofrecen curas milagrosas, aunque no sin egoísmo? Si la discordia afecta a esta entidad que otros llaman Asx, ¿puede haber más coherencia en una sociedad de individuos?
Siempre hemos temido el cielo. Pero nuestra discordia puebla estos prados, colmando nuestros frustrados días y noches, y el suelo de Jijo ahora parece tan temible como su cielo.
¿Podemos abrigar esperanza, anillos míos?
Esta noche peregrinaremos. Los más sabios de los Seis trabajarán arduamente en la oscuridad, atravesando pozos humeantes y peñascos brumosos, para llegar al lugar del Huevo Sagrado.
¿Esta vez nos responderá? ¿O continuará el terco silencio de las últimas semanas?
¿Podemos abrigar esperanza?
Existe una sensación que los traekis sólo hemos aprendido a describir desde que conocimos a los humanos en Jijo. Pero nunca habíamos sentido este aguijonazo con tal intensidad. Es una desolación que cuesta expresar en los idiomas galácticos, que enfatizan la tradición y las relaciones estrechas, que supeditan la idea del yo a las de raza y clan. Pero en ánglico esa sensación es esencial y

bien conocida.
Se llama soledad.

Se turnaron para rescatarse mutuamente.
No era fácil. La conciencia amenazaba con ceder bajo los borbotones de dolor de muchas heridas y quemaduras. Para colmo de males, Dwer sospechaba que se había quedado sordo.
Rety seguía tropezando, pero no usaba los brazos para nada excepto para apretar su tesoro contra el pecho.
Ese tesoro casi terminó por matarlos cuando ella cayó en el remolino de fuego y vapor ácido, buscando desesperadamente restos de su preciosa «ave» entre tocones humeantes y las relucientes ruinas de la espantosa máquina que había caído del cielo.
Dwer estaba agotado cuando logró rescatarla por segunda vez.
«Si vuelves a entrar allí, puedes quedarte.»
A lo largo de una distancia de dos tiros de flecha, la había arrastrado con los pulmones ardientes y la piel escaldada, huyendo de la araña en llamas hasta que el hedor, el calor y los sofocantes vapores quedaron atrás. Al fin la apoyó en el turbio arroyo de la salida del lago y sumergió la cara y los brazos en la corriente refrescante. El líquido le aplacó el dolor, provocándole un espasmo. Tragando agua, retrocedió tosiendo. Cayó en el lodo, moviendo los brazos débilmente. Si Rety no le hubiera cogido del pelo para arrastrarlo fuera, habría muerto allí mismo.
Un hipo de risa irónica se sumó a sus toses. Después de todo lo
que habían pasado, vaya manera de morir...
Permanecieron un rato allí, agotados y temblorosos, sólo moviéndose para recoger barro y pasárselo por su

quemada desnudez así protegían sus heridas en carne viva y conseguían cierto abrigo contra el frío nocturno. Dwer pensó en la ropa que había quedado en su mochila, en medio del incendio.
«Y mi arco, encima de una piedra. —Reprimió esa preocupación con un mudo juramento—. ¡Olvídate del maldito arco! Lo irás a buscar después. Ahora lárgate de aquí.»
Trató de reunir las fuerzas necesarias para levantarse. Rety procuraba hacer lo mismo, con idénticos resultados, desplomándose con un gemido después de cada intento. Al fin Dwer logró sentarse. Vio girar las estrellas mientras se tambaleaba, empujado por un viento invernal.
«En marcha, o te congelarás.»
Un motivo insuficiente. No bastaba para superar el choque y la fatiga.
«La muchacha, entonces. Que empiece a moverse o...»
¿O qué? Dwer dudaba que ni siquiera el doble de ese sufrimiento pudiera acabar con Rety. Los problemas no parecían dispuestos a dejarla en paz. Los problemas debían encontrar en ella una aliada y una amiga útil.
Pero había algo más. Otro deber. Alguien que aguardaba su retorno...
La gláver. Dwer abrió los párpados cubiertos de barro. «La dejé atada. Se morirá de hambre. O un ligger la cazará.»
Se puso penosamente de rodillas. Descubrió que no podía levantarse más.
Rety también se levantó, y se apoyó en él. Descansaron, recostándose el uno en el otro. «Cuando la gente encuentre nuestros cuerpos tendidos así, alguien pensará que nos queríamos.» >
Ése ya era buen motivo para no quedarse quieto. Sin

embargo, sus miembros no le obedecían.
Una humedad blanda le acarició la mejilla.
«Ya basta, Rety.»
De nuevo. Húmeda y áspera.
«¿Qué está haciendo esta cría? ¿Me está lamiendo?»
Una lengua húmeda, demasiado larga y áspera para ser la de una muchacha. Dwer logró mover la cabeza. Parpadeó al ver dos ojos enormes y abultados que rotaban independientemente en cada lado de una cabeza ancha y redonda. La gláver abrió la boca de nuevo. Esta vez la lengua se abrió paso por encima de los labios y la nariz de Dwer, quien se apartó.
—¿Qué? ¿Cómo? —tartamudeó.
A lo lejos oyó sus propias palabras. No estaba sordo, pues. Viendo un sitio mejor donde apoyarse, Rety rodeó con el brazo el cuello de la gláver. Con la otra mano aún aferraba su trofeo: un nudo de protuberancias, bultos y plumas de metal calcinadas.
Dwer no se detuvo a cuestionar su suerte. Se arrojó sobre el otro costado de la gláver, absorbiendo el calor de su sedoso pelaje. Con paciencia —o apatía—, la criatura dejó que ambos humanos se apoyaran en ella, hasta que Dwer consiguió reunir fuerzas suficientes para incorporarse.
Una pata trasera de la gláver aún llevaba restos de la cuerda, mordida a la altura del nudo. Detrás de ella, la causa de este milagro les dirigía una traviesa sonrisa. Pies de Barro miraba a Dwer con ojos relucientes. «Siempre tratando de que te atribuyan el mérito, ¿verdad?», pensó Dwer, sabiendo que era ingrato pero sin poder contenerse.
Otra explosión brillante hendió las negras sombras con rayos resplandecientes desde las orillas del lago. Pocos duras después oyeron dos explosiones más que los

disuadieron de regresar en busca de sus provisiones. Las llamas seguían propagándose.
Dwer ayudó a Rety a levantarse, apoyándose en la gláver. «Vamos —indicó Dwer con un gesto—. Mejor morir en movimiento que quedarse aquí.»
Tropezando en la oscuridad, aturdido por el frío, el dolor y la fatiga, Dwer no podía dejar de preguntarse qué había visto.
Una pequeña ave mecánica era algo raro, pero explicable al fin y al cabo. Una reliquia buyur que había sobrevivido y vagaba confundida por un continente abandonado por sus amos. Pero la segunda máquina —esa amenaza flotante— no pertenecía a los antiguos ocupantes de Jijo. Era poderosa y tenía un propósito concreto.
Había algo nuevo en el mundo.
Avanzaron tambaleándose entre dos bosques de bu. Ese lugar los guarecía del viento helado y también les evitaba tener que tomar decisiones. Cada paso los llevaba más lejos del incendio, lo cual satisfacía a Dwer.
¿ Había más máquinas de muerte ?
¿Otra minifortaleza volante acudiría para vengar a su hermana? Con ese pensamiento, aquel estrecho corredor cuajado de estrellas dejó de parecer un refugio para convertirse en una trampa mortal.
El pasaje de bu terminó al fin y los condujo a un prado donde hierbas altas se mecían al compás de un viento helado. Copos de escarcha flotaban en torno. Dwer sabía que faltaba poco para que acabaran cayendo.
A poca distancia se veía un bosquecillo de árboles achaparrados junto a un riachuelo. Temblando, Dwer guió a la gláver a través de la hierba, que crujía bajo sus pies. «Nos estamos apartando de la senda —protestó el cazador

que había en él. Recordó las lecciones de Fa-llon—. No te alejes de la piedra o el agua. Si te persiguen, avanza a favor del viento.»
Pero nada de eso le servía ahora. El instinto lo condujo a un saliente rocoso, una protuberancia cubierta de arbustos. Sin su en-cendedor, sin siquiera un cuchillo o un trozo de pedernal, la única esperanza era encontrar refugio. Dwer apartó a Rety de la gláver, empujando hasta que ella comprendió que debía agacharse y meterse bajo el saliente. La gláver entró a cuatro patas, y Pies de Barro se le montó en el lomo. Dwer juntó algunas ramas caídas, encima de las cuales el viento iría amontonando hojas. Luego cayó de bruces, reptando para sumarse a la maraña de extremidades, pelo y piel de varias especies, con el fétido aliento de algún miembro del grupo a poca distancia de su rostro.
Los copos de escarcha fueron cubriendo los cuerpos a medida que el calor de los organismos se difundía en aquel espacio cerrado «Vaya suerte, tener una helada tardía a esta altura de la primavera» pensó. El viejo Fallón decía que en las montañas había sólo dos estaciones. Una se llamaba invierno. La otra también era invierno, pero con algunas salpicaduras de verdor para engañar al incauto.
Dwer se dijo que el tiempo no era tan malo, o no lo sería si sus ropas no se hubieran quemado, o si no estuvieran tan magullados, si dispusieran de provisiones.
Al cabo de un rato, se estaba recuperando de la sordera. Oyó castañeteo de dientes, un murmullo a sus espaldas. Luego sintió que algo le daba un golpecito en el hombro.
—¿Quién te ha dado permiso para moverte? —gritó Rety, a poca distancia de su oreja—. Te estás apoyando en mi...
Dwer se movió. Sintió que algo huesudo se movía bajo sus

costillas. Cuando se acostó de espaldas, su flanco tocó una aspereza helada. Suspiró.
—¿Estás bien?
Ella se movió un poco más.
—¿Qué has dicho?
Él movió la cara para ver su borroso perfil.
—¿Estás bien? —gritó.
—Pues claro. Nunca he estado mejor, tonto. Buena pregunta.
Dwer se encogió de hombros. Si ella tenía energías suficientes
para mostrarse brusca, debía de estar muy lejos de las puertas de la muerte.
—¿No tienes nada para comer? —añadió Rety.
Él sacudió la cabeza.
—Encontraremos algo por la mañana. Hasta entonces no hables a menos que sea necesario.
—¿Porqué?
«Porque es probable que los robots tengan receptores auditivos», pensó él. ¿Pero para qué preocupar a la muchacha?
—No malgastes las fuerzas. Sé buena y trata de dormir.
Oyó una leve vibración que quizás era la chica, que repetía sarcásticamente esas palabras. Pero no estaba seguro. Un grato efecto secundario del porrazo que habían sufrido sus oídos.
Pies de Barro trepó por su pierna para acomodarse en la cuña que separaba su cuerpo del de Rety. Dwer se movió hasta adoptar una posición donde su cabeza estaba menos protegida por el cálido flanco de la gláver.
El frío le bañó el rostro cuando se asomó para mirar el camino que acababan de dejar, esa estrecha senda entre

dos bosquecillos de bu. Como refugio improvisado, esto no estaba mal, siempre que la nieve cubriera las huellas que habían dejado en el prado.
«Hemos logrado escapar de ti, Única-en-su-especie», pensó, saboreando una victoria que él no había obtenido. Sentía un fresco entumecimiento en muchas partes del cuerpo, efecto del fluido dorado de la araña. No había manera de limpiarse ahora, si es que alguna vez conseguía deshacerse de esas gotas.
«Aun así, hemos escapado.»
Una caricia le tocó la mente. Nada que pudiera determinar, pero despertó en él una leve preocupación. Esa vieja desconstructora no podía haber sobrevivido al incendio...
«Son sólo imaginaciones mías. Será mejor que lo olvide.»
Por desgracia, su imaginación también le brindó la respuesta que seguramente daría Única-en-su-especie.
(Ah, mi tesoro. ¿No es precisamente eso lo que dices siempre?)
Temblando, y no sólo de frío, Dwer se preparó para una larga vigilia, escrutando el sendero en busca de otras cosas extrañas que pudieran atravesar la cordillera de los Linderos.
Un ruido lo arrancó de un sueño lleno de sensaciones de fracaso y parálisis. Parpadeó, sintiendo un viento helado en los ojos. Trató de averiguar qué lo había despertado, con la ridícula idea de que alguien lo había llamado por su nombre.
El Delfín estaba cerca del cénit, y estrellas blancuzcas titilaban en
su flanco, como si nadaran entre olas lechosas.
Nubes. Y seguía nevando.
Pestañeó. Notó que algo se movía.

Alzó una mano para frotarse el ojo, pero no logró estirar los dedos. Cuando se los llevó a la cara parecían petrificados: la conmoción, unida a la helada.
«Por allá. ¿Es eso?»
En efecto, algo se movía. No otro robot sostenido por columnas de energía, sino una silueta bípeda y tambaleante que andaba cuesta arriba a un ritmo que Dwer encontró profesionalmente deficiente. A ese paso, esa persona se cansaría mucho antes de lo necesario. No había ninguna misión que mereciera correr semejante riesgo con semejante tiempo.
De los Seis, sólo un hoon o un humano podía llegar a esa altura en una nevisca, y ningún hoon habría andado con tanta prisa. «Oye, no te metas entre los bu. Hay peligro allá.» Dwer sólo pudo emitir un graznido apenas audible. «¡Serás tonto! ¿No ves nuestras huellas en la hierba y la nieve ¡Parece una carretera buyur! ¿Estás ciego?»
La silueta continuó la marcha y acabó desapareciendo en el oscuro pasillo que se internaba en el bosque de bu. Dwer se desplomó, odiándose por su debilidad. Sólo tenía que gritar. Eso era todo. Sólo un grito.
Con ojos vidriosos, miró los copos que cubrían el sendero, borrando lentamente todas las huellas que conducían a la hendedura rocosa. «Bien, querías ocultarte, ¿no?» Tal vez nunca los encontraran. Dwer no tenía fuerzas para disfrutar de la ironía. «Menudo cazador. Menudo gran cazador.»

EL FORASTERO

Le costará un buen rato acostumbrarse a esta travesía inverosímil en un bote de madera que se desliza corriente abajo entre desfiladeros rocosos y altas paredes de piedra que le transmiten una sensación de increíble velocidad; eso le sorprende, porque sabe de cierto que ha navegado muchísimo más rápido en el pasado... aunque le resulta difícil recordarlo con exactitud.

Además, están sus compañeros de viaje, una mezcla de tipos que él contempla con asombro.

Al principio, algunos de ellos le han provocado un auténtico terror, sobre todo ese ser gorgoteante y viscoso que parece una pila de lacados dónuts y que exhala complejos hedores que le escuecen en las mucosas de la nariz y de la boca. La sola vista de esa masa ondulada con forma de cono le produce un sentimiento de horror, hasta que cae en la cuenta de que ese joph posee una cualidad muy distinta...

Por mucho que se esfuerza, su mente se niega a proporcionarle el epíteto, el nombre.

Las palabras no le vienen fácilmente al pensamiento; la mayor parte del tiempo ni se le ocurren.

Y, lo que es peor, es incapaz de hablar o de concebir ideas, o de entender los sonidos articulados que los demás emiten para él. Incluso los nombres, esas designaciones tan simples, se le escapan retorciéndose como seres escurridizos y demasiado enfadados o veleidosos para soportar que los toque.

No importa.

Decide aguardar, ya que no puede hacer otra cosa. Incluso consigue reprimir su repugnancia cuando la fofa criatura

cónica le toca, pues su intención parece ser curativa y, de hecho, cada vez que le enrolla los aceitosos tentáculos alrededor de la atormentada cabeza, el dolor remite un poco.

De forma gradual, ese contacto se va haciendo extrañamente agradable.

Sea como fuere, ella suele estar ahí, hablándole con dulzura, llenando con su sonrisa el reducido espacio de su visión, dándole una razón para sentir un frágil optimismo.

Aunque no recuerda gran cosa de su pasado, guarda cierta confusa memoria de su estilo de vida, basado no tanto en una filosofía como en una actitud...

Cuando el universo parece querer destruirte, la mejor manera de defenderte es conservando la esperanza...

IX

EL LIBRO DEL MAR

Rollos

para recibir la bendición
y conducir a la redención,
el olvido no puede dejarse al azar.
Los aspectos del olvido
deben seguir el orden pertinente.
Primero debes abandonar la necesidad de imponerte sobre el mundo material o de adaptar otros seres a tus necesidades.
Tu meta es ser modelado: primero por la naturaleza, luego por manos y mentes más sabias que las tuyas.
Rollo de la Promesa

LA NARRACIÓN DE ALVIN

Ahí estábamos, en plena cumbre del monte Guenn, en medio de ese aire tenue y seco, rodeados por el calor, el polvo y los vahos sulfurosos de la forja de Uriel, ¿y de qué nos quiere hablar Gybz el alquimista?

Nos dice que nos enviarán a otro infierno.

Calma, Alvin. Cuenta la historia tal como haría un narrador humano. Describe la escena, luego la acción.

Gybz prepara recetas para metal y vidrio en un taller mugriento, muy diferente de la inmaculada sala de discos giratorios de Uriel. Hay estantes de madera cubiertos de polvos de minerales, con jarras *de* arcilla llenas de líquidos hediondos. Una ventana estrecha permite ver un paisaje de colores hirientes que sólo puede ser el Flujo Espectral, lo cual significa que la cámara está a la mayor altura que se puede alcanzar sin caer en el cráter hirviente del monte. Bajo la ventana, las moscas se apiñaban sobre una pila de desperdicios de cocina. Esperé que no estuviéramos interrumpiendo la cena de Gybz.

Nosotros cuatro —Huck, Pinzón, Ur-ronn y yo— habíamos acudido por orden de Uriel, la gran herrera, monarca de esa fortaleza industrial posada sobre la trémula rodilla de Jijo. Al principio pensé que sólo quería librarse de unos mocosos molestos, mientras deliberaba con un sabio humano acerca de cómo perfeccionar su amado móvil de engranajes, poleas y vidrio giratorio. La asistente principal, Urdonnol, mascullaba reprobatoriamente mientras nos conducía por una rampa a la sala de mezclas del traeki. Sólo Ur-ronn parecía jovial, eufórica. Huck y yo intercambiamos una mirada, preguntándonos el porqué.

Lo descubrimos cuando Gybz salió con su mole manchada

y cónica desde detrás de un banco de trabajo. Las palabras burbujeaban en un tubo parlante que salía de su tercer anillo.
—Brillantes jóvenes de cuatro razas, bienvenidos. Noticias sublimes para vosotros, y es mi honor comunicarlas. Se ha decidido aprobar vuestra expedición. Tenéis autorización para realizar el intento de llegar, visitar y explorar la región más cercana del Sumidero superior. Gybz hizo una pausa, exhalando volutas por un anillo rojo. Cuando habló de nuevo, lo hizo en un ánglico chillón y destemplado, con voz tensa.
—El intento contará con pleno respaldo de la Forja del monte Guenn. Como prueba de este apoyo, mirad: vuestra ventana terminada. El maestro de mixturas dirigió su tentáculo hacia una caja de madera que estaba cerca de la pared, con la tapa levantada. Entre volutas de serrín brillaba un panel curvo de vidrio grueso, al parecer impecable.
Pinzón bailó excitadamente, haciendo ruido con sus pinzas. —¡Her-hermoso! Gybz asintió.
—Tiene los revestimientos apropiados para brindar una visión clara en el ambiente planificado.
Ur-ronn alargó el pescuezo para inspeccionar el panel. —La última fase fue delicada. Gracias, Gybz, por esos exquisitos revestimientos.
Ur-ronn se volvió hacia Huck y yo para explicarnos. —Después de varios meses, finalmente hace tres días Uriel autorizó el molde. Y como los resultados fueron buenos en el primer intento, permitió que esto contara como *kun-uru.*
En dialecto urs de las praderas, esto dignificaba una obra maestra, que elevaba a su creadora al status de jornalera. Significaba mucho para las ambiciones de Ur-ronn.

«Ninguno de nosotros se ha iniciado aún en una profesión, ni si-quiera ha decidido qué desea hacer», pensé con cierta envidia. Por otra parte, las urs llevan prisa porque no disponen de tanto tiempo.
Miré a Urdonnol, principal rival de Ur-ronn como heredera de; Uriel. No necesitaba un rewq para comprender su fastidio acerca de tanto alboroto por lo que ella consideraba una «afición pueril»: la creación de una nave sumergible experimental.
«Pues haces mal», pensé, compadeciéndome un poco de Urdon-nol. Uriel también tiene un pasatiempo inútil, esa sala llena de discos giratorios. El proyecto de Ur-ronn comparte esta característica. Esa similitud cuenta más que el mero olor-de-parentesco.
Para Ur-ronn, pues, esto también había sido un paso astuto en su carrera. Me alegré por nuestra amiga.
—El cristal fue probado para soportar presiones hidrostáticas que superan los cincuenta cordeles de profundidad —comentó con evidente satisfacción—. Y cuando instalemos las luces y otros elementos que Uriel tendrá la amabilidad de prestarnos...
—¿Qué? —interrumpió Huck. Miró a Ur-ronn con tres ojos desorbitados—. ¿A qué te refieres con eso de prestarnos? ¿Significa que tú también vienes?
Ur-ronn echó la cabeza hacia atrás, moviendo el pescuezo en una curva sinuosa.
—Iré... si puedo...
—¡Huck! —protesté. Era mezquino reprocharle a Ur-ronn sus limitaciones. Me di cuenta de que las ruedas de Huck vibraban de tensión.
Gybz nos interrumpió con un resoplido, penetrante como metal oxidado.

—Si es posible, será pertinente una presencia urs. —El traeki parecía estar sin aliento—. Pero si resulta imposible, no temáis... Un miembro del monte Guenn participará en esta osada empresa hasta sus más hondas profundidades.
Me costaba seguir el ánglico vacilante de Gybz. Huck y yo nos miramos confundidos.
—Yo/nosotros acompañaremos, en todo caso, a este augusto grupo —explicó Gybz, jadeando por sus anillos superiores—. Ese miembro es un componente asociado de este ensamblaje.
El traeki nos mostró algo que ninguno de nosotros esperaba, girando para exponer una ampolla rezumante, a medio camino de la pila de anillos carnosos. No era una protuberancia normal, donde el traeki podía estar generando otro tentáculo o preparando sustancias químicas para el taller. Una grieta dividía la zona hinchada y mostraba un líquido viscoso que se movía.
Comprendí que el traeki estaba haciendo una vlennación ante nuestros ojos.
Mientras la grieta se ensanchaba, el maestro de mixturas parecía aletear. Un ruidoso gorgoteo viscoso acompañó algo que comenzó a emerger, deslizándose por la abertura y por el flanco curvo del traeki, arrastrando fibras sueltas.
—Ci-ci-ci-cielos —repitió Pinzón por cada conducto de sus patas, mientras su franja sensora giraba frenéticamente. Urdonnol se apartó con nerviosismo mientras Huck retrocedía y avanzaba sobre sus ruedas, debatiéndose entre la curiosidad y la repugnancia. Sentí una sensación aguda mientras Huphu, la bestia noor, subía por mi espalda y mi hombro, gruñendo ansiosamente. Le acaricié la piel lustrosa, con un gutureo que debió de sonar más tranquilo de lo que yo me sentía.

Reluciendo de viscosidad, la criatura se posó en el suelo con un ruido húmedo y se quedó quieta mientras unas ondas recorrían su toroide cuádruple de anillos en miniatura. Entretanto, la fláccida piel del traeki progenitor se realineaba.

—No... os preocupéis —burbujeó una voz alterada desde el pico oracional de la pila de anillos—. Yo/nosotros nos ajustamos... reconfiguramos...

Palabras tranquilizadoras, pero todos saben que la vlennación es un momento peligroso para un traeki, cuando la integridad de la pila anterior puede quedar comprometida. Por esa razón, la mayoría reproduce en forma externa, desarrollando por sí mismos nuevos anillos, en corrales, o comprándolos a criadores expertos, negociando el conjunto de rasgos que desean en un vástago. Aun así, la vlennación tiene sus ventajas, según tengo entendido. El señor Heinz afirma haber presenciado varias, pero seguro que nunca ha visto cómo aparece un retoño de cuatro capas con movimiento autónomo.

—Este yo recién desprendido puede ser interpelado, por el momento, como Ziz. Responderá a esa frase-palabra, si los patrones de entrenamiento se afianzan. Si cumple correctamente con su misión podrá regresar para presentarse como candidato a una vida plena. Mientras tanto, está educado para participar en vuestro proyecto y tiene características que os pueden ser de utilidad.

—No sé. —Ur-ronn movió la cabeza en un óvalo de confusión-¿Quieres decir... ?

—Gybz —murmuró Huck—, ¿qué debemos... ?

—Yo/nosotros ya no respondemos a ese nombre —interrumpió el traeki—. Nuestros anillos votan ahora. Por favor, no habléis ni interrumpáis.

Callamos, observando asombrados mientras la criatura luchaba literalmente consigo misma, dentro de sí misma. Una ondulación subió desde el segmento basal y terminó en un eructo de vapor amarillo. Las ondas subían y bajaban. Esto duró muchos duras, mientras temíamos que Gybz se despedazara.
Al fin, los temblores se aplacaron y disiparon. Los órganos sensoriales del traeki se reenfocaron. Brotaron palabras de la boca en una voz nuevamente transformada.
—Decidido. De momento, podéis llamarnos Tyug, y hay muchas probabilidades de que esta pila responda.
Otra pulsación.
—A eso responderé yo. Por favor, informad a Uriel de lo sucedido. Más aún, decidle que mis/nuestros núcleos de aptitudes parecen estar intactos.
Sólo entonces comprendí lo que se había arriesgado durante la
vlennación. El maestro de mixturas es un miembro vital del equipo de Uriel. Si Gybs —Tyug— no recordaba todos sus conocimientos del oficio, las aleaciones del monte Guenn quizá no brillaran ni cortaran tan bien, ni se degradaran por completo con el paso del tiempo.
Tonto de mí. En todo ese tiempo me había preocupado por la vida del pobre traeki.
Huphu bajó por mi espalda y se acercó a la semientidad traeki recién formada, que ya reunía un conjunto de pies semejantes a aletas bajo su segmento inferior, agitando tentáculos torpes desde su rechoncho anillo superior. La noor olisqueó con suspicacia y retrocedió con un gorjeo de satisfacción.
Así Huphu fue la primera en recibir a Ziz, el miembro más flamante de nuestra banda.

Ahora sólo nos faltaba un chico humano para que los Seis estuvieran representados.
Los presagios pueden ser algo bueno, como saben todos los marineros. La suerte es súper. Inconstante, pero mucho mejor que lo contrario.
Tenía el presentimiento de que necesitaríamos toda la ayuda que Ifni nos quisiera conceder.

X

EL LIBRO DE LA CUESTA

LEYENDAS

Entre los qheuens se dice que la huida a Jijo no fue tanto cuestión de supervivencia como de cultura.
Hay discrepancias entre las leyendas que nos han legado desde su descenso en Jijo hace mil años. Los grises, los azules y los rojos cuentan su propia versión de los acontecimientos antes y después de la llegada de la nave furtiva.
Coinciden en afirmar que todo comenzó en la galaxia Uno, donde el sept se encontró en problemas con su alianza.
Según el ejemplar sobreviviente de Sociopolítica galáctica elemental, *de Smelt, la mayoría de las razas que surcaban las estrellas pertenecen a clanes, una relación basada en la gran cadena de Elevación. Por ejemplo, el clan Terrícola se cuenta entre los más reducidos y sencillos, y abarca a los humanos y sus dos pupilos, los neochimpancés y los neodelfines. Si alguna vez se encuentran los presuntos instructores que Elevaron al* Homo sapiens, *esto podría ligar a los terrícolas con una vasta «familia» que se remontaría a milenios atrás, quizás hasta los Progenitores, que iniciaron el ciclo de Elevación hace mil millones de años. Si pertenecieran a un clan de este tipo, los terrícolas podrían ser mucho más fuertes. También podrían volverse responsables de un sinfín de antiguas deudas y obligaciones.*
Otra red de lealtades parece basarse en una cuestión

filosófica. Muchas de las discordias y refinadas guerras de honor que dividen la cultura galáctica nacieron de disputas que en la actualidad ningún integrante de los Seis recuerda ni comprende. Grandes alianzas lucharon por oscuras diferencias teológicas, tales como la naturaleza de los desaparecidos Progenitores.

Se *dice que cuando los qheuens moraban entre los astros, eran miembros de la alianza de los Expectantes, una lealtad que heredaron de sus instructores zhoshs, quienes encontraron y adoptaron qheuens primitivos en colmenas de peñascos marinos, dominados por feroces reinas grises.*

Todo habría sido más sencillo si los zhoshs sólo hubieran elevado a los grises, pero también otorgaron la misma expansión mental a las castas servidoras. La cosa no terminó aquí, pues según la tradición la filosofía de los Expectantes es igualitaria y pragmática. La alianza vio talentos útiles en los rojos y azules. Se establecieron normas para que se relajaran los vínculos de obediencia a los grises.

Algunos qheuens huyeron de este conflicto, buscando un lugar para preservar su «estilo natural» en paz.

Por eso, al cabo de poco tiempo, vinieron aquí.

En Jijo, los tres tipos aún disienten acerca de cuál fue el primero en traicionar a cuál. Los grises sostienen que la colonia comenzó en armonía, disciplina y amor. Todo anduvo bien hasta que los urs, y luego los humanos, sembraron la discordia entre los azules. Otros historiadores, como Río-Cuchillo y Cortes-Coral, disienten enfáticamente.

Sea cual fuere la causa, todos convienen en que actualmente la cultura qheuen de Jijo es mucho menos

estereotipada que aquella de la cual huyeron sus antepasados.
Tales ironías se presentan cuando los hijos prescinden de los deseos de los padres y comienzan a pensar por sí mismos.
Fábulas de los Siete de Jijo, tercera edición,
Departamento de folclore e idiomas,
Biblos, año 1867 del Exilio.

De repente las preguntas cobran un nuevo cariz. Un filo de tensión —no miedo, sino un primo de esa pasión universal— tiñe abruptamente el lenguaje de los incursores.
De pronto, en una noche, la aprensión cobra una precipitada forma física.
Han sepultado su estación negra.
¿Recordáis la sorpresa, anillos míos? Al anochecer estaba allí, serena, con indiferente arrogancia ante el cielo abierto. Una forma cúbica, descaradamente artificial.
En cambio, cuando regresamos al alba sólo encontramos una gran pila de tierra. A juzgar por el tamaño del montículo, Lester dedujo que la estación había cavado un agujero, se había metido en el interior y había apilado los restos encima.
Las teorías de Lester se confirman cuando Rann, Kunn y Besh regresan, subiendo por un túnel oscuro para reanudar las deliberaciones bajo el dosel de negociación. Esta vez optan por concentrarse en las máquinas. Específicamente: ¿qué dispositivos quedan de los tiempos buyurs? Desean saber si las antiguas reliquias conservan su fuerza vital.
Esto sucede en algunos mundos en barbecho, afirman. Razas chapuceras dejan un sinfín de máquinas servidoras al marcharse. Estos mecanismos casi perfectos, capaces de autorrepararse, pueden durar mucho tiempo y vagan sin amo por un terreno despojado de voces vivas.
Preguntan si hemos visto huérfanos mecánicos.
Tratamos de explicar que los buyurs fueron meticulosos, que sus

ciudades fueron debidamente desmanteladas, o trituradas y sembradas con desconstructores. Sus servidores mecánicos fueron infectados con memecompulsiones, instando a los que aún eran móviles a buscar nidos en la profunda fosa que llamamos el Sumidero. Todo esto creemos, pero los humanos del cielo dudan de nuestra palabra.

Preguntan —¡una vez más!— si hemos recibido visitas. ¿Qué pistas hemos visto de otras naves que descendieran con sigilo, con propósitos insinuados pero nunca expresados explícitamente?

Siguiendo nuestros planes, disimulamos. Según los viejos relatos y libros humanos, es una técnica que los débiles usaban con frecuencia cuando se enfrentaban a los poderosos.

La tradición aconseja fingir estupidez, al tiempo que se observa y escucha atentamente.

¿Pero por cuánto tiempo podremos mantener la farsa? Besh ya interroga a los que acuden en busca de curación. En su gratitud, algunos olvidarán nuestras indicaciones.

La próxima etapa se iniciará pronto, mientras que nuestros preparativos apenas han comenzado.

La cuarta incursora humana, Ling, vuelve de su viaje de investigación. ¿Acaso no partió con el joven hereje Lark? Sin embargo, regresa sola.

—No —le decimos—. No lo hemos visto. No ha regresado. ¿Puedes contarnos por qué te abandonó? ¿Por qué te dejó en el bosque y no terminó la tarea que se le había asignado?

Le prometemos otro guía. El naturalista qheuen, Uthen. Entre tanto, aplacamos sus ánimos.

Ojalá los rewqs no nos hubieran abandonado. Cuando

yo/nosotros preguntamos a Lester acerca del ánimo de esa mujer —cómo interpreta su conducta— él tirita y responde que lo ignora.

Un grupo de pasajeros y tripulantes organizó un concierto improvisado en la popa del *Hauph-woa* para recibir al forastero de nuevo en el mundo de los vivos.
Ulgor tocaría el violus, un instrumento de cuerda basado en el violín terrícola, modificado para adecuarse a los diestros dedos urs,
equipados con ventosas. Mientras Ulgor lo afinaba, Hoja apoyó su caparazón azulado en un instrumento de percusión, tamborileando sobre la tensa membrana con la lengua. Mientras, con las cinco patas sostenía varias jarras que había llenado hasta diversos niveles y soplaba por los orificios parlantes.
Pzora, el boticario traeki, renunció modestamente a toda pretensión de talento musical, pero aceptó algunas campanillas de metal y cerámica, que asió con sus anillos manipuladores.
Como cuarto y quinto integrantes, el timonel hoon había aceptado cantar mientras que el bailarín profesional Fakoon convino en acompañarlos a la manera g'Kek, con gráciles movimientos de sus tallos oculares y esos famosos brazos danzarines que evocan el vaivén de los árboles, la lluvia en el viento, los botes en el agua o las aves en vuelo.
Le habían pedido a Sara que participara para completar un sexteto, pero ella rehusó. El único instrumento que tocaba era el piano, en casa de su padre, y sin demasiado talento.
«A pesar de la presunta correlación entre música y matemática —pensó irónicamente—. Nunca la he llegado a entender del todo.»
De cualquier modo, quería vigilar al forastero, por si sufría

otro ataque de histeria. Hasta ahora parecía calmado, y miraba con ojos oscuros que parecían gratamente sorprendidos. ¿Era un síntoma? Las lesiones en la cabeza a veces provocaban pérdida de memoria, o incluso de la capacidad para generar recuerdos, así que todo era eternamente nuevo.

«Al menos es capaz de sentir alegría», reflexionó Sara.

Por ejemplo, el modo en que sonreía cada vez que ella se acercaba. Era extraño y tierno que alguien se pusiera tan feliz de verla. Tal vez no le resultaría tan desconcertante si ella fuera más bonita. Pero ese apuesto forastero era un hombre enfermo, no estaba en su sano juicio.

La negación de la memoria. Que la vida fuera sólo un instante en el tiempo. Parecía espantoso.

«No obstante —reflexionó—, la memoria es sólo una ficción inventada por la mente para seguir funcionando. Una fabulación destinada a ayudar a una persona a perseverar.»

Sara había pasado un año huyendo de la memoria, por motivos que le habían parecido importantes hasta pocos días atrás.

«Ya no importan demasiado, ahora que los dioses de las estrellas han bajado a juzgarnos.»

Le preocupaba lo que sucedía en los Linderos. No podía dejar de pensar en sus hermanos.

«Si hubieras aceptado a Taine en matrimonio, ahora podrías tener niños, y te preocuparías por su futuro.»

El hecho de que rechazara a aquel hombre sabio de cabello cano-había causado toda una conmoción. ¿Cuántos otros pedirían la mano de la tímida y poco agraciada hija de un fabricante de papel, una joven más aficionada a los símbolos escritos en una página que a la

danza u otras artes frívolas?
Después de rechazar a Taine, las atenciones de Joshu confirmaron su decisión de esperar. Sara nunca pensó que ese joven y frágil encuadernador podía estar usándola como distracción durante su año de becario en Biblos, lejos de su cómodo hogar.
«Irónico, ¿verdad? Lark podría escoger a la joven que quisiera en la Cuesta, pero su filosofía lo induce a escoger el celibato. Mis con-clusiones sobre Jijo y los Seis son opuestas a las suyas, pero yo también estoy sola.
»Diferentes caminos que desembocan en el mismo callejón
salida: la soledad.
»Y ahora vienen dioses del espacio, desviándonos a todos un camino cuyas señales no vemos.»
Todavía les faltaba un sexto músico para el concierto. A pesar de haber introducido los instrumentos de cuerda en Jijo, los humanos tradicionalmente tocaban la flauta en un sexteto mixto. Jop era un buen intérprete, pero el granjero se negó, pues prefería meditar sobre su libro de los Rollos. Al fin el joven Jomah aceptó participar para propiciar la buena suerte, equipado con un par de cucharas.
Y eso que los terrícolas alardeaban de sus aportaciones a la actividad musical de Jijo.
Escondido bajo el grueso caparazón de Hoja, el tambor resonaba con gravedad. La tensa piel zumbaba con un ritmo simple, al cual pronto se sumó el quejumbroso suspiro de una de las jarras que Hoja tenía bajo la pata delantera izquierda. El qheuen dirigió un guiño a Ulgor con su franja visual, y la urs se puso a tocar el violus, apoyando el doble arco sobre las cuerdas que emitieron notas gemelas y ondulantes, engalanando el gemido grave del

tambor. Aquella armonía doble de varios niveles se sostuvo durante varios compases.
El momento parecía prolongarse indefinidamente. Sara contuvo el aliento, temiendo que cualquier sonido atentara contra esa extraordinaria consonancia. Hasta Fakoon se aproximó, visiblemente con-movido.
«Si todo lo demás es así...»
Pzora escogió el momento siguiente para intervenir, desbaratando aquella dolorosa dulzura con un ávido clamor de campanillas y
címbalos. El boticario de Dolo parecía totalmente inconsciente de lo que había destruido, adelantándose al ritmo, haciendo una pausa, acometiendo de nuevo.
Al cabo de un instante de confusión, los tripulantes hoons se echaron a reír. Los noors de los mástiles chillaron mientras Ulgor y Hoja se miraban con una expresión que se podía entender incluso sin un rewq, equivalente a un encogimiento de hombros y un guiño de los ojos. Siguieron tocando, incorporando el entusiasmo de Pzora a un pegadizo ritmo de cuatro partes.
Sara recordó que su madre le había enseñado a tocar partituras, un arte casi olvidado. El sexteto jijoano entrelazaba sus armonías improvisadas a partir de corrientes que se fusionaban y separaban alternadamente. La música humana funcionaba así en la mayoría de las culturas anteriores al Contacto, antes del impacto eurooccidental en las sinfonías y otras formas más rigurosas. O eso había oído Sara.
Superando su timidez, Jomah se puso a entrechocar sus cucharas mientras Hoja lanzaba un tropel de notas jadeantes. El timonel hoon infló su saco laríngeo para responder al rumor del tambor, cantando una

improvisación con palabras desconocidas.
Fakoon rodó hacia adelante, meciendo los brazos como volutas de humo.
Lo que había sido exquisito y luego cómico cobró una cualidad aún más valiosa: unidad.
Sara miró al forastero, que parecía sobrecogido por la emoción, deleitándose con los movimientos de Fakoon. La mano izquierda tamborileaba rítmicamente sobre la manta.
«En eso se sabe qué clase de hombre era —pensó Sara—. A pesar de su mutilación, del horrible dolor, pasa su tiempo de vigilia cautivado por las cosas buenas.»
El pensamiento se le atascó en la garganta. Sara se alejó, ahogando una oleada de melancolía que le enturbió la vista. No podía mirar la encantadora danza de Fakoon, aunque fingió hacerlo, por cortesía.
Villa Tarek apareció poco después, sobre la confluencia de los ríos Roney y Bibur.
Desde lejos parecía sólo un promontorio verdoso, como otros cerros que flanqueaban el ancho valle. Formas grises tachonaban el monte, como si las rocas estuvieran desperdigadas por unas suaves laderas. El *Hauph-woa* rodeó un último recodo, y lo que desde lejos parecía sólido se entreabrió, una enorme y casi hueca construcción de telarañas festoneadas de verdor. Las «rocas» eran los extremos de torres macizas, envueltas en un laberinto de cables, conductos, puentes de soga, recles, rampas y escalerillas, todo cubierto por un follaje exuberante.
Un olor húmedo llenó el aire, el aroma de muchas flores.
A Sara le gustaba imaginar a Tarek en otros tiempos, cuando era apenas una aldea de los poderosos buyurs, pero un sitio de auténtica civilización donde zumbaban máquinas fieles, donde vibraban las pisadas de visitantes

de lejanos sistemas estelares, donde gráciles aeronaves se posaban en las pistas de los techos. Una ciudad llena de aspiraciones que ella, una primitiva del bosque, nunca podría imaginar.
Pero luego, cuando la tripulación hoon aproximó el *Hauph-woa* a un muelle oculto, no hubo imaginación que pudiera ocultarle hasta qué punto había caído Tarek. En una multitud de ventanas, sólo al-gunas brillaban con vidrios de un millón de años. Otras presentaban toscas chimeneas, manchando con hollín de cocina paredes otrora impolutas. Los anchos rebordes donde antaño aterrizaban aeronaves ahora albergaban pequeños huertos y jardines, o corrales para ruidosas aves. En vez de máquinas autopropulsadas, las calles presentaban caldereros y comerciantes cargando mercancías, o carros tirados por animales.
En lo alto de una torre cercana, varios jóvenes g'Keks corrían sin temor por una rampa sin barandas. La vida urbana era adecuada para el sept rodante. Los g'Keks, raros en otras partes, constituían el grupo más numeroso de la ciudad.
Al norte, cruzando el enlace de Tarek con tierra firme, se extendía una ruina «reciente» de bloques de piedra caídos, la milenaria muralla de la ciudad, erigida por las reinas grises que durante largo tiempo habían ostentado el poder allí, hasta que un gran sitio puso fin a su reinado, en tiempos en que la fábrica de papel de Dolo era nueva. Aún había marcas de quemaduras en la muralla, testimonio del violento nacimiento de la Comuna de los Seis Clanes.
Por muchas veces que pasara por Villa Tarek, el lugar no dejaba de maravillarla. En Jijo era lo más aproximado a un lugar cosmopolita, donde todas las razas se mezclaban como iguales.

Junto con las naves tripuladas por hoons, un sinfín de embarcaciones más pequeñas bogaban bajo los ornamentados puentes, impulsados por mercaderes humanos que llevaban pieles y mercancías al mercado. Traekis ribereños con segmentos basales anfibios nadaban en los angostos canales, mucho más rápidos que sus primos terrestres en la orilla.

Cerca de la confluencia, un puerto especial albergaba dos transbordadores de vapor que enlazaban las localidades de la orilla norte, con las praderas meridionales donde galopaban las hordas urs. En una playa cercana, algunos qheuens azules subían a la costa, eludiendo el peaje del ferry, caminando por el fondo del río, un talento útil cuando los rebeldes azules derrocaron la tiranía de las reinas, ayudados por un ejército de hombres, traekis y hoons.

«En todos los relatos acerca de la batalla, ninguno atribuye a los insurgentes un arma que me parece crucial: el lenguaje.»

Tardaron un tiempo en abrirse paso en medio de una multitud de embarcaciones para echar amarras en un muelle atestado. El abarrotado puerto permitía explicar la falta de tráfico río arriba. Todos los barcos que normalmente surcaban el Roney debían estar amarrados y esperando.

«¿Esperando qué?»

Sara trató de ser paciente. «Pronto lo averiguaremos. No apresures las malas noticias.»

Después de cerciorarse de que Jomah y el forastero estuvieran bien atendidos, se dirigiría a la casa de Engril la copista. «Si alguien sabe qué sucede, será ella.»

En cuanto sujetaron las amarras, el contingente de noors bloqueó las pasarelas, exigiendo su paga. Entonando una

complacida canción de gratitud, el cocinero de a bordo entregó a las criaturas de pelaje negro unos trozos de caramelo. Cada noor se metió una golosina en la boca, guardó el resto en un saco y brincó por la borda para corretear entre los barcos.

Como de costumbre, el forastero miraba con una mezcla de sorpresa, deleite y tristeza en los ojos. Dejó la camilla que lo había llevado a bordo tres días atrás y bajó la rampa apoyándose en un bastón. Pzora resoplaba de orgullo, pues entregaría a los sanadores de Villa Tarek un paciente que había estado al borde de la muerte. Mientras el boticario llamaba un rickshaw, observaron cómo la tripulación hoon trajinaba con bloques y poleas, alzando cajas de la bodega, muchas de ellas con papeles de Nelo para diversos impresores, escribas y estudiosos. Los estibadores bajaban paquetes precintados, todos dirigidos al mismo destino, en alta mar: sierras de cerámica de tiendas de tallas de madera qheuens, tipos de impresión gastados y cuerdas de violín rotas, además de las partes de los muertos que no se descompondrían, tales como los huesos de humanos y urs cremados, vértebras hoons, ejes y ruedas g'Keks, cristales de cera traekis, el polvo reluciente de caparazones qheuens molidos, y gran cantidad de antigua basura buyur, desenterrada por el arado de un granjero o la draga de un explorador, o que las arañas reductoras no habían destruido. A veces un artefacto era útil para un par de generaciones, y era permitido. Pero al cabo todo terminaba en transportes de escoria que se enviaban a ese lugar especial donde el agua, el fuego y el tiempo eliminaban los desechos.

Algunos pagaban para viajar hasta el gran Sumidero, como hizo Nelo cuando falleció la madre de Sara, escoltando las

cenizas de su esposa hasta su reposo final. Pero Sara suponía que una vez en la vida era suficiente. «Todos haremos el viaje, tarde o temprano —pensó—. No tengo prisa.»
Una urs respondió a la llamada de Pzora con su rickshaw, y juntos ayudaron al herido a subir al carro de cuatro ruedas, mientras Pzora iba detrás, sosteniendo los hombros del forastero con dos manos tentaculares.
—¿Estás seguro de que no me necesitas? —preguntó Sara, dubitativa.
Pzora la alejó con un gesto afable.
—Es un breve trayecto hasta la clínica, ¿verdad? ¿No tienes asuntos urgentes que atender? ¿Acaso yo no tengo mis propias tareas? Todas-vosotras os encontraréis con todos-nosotros esta noche. Y nuestro afortunado paciente percibirá tus agradables yoes por la mañana.
El forastero la miró con sus ojos oscuros y sonrió, palmeándole la mano. O bien confiaba en verla de nuevo o bien no le importaba. No había indicios de su anterior terror al traeki.
«Supongo que me equivoqué en cuanto a su lesión. Está adquiriendo recuerdos. Tal vez en Tarek logremos averiguar quién es. Si podemos traer familiares o amigos, lo ayudarán más que yo.»
Eso le provocó una punzada de autocompasión, pero Sara se recordó que ya no era una niña cuidando de un pájaro herido. «Lo que importa es que esté bien atendido. Pzora tiene razón. Tengo otros asuntos que atender.»
Dado el estilo anárquico de Villa Tarek, ningún representante «oficial» los esperaba en el puerto, pero los mercaderes se apresuraron a acudir al muelle para preguntar al comisario por sus cargamentos. Otros iban en

busca de noticias. Había rumores sobre terribles acontecimientos en el norte y el este. Se hablaba de naves zangs, ciudades enteras arrasadas por rayos.
Los rumores hablaban de una población sometida a juicios masi-vos, dirigidos por jueces insectoides del Instituto Galáctico de Mi-graciones. Un crédulo humano discutió con Jop, afirmando que el granjero se equivocaba porque todos sabían que Villa Dolo estaba destruida.
«Eso explica por qué no había barcos corriente arriba», pensó Sara. Desde Tarek, debió de parecer que la nave incursora dejaba una estría de fuego sobre el pueblo natal de Sara.
Los rumores eran una mercancía importante en todos los puertos, pero sin duda en otros lados prevalecerían cabezas más frías. Sara y otros pasajeros buscaron el boletín comunitario, pero sólo encontraron un jirón de papel del *Despacho de Tarek.* Era una publicación esporádica de aficionados, y los ejemplares pegados no duraban mucho sin que alguien se los llevara.
Prity le indicó que todas las cajas de Nelo estaban firmadas, excepto la que ella empujaba en un carro. Sara se despidió de los demás emisarios de Dolo, conviniendo en reunirse con ellos por la noche para comparar datos antes de tomar una decisión.
—Ven, Jomah —le dijo al hijo de Henrik, que miraba el tumulto de la vida urbana—. Primero te llevaremos a casa de tu tío.
Las voces parecían apagadas en el mercado del puerto y los regateos eran adustos y rituales. La mayoría de los compradores y vendedores ni siquiera usaban rewq en los tratos con miembros de otras razas, señal segura de que sólo hacían las cosas por rutina.

Un tendero, un elegante qheuen gris con intrincados decorados en el caparazón, alzó dos zarpas y contó nueve ventosas, indicando con un ladeo de su cúpula que ésa era su oferta final. El comerciante, un rojo de aire rústico, zumbó consternado, señalando los finos cristales de sal que había llevado desde el mar distante. Mientras pasaba, Sara oyó la respuesta del qheuen de ciudad.

—Calidad o cantidad, ¿cuál es la diferencia? ¿Por qué vamos a preocuparnos por el precio?

La frase alarmó a Sara. ¿Un gris urbano indiferente a una transacción comercial? Los lugareños debían de estar realmente preocupados.

«Como si en Dolo estuviéramos mejor.»

La gente se reunía en grupos pequeños, intercambiando rumores en los dialectos de su especie. Muchos hoons llevaban varas de hierro —habitualmente privilegio de los capitanes— mientras que las caldereras, arrieras y mercaderes urs se mantenían cerca de sus valiosas bestias de carga. Cada urs llevaba un hacha o machete, herramientas útiles en los bosques y llanuras donde vivían. ¿Entonces por qué las armas alarmaban a Sara?

Pensándolo bien, muchos humanos se portaban de igual manera, caminando en compañía de otros, armados con herramientas adecuadas para cortar, cavar, cazar... y para otros usos en los que Sara prefería no pensar. Los g'Keks se mantenían encerrados en sus apartamentos.

«Será mejor que averigüe qué sucede, y pronto», pensó Sara.

Fue un alivio cuando la tensa zona del mercado terminó en el deslumbrante resplandor de los Escombros.

Hasta ese instante habían caminado a la sombra, pero aquí había

una zona abierta al cielo. Los edificios que antaño se erguían allí estaban derruidos, astillados y amontonados, lo cual daba al sitio su nombre. Un fluido viscoso relucía entre las piedras desmoronadas, donde se formaban y estallaban burbujas aceitosas, resabios de una época en que el lugar era cáustico, venenoso y en definitiva restaurador.

Jomah se cubrió los ojos.

—No la veo —se quejó.

Sara resistió el impulso de apartarlo de la luz.

—¿No ves qué?

—La araña. ¿No está aquí, en el medio?

—Esta araña está muerta, Jomah. Murió poco después de haber empezado. Por eso Villa Tarek no es otro pantano lleno de piedras masticadas, como el este de Dolo.

—Lo sé. Pero mi padre dice que todavía está aquí.

—Y así es. Hemos pasado debajo de ella desde que atracó la nave. ¿Ves aquellos cables? Incluso las rampas y escalerillas están entretejidos con cuerdas de araña, y muchos de ellos conservan parte de su vida, en cierto modo.

—¿Pero dónde está la araña?

—Estaba en los cables, Jomah. —Sara señaló las torres entrelazadas—. Unidos, constituían una forma de vida cuyo trabajo consistía en demoler este lugar cuando se fueron los buyurs. Pero un día, antes que los g'Keks llegaran a Jijo, esta araña enfermó. Las lianas se olvidaron de trabajar juntas. Cuando se volvieron salvajes, la araña dejó de existir.

—Oh. —El joven reflexionó y miró alrededor—. Bien, sé que hay algo más aquí...

—Jomah —dijo Sara, sin querer tratar con brusquedad al

niño, tan parecido a Dwer a esa edad. Pero realmente no tenía tiempo—, tenemos que...
—He oído decir que está cerca de los Escombros. Quiero ver el caballo.
—El caballo. —Sara parpadeó y suspiró—. Está bien, pero tienes que prometerme que después irás directamente a casa de tu tío. ¿De acuerdo?
El niño asintió vigorosamente, echándose la bolsa al hombro. Sara recogió la suya, llena de anotaciones para su investigación. Prity empujaba el carro.
Sara señaló.
—Es por aquí, cerca de la entrada de Villa Tierra.
Desde que ardieron las amenazadoras catapultas de las reinas grises, Villa Tarek estaba abierta a todas las razas. Aun así, cada cual tenía un sector favorito, y los humanos preferían el barrio sur, gracias a la riqueza y el prestigio que les proporcionaba el comercio de libros. Los tres caminaron hacia ese distrito por debajo de la galería cubierta que rodeaba los Escombros. Las pérgolas estaban cubiertas de fragantes flores-cuenco, pero incluso ese fuerte aroma se disipó cuando pasaron por el sector donde las mercaderes urs mantenían sus rebaños. Algunas jóvenes urs no acopladas remoloneaban en la entrada. Una bajó la cabeza y saludó a Sara con un rebuzno despectivo.
De pronto todas las urs estiraron el pescuezo en la misma dirección, y sus orejas cortas y peludas temblaron al detectar un rumor que llegaba desde el sur. Sara pensó que era un trueno, pero un estremecimiento de temor le recorrió la espalda cuando escrutó el cielo.
«¿Estará sucediendo de nuevo?»
Jomah le cogió el brazo y sacudió la cabeza. El niño

escuchó el eco con aire de interés profesional.
—Es una prueba. Lo sé porque el ruido no está ahogado por el encierro. Alguien está revisando sus cargas.
—Qué tranquilizador —murmuró ella. Pero sólo podía pensar en la posibilidad de que más naves de los dioses bajaran del cielo.
Las jóvenes urs los miraban de nuevo. A Sara no le gustó su expresión.
—De acuerdo, Jomah. Vamos a ver el caballo.
El Jardín de Estatuas se extendía en el extremo sur de los Escombros. La mayoría de las «obras de arte» eran grafitos burlones o toscas caricaturas trazadas en losas durante los largos siglos en que el alfabetismo era raro en la Cuesta. Pero algunas esculturas en roca eran asombrosas en su complejidad abstracta —como un agrupamiento de esferas que recordaba un racimo de uvas, o un hato de lanzas afiladas que sobresalían en ángulos agresivos—, todo tallado por los dientes de antiguas matriarcas grises que habían perdido las luchas dinásticas durante el prolongado reino qheuen, y tras ser encadenadas a su lugar por rivales victoriosas distraían sus últimos días bajo un sol ardiente.
Las estatuas y dibujos se prolongaban en ambos lados. En una columna cercana había un bajorrelieve realista muy antiguo. El lento hundimiento en el lodo corrosivo había carcomido casi todo el friso. Aun así, en varios sitios se distinguían rostros. Ojos enormes y prominentes miraban desde cabezas globulares apoyadas en cuerpos que se erguían alzando las patas delanteras, como si lucharan contra el veredicto del destino. Aun después de tanto tiempo, esos ojos parecían
iluminados por una aguda inteligencia. En Jijo nadie había

visto expresiones tan sutiles ni conmovedoras en el rostro de una gláver desde hacía mucho tiempo. En años recientes, el verde dosel de Tarek se había desviado hacia esa parte de los Escombros, dejando a la sombra la mayoría de las tallas. Aun así, los fanáticos ortodoxos a veces exigían la destrucción de todas las esculturas, aunque la mayoría alegaba que Jijo ya se encargaba de ello. El antiguo lago de la araña reductora aún disolvía la roca, aunque lentamente. Estas obras serían recicladas, al igual que la escoria que enviaban al mar. No sobrevivirían a los Seis.

«Eso pensábamos, al menos. Siempre parecía que nos sobraba el tiempo.»

—¡Allá está! —Joman señaló con entusiasmo. El niño se dirigió hacia un enorme monumento cuyos flancos lisos parecían moteado» de rayos solares. Se llamaba el *Sacrificio de la Humanidad,* y conmemoraba algo que los hombres y mujeres que habían viajado a Jijo estimaban aún más que sus preciosos libros.

Algo a lo cual renunciaron para siempre, como precio de la paz.

La criatura esculpida parecía a punto de brincar, su noble cabeza erguida para recibir el viento que sacudía su crin ondeante. Bastaba entornar los ojos para imaginarla en movimiento, tan grácil como potente. Mencionada con respeto en un sinfín de antiguas historias humanas, era una de las más grandes y legendarias maravillas de la vieja Tierra.

El monumento siempre conmovía a Sara.

—¡No se parece en nada a un asno! —exclamó Jomah—. ¿De veras los caballos eran tan grandes?

Sara misma no lo había creído, hasta que lo buscó.

—Sí, a veces alcanzaban ese tamaño. Pero no exageres, Jomah. Claro que se parece un poco al asno. A fin de cuentas, eran parientes cercanos.
«Sí, y un árbol garu es igual que un arbusto grickle.»
—¿Puedo subirme? —jadeó Jomah.
—Ni hablar. —Sara miró en torno. No había rostros urs a la vista, así que retrocedió y sacudió la cabeza—. Pregúntale a tu tío. Tal vez él te traiga aquí de noche.
—No lo hará, lo sé —dijo Jomah, defraudado—. Seguro que tú te has subido, ¿verdad?
Sara contuvo una sonrisa. Ella y Dwer habían realizado ese rito cuando eran adolescentes. En un frío atardecer de invierno, cuando las urs descansaban con sus parejas. No había ojos urs, pues, que se irritaran ante un espectáculo que tanto los enfureció desde que los te-rrícolas llegaron: el de seres humanos magnificados por su simbiosis con una gran bestia que corría más rápido que los urs. Dos criaturas amplificadas por su unión.
«Después de la segunda guerra pensaron que nos someterían para siempre si reclamaban todos los caballos y exterminaban la especie. Supongo que luego se dieron cuenta de su error.»
Sara sacudió la cabeza. Era un pensamiento amargo e indigno. Todo ello había sucedido en un pasado remoto, antes de la Gran Paz y la llegada del Huevo. Hoy las urs eran sus hermanas, como cualquier humano de Jijo.
Al menos, eso quería creer.
Sara miró la estatua de piedra y, más allá de los floridos esqueletos de la antigua ciudad buyur, el cielo cubierto de nubes.
«Dicen que cuando el veneno caiga del cielo, su forma más mortífera será la desconfianza.»

El Gremio de Demoledores tenía su sede en un edificio cuyo nombre formal era Torre de la Química, pero que la mayoría de los tarekianos llamaba Palacio de los Hedores. Tubos de bu ascendían por el flanco de la torre como lianas parasitarias, humeando de tal modo que el lugar evocaba a Pzora al cabo de un día de trabajo en la farmacia. De hecho, después de los humanos, los traekis eran los más numerosos entre los que cruzaban el portal de entrada, o subían en ascensor a los pisos superiores, donde ayudaban a fabricar artículos codiciados en toda la Cuesta: cerillas para encender lámparas y cocinas, aceites protectores para los caparazones qheuens, jabones para limpiar prendas humanas y hoons, lubricantes para mantener a los ancianos g'Keks rodando después de la sequedad-de-eje, así como parafina para lámparas de lectura, tinta para escribir y muchos otros productos, todo certificado para que no dejara ninguna huella en el suelo de Jijo. Nada que empeorase el castigo cuando llegara el Día de los Días.

Un tubo rojo llegaba hasta los Escombros y desaparecía detrás del Jardín de Esculturas, alimentando el hervor disolvente del lago de ácido.

A pesar de los intensos olores, que hicieron resoplar a Prity con disgusto, Sara se sintió reanimada al entrar en la torre. Todos los clanes se mezclaban en el vestíbulo, sin esa animosidad racial que había visto en otras zonas de la ciudad. Nadie miraba con suspicacia a los demás. El ajetreo del comercio, con murmullos en el lenguaje de la ciencia, demostraba que algunos no permitían que la crisis los sumiera en la pesadumbre o la hostilidad. Había demasiado que hacer.

—Espera aquí, Prity —le dijo a su asistente—. Enseguida

vuelvo.
La chimpancé trepó a una caja de cartón, mirando el trajín, mientras Sara y Jomah se dirigían a la oficina del tercer piso. Siendo humanos físicamente aptos, no se les ocurrió usar el ocupado ascensor, sino que fueron directamente a la escalera. El niño subía cada peldaño —tallado para el largo andar buyur— con un brinco enérgico, empezando cada vez por la pierna derecha.
La Sala de los Demoledores era un caos. Hombres y jóvenes gritaban o corrían, mientras mujeres con anotaciones ordenaban a los ayudantes hoons que empujaran toneles de ingredientes. En un rincón, ancianos canosos se inclinaban sobre largas mesas, consultando con colegas traekis cuyos laboriosos anillos de secreción estaban adornados con recipientes, juntando gotas volátiles. Lo que parecía caótico se resolvió poco a poco en un orden frenético.
La crisis podía confundir a otros, pero los demoledores se habían pasado la vida pensando en este momento. Allí no reinaban el desánimo o la rutina, sino una entusiasta dedicación. «Parecen saber lo que hacen.» Era la primera justificación para el optimismo que veía Sara.
Jomah titubeó y abrazó a Sara. Sin más palabras, el niño caminó hacia un hombre barbado que meditaba sobre un plano. Sara reconoció el papel. Nelo preparaba tandas especiales una vez al año, para los pintores y los demoledores.
El parecido entre el adulto y el niño iba más allá de los rasgos y la postura, y el hombre no manifestó sorpresa al ver a Jomah. Kurt el demoledor apenas enarcó las cejas antes de extender la mano. Jomah puso un largo tubo de cuero en esa palma callosa.

«¿Eso es todo? Podría haberlo hecho yo misma. No era necesario mandar al niño en lo que podía ser una misión peligrosa.»
Si alguien sabía lo que sucedía en los Linderos, sería la gente de aquel lugar. Pero los demoledores parecían ocupados. Además, Sara tenía otra fuente. Y ya era hora de ir allí.

Engril la copista volvió a llenar dos tazas de té mientras Sara leía un fajo de papeles, una cronología de los hechos y conjeturas que habían llegado esa mañana desde el valle de Asamblea, por medio de una mensajera urs.
Lo primero que sintió Sara fue un gran alivio. Hasta ese instante no había sabido en qué rumor creer. Ahora al menos sabía que el aterrizaje de las montañas no había producido bajas inmediatas. La gente de Asamblea estaba a salvo, incluidos sus hermanos. Al menos de momento. En la habitación contigua, los ayudantes de Engril duplicaban fotocopias de las ilustraciones en tinta del informe, mientras una prensa imprimía versiones del texto. Pronto las copias llegarían a los boletines de Villa Tarek, y luego a las colmenas, aldeas y rebaños de los alrededores.
—¡Criminales! —suspiró Sara, bajando la primera página. No podía creerlo—. Criminales del espacio. Entre todas las posibilidades...
—Siempre pareció la más rebuscada —convino Engril. Era una pelirroja imponente, normalmente jovial y maternal, pero aquel día estaba de mal humor—. Tal vez no hablábamos de ello porque no nos atrevíamoss a pensar en las consecuencias.
—Pero si han venido ilegalmente, ¿no es mejor que si la policía del Instituto viniera a arrestarnos a todos? Esos

malandrines no pueden denunciarnos sin confesar su propio delito. Engril asintió.
—Por desgracia, esa lógica tiene una cara y una cruz. Los criminales no pueden permitir que los denunciemos.
—¿Es un temor razonable? Hace varios miles de años que llegaron los g'Keks, y en todo ese tiempo sólo se ha producido este contacto directo con la cultura galáctica. Los antiguos calcularon una brecha de medio millón de años antes de la siguiente investigación orbital, y dos millones antes de una inspección exhaustiva. —Eso no es mucho tiempo. —¿No? —Sara parpadeó—. No lo entiendo. La mujer mayor alzó la tetera humeante.
—¿Más té? Bien, me explico. Vubben sospecha que son ladrones de genes. Para ese crimen no hay... ¿cómo lo llamaban los antiguos? ¿Ley de proscripción? No, ley de prescripción. No hay tiempo límite para castigar a los infractores. Los incursores pueden haber muerto hace tiempo, pero no la especie ni el clan galáctico que representan, que puede ser castigado, desde la raza instructora más antigua hasta el pupilo más joven. Incluso un millón de años es un período breve según los parámetros de la Gran Biblioteca, cuya memoria abarca mil veces ese tiempo.
—Pero los sabios no creen que vayamos a existir dentro de un millón de años. El plan de los antepasados, los Rollos...
—Los ladrones de genes no pueden contar con eso, Sara. Es un delito demasiado grave.
Sara sacudió la cabeza.
—De acuerdo, supongamos que por entonces aún existan algunos descendientes lejanos de los Seis, contando vagas leyendas acerca de algo que sucedió en un pasado

remoto. ¿Quién les creería? Engril se encogió de hombros.
—No sé, querida. La documentación muestra que existen muchas facciones envidiosas y enfrentadas entre los clanes que respiran oxígeno en las Cinco Galaxias. Tal vez sólo se requiere una pequeña pista para alertar a los rivales. Dada esa pista, podrían investigar la
biosfera de Jijo para encontrar pruebas más fehacientes. El delito quedaría al descubierto.
Sara reflexionó en silencio.
En la sociedad galáctica, los mayores tesoros son biológicos, sobre todo esas raras especies naturales que surgen de cuando en cuando en los mundos en barbecho. Especies con una chispa llamada Potencial. Potencial para la Elevación, para ser adoptados por una raza instructora y recibir el impulso —por medio de la enseñanza y la manipulación genética— crucial que les permita cruzar la distancia que separa a las meras bestias inteligentes de los ciudadanos de las estrellas. Crucial, a menos que uno crea en la leyenda terrícola de la trascendencia en solitario. ¿Pero quién creía en ese disparate en las Cinco
Galaxias ?
Tanto el salvajismo como la civilización cumplen una función en el proceso por el cual la vida inteligente se renueva. Ninguna puede hacerlo a solas. Las complejas y draconianas reglas de migraciones —incluido el abandono forzoso de planetas, sistemas y galaxias enteras— están destinadas a dar a las biosferas tiempo para recobrarse y cultivar su potencial primitivo. Luego se presentan nuevas razas para la adopción, de acuerdo con códigos probados a lo largo de milenios. Los incursores esperaban sortear esos códigos. Encontrar algo valioso en Jijo, fuera de los límites y antes de tiempo. ¿Pero qué harían con su tesoro,

aun suponiendo que tuvieran un golpe de suerte?
Llevarse algunas parejas a un mundo lejano que ellos controlaban, y criar la especie en secreto, impulsándola con nuevos genes que les permitan encajar en un nicho de apariencia natural. Luego esperar pacientemente durante milenios, o mucho más, hasta que llegara el momento apropiado para «descubrir» el tesoro. ¡Eureka!
—Según tú, es posible que los ladrones no quieran dejar testigos. Entonces, ¿por qué eligieron la Cuesta para aterrizar? ¿Por qué no lo hicieron más allá del desierto del Amanecer, o en el pequeño continente del otro lado de Jijo, en vez de aparecer ante nuestras narices? Engril sacudió la cabeza.
—Quién sabe. Los incursores dicen que necesitan nuestros conocimientos, y aseguran que están dispuestos a pagar por ellos. Pero lo más probable es que al final seamos nosotros quienes paguemos. El corazón de Sara dio un brinco. —Tendrían que matarnos a todos.
—Puede haber soluciones menos drásticas, pero ésta es la que los sabios encuentran más práctica.
—¿Práctica?
—Desde el punto de vista de los incursores, por supuesto.
Sara asimiló esta información en silencio. «Y pensar que yo ansiaba conocer a los galácticos, y pedirles que me dejaran consultar sus bibliotecas portátiles.»
Por la puerta del taller de Engril, vio que los asistentes de la copista trabajaban laboriosamente.
Una muchacha manejaba un cielostato, un gran espejo sobre un largo brazo, que seguía el sol, arrojando un haz brillante desde la ventana hasta el documento que se duplicaba. Una ranura móvil proyectaba la luz refleja a través de un tambor giratorio de metal precioso, manejado

por dos hombres fuertes, que recogía polvo de carbón de una bandeja, prensándolo sobre páginas frescas y haciendo duplicados fotostáticos de los dibujos, las obras de arte, todo salvo el texto, pues era más barato reproducirlo en una imprenta.

Desde la llegada de esa tecnología a Jijo, no se había copiado nada tan pesimista.

—Es una noticia espantosa —murmuró Sara.

—Pues no es la peor. —La mujer mayor señaló el informe—. Continúa leyendo.

Con manos trémulas Sara volvió más hojas. Su recuerdo de la nave estelar era el de un borrón que pasaba como un bólido, destruyendo la vida apacible de Villa Dolo. Ahora los bocetos mostraban clara-mente el temible cilindro alienígena. Sus dimensiones, calculadas por expertos en ingeniería con arcanos medios de triangulación, eran difíciles de creer.

Sara volvió otra página y vio a dos incursores. Miró consternada la imagen.

—Por Dios.

Engril asintió.

—En efecto. Ahora comprenderás por qué hemos tardado en imprimir un nuevo *Despacho.* Ya hay algunos exaltados entre los qheuens

y los urs, e incluso algunos traekis y hoons, que han comenzado a murmurar sobre connivencia entre los humanos. Incluso se habla de romper la Gran Paz.

»Tal vez no sea para tanto. Si los visitantes encuentran pronto lo que buscan, tal vez no haya tiempo para que estalle la guerra entre los Seis. Tal vez los humanos debamos demostrar nuestra lealtad del modo más incuestionable, muriendo junto con todos los demás.

La lúgubre perspectiva de Engril tenía sentido, pero Sara la miró sacudiendo la cabeza.
—Te equivocas. Eso no es lo peor —dijo, ronca de preocupación. Engril la miró intrigada.
—¿Qué podría ser peor que la aniquilación de todos los seres sapientes de la Cuesta?
Sara alzó el boceto, que mostraba a un hombre y una mujer, inequívocamente humanos, sorprendidos por un artista oculto mientras miraban con arrogancia a los salvajes de Jijo.
—Nuestras vidas no significan nada —dijo con amargura—. Estábamos condenados desde que nuestros antepasados plantaron su semilla en este mundo. Pero estos tontos están inmiscuyéndose en un antiguo juego que ningún ser humano sabe jugar. Cometerán el robo y nos matarán a todos para eliminar a los testigos, pero al final igualmente los atraparán. Y cuando eso ocurra, la verdadera víctima será la Tierra.

Han encontrado el valle de los inocentes.
Hicimos lo posible por ocultarlo, ¿verdad, anillos míos? Los en viamos a todos a un valle lejano: glávers, lorniks, chimpancés y zoo-kirs. Y aquellos hijos de nuestros Seis que vinieron a Asamblea con sus padres, antes que la nave entrara en nuestra vida.
Ay, todos los esfuerzos han sido en vano. Un robot de la estación negra siguió su rastro térmico por el bosque, hasta un refugio que no era tan secreto como esperábamos.
Entre nuestros sabios, Lester fue el menos sorprendido.
—Sin duda suponían que intentaríamos ocultar aquello que más valoramos. Deben de haber buscado el rastro térmico de nuestros refugiados antes que se disipara. —Su adusta sonrisa expresaba pena, pero también respeto—. Es lo que yo habría hecho, si estuviera en su lugar.
El ánglico es un idioma extraño que permite hacer suposiciones sobre eventualidades imposibles. Pensando en esa lengua (dentro de mi/nuestro segundo anillo cognoscitivo) comprendí esa expresión de admiración expuesta muy a pesar del hablante, pero luego me costó traducirla para mis/nuestros otros yoes.
«No, nuestro sabio humano no está pensando en la traición. Sólo mediante una empatía intuitiva podemos él/nosotros aprender a comprender a los invasores.»
Ah, pero nuestros enemigos aprenden a comprendernos mucho más rápidamente. Sus robots revolotean sobre el refugio antes secreto, registrando, analizando, descendiendo para obtener muestras de células o fluidos de lorniks o chimpancés asustados. Ahora quieren que

enviemos individuos de cada especie para estudiarlos, y procuran aprender nuestra tradición oral. Los g'Keks que conocen mejor a los
zookirs, los humanos que trabajan con chimpancés y los qheuens cuyos lorniks ganan medallas en los festivales... todos estos «expertos nativos» deben compartir sus rudimentarios conocimientos. Aunque los invasores hablan de pagarnos bien (¿chucherías y abalorios?), también hay compulsión y amenaza implícitas.
Nuestros sorprendidos anillos tiemblan cuando Lester expresa satisfacción.
—Sin duda creen que han descubierto nuestros secretos más valiosos.
—¿Y no es así? —pregunta Intuición Acerada, chasqueando una pinza—. ¿Nuestro mayor tesoro no son aquellos que dependen de nosotros?
Lester asiente.
—En efecto. Pero no podíamos ocultarlos por mucho tiempo, y menos si los invasores desean formas superiores de vida. Es lo que esperaban que ocultáramos.
»Pero ahora, si quedan saciados por un tiempo y bajan la guardia, podemos impedir que averigüen otras cosas y adquirir ventajas que nos ofrezcan un leve rayo de esperanza.
—¿Cómo es posible? —preguntó Ur-Jah, irritada y consumida por la preocupación, sacudiendo su crin negra—. Como decías, ¿qué podemos ocultar? Sólo necesitan plantear sus siniestras preguntas, y esos robots profanos galoparán, llevando todo secreto a sus cascos y su corazón.
La sonrisa de Lester fue desconcertante. Algunos de nuestros anillos respondieron con frágil esperanza, otros

con un mal presentimiento.
—Exacto. Lo importante es impedir que hagan las preguntas pertinentes.

DWER

Primero creyó que lo habían enterrado vivo, que yacía temblando en una cripta olvidada. Un lugar para los moribundos o los muertos.
Pero ningún lugar de piedra tenía ese aspecto. Tan sudoroso. Con un ritmo regular y palpitante que hacía temblar el suelo acolchado.
Aturdido, con los párpados pegados, recordó que los hoons del río cantaban acerca de una vida después de la muerte que transcurría en un espacio reducido y fétido donde se oía un gruñido oceánico, la pulsación del universo, liso destino parecía muy plausible en el delirio de Dwer, mientras luchaba por arrancarse los jirones de sueño. Era como si unos demonios lo atormentasen con aguzadas herramientas, sobre todo en los dedos de las manos y los pies.
Mientras surgían nuevos pensamientos, comprendió que ese calor pegajoso no era el hálito hediondo de los demonios. Tenía un olor que le resultaba mucho más conocido. También la incesante vibración, aunque parecía más aguda, más irregular que la versión gutural a que se había acostumbrado durante su infancia. «Es un molino de agua. Estoy en una represa.» El olor a tiza le despertó recuerdos. Una represa qheuen. Su mente imaginó una colmena de cámaras sinuosas, abarrotadas de criaturas con pinzas puntiagudas y dientes afilados, raspándose los lomos blindados, separadas de un lago turbio por una delgada pared. En otras palabras, estaba en uno de los lugares más seguros y alentadores que podía pedir.
«¿Pero cómo? Lo último que recuerdo es estar desnudo en una ventisca, a punto de morir y sin ayuda a la vista.»

A Dwer no le asombraba seguir con vida. «Siempre he tenido suerte», pensó, aunque aquella idea era como un desafío al destino. De todos modos, era evidente que Ifni aún no había terminado con él, pues todavía quedaban muchos modos de conducirlo por las sendas de la sorpresa y el destino.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para abrir los párpados y al principio la cámara se le presentó como un borrón. Lágrimas lentas diluían la única luz, una llama que fluctuaba a su izquierda.

Dwer retrocedió cuando se aproximó una silueta oscura: un rostro rechoncho de ojos negros y relucientes, una lengua que bailaba entre afilados dientes blancos, piel negra, ágiles zarpas pardas.

—Ah, tú —suspiró Dwer. Repentinos movimientos despertaron sensaciones desagradables que nacían de un sinfín de arañazos, que maduras, heridas y contusiones, todas ellas narrando una historia de malos tratos y dolor. Miró al sonriente noor, corrigiendo un pensamiento anterior.

«Siempre he tenido suerte, hasta el momento en que te conocí.» Dwer se incorporó con esfuerzo y descubrió que yacía en medio de un montón de pieles tendidas en un piso arenoso, lleno de trozos de hueso y conchas. Ese descuidado amontonamiento contrastaba con el resto de la pequeña cámara: vigas, postes y paneles, todo reluciendo bajo la lánguida luz de una vela que fluctuaba en una mesa tallada. Cada superficie de madera presentaba las finas marcas de la artesanía qheuen, incluyendo los soportes angulosos tallados en filigranas exquisitas, engañosamente fuertes.

Dwer alzó las manos. Los dedos estaban cubiertos por

unos vendajes, blancos, demasiado bien hechos para ser obra de un qheuen. Sintió un vacilante alivio al contar hasta diez y comprobar que la longitud aún era la misma, sabiendo que a veces la escarcha seccionaba las puntas aunque los médicos salvaran el resto. Reprimió el impulso de rasgar las vendas con los dientes para averiguarlo.

«Paciencia. Nada de lo que hagas ahora va a cambiar lo que ya ha sucedido.»

Un hormigueo le indicaba que seguía con vida y que su cuerpo luchaba para recuperar las fuerzas. Eso le permitió sobrellevar el dolor.

Dwer apartó más pieles para verse los pies. Todavía estaban en su sitio, gracias al Huevo, aunque también tenía los dedos vendados. Siempre que los hubiera conservado. El viejo Fallón había seguido razando muchos años, usando zapatos especiales, después que una situación peligrosa en el hielo transformó sus pies en muñones. Incluso así, Dwer se mordió el labio y se concentró, enviando señales, encontrando resistencia, pero aun así ordenando movimiento. Notó unos aguijonazos y cosquilleos dolorosos. Gimió; sin embargo con-tinuó hasta que empezó a sentir calambres en ambas piernas. Al fin se reclinó satisfecho. Podía mover los dedos importantes, los más pequeños y los más grandes de cada pie. Podían estar lesionados, pero caminaría y correría normalmente.

El alivio fue como un sorbo de licor fuerte que se le subió a la cabeza. Incluso lanzó una seca carcajada que sobresaltó a Pies de Barro.

—¿Te debo la vida? ¿Volviste al valle a pedir ayuda? —preguntó.

Pies de Barro se quedó mudo, como si supiera que se

estaba burlando de él.
«Ya basta —se dijo Dwer—. Hasta es posible que sea cierto.»
Continuó con el inventario. La mayoría de sus lesiones eran similares a las que ya había sufrido muchas veces con anterioridad. Varias estaban cosidas con hilo y aguja, con meticulosos puntos quirúrgicos. Dwer miró las cicatrices, y de pronto las reconoció por una experiencia pasada. Rió de nuevo, al identificar a su salvador por las huellas que le había dejado en el cuerpo.
«Lark. ¿Cómo demonios se enteró?»
Era obvio que su hermano había logrado encontrar al grupo en medio de los ventisqueros y arrastrarlo a uno de los fuertes qheuens de las colinas. «Y si yo he salido con vida, también Rety. Es joven, y arrancaría el brazo de la Muerte a dentelladas, si alguna vez viniera a buscarla.»
Dwer examinó las manchas pálidas que tenía en los brazos y las manos y se acordó: el fluido dorado de la araña reductora. Alguien debía de haberlo arrancado.
Esos lugares todavía le causaban un cosquilleo raro. No era entumecimiento, sino una sensación de preservación, de desfasaje en el tiempo. Era como si algunas partes de su carne fueran más jóvenes que antes. Tal vez esos fragmentos sobrevivieran un tiempo a su cuerpo, cuando el resto de él muriese.
«Pero no todavía+, Única-en-su-especie.»
«La que ha muerto es la araña. No logró terminar su colección. —Recordó llamas, explosiones—. Debería asegurarme de que Rety y la gláver están bien.»
—Supongo que no irías a buscar a mi hermano, ¿verdad? —preguntó al noor, que lo miró fijamente.
Dwer suspiró, se echó una piel sobre los hombros, se

incorporó despacio, sobreponiéndose a las oleadas de dolor. Lark se disgustaría si él echaba a perder esas hábiles puntadas, así que se lo tomó con calma, levantándose con una mano apoyada en la pared. Cuando se le pasó el mareo, arrastró los pies hasta la mesa para coger la vela. Luego se encaminó a la puerta, una abertura baja y ancha con una cortina de listones de madera. Tuvo que agacharse para trasponer el portal qheuen.

Un túnel negro se bifurcaba a izquierda y derecha. Escogió la izquierda, porque se inclinaba hacia arriba. Los qheuens azules construían sus hogares sumergidos según su propia lógica. Dwer se perdía incluso en la conocida represa de Dolo, jugando al escondite con los compañeros de Hoja.

Le dolía apoyar el peso en los talones. Pronto lamentó la obstinación que le había hecho levantarse, pero pocos duras después su terquedad fue recompensada por los ecos de una animada conversación. Dos interlocutores eran humanos —hombre y mujer—, mientras que el tercero era qheuen. No eran Lark y Rety, aunque las voces le resultaban conocidas. Y sonaban tensas. La sensibilidad de cazador de Dwer cosquilleaba como sus dedos helados.

—Nuestros pueblos son aliados naturales. Siempre lo han sido. ¿Recuerdas que nuestros antepasados os ayudaron a derrocar la tiranía de los grises?

—Y los míos ayudaron a los vuestros cuando las manadas urs pretendían expulsar a los humanos de la fortaleza de Biblos. Nuestros refugios albergaron a vuestros granjeros y sus familias, hasta que pudisteis resistir.

La segunda voz, aspirada por uno o más conductos, pertenecía a una matrona qheuen, tal vez la señora de esa represa de montaña. No le gustaba lo que había oído hasta

ahora. Apagó la vela y se aproximó al suave fulgor de una puerta.
—¿Eso me solicitáis ahora? —continuó la matriarca, hablando por otro conjunto de conductos. El timbre de su acento ánglico cambió —. Si necesitáis refugio contra esta temible tormenta, yo y mis hermanas lo ofrecemos. Cinco quintetos de colonos humanos, nuestros vecinos y amigos, pueden traer a sus hijos y chimpancés y bestias pequeñas. Sin duda otras madres lacustres de estos cerros harán lo mismo. Los protegeremos hasta que partan vuestros parientes criminales, o hasta que vuelen esta casa en pedazos con su poderío, haciendo hervir las aguas del lago.
Esas palabras eran tan inesperadas, tan fuera de contexto en el enturbiado cerebro de Dwer, que no alcanzó a comprenderlas.
El varón humano gruñó.
—¿Y si pedimos algo más?
—¿Te refieres a nuestros hijos? ¿A su osado coraje y sus afiladas zarpas? ¿A sus caparazones blindados, tan duros, pero tan semejantes al blando queso cuando los corta el acero buyur? —El siseo de la madre qheuen era como una olla burbujeante. Dwer contó cinco notas superpuestas: estaba utilizando todos los conductos al mismo tiempo—. Eso es más. Eso es mucho más, sin duda. Y los cuchillos de acero buyur son como blandos látigos de bu comparados con las novedades que todos tememos.
Dwer se aproximó. Varios faroles bañaban los rostros de aquellos a quienes escuchaba. Se cubrió los ojos mientras dos humanos se levantaban, un hombre moreno y cuarentón de aspecto severo y una mujer robusta, diez años menor, con el cabello de color claro sujeto en un

moño.
La matrona qheuen se balanceó y alzó dos patas para exponer las zarpas.
—¿Qué novedades temes, reverenda madre? —preguntó Dwer roncamente. Volviéndose a los humanos, continuó—: ¿Dónde están Lark y Rety? —Parpadeó—. Y también había una gláver.
—Todos están bien. Todos han partido hacia el valle, llevando información vital —dijo la qheuen entre silbidos—. Entre tanto, hasta que te recobres, honrarás el lago como nuestro huésped. Soy Limaduras Dentales. —Bajó el caparazón para raspar el piso.
—Dwer Koolhan —respondió él, tratando torpemente de inclinarse con los brazos cruzados sobre el pecho.
—¿Te encuentras bien, Dwer? —preguntó el hombre—. No deberías haberte levantado.
—Yo diría que esa decisión corresponde al capitán Koolhan —comentó la mujer—. Hay mucho de qué hablar, si él está listo.
Dwer los miró a los dos.
Danel Ozawa y Lena Strong.
Él la conocía. De hecho, tenían una cita en Asamblea; algo relacionado con esa estúpida expedición turística.
Dwer sacudió la cabeza. Ella había usado una palabra extraña y de siniestras resonancias: «capitán».
—Han convocado a la milicia —razonó, exasperado por la lentitud de su mente.
Danel Ozawa asintió. Como guardabosques jefe de la cordillera Central, era nominalmente el jefe de Dwer, aunque Dwer sólo lo veía en las reuniones. Ozawa era un hombre inteligente, un asistente de los sabios, con autoridad para imponer normas en cuestiones de derecho

y tradición. En cuanto a Lena Strong, era tan fuerte como su-gería su apellido ánglico. Había sido esposa de un granjero hasta que un árbol cayó —por accidente, según ella— sobre su holgazán esposo, y entonces había abandonado su aldea natal para convertirse en una de las principales leñadoras del río.
—Alerta máxima —confirmó Ozawa—. Han movilizado todas las compañías.
—¿Todas? ¿Por una minúscula banda de irruptores?
Lena sacudió la cabeza.
—¿La familia de esa muchacha de allende los Linderos? Eso es mucho más grave.
—Entonces...
Dwer recordó la borrosa imagen de un monstruo volador disparando centellas.
—La máquina voladora —graznó.
—Exacto —asintió Danel—. La que encontraste...
—Déjame adivinar. Algunos exaltados iniciaron una excavación.
Los soñadores y los disconformes siempre estaban persiguiendo rumores de un tesoro fabuloso. No escoria, sino riquezas enterradas a propósito por los buyurs. Dwer a menudo tenía que rescatar a los buscadores que se alejaban demasiado. Y si unas iracundas y jóvenes urs encontraban una antigua arma de los dioses, ¿la probarían primero con dos humanos aislados, atrapados en una laberíntica araña, antes de proceder a zanjar disputas más importantes?
Lena Strong lanzó una carcajada.
—Oh, es maravilloso, Danel. Vaya teoría. Ojalá fuera cierta.
Dwer se llevó una mano a la cabeza. La vibración del

molino de agua era forzada y desacompasada.
—¿Y bien? ¿Cuál es la verdad? —preguntó tozudamente.
Ozawa le respondió alzando los ojos hacia el cielo.
—No —jadeó Dwer. Sentía un extraño distanciamiento—. Entonces todo ha terminado y me he quedado sin trabajo, ¿verdad?
Los dos humanos le cogieron los brazos cuando de pronto le fallaron las fuerzas. Le había abandonado el impulso que lo había rescatado de la inconsciencia. El sentido del deber.
«Los galácticos en la Cuesta —pensó mientras lo llevaban de vuelta al pasillo—. Conque al fin ha llegado el Día del Juicio.» No, no había nada que pudiera hacer para cambiar las cosas.
Los sabios no compartían su opinión. Creían que aún podían cambiar el destino, o al menos modificarlo.
«Lester Cambel y sus asistentes están trazando planes», comprendió Dwer a la mañana siguiente, cuando se reunió de nuevo con los dos humanos, esta vez a orillas del lago. Hasta la represa tenía árboles que suavizaban su grácil perfil, ayudando a integrar la estructura en el paisaje. Tendido en un elegante banco de madera, Dwer bebía un refresco en una copa de cristal urs mientras enfrentaba a los dos delegados que habían enviado a verle.
Era evidente que los dirigentes del sept terrícola estaban desarrollando un juego complejo con el que pretendían combinar el interés de su especie con el bien de la Comuna.
La enérgica Lena Strong no parecía preocupada por esta aparente contradicción, a diferencia de Danel Ozawa, que le explicó a Dwer las diversas reacciones de otras razas ante el hecho de que los incursores fueran humanos.

«Ojalá se hubiera quedado Lark. Él habría sabido explicármelo mejor.»
Dwer sentía mareos, a pesar de una noche de sueño reparador.
—Todavía no entiendo. ¿Qué hacen aventureros humanos en la galaxia Dos? Creí que los terrícolas eran una raza ignorante y tosca, incluso en su propio sector de la galaxia Cuatro.
—¿Por qué estamos aquí, Dwer? —replicó Ozawa—. Nuestros antepasados vinieron a Jijo sólo décadas después de haber desarrollado el viaje estelar.
Dwer se encogió de hombros.
—Eran bastardos desconsiderados, dispuestos a poner en peligro la raza entera con tal de encontrar un sitio donde procrear. —Lena resopló, pero Dwer no se amilanó—. Ninguna otra cosa tiene sentido.
«Nuestros antepasados eran canallas egoístas», había dicho Lark.
—¿No crees en las historias de persecución y fuga? —preguntó Lena—. ¿La necesidad de ocultarse para no morir?
Dwer se encogió de hombros.
—¿Qué hay de los g'Keks? —preguntó Ozawa—. Sus antepasados hablaban de persecuciones. Ahora sabemos que su raza fue exterminada por la Alianza de los Herederos. ¿Es necesario apelar al genocidio para que la excusa sea válida?
Dwer desvió la mirada. No había muerto ningún g'Kek que él
conociera. ¿Debía llevar luto por millones que habían sido asesinados en un tiempo y un lugar remotos?
—¿Por qué me lo preguntáis a mí? —rezongó—. ¿Hay

algo que yo pueda hacer?
—Eso depende —respondió Danel—. Tu hermano es muy inteligente, pero es un hereje. ¿Compartes sus creencias? ¿Consideras que este mundo estaría mejor sin nosotros? ¿Deberíamos morir, Dwer?
Dwer sabía que lo estaban poniendo a prueba. Como cazador, sería valioso para la milicia, siempre que pudieran confiar en él. Notó que lo sopesaban con la mirada.
Sin duda, Lark era un hombre más profundo y sabio que otros. Sus argumentos tenían sentido cuando hablaba apasionadamente de valores superiores a la mera reproducción animal, sin duda más sentido que el estrafalario optimismo matemático de Sara. Dwer conocía de primera mano la extinción de las especies, la pérdida de algo bello que nunca se recobraría.
«Tal vez Jijo estaría mejor sin habitantes indeseables.»
Aun así, Dwer conocía sus propios sentimientos. Un día se casaría, si encontraba la mujer indicada, y engendraría tantos hijos como su esposa y los sabios le permitieran, bebiendo como un vino embriagador el amor que le brindaran a cambio de su devoción.
—En caso necesario, lucharé, si eso es lo que deseáis saber —murmuró, tal vez avergonzado de admitirlo.
Lena asintió con un gruñido de satisfacción al tiempo que Danel soltaba un suspiro de alivio.
—Tal vez no sea necesario luchar. Tus deberes militares serán asumidos por otros.
Dwer se incorporó.
—¿Por esto?
Señaló los vendajes de los pies y la mano izquierda. Ya le habían quitado los de la derecha y había descubierto que el dedo medio ya no era el más largo, una amputación

desconcertante pero trivial, que sanaba bajo una corteza de pasta traeki.
—Estaré en pie dentro de dos días, según me habéis dicho. Puedo llegar al Valle poco después.
—Cuento con ello —dijo Ozawa—. Te necesitamos para una misión delicada. Antes de hablarte de ella, debes jurar que no se lo contarás a nadie, y menos a tu hermano.
Dwer lo miró fijamente.
Si hubiera sido otro hombre, se le habría reído en la cara, pero confiaba en Ozawa. Y por mucho que Dwer admirase a su hermano, Lark era un hereje.
—¿Es para bien? —preguntó.
—Eso creo —respondió Ozawa.
Dwer suspiró resignado.
—Bien. Cuéntame de qué se trata.

Los alienígenas exigieron ver chimpancés y se quedaron maravillados cuando se los llevaron, como si nunca los hubieran visto.
Esto causó perplejidad. ¿Humanos que no conocían a los chimps? ¿Que ignoraban a esos útiles socios que sus antepasados trajeron a Jijo tiempo atrás, con los asnos y las aves de corral?
Entonces nuestros huéspedes indeseados hicieron una pregunta que nos sorprendió aún más.
—¡Vuestros chimpancés no hablan! ¿Por qué?
Lester expresó perplejidad. Los chimpancés son capaces de entenderse por señas. ¿Acaso se han añadido otros rasgos desde que la *Tabernáculo* huyó a Jijo?
Los invasores no parecen creer el desconcierto de Lester, y tampoco algunos de nuestros colegas entre los Seis. Por primera vez, yo/nosotros intuimos algo oculto y engañoso en los modales de mi/ nuestro colega humano. Sabe más de lo que dice. Pero nuestro quisquilloso rewq se niega a revelar más.
Y ésa no es nuestra única preocupación. Los qheuens se niegan a hablar más de los lorniks. Nuestros primos g'Keks están abrumados por la noticia de que son los últimos de su especie. Y todos estamos asombrados al ver que los robots regresan a la base cargados con glávers anestesiados, secuestrados de rebaños lejanos para analizarlos bajo esos pabellones, otrora alegres, que hemos prestado a nuestros huéspedes.
—¿Es éste el retorno de la inocencia, prometido en los Rollos? —pregunta Ur-Jah, con volutas de duda en torno del hocico—. ¿Cómo podría una bendición nacer de un vil

crimen?

—Vaya, mira quién es. Me sorprende que tengas el descaro de venir.
La sonrisa de la mujer incursora era artera y provocadora al mismo tiempo. Se quitó los guantes elásticos, alejándose de un gláver que permanecía pacientemente agazapado en un banco de laboratorio, con cables en el cráneo. El gláver miró a Lark con sus dos ojos esféricos, luego desvió uno para seguir un insecto zumbón y el otro para mirar con añoranza las montañas nevadas que se vislumbraban por la entrada de la tienda.
Había varias mesas con caballetes, donde humanos, g'Keks y urs trabajaban bajo lámparas brillantes, realizando tareas rutinarias que les habían enseñado, ayudando a sus patrones a analizar muestras de animales de varios ecosistemas jijoanos.
Lark había dejado su mochila en la entrada. La recogió.
—Me iré, si lo deseas.
—No, no. Quédate, por favor. —Ling lo invitó a entrar en el laboratorio. Lo habían trasladado a un bosque oculto la misma noche en que Lark vio por última vez a la bella incursora, la misma noche en que la estación negra se enterró bajo una pila de tierra y vegetación. Aún se ignoraba el porqué de ambos actos, pero los superiores de Lark suponían que estaba relacionado con la violenta destrucción de un robot de los invasores. Un hecho que su hermano debía de haber presenciado de cerca.
Además estaba el testimonio de Rety, la muchacha de allende las montañas, confirmado por su trofeo, una máquina de metal que había tenido la forma de un ave jijoana. ¿Era un vestigio buyur, como suponían algunos?

En tal caso, ¿por qué un artefacto tan pequeño asustaría a los poderosos intrusos? A menos que fuera como la punta de un caparazón de qheuen rojo, inocuo a primera vista, cuando asomaba en una duna de arena, un fragmento de algo mucho mayor. El «pájaro» ahora yacía en una cueva, decapitado y mudo, pero Rety juraba que antes se movía.
Lark había recibido órdenes de regresar al Valle antes que su hermano pudiera confirmar la historia.
Sabía que no tenía que preocuparse. Danel Ozawa estaba calificado para curar las heridas de Dwer. Aun así, le molestaba esa orden.
—¿Me necesitas para otra expedición? —le preguntó a Ling.
—¿Después que me abandonaras la última vez? Encontramos huellas humanas cuando al fin llegamos al lugar donde cayó nuestro robot. ¿Fuiste hacia allá? Es curioso que supieras adonde dirigirte.
Él alzó la mochila.
—Bien, si no me necesitas...
Ella se pasó una mano por la cara.
—Oh, no importa. Sigamos adelante. Hay mucho trabajo, si te interesa.
Lark miró dubitativamente las mesas del laboratorio. De los Seis de Jijo, los tres clanes con vista aguda y buena coordinación manual estaban representados dentro de la tienda. Fuera, los hoons y qheuens también trabajaban al mando de alienígenas cuyas chucherías más insignificantes significaban una fortuna inimaginable para clanes de salvajes primitivos. Sólo los traekis estaban ausentes, pues estaban mal equipados para la manipulación delicada o la carga de pesos. O bien los incursores no necesitaban las aptitudes específicas de los

traekis o bien no se habían molestado en averiguar cuáles eran.
«Trabajo de cipayos.» Esa era la expresión desdeñosa que había usado Lena Strong cuando llevó las órdenes para Lark a la represa de Limaduras Dentales. Un viejo término terrícola. Aborígenes trajinando para poderosos visitantes, pagados con abalorios. Lark no pudo evitar una sensación de vergüenza.
—Oh, no te enfades tanto —rió Ling—. Mereces que te ponga a trabajar coloreando tejido nervioso, o limpiando corrales de hocico-largos... No, espera. —Cogió el brazo de Lark, repentinamente seria—. Lo lamento. De veras, hay cosas que quiero comentar contigo.
—Uthen está aquí. —Lark señaló el otro extremo de la tienda, donde su colega biólogo, un enorme macho qheuen de caparazón gris, deliberaba con Rann, uno de los dos hombres incursores.
—Uthen tiene conocimientos muy detallados sobre el modo en que se relacionan las diversas especies —convino Ling con un gesto de asentimiento—. No es fácil en un planeta que ha recibido especies forasteras cada veinte millones de años, durante un largo período de tiempo. Vuestros conocimientos son impresionantes, dadas vuestras limitaciones.
¿Tenía idea de lo que significaban los «conocimientos» jijoanos? Hasta ahora, los sabios no habían entregado sus detallados diagramas, y Uthen debía de estar arrastrando sus cinco patas, colaborando sólo lo suficiente para seguir siendo indispensable. Pero los alienígenas se impresionaban con breves jirones de sabiduría local, lo cual demostraba que sus expectativas eran ofensivamente bajas.

—Gracias —masculló Lark—. Muchas gracias.
Ling suspiró, desviando los ojos oscuros.
—Vaya, está visto que hoy no doy pie con bola. No quería ofenderte. Es sólo... Mira, ¿por qué no empezamos de nuevo?
Extendió la mano.
Lark la miró. ¿Qué debía hacer?
Ella estiró la mano izquierda para cogerle la muñeca derecha. Luego se la estrechó con la mano derecha.
—Se llama apretón de manos. Lo usamos para expresar respeto, un saludo amigable o un acuerdo mutuo.
Lark pestañeó. El apretón de Ling era cálido, firme, ligeramente húmedo.
—Ah, sí... He oído hablar de ello.
Trató de responder al apretón, pero le resultaba extraño, vagamente seductor, así que la soltó antes de lo que ella esperaba. Sintió que se ruborizaba y experimentó un indeseado torrente de sensaciones eróticas.
Había jurado que no se dejaría llevar por esos impulsos. Un relámpago de hostilidad compensatoria estalló en un rincón de su mente, gobernado por murallas de cortesía.
—¿Es un gesto común?
—Muy común, tengo entendido. En la Tierra.
«¿Tengo entendido?» La frase sobresaltó a Lark, y supo que todo había comenzado de nuevo: ese juego de sugerencias y revelaciones, el mutuo escrutinio de pistas y ocultamientos.
—Entiendo por qué renunciamos a él, en Jijo —comentó—. Las urs lo detestarían, pues para ellas las manos son más íntimas que los genitales. Los hoons y los qheuens nos triturarían las manos, y nosotros aplastaríamos los tentáculos de todo g'Kek que lo intentara.

Aún sentía un cosquilleo en los dedos, y contuvo el impulso de mirárselos.
Era hora de cambiar de tema.
—Entonces —dijo Lark, adoptando un tono pragmático—, ¿nunca has estado en la Tierra?
Ling enarcó las cejas y se echó a reír.
—Vaya, sabía que no podríamos contratarte sólo a cambio de unos juguetes biodegradables. No te preocupes, Lark. Se te pagará con respuestas, algunas respuestas al final de cada día. Cuando te las hayas ganado.
Lark suspiró, aunque el convenio no parecía del todo insatisfactorio.
—Muy bien, pues. ¿Por qué no me dices qué quieres saber?

ASX

Cada día procuramos mediar en la creciente tensión que hay entre nuestras facciones, entre quienes alientan la colaboración con nuestros huéspedes indeseados y los que buscan medios para destruirlos. Hasta mis/nuestros otros yoes se enfrentan, oscilando entre opciones desagradables.
Hacer las paces con los delincuentes, o luchar contra invasores invencibles.
Condenación o extinción.
¡Y nuestros huéspedes aún nos preguntan acerca de otros visitantes! ¿Hemos visto a otros forasteros últimamente, bajando del cielo? ¿Hay otros emplazamientos buyurs de los que no hayamos hablado, emplazamientos donde acechan antiguos mecanismos, aún dispuestos a una acción contundente?
¿Por qué tanta insistencia? Sin duda comprenden que no estamos mintiendo, que sólo sabemos lo que hemos dicho. ¿O eso no es cierto, anillos míos? ¿Algunos saben más que otros? ¿Los Seis han compartido sus conocimientos con la Comuna, o algunos retienen información vital que todos necesitan?
Creo que eso nos indica hasta dónde hemos caído nosotros, indignos y despreciables irruptores. Nosotros, que sin duda caeremos aún más.

RETY

En una tienda más pequeña y maltrecha, en un tupido bosquecillo a cierta distancia de la estación de investigaciones, Rety se arrojó sobre una pila de pieles de simia, golpeando el suelo con ambos puños.

—Maldición. Tripas podridas y carne rancia. Maldición, maldición, maldición.

Tenía buenos motivos para enfurecerse. Dwer, ese embustero, le había dicho que los sabios eran buenos y considerados. Pero resultaron ser horribles.

Al principio no fue así. Al principio sus esperanzas se habían elevado como los geiseres de su tierra natal, en los humeantes Cerros Grises. Lester Cambel y los demás parecían amables, y la habían tranquilizado diciéndole que no la castigarían por el crimen de sus abuelos, huir al este, más allá de las montañas prohibidas. Antes de interrogarla, le habían enviado médicos para que atendieran sus diversas heridas y quemaduras. Rety no había sentido miedo de esos extraños médicos g'Keks y traekis cuando disolvieron las gotas de fluido reductor y usaron espuma para quitarle los parásitos que le habían infestado el cuero cabelludo desde que alcanzaba su memoria. Incluso logró perdonarlos cuando disiparon sus esperanzas de borrar las cicatrices que llevaba en la cara. Al parecer, incluso los habitantes de la Cuesta tenían sus limitaciones.

Desde que ella y Lark entraron en el valle de Asamblea, todos parecían alborotados. Rety pensó que era por ella, pero pronto comprendió que la causa eran los visitantes del cielo.

No importaba. Aún era como regresar al hogar, como ser recibida en una familia mucho más extensa y tierna que

esa banda mugrienta que había conocido durante catorce años de infortunio.
Al menos eso sintió por un tiempo.
Hasta la traición.
Hasta que los sabios la llamaron nuevamente al pabellón, para comunicarle su decisión.
—Es culpa de Dwer —masculló luego, con acalorado resentimiento—. El y su maldito hermano. Ojalá hubiera podido ocultarme en las montañas. Nadie se habría fijado en mí en medio de este alboroto. —Rety no sabía qué habría hecho después. Los mayores de su banda habían sido imprecisos en su narración de las historias de la Cuesta. Tal vez pudiera trabajar en una aldea remota como trampera. No por la comida (en la Cuesta abundaban los alimentos), sino por las suaves pieles que impedirían que los aldeanos hicieran demasiadas preguntas sobre su origen.
En los Cerros Grises, esos sueños la ayudaban a sobrevivir cada día de pesadumbre.
Aun así, nunca habría tenido las agallas para huir de su mugriento clan si no hubiera visto ese pájaro bello y brillante.
¡Y ahora los sabios se lo arrebataban!
—Agradecemos tu participación en el hallazgo de este prodigio enigmático —había dicho Lester Cambel, con la criatura alada frente a él—. Entre tanto, sin embargo, ha surgido algo urgente. Espero que entiendas, Rety, por qué es necesario que regreses.
¿Regresar? Al principio no atinaba a entender qué quería decir. Pensaba y pensaba, mientras él seguía con sus monsergas.
¿Regresar?

¿Regresar a Jass y Bom y sus bravuconadas? ¿A la prepotencia de esos cazadores fuertes y grandotes que se ufanaban de triunfos que crecían cada vez más en cada versión? ¿A esos malvados holgazanes
que usaban varas afiladas con luego para castigar a quienes osaran replicarles?
¿Regresar a un sitio donde las madres debían presenciar cómo la mitad de sus bebés agonizaban y morían? ¿A un lugar donde eso no importaba, porque los bebés seguían llegando, hasta que las mujeres
se secaban y morían de vejez antes de los cuarenta? ¿Regresar al hambre y la suciedad?
El sabio había pronunciado palabras y frases que eran tranquilizadoras, nobles y lógicas. Pero Rety había dejado de escuchar.
¡Querían enviarla de vuelta a su tribu!
Sería bueno ver la cara de Jass cuando ella entrara en el campamento, ataviada y equipada con todas las maravillas que los Seis podían ofrecer. ¿Pero dónde estaría entonces? Condenada una vez más a esa vida espantosa.
«No pienso volver. Jamás.»
Con esa resolución, Rety rodó sobre sí misma, se enjugó los ojos y trazó un plan.
Podía tratar de escapar, buscando refugio en otra parte. Los rumores indicaban que no todo era armonía entre los Seis. Hasta entonces había obedecido a Cambel, guardándose la historia de sus orígenes.
Pero Rety tenía sus dudas. ¿Una facción urs o qheuen pagaría por la información? ¿O la invitaría a vivir con ellos? Se decía que las urs a veces permitían que un humano selecto montara sobre ellas, cuando el humano pesaba poco y era digno de tal honor.

Rety trató de imaginar la vida entre los clanes galopantes que recorrían libremente las praderas, con el cabello al viento.
¿Y por qué no ir al mar con los hoons? Había islas que nadie había visitado jamás, y peces voladores, y montañas de hielo flotante. ¡Qué aventura! También estaban los traekis de los pantanos...
Se le ocurrió una nueva idea. Otra opción en la que no había pensado. Una solución tan asombrosa que se quedó en silencio varios duras, aflojando al fin las manos tensas. Se incorporó, evaluando con creciente entusiasmo una posibilidad que superaba toda ambición que jamás hubiera concebido.
Cuanto más pensaba en ello, más adecuado le parecía.

XI

EL LIBRO DEL MAR

Los animales no honran la raza, el clan ni la filosofía. Ni la belleza, la ética o una inversión en cosas más duraderas que ellos. Sólo importa el momento. Sólo cuenta el yo.
La pareja, la prole, los hermanos y los consortes de colmena ofrecen continuidad.
Aun en una bestia cariñosa, el altruismo tiene raíces profundas, fundadas en el interés personal.
Los seres sapientes no son bestias.
La lealtad une incluso a los egoístas por naturaleza
a cosas más nobles, más abstractas,
que la mera continuidad, el yo.
Los une a la raza, el clan o la filosofía.
A la belleza, la ética o la inversión
en frutos que tú y yo no cosecharemos.
Si buscas el camino descendente, el largo camino de la redención, si quieres una segunda oportunidad, exenta de pena y preocupación, busca ese camino regresando al suelo, al olvido de la raza, el clan o la filosofía.
¡Mas cuídate! Pues el camino puede llevarte demasiado lejos. Conserva la fe en algo más grande que tú.
Cuídate de esa obsesión.
Para los que han saboreado el vacío y el polvo de las estrellas,
ese camino es condenación.
Rollo de la Redención

HISTORIA DE ALVIN

Los demás duermen. Es tarde, pero quiero anotar todo esto, porque pronto estaremos ocupados y no sé cuándo se me presentará otra oportunidad.
Mañana iremos montaña abajo, cargados con el equipo que nos prestará Uriel la herrera, tantas cosas buenas que ahora nuestros primeros planes parecen absurdos.
¡Pensar que estábamos dispuestos a confiar nuestras vidas al cacharro que diseñamos!
Uriel ya envió mensajes a nuestros padres, caligrafiados en grueso papel de tela, y firmados con su sello de sabia de la Comuna. Los padres de Huck y los míos no podrán hacer nada para detenernos.
Tampoco me interesaba enfrentarme a ellos, a decir verdad. ¿Qué iba a decir? «Oye, papá. Será como *Veinte mil leguas de viaje submarino.* ¿Recuerdas cuántas veces me lo leíste cuando era pequeño?»
Recuerdo cómo terminaba esa historia para los tripulantes del submarino del capitán Nenio, y entiendo por qué Yowg-wayuo lamenta que yo me haya vuelto tan humitador. Si mi padre me cuestiona por esto, tendré que discutir en un idioma que no sea el ánglico, para mostrarle que realmente he considerado el asunto desde varios puntos de vista. Este viaje no es sólo la obsesión pasajera de un niño, sino algo significativo para nuestra aldea y nuestra raza. Haremos historia. Es importante que participe un hoon, desde la concepción hasta el recuerdo.
Una vez que se decidió, Uriel puso las cosas en marcha. Pinzón salió esa misma noche, después de la vlennación de Ziz, llevando al traeki recién nacido a su colmena para adaptarlo al agua en los criaderos y estanques del sur de

puerto Wuphon. Allí Pinzón usaría la autoridad de la herrera para contratar a varios primos de caparazón rojo para que le ayudaran a trasladar el casco de madera del batiscafo hasta la Grieta. Los demás iríamos por tierra con carromatos de provisiones. ¡Las inmersiones de prueba empezarán dentro de cinco días!

La elección de un sitio era vital. Hay un lugar donde la profunda zanja acuosa del Sumidero penetra en la costa como una hoja de guadaña. Donde unos cañones escabrosos pasan junto a Roca Terminal. Al desplegar un botalón desde un saliente, ni siquiera tendríamos que contratar un barco. Lo cual significa que mi gente no podría entrometerse aunque quisiera.

Era un alivio que al fin hubiera una decisión. Hasta Huck admitía que la suerte estaba echada, y aceptaba el destino frotándose dos tallos oculares.

—Al menos estaremos en la frontera, donde yo quería. Cuando terminemos, Uriel será nuestra dueña. Tendrá que escribirnos una orden para cruzar la línea y visitar algunas ruinas ánglicas.

Hay una palabra ánglica —«tenacidad»— que se convierte en «tozudez» cuando la traduzco al gal-seis. Ésta es una de las razones por las cuales el lenguaje humano describe mejor a mi compañera Huck.

Todos nosotros, Ur-ronn incluida, estábamos bastante sorprendidos de que Uriel invirtiera recursos en nuestra «aventurilla». Hablamos de la ayuda de la herrera durante nuestra última noche en el monte Guenn, después de pasar un largo día haciendo el equipaje y recorriendo inventarios, esperando que el complejo fabril descansara durante la noche.

—Tendrá que ver con las naves estelares —dijo Ur-ronn,

sacando el hocico de la paja de su cubo de dormir.
Huck volvió dos tallos hacia Ur-ronn, dejando uno enterrado en su ajado ejemplar de *El castillo de lord Valentine.*
—No empieces de nuevo —gruñó—. ¿Qué tiene que ver nuestra tonta zambullida con cruceros galácticos que lleguen a Jijo? ¿No crees que Uriel tendría cosas más importantes en mente?
—Fero hace una semana Gybz dijo...
—¿Por qué no admites que oíste mal a Gybz? Hoy se lo hemos preguntado de nuevo, y ese traeki no recuerda haber visto naves espaciales.
—No ese traeki —corregí—. No tuvimos la oportunidad de preguntarle a Gybz antes de la vlennación. Fue Tyug quien dijo que no le recordaba.
—Tyug, Gybz. No creo que haya tanta diferencia. Ni siquiera un traeki vlennado olvidaría algo así.
Yo no estaba tan seguro. Tengo entendido que el cambio de memoria traeki puede ser bastante complicado.
Además, nunca estoy tan seguro de las cosas como Huck. Desde luego, había otra persona a quien podíamos preguntarle, pero mientras estibábamos equipo y revisábamos planos, creo que esa fiera herrera soslayó el tema. Quizá sería mejor decir que nos intimidó para que lo soslayáramos nosotros, pero no estoy seguro porque escribo esto a la luz de las velas, sin mi diccionario. En los últimos días, Uriel galopaba de aquí para allá: hacía sus tareas normales, charlaba con su huésped humano, cuidaba su preciosa sala de discos, nos abrumaba con detalles que ni siquiera se nos habían ocurrido durante nuestros largos meses de planificar la aventura submarina, un viaje que en realidad ninguno de nosotros esperaba

realizar. En toda esa precipitación, no parecía haber tiempo para plantear más preguntas. O bien Uriel dejó claro que ciertas cuestiones no nos incumbían.
En un momento determinado traté de preguntar acerca de los cambios que ella había introducido en nuestro plan.
—Siempre pensamos en empezar explorando los bajíos cerca de nuestra casa. Luego introducir modificaciones antes de probar suerte en aguas más profundas desde un barco. Tal vez descender diez o veinte cordeles. ¡Ahora hablas de hacer treinta desde el principio!
—Veinte cordeles no es tanto —resopló Uriel—. Oh, acepto que vuestros viejos circuladores de aire no habrían servido fara eso. For eso reemflacé el sistema con uno suferior que teníamos a mano. Además, vuestras juntas habrían tenido filtraciones. En cuanto al casco, vuestro diseño servirá.
No pude dejar de preguntarme de dónde venía todo el equipo. No habíamos pensado en la necesidad de un regulador de presión de gas, por ejemplo. Por suerte Uriel señaló ese error y tenía uno magnífico, hecho a mano, en su almacén. ¿Pero por qué tenía uno? ¿Para qué necesitaría semejante cosa la herrera del volcán Guenn?
Huck admitía que no era malo tener el respaldo de la competente Uriel. Pero yo estaba inquieto. Un aire de misterio rodeaba la empresa.
—Todo se aclarará cuando lleguéis a la Roca y todo esté frefarado fara funcionar. Yo misma revisaré el equifo, luego os exflicaré en qué fodéis ayudarme.
Salvo por sus viajes a Wuphon, Uriel rara vez abandonaba su forja. ¿Y ahora quería tomarse dos semanas libres para compartir nuestra aventura? Nunca en mi vida una noticia me había afectado tanto. Era tan tranquilizadora como

aterradora. Tal vez mi tocayo sintió lo mismo cuando, explorando las profundas catacumbas de Diaspar, encontró algo inimaginable: un túnel misterioso que conducía a la lejana Lys.

Ahí estábamos, pues, Huck, Ur-ronn y yo, preparados para salir

por la mañana rumbo a una hazaña que nos haría famosos o acabaría con nuestras vidas. Pero antes de eso había un asunto que debíamos terminar. Esperamos a que llegara la noche en monte Gucnn, cuando la luz del sol ya no llenaría las claraboyas y nada competiría con los lagos de lava y las forjas relucientes. Los cubos de mineral y los hot nos callaron y los obreros dejaron sus herramientas. Poco después de la cena, sonaron siete gongs, llamando a las obreras urs para realizar su rito de acicalamiento antes de dormirse.

A Ur-ronn no le gustaba moverse a esa hora —a ninguna urs le gusta— pero sabía que no tenía más remedio. Así que salimos del almacén donde Urdonnol nos había alojado, guiándonos con faroles. Huck encabezaba la marcha, con dos tallos oculares estirados hacia delante mientras descendía por una rampa de piedra. Los ojos que miraban hacia atrás parecían reprendernos cada vez que pasaba bajo un conducto, recibiendo reflejos del claro de luna.

—¡Adelante! ¿Por qué vais tan lentos?

—¿Quién tuvo que llevarla entre las rocas durante tres días, cuando fuimos a exflorar las cavernas de Yootir? —protestó Ur-ronn—. Todavía tengo las cicatrices de sus ruedas en el flanco.

Una exageración. Sé que el cuero urs es muy resistente. Aun así, Huck tiene la manía de recordar sólo lo que le

parece conveniente.
Tenía que detenerse a esperar, resoplando de impaciencia, en las intersecciones, para que Ur-ronn la guiara. Pronto salimos del laberinto de pasadizos subterráneos y seguimos un camino de piedra pómez por una llanura rocosa que de noche parecía aún más turbadoramente extraña que de día. Estábamos cruzando un terreno muy semejante a las fotos que he visto de la luna terrícola.
Hablando de lunas, Loocen, el mayor satélite de Jijo, estaba bajo en el oeste, una medialuna rojiza, aunque la parte que veíamos estaba oscura, así que la luz del sol no se reflejaba en las frías y muertas ciudades que los buyurs dejaron allí intactas, como para acicatearnos.
Arriba las estrellas brillaban como... Bien, antes de escribir esto me devané los sesos buscando alguna comparación en un libro, pero los autores terrícolas nunca tuvieron en su cielo nada semejante al Cúmulo del Amargón, una gigantesca bola esponjosa de puntos chispeantes que ocupa un cuarto del cielo. Lo sé, porque si lo hubieran tenido habrían competido una y otra vez para describirlo de mil maneras distintas. Los visitantes de la atestada parte norte de la Cuesta siempre se asombran de verlo en su gloria, así que supongo que el Amargón es una de las ventajas de vivir en el sur. También es uno de los motivos por los cuales la predecesora de Uriel construyó un telescopio en ese lugar, y una cúpula para protegerlo de la lluvia y las cenizas de las frecuentes minierupciones del Guenn.
Ur-ronn dice que hay una parte de la montaña donde el observatorio puede aprovechar la brisa marina sin que las corrientes térmicas afecten la visión. Tal vez haya lugares

mucho más adecuados para dedicarse a la astronomía en la Cuesta, pero este sitio tiene una ventaja: allí vive Uriel. ¿Quién más tiene el tiempo, la riqueza y el conocimiento para semejante afición? Nadie, salvo los sabios de la gran Biblos.

La maciza estructura se perfilaba contra el deslumbrante cúmulo estelar, recordándome el hocico de un gláver cuando muerde una pera. Sentí un cosquilleo en las escamas de la espalda. A esa altitud, sin nubes en el cielo, el aire estaba helado.

Con un silbido de consternación, Ur-ronn se detuvo levantando polvo, haciendo que Huck chocara contra mí, alargando los tallos oculares para mirar a todas partes al mismo tiempo. La pequeña Huphu me clavó las zarpas en el hombro, dispuesta a brincar y abandonarnos a la primera señal de peligro.

—¿Qué es? —susurré.

—El techo está abierto —explicó Ur-ronn, pasando al galdos mientras olisqueaba con el hocico puntiagudo—. Huelo el flotante de mercurio, así que el telescofio (frobablemente) está en uso. Debemos regresar (fronto) a nuestras camas, sin despertar sosfechas.

—Qué diablos —maldijo Huck—. Yo voto por entrar.

Me encogí de hombros, al estilo humano.

—Ya que hemos llegado hasta aquí, echemos una ojeada.

Ur-ronn estiró el pescuezo. Suspiró y se adelantó a Huck haciendo trepidar los cascos.

—En ese caso, fermaneced detrás de mí —jadeó—. Y, en vana es-feranza de que Ifni nos dé suerte, fermaneced callados.

Nos aproximamos a la cúpula y pronto distinguimos que la línea del techo estaba abierta, exponiendo formas macizas

al cielo fulgurante. El sendero terminaba en una puerta entornada que revelaba sombras indistintas. Huphu temblaba en mi hombro, de miedo o tal vez de ansiedad. Yo ya lamentaba haberla llevado, a pesar de nuestra preocupación inicial sobre lo que haría con nuestro equipo si no la vigilábamos.
Ur-ronn asomó la cabeza por la puerta.
—Sólo nos falta ella, guiándonos de noche —resopló Huck—. Los urs ven tan mal en la oscuridad como los glávers a mediodía. Yo debería hacerlo.
«Sí —pensé—. Como si los g'Keks fueran sigilosos.» Pero guardé silencio, salvo por un gutureo sordo para impedir que Huphu bajara de un brinco. Para asegurarme, le apoyé una mano en el flanco trémulo.
Moviendo nerviosamente la cola trenzada, Ur-ronn introdujo el pescuezo y luego el cuerpo. Huck la siguió de cerca, todos los ojos
alerta. Me quedé en retaguardia y giré para cerciorarme de que nadie se aproximaba por detrás, aunque no había motivos para creer que alguien lo haría. Lo cual demuestra, supongo, que mi padre tiene razón. Leo demasiados novelones de aventuras de la vieja Tierra.
El piso principal parecía desierto. El gran telescopio, cuyos espejos y otros componentes se construyeron en los talleres de Guenn, relucían a la luz de las estrellas. En una mesa cercana, un farol proyectaba una luz rojiza sobre un mapa celeste y sobre una libreta llena de números y símbolos que no figuraban en el alfabeto, aunque ahora recuerdo que el señor Heinz nos mostró algunos en clase, con la esperanza de interesarnos.
—Escuchad —dijo Ur-ronn—, el motor de rastreo, que compensa la rotación de Jijo, está encendido.

En efecto, la caja del telescopio emitía un rumor sordo, y olí el escape de un diminuto motor celular. Otra extravagancia desconocída en otras partes de la Cuesta, pero permitida aquí porque el monte Guenn es un lugar sagrado que en menos de cien años se liberará de todos sus juguetes, ingenios y vanidades irreverentes.
—Eso significa que todavía puede estar apuntando a lo que miraban antes de marcharse —respondió Huck.
«¿Quién te dice que se han marchado?», quise añadir. Volviéndome de nuevo, vi una puerta cerrada enmarcada por un borde de luz pálida. Pero Huck no perdió tiempo.
—Alvin, álzame para que pueda mirar.
—¿Hrrrm? Pero...
—¡Alvin! —Una rueda me golpeó un pie en señal de advertencia.
—¿Qué? ¿Que te levante? —Yo no veía ninguna rampa ni otra manera de que Huck llegara al ocular del telescopio, sólo una silla cerca de la mesa. Aun así, lo mejor sería permitirle que hiciera su voluntad, tan rápida y silenciosamente como fuera posible, en vez de provocar una discusión.
—Hrrm... bien, de acuerdo. Pero no hagas ruido, ¿quieres?
Me puse detrás de Huck, me agaché y puse ambos brazos bajo su eje, uno de cada lado. Huphu usó sin remilgos sus zarpas para trepar a mi cabeza mientras yo sostenía el eje de Huck, alzándola para situar uno de sus cuatro ojos al nivel del ocular del telescopio.
—¡Aguanta! —jadeó—. ¡Te estás riendo!
—Yo estoy... hrrrm... intentando.
Dejé que los huesos de mis brazos se deslizaran levemente, para que las articulaciones del codo quedaron fijas, un truco que según me han dicho despierta la envidia

de los humanos y las urs, pues incluso el humano más fuerte que lo intentara tendría que usar sólo la fuerza de sus músculos. Con los codos fijos podía hacerse, pero no era fácil.
Huck había engordado, y sostenerla significaba estar de pie medio en-corvado. Cuando yo gruñía, ella movía un ojo para reprenderme, acercándolo a mi cara, como si yo me empeñara en dificultar las cosas.
—Quédate quieto, hoon tonto. De acuerdo, ahora ya alcanzo. Veo muchas estrellas. Más estrellas. Oye, aquí sólo hay estrellas. —Huck —murmuré—. Te pedí que estuvieras callada. Ur-ronn suspiró.
—Claro que sólo hay estrellas, afestosa g'Kek. ¿Creías que fodrías contar las ventanas de una nave estelar en órbita con este fequeño te-lescofio? A esa altura, brillará como cualquier otra fuente de luz.
Quedé impresionado. Todos sabemos que Ur-ronn es la mejor mecánica de nuestra pandilla, ¿pero quién iba a suponer que además sabía astronomía?
—Déjame mirar. Tal vez yo fueda decirte qué estrella no es una estrella, si su fosición cambia resfecto de las demás.
Las ruedas de Huck giraron furiosamente en el aire, pero ya no podía negar la conveniencia de lo que pedía Ur-ronn ni impedir que yo la bajara al suelo. Me enderecé —y con un crujido de cartílagos—, mientras ella se alejaba rodando. Ur-ronn tuvo que apoyar ambos cascos delanteros en la silla para levantarse y mirar por el ocular.
Por unos momentos, nuestra amiga urs guardó silencio, luego manifestó su frustración.
—En verdad son todas estrellas, por lo que fuedo ver. De todos modos, me olvidaba... una nave estelar en órbita se ferdería de vista en focos duras, aunque la máquina de

rastreo esté encendida.
—Supongo que eso es todo, entonces —dije—. Será mejor que regresemos.
Me di cuenta de que Huck se había ido. Al dar media vuelta vi que se dirigía hacia la puerta que yo había visto antes.
—¿Recuerdas lo que hablamos? —dijo, yendo hacia el rectángulo iluminado—. La verdadera prueba estará en esas placas fotográficas que mencionó Gybz. Eso es lo que hemos venido a buscar. ¡Venid!
Me quedé mirándola como un pez encallado, mi saco laríngeo palpitando inútilmente mientras Huphu me raspaba el cuero cabelludo, afirmándose para saltar, y Ur-ronn seguía a Huck tratando desesperadamente de alcanzarla y detenerla antes que tocara el picaporte. La puerta se abrió justo en ese instante y en el dintel apareció la silueta de un humano. Un hombre bajo de hombros estrechos cuyo cabello parecía arder bajo el resplandor de varios faroles. Pestañeando, alzando una mano para cubrirme los ojos, distinguí varios caballetes en la habitación, con diagramas, reglas de cálculo y láminas de vidrio. Había placas cuadrangulares apiladas en los estantes que cubrían las paredes.
Huck se detuvo en seco, tan repentinamente que sus ejes chisporrotearon. Ur-ronn frenó bruscamente y estuvo a punto de chocar con ella. Todos nos quedamos petrificados.
La identidad del humano no era difícil de adivinar, pues sólo uno de su raza vivía en la montaña en ese momento. Era conocido como el más capaz de su especie, un sabio cuya aguda mente estaba preparada para aprehender muchos de los secretos arcanos que antes conocían nuestros antepasados. Alguien cuyo intelecto era

respetado aún por la gran Uriel. La herrera del monte Guenn no estaría contenta con nuestra intromisión. El sabio Purofsky nos miró un largo rato, desconcertado, y nos señaló con la mano.
—¡Vosotros! —rezongó—. Me habéis distraído.
Huck fue la primera en recobrarse.
—Eh, lo lamento... maestro. Sólo estábamos...
El humano la interrumpió sin el menor rastro de rencor.
—Está bien. Iba a llamar a alguien. ¿Tendrías la amabilidad de llevarle estas notas a Uriel?
Le entregó un fajo de papeles, y Huck lo aceptó con un trémulo brazo tentacular. Parpadeó.
—Así me gusta —continuó distraídamente el sabio, y se volvió para regresar a su habitación. Se detuvo y giró nuevamente hacia nosotros.
—Por favor, decid también a Uriel que ahora estoy seguro de ello. Las dos naves se han ido. No sé qué sucedió con la de mayor tamaño, la primera, pues sólo apareció por una afortunada casualidad en un conjunto inicial de placas, antes que nadie supiera buscarla. Esa órbita no se puede resolver, salvo para decir que tal vez haya aterrizado. Pero aun un tosco cálculo basado en la última serie muestra que la segunda nave salió de órbita, iniciando un ingreso en espiral en Jijo. Suponiendo que no haya desvíos ni correcciones posteriores, su curso la habría llevado hace algunos días al norte de aquí, a los Linderos.
Sonrió irónicamente.
—En otras palabras, la advertencia que enviamos al Valle puede ser superflua. —Purofsky se restregó los ojos y suspiró—. A estas alturas, nuestros colegas de Asamblea deben de saber mucho más que nosotros sobre lo que sucede.

Juro que parecía más defraudado que preocupado por la llegada de algo que los irruptores de Jijo habían temido durante dos mil años.
Todos, incluido Huphu, lo miramos largo tiempo. El hombre nos dio las gracias, dio media vuelta y cerró la puerta, dejándonos en compañía de millones de estrellas, granos de polen desperdigados en un océano titilante, estirándose sobre nuestras cabezas. Un mar de oscuridad, temiblemente cercano, que amenazaba con ahogarnos.

XII

EL LIBRO DE LA CUESTA

LEYENDAS

Hay una palabra que no debemos pronunciar a menudo. Y si lo hacemos, debemos susurrarla.
Los traekis nos lo piden, por cortesía, respeto y superstición.
La palabra es un nombre de sólo dos sílabas, un nombre que ellos temen oír de nuevo.
Un nombre que una vez los designó.
Un nombre que sus primos supuestamente siguen usando, en los caminos estelares de las Cinco Galaxias.
Primos poderosos, aterradores, resueltos, despiadados y obstinados.
Esa descripción diferencia a nuestro sept de seres anulares de aquellos que aún recorren el cosmos como dioses, usando el nombre prohibido.
De todas las razas que vinieron a Jijo en sus naves furtivas, algunas, como los qheuens y los humanos, eran oscuras, casi desconocidas en las Cinco Galaxias. Otros, como los g'Keks y los glávers, tenían cierta reputación, aunque sólo entre quienes necesitaban sus aptitudes específicas. Los hoons y los urs habían causado una moderada impresión, al punto de que los terrícolas tenían noticias de ellos antes de aterrizar, y les temían.
Pero se dice que todos los clanes que respiran oxígeno y navegan entre las estrellas están familiarizados con la

forma de los anillos apilados, regia y poderosa.
Cuando llegó la nave furtiva traeki, los g'Keks echaron un vistazo a los recién llegados y se ocultaron con temor por varias generaciones, hasta que comprendieron que estos anillos eran diferentes.
Cuando los colonos qheuens los vieron, estuvieron a punto de partir de nuevo, sin descargar su nave furtiva.
¿Cómo llegaron nuestros amados amigos a tener semejante reputación? ¿ Cómo llegaron a ser tan diferentes de los que todavía vuelan por el espacio, usando ese terrible nombre?
Reflexiones sobre los Seis, Ovoom Press, año 1915 del Exilio.

O bien los invasores tratan de confundirnos o bien hay algo su-mamente extraño en ellos.
Al principio, sus poderes y conocimientos parecían, previsible-mente, estar tan por encima de los nuestros que en comparación parecíamos bestias. ¿Podíamos equiparar nuestro magro saber, nuestras sencillas costumbres, con sus magníficas máquinas, sus artes curativas, la perspicacia de sus penetrantes preguntas acerca de la vida jijoana? Su erudición mostraba el vasto alcance y profundidad de los registros que poseían, sin duda copiados de la investigación final de este mundo, hecha un millón de años atrás. No obstante...
Al parecer no saben nada sobre los lorniks y los zookirs.
No pueden ocultar su entusiasmo al analizar a los glávers, como si hubieran hecho un gran descubrimiento.
Hacen comentarios desconcertantes y descabellados acerca de los chimpancés.
Y ahora quieren saberlo todo sobre las arañas reductoras y formulan preguntas ingenuas que incluso esta inexperta pila de anillos multicolores podría responder aunque todos mis/nuestros toroides de sapiencia fueran vlennados, dejando sólo instinto, memoria e impulso.
En la proa de la gran nave que dejó aquí su estación no había el sello de la Gran Biblioteca. Considerábamos que su ausencia sólo podía indicar un acto delictivo, que se trataba de un símbolo negativo que denotaba vergüenza.
¿Podrá significar más que eso? ¿Mucho más?

SARA

Desde el taller de Engril la copista, situado en el canal de Pini-mm, había sólo un breve trecho hasta la clínica adonde Pzora había llevado al forastero el día anterior. Engril acordó encontrarse con Sara allí, después de detenerse para recoger a Bloor el retratista. Disponían de poco tiempo. Tal vez la idea de Sara fuera absurda o poco práctica, pero no habría mejor momento para verificarla, ni persona más adecuada para presentarla que Ariana Foo.
Había que tomar una decisión, y pronto. De momento, los presagios no eran buenos.
Los emisarios de Villa Dolo se habían reunido anoche, en una taberna cercana al barrio urs, donde compararon lo que cada cual había averiguado desde la llegada del *Huaph-woa.* Sara mostró una copia del informe de los sabios, recién salida del taller de Engril, esperando escandalizar a los demás. Pero al anochecer hasta Pzora estaba al corriente de casi toda la historia. Los rumores circulaban deprisa en una ciudad como Tarek, entrecruzada de calles, canales y cables.
Jop no parecía impresionado.
—Veo tres posibilidades —señaló el severo granjero, empuñando una taza de leche agria—. Primero, la historia es una maldita mentira. La nave pertenece a los Institutos, y vamos a ser juzgados como dicen los Rollos, pero los sabios están propagando un embuste sobre criminales para justificar la llamada de la milicia y los preparativos para la lucha.
—¡Absurdo! —protestó Sara.
—¿Ah, sí? ¿Entonces por qué han llamado a todas las unidades? Hay humanos en todas las aldeas. Caballería

urs por doquier, levantando nubes de polvo tan altas que ahogarían a un hocicogrande... sin ánimo de ofender, Ulgor... y todos los hoons engrasando sus viejas catapultas, como si pudieran derribar una nave estelar arrojándole piedras. ¿Y si los sabios tienen la fantasía de resistir? Parece una locura, pero no sería la primera vez que los dirigentes enloquecen al aproximarse el final de sus días de poder.

Sara sacudió la cabeza. Jop podía tener razón cuando hablaba de historia antigua, pero era absurdo aplicar ese concepto a Vubben y los demás sabios.

—¿Pero qué hay de estos bocetos? —preguntó el bailarín Fakoon, fijando tres tallos oculares en Jop mientras observaba a Sara con un cuarto. El g'Kek tocó una de las reproducciones de Engril, que retrataban vividamente a un par de humanos ataviados con monos brillantes, mirando cosas que les resultaban nuevas y patéticas al mismo tiempo.

Jop se encogió de hombros.

—Tal vez esté copiado de un viejo libro. Ridículo. ¿Qué harían aquí los humanos? Cuando nuestros antepasados abandonaron la Tierra en un cacharro antediluviano, ningún científico humano comprendía su funcionamiento. La gente de la Tierra tardó diez mil años en ponerse al día en lo referente a tecnología galáctica estándar.

Hoja y el capitán hoon asimilaron esta información con sorpresa. Lo que Jop había dicho sobre la tecnología humana en tiempos del exilio no era un secreto, pero debía de costarles imaginarlo. En Jijo, los terrícolas eran los ingenieros, los que tenían las respuestas.

—¿Y quién querría ferfetrar semejante estafa? —preguntó Ulgor con voz tensa.

Jop sonrió.
—Bien, tal vez un grupo que vea una oportunidad, en medio del caos, de manchar nuestro honor, y ansíe vengarse antes del Día del Juicio.
El humano y la urs se enfrentaron, cada cual exhibiendo los dientes en una mueca que tanto podía ser una sonrisa amenazadora como amistosa.
Sara bendijo la enfermedad que había obligado a casi todos los rewqs a encorvarse e hibernar. De estar presentes, no habría ambigüedad al traducir los sentimientos de Jop y Ulgor.
En ese momento, una voluta de vapor rosado flotó entre ambos, una arremolinada humareda de dulzura. Jop y Ulgor retrocedieron, cubriéndose las narices.
—Vaya, expreso arrepentimiento de mi/nuestra parte. El toroide digestivo de esta pila aún retiene, procesa y borra la riqueza de la apreciada comida hoon de a bordo.
—Qué suerte para ti, Pzora —dijo el capitán del *Hauph-woa,* impertérrito—. En cuanto a este asunto, debemos decidir qué consejo enviaremos a Dolo y las colonias del Roney. Así pues, le pregunto a Jop... hrrrm... ¿por qué no pensar en una teoría más simple: que no hay engaño alguno por parte de los honorables sabios?
Jop aún agitaba el aire, tosiendo.
—Eso nos lleva a la segunda posibilidad: que nos estén poniendo a prueba. El Día ha llegado, pero los nobles galácticos aún no han decidido qué van a hacer con nosotros. Tal vez los grandes Institutos contrataron actores humanos para representar este papel, ofreciéndonos la oportunidad de equilibrar la balanza con la acción apropiada, o bien de escoger incorrectamente. En cuanto al consejo que debemos enviar río arriba, en mi opinión

debemos pedir que se continúe con la demolición de acuerdo con los antiguos planes. Hoja, el joven delegado qheuen, se irguió sobre tres patas, alzando su caparazón azul, tartamudeando de tal modo que su ánglico un se entendió. Pasó al galáctico dos.

—Locura manifiesta. Esta cosa (lunática), ¿cómo puedes decirla? ¿Nuestra poderosa represa (gloriosa en su vista y su olor) debe caer? ¿Por qué, si nuestra existencia (ilícita) en Jijo ya es conocida?

—Es verdad —convino Jop—, no podemos ocultar el crimen de la colonización. Pero podemos iniciar el proceso de eliminar nuestras obras de este mundo lesionado. Al manifestar nuestras buenas intenciones, demostraremos que merecemos piedad. Lo que no debemos hacer, y me temo que nuestros sabios pueden engañarse en este punto, es colaborar con estos humanos que fingen ser ladrones de genes. Tal vez esto forma parte de la prueba. Tenemos que acabar con nuestra pretensión de ser civilizados.

Señaló la vieja cámara buyur convertida en taberna, las paredes hollinosas adornadas con lanzas, escudos y otros recuerdos del sangriento sitio de Villa Tarek.

—¡Civilizados! —Jop rió de nuevo—. Somos como cotorrines recitando versos que no entendemos, remedando patéticamente las costumbres de los poderosos. Si nos hemos convertido en piratas, esas vanidades sólo pueden reducir nuestras posibilidades de supervivencia. Nuestra única oportunidad consistirá en confundirnos con los animales de Jijo. Ser inocentes como los glávers, en su bendita salvación. Una salvación que ya podríamos haber alcanzado, si los humanos no hubiéramos desviado la naturaleza con la Gran Edición.

Así que no importa si los visitantes del espacio son nobles delegados del Instituto de Migraciones o delincuentes proscritos. De un modo u otro, indican que nuestro juicio ha llegado. Sólo tenemos una salida.
—Empiezas a hablar como Lark —comentó Sara con socarronería.
Pero Jop no veía ninguna ironía en ello. Su actitud radical se había acentuado desde que el ensordecedor y aterrador espectro había sacudido las granjas, dejando rastros de ruido y calor en el cielo.
—Esto es malo —le dijo Hoja a Sara más tarde, cuando Jop se marchó para reunirse con sus amigos y seguidores—. Parece tan seguro de su razonamiento y su virtud como una reina gris, sin dudas en cuanto a su rectitud.
—Esa seguridad es una peste que aflige a todas las razas, excepto a los traekis —respondió Fakoon, inclinando dos tallos hacia Pzora—. Vuestra gente tiene la suerte de no estar sujeta a la maldición de la egolatría.
El boticario de Dolo suspiró.
—Yo/nosotros os exhortamos a no sacar conclusiones simplistas,
queridos camaradas. Se dice que también nosotros poseímos ese talento, cuyo compañero es el don/maldición de la ambición. Expulsarlo de nuestra naturaleza significó abandonar algunos de nuestros mayores tesoros, nuestros mejores anillos. No fue tarea fácil. Una de las cosas que yo/nosotros tememos más en la restauración del con-tacto es algo que otras especies y seres quizá no comprendan: la tentación de una oferta irresistible.
»La posibilidad de completarnos.
La clínica era un lugar de ruedas: las tenían los cirujanos

g'Keks y también las sillas de los pacientes. Muchos boticarios traekis usaban carros que se deslizaban a gran velocidad. Con razón la plana vida urbana atraía a dos de los Seis.
La habitación del forastero estaba en el quinto piso, y daba sobre la confluencia de los ríos Roney y Bibur. Los dos transbordadores estaban amarrados bajo el camuflaje y ahora sólo operaban de noche, pues grupos de justicieros habían amenazado con incendiarlos si trabajaban de día. Y esa mañana había llegado la confirmación desde el Valle. Los sabios supremos tampoco deseaban que se revelaran signos innecesarios de tecnología. No destruir nada. Ocultar todo.
Esto acrecentaba la confusión entre las gentes comunes. ¿Era o no el Día del Juicio? Se oían acaloradas discusiones en toda la ciudad. «Necesitamos una meta que nos una —pensó Sara—, o empezaremos a derrumbarnos.»
Un asistente traeki condujo a Sara por una antesala hasta la habitación del forastero. El hombre moreno la recibió con una sonrisa, y ella sintió un cálido placer.
Él dejó su lápiz y su libreta. Sara reconoció un dibujo de la escena que se veía por la ventana: uno de los transbordadores, reproducido con sutiles sombras. El forastero le había mostrado orgullosamente otros dibujos cuando ella lo visitó la noche anterior, y uno de ellos mostraba el concierto a bordo del *Hauph-woa,* e incluso expresaba la emoción compartida, un dulce interludio en medio de una crisis tormentosa.
—Gracias por tu visita —dijo una mujer mayor de tez cetrina, sentada junto al forastero, increíblemente parecida a un g'Kek no sólo en el color de la tez y los asombrosos

ojos azules, sino también en el modo en que la silla de ruedas enmarcaba su cuerpo arropado—. Hemos realizado algunos progresos, pero hay ciertas cosas que sólo quería intentar en tu presencia.
Sara todavía se preguntaba por qué Anana Foo se había interesado por el herido. En ausencia de Lester Cambel y la mayoría de los
sabios, era la humana de más alta jerarquía que quedaba en el valle, a este lado de Biblos. Estaba retirada, sí, y no ostentaba un cargo oficial. Aun así, cualquiera hubiese esperado que tuviera otras cosas en mente en ese momento. Pero cuando Sara había ido la noche anterior-a visitar al paciente, la sabia Foo ya estaba allí, concentrando su agudo intelecto en el problema del origen del forastero.
Del otro lado de la cama, avanzó el médico g'Kek. Tenía una voz tranquilizadora y blanda, con un ligero acento.
—Pero primero, Sara, cuéntanos... ¿has recordado algo más acerca del aspecto de nuestro paciente, el día en que lo rescataste del pantano, quemado y herido?
Sara lo había intentado, desde que la habían interrogado el día anterior. Pero estaba segura de que ya les había contado todo lo que sabía. Negó en silencio.
—¿Su ropa... no se recobró nada?
—Como ya le dije, doctor, había algunos jirones, casi todos carbonizados. Los tiramos mientras le poníamos bálsamo en las quemaduras.
—¿Echasteis los trapos a toneles de escoria? ¿Están esos toneles a bordo del *Haupb-woa?*
—Lamentablemente no. No había adornos, ni siquiera botones, si eso buscas. Los trapos fueron destinados a reciclaje, lo cual significa, tratándose de ropa vieja, que mi

padre la usa para fabricar pulpa para hacer más papel. Lamento que no se nos ocurriera guardarlas. ¿Creéis que hubiera sido de ayuda?
—Quién sabe —respondió la anciana—. Tratamos de tener en cuenta todas las posibilidades.
El forastero estaba sentado en la cama, con una bata que debía de haber sido lavada mil veces. Tenía las manos cruzadas sobre el regazo y miraba a los interlocutores, como si se concentrara menos en lo que decían que en los sonidos mismos.
—¿Podéis hacer algo por él?
—Eso depende —respondió el médico—. Las quemaduras y contusiones están sanando. Pzora es muy diestro con sus ungüentos, pero sus secreciones no pueden remediar los daños estructurales. Nuestro enigmático huésped ha perdido gran parte del lóbulo temporal izquierdo. Fue arrancada, como por obra de un cruel depredador. Sin duda sabrás que en esta zona los humanos tenéis los centros cerebrales asociados con el habla.
—No lo sabía, aunque lo sospechaba. ¿Hay posibilidades...?
—¿De recobrar lo que ha perdido? —Un g'Kek indicaba indiferencia entrelazando dos tallos oculares, un gesto que nunca se puso de moda entre las demás razas—. Si fuera muy joven, o hembra, habría esperanzas de transferir una función parcial del habla al lóbulo derecho. Sucede con algunas víctimas de hemiplejia. Pero esto es poco habitual entre varones adultos, cuya estructura cerebral es más rígida.
La luz de los oscuros ojos del forastero era engañosa. Sonreía afablemente, como si hablaran del tiempo. Su confiada jovialidad conmovió a Sara.

—¿No se puede hacer nada para curarlo?
—En la Galaxia, tal vez. —Ésta era una vieja expresión, bastante habitual, cuando uno mencionaba los límites de las toscas artes disponibles en la Cuesta—. Pero aquí no podemos hacer más.
Algo en el tono del médico hizo que Sara lo mirase de hito en hito. Los cuatro ojos miraban hacia dentro, como si un ser humano se estudiara las uñas, esperando que alguien más dijera el resto. Sara se volvió hacia Ariana Foo, cuya expresión era serena.
Demasiado serena. Sara saltó ante la implicación del médico.
—No lo dirás en serio.
La sabia entrecerró los ojos y los abrió con un destello desafiante.
—Circulan rumores de que nuestros invasores están conquistando a las masas, ganando conversos con drogas, pociones y curas milagrosas. Caravanas no autorizadas de enfermos y lisiados han partido de Tarek y otras localidades, recorriendo los caminos en una búsqueda desesperada de remedio. Admito que la idea se me pasó por la mente. —Alzó los delgados brazos—. Muchos morirán en el trayecto, ¿pero qué importa el riesgo ante la tentación de la esperanza?
Sara asimiló estas palabras.
—¿De veras crees que los incursores pueden ayudarle?
Ariana se encogió de hombros a la manera hoon, hinchando los carrillos.
—Quién sabe. Con franqueza, dudo que ni los galácticos puedan reparar el daño que ha sufrido nuestro amigo. Al menos no sin más esfuerzo y gasto del que invertirían en un pobre salvaje. Pero sin duda tendrán muchos paliativos

que mejorarían su suerte. De todos modos, nada de eso cuenta si mi sospecha es cierta.
—¿Sospecha?
—Quizá nuestro forastero no sea un pobre salvaje.
Sara la miró sin comprender; luego parpadeó.
—Por Ifni —jadeó.
—En efecto. ¿Averiguamos si nuestro huésped nos fue entregado por nuestra diosa de la suerte y del cambio?
Sara apenas pudo asentir. Mientras la anciana hurgaba en un maletín buscando papeles, Sara reflexionó. Por eso todos la reverenciaban, cuando era sabia humana suprema antes de Cambel. «Dicen que
el genio es el talento para ver lo evidente. Ahora sé que es verdad. ¿Cómo he podido estar tan ciega?»
Ariana cogió varias hojas recientemente copiadas en la máquina de Engril.
—Pensé en pedir a un sensitivo que nos acompañara, para medir sus reacciones, pero si estoy en lo cierto debemos ser discretos. Así que nos contentaremos con observar su expresión cuando reaccione. Recordad que quizá sea la única persona de Villa Tarek que aún no ha visto estas cosas. Por favor, prestad atención.
Se aproximó al paciente y le entregó una hoja.
El forastero dejó de sonreír mientras examinaba el dibujo del habilidoso artista. Las montañas y el bosque enmarcaban un valle con-cavo sembrado de tocones. Siguió las curvas con dedos trémulos. Adoptó una expresión de dolorida perplejidad. Sara comprendió que intentaba recordar algo. Obviamente había cierta familiaridad, y mucho más.
El forastero observó a Ariana Foo con una mirada llena de dolor, de preguntas que no podía plantear.

—¿Qué puede probar esto? —preguntó Sara, desgarrándose por dentro—. Sólo has logrado alterarlo.
—Le perturba la imagen de la nave —respondió Ariana.
—Como sucedería si fuera un miembro de los Seis —señaló Sara.
La anciana asintió.
—Había esperado que se alegrara.
—Crees que es uno de ellos, ¿verdad? —preguntó Sara—. Crees que se estrelló en el pantano a bordo de una máquina voladora. Que es un galáctico. Un delincuente.
—Parecía la hipótesis más probable, dada la coincidencia: un desconocido quemado en medio de un pantano húmedo, con heridas que nuestros médicos jamás han visto. —Ariana suspiró—. Veamos cómo reacciona ante otra.
El siguiente dibujo mostraba el mismo valle, pero la nave estelar estaba reemplazada por un cubo negro. Según el informe de los sabios, era una pequeña estación de investigaciones que la nave había dejado al partir, y tenía la misión de analizar las formas de vida jijoanas. El forastero miró la estructura negra, intrigado y tal vez un poco asustado.
Por último, Ariana presentó un dibujo que mostraba dos siluetas con rostros enérgicos y confiados. El semblante de dos seres que habían viajado cien mil años luz para saquear.
Soltó un jadeo, un gemido. Sostuvo la hoja, mirando las formas humanas, tocando los símbolos que lucían en sus monos de exploración. No se requería una sensibilidad excepcional para ver la desesperación en sus ojos. Con un grito incoherente, arrugó el dibujo y lo arrojó, se cubrió los ojos con un brazo.

—Interesante. Muy interesante —murmuró Ariana.
—No entiendo —le dijo el médico—. ¿Eso significa que no es de Jijo?
—Me temo que es demasiado pronto para saberlo. Aunque creo recordar que existe una prueba más que aún no hemos usado. ¿Dónde leí...?
Sacudió la cabeza.
—No importa. A estas alturas nos enfrentamos a un grave dilema. ¿Qué hacer si él resulta ser de las Cinco Galaxias? Si los incursores están buscando a un colega, y contáramos con él como moneda de intercambio, eso podría significar una ventaja.
—Un momento —protestó Sara.
—Lamentablemente —continuó Ariana impasible—, su reacción no indica que esté ansioso por reunirse con sus camaradas perdidos. ¿Piensas que podría ser un enemigo que huyó? ¿Que de algún modo sobrevivió al encarcelamiento, incluso al intento de asesinato, un par de días antes de que la nave descendiera para aterrizar? En tal caso, es irónico que haya sufrido una lesión que le impide contar tantas cosas. Me pregunto qué le habrán hecho... Los reyes bárbaros de la vieja Tierra arrancaban la lengua a sus enemigos. ¡Qué espanto, si es cierto!
La gama de posibilidades presentada por Ariana desconcertaba a Sara. Se produjo un largo silencio, hasta que el médico intervino una vez más.
—Tus especulaciones me intrigan y me aterran, vieja amiga. Pero ahora debo solicitar que no agitéis más a mi paciente.
Ariana Foo sacudió la cabeza, sumida en sombríos pensamientos.
—Había pensado en enviarlo directamente al Valle. Que

Vubben y los demás decidan por su cuenta.
—¿De veras? No podría permitir que movieras a un paciente tan...
—Claro que la oportunidad de ofrecerle un tratamiento galáctico de sus heridas ofrecería una magnífica sinergia, pues combinaría el pragmatismo con la amabilidad.
El médico g'Kek abrió y cerró la boca sin articular ningún sonido, mientras procuraba entender la lógica de Ariana. Al fin contrajo los tallos con descontento. La sabia retirada suspiró.
—Es una decisión difícil. Por lo que hemos visto, dudo mucho de que nuestro huésped esté dispuesto a ir.
Sara estaba a punto de decirle a la anciana adónde podía irse ella, con su intención de entrometerse en la vida de un hombre. Pero en ese instante el objeto de sus deliberaciones bajó el brazo. Miró a Ariana y Sara, cogió uno de los dibujos.
Gimió, tragó saliva, frunció el ceño en un gesto de intensa con-centración.
Todos lo miraron. El hombre alzó el dibujo que mostraba la nave-estelar entre árboles astillados. Apoyó el índice y gimió de nuevo.
Miró los ojos de Sara con expresión de súplica.
—Ir —susurró.
Después de eso, la discusión del plan de Sara parecía del todo fuera de lugar. «Seguiremos río arriba —pensó—. Sirva mi plan o no, no pienso regresar a Dolo en el próximo barco. Iré a ver a los incursores.
»Pobre papá. Él sólo quería criar un equipo de buenos papeleros. Ahora sus hijos se lanzan al peligro sin vacilar.»
Engril y Bloor el retratista llegaron pronto, con las herramientas propias de sus respectivos oficios.

Bloor era un hombre de tez clara con bucles de cabello rubio sobre los hombros. Sus manos estaban manchadas después de años de preparar sustancias químicas, creando las delicadas emulsiones que exigía su arte. Alzó una delgada lámina de metal, de la anchura de su palma, donde titilaban líneas y depresiones. Desde ciertos ángulos, esas formas recortadas con ácido se fundían para formar perfiles de luces y sombras.

—Se llama proceso Daguerre —explicó—. Se trata de una técnica sencilla para crear imágenes permanentes. Uno de los primeros métodos fotográficos inventados por los lobeznos humanos, en la vieja Tierra. Eso dicen, al menos, nuestros libros de referencia. En la actualidad no empleamos este procedimiento para los retratos, pues entraña más dificultad que el uso del papel.

—Y el papel se deteriora —añadió Ariana Foo, aceptando la placa y haciéndola girar en sus manos. En el metal estaba trazado el retrato de una guerrera urs de alto rango, con ambos esposos fuera del mar-supio, posados sobre sus hombros en actitud formal. La hembra tenía el sinuoso pescuezo pintado con franjas zigzagueantes, y empuñaba una ballesta con ambos brazos, como si acunara a una amada hija-de-olor.

El retratista asintió.

—Los papeles que produce el padre de Sara están garantizados para desintegrarse en menos de un siglo, sin dejar rastros que traicionen a nuestros descendientes. Este daguerrotipo de muestra es uno de los pocos que no hemos enviado a los sumideros de escoria desde que la Comuna fortalecida comenzó a fomentar un respeto más amplio por la ley. Tengo una autorización escrita para conservar esta excelente muestra. ¿Ves los finos detalles?

Data de poco antes de la tercera guerra entre urs y humanos. La hembra del retrato es una cacique de las tribus sools, según tengo entendido. Observad los tatuajes en la garganta. Magnífico ejemplo. Tan nítido como el día en que se tomó.
Sara examinó la placa que le pasaba Ariana.
—Conque nadie ha usado este proceso en Jijo desde entonces.
—No es así —dijo Bloor—. Todos los miembros de mi gremio crean un daguerrotipo cada uno, como parte del trabajo de maestría. Casi todos son enviados al Sumidero, o entregados a herreras urs para que los fundan. Pero de esta forma la habilidad se conserva. —Abrió un morral de cuero que tenía a sus pies. Se oyó un tintineo de frascos—. Aquí hay suficiente ácido y fijador para tratar y revelar varias docenas de láminas, pero sólo tengo veinte placas.
Sara pensó en esa posibilidad. Todo lo que el hombre herido hacía parecía reflejarse en nuevas implicaciones. ¿Ahora se reía de la tosquedad de esa tecnología fotográfica, o estaba fascinado por su ingenio? ¿El chispeante deleite de sus ojos era una reacción ante la imagen de una guerrera salvaje, cuyo arco y lanza habían sido un flagelo en esos tiempos de luchas heroicas, cinco o diez generaciones atrás?
Ariana Foo se frotó la barbilla.
—Veinte placas no son muchas. Digamos que puedes obtener buenas imágenes con sólo la mitad...
—Una estimación generosa, sabia mía, pues la técnica requiere períodos de exposición prolongados. Espero usar una lente grande. Aun así, se requiere mucha destreza para lograr que los sujetos desprevenidos permanezcan quietos varios duras.

Ariana gruñó.
—Media docena de éxitos, pues. Y varios se deben entregar o mostrar a los incursores, para que la amenaza sea creíble.
—Se pueden hacer copias —intervino Engril, señalando su propia bolsa llena de herramientas.
—Sin duda —replicó Ariana, frunciendo el ceño—. ¿Pero con cuánta degradación? ¿Serían creíbles como prueba, especialmente después de permanecer almacenadas en condiciones inciertas durante un millón de años o más? Estamos hablando de períodos muy extensos, para que la amenaza resulte creíble.
—No necesitaremos copias —dijo Sara—. Sería bueno tenerlas, pero bastará con mostrar los originales. Tendrán que suponer que tenemos muchas otras. —Se volvió hacia Bloor—. Pero llegamos a un punto crucial. ¿Pueden conservarse durante un millón de años?
El retratista se apartó un mechón de cabello rubio. Emitió un gemido gutural que parecía un suspiro qheuen.
—Si me obligas a hacer una conjetura, diría que sí, en condiciones de almacenaje apropiadas. Este metal se oxida formando una capa protectora. ¿Pero por qué me lo preguntas a mí? —Rió nerviosamente, mirándolas a ambas—. No habláis en serio, ¿verdad? Una amenaza es una cosa. Estamos tan desesperados que debemos echar mano de todos los recursos. ¿Pero de veras creéis que podemos almacenar pruebas contra los incursores hasta la próxima inspección galáctica?
El médico g'Kek torció dos tallos oculares para mirar en direcciones opuestas.
—Parece que hemos entrado en nuevos ámbitos de herejía —dijo, con enfáticos silbidos en gal-seis.

Ariana Foo se echó a reír. Sara parpadeó sorprendida.
«No. Es mi plan. ¿Qué pensaría Lark?»
Sara lanzó una carcajada, asombrada por lo irónico de la situación. Y el forastero la acompañó, riendo con familiar jovialidad.
Sara trató de convencerse.
«La alegría es contagiosa. Se está riendo porque los demás se ríen, no porque entienda.»
Notó que algo había cambiado, que ya no ansiaba fervientemente el milagro de que él comenzara a hablar.
Tal vez ahora tenía miedo. Miedo de lo que él pudiera decir.

Retrospectivamente, tal vez fue un error haber luchado tanto, y durante tanto tiempo, para suprimir los poderes psi entre los Seis.
Durante los largos milenios de nuestro exilio, parecía lo más aconsejable. ¿Acaso nuestro objetivo no era permanecer ocultos, sin llamar la atención? Para ocultar nuestras obras y nuestras personas de las fisgonas cámaras del cielo, teníamos que construir modestamente, en armonía con la naturaleza, y dejar que la ley del cuadrado inverso hiciera el resto. La distancia disipa la luz democráticamente, cegando a quienes buscan desde lejos sin mirar.
Pero los canales psi no son lineales sino aleatorios. Eso afirman los libros en que confiamos, los libros impresos por los humanos, quienes admiten que su especie sabía muy poco sobre el tema cuando sus antepasados huyeron a este lugar lejano y prohibido.
Según la leyenda, las especies galácticas han desarrollado esos canales durante mil millones de años. Poseen tecnologías enteras basadas en ellos, y crían a sus pupilos para producir adeptos, alentando linajes con talento psíquico tal como algunos g'Keks estimulan rasgos especiales en sus zookirs.
Cuando el Huevo Sagrado nos entregó su mayor don —los rewqs que nos ayudan a entender las emociones más sutiles de los demás—, muchos entre los Seis temieron que estas criaturas simbióticas funcionaran penetrando en nuestros pensamientos por vía psíquica, lo cual volvería más detectable nuestro enclave de refugiados. A pesar de que hay pruebas satisfactorias de que no es así, esa vieja

difamación ha regresado y ha suscitado nuevos enfrentamientos entre nosotros.
Algunos alegan que el Huevo Sagrado mismo pudo haber causado nuestra ruina. A fin de cuentas, algunos de los Seis han estado aquí miles de años. ¿Por qué los piratas llegan ahora, sólo un siglo después de la aparición del Huevo? ¿Habrán sido atraídos por el poder de su sabiduría y voluntad?
Otros señalan que hoy sabríamos mucho más sobre nuestros invasores si hubiéramos criado adeptos *propios, en vez de los pocos* e inciertos sensitivos y escrutadores de la verdad que tenemos hoy.
Lamentarse ahora no serviría de nada. Sería como añorar los anillos que nuestros antepasados presuntamente abandonaron, simplemente porque esos toroides estaban manchados con el pecado.
¡Cuántas cosas nos permitían hacer *esos* anillos, según la leyenda! Correr en el viento, ágiles como urs. Nadar como qheuens y caminar bajo el mar. Tocar y manipular el mundo en todos los niveles de su múltiple textura. Ante todo, enfrentarnos a este siniestro y temible universo con una confianza hormonal y egocéntrica que era plena y biológicamente serena. Ninguna incertidumbre acuciaba nuestra compleja comunidad de yoes. Sólo la egolatría imponente de un «yo» central y confiado.

DWER

Los qheuens azules de las montañas tenían tradiciones diferentes de aquellas primas que vivían detrás de la gran represa de Dolo. Allá los ritos de transixión siempre parecían informales. Los niños humanos de la aldea cercana jugaban con sus quitinosos amigos, mientras los adultos compartían cerveza de néctar y celebraban festejos.

En este santuario alpino, los cánticos y ritos eran más solemnes.

Los huéspedes incluían al médico g'Kek local, algunos exploradores traekis y una docena de vecinos humanos, que se turnaban para
mirar la cueva de larvas por una ventana de vidrio urs. Los hoons que pescaban en el lago de la represa habían enviado sus disculpas habituales. La mayoría de los hoons sentía una incurable aprensión ante el modo qheuen de reproducción.

Dwer estaba allí por gratitud. De no haber sido por esa amable colmena, tendría muñones en vez de dedos. Además, la ocasión era un recreo en medio de los tensos preparativos con Danel Ozawa. Cuando lo llamó Lengua Talladora, la matriarca local, Dwer y Danel se inclinaron ante ella y ante el tutor humano, el señor Shed.

—Felicitaciones a ambos —dijo Ozawa—. Que tengáis una buena tanda de graduados.

—Gracias, honorable sabio. —El áspero suspiro de Lengua Talladora parecía tenso. Como hembra principal, había puesto más de la mitad de los huevos. Muchas de las sombras que palpitaban al lado serían su prole. Después de una espera de veinte años, era bastante

normal que estuviera nerviosa.
El señor Shed no tenía ninguna inversión genética en los jóvenes qheuens que se transformaban al lado, pero su rostro estaba lleno de angustia.
—Sí, una buena carnada. Varios serán excelentes estudiantes, cuando sus caparazones se endurezcan y adopten nombres.
—Dos ya son precoces mascadores de madera —añadió Lengua Talladora—, aunque creo que nuestro tutor se refiere a otras aptitudes.
El señor Shed asintió.
—Cuesta abajo hay una escuela donde las tribus locales envían a sus niños más brillantes. Elmira será candidata, si consigue...
La matriarca lanzó un chistido de advertencia.
—¡Tutor! Resérvate tus apodos privados. ¡No ofendas a las larvas en este día sagrado!
El señor Shed tragó saliva.
—Pido disculpas, matrona.
Se meció hacia los lados, como un niño qheuen a quien han sorprendido robando un pez del criadero.
Afortunadamente, un camarero traeki llegó con un caldero de néctar de vel. Humanos y qheuens rodearon la mesa. Pero Dwer notó que Ozawa se sentía igual que él. Ninguno de los dos tenía tiempo para celebraciones mientras se preparaban para una misión tan seria.
«Una lástima», pensó Dwer, viendo que el traeki llenaba cada copa con un líquido distinto para cada raza, usando su anillo de síntesis química. Pronto reinó un ánimo más alegre en la cámara. Lengua Talladora se reunió con los festejantes, dejando a los tres humanos junto a la ventana.
—Así es, mis bellezas. Hacedlo despacio —murmuró el

erudito consagrado a enseñar lectura y matemáticas a los niños qheuens, una larga tarea, dadas las décadas que las larvas pasaban en una cámara llena de fango, devorando insectos y absorbiendo lentamente los hábitos mentales de los seres sapientes. Para sorpresa de Dwer, el señor Shed se deslizó un rewq funcional sobre el rostro. Últimamente, la mayoría de esas criaturas hibernaban o habían muerto. Dwer casi nunca usaba rewq, pero aun así la noticia era alarmante.

Dwer miró por la ventana convexa. Un estanque grasiento ocupaba el centro de la habitación contigua. Siluetas borrosas corrían a izquierda y derecha como en nerviosa búsqueda. Habían sido los amados discípulos del señor Shed pocos días atrás, y algunos lo serían de nuevo, después de la transixión que los volvería qheuens adolescentes. Pero este juego se remontaba a millones de años, antes que los instructores de la raza qheuen los convirtieran en navegantes estelares. Tenía su propia y sangrienta lógica.

—Está bien, niños, con cuidado...

El esperanzado suspiro de Shed se convirtió en un gemido cuando el estanque burbujeó con una espuma fangosa. Formas agusanadas salieron del agua. Dwer vio una forma que ya tenía cinco lados y agitaba tres patas bajo un reluciente caparazón color aguamarina. El nuevo caparazón llevaba marcas de arañazos recientes. Arrastraba jirones de tejido blanco, el cuerpo larval que debía abandonar.

Según la leyenda, los qheuens que aún surcaban las estrellas tenían maneras de facilitar este proceso con máquinas y entornos artificiales, pero en Jijo la transixión era muy similar a cuando los qheuens eran animales

inteligentes que cazaban en los bajíos de su mundo natal. Dwer recordó que había regresado a casa llorando la primera vez que vio una transixión, buscando consuelo y comprensión en su hermano mayor. Aun entonces, Lark se había mostrado serio, culto y un poco pedante.

—Las razas sapientes tienen muchos sistemas de reproducción. Algunas concentran sus esfuerzos en determinados vástagos, que son preferidos desde el principio. Cualquier buen padre es capaz de dar la vida por salvar a su hijo. Los hoons y los g'Keks son como los humanos, en este enfoque de «Clave Alta». Los urs se reproducen como peces en el mar, y son de «Clave Baja»: mandan hordas de vastagos a vivir en el bosque salvaje, hasta que los sobrevivientes regresan a sus parientes sanguíneos. Los primeros colonos humanos consideraban que esta costumbre urs era despiadada, mientras que muchos urs veían nuestra costumbre como paranoica y excesivamente sentimental. Los qheuens representan el término medio. Se preocupan por sus vastagos, pero también saben que muchos miembros de la camada deben morir para que otros sobrevivan. Es una tristeza que brinda sabor a la poesía qheuen. En verdad, creo que los qheuens más sabios comprenden la vida y la muerte mejor que los humanos.

A veces Lark se dejaba llevar por su entusiasmo. Aun así, Dwer encontraba cierta verdad en lo que decía. Pronto los miembros de una nueva generación saldrían del húmedo criadero a un mundo que les secaría el caparazón y los haría ciudadanos. O bien no habría sobrevivientes. De un modo u otro, el sabor agridulce era tan intenso que alguien que usara un rewq, como el señor Shed, tenía que ser loco o masoquista.

Le tocaron el hombro. Danel. Le hizo señas. Debían marcharse cortésmente antes de que reanudaran los ritos. Tenían que hacer muchos preparativos, incluido el Legado que llevarían más allá de las montañas.
Esa mañana Lena Strong había regresado del Valle con otra joven que Dwer reconoció con turbación —Jenin, una de las robustas hermanas Worley—, junto con libros, semillas y tubos sellados. También esperaba a Rety, pero Lena le informó que los sabios querían conversar un poco más con la muchacha.
No importaba. Con o sin ella como guía, Dwer era el responsable de llevar la expedición a destino.
¿Y una vez allí? ¿Habría violencia? ¿Muerte? ¿O un valiente comienzo?
Suspirando, Dwer siguió a Ozawa.
«Ahora nunca sabremos si Sara tenía razón, o si era Lark quien estaba en lo cierto.»
Si los Seis seguirían el Camino Bajo, o el Alto.
«A partir de ahora, sólo se trata de sobrevivir.»
A sus espaldas, el señor Shed apoyó las manos en el vidrio, la voz ronca de angustia por vidas que no le correspondía adorar ni llorar legítimamente.

EL FORASTERO

Se pregunta cómo sabe lo que sabe.
Antes era fácil, cuando el conocimiento venía en paquetes compactos llamados palabras. Cada una tenía una gama de significados, con matices variados y complejos. Si las unía a otras, servían para comunicar una multitud de conceptos, exhortaciones, emociones.
Y también mentiras.

Parpadea al recordar esta palabra con la facilidad con que antes recordaba muchas otras. La hace rodar en la lengua, reconociendo simultáneamente la forma y el significado, y esto le provoca una mezcla de alegría y admiración. Se admira al imaginar que en el pasado dominaba este proceso, que era capaz de usar un sinfín de palabras que conocía con sólo exhalar el aliento.

Disfruta de ésta y la repite varias veces.

Mentiras... Mentiras... Mentiras...

Y el milagro se repite cuando aparece otra palabra emparentada. Mentirosos... Mentirosos...

Ve sobre sus rodillas el boceto arrugado, ahora nuevamente alisado, el detallado dibujo de figuras humanas de rostro expresivo, mirando desdeñosamente por encima de una muchedumbre multirracial de seres primitivos. Los recién llegados llevan uniformes con emblemas brillantes que le resultan familiares.

El tenía un nombre para esta gente. Un nombre, y también motivos para eludirla.

¿Entonces por qué había ansiado encontrarse con ellos en el pasado? ¿Y por qué con tanto afán? Era como si algo aflorase desde su interior. Una urgencia. Una necesidad de viajar, a cualquier precio, hasta el valle lejano que aparece en el dibujo. Ir a enfrentarse con los que ha dibujado en un papel blanco y arrugado. El viaje había parecido sumamente importante, aunque ahora no recuerda por qué.

Una bruma le enturbia la memoria. Cosas que eran vividas en su delirio ahora son apenas imágenes fugaces: una estrella rodeada por una estructura titánica, una construcción consistente en un sinfín de ángulos y planos divididos, encerrando el crujiente calor de un sol rojizo en

un laberinto de superficies planas, o un mundo de agua donde abundan las islas de metal y el mar es un veneno lento, o un lugar árido en el espacio, lejos de los oasis profundos donde se congrega la vida. Nada vive en esa playa de esquisto, lejos del brillante brazo espiralado. Pero en medio de la extraña llanura se apiña un vasto conglomerado de formas globulares y resplandecientes que flotan fuera del tiempo como lunas.

Su mente huye de esta última impresión y vuelve a sepultarla con otros recuerdos que sólo son reales a medias. Perdiéndola junto con su pasado, y casi ciertamente con su futuro.

XIII

EL LIBRO DEL MAR

Los seres sapientes sienten la tentación de creer en un propósito: que existen en el universo por una razón.
Para servir a algo más grande, una raza o clan, instructores o dioses, o un fin estético.
O bien buscan objetivos individuales:
riqueza y poder,
reproducción
o mejoramiento de un alma personal.
Los filósofos dicen
que esta búsqueda de propósito
es mera vanidad,
una frenética necesidad de justificar
el impulso heredado de existir.
¿Pero por qué nuestros antepasados
nos trajeron aquí, tan lejos de la raza, el clan,
los instructores, los dioses, la riqueza o el poder, sino para servir a un propósito más alto que todas estas cosas?
Rollo de la Contemplación

LA NARRACIÓN DE ALVIN

Siempre me he considerado un chico de ciudad. A fin de cuentas. Wuphon es el puerto más grande del sur, con más de dos mil almas, si contamos a los granjeros y recolectores. Crecí cerca de dársenas, almacenes y grúas. Aun así, admito que la grúa de lanzamiento es enorme. Una forma larga y grácil hecha de cientos de tubos de gu curado, montada en cuestión de días por un equipo de carpinteros qheuens, que escuchaban cortésmente cada vez que Urdonnol los criticaba por apartarse del diseño que aparecía en la página quinientos doce de su precioso texto, *Maquinaria terrana anterior al Contacto, parte VIH: levantamiento de pesos sin gravedad.* Luego, con un respetuoso giro de sus cúpulas, los qheuens seguían montando la grúa a su manera, aplicando lecciones aprendidas en la vida real.

«Urdonnol debería ser más flexible —pensé mientras observaba la frustración de la huraña asistente de Uriel—. Es verdad que los libros contienen mucha sabiduría, pero esa gente no está trabajando con titanio. Somos renegados que deben adaptarse a los tiempos.»

Me alegró que nuestra compañera Ur-ronn quedara satisfecha con la obra, después de mirar y oler cada brazo, viga y polea. Aun así, hubiera preferido que Uriel estuviera allí, supervisando la obra como en los dos primeros días, cuando nuestro grupo acampó a la sombra de Roca Terminal.

La maestra herrera era exigente y minuciosa, y con frecuencia insistía en que un trabajo se repitiera una y otra vez, hasta quedar perfecto.

Supongo que en principio debíamos sentirnos molestos por

la prepotencia con que se hizo cargo de lo que era nuestro proyecto privado. Pero no fue así. O al menos no del todo. Su atención al detalle
era irritante, pero cada vez que Uriel aprobaba algo, crecía mi confianza en que regresaríamos vivos. Me decepcionó que se marchara.
Una mensajera urs entró en el campamento —jadeante, exhausta, incluso sedienta, por amor de Ifni— con un sobre para Uriel. Al leer el mensaje, se llevó aparte a Tyug, el traeki, y le habló en susurros. Luego se marchó al galope de regreso a su forja.
Desde entonces, las cosas no cambiaron tanto. El plan continúa paso a paso. Pero nuestro ánimo no es el mismo, sobre todo porque nuestra primera inmersión de prueba casi terminó con su pasajero.
Para entonces la grúa era un objeto bello, tan grácil que nunca se adivinaría que dieciséis pernos de acero gruesos como mi pulgar lo anclaban al saliente, que se extendía a gran distancia sobre las azules aguas de la Grieta. Un gran tambor contenía más de treinta cables de la mejor estacha de Uriel, y todo terminaba en nuestra nave parda, que bautizamos *Sueño de Wuphon,* con la esperanza de aplacar a nuestros padres y a los lugareños que consideran que cometemos blasfemia.
Otra grúa se yergue junto a la primera, conectada a un tambor aún más grande. Esta no tiene que soportar el peso del batiscafo, pero su función es igualmente vital, pues mantiene un tramo de manguera doble, libre de enredos, unido a nuestra nave, para que entre aire fresco y salga el aire viciado. Nunca tuve la oportunidad de preguntar de qué están hechas las mangueras, pero son mucho más fuertes que las vejigas de skink cosido que planeábamos

usar cuando comenzamos a organizar esta aventura.
Uriel introdujo otros cambios: un gran regulador de presión, juntas resistentes y un par de faroles eiks para arrojar haces de luz allí donde nunca llega la luz del sol.
Una vez más me pregunté de dónde salía todo aquel equipo.
Nos sorprendía que Uriel no hubiera intervenido mucho en la construcción del batiscafo, hecho con un tronco de garu ahuecado, con la bella ventana de Ur-ronn en un extremo. En el frente instalamos dos brazos con goznes que Ur-ronn copió de un libro. Nuestra nave también tenía cuatro ruedas, de modo que pudiera avanzar por el lodoso fondo del mar.
Incluso equipadas con orugas anchas, las ruedas resultaban familiares, sobre todo para Huck. Las había conservado como recuerdos privados de la destrucción de su hogar, cuando sus padres g'Keks murieron en ese alud. Con su típico cinismo, las llamó «Tía Roo-ben», «Tío Joovoon Izquierdo» y «Tío Jovoon Derecho». La cuarta era «Papá», hasta que le hice abandonar ese humor negro, y denominarlas del uno al cuatro.
Habitualmente, el uso de ruedas sería imposible sin tecnología
galáctica. Un eje giratorio desbarraría cualquier junta. Pero la macabra colección de componentes de Huck ofrecía una solución. Esos maravillosos cubos magnéticos y husos motivadores g'Keks se pueden poner en ambos lados del casco sin perforar la madera. Huck manejará el par de ruedas delanteras, mientras que yo usaré una manivela rotativa para mover las traseras.
Esto cubre todas nuestras tareas durante una inmersión, excepto el «capitán» Pinzón, cuyo mundo de brillante agua

azul atravesaremos en nuestro camino a profundidades que ningún qheuen ha visto desde que su nave furtiva se hundió hace más de mil años. Su lugar está en el morro del vehículo, controlando las lámparas eiks y gritando órdenes al resto.

¿Por qué está él a cargo? Pinzón no ha leído suficientes cuentos del mar y del espacio como para saber que ésa es una buena definición del capitán, aquel a quien conviene escuchar cuando unos segundos significan la diferencia entre la vida y la muerte.

Tendría que esperar un tiempo, sin embargo, antes de tomar el mando. Nuestra primera inmersión de prueba tuvo un solo pasajero, un voluntario que había nacido literalmente para esa tarea. Esa mañana, el traeki Tyug dejó un rastro de oloromonas para atraer a la pequeña pila parcial, Ziz, desde su corral hasta el sitio donde aguardaba *Sueño de Wuphon,* reluciendo al sol. El casco de garu bruñido de la nave despedía un brillo encantador. Lástima que el cielo azul que lo hacía brillar así se considera de mal agüero.

Parecía deslumhrar a los curiosos que nos miraban desde un risco cercano. Eran hoons de Wuphon, más algunos qheuens rojos y urs locales, y tres humanos que debían de haber viajado durante tres días desde la Vaguada, todos ellos dispuestos a propagar rumores contradictorios acerca de la nave que había aterrizado en el norte. Uno dijo que en el Valle todos habían muerto, ejecutados sumariamente por vengativos jueces galácticos. Otro afirmó que el Huevo Sagrado había despertado del todo. Otros sostenían que las luces que se veían en el cielo eran las almas de los afortunados que estaban en Asamblea cuando los justos entre los Seis fueron transformados y enviados como

espíritus a sus antiguas moradas en las estrellas.
Que me rasuren las piernas si algunas de esas historias no eran tan bellas como para hacerme desear que yo las hubiera inventado.
No todos los mirones iban a protestar. Algunos iban por curiosidad. Huck y yo nos divertimos con Howerr-phuo, quien es primo segundo por adopción de la madrastra más joven del alcalde, pero que había abandonado la escuela porque no le gustaba el olor del señor Heinz, aunque todos saben que Howerr-phuo es un perezoso, y de todos modos no tiene derecho a quejarse de la higiene de los demás.
En un momento dado Howerr-phuo subió a preguntar por el *Sueño* y su misión. Preguntas corteses, sí, pero apenas parecía oír nuestras respuestas.
Luego quiso hacer preguntas sobre los traekis, señalando a Tyug, que alimentaba a Ziz en su corral.
Aunque tenemos un farmacéutico en Wuphon, hay cierto misterio en los seres anulares. Huck y yo pronto entendimos qué se proponía Howerr-phuo. Él y sus amigotes habían hecho una apuesta sobre la vida sexual traeki, y lo habían elegido para que nos consultara a nosotros el tema como expertos locales.
Guiñándonos el ojo, Huck y yo pronto le quitamos de la cabeza las tonterías que se imaginaba, y luego procedimos a llenarla con nuestra propia versión. Howerr-phuo se quedó pasmado. Mirándose furtivamente los pies, se largó para revisarse en busca de «esporas anulares», temiendo que le crecieran pequeños traekis en sitios donde no se había lavado bien.
No me siento muy culpable por eso. Cualquiera que tenga el viento en contra cuando se cruce con Howerr-phuo de ahora en adelante nos lo agradecerá.

Iba a preguntarle a Huck si alguna vez habíamos sido tan tontos, y entonces me acordé. ¿No me convenció una vez de que un g'Kek puede ser su propio madre y padre? Juro que en ese momento sonaba convincente, aunque aún no entiendo cómo.

Los primeros días los espectadores permanecían en la arena detrás de una línea que había trazado Uriel con su bastón de sabia. Nadie dijo gran cosa mientras la maestra herrera estuvo presente. Pero cuando ella se fue, algunos se pusieron a gritar consignas, alegando que el Sumidero es sagrado, no un lugar para que unos engreídos vayan a curiosear. Cuando llegaron los humanos de la Vaguada, las protestas se organizaron mejor, con carteles y consignas coreadas al unísono.

Me pareció muy interesante, como una escena de *Verano del amor,* o *Cosas del porvenir,* llenas de ferviente apoyo a una causa. Para un humitador como yo, nada es más súper que preparar una aventura contra la opinión popular. Creo que casi todos los relatos románticos que he leído trataban sobre héroes intrépidos que perseveraban a pesar de la oposición de padres, vecinos o figuras de autoridad. Me recordaba el libro de donde viene mi apodo, donde la gente de Diaspar intenta impedir que Alvin estableciera contacto con sus primos perdidos de la lejana Lys. O cuando los lysianos no querían que él regresara a casa con noticias de su aislado mundo.

Sé que es una historia ficticia, pero alimentaba mi resolución. Huck, Ur-ronn y Pinzón sentían lo mismo.

En cuanto a la muchedumbre... Bien, sé que la gente puede ser irracional cuando tiene miedo. Incluso traté de contemplarlo desde su punto de vista. De veras, lo intenté. Vaya, qué montón de condenados imbéciles, Ifni los

maldiga. Espero que todos reposen en mal líquido reductor y huelan vapores repugnantes.

XIV

EL LIBRO DE LA CUESTA

LEYENDAS

Se dice que los humanos de la Tierra pasaron muchas generaciones viviendo en un terror abyecto, creyendo miles de supercherías que ninguna persona sensata podría siquiera imaginar. Al menos, nadie que hubiera recibido la verdad en bandeja de plata, tal como fue servida a casi todas las razas sapientes de las Cinco Galaxias.
Los terrícolas tuvieron que averiguarlo todo por su cuenta. Lenta y penosamente.
Sin ayuda, los humanos averiguaron cómo funcionaba el universo y fueron abandonando la mayoría de las absurdas creencias que habían desarrollado durante su larga y oscura soledad:
— el derecho divino de reyes egocéntricos
— la ineptitud mental de las mujeres
— la idea de que un estado sabio lo sabe todo
— la idea de que el individuo siempre tiene razón
— la agridulce adicción que transforma una doctrina en algo sagrado por lo que vale la pena matar.
Estas y otras extravagancias al final se sumaron a las hadas y los ovnis en el cofre donde los humanos guardaron esas ideas pueriles. Un cofre muy grande. Aun así, los galácticos consideraban que los terrícolas eran primitivos supersticiosos, lobeznos sujetos a exóticos entusiasmos y convicciones raras e indemostrables.
Es irónica, pues, la inversión de papeles que vemos en Jijo,

donde los terrícolas encontraron a los otros cinco mucho más cerca del camino que ellos habían recorrido antes, regodeándose en un sinfín de fábulas, fantasías, rencores y extravagancias. A este remolino de supersticiones, los colonos de la Tabernáculo *aportaron algo más que libros de papel. También llevaron herramientas de lógica y verificación, las cosas que los terrícolas más se habían esforzado para adquirir.*

Más aún, con su propia historia en mente, los terrícolas se convirtieron en voraces coleccionistas de leyendas, mezclándose con los otros cinco para registrar cada historia y creencia, incluso las evidentemente falsas.

De su pasado lobezno nació esta rara mezcla: un escepticismo razonador, más un gusto por lo pintoresco, lo extraño y lo extravagante.

En medio de la oscuridad, los humanos saben que es demasiado fácil perder el rumbo, si uno se olvida de contar lo que es cierto.

Sin embargo, es igualmente importante no perder la capacidad de soñar, de entretejer las ilusiones que nos ayudan a abrirnos camino a través de esta noche.

Auph-hu-Phwuhbhu, *El arte del Exilio.*

El diminuto robot era una maravilla, ¿verdad, anillos míos? No era mayor que un ojo de g'Kek. Asediado por una horda de avispas de intimidad, parecía titilar bajo sus alas ondeantes, un producto de materia fría conquistado por ingenios vivientes.
Lester apartó los ojos de su texto, un antiguo volumen sobre tecnología galáctica.
—Bien, ahora sabemos por qué se llaman avispas de intimidad. ¿Habéis visto cómo revoloteaban sobre esa cosa? De lo contrario, dudo que hubiéramos sabido que estaba allí.
—Un dispositivo espía —dedujo Intuición Acerada, moviendo el caparazón para mirar de cerca—. Minúsculo y móvil, enviado para escuchar nuestro consejo. Habríamos estado indefensos, y todos nuestros planes se habrían revelado, de no ser por las avispas.
Phwhoon-dau accedió con un profundo gutureo.
—Hrrrm. Estamos habituados a verlas como pequeñas molestias, y su presencia es obligada en ciertas ceremonias. Pero los buyurs debieron de diseñar las avispas con este propósito: para patrullar sus ciudades y hogares, frustrando a los fisgones.
—El uso de una forma de vida diseñada (específicamente) para enfrentar una (fastidiosa) amenaza... sin duda, una actitud muy propia de los buyurs —añadió Ur-Jah.
Lester se inclinó para mirar las avispas, cuyas alas ondeaban frente a los ojos diminutos del robot, irradiando un laberinto de colores que a mí/nosotros nos recordaban un rewq.
—Me pregunto qué le muestran las avispas —murmuró

nuestro sabio humano.
Vubben habló por primera vez desde que las avispas atacaron al intruso.
—Tal vez exactamente lo que quiere ver— le sugirió confiadamente.
¿Recordáis, anillos míos, que todos asentimos, suspiramos o gutureamos respetuoso acuerdo? Vubben pronunció tan bien esas palabras, con tono tan sabio, que sólo luego me/nos preguntamos: «¿Qué? ¿Qué habrá querido decir con eso?»

LARK

Durante dos mil años de colonización ilícita, Lark no fue el primer miembro de los Seis que voló. Ni siquiera fue el primer humano.

Poco después de que la nave *Tabernáculo* se hundiera en el Sumidero, hombres y mujeres se remontaron como cometas, cabalgando en los vientos costeros hasta los nevados picos de la cordillera de los Linderos. En esos tiempos, se usaban aerovelas que aprovechaban las corrientes y elevaban a bravos pilotos que escrutaban el nuevo mundo desde los cielos.

El último y sedoso deslizador ahora descansaba en una vitrina del museo de Biblos, una maravilla para los ojos, hecha de materiales místicos —carbono monomolecular y polímero tejido— que ni siquiera los genios más brillantes del Gremio de Químicos serían capaces de reproducir, aunque los sabios lo permitieran.

El tiempo y los accidentes acabaron al fin con todos los demás, y las generaciones humanas posteriores tuvieron que hollar el suelo como el resto, eliminando una nueva causa de envidia entre los Seis, aunque después, desde la Gran Paz, algunos jóvenes ambiciosos arriesgaron la vida en frágiles bastidores de bu hueco, cubiertos con tejidos de algodón wic. También jóvenes urs montaron en globos, elevándose en bocanadas de aire caliente. A veces el triunfo causaba cierta sensación, pero ninguno de esos esfuerzos tuvo un efecto duradero. Los materiales disponibles eran demasiado pesados, débiles o porosos. El viento era demasiado intenso.

Algunos, con ferviente piedad, afirmaban que esto era bueno. El cielo no era el sitio donde encontrar la redención,

ni las vanidades del pasado.
Lark normalmente aceptaba el punto de vista de la ortodoxia, pero en este caso tenía sus dudas.
«Un sueño modesto: surcar unas pocas leguas por el aire. ¿Es tanto pedir, cuando antes teníamos las estrellas a nuestro alcance?»
Nunca había perdido tiempo en fantasías ociosas. Lark nunca había esperado mirar las montañas de Jijo desde gran altura. «¡En cambio, miradme ahora!»
Ling había disfrutado de su expresión cuando le reveló el plan de ese día.
—Iremos a recoger especímenes que nuestros robots han atrapado. Luego, cuando los robots se alejen más, realizaremos excursiones de varios días.
Lark había mirado la máquina volante, una flecha esbelta de alas rechonchas que se desplegaron cuando salieron de la estación de investigaciones por un túnel estrecho.
Era típico de Ling ponerlo en esa situación sin previo aviso.
Mientras Besh cargaba provisiones, Kunn, el hombretón rubio, gritó:
—Vamos, Ling. Se hace tarde. Sube tu mascota a bordo o consíguete otra.
Lark disimuló sus emociones mientras la seguía rampa arriba. El interior tenía una luz brillante. No necesitó que los ojos se le adaptaran.
No queriendo pasar por patán, se dirigió a un asiento acolchado cerca de una ventana y acomodó la mochila. Se sentó despacio, encontrando que esa voluptuosa blandura no resultaba cómoda ni confortante. Era como haberse sentado en algo carnoso, extrañamente erótico. Poco después Ling aumentó su inquietud al ceñirle la cintura con una correa. El susurro de la escotilla de metal al cerrarse

le causó una sensación rara en los oídos, aumentando su desorientación.
Cuando se encendieron los motores, Lark sintió un cosquilleo en la nuca, como el aliento de un animalillo. Ahuyentó con la mano esa criatura imaginaria.
El despegue fue asombrosamente suave. Se alejaron con tanta rapidez que no pudo mirar el Valle y sus inmediaciones, ni buscar el oculto nido del Huevo. Cuando giró para apoyarse en la ventanilla, el continente ya pasaba bajo su mirada mientras enfilaban al sur a mucha más velocidad que una piedra catapultada. Minutos después se alejaron de esos cerros alpinos, flotando sobre una estepa ondulante como la superficie de un mar fosforescente. En un punto Lark localizó una manada de aplastatallos al galope, ungulados nativos de Jijo, que roncaron con angustia y se alejaron de la sombra fugaz del aerobote. Un grupo de pastoras urs estiró los sinuosos pescuezos con curiosidad y espanto. Cerca de los adultos, un grupo de jóvenes se enzarzaba en un remedo de batalla, sin mirar los cielos como sus mayores.
—Tus enemigos son criaturas gráciles —comentó Ling.
Lark la miró fijamente. «¿De qué está hablando ahora?»
Ling debió de interpretar mal esa mirada, pues se apresuró a añadir:
—Claro que lo digo en sentido muy limitado, tal como un caballo u otro animal pueden ser gráciles.
—Hmm. Qué lástima que tu visita disolviera la Asamblea. Normalmente ya estaríamos celebrando los juegos. Entonces hubieras visto auténtica gracia en acción.
—¿Juegos? Ah, sí. Vuestra versión de las legendarias Olimpíadas. Muchas carreras y saltos, supongo.
Él asintió con cautela.

—Se trata de competiciones de velocidad y agilidad. En otras se pone a prueba la resistencia, el valor, la adaptabilidad.
—Rasgos muy valorados por quienes dieron el ser a la humanidad —dijo Ling con una sonrisa condescendiente—. Supongo que no hay competencias entre las seis especies. Es decir, cuesta imaginar a un g'Kek corriendo más que una urs, o un qheuen saltando con pértiga. —Se echó a reír.
Lark se encogió de hombros. A pesar de la insinuación de Ling acerca de un tema sumamente importante —el origen de los humanos— había perdido interés en la conversación.
—Sí, supongo que sería difícil de imaginar.
Miró de nuevo por la ventana, observando la gran pradera: olas de hierba inclinada, bosquecillos de bu, oasis de árboles oscilantes, una distancia que una caravana tardaba días en recorrer pasó en pocos duras de vuelo. Entonces aparecieron las ardientes montañas de la cordillera meridional.
Besh, la piloto, ladeó la nave para tener una mejor vista del monte Ardor, sobrevolándolo en ángulo de tal modo que la ventanilla de Lark se inclinó vertiginosamente sobre una ladera de lava. Por un instante vio los hornos apiñados al pie de esa gran protuberancia. Construida para imitar los tubos de magma, la forja escupía una humareda similar a las fumarolas vecinas. Por supuesto, el camuflaje no estaba destinado a resistir un escrutinio tan cercano.
Lark se dio cuenta de que Besh compartía una mirada cómplice con Kunn, que encendió una de sus pantallas. Entre veintenas de luces rojas que seguían la forma de la montaña, una yacía en medio de un apiñamiento de

símbolos y flechas. Líneas punteadas señalaban pasajes subterráneos y talleres donde famosas herreras urs fabricaban herramientas con las aleaciones permitidas por los sabios, cuya calidad sólo era aventajada por las producidas más al sur, cerca del pico del monte Guenn.
«Increíble», pensó Lark, tratando de memorizar la cantidad de
detalles que figuraban en la pantalla de Kunn, para su informe a Les-ter Cambel. Evidentemente ese monitor espía tenía poco que ver con el objetivo manifiesto de esta misión: la busca de formas de vida avanzadas, posibles «candidatas». Por sus breves comentarios, Lark dedujo que Kunn no era biólogo. Algo en su postura y en sus movimientos le recordaba el modo en que Dwer recorría la selva, sólo que más mortífero.
Al cabo de generaciones de relativa tranquilidad, pocos hombres y mujeres de la Cuesta se conducían de esa manera. Todos tenían oficios y profesiones normales, pero todos sabían que su principal trabajo era circular todos los veranos de aldea en aldea, entrenando soldados humanos. Por si acaso.
Cada una de las otras cinco razas tenía especialistas similares. Combatientes entrenados. Su propósito era estar preparados. Una política prudente, pues en ocasiones se producían crisis menores: actos delictivos, tribus de irruptores, tensiones entre las colonias. Lo suficiente para que el «guerrero en tiempos de paz» no fuera una contradicción.
Tal vez lo mismo sucediera con Kunn. Su apariencia mortífera no significaba que estuviera necesariamente dispuesto a asesinar.
«¿Cuál es tu función, Kunn? —se preguntó Lark,

observando los símbolos que recorrían la pantalla y se reflejaban en el rostro del incursor—. ¿Qué estás buscando?»
El monte Ardor se alejó mientras la nave brincaba en un nuevo ángulo, sobrevolando una blancura brillante conocida como el Llano Arena Áspera.
Durante largo tiempo pasaron dunas ondulantes. Lark no vio caravanas en ese desierto chispeante, llevando correspondencia o mercancías a colonias aisladas de la Vaguada. Pero nadie que estuviera en su sano juicio recorría esas tórridas estepas de día. Ahí abajo había refugios ocultos que ni siquiera los rayos de Kunn lograrían detectar en esa cegadora inmensidad.
El deslumbramiento no era nada en comparación con la siguiente transición, cuando pasaron del océano de arena al Flujo Espectral, una borrosa extensión de colores cambiantes que hizo arder los ojos de Lark. Ling y Besh miraron protegiéndose los ojos, hasta que al fin desistieron, mientras Kunn protestaba por la estática de la pantalla. Lark se resistió al impulso natural de entornar los ojos, tratando de no enfocarlos como de costumbre. En una ocasión Dwer le explicó que era el único modo de ver en ese lugar donde los cristales exóticos arrojaban un fiero y cambiante resplandor.
Eso había sido poco después que Dwer ascendiera a maestro cazador, cuando regresó a casa para reunirse con Lark y Sara junto al lecho de su madre, durante la enfermedad que la consumió. Nelo había envejecido de la noche a la mañana. Melina no aceptaba comida durante esa última semana, y muy poca bebida. De sus dos hijos mayores, cuyas mentes había admirado desde que había llegado a Dolo para ser esposa del papelero, no parecía

necesitar nada. Pero de su hijo menor devoraba historias acerca de sus vagabundeos, las vistas, sonidos y sensaciones de lejanos confines de la Cuesta adonde pocos llegaban. Lark recordaba haber sentido celos al ver la satisfacción que las anécdotas de Dwer le proporcionaban en sus últimas horas, y haberse reprochado esos pensamientos indignos.

El recuerdo activado por esos colores hirientes le resultó doloroso.

Algunas personas crédulas decían que esas capas de piedra venenosa tenían propiedades mágicas, provocadas por milenios de efusiones volcánicas. Lo llamaban la «sangre de Madre Jijo». En ese momento, Lark casi creyó en la superstición, conmocionado por esa turbadora familiaridad. Era como si hubiera estado allí mucho tiempo atrás.

Con ese pensamiento, sus ojos se adaptaron, se abrieron, y el remolino de colores se resolvió en desfiladeros espectrales, valles fantasmales, ciudades etéreas, civilizaciones enteras, más vastas que los emplazamientos buyurs.

Empezaba a vivir plenamente la experiencia, cuando el borrón de la ilusión cesó de pronto y el Flujo Espectral se sumergió en el mar. Besh ladeó nuevamente la nave y los colores se disiparon como un sueño, reemplazados a la izquierda por un desierto de roca ígnea barrida por el viento.

La rompiente parecía una fabulosa carretera que señalara tierras desconocidas. Lark se desató el cinturón y cruzó el pasillo para mirar el gran océano. «Es inmenso», pensó. Pero esto no era nada en comparación con los enormes espacios que Ling y sus camaradas recorrían sin darles la

menor importancia. Entornó los ojos con la esperanza de localizar un transporte de escoria camuflado, sus velas verdosas al viento, llevando urnas sagradas a su reposo final. Desde esta altura, hasta podría vislumbrar el Sumidero, oscuras y azules aguas cubriendo una profundidad tan honda que su grieta podía absorber todos los excesos arrogantes de una docena de poderosas civilizaciones y bendecirlas con una especie de absolución, el olvido.

Ya habían llegado más lejos de lo que había ido Lark en toda su vida, buscando datos para sus insaciables diagramas. Aun buscando con ojo experto, encontró pocos rastros dispersos de presencias sapientes —una aldea pesquera hoon, un nido qheuen— entre grietas rocosas o pantanos cubiertos de raíces. A esa velocidad, cualquier detalle importante podía pasar en el tiempo en que se tardaba en caminar de ventanilla, cosa que él hacía con frecuencia mientras Besh maniobraba la nave de un lado al otro.

Los escasos signos de colonización cesaron cuando llegaron a la Grieta, pasando a varios cientos de tiros de flecha de la inconfundible Roca Terminal.

Imponentes peñascos y desfiladeros submarinos resquebrajaban esa comarca. Escabrosos promontorios alternaban con franjas de mar oscuro, como si una gran zarpa hubiera abierto surcos paralelos hacia el este, para formar una infranqueable barrera natural. Vivir más allá de esa frontera significaba ser un paria, maldecido por los sabios, los septs y el Huevo Sagrado. Pero el aerobote se alejó de la majestuosa demarcación, dejando atrás esos precipicios en pocos duras, como surcos menores en una carretera muy hollada.

Pronto pasaron legua tras legua de chaparrales arenosos donde se perfilaban restos de antiguas ciudades, erosionadas por el viento, la sal y la lluvia. Explosiones y rayos pulverizadores debían de haber destruido las poderosas torres cuando el último ocupante buyur apagó las luces. Con el tiempo, el incesante movimiento del Sumidero y sus volcanes destruiría incluso esos tocones.

El aerobote abandonó el continente, sobrevolando cadenas de islas brumosas.

Ni siquiera Dwer había soñado con llegar tan lejos. Lark decidió no mencionarle este viaje a su hermano sin comentarlo primero con Sara, quien entendía el tacto y el amor propio mejor que ambos hermanos varones.

Entonces recordó. «Sara está en Dolo. Tal vez Dwer esté cazando glávers e irruptores. Y cuando los incursores terminen su investigación, todos podemos perecer lejos de nuestros seres queridos.»

Lark se hundió en el asiento con un suspiro. Durante un rato lo había pasado bien. Maldita memoria, por recordarle cuál era la situación.

Durante el resto del viaje mantuvo una actitud serena y profesional, aun cuando aterrizaron cerca de bosques turbadoramente diferentes de los que él conocía, o mientras ayudaba a Ling a cargar jaulas llenas de extrañas y maravillosas criaturas. La profesionalidad era un placer que Lark todavía se permitía, el deleite en el estudio de la naturaleza. Pero la idea de volar ya no lo fascinaba tanto.

Anochecía cuando Lark regresó a su tienda cerca del Valle, donde Harullen lo aguardaba con noticias.

Esa silueta maciza ocupaba media tienda. Al principio, cuando lo vio en la entrada bajo el claro de luna, Lark pensó que era Uthen, su

amigo y colega. Pero el caparazón ceniciento de este qheuen no tenía las cicatrices de una vida de exploración del pasado de Jijo. Harullen era un ratón de biblioteca, un místico que hablaba con un tono aristocrático que evocaba a las reinas grises de antaño.
—Los celotes han enviado un mensaje —anunció el líder de los herejes, sin siquiera preguntar a Lark cómo le había ido.
—Ya era hora. ¿Y qué dicen?
Lark dejó su mochila y se desplomó en su catre.
—Como predijiste, desean una reunión. Será hoy a medianoche.
Ecos de la última palabra escaparon de los conductos parlantes del lomo, mientras el qheuen cambiaba de posición. Lark reprimió una protesta. Todavía debía redactar un informe para los sabios en el que resumiera todo lo que había averiguado. Además, Ling lo necesitaba temprano por la mañana, para ayudarle a evaluar los nuevos especímenes.
«¿Y ahora esto?
»Bien, ¿qué puedes esperar cuando juegas a la lealtad múltiple? Las viejas novelas ya decían que las cosas se pueden poner difíciles cuando sirves a más de un amo.»
Los acontecimientos se precipitaban. La organización rebelde secreta se ofrecía a hablar. No tenía más opción que asistir.
—De acuerdo —respondió—. Ven a buscarme cuando sea la hora. Ahora tengo trabajo.
El qheuen gris partió en silencio, salvo por un tenue chasquido de pinzas en el camino pedregoso. Lark encendió una cerilla que chisporroteó antes de prender la diminuta lámpara de aceite. Desplegó el escritorio portátil

que Sara le había dado cuando se graduó en la escuela Roney, en lo que en ese momento le parecía una era geológica atrás. Sacando una hoja del mejor papel de su padre, arrojó polvo negro de un palillo de tinta en un mortero de arcilla, mezcló el polvo con el líquido de un frasco y agitó la mezcla para deshacer los grumos. Usó la navaja para afilar su pluma. Hundió la punta en la tinta y se puso a redactar su informe.

Era verdad, comprobó Lark, durante una tensa reunión bajo el fulgor opalino de Torgen, la segunda luna. Con ciertas reservas, los celotes ofrecían una alianza con la sociedad de herejes de Harullen.

«¿Por qué? Los dos grupos tienen objetivos diferentes. Nosotros procuramos reducir, y finalizar, nuestra presencia ilegal en este frágil mundo. Los celotes sólo quieren el regreso del *status quo,* la restauración de nuestro secreto oculto, como antes de la llegada de los incursores. Y quizá, de paso, saldar viejas cuentas.»

Aun así, enviados de los dos grupos se reunieron en plena noche, cerca de una fumarola humeante, junto al sinuoso sendero que conducía al silencioso nido del Huevo. La mayoría de los conspiradores llevaban capas para ocultar su identidad. Harullen, uno de los pocos que poseían un rewq funcional, tuvo que quitárselo de la cúpula sensorial para evitar que la delicada criatura se quemara en esa atmósfera de tensa intriga. Los rewqs, criaturas de la Gran Paz, no eran adecuados para tiempos de guerra.

«¿O es porque los celotes no desean que veamos demasiado?», se preguntó Lark. No era casual que los rewqs se llamaran la «máscara que revela». Su hibernación casi universal era tan turbadora como el silencio del Huevo.

Antes de empezar, los celotes rompieron varias jarras, liberando enjambres de avispas de intimidad en toda la periferia, un antiguo ritual cuyos orígenes se habían perdido pero que ahora había cobrado un gran sentido, después de los descubrimientos de los últimos días. Entonces la portavoz urs del grupo se adelantó, hablando en galáctico dos.

—Tu asociación ve oportunidad en la (lamentada) llegada de estos delincuentes —acusó. Los silbidos y chasquidos quedaban sofocados por una cogulla que la cubría por completo salvo la punta del hocico. Aun así, Lark advirtió que era joven, y a lo sumo llevaba un esposo en su marsupio axilar. Su pronunciación denotaba que había recibido educación, tal vez en una de las academias de las llanuras donde las jóvenes urs, recién llegadas de la manada, se reunían a la vista de un volcán humeante para iniciarse en sus más refinadas artes. Una intelectual, pues. Llena de cultura literaria y embriagada con sus propias ideas.

«Sí —respondió una parte de él honestamente—. En otras palabras, no es tan distinta de ti.»

Harullen respondió al reto de la rebelde hablando en ánglico, toda una declaración política.

—¿Qué quieres decir con esa extraña proposición?

—Queremos decir que vosotros veis en estos alienígenas (indeseados, rechazados) la oportunidad de cumplir con vuestros propios objetivos.

La urs pateó el suelo con la pata delantera. Su insinuación provocó airados murmullos. No obstante, Lark ya lo había previsto.

El caparazón gris de Harullen rodó en un círculo ondulante. Un gesto traeki, que las criaturas anulares llamaban

«objeción a la acusación injusta».
—Insinúas que toleramos nuestro propio exterminio y el de todos los seres sapientes de Jijo.
La conspiradora urs imitó el movimiento, pero al revés. «Repetición de la condena.»
—Lo insinúo (enfáticamente). Lo afirmo (con brutal franqueza). Todos saben que esto es lo que vosotros los herejes (erróneamente) deseáis.
Lark se adelantó. Si el murmullo de los celotes incluía algunas provocaciones antihumanas, las ignoró.
—¡Esto no (negación reiterada) es lo que deseamos! —protestó, articulando mal el trino modificador en su prisa por hablar—. Hay dos motivos para ello —continuó, todavía luchando con el gal-dos—. Nuestra primera justificación (para la refutación) es que los alienígenas (codiciosos al extremo) no sólo deben eliminar a todos los testigos sapientes (del crimen/del robo) que pudieran atestiguar ante un tribunal galáctico. También deben eliminar todos los ejemplares nativos de cualquier especie (infortunada) que roben de Jijo. De lo contrario, sería embarazoso que un día, cuando los (necios) ladrones anuncien la adopción de una nueva raza pupila, tengan que enfrentarse a pruebas de que fue robada de este mundo. Cuando partan, deben exterminar la población original. Nos negamos (fervientemente) a permitirlo. El genocidio de los inocentes es precisamente el crimen que nuestro grupo (en abnegada virtud) se propone combatir.
Harullen y los demás herejes aprobaron a gritos. Lark tenía la garganta demasiado seca para continuar en galáctico dos. Había sido un gesto simbólico. Pasó al ánglico.
—Pero hay otra razón para resistirse al exterminio. No hay honor en dejarse matar. El objetivo de nuestro grupo es

lograr el acuerdo, un consenso para que los Seis hagan lo correcto de forma progresiva, indolora y voluntaria, por medio del control de natalidad, como un acto de nobleza y devoción hacia este mundo que amamos.
—El efecto, a la fostre, sería lo mismo —señaló la portavoz urs, pasando también al ánglico.
—No cuando al fin se revele la verdad. Y algún día tendrá que revelarse, cuando este mundo tenga nuevos ocupantes legales que se consagren a la labor común de la arqueología.
La declaración suscitó un desconcertado silencio. Hasta Harullen movió su cúpula hacia Lark.
—Exflícate, forfavor —urgió la rebelde urs—. ¿Qué diferencia significará la arqueología, cuando nosotros y nuestros descendientes hayamos desafarecido tiemfo atrás, y nuestros huesos fueblen el fondo del mar?
Lark se irguió, combatiendo la fatiga.
—Con el tiempo, a pesar de nuestros esfuerzos para respetar los Rollos y no dejar huellas permanentes, esta historia se contará. Incluso dentro de un millón de años, o diez, se sabrá que una sociedad de
irruptores vivió aquí, descendientes de seres egoístas que invadieron Jijo por razones olvidadas. Seres que no obstante trascendieron la necedad de sus antepasados y aprendieron en qué consiste la auténtica grandeza. He aquí la diferencia entre la búsqueda de una digna autoextinción y la aceptación de un vil asesinato. En aras del honor, y de las bendiciones del Huevo, la elección debe ser nuestra, de cada individuo, y no ser impuesta por un grupo de criminales.
Harullen y sus amigos estaban obviamente conmovidos. Gritaron, chistaron y guturearon. Lark incluso oyó algunos

murmullos de aprobación entre los encapuchados celotes. Sin necesidad de un rewq, notó que lograba ser convincente, aunque en el fondo ni siquiera él creía en sus propias palabras.
«La gente de Ling no parece temer a los arqueólogos de dentro de un millón de años.»
De hecho, a Lark tampoco le importaba si una oscura nota al pie decía cosas bonitas sobre los Seis en un futuro lejano. «Las leyes buenas no necesitan recompensas ni reconocimiento para ser justas. Son verdaderas y rectas en sí mismas, y se deben honrar aunque sepamos que nadie más está mirando. Aunque nadie lo sepa.»
A pesar de los fallos de la civilización galáctica, Lark sabía que las leyes que protegían los mundos en barbecho eran adecuadas. Aunque él había nacido transgrediéndolas, era su deber procurar que fueran obedecidas.
A despecho de sus palabras, en principio no objetaba que la gente de Ling eliminara a los testigos locales, si los medios eran incruentos. «Una plaga genética que nos permitiera conservar la vida pero nos dejara estériles.» Eso solucionaría el problema de los testigos, y también el problema de Jijo.
Pero Lark también tenía el deber de oponerse al robo genético de los incursores. Era un ultraje que en poco se diferenciaba de una violación. Con la aparente vacilación de los sabios, sólo la conspiración de los celotes parecía dispuesta a combatir la amenaza alienígena.
De ahí la apasionada mentira de Lark, destinada a crear confianza entre dos bandos extremistas muy diferentes. Quería llegar a un acuerdo con los celotes, por una razón. Si había planes, Lark quería opinar sobre ellos.
«Colabora por ahora», se dijo mientras hablaba, usando

sus mejores cualidades oratorias para aplacar toda sospecha, hablando persuasivamente en favor de la alianza.
«Colabora, pero mantén los ojos abiertos.
»Quién sabe. Quizás haya un modo de alcanzar ambos objetivos al mismo tiempo.»

El universo nos exige un sentido de la ironía.
Por ejemplo, todos los esfuerzos y la buena voluntad que forjaron la Gran Paz eran válidos en sí mismos. Las gentes de la Comuna fuimos mejores y más sabias gracias a ella. También suponíamos que obraría a nuestro favor si los inspectores galácticos venían a juzgarnos. Las naciones beligerantes causan más daño a su mundo que las que deliberan serenamente sobre el mejor modo de cuidar un jardín compartido. Sin duda pesaría a nuestro favor si éramos infractores afables y no rapaces.
Así razonábamos, al menos. ¿No es verdad, anillos míos? Mas, ay, no descendieron jueces del cielo, sino ladrones y embusteros. De repente debimos prestarnos a mortíferos juegos de intriga, y esas aptitudes no son lo que eran en tiempos previos a la Comuna y el Huevo.
¡Cuánto más capaces habríamos sido, de no haber establecido la Paz!
Hoy hemos redescubierto esta verdad con dolor, cuando una mensajera galopante nos mostró despachos de la forja de Uriel. Palabras de advertencia. Sombrías admoniciones que hablaban de portentos celestes, instándonos a prepararnos para una visita.
¡Tardía advertencia! Un aviso que ha llegado demasiado tarde.
Una vez, ciudadelas de piedra se irguieron en fríos picos, desde el norte de Biblos hasta las colonias tropicales de la Vaguada, enviando mensajes con espejos ingeniosos, más rápidos que las mensajeras urs más veloces, o incluso las raudas aves. Con sus señales, los humanos y sus aliados se movilizaban velozmente para la batalla,

compensando diestramente su inferioridad numérica. Con el tiempo, las urs y los hoons desarrollaron sus propios sistemas, ingeniosos a su manera. Hasta los traekis formamos una red de rastreadores de esporas aromáticas, para alertar de posibles peligros.
Ninguno de estos logros sobrevivió a la paz. Hasta hace poco, el comercio no requería medios tan costosos, aunque el año pasado los inversores hablaban de ocupar nuevamente esas frías cumbres de piedra, reiniciando la red de mensajes.
Si hubieran actuado más deprisa, ¿habríamos recibido a tiempo la advertencia de Uriel? ¿Habría cambiado eso nuestro destino?
Ah, anillos míos. Cuan vano es demorarse en posibilidades pasadas. Al margen del solipsismo, debe de ser la actividad más descabellada en que los seres unitarios derrochan su tiempo.

—-¿Tienes algo para mí?
Rann, el alto y severo líder de los humanos del cielo, la detuvo *con* la mano. En el crepúsculo, mientras el viento susurraba en un matorral de bu, Rety pensó que los callosos dedos de aquel hombre tenían el grosor de su muñeca. El claro de luna acentuaba los rasgos angulosos y el torso macizo de Rann. Rety trataba de disimularlo, pero se sentía insignificante en su presencia.
«¿Todos los hombres son así, entre las estrellas?»
Ese pensamiento la hizo sentir rara, como antes, cuando Besh le dijo que era posible eliminar sus cicatrices.
Primero habían sido malas noticias.
—No podemos hacer nada en nuestra pequeña clínica —le dijo la mujer incursora en la enfermería.
Rety se había pasado media mañana esperando, entre un g'Kek con una rueda torcida y rechinante y una urs vieja cuyos belfos goteaban un líquido gris. Rety trataba de mantener su sitio cada vez que la fila avanzaba. Cuando al fin la examinaron bajo luces brillantes y rayos penetrantes, sus esperanzas se derrumbaron.
—Estas lesiones dérmicas serían fáciles de reparar en casa —había dicho Besh—. La bioescultura es un arte elevado. Los expertos pueden modelar una forma agradable incluso a partir de un material primitivo.
Rety no se ofendió.
«Material primitivo. Eso es lo que soy, sin duda.» De todos modos, sentía una especie de embriaguez. ¿Y si la hechicería galáctica podía brindarle un rostro y un cuerpo como el de Besh, o el de Ling?
Se plantó donde estaba, negándose a moverse hasta que

Besh la dejó hablar.
—Dicen que podéis llevaros a algunos humanos con vosotros, cuando os vayáis.
Besh la miró con ojos del color de gemas pardas.
—¿Quién lo dice? —He oído rumores. —No deberías creer en todos los rumores.
¿Había énfasis en la palabra «todos»? Rety se aferraba a cualquier excusa para conservar la esperanza.
—También he oído que pagáis bien a las personas que os traen cosas que queréis, o noticias que necesitáis.
—Eso es verdad. -—Ahora los ojos parecían relucir. ¿Diversión? ¿Codicia?
—¿Y si la noticia es realmente valiosa? ¿Cuál sería la recompensa?
La mujer de las estrellas sonrió amistosamente.
—Depende de lo útil o valiosa que sea la información... no hay límite.
Rety sintió un escalofrío de emoción. Se metió la mano en el talego, pero Besh la detuvo.
—Ahora no —murmuró la mujer—. No es discreto.
Mirando a izquierda y derecha, Rety se dio cuenta de que había otros pacientes alrededor, y empleados de los incursores, miembros de los Seis que servían como asistentes en los muchos proyectos de los visitantes. Cualquiera podía ser un espía de los sabios.
—Esta noche —dijo Besh—. Rann sale a pasear todas las noches junto al arroyo. Aguarda junto al bosquecillo de bu amarillo, el que está floreciendo. Ve sola, y no hables con nadie.
«Magnífico —pensó Rety, eufórica, al irse de la tienda—. Están interesados. Es exactamente lo que esperaba. Y justo a tiempo.»

Todo se habría perdido de haber tardado mucho más en establecer contacto. El principal sabio humano había decretado que debía marcharse al día siguiente, con una caravana de asnos que se internaría en las montañas con dos hombres y tres mujeres a quienes ella no conocía. No le dijeron nada, pero Rety sabía que el objetivo era alcanzar a Dwer, y de allí regresar al desierto de donde había venido.

«No contéis conmigo —pensó—. Que Dwer juegue al cazador en el bosque. Mientras él busca comida en los Cerros Grises, yo viviré como una reina en la Cola del Delfín.»

Ésa era la constelación de donde venían los incursores, según se decía, aunque esa sabia con aspecto de cangrejo, Intuición Acerada, una vez trató de hablarle a Rety de galaxias y puntos de transferencia, y le aseguró que el camino de regreso a la civilización era sinuoso como una telaraña reductora. Nada de eso tenía sentido, y Rety se imaginaba que la vieja qheuen mentía. Prefería la idea de ir a una estrella que veía con claridad, lo cual significaba que un día miraría Jijo desde la bella ciudad galáctica adonde se habría ido a vivir, y todas las noches les sacaría la lengua a Jass, Bom y su apestosa tribu. Y también a Dwer y los sabios, junto con todos los que la habían tratado mal en este apestoso planeta.

Después de su reunión con Besh había eludido a los sabios y sus criados, buscando claros lejanos donde algunos peregrinos trataban de restaurar algunas festividades de la Asamblea. Estaban levantando de nuevo algunos de los pabellones que habían derribado en medio del pánico, y muchas personas salían de sus escondrijos. Aún había mucha tensión, pero la gente parecía resuelta a

continuar con la vida, aunque todo pareciera condenado a terminar.
Visitó una tienda donde algunos artesanos mostraban mercancías traídas de toda la Cuesta. Sus bienes habrían impresionado a Rety el día anterior. Sin embargo ahora sonreía con desdén, pues había visto de cerca las brillantes máquinas de los humanos del cielo. Presenció una discusión pública donde expertos hoons, g'Keks y humanos hablaban de las técnicas más adecuadas para trenzar cuerdas. Reinaba un clima de reserva, y el público hizo pocas preguntas.
En las cercanías, un criador de anillos traeki mostraba rosquillas con brazos esbeltos, u ojos, o pies rechonchos para caminar. Cerca del corral había un terceto de traekis maduros, tal vez evaluando adiciones para una pila recién nacida que estaban construyendo en casa. O acaso sólo curioseaban.
Más allá, en un pequeño valle, acróbatas chimpancés actuaban para una multitud de niños, y un sexteto multirracial tocaba junto a un arroyo de aguas termales. Todo habría parecido muy alegre si Rety no hubiera advertido cierta cualidad huraña que ensombrecía la atmósfera. Y si ya no hubiera cerrado el corazón a todas las cosas de Jijo.
«Las gentes de la Cuesta se creen mucho mejores que una tribu de irruptores mugrientos. Tal vez tengan razón. Pero en Jijo todos son irruptores, ¿o no?
»Me iré lejos, así que eso ya no me importará.»
En un claro más rústico, pasó gran parte de la tarde mirando a un grupo de niños humanos y jóvenes urs que jugaban una partida de Reto de Drake.
El campo era una franja de arena con un arroyo a un lado.

El otro límite era una zanja llena de ascuas humeantes cubiertas de ceniza gris. Volutas de humo ardiente llegaban al rostro de Rety, evocando tristes recuerdos de Jass y Bom. Se le tensaron las cicatrices mientras subía una cuesta para sentarse a la sombra de un garu enano.
Llegaron dos competidores —un niño humano que comenzaría en el norte del campo y una urs que iniciaría su juego en el sur—, insultándose a medida que se aproximaban al centro, donde aguardaban dos árbitros.
—Oye, potra, prepárate para un baño —provocó el niño, tratando en vano de gesticular, pues tenía el brazo izquierdo sujeto con vendajes. Llevaba una coraza de cuero que le protegía el cuerpo de la entrepierna a la barbilla, pero tenía las piernas y los pies al descubierto.
La joven urs también llevaba protecciones y restricciones. Resistentes membranas de junnoor cubrían sus vulnerables marsupios y glándulas olorosas.
Al aproximarse, la urs trató de corcovear amenazadoramente y
estuvo a punto de caerse, para diversión de los espectadores. Rety notó que tenía atadas las patas traseras.
—¡Ardil tonto! —le gritó a su adversario, recobrando el equilibrio—. ¡El niño ardil arderá!
A lo largo de ambos lindes —más allá de las ascuas y del arroyo— una muchedumbre de jóvenes se reunió para contemplar el juego. Muchos otros usaban protectores de cuero o membranas, abiertos mientras esperaban su turno. Algunos se pasaban ungüento sobre quemaduras rojizas de los tobillos y los muslos, e incluso de la cara y las manos, para sorpresa de Rety. Ninguna de las quemaduras parecía tan grave como la suya. No había

ampollas ni chamuscaduras. ¿Pero por qué se arriesgaban así a propósito?
Rety sintió repulsión y fascinación al mismo tiempo.
A fin de cuentas, no era tan diferente de su propia historia. Ella sabía que enfrentarse con Jass tendría consecuencias nefastas, pero lo había hecho igualmente.
«A veces tienes que pelear, eso es todo.» Se tocó la cara. No lamentaba ninguna de las decisiones que había tomado.
Algunas espectadoras urs también llevaban marcas del combate reciente, sobre todo en las patas, donde fragmentos de piel se habían quemado. Curiosamente, no había una separación clara entre ambas razas, ningún coro de humanos enfrentado a un coro de urs. Al contrario, todos se mezclaban, practicando, comparando amistosamente sus técnicas. Un niño humano bromeaba con una joven urs, apoyándole el brazo en la lustrosa crin. Un grupo de lorniks y chimpancés parloteaba alborotadamente, haciendo apuestas con nódulos piu y golpeando el suelo con las manos.
A cierta distancia, Rety vio otro ruedo donde traekis jóvenes con anillos nuevos se enfrentaban en otro tipo de competición a jóvenes g'Keks tan ágiles que hacían girar las ruedas e incluso se alzaban para caminar un par de pasos con sus patas impulsoras traseras. Ese torneo parecía una danza giratoria. Rety no acababa de entenderlo, pero obviamente era menos violento que el Reto de Drake.
Un par de arbitros qheuens —uno gris y otro azul— aguardaban a los competidores en la franja de arena. Inspeccionaron la manga del humano buscando armas, luego inspeccionaron los dientes de la urs para comprobar

si sus afilados incisivos estaban cubiertos. El qheuen azul retrocedió hasta el arroyo mientras el gris extendía sus patas blindadas y, para asombro de Rety, saltaba a la zanja de ascuas humeantes. Allí se puso a bailotear, apoyando dos patas al mismo tiempo en la superficie humeante, y pasando luego al otro par.
Después de saludarse ritualmente, el niño y la urs comenzaron a moverse, buscando debilidades.
De pronto se aferraron el uno al otro, tratando de empujar, torcer o expulsar al contrincante. Ahora Rety entendía por qué estaban atados. Con las dos patas traseras sujetas, la urs no podía patear al oponente, lo cual le hubiese valido una fácil victoria. Asimismo, los ágiles y fuertes brazos del niño podrían haber asfixiado a la contrincante, de no haber tenido uno amarrado.
—¡Reto de Drake! ¡Reto de Drake! ¡Reto de Drake!
La voz chillona sobresaltó a Rety, pues venía de muy cerca. Dio media vuelta y no vio a nadie hasta que un tirón en la túnica la obligó a mirar abajo.
—¿Me guardas? Habla Yi. Guárdame en marsupio y Yi te hablará.
Rety vio que era un urs diminuto. No era mayor que su pie, y bailaba sobre cascos en miniatura mientras le tiraba de la ropa. La criaturilla movía la crin, haciendo rotar el pescuezo para mirar detrás.
—¡Yi necesita marsupio! ¡Yi necesita marsupio!
Rety buscó aquello que lo asustaba. Una silueta negra y jadeante estaba agazapada entre las matas, con la lengua asomando entre los amenazadores dientes blancos. Al principio Rety pensó que era Pies de Barro, el gruñón y gracioso compañero de Dwer, pero advirtió que éste no tenía manchas pardas en las patas.

El depredador irguió la cabeza, avanzando hacia el urs.
Impulsivamente, Rety recogió a la trémula presa y se la guardó en el talego. El noor la miró decepcionado, dio media vuelta y se fue.
Los vítores y abucheos le llamaron la atención y miró a tiempo para ver que el contrincante humano caía entre una nube de cenizas. Para asombro de Rety, el niño no se quemó de inmediato, sino que se irguió, bailando con los pies descalzos sobre las ascuas, quitándose rescoldos de las grietas de su protector de cuero. Apartó al qheuen gris, que había corrido protectoramente a su lado. El joven se pasó una mano por el cuello y volvió a la arena de un brinco.
Rety quedó impresionada. La gente de la Cuesta era más dura de lo que había creído.
—Caliente caliente, pero no tanto —chilló la vocecilla en su talego, como complacida por su sorpresa. Parecía haberse olvidado del hambriento noor—. El chico se asustó, resbaló y cayó, pero no de nuevo. Él sube. Mira como la tonta potra se moja.
Rety luchó con su propio asombro, sin saber qué la confundía más, si la lucha o los comentarios de aquella criatura.
El combate captó toda su atención cuando el joven embistió nuevamente a su rival. Parecía empeñado en compensar su error, esquivando y girando, y brincó para coger la crin de la urs. Ella resopló, tratando en vano de zafarse. Quiso alzar una pata delantera, pero se tambaleó peligrosamente.
—¡Reto de Drake! —gritó el diminuto urs—. Drake dijo a Ur choon, tú mí peleas no matarme.
Rety contuvo el aliento. «Ahora recuerdo.»

Había oído la leyenda cuando era pequeña. Uno de los abuelos la había contado una noche en torno de la fogata. Una historia que murió con el viejo, pues Jass y los jóvenes cazadores preferían contar versiones exageradas de sus propias hazañas.

Por lo que Rety recordaba, una vez había existido un hombre llamado Drake, un héroe más poderoso que cualquier otro humano. Una vez, cuando los terrícolas eran recién llegados en Jijo, una gigantesca urs retó a Drake a una lucha. Pelearon durante tres días con sus correspondientes noches, haciendo temblar el suelo, secando ríos, desgarrando toda una campiña entre una montaña y el mar, hasta que el volcán y el océano desaparecieron entre nubes de vapor. Cuando se despejaron las nubes, una región brillante relucía con todos los colores que uno podía pintar mezclando sangre humana con sangre urs.

Del humo y la niebla surgieron dos héroes. A él le faltaba un brazo y a ella una pata. Se apoyaban el uno en el otro, y desde ese día fueron inseparables.

Aunque habría más guerras entre las tribus, a partir de entonces todas se libraron con honor, en memoria de Drake y Ur-choon.

—Mira —dijo el pequeño urs.

El niño fingió inclinarse a la izquierda, adelantó el pie derecho y jadeó. La urs resopló y no pudo evitar que su mayor peso la hiciera trastabillar. Cayó de cabeza en el arroyo y rodó en el barro mientras la multitud jadeaba. El qheuen azul emergió detrás de ella, ayudándola con la pata. Con un grito de gratitud, la urs regresó a la arena levantando polvo.

—Ve a rodar en cenizas calientes, potra tonta. Arena

demasiado lenta. Pelo se pudrirá.
Rety miró al pequeño urs. No era un bebé, como había pensado al principio. Recordaba haber oído que los bebés urs permanecían en el marsupio de la madre durante varios meses, y luego eran echados a la hierba para que sobrevivieran por sí solos. Pero los bebés urs no hablaban. Debía de ser un macho. Rety advirtió que la garganta y el hocico eran diferentes de los de las hembras, pues le faltaban los colores llamativos y el labio hendido, lo cual explicaba por qué podía repetir sonidos ánglicos que eran imposibles para una hembra.
De vuelta en la arena, el niño se preparó para una tercera ronda, pero la joven urs bajó la cabeza en señal de rendición. El humano alzó un brazo enrojecido con aire triunfal y ayudó a la perdedora a salir del campo de juego. Entre tanto, dos nuevos contendientes se preparaban, mientras los ayudantes les sujetaban brazos y patas.
Rety miró a esos niños humanos que bromeaban con amigos de los otros septs. Se preguntó cómo se las habría ingeniado el niño para sufrir apenas unas quemaduras superficiales pero no se atrevió a acercarse para preguntar. Quizá se rieran de su cabello desaliñado, su lenguaje tosco y sus cicatrices.
«Olvídalos», pensó con amargura. El calor y el humo le hacían arder la cara. Además tenía un asunto pendiente. Debía ir a buscar algo a su tienda antes de oscurecer. Algo para usar como pago por su billete para largarse de allí, a un sitio que ninguno de esos niños corpulentos y apuestos vería jamás, a pesar de su destreza y sus alardes. Un lugar en el que nadie de su pasado la fastidiaría. Eso era mucho más importante que ver los juegos de esos salvajes.
—Mira, debo irme —le dijo al urs, levantándose y mirando

en torno—. Creo que ese malvado noor se ha ido ya, así que puedes bajarte.
La criatura la miró, bajando la cola y el hocico. Rety carraspeó.
—¿Puedo dejarte en alguna parte? ¿Tu esposa no estará preocupada por ti?
Los ojos oscuros centellearon de tristeza.
—Uf-rho no necesita más a Yi. Mi marsupio lleno de mocosos viscosos, me echó. Marsupio derecho aún lleno de esposo. Yi debe encontrar nuevo marsupio, o refugiarse en hierba para vivir/morir, pero no hierba en montaña. Sólo roca.
Pronunció esta frase en tono plañidero. Parecía espantoso tratar así a ese pequeñín indefenso.
—Este bonito marsupio, bonito —arrulló, con una melodía asombrosamente grave en una criatura tan pequeña. Rety sintió un cosquilleo en la piel.
—Yi sirve bien nueva esposa, hace lo que ella quiere.
Rety lo miró desconcertada. Se echó a reír con ojos húmedos, vio que el urs también se reía. Al fin se enjugó la cara, sonrió.
—Bien, ya has hecho algo por mí. Hacía tiempo que no me sentía tan a gusto. ¿Y sabes qué? Pensándolo bien, hay algo que podrías hacer. Algo que me haría sentir aún más feliz.
—Yi hace lo que quieras. Yi alimenta nueva esposa. Yi hace feliz nueva esposa.
Rety sacudió la cabeza, asombrada una vez más de las vueltas de la vida. Si su nueva idea funcionaba, esto podría ser un gran golpe de suerte.
—¿Tienes algo para mí?
Rann extendió su manaza. En el atardecer, con el susurro

del bu amarillo en las cercanías, Rety miró los callosos dedos del hombre, todos ellos tan gruesos como su muñeca. Sus rasgos marcados y su torso macizo la hacían sentir insignificante.
Se preguntó si todos los hombres serían así entre las estrellas.
«¿Podría confiar en alguien con semejantes manos, para que tuviera poder de esposo sobre mí?»
Siempre había pensado que preferiría morirse a casarse.
Pero ahora tenía un esposo, ronroneando cerca de su vientre. Rety sentía su tibia lengua en la mano mientras le acariciaba el pescuezo sedoso.
Rann pareció reparar en su sonrisa irónica. ¿La hacía sentir más confiada?
Ella buscó un objeto, blando en una punta, afilado en la otra, y puso la pluma en la palma de Rann. Intrigado, él extrajo un instrumento para alumbrarlo desde varios ángulos mientras ella aún evocaba los acontecimientos que la habían llevado a ese instante.
Cuando se dirigía hacia allí, Rety se había cruzado con otros miembros de los Seis. Ninguno habló ni la miró directamente, aunque Rety vio que los observadores —un g'Kek, dos hoons y un humano— hacían anotaciones.
A Rety no le importaba lo que dijeran a Lester Cambel sobre su «traición». Después de medianoche, los sabios ya no harían planes para ella.
Al llegar al bu amarillo, había esperado nerviosamente, acariciando a Yi y mordiéndose las uñas. Unos duras antes de que llegara Rann, un zumbido anunció a uno de los poderosos robots —de seis lados, intimidatorio— y Rety evocó a aquel monstruo flotante que disparaba salvajemente contra la guarida de la araña reductora, y los

fuertes brazos de Dwer que la salvaron de un rayo abrasador.
Rety se mordió el labio, olvidando todo pensamiento, todo recuerdo que pudiera atentar contra su decisión. No era momento para ablandarse. Eso era lo que querían los sabios.
Como había hecho muchas veces en su tribu —rebelándose contra Jass a pesar de los terribles castigos—, se negó a dejarse amedrentar por el robot. Se irguió, alzando la barbilla.
«No puedes hacerme daño —pensó con desafío—. No te atreverías.»
Pero enseguida surgió un pensamiento funesto.
«Uno de ellos mató al pájaro.
»El pájaro se resistió, y murió.»
Una punzada de culpa la instó a echar a correr. Pero el robot giró, desapareció en la noche y Rann ocupó su lugar, extendiendo su manaza.
—¿Tienes algo para mí? —preguntó, sonriendo hasta que Rety le entregó la pluma.
Notó que él se entusiasmaba mientras alumbraba el trofeo de Rety con su instrumento. Apretó los labios para reforzar su resolución.
«Claro que sí, tengo algo para ti, hombre de las estrellas. Algo que sin duda te interesa muchísimo.
»Lo importante es que tú tengas algo para mí.»

XV

EL LIBRO DEL MAR

La Senda lleva tiempo,
así que debes comprar el tiempo a un alto precio.
Cuando te busquen los legítimos, ocúltate.
Cuando te encuentren, sé discreto.
Cuando te juzguen, no te lamentes.
Lo que has intentado está justamente vedado,
pero hay belleza en ello, si se hace bien.
En esto concuerdan casi todos.
Rollo de la Redención

LA NARRACIÓN DE ALVIN

Tengo conmigo mi *Diccionario del uso del ánglico,* así que intentaré un experimento. Para captar el dramatismo de lo que sucedió, probaré mi habilidad narrativa en *presente.* Sé que no se usa en muchas de las narraciones de la vieja Tierra que he leído, pero cuando se hace con estilo, da un magnífico sentido de la *inmediatez* de una historia. Allá vamos.

El pequeño Ziz —el traeki parcial cuya vlennación presenciamos hace una semana, el día en que Gybz se convirtió en Tyug y se olvidó de las naves estelares— reptó del corral a la grúa donde íbamos a probar el batiscafo por primera vez. Ziz había devorado una rica mezcla nutritiva la última semana, y había crecido mucho, pero todavía era una pila pequeña. Nadie espera milagros de fuerza o brillantez en un traeki de medio litro que apenas me llega a las rodillas inferiores.

Ziz sigue la senda de oloromonas de Tyug casi hasta el linde del risco, desde donde se ve el garfio que forma el gran Sumidero, apuñalando el continente con una herida tan ancha y profunda que nuestros antepasados lo eligieron como límite natural para las colonias de Jijo.

La mole de Roca Terminal proyecta una larga sombra matinal, pero *Sueño de Wuphon,* nuestro orgullo y alegría, se mece más allá, brillando en una llamarada de luz solar. En vez de subir por la rampa hasta la escotilla, Ziz se mete en una jaula montada bajo la ventana bulbosa, frente a dieciocho piedras de lastre. Al cruzarse con Tyug, Ziz intercambia bocanadas de vapor con el traeki adulto, en un idioma que ningún otro miembro de los Seis está equipado para comprender.

La jaula se cierra. Urdonnol llama, y cuadrillas de hoons y qheuens se ponen a trabajar, alejando el batiscafo y bajándolo Inicia el mar al tiempo que desenrrollan el tenso cabo y la manguera doble. Los tambores giran despacio.
Los hoons de toda la meseta —incluso los manifestantes— quedan atrapados en la cadencia palpitante del trabajo compartido.
Siendo la única noor presente, Huphu se cree obligada a corretear salvajemente, posándose en las grúas como si fueran mástiles de barcos, arqueando la espalda y estirándose como si el gutureo estuviera destinado a ella, una mano acariciándole la espalda y la cabeza. Sus ojos chispean mientras el batiscafo desciende, con Ziz visible como un tentáculo que cuelga de la jaula.
Se me ocurre que Huphu tal vez crea que el pequeño traeki está acostumbrado a ser usado como carnada en el extremo de una gran línea de pesca. Tal vez Huphu siente curiosidad por saber qué tratamos de pescar.
Eso, por otra parte, me recuerda los cuentos de Pinzón sobre «monstruos» del abismo. Ni él ni Huck han dicho una palabra sobre este tema desde que llegamos, cada cual por sus propios motivos, supongo. ¿O soy yo el único que no se ha olvidado, en medio de tanto alboroto?
El *Sueño de Wuphon* desciende bajo la ladera del peñasco y nos aproximamos al borde para verlo. Los qheuens detestan las alturas y se agazapan, rascándose el abdomen y aferrando el suelo. Yo hago lo mismo, tendiéndome de bruces y armándome de valor para avanzar. Huck, por su parte, rueda hasta el borde de piedra, se balancea con sus patas impulsoras y extiende dos tallos oculares.
Qué muchacha. Después dicen que los g'Keks son seres

cautos, de clave alta. Observándola, comprendo que no puedo ser menos, así que asomo la cabeza sobre el borde y abro bien los párpados.
Al oeste, el océano es un vasto manto que se extiende hasta un horizonte lejano. Colores pálidos predominan donde el mar sólo cubre algunos cables de profundidad de plataforma continental. Pero una franja gris azulada indica un desfiladero que se dirige hacia nosotros desde la gigantesca cicatriz planetaria llamada el Sumidero. Esa profunda garganta pasa bajo nuestro punto de observación y continúa hacia el este, partiendo la tierra como una grieta en los tablones de un barco condenado. La costa está a cien tiros de flecha, pero hileras de agrestes peñascos y abismales gargantas corren paralelamente a la Grieta, transformándola en una barrera imponente para quienes deseen desafiar la ley.
No soy científico. Lamentablemente, no tengo mente para ello. Pero hasta yo discierno que esas escabrosas torres deben de ser nuevas,
pues de lo contrario el viento y la rompiente ya las habrían erosionado.
Como el monte Guenn, éste es un lugar donde Jijo se renueva activamente. (Tuvimos dos pequeños seísmos desde que acampamos aquí.) Con razón algunos piensan que Roca Terminal es un lugar sagrado.
La rompiente es estruendosa y espumosa en otras partes, pero aquí el mar reposa misteriosamente, liso como el cristal. Una corriente leve se aleja suavemente del peñasco. Condiciones ideales para nuestro experimento, siempre que se mantengan. Nadie pensó en realizar sondeos de la Grieta, y no hay transportes de escoria que vengan por aquí.

El *Sueño de Wuphon* desciende más, como una moscaraña dejando filamentos gemelos. Cuesta discernir a qué distancia está de la superficie. Huck extiende aún más los tallos oculares, tratando de aumentar la percepción de profundidad. Murmura.

—¡Bien, allá vamos...!

Contengo el aliento, pero no pasa nada. Los grandes tambores siguen desenrollando cable y manguera. El batiscafo parece más pequeño.

—¡Ahora! —indica Huck.

Pasa otro dura y el *Sueño de Wuphon* todavía está seco.

—Es una larga dis-dis-distancia —tartamudea Pinzón.

—Ya lo creo —añade Ur-ronn, pateando el suelo nerviosamente.

—Y haces bien en creerlo —rezonga Huck con fastidio. Y añade en gal-seis—: La realidad se fusiona con la expectación cuando...

Se lo tiene bien merecido. Un chapoteo interrumpe sus profundas divagaciones. La canción de los tambores se vuelve más lenta y profunda. El *Sueño* se ha sumergido.

El gutureo de los cables hace pensar en un hoon gigantesco, un ser que no tiene que descansar ni respirar. Basado en ese gutureo, la gran grúa habría ganado el título de capitán honorario del sur, si estuviéramos en una votación.

Huphu está en el extremo de la grúa, arqueando el lomo de placer. Entretanto, alguien lleva la cuenta.

—Un cable cuarenta...

—Un cable sesenta...

—-Un cable ochenta...

—¡Dos cables!

—Dos cables veinte...

Ese cántico me recuerda los relatos de Mark Twain acerca de los pilotos fluviales del romántico Misisipi, sobre todo una escena donde un gran humano negro está en la proa del *Delta Princess,* meciendo un peso en una línea para anunciar los bajíos en medio de una niebla traicionera, salvando la vida de todos los que van a bordo.
Soy un hoon oceánico. Mi gente tripula barcos, no pequeños botes. Aun así, esos relatos se contaban entre los favoritos de mi padre. Y también de Huck, cuando era una huerfanita que apenas podía moverse con sus patas impulsoras, fijando los cuatro ojos en mi padre mientras él contaba historias ambientadas en un mundo lobezno que desconocía la sofocante sabiduría de las costumbres galácticas. Un mundo donde la ignorancia no era noble, pero tenía una virtud: te daba la oportunidad de ver, aprender y hacer cosas que nadie había visto, aprendido ni hecho antes.
Los humanos hacían eso, allá en la Tierra.
¡Y ahora nosotros lo hacemos aquí!
Sin darme cuenta, me siento sobre mis ancas de doble pliegue, echo la cabeza hacia atrás y suelto un gutureo de alegría. Un ronquido potente. Resuena en la meseta, choca contra el crujiente equipo y flota sobre las escabrosas piedras de la gran Grieta.
Quizá todavía esté allí.
El sol se derrama en las calmas aguas hasta veinte cables de profundidad. Imaginamos el *Sueño de Wuphon* descendiendo en medio de una nube de burbujas, y luego en una hinchada estela de silencio, mientras la luz de arriba palidece y al fin acaba desapareciendo.
—Seis cables sesenta...
—Seis cables ochenta...

—¡Siete cables!
Cuando bajemos, éste será el punto donde encenderemos las luces eik y usaremos la batería ácida para enviar arriba la señal de que todo anda bien. Pero Ziz no tiene luces ni manera de enviar señales. La pequeña pila está sola ahí abajo, aunque supongo que los traekis nunca se sienten del todo solos. Sus anillos pueden discutir eternamente entre sí.
—¡Ocho cables!
Alguien trae una jarra de vino para mí y un poco de sangre tibia de simia para Ur-ronn. Huck bebe un refresco con una paja larga y curva mientras Pinzón se moja el lomo con agua salada.
—¡Nueve cables!
Este experimento sólo debe llegar hasta diez cables, así que empiezan a aumentar la presión del freno. Pronto invertirán la rotación de los tambores para recobrar el *Sueño de Wuphon.*
De repente se oye un estruendoso chasquido, como una cuerda de violus partida.
—¡El freno! —ordena el capataz.
Un operador salta hacia una palanca. Demasiado tarde. Estremecedoras convulsiones sacuden la grúa, como el cimbreo de una caña de pescar cuando se escapa un pez grande. Es imposible detener este movimiento.
Todos jadeamos al ver a Huphu, una silueta pequeña y negra aferrándose a la viga más lejana mientras la grúa oscila.
Una pata, luego otra, pierden fuerza. Huphu grita.
La pequeña noor gira en el espacio, pasando a poca distancia del cable enloquecido en medio de un mar agitado. Consternados, vemos que nuestra mascota se

sumerge en el abismo que ya se ha tragado a Ziz, al *Sueño de Wupbon* y todas las esperanzas y esfuerzos de dos largos años.

XVI

EL LIBRO DE LA CUESTA

LEYENDAS

Las urs hablan de una crisis reproductiva.
Se dice que entre las estrellas su vida era mucho más larga que en Jijo, con una longevidad mejorada con medios artificiales. Más aún, una urs nunca deja de desear un marsupio lleno, ya sea ocupado por un esposo o por un vástago.
Hay maneras técnicas de reproducir esa sensación, pero para muchas esos métodos no eran lo mismo.
La sociedad galáctica es rigurosa con los que se exceden en la reproducción, los que amenazan el equilibrio de mil millones de años.
Existe el temor constante a otro «incendio», una explosión demográfica como la que asoló un cuarto de los mundos de la galaxia Tres hace cien millones de años.
Las especies que se reproducen lentamente, como los hoons, sienten un profundo temor por los reproductores de «clave baja», como las urs.
La leyenda habla de un conflicto en este sentido. Interpretando el fondo de la engalanada tradición oral urs, parece que los bardos hablaran de un litigio que se zanjó en los niveles superiores de la sociedad galáctica.
Las urs perdieron el juicio, y también la cruenta guerra de imposición que le sucedió.
Pero algunas perdedoras se negaban a sentar cabeza. Dirigieron una nave hacia los espacios prohibidos, en

busca de una pradera salvaje que pudieran llamar hogar.
Un lugar donde oír el trepidar de miles de cascos urs.

ASX

Un extraño mensaje ha llegado desde Villa Tarek, enviado por Ariana Foo, sabia suprema emérita del sept humano.
La agotada mensajera urs cayó de rodillas después de correr cuesta arriba desde la llanura de Warrill, tan exhausta que pidió agua, pura y sin diluir.
Concentraos ahora, anillos míos. Dirigid vuestra inconstante atención al informe de Ariana Foo, tal como lo leyó en voz alta su sucesor, Lester Cambel. ¿Acaso la noticia no provocó vaporosa maravilla en mi/nuestro núcleo, el hecho de que un misterioso forastero herido apareciera un día cerca del Roney superior? Un forastero que podría ser un camarada perdido de los dioses estelares que ahora turban nuestro exilio compartido. O bien, tal como especula Ariana Foo, podría ser alguien que escapó de los incursores. ¿Podrían sus heridas ser testimonio de una enemistad común?
Anana recomienda que el Consejo investigue cautelosamente este asunto, tal vez usando escrutadores de la verdad, mientras ella sigue realizando pruebas en Biblos.
Los incursores parecen tener otros intereses, además de buscar especies presapientes para arrebatarlas de Jijo. Fingen indiferencia, pero interrogan sin cesar a nuestras gentes, ofreciendo recompensas y obsequios a cambio de informes sobre «algo raro».
Qué palabras tan irónicas, viniendo de ellos.
Y ahí está el pájaro.
¿Recordáis el pájaro de metal, anillos míos? Normalmente lo habríamos tomado por otra reliquia buyur, rescatada de las entrañas de una araña reductora moribunda. Pero la

muchacha irruptora jura que vio cómo se movía. Le vio recorrer grandes distancias, y abatir una máquina rothen.
¿No fue esa noche cuando los incursores sepultaron su estación, como si temieran la ira del cielo?
Nuestros mejores técnicos están examinando el pájaro mecánico, pero carecen de las herramientas apropiadas y obtienen pocos datos, salvo que su pecho de metal aún conserva energía. Tal vez el contingente que Lester envió al este —para capturar a la banda de irruptores, de acuerdo con nuestra ley— logre averiguar algo más.
Muchas preguntas. Pero aun teniendo respuestas, ¿cambiaría nuestra desesperada situación?
Si hubiera tiempo, yo consagraría mis/nuestros anillos a la tarea de adoptar diferentes perspectivas y discutir estos misterios; cada pregunta revestiría nuestro húmedo núcleo con aromas distintos, los silogismos gotearían como cera, hasta que nuestra verdad brillase a través de un venero laqueado. Pero no hay tiempo para el enfoque traeki de resolución de problemas. Así nuestros sabios debaten en el aire seco, y ni siquiera tienen rewqs que superen las limitaciones del lenguaje. Pasamos cada día comprando fútiles postergaciones de nuestro destino.
En cuanto a la otra sugerencia de Ariana, hemos empleado escrutadores durante las discusiones con los humanos del cielo. Según los libros tradicionales, esta forma psi pasiva debería ser menos ostensible que otras técnicas.
—¿Buscáis a alguien en especial? —preguntamos ayer—. ¿Existe una persona, ser o grupo que debemos buscar en vuestro nombre?
El jefe, el que responde a la etiqueta-nombre Rann, pareció alertarse, pero luego se recobró y sonrió confiadamente.
—Es nuestro deseo buscar siempre lo extraño. ¿Habéis

observado cosas extrañas?
En ese momento de tensión, una de nuestras escrutadoras de la verdad afirmó que había detectado algo, un relámpago de color. Una sombra gris, como el tono de un caparazón qheuen. Sólo que esta superficie parecía más flexible, con una agilidad ondulante, sin adornos de cabello, escama o pluma.
Aquella fugaz imagen desapareció rápidamente. Sin embargo, la escrutadora aún detectaba una asociación. Con el agua.
¿Qué más describió ella, anillos míos, durante ese breve momento?
Ah, sí. Un remolino de burbujas.
Desperdigadas, numerosas como estrellas.
Burbujas formando globos del tamaño de las lunas de Jijo.
Relucientes, antiguas, atemporales.
Burbujas llenas de prodigios destilados, sellados por el tiempo.
Luego nada más.
Pues bien, ¿qué más podría pedirse? ¿Qué somos en este juego,
sino aficionados? Phwhoon-dau e Intuición Acerada señalan que aun esta vaga «pista» podría haber sido plantada diestramente en los pensamientos de la escrutadora, para distraernos con una paradoja.
No obstante, en tiempos como éste, cuando los rewqs y el Huevo Sagrado parecen habernos abandonado, estos delgados hilos ofrecen esperanza al sufriente.
En su mensaje, Ariana prometía enviar otra clase de ayuda. Un experto cuya destreza permita obtener una ventaja sobre nuestros enemigos, tal vez suficiente para instar a los invasores a negociar.

Oh, Ariana, cómo echamos de menos tu terco optimismo. Si cayera fuego del cielo, verías la oportunidad de cocer cacharros de arcilla. Si temblara toda la Cuesta y se hundiera en las espantosas honduras del Sumidero, verías en ello causa para aprovechar una ocasión.

SARA

A pesar de las órdenes de mantenerse ocultos durante el día, el vapor rompió su viejo récord, acelerando río arriba desde Tarek, contra el torrente primaveral del Bibur. Las calderas pistoneaban en una exuberancia de potencia no superada por nada en Jijo, salvo su nave hermana, el *Topo.* Poderosos emblemas de tecnología humana, misteriosos hasta para las diestras herreras urs que trabajaban en los volcanes.

Sara recordó su primer viaje, a los quince años, cuando la acababan de reclutar para realizar estudios avanzados en Biblos. Estaba orgullosa de sus nuevas aptitudes, sobre todo de la capacidad para interpretar cada chasquido y resoplido del motor de vapor en términos de temperaturas, presiones y fuerza. Las ecuaciones parecían domar esa bestia resoplona, transformando su rugido en una especie de música

Ahora todo eso se había perdido. Los tanques remachados y los trémulos émbolos revelaban su carácter de aparatos primitivos, poco más avanzados que un hacha de piedra.

«Aunque los dioses estelares se marcharan sin cumplir las terribles profecías de Ariana Foo, ya nos habrían perjudicado al robarnos nuestras ilusiones.»

Había una persona a quien aquello no parecía importarle. El forastero se demoraba cerca de la ruidosa maquinaria, mirando bajo los émbolos, gesticulando para que el jefe de máquinas abriera la caja y le

dejara mirar adentro. Al principio los tripulantes humanos se habían mostrado suspicaces, pero pronto, a pesar de su mudez, vieron en él a un espíritu afín.

«Se puede explicar mucho con gestos», advirtió Sara. Otro

ejemplo en el que el lenguaje se adaptaba a las necesidades del momento, así como cada oleada de colonos jijoanos contribuía a remodelar las lenguas galácticas formales que habían conocido, lo cual culminó cuando los humanos introdujeron un millón de textos impresos, la mayoría en ánglico, un idioma al parecer nacido del caos, lleno de jergas, retruécanos y ambigüedades.

Era un reflejo distorsionado de lo que había sucedido en la Tierra, donde gramáticas de mil millones de años conducían la cultura humana hacia el orden. En ambos casos la fuerza impulsora era el monopolio del conocimiento.

Ésa era la ironía más evidente. Pero Sara conocía otra: su inusitada teoría acerca del lenguaje y los Seis, tan herética que en comparación las opiniones de Lark parecían ortodoxas.

«Quizás haya llegado la hora de viajar a Biblos para presentar informes sobre mi trabajo, y para enfrentarme con todo aquello que temo.»

El forastero parecía feliz en compañía de los maquinistas, y Ariana Foo lo observaba atentamente. Sara se alejó de la sala de máquinas y se dirigió a proa, donde el avance del barco hendía una espesa bruma. Los jirones de niebla mostraban que el alba resplandecía sobre los picos de los Linderos, al sur y al este, donde se decidiría el destino de los Seis.

«¡Cómo se sorprenderán Lark y Dwer de verme!

»Oh, *quizá* digan que debí quedarme a salvo en casa. Responderé que tengo un trabajo que hacer, tan importante como el de ellos, y que no deberían tener tantos prejuicios. Y todos procuraremos disimular lo mucho que

nos alegramos de vernos.»
Pero primero la sabia Foo quería realizar este viaje lateral para verificar sus ideas sobre el forastero, aunque Sara deseaba proteger al herido de nuevos problemas.
Ese instinto le había causado problemas. «¿Es momento de obrar según la razón?»
Un antiguo texto lo llamaba «manía protectora» y le habría parecido simpático cuando era una niña y cuidaba a criaturas heridas del bosque. No habría sido un problema si hubiera seguido la vida normal de las mujeres jijoanas, con hijos y un fatigado esposo granjero que exigía su atención. Entonces no habría necesitado sublimar su instinto maternal. No tendría tiempo para otros intereses, sin todas las herramientas que se describían en los libros terranos.
Habría podido vivir este tipo de existencia, de haberlo deseado. A pesar de ser poco agraciada, Sara estaba segura de que habría tenido éxito en una vida tan modesta, y de que habría hecho feliz a un hombre sencillo y honesto.
«Si hubiera querido una vida sencilla.»
Trató de ahuyentar esos pensamientos. La causa de sus problemas era obvia.
Biblos. Centro de las esperanzas y temores humanos, foco de su poder, orgullo y vergüenza, el lugar donde había encontrado el amor —o una ilusión— y lo había perdido. Donde la perspectiva de una «segunda oportunidad» le hizo huir presa del pánico. En ninguna otra parte había sentido tales extremos de euforia y claustrofobia, esperanza y temor.
«¿Todavía estará en pie, cuando doblemos el último recodo?»
Si el techo de piedra ya había caído...

Su mente se apartó de esa idea intolerable. En cambio, extrajo de su bolsa el manuscrito de su segundo trabajo sobre los lenguajes de Jijo. Era hora de pensar qué diría al sabio Bonner y a los demás, si la llamaban ante su presencia.

«¿Qué he estado haciendo? Demostrando por escrito que el caos puede ser una forma de progreso. Que el ruido puede ser información. Será como decirles que puedo demostrar que el negro es blanco, y que arriba es abajo.»

Las pruebas sugieren que tiempo atrás, cuando las tribus te- rranas eran nómadas o preagrícolas, la mayoría de los grupos lingüísticos estaban estructurados con más rigidez. Por ejemplo, los eruditos de la Tierra intentaron reconstruir el protoindoeuropeo, estableciendo hipótesis a partir del latín, del sánscrito, del griego y del alemán, tras lo cual llegaron a una lengua madre rígidamente estructurada, con muchos casos y declinaciones. Una estructura basada en normas que enorgullecería a cualquier gramático galáctico. En el margen, Sara anotó un hallazgo reciente de sus lecturas. Una lengua nativa de América del Norte, el cherokee, contenía hasta setenta pronombres —modos de decir «yo», «tú» y «nosotros»— que dependían del contexto y la relación personal, un rasgo común con el gal-seis.

Para algunos, esto implica que los humanos debieron de tener instructores que Elevaron a los hombres-simios terrícolas,

maestros que alteraron nuestro cuerpo y nuestro cerebro y nos

inculcaron una lógica rigurosa por medio de idiomas adaptados a nuestras necesidades. Luego perdimos a nuestros instructores. ¿Culpa nuestra? ¿Abandono?

Nadie lo sabe.

Según esta teoría, después de esta fase todos los idiomas terrícolas involucionaron, regresando a los gruñidos simiescos que los protohumanos usaban antes de la Elevación. En la época en que nuestros antepasados se fueron de la Tierra con rumbo a Jijo, los asesores galácticos aconsejaban el abandono del ánglico y otras lenguas lobeznas a favor de códigos diseñados para seres pensantes.

Su argumentación se puede simplificar por medio del «juego del teléfono».

Tomemos una docena de jugadores sentados en círculo. Su- surrémosle a uno una oración compleja, y luego él se encarga de comunicar el mismo mensaje al siguiente jugador, y así sucesiva mente. Pregunta: ¿cuánto tarda el significado original en perderse en medio de la confusión y los errores? Respuesta: en ánglico, el ruido aparece ya en el primer eslabón. Al cabo de pocas trans misiones, la oración sufre distorsiones hilarantes.

El experimento ofrece otros resultados en rúsico y nihánico, gramáticas humanas que todavía requieren que las desinencias de los verbos, sustantivos y adjetivos sean específicas del género, el propietario y otros factores. Si un error aparece en un mensaje «telefónico» en rúsico, la palabra alterada destaca claramente. Los que escuchan atentamente a menudo lo pueden corregir de forma automática.

En los idiomas galácticos puros, uno podría jugar al teléfono todo el día sin que se produjera ni un solo error. Con razón el juego era desconocido en las Cinco Galaxias, hasta que llegaron los humanos.

Sara había reconocido prontamente una versión del código

Shannon, así llamado en homenaje a un pionero terrícola de la teoría de la información, que había demostrado que los mensajes específicamente codificados se pueden restaurar, aun a partir de una maraña de estática. Resultó crucial para el lenguaje digital y la transmisión de datos en la sociedad humana anterior al Contacto.
El indoeuropeo era lógico, resistente a los errores, como las lenguas galácticas, que se adecúan a los ordenadores mejor que el caótico ánglico.
Para muchos esto implicaba que los terrícolas debían haber tenido instructores en un pasado remoto. Pero al observar que el forastero se comunicaba con otros maquinistas en un improvisado lenguaje de gruñidos y gestos, Sara recordó que no fueron los hablantes indoeuropeos quienes inventaron los ordenadores. Ni los usuarios de un pulcro idioma galáctico. Los dioses estelares recibieron sus grandes poderes por herencia.
En la historia reciente de las Cinco Galaxias, sólo un pueblo inventó los ordenadores por sí mismo —y todo lo necesario para el viaje estelar— a partir de cero.
Esa gente hablaba rúsico, nihánico, francés y ante todo el predecesor del ánglico, el indisciplinado inglés.
¿Lo consiguieron a pesar de su caótico idioma? ¿O fue precisamente gracias a este factor?
Los maestros de su gremio pensaban que ella perseguía fantasmas, que estaba usando esta distracción para evadir otras obligaciones.
Pero Sara tenía una corazonada. El pasado y el presente guardaban claves para el destino que aguardaba a los Seis.
Siempre que el destino no estuviera decidido ya.
El alba se derramaba por las laderas de los Linderos. El

hecho de que el buque continuara era una violación de las órdenes de emergencia, pero nadie se atrevía a decírselo al capitán, que tenía una mirada loca en los ojos.
«Tal vez se deba a que pasa mucho tiempo con los humanos», pensó Sara. En la tripulación de esos vapores había tantos humanos —para cuidar las máquinas— como marineros hoons. Grawph-phu, el piloto y contramaestre, conocía el río con un instinto heredado. También se había contagiado de algunos manierismos terrícolas, como usar una gorra tejida sobre la cabeza velluda, y fumar una pipa que humeaba como la chimenea del vapor. En la bruma, los rasgos curtidos del capitán parecían provenir de la solapa de una novela de aventuras marítimas, escogida en los estantes de la biblioteca de Biblos.
Sara lo había visto antes. Cuando un hoon se interesaba por la literatura, se entregaba a ella como los de su especie realizaban otras tareas: con exhaustiva lentitud. El día anterior, mientras se ocultaban bajo una protuberancia rocosa en el embarcadero de Kandu, Sara había visto que el capitán leía *Islas en la corriente,* moviendo los labios, murmurando mientras volvía las páginas, pues era evidente que se sabía el libro de memoria.
Desde ese ángulo, con su melena blanca y su nariz aguileña, se parecía a un antiguo autor terrícola, Hemingway, o a algún veterano filibustero, con su aire de confianza e íntimo conocimiento del peligro.
Grawph-phu volvió la cabeza, se dio cuenta de que Sara lo miraba y le guiñó el ojo.
«Por Dios», suspiró ella, esperando que el hoon escupiera de costado y mascullara algo así como «Hola, marinera. Buen día para navegar. Avante a toda máquina».
En cambio, el capitán se quitó la pipa de la boca y señaló.

—Biblos, más allá de la próxima curva. Hrrrm. Un día antes de lo que esperabas llegar.
Sara miró adelante una vez más. «Debería estar contenta —pensó—. El tiempo apremia.»
Al principio sólo pudo distinguir Pantano Eterno en la orilla izquierda, una inmensidad de arenas movedizas que se extendía hasta el Roney y obligaba a efectuar un rodeo después de Tarek. A la derecha comenzaba la llanura de Warril, donde varios pasajeros habían desembarcado antes. Bloor el retratista y un demoledor que llevaba despachos para su gremio habían ido en una caravana rápida. Ambos eran menudos y podían montar en asno todo el camino, y con suerte llegarían al Valle en tres días. Prity y Pzora también desembarcaron en Kandu, para alquilar carros por si debían llevar al forastero ante los sabios supremos, algo que decidirían durante el viaje a Biblos.
Al despejarse la niebla, una pared de piedra se elevó a la derecha desde las aguas. Titilaba, lisa como vidrio, indiferente a la erosión y al tiempo. Aún se discutía si era una formación natural o bien obra de los buyurs.
Ulgor había dicho que los ciudadanos de Dolo podrían ver las llamas de un incendio contra esos peñascos. Dos siglos atrás, los colonos habían presenciado ese horrible espectáculo. Un desastre jamás igualado, ni siquiera por la matanza de Tolón, ni por la emboscada que Uk-rann le tendió a Drake el Mayor en Vado Sangriento.
«Pero no vimos llamas.»
Aun así, hubo cierto nerviosismo hasta que el vapor dobló el último recodo.
Sara suspiró. «El Archivo sigue en pie.»
Lo contempló largo rato, emocionada, y luego fue a popa a

buscar al forastero y a Ariana Foo. Aquel espectáculo les gustaría.
Era un sólido e inexpugnable castillo, tallado con herramientas que ya no existían. Herramientas celestiales, arrojadas al abismo una vez que se erigió la fortaleza. Un baluarte del conocimiento.
La protuberancia de granito aún se internaba en el curvo río como un dedo. Desde arriba, debía de tener el mismo aspecto de siempre, con matas boscosas ocultando aberturas que permitían el paso de la luz hasta los patios de lectura. Pero desde el muelle donde atracó el vapor, se veían imponentes almenas y macizas columnas que soportaban la meseta natural, sosteniendo ese peso erosionado como si lucra un techo.
Dentro de esa anómala caverna, edificios de madera protegían su valioso contenido de la lluvia, el viento y la nieve, aunque no habían logrado protegerlo del incendio que había arrasado el extremo sur, dejando ruinas y escombros. En una noche, un tercio de los conocimientos legados por la Gran Edición se habían disipado en humo y desesperación.
«Los sectores que hoy habrían sido más útiles», pensó Sara mientras seguía al forastero. Los sectores consagrados a la sociedad galáctica, sus muchas razas y clanes. Lo que quedaba —relatos generales en el Edificio de Referencias— sólo daban bosquejos de los complejos vínculos biosociopolíticos que relacionaban las Cinco Galaxias.
A pesar de la crisis, el alba reunía a un caudal de peregrinos procedentes de albergues de la arbolada aldea, estudiosos que se reunieron con los pasajeros del vapor para subir por una rampa zigzagueante a la puerta

principal. Estudiantes traekis y g'Keks recobraban el aliento en los rellanos. Qheuens rojos del distante mar se detenían para rociarse la cúpula con agua salada. Ulgor y Hoja los evitaban.
Una caravana de asnos pasó cuesta abajo junto a la hilera de visitantes. Cajas selladas con cera hablaban de valiosos contenidos. «Todavía están evacuando —comprendió Sara—. Aprovechando el retraso que han logrado los sabios.»
¿Encontraría estantes vacíos en el interior?
¡Imposible! Aunque lograran desplazar tantos volúmenes, ¿dónde los almacenarían?
El forastero insistía en empujar la silla de Ariana, quizá por respeto, quizá para demostrar hasta qué punto se había recuperado. Su tez morena ahora tenía un lustre saludable y su risa profunda era contagiosa. No obstante, tuvo problemas con la silla, de tanto mirar maravillado las paredes de piedra, el puente levadizo, el rastrillo y los soldados. En vez del destacamento simbólico que Sara recordaba, un pelotón completo patrullaba los parapetos, armado con lanzas, arcos y ballestas.
Ariana parecía complacida con la reacción del forastero. La anciana miraba a Sara con aire de satisfacción.
«Él nunca había estado aquí. Ni siquiera las lesiones que ha sufrido pudieron borrar un recuerdo tan vivido como Biblos. O bien es un rústico de las colonias humanas más bárbaras y alejadas, o bien...»
Pasaron frente a las últimas almenas y el forastero miró maravillado los edificios del Archivo. Estructuras de madera que imitaban monumentos de piedra del pasado reverenciado de la Tierra: el Partenón, el castillo de Edo y un Taj Mahal en miniatura cuyos minaretes se fusionaban

en cuatro gruesas columnas que sostenían el techo de piedra.
Los fundadores tenían cierto gusto por la ironía dramática, pues todos los originales antiguos se habían construido para durar, consagrados en su época a una vana resistencia contra el tiempo, mientras que estos edificios tenían otro objetivo: cumplir una función y desaparecer como si nunca hubieran existido.
Sin embargo, incluso eso era excesivo para algunos.
—¡Arrogancia! —protestó Jop, el granjero que había decidido acompañarlos cuando se enteró de la expedición—. Todo debe desaparecer, si deseamos la bendición.
—Con el tiempo, debe desaparecer —concedió Ariana Foo, sin precisar si se refería a una semana próxima o un milenio.
Sara vio que había arcilla fresca sobre orificios de las columnas de la base, que soportaba el peso del techo. «Como en casa —comprendió—. Los demoledores se cercioran de que todo esté preparado, pero de momento no hacen nada más.»
Miró detrás de Jop. Al final de la fila iban los dos últimos pasajeros, el joven Jomah, hijo de Henrik, y su tío Kurt. El demoledor mayor se agachó para mostrar al muchacho ciertos rasgos estructurales con gestos contundentes. Sara se preguntó si el forastero, que miraba en torno con deleite, tendría idea de lo fácil que sería transformar todo aquello en ruinas que apenas se distinguirían de cien otros lugares destruidos por los buyurs cuando partieron, dejando que el planeta regresara a la naturaleza.
Volvió a sentirse nerviosa. No había sido fácil ser estudiante en ese lugar. Incluso cuando se llevaba los

libros al bosque de arriba, para leer a la sombra de un árbol garu, no podía librarse de la sensación de que la meseta entera podía derrumbarse. Durante un tiempo, esas nerviosas fantasías le habían dificultado estudiar, hasta que apareció Joshu.
Sara hizo una mueca. Había sabido que cuando regresara lo recordaría todo.
—Nada es eterno —añadió Jop mientras se aproximaban al pórtico ateniense del Salón Central, sin saber hasta qué punto esas palabras afectaban a Sara.
—En efecto —convino Ariana—. Ifni insiste en ello. Nada puede resistir el avance de la diosa del cambio.
Si la sabia se proponía ser sardónica, Sara no lo entendió. Estaba demasiado sumida en sus recuerdos mientras se aproximaban a las gigantescas puertas dobles, talladas en la madera más fina como obsequio de la raza qheuen, revestida con bronce urs, lacada con secreciones traekis y pintada por artistas g'Keks. La obra alcanzaba diez metros de altura, describiendo con engalanado simbolismo aquello que todos valoraban más, el mejor y más costoso logro de la Comuna de Jijo.
La Gran Paz.
Esta vez Sara apenas reparó en el suspiro del forastero. No podía compartir su placer. En ese lugar sólo sentía tristeza.

El retratista ni siquiera pidió descansar después de su largo y difícil viaje desde Kandu. Se puso a trabajar de inmediato para preparar sus materiales: sustancias químicas cáusticas y metales duros cuya resistencia al tiempo los volvía sospechosos para la ley de la Comuna, pero ideales para la extorsión.

Otros miembros de su gremio ya habían llegado desde Asamblea para vender fotografías de papel de los visitantes, los maestros de los gremios, los ganadores de los juegos, todos los que tuvieran la vanidad suficiente como para desear que su imagen grabada durase toda una vida, tal vez dos. Algunos de estos habilidosos buhoneros de retratos se habían ofrecido para registrar secretamente a los invasores, ¿pero con qué propósito? Los retratos de papel están destinados a borrarse y desintegrarse, no a durar milenios. Era mejor no correr el riesgo de que los alienígenas los sorprendieran y descubrieran algunas de nuestras artes ocultas.

Pero Ariana, Bloor y la joven Sara Koolhan parecen haber pensado otra cosa, ¿verdad, anillos míos? A pesar del cansancio, Bloor se presentó de inmediato ante nosotros para mostrarnos el daguerrotipo. Una imagen precisa en metal tallado, con siglos de edad. Ur-jah tembló al acariciar ese exacto retrato de una gran cacique de antaño.

—Si intentamos esto, es esencial mantener el secreto. Nuestros enemigos no deben saber que se tomaron muy pocas imágenes —señaló Phwhoon-dau, mientras avispas de intimidad revoloteaban en nuestra oculta tienda de cónclaves, soltando gotas de color amargo con sus alas relucientes—. Los dioses del cielo deben creer que hemos

hecho centenares de placas, y que ya están a buen recaudo, en tantos lugares profundos que nunca lograrían encontrarlas todas.
—Es verdad —añadió Vubben, moviendo los tallos oculares con cautela—. Pero hay algo más. Para que esto dé resultado, los retratos no deben mostrar sólo el rostro de los invasores humanos. ¿De qué
servirán como prueba dentro de un millón de años? Deben incluir las máquinas de los alienígenas, y rasgos inconfundibles de Jijo, y también los animales locales que ellos examinan con ánimo de llevárselos.
—Y sus atuendos, esas prendas tan chillonas que llevan —intervino Lester Cambel—. Todos los signos que sirvan para identificarlos como renegados humanos. No representantes de nuestro sept en Jijo, ni de la Tierra.
Todos asentimos ante este último requerimiento, aunque parece difícil de satisfacer. ¿Cómo pueden unas placas grabadas expresar diferencias tan sutiles para los fiscales de un futuro tan lejano?
Pedimos a Bloor que consultara con nuestros agentes, teniendo en cuenta todos estos criterios. Si algo resulta de ello, será un verdadero milagro.
Creemos en milagros, ¿verdad, anillos míos? Hoy, el rewq que tenía en mi/nuestro morral salió de su estado de sopor. También el de Vubben, nuestra portavoz de ignición. Otros mencionan movimientos.
¿Será este cambio motivo de esperanza? ¿O sólo han comenzado a despertar, como ocurre a veces con los rewqs en las últimas etapas de su enfermedad, antes que se enrollen para morir?

DWER

El camino de los Linderos era abrupto y accidentado.
Eso no importaba en los viajes al desierto del este que Dwer había realizado con anterioridad, excursiones exploratorias aprobadas por los sabios en que sólo llevaba su arco, un mapa y algunos enseres. La primera vez, después del retiro del viejo Fallón, estaba tan exaltado que había bajado corriendo a las brumosas llanuras, dejándose llevar por la gravedad, gritando mientras brincaba de roca en roca.
Ahora aquel sentimiento había desaparecido. No experimentaba euforia, ni la competencia de su juventud y destreza contra el ardiente abrazo de Jijo. Era una misión seria en la que guiaba una docena de asnos recargados por un terreno irregular, usando una paciente firmeza para combatir la terquedad de los animales. Se preguntaba cómo conseguían las mercaderes urs que les resultara tan fácil, guiando sus caravanas con silbidos penetrantes y agudos.
«¿Y dicen que estas criaturas vienen de la Tierra?», se preguntó, rescatando a un asno atascado. A Dwer no le agradaba la idea de compartir parte de la herencia genética de esas bestias.
Por otra parte, estaban los humanos que también debía guiar hacia el desierto.
Podría haber sido peor. Danel Ozawa era un guardabosques con experiencia, y las dos mujeres eran fuertes, con aptitudes singulares. Aun así, nada en la dócil Cuesta podía compararse con esta comarca agreste. Dwer tenía que ir de un lado al otro de la caravana para ayudar a sus compañeros.

No sabía qué lo irritaba más, si la estólida indiferencia de Lena Strong o la incondicional amistad de Jenin Worley, que insistía en dirigirle su sonrisa tímida.
Eran las opciones obvias, pues Jenin y Lena ya estaban en Asamblea para promover su idea «turística», con la esperanza de obtener la ayuda de Dwer y la aprobación de los sabios, para llevar grupos de «excursionistas» más allá de los Linderos. En otras palabras, personas inteligentes a quienes les sobraba el tiempo, influidas por ideas que habían encontrado en libros de la vieja Tierra.
«Yo iba a oponerme. —Incluso los grupos compuestos por miembros del mismo sexo corrían el riesgo de infringir el pacto antiirruptor—. Y ahora formo parte de un plan para quebrantar la ley que he jurado defender.»
Sin poder evitarlo, miraba continuamente a las dos mujeres, tal como ellas lo evaluaban a él. Sin duda tenían un aspecto... saludable.
«Ahora eres un auténtico salvaje. Aprende a valorar las virtudes de las hembras salvajes.»
También había mujeres en los Cerros Grises, pero Rety decía que la mayoría comenzaban a parir a los catorce años. Pocas conservaban la dentadura completa después de los treinta.
Se suponía que un segundo grupo de voluntarios de la Cuesta seguiría al suyo. Para guiarlos, Dwer dejaba manchas de pasta porl en hitos visibles cada medio midura, marcando una senda que cualquier jijoano medianamente competente podría seguir, pero que sería ininteligible para los incursores galácticos y su maquinaria omnividente.
Dwer habría preferido estar en casa preparándose para una batalla desesperada contra los alienígenas, junto con

otros soldados. Pero nadie estaba mejor preparado para guiar la expedición a los Cerros Grises, y además había dado su palabra a Danel.
«Y ahora soy un guía turístico, a pesar de todo.»
Ojalá estuviera seguro de que había decidido lo correcto.
«¿Qué estamos haciendo? ¿Huir a otro sitio que no nos corresponde, como nuestros pecaminosos antepasados ? —Pensar en ello le
producía dolor de cabeza—. Que Lark no se entere de lo que estoy haciendo. Le rompería el corazón.»
El trayecto se volvió un poco más fácil cuando descendieron de la montaña a una estepa alta. Pero en esta ocasión, a diferencia de sus otras expediciones, Dwer viró hacia el sur, hacia una ondulante comarca de hierba pajiza. Pronto atravesaban una pradera de brotes altos cuyas flores tenían puntas con espinas que obligaron a los humanos, e incluso a los asnos, a usar perneras de cuero para protegerse.
Nadie se quejaba. Danel y los demás aceptaban su liderazgo sin cuestionarlo, enjugándose el sudor mientras avanzaban junto a los asnos. Afortunadamente, los desperdigados oasis boscosos ayudaban a Dwer a llevar al grupo de una fuente de agua a la siguiente, dejando marcas para la siguiente expedición.
Rety debía de ser muy obstinada para haber cruzado ese lugar en pos de su maldito pájaro.
Dwer había sugerido que aguardaran a la muchacha.
—Ella es la verdadera guía —le había dicho a Danel.
—No es verdad. ¿Confiarías en sus consejos? Podría guiarnos mal con la intención de proteger a sus seres queridos.
«O para no verlos de nuevo.» Aun así, Dwer lamentaba

que Rety no hubiera llegado a tiempo para viajar con su grupo. En cierto modo la echaba de menos, con sus huraños sarcasmos y demás.
Ordenó que la expedición se detuviera en un gran oasis, una hora antes del ocaso.
—Las montañas pronto cortarán la luz del día —explicó a los demás. Hacia el oeste, los picos ya estaban rodeados por un nimbo amarillento—. Vosotros tres debéis despejar el ojo de agua, cuidar los animales e instalar el campamento.
—¿Y adonde irás tú? —preguntó Lena Strong indignada, enjugándose la frente.
Dwer se sujetó la aljaba.
—A ver si cazo algo para cenar.
Ella señaló la yerma estepa.
—¿Aquí?
—Vale la pena intentarlo, Lena —dijo Danel, fustigando la hierba pajiza con una vara—. Los asnos no pueden comer esta hierba, así que el grano debe durarnos hasta que lleguemos a las serranías, donde podrán forrajear. Sería útil tener un poco de carne para los cuatro.
Dwer no se molestó en añadir más explicaciones. Echó a andar por uno de los estrechos senderos que rodeaban la hierba alta y con espinas Al rato dejó atrás el tufo de los asnos y el murmullo de las voces humanas.
«No conviene hacer ruido cuando el universo está lleno de cosas más peligrosas que nosotros.»
Olisqueó el aire y observó el vaivén de los tallos. En esa pradera era aún más imperativo cazar con el viento de cara, no sólo por el olor, sino para que la brisa no llevara el susurro de sus pisadas hasta sus presas, en este caso una bandada de perdices montaraces que picoteaban a una

docena de metros de distancia.
Dwer calzó una flecha y avanzó con sigilo hasta distinguir ruidos en la hierba: garras raspando terreno arenoso, picos buscando semillas, un cloqueo maternal, gorjeos de pichones buscando un cálido pecho plumoso, el cotorreo de los jóvenes que comunicaban desde la periferia que todo estaba bien.
Uno de los centinelas cambió bruscamente el tono de su informe, que sonó como un jadeo de alarma. Dwer se agachó y se quedó quieto. Afortunadamente, las sombras del crepúsculo eran más profundas a sus espaldas. Ojalá no se asustaran...
Un chasquido súbito ahuyentó cuatro siluetas aladas. «Otro depredador», comprendió Dwer, alzando el arco. Mientras la mayoría de las aves se desperdigaban en la hierba y desaparecían, algunas regresaron para revolotear sobre el intruso, alejándolo de la madre y sus polluelos.
Cacareando suavemente, Dwer lanzó flechas en rápida sucesión, derribando a dos de los centinelas.
El alboroto terminó tan prontamente como había empezado. Salvo por una zona pisoteada, ese retazo de estepa no presentaba ninguna señal de lo ocurrido.
Dwer se guardó el arco y desenvainó el machete. En principio, nada que pudiera ocultarse bajo la hierba representaba una gran amenaza para él, salvo un escorpión de raíces. Pero había leyendas sobre bestias extrañas y malignas que habitaban al sureste de la Cuesta. De cualquier modo, un ligger hambriento podía ser un buen fastidio.
Encontró el primer pájaro caído.
«Esto contentará a Lena durante un rato», pensó, comprendiendo que esa tarea podía durar toda la vida.

La hierba osciló cerca de donde había derribado al segundo pájaro. Corrió, machete en mano.
—¡No, ladrón! ¡Ni lo sueñes!
Dwer frenó cuando una criatura de pelaje negro salió con la otra perdiz entre las fauces, arrastrando la flecha ensangrentada por el polvo.
—Tú —suspiró Dwer, bajando el machete—. Debí suponerlo.
Los oscuros ojos de Pies de Barro brillaron con elocuencia. Dwer imaginó sus palabras.
«Está todo bien, jefe. ¿Te alegras de verme? No te molestes en darme las gracias por haber ahuyentado las aves. Me guardaré este pajarraco gordo como paga.»
Dwer suspiró resignado.
—De acuerdo. Pero quiero de vuelta esa flecha, ¿me oyes?
El noor sonrió. Como de costumbre, era imposible saber cuánto entendía.
Oscurecía cuando regresaron al oasis. Ardían llamas bajo un árbol. La brisa traía olor a asno, humanos y potaje.
«Mejor una fogata pequeña, para que parezca un fuego natural», se recordó.
Luego se le ocurrió otra idea.
Rety decía que los noors nunca iban a las montañas. ¿Qué hacía allí Pies de Barro?
Rety no había mentido al decir que había manadas de glávers al sureste de los Linderos. Al cabo de dos días de viaje, trotando junto a los asnos, Dwer y los demás encontraron claros indicios de su presencia: los montículos donde los glávers enterraban sus excrementos.
—Maldición, tienes razón —convino Danel, jadeando con las manos sobre las rodillas. Las dos mujeres, en cambio,

no parecían preocupadas—. Parece que las cosas se han complicado.
«En efecto —pensó Dwer—. Años de vigilancia por parte de cazadores como yo han sido en vano. Siempre pensamos que sólo viajeros bien equipados podían cruzar la hierba amarilla, nunca los glávers. Así que dirigíamos nuestras exploraciones hacia el norte.»
Al día siguiente, Dwer los hizo detener cuando avistó a lo lejos un grupo de glávers que buscaban alimentos en el linde de un chaparral.
Los cuatro humanos se turnaron para observar por los binoculares urs de Danel Ozawa. Aquellas pálidas criaturas de ojos grandes parecían estar observando un gallaiter estepario, una bestia corpulenta de patas largas nativa de la región, cuyo cadáver estaba despatarrado en una zona de hierba pisoteada. El espectáculo los desconcertó a todos, excepto a Jemn Worley.
—¿No has dicho que así es como se sobrevive en la pradera? ¿Comiendo animales que sean capaces de alimentarse de esta hierba? Pues los glávers se han adaptado a un nuevo modo de vida. ¿No es lo que tendremos que hacer?
A diferencia de Danel Ozawa, que parecía resignado a la misión, Jenin parecía ávida de aventuras, sabiendo que tal vez fuera su destino preservar la raza humana en Jijo. Cuando vio ese afán en sus ojos,
Dwer se sintió más cerca de la robusta Lena Strong. Al menos Lena se enfrentaba a esta situación como él, como un deber que debía cumplir en un mundo que no se interesaba en la conveniencia o los deseos de nadie.
—Es sorprendente —intervino Danel, bajando los binoculares de mal talante—. Creí que los glávers no

podían comer carne roja.
—Adaptabilidad —gruñó Lena—. Una característica presapiente. Tal vez esto signifique que están en su camino de regreso, después de ir cuesta abajo.
Danel reflexionó.
—¿Tan pronto? En tal caso, me intriga. ¿Podría significar...?
Dwer le interrumpió antes que el sabio se pusiera filosófico.
—Dame los binoculares —dijo, cogiendo los anteojos de vidrio y bu y echando a correr agazapado—. Enseguida vuelvo.
Naturalmente, Pies de Barro decidió acompañarlo, adelantándose y trazando círculos para preparar falsas emboscadas. Dwer apretó los dientes, pero se negó a dar a la bestia la satisfacción de reaccionar. «No le hagas caso. Tal vez se vaya.»
Sin embargo, esta estrategia no había funcionado hasta el momento. Jenin parecía encantada de tener a Pies de Barro como mascota, mientras que a Danel le intrigaba su tenacidad. Lena había votado con los demás, oponiéndose al deseo de Dwer de expulsarla.
—No pesa casi nada —dijo—. Que monte en asno, mientras se busque su propia comida y no se me ponga en el camino.
Eso hizo, eludiendo escrupulosamente a Lena, posando para Danel, y ronroneando felizmente cuando Jenin lo acariciaba todas las noches junto a la fogata.
«En mi caso, actúa como si me gustara enfadarme.»
Mientras se arrastraba hacia el chaparral, Dwer procuraba recordar la configuración del terreno, la crepitante consistencia de la hierba, la variabilidad de la brisa. Lo hacía por hábito profesional, y también por si alguna vez

necesitaba en serio estas habilidades, persiguiendo a la manada de glávers con las flechas preparadas. Irónicamente, eso sólo podía suceder si recibían buenas noticias, si desde la Cuesta les informaban que todo estaba bien, que los ladrones de genes se habían marchado sin causar el temido genocidio. Entonces esta expedición se convertiría en una tradicional misión de rescate, un proyecto para liberar la región de glávers y humanos, preferiblemente mediante la captura, pero en última instancia por cualquier medio que fuera necesario.

Por otra parte, suponiendo que en el oeste pasara lo peor y los Seis fueran exterminados, su pequeño grupo se uniría a la familia de renegados de Rety, como exiliados en el desierto. Bajo la guía de Danel, domarían a los parientes de Rety y crearían tradiciones sabias y sencillas para vivir en su nuevo hogar.

Una de ellas sería prohibir que se cazaran glávers para alimentarse.

A Dwer le resultaba difícil asimilar esta incongruencia. Una buena noticia lo convertiría en asesino múltiple. Por otra parte, una noticia espantosa lo convertiría en buen vecino de glávers y hombres.

El deber y la muerte por un lado. La muerte y el deber por el otro.

Dwer se preguntó si todo eso valía la pena a cambio de la supervivencia.

Desde una elevación, alzó los binoculares. Dos familias de glávers parecían alimentarse del gallaiter, mientras otros vigilaban. Normalmente, ese gordo cadáver primero sería reducido a un blanco esqueleto por liggers u otros carnívoros grandes, luego hickuls de gruesas mandíbulas triturarían los huesos, y al fin descenderían criaturas

volantes conocidas como «buitres», aunque en nada se parecían a las fotos de la vieja Tierra.
De cuando en cuando, manadas de hickuls asomaban en la periferia del claro. Un gláver se apoyaba sobre las ancas y arrojaba una piedra. Los carroñeros se dispersaban con gemidos.
«Ah. Ya entiendo cómo lo hacen.»
Los glávers habían encontrado un modo singular de sobrevivir en la estepa. Como no podían digerir hierba ni bu, ni comer carne roja, usaban cadáveres para atraer hordas de insectos de la zona circundante, y los consumían tranquilamente mientras los demás integrantes de la manada ahuyentaban la competencia.
Parecían estar pasándolo bien, sosteniendo criaturas viscosas ante sus ojos esféricos, maullando aprobatoriamente, metiéndoselos en la boca. Dwer nunca había visto glávers actuando con tanto entusiasmo. No se comportaban así allá, donde los trataban como tontos sagrados y los alentaban a alimentarse a voluntad en los sumideros de los Seis.
Pies de Barro miró a Dwer con expresión de asco. «¡Por Ifni, qué cerdos! ¿Qué te parece si atacamos ahora? Los capturamos a todos, jefe, y los arreamos de vuelta a la civilización, de buen grado o por la fuerza.»
Dwer juró controlar su imaginación. Tal vez al noor simplemente le disgustara el olor.
Aun así, reprendió a Pies de Barro en voz baja.
—¿Quién eres tú para pensar que otros son repugnantes, cuando no haces más que lamerte todo el cuerpo? Vamos a informar a los demás. Los glávers no se han vuelto carnívoros. Tenemos que seguir corriendo, si queremos salir de esta zona de pastos mañana por la noche.

ASX

Llegan más noticias del sur, enviadas por la herrera del monte Guenn.
Era un mensaje breve y distorsionado, pues en parte había llegado por mensajera, y en parte lo habían transmitido, entre picos de montaña, personas inexpertas en el manejo de los espejos.
Parece que los incursores están visitando las aldeas pesqueras y criaderos de los qheuens rojos, haciendo preguntas directas. Incluso descendieron en alta mar para molestar a los tripulantes de un transporte de escoria que regresaba de una tarea sagrada en el Sumidero. Es evidente que se creen libres para interrogar a nuestros ciudadanos donde se les antoje, hablando acerca de «visiones insólitas, criaturas extrañas o luces en el mar».
¿Deberíamos inventar una historia, anillos míos? ¿Deberíamos inventar una historia de monstruos marinos para intrigar a nuestros huéspedes indeseados, y quizás aplazar nuestro destino por un tiempo?
Suponiendo que nos atreviéramos, ¿qué harían cuando se enterasen de la verdad?

LARK

Aquella mañana Lark trabajó junto a Ling en un estado de nerviosismo agravado por su afán de disimularlo. Pronto, con suerte, tendría la oportunidad de poner las cosas en orden. Pero sería delicado espiar para los sabios mientras buscaba información que él necesitaba por sus propias razones.

La sincronización lo era todo.

La tienda de análisis era un hervidero de actividad. La parte trasera del pabellón estaba atestada de jaulas de bu hechas por artesanos qheuens, llenas de especímenes traídos de todas partes. Un equipo de humanos, urs, traekis y hoons trabajaba sin cesar para alimentar, abrevar y cuidar los animales, mientras que varios g'Keks locales habían demostrado un talento sorprendente para hacer correr a varias criaturas por laberintos o realizar otras pruebas, supervisados por robots cuyas instrucciones siempre estaban en intachable galáctico dos. A Lark se le había puntualizado *que era* muestra de alta distinción que le pidieran trabajar directamente con uno de los humanos de las estrellas.

Su segunda expedición aérea había sido aún más agotadora que la primera, un viaje de tres días que había comenzado con una larga trayectoria mar adentro, sobrevolando las oscuras olas del Sumidero, luego brincando de una isla a otra en un extenso archipiélago, tomando muestras de diversas formas de vida silvestre que Lark nunca había visto. Para su sorpresa, este viaje resultó mucho más agradable que el primero.

Ante todo, Ling se mostraba menos paternalista a medida que trabajaban juntos y aprendían a respetarse. Por otra

parte, a Lark le resultaba conmovedor ver los resultados de la evolución en cada comarca aislada de Jijo en tan sólo un millón de años de barbecho. Cada isla se había transformado en un reactor biológico en miniatura, desarrollando deliciosas variaciones. Había aves que habían renunciado al vuelo, y reptiloides que parecían a punto de desarrollar alas, mamiformes cuyo vello crecía en pinchos protectores y zills cuyo torg algodonoso titilaba con colores jamás vistos en sus parientes del continente. Con el tiempo llegó a la conclusión de que los últimos ocupantes legales de Jijo habían realzado la diversidad desde el principio. «Tal vez los buyurs sembraron cada isla con diferentes recursos genéticos, como parte de un experimento en gran escala.»

Ling y Besh casi tenían que llevárselo a rastras cuando llegaba el momento de abandonar un sitio, mientras Kunn mascullaba junto a su consola. Al parecer sólo era feliz cuando estaban en el aire. Al aterrizar, Lark siempre era el primero en bajar. Durante un tiempo, sus adustas reflexiones quedaron sumergidas bajo la pasión del descubrimiento.

Aun así, mientras volaban a casa en el último tramo, tenía ciertas preguntas. «El viaje ha sido maravilloso, ¿pero a qué hemos ido? ¿Qué esperaban conseguir?» Aun antes que los humanos dejaran la Tierra, los biólogos ya sabían que las formas de vida superiores necesitan espacio para evolucionar, preferiblemente grandes continentes. A pesar de la gran variedad que había en el archipiélago, no había una sola criatura que pudiera ser candidata para la Elevación.

Cuando se reunió con Ling al día siguiente, la mujer anunció que volverían a analizar rocallosos, poco después

del almuerzo. Besh ya había reanudado su intensa investigación de los glávers, satisfecha de estar trabajando una vez más con el candidato más apto.
Glávers. Era irónico. Pero Lark se guardó sus preguntas para esperar el momento oportuno.
Ling dejó el diagrama en que habían estado trabajando —que reproducía gran parte de aquello que ya cubría las paredes de su estudio de Villa Dolo— y lo condujo a la mesa donde las máquinas ofrecían refrigerios. La iluminación era excelente, así que Lark saludó a
un hombre mentido que limpiaba unos corrales. El sujeto rubio se dirigió a una pila de cajas de madera que usaban para almacenar alimentos para ese zoológico de criaturas cautivas.
Lark se acomodó en un extremo de la mesa para dejar que el hombre viera a Ling y a Besh. Sobre todo a Ling. Para que su plan diera resultado, debía tratar de mantenerla quieta el mayor tiempo posible.
—Besh parece creer que habéis encontrado una especie óptima como candidato.
—¿Eh? —La mujer de ojos oscuros apartó la mirada de una máquina dedicada a producir un brebaje amargo que Lark había probado en una ocasión. Café. Era repugnante.
—¿Encontrado qué? —Ling revolvió una taza humeante y se apoyó en el canto de la mesa.
Lark señaló el sujeto que Besh y sus ayudantes estaban estudiando, que mascaba una bola de savia y tenía un dispositivo conectado a la cabeza, para estudiar sus procesos neuronales. Se había producido un alboroto cuando Besh juró que el gláver había «imitado» dos palabras habladas. Ahora Besh parecía concentrada en su microscopio, guiando una sonda cerebral con movimientos

precisos. Se quedó quieta.
—¿Los glávers tienen lo que buscáis? —continuó Lark.
Ling sonrió.
—Lo sabremos mejor cuando regrese nuestra nave y se efectúen pruebas más avanzadas.
Por el rabillo del ojo, Lark vio que el hombre menudo quitaba la tapa de un orificio de una caja. Lark vio un destello cristalino.
—¿Y cuándo regresará la nave? —preguntó, obligando a Ling a prestarle atención.
—Ojalá dejarais de hacer esa pregunta. Hace pensar que tenéis razones para tener miedo. ¿Por qué te importa el regreso de la nave?
Lark infló los carrillos, a la manera hoon, y recordó que ese gesto no significaría nada para ella. No se atrevía a encogerse de hombros al estilo humano, así que se contentó con esbozar una sonrisa huraña.
—Un aviso sería simpático, nada más. Se tarda tiempo en preparar un pastel grande.
Ella rió entre dientes, más de lo que merecía esa broma. Lark estaba aprendiendo a no enfadarse cada vez que se topaba con su condescendencia. De cualquier modo, Ling dejaría de reír cuando los archivos de a bordo revelaran que los glávers —primeros candidatos para la Elevación-— ya eran ciudadanos galácticos y todavía recorrían una zona remota del espacio en naves de segunda mano.
¿ O tal vez los registros informáticos del crucero estelar no lo revelarían? Según los Rollos más antiguos, los glávers descendían de una raza oscura entre los miles de clanes sapientes de las Cinco Galaxias. Tal vez, como los g'Keks, ya se habían extinguido y nadie los recordaba, salvo en los helados rincones de las principales bibliotecas.

Éste podría ser el momento anunciado tiempo atrás por el último sabio gláver, antes de que los humanos llegaran a Jijo. La vez en que la recuperación de la inocencia marchitara a su raza, lavara sus pecados y les ofreciera una segunda oportunidad. Un nuevo comienzo.
«En ese caso merecen algo mejor que ser adoptados por una banda de ladrones.»
Lark apartó ese pensamiento. Escogió cuidadosamente las palabras.
—Supongamos que resulten perfectos en todo sentido. ¿Os los llevaréis cuando os vayáis ?
—Probablemente. Un pequeño grupo de un centenar.
De soslayo, Lark vio que el hombre menudo volvía a tapar la lente de la cámara. Con una sonrisa satisfecha, Bloor el retratista levantó la caja y se la llevó fuera. Lark se relajó. El rostro de Ling podía resultar un poco borroso en la foto, por estar hablando, pero su cuerpo y sus ropas saldrían nítidamente, a pesar del largo tiempo de exposición. También por suerte, Besh, el gláver, un robot y un rocalloso dormido habían permanecido quietos todo el tiempo. Incluso era posible que la foto mostrara parte de la cordillera, a través de la entrada, lo cual permitiría precisar la posición geográfica y la época del año.
—¿Y qué hay del resto? —le preguntó a Ling, ya más tranquilo.
—¿A qué te refieres?
—¿Qué sucederá con los demás glávers?
Ella entornó los ojos.
—¿Por qué debería sucederles algo?
—En efecto, ¿por qué?
Lark se movió incómodamente. Los sabios deseaban mantener la atmósfera de tensa ambigüedad un tiempo

más, en vez de enfrentarse directamente a los incursores. Pero él ya había cumplido la exhortación de los sabios ayudando a Bloor. Mientras, Harullen y los demás herejes pedían respuestas. Debían decidir pronto si debían participar en el misterioso proyecto de los celotes.
«Hazlo ahora. Formula la pregunta.»
—Después... está el problema del resto de nosotros.
—¿El resto de vosotros? —Ling enarcó las cejas.
—Los Seis. Cuando encontréis lo que buscáis, y os vayáis... ¿qué será de nosotros?
—¡No sé cuántas veces me lo han preguntado!
Lark la miró sorprendido.
—¿Quién...?
—¿Quién no? —resopló ella—. Por lo menos un tercio de los pacientes que tratamos en la clínica insisten en preguntar cómo lo haremos. Qué medios pensamos usar cuando al fin nos decidamos a matar a todas las criaturas sapientes del planeta. ¿Seremos incruentos? ¿O caerán centellas del cielo, el día que nos vayamos? Se vuelve tan repetitivo que a veces... ¡Bah!
Apretó los puños, perdiendo la compostura. Lark parpadeó. Había pensado en hacer esas mismas preguntas.
—La gente está asustada —dijo—. La lógica de la situación...
—Lo sé, lo sé —interrumpió Ling con impaciencia—. Si hemos venido a robar formas de vida presapientes, no podemos permitirnos el lujo de dejar testigos. Y, sobre todo, no podemos dejar ejemplares nativos de las especies que robamos. Francamente, ¿de dónde habéis sacado semejantes ideas?
«De los libros —quiso responder Lark—. De las advertencias de nuestros antepasados.»

¿Pero en qué medida podía confiar en esos relatos? Los más detallados se habían perdido en el incendio, poco después de la llegada de los humanos. En todo caso, ¿no eran los humanos advenedizos en la escena galáctica de aquellos tiempos, preocupados al extremo de la paranoia? ¿Y no eran los más paranoicos los que abordaron el *Tabernáculo* para ir a esconderse en un mundo remoto y prohibido?

¿Estarían exagerando el peligro?

—En serio, Lark, ¿por qué habríamos de temer lo que pudiera decir de nosotros un montón de irruptores? Hay muy pocas probabilidades de que otro equipo de inspección de los Institutos llegue a Jijo en un plazo inferior a cien mil años. Para entonces, si alguno de vosotros aún existe, nuestra visita se habrá perdido en vagas leyendas. No necesitamos cometer genocidio... siempre que tuviéramos el ánimo para hacer algo tan espantoso, por poderosa que fuera la razón.

Por primera vez, Lark vio más allá de la máscara socarrona de Ling. O bien ella creía en lo que decía o bien era una excelente actriz.

—Pues bien, ¿entonces cómo pensáis adoptar cualquier especie presapiente que encontréis aquí? No podréis admitir que la habéis recogido en un mundo prohibido.

—Al fin una pregunta inteligente. —Ling parecía aliviada—. Confieso que no será fácil. Ante todo, habrá que introducirlas en otro ecosistema, junto con las criaturas simbióticas que necesiten, y otras pruebas para implicar que han estado allí durante un período de tiempo. Y debemos esperar bastante...

—¿Un millón de años?

Ling sonrió.

—No tanto. Tenemos un par de ventajas a nuestro favor. Una es
el hecho de que en la mayoría de los mundos el biorregistro es un caos de anomalías filogénicas. A pesar de las normas destinadas a reducir los cruces nocivos, cada vez que un nuevo clan de navegantes estelares obtiene derechos sobre un mundo, inevitablemente lleva sus plantas y animales favoritos, junto con una multitud de parásitos y otros elementos. Fíjate en los glávers, por ejemplo. —Señaló con la cabeza al sujeto—. Estoy segura de que encontraremos registros de lugares donde hubo genes similares en el pasado.
Esta vez fue Lark quien sonrió. «Ya lo creo que sí.»
—Verás —continuó Ling—, no importará mucho si una población residual se queda en jijo, mientras tengamos tiempo para modificar los ejemplares prestados, realzando artificialmente la tasa aparente de divergencia genética. Y eso sucederá de todos modos, cuando iniciemos el proceso de Elevación.
«Vaya —pensó Lark—. Aunque los glávers resulten inadecuados, los incursores aún pueden alzarse con otra especie prometedora, y obtener grandes ventajas con su delito.»
Más aún, no parecían sentir el menor remordimiento.
—¿Y la otra ventaja? —preguntó.
—Ah, éste es el verdadero secreto. —Los oscuros ojos de Ling relucieron—. Verás, se trata de una cuestión de habilidad.
—¿Habilidad?
—Por parte de nuestros benditos instructores —comentó ella con reverencia—. Los rothens eran maestros en este arte. Fíjate en su mayor éxito hasta el momento: la raza

humana.
De nuevo volvían a mencionar al misterioso clan que contaba con la plena devoción de Ling, Rann y los demás. Los humanos de las estrellas se habían mostrado reticentes al principio. Ling incluso había aclarado que no se llamaban «rothen». Pero con el tiempo, ella y los demás habían adoptado una actitud más abierta, como si no pudieran contener su orgullo.
O como si no tuvieran miedo de propagar su historia.
—Imagínate. Lograron Elevar a la humanidad en total secreto, modificando sutilmente la documentación del Instituto de Migraciones, de modo que nuestro mundo natal, la Tierra, permaneció intacto, en barbecho, durante nada menos que quinientos millones de años. Incluso lograron que su sutil intervención permaneciera ignorada para nuestros antepasados, creándoles la caprichosa pero útil ilusión de que se estaban Elevando a sí mismos.
—Asombroso —comentó Lark. Nunca había visto a Ling tan entusiasmada. Quería preguntarle cómo eran posibles semejantes proezas, pero eso habría implicado una objeción, y Lark quería que siguiera hablando—. Desde luego, la autoElevación es imposible.
— Desde luego. Se ha sabido desde los días fabulosos de los Progenitores. La evolución natural puede llevar a una especie hasta la presapiencia, pero para el salto final se precisa la ayuda de otra raza que ya lo haya logrado. Este principio es inherente al ciclo vital de todas las razas que respiran oxígeno en las Cinco Galaxias.
—¿Y por qué nuestros antepasados creían que se habían autoelevado?
—Oh, los más lúcidos siempre sospecharon que habíamos recibido ayuda externa. Eso explica la hondura de

sentimientos propia de la mayoría de las religiones. Pero la verdadera fuente del don de la sapiencia siguió siendo un misterio durante casi todo el tiempo en que esas manos furtivas nos guiaron. Sólo los danits, precursores de nuestro grupo, conocían el secreto.
—Ni siquiera el Consejo de los Terrágenos.
—El Consejo de los Terrágenos —repitió ella con amargura—. ¿Los idiotas que guiaron la Tierra y sus colonias durante esos peligrosos tiempos? Su obstinación ni siquiera importa. Hasta ese asunto del *Streaker,* el envío de la mitad de los fanáticos del universo en un frenesí, aullando por sangre terrícola, hasta eso saldrá bien, a pesar de esos necios. Los rothen se encargarán de ello. No te preocupes.
Lark no estaba preocupado. Al menos no hasta el punto que ella sugería. No hasta ese momento. Ahora las palabras de Ling le resultaban tranquilizadoras.
Los sabios habían asociado insinuaciones de que una gran crisis estaba causando alboroto en las Cinco Galaxias. Incluso podía explicar por qué los ladrones de genes estaban allí, aprovechando el tumulto para hacer un pequeño robo.
¿Qué podía haber hecho un débil clan de terrícolas para causar tal conmoción?
Con cierto esfuerzo, Lark apartó ese pensamiento, demasiado vasto para entenderlo en ese instante.
—¿Cuándo fue que los rothen os revelaron la verdad a vosotros... los danits?
—Hace más tiempo del que crees, Lark. Incluso antes que tus antepasados partieran en su desvencijada nave estelar, haciendo una apuesta descabellada al venir a este mundo. Poco después de que la humanidad entrara en el

espacio interestelar, los rothens escogieron a un puñado de hombres y mujeres para transmitirles la nueva: los que habían mantenido la fe, observando una ferviente vigilia. Algunos se quedaron en la Tierra para ayudar a guiar la raza en secreto, mientras otros se marchaban para morar alegremente entre los rothen, ayudándoles en su tarea.
—¿Qué tarea es ésa?
Ella puso una expresión que Lark a veces veía en el rostro de los que regresaban de una peregrinación al Huevo, en las ocasiones especiales en que la piedra sagrada entonaba sus armonías secretas. La expresión de haber gozado del esplendor.
—Vaya, pues rescatar a los perdidos, por supuesto. Y alentar las nuevas posibilidades.
Lark temió que ella cayera en el misticismo total.
—¿Llegaremos a conocer a algún rothen?
Ella tenía los ojos perdidos en honduras del tiempo y del espacio. Recobró el brillo de la mirada.
—Algunos de vosotros, quizá. Si tenéis suerte. Más aún, algunos de vosotros podéis tener más suerte de la que nunca habéis soñado.
La implicación era vertiginosa. ¿Ling decía lo que Lark entendía que decía?
Esa noche, a la luz de las velas, revisó sus cálculos una vez más.
«Según nuestras mediciones, la nave estelar tenía un volumen de medio millón de metros cúbicos. Si apiláramos allí a todos los seres humanos de Jijo como leña, podríamos caber, pero no habría espacio para nada más.»
La primera vez que había hecho esos cálculos, se proponía disipar el rumor que circulaba entre las urs y los qheuens, según el cual los colonos humanos abandonarían Jijo.

Demostraba que era físicamente imposible que el sept más joven abandonara la Comuna para regresar a las estrellas. Era preciso ahuyentar la desconfianza cuando cualquiera de ellos podía ser sobornado con el ofrecimiento de ser transformado en dios.
Lark ignoraba qué se proponían los celotes, sólo que se sentían libres de actuar sin el consejo ni la aprobación de los sabios. Había humanos en el grupo, desde luego. Nada podía lograrse sin la habilidad y los conocimientos de los terrícolas. Pero los hombres y mujeres quedaban excluidos del círculo más exclusivo.
«¿Qué he aprendido, pues?»
Miró una hoja en blanco. Sin duda los sabios y celotes tenían otros contactos. Hasta Harullen debía de estar limitando sus apuestas. Pero Lark sabía que sus palabras tenían cierto peso.
«Si Ling dice la verdad, y los celotes le creen, podrían cancelar sus planes. ¿Qué les importa si se llevan algunos glávers y rocallosos, mientras los intrusos nos dejen en paz?»
¿Y si Ling mentía? ¿Los celotes desperdiciarían su oportunidad de atacar?
Por otra parte, ¿qué sucedería si Ling decía la verdad pero nadie
le creía? Los celotes podrían atacar, y fracasar, sólo para acabar provocando la respuesta que temían.
En el punto opuesto del extremismo celote, algunos herejes favorecían su propia destrucción, junto con el resto de los Seis. Algunos miembros hoons y urs de la sociedad de Harullen añoraban un momento de conclusión trascendente: los apóstatas urs por su fogosidad, y los hoons precisamente porque sus pasiones se agitaban

lentamente, pero una vez encendidas eran arrasadoras. «Si nuestros extremistas consideran que la gente de Ling no tiene las agallas para realizar el trabajo, quizá conspiren para provocar el genocidio.» A pesar de su discurso, que urgía a los Seis a ceder su lugar en Jijo por medio del consenso y el control de natalidad.

Además estaba el plan de tratar de extorsionar a los incursores. Lark había ayudado a Bloor a tomar fotos, ¿pero eran conscientes los sabios de que ese plan podía ser contraproducente? ¿Acaso creían que no tenían nada que perder?

Lark se frotó la barba crecida, sintiendo una fatiga abrumadora. Habían urdido una trama enmarañada. Lamió la punta de la pluma, la sumergió en tinta y se puso a escribir.

EL FORASTERO

Este sitio le da ganas de reír, ganas de llorar.
Tantos libros —incluso recuerda la palabra que los designa— apilados alrededor, fila tras fila, perdiéndose en rincones o en rampas espiraladas. Libros encuadernados en cuero de animales desconocidos, saturando el aire con extraños olores, especialmente cuando abre un volumen sacado al azar de un estante y aspira el olor a papel y tinta. Eso activa algo en su interior, suscitando más recuerdos que ninguna otra cosa desde que recobró la conciencia.
De repente recuerda estantes similares en su habitación, cuando era pequeño, y también recuerda el crujido de páginas de papel cubiertas de imágenes brillantes. Recuerda que los adultos no usaban mucho los libros. Los adultos necesitaban el parpadeo constante de sus máquinas. Las máquinas que hablaban con excesiva rapidez para un niño, o que arrojaban haces dirigidos al ojo, llenándolo con datos que se desvanecían en cuanto pestañeaba. Por eso le gustaba la sólida promesa del papel, donde los cuentos no se disipaban como humo, ni desaparecían cuando se oscurecían las pantallas.
Otra imagen surge de la infancia: sostiene la mano de su madre mientras pasea por un lugar público lleno de gente atareada e importante. Varias paredes llenas de volúmenes encuadernados, como los libros que lo rodean ahora. Grandes libros sin imágenes, llenos de puntos negros e inmóviles. Palabras y nada más. Ya nadie los usaba, explicaba su madre. Pero eran importantes para decorar los lugares más sagrados o trascendentes para los seres humanos.
Eran recordatorios. Evocaban algo que él no puede

recordar ahora. Pero era algo importante. Eso sí lo sabe.
Aguarda pacientemente a que las dos mujeres —Sara y Ariana Foo— terminen sus reuniones y vuelvan a buscarlo. Matando el tiempo, garabatea en una libreta de papel, refinando sus dibujos de las máquinas de vapor, tratando de capturar las turbadoras perspectivas de la caverna de piedra donde todos estos extraños edificios están guarecidos del cielo, bajo un techo sostenido por increíbles columnas de piedra maciza.
Ahora recuerda mejor algunos nombres, y sabe que es Prity la que le trae un vaso de agua y le revisa las vendas. Prity mueve las manos, y él la imita. Observa fascinado mientras sus dedos hacen movimientos independientes de su voluntad. Prity le sonríe alentadoramente y le palmea la rodilla, soltando su ronca y simpática risa de chimpancé.
Se siente complacido de saber que su broma la ha complacido, aunque le desconcierta que sus propias manos nunca hayan considerado adecuado compartir ese humor con él.
Bien, bien. Las manos parecen saber lo que hacen, y él se siente satisfecho con el trabajo que realizan. Ahora cogen el lápiz nuevamente, y él deja que el tiempo se deslice, concentrándose en el movimiento del lápiz, y en los trazos, las líneas y las sombras. Cuando Sara regrese a buscarlo, estará preparado.
Tal vez hasta sea posible encontrar un modo de salvarla a ella y a su gente.
Tal vez esto sea lo que sus manos le han dicho a Prity hace un rato.
En tal caso, no le extraña que la chimpancé haya lanzado su dudosa carcajada.

XVII

EL LIBRO DEL MAR

Si lográis seguir
la Senda de la Redención
para ser readoptados, nuevamente Elevados,
para recibir una segunda oportunidad,
ello no significará el final de vuestros esfuerzos.
Primero debéis demostrar
que sois pupilos nobles, obedientes y sinceros
ante los instructores que os redimieron.
Luego debéis subir de jerarquía,
y Elevar a vuestros propios pupilos,
legando generosamente las bendiciones que recibisteis.
Pero con el tiempo
asoma una luz
en el horizonte de la vida de una especie,
alumbrando otros reinos,
llamando a los cansados, los dignos.
Se dice que es una señal.
Algunos la llaman Acechanza,
otros la llaman Exhortación.
Era tras era, los antiguos parten,
buscando sendas
que las razas más jóvenes no pueden percibir.
Los que hallan estas sendas
nos abandonan.
Algunos lo llaman trascendencia, otros lo llaman muerte.
Rollo del Destino

LA NARRACIÓN DE ALVIN

Una cuestión que siempre me ha intrigado en las narraciones en ánglico —o en cualquiera de las otras lenguas terrícolas que he aprendido— es el problema de mantener el suspense.

Claro que algunos autores de los siglos Veinte y Veintiuno lo tenían bien resuelto. A veces me he quedado despierto tres noches seguidas, cautivado por un relato de Conrad o Cunin. Lo que me intriga desde que decidí ser escritor es cómo lo resolvían.

Veamos, por ejemplo, este relato que estoy pergeñando, cada vez que tengo la oportunidad de acostarme en esta cubierta con mi libreta, ajada de tanto ir de aquí para allá, y garrapatear con mi lápiz mascado. Desde el principio he contado mi historia en «primera persona», como en un diario, aunque con muchos trucos súper aprendidos a través de mis lecturas.

¿Por qué la primera persona? Bien, según la *Buena narrativa* de Anderson, esa «voz» permite presentar al lector un punto de vista sencillo y sólido, aunque signifique que será necesario traducir mi libro para que un traeki logre entenderlo.

Pero el problema de una crónica en primera persona es que, trátese de una historia real o imaginaria, desde el principio el lector sabe que el héroe logró sobrevivir.

Así, ante los acontecimientos que voy a relatar, los lectores de estas memorias (espero haber tenido la oportunidad de reescribirlas, de lograr que un experto humano revisara mi gramática y de pagar para usar letras de molde)... bien, los lectores sabéis que yo, Alvin Hph-wa-yuo, hijo de Mu-phauwq y Yowg-wayuo del puerto Wuphon, explorador

intrépido, tengo que escapar con vida del embrollo que voy a describir, por lo menos con un cerebro, un ojo y una mano para escribirlo todo.
Me he desvelado tratando de solucionar este problema. En gal-siete existe un caso tentativo, pero no funciona en pretérito explícito. Y la declinación cuántica de incertidumbre, en el gal-tres del dialecto buyur, es demasiado extravagante. De todos modos, ¿para quien escribiría? Huck es la única otra lectora de gal-tres que conozco, y obtener elogios de ella sería como besar a mi hermana.
Las aguas de la Grieta estaban en efervescencia cuando interrumpí mi narración. La sombra puntiaguda de Roca Terminal cubría una parte del mar donde el cable y la manguera aún hendían la superficie, girando con la tensión liberada momentos antes por un desastre.
Era fácil suponer lo que había sucedido con el *Sueño de Wuphon,* nuestra nave para explorar el abismo ignoto. En mi renuente imaginación, yo veía el tubo de madera hueca, sus ruedas girando en vano, la bulbosa nariz de vidrio rota, cayendo en un vacío negro y arrastrando a Ziz, el parcial traeki, a su perdición.
Como si eso no bastara, todos recordábamos a la pequeña Hu-phu, nuestra mascota noor, arrojada por la grúa al retroceder, rodando hasta que su silueta negra desapareció en las aguas azules. Como habría dicho el tocayo terrícola de Huck: «No fue un espectáculo grato ni afortunado.»
Durante largo rato, todos nos quedamos mirando. ¿Qué podíamos hacer? Hasta los opositores del puerto Wuphon y la Vaguada guardaban silencio. Si les satisfacía el castigo a nuestra herejía, consideraron prudente no

festejar.
Todos retrocedimos. ¿Qué sentido tenía mirar una tumba aterciopelada?
—Recoged el cable y la manguera —ordenó Urdonnol.
Los tambores rotaron en sentido contrario, rebobinando lo que habían desenrollado con tanta esperanza unos duras antes. La misma voz hoon recitaba la profundidad, sólo que esta vez los números eran cada vez más pequeños y no había entusiasmo en esa voz gutural. Al fin, a dos cables y medio, el deshilachado extremo del cabo asomó del mar, goteando agua como el blanco fluido linfático del tentáculo herido de un traeki. Los que manejaban el tambor aceleraron, ansiosos de ver lo que había sucedido.
—¡Quemadura de ácido! —exclamó la asombrada Ur-ronn, cuando subieron el extremo cortado al peñasco—-. ¡Sabotaje!
Urdonnol parecía reacia a sacar conclusiones precipitadas, pero miró fijamente a la multitud de opositores que observaban nuestra tragedia. Era evidente que la aprendiz urs tenía sus sospechas.
—¡Que se larguen de aquí! —gritó airadamente Huck, rodando
hacia los manifestantes. Giró, pasando a poca distancia de los pies de varios humanos y hoos, que retrocedieron con nerviosismo. Incluso un par de qheuens rojos se apartaron un par de pasos, antes de recordar que una g'Kek no representaba una gran amenaza para ellos. Entonces avanzaron de nuevo. Pinzón y yo corrimos al lado de Huck. Era una situación delicada, pero un grupo de grises y urs del monte Guenn se apresuraron a seguirnos, algunos con garrotes, preparados para respaldar a Huck con la fuerza. La muchedumbre se dio cuenta y se alejó de la zona de

trabajo, retrocediendo hacia su improvisado campamento.
—¡Malditos! —exclamó Huck—. ¡Jeekee asesinos!
No por ley, pensé, aún aturdido por la conmoción. Ni Huphu ni el pequeño Ziz eran ciudadanos de la Comuna. Ni siquiera ciudadanos honorarios, como los glávers, o miembros de una especie en extinción. Así que no era exactamente un asesinato.
Pero no faltaba mucho, a mi juicio. Sentí una flojedad mientras las hormonas de lucha me tensaban la espalda. Los hoons no se enfadan fácilmente, pero su ira es difícil de aplacar. Resulta perturbador evocar esas sensaciones, aunque los sabios dicen que los sentimientos no son malos, sólo lo que uno hace con ellos.
Nadie dijo una palabra en un buen rato. Luego Urdonnol y Ur-ronn discutieron sobre el mensaje que debían enviar a Uriel.
Un silbido penetrante interrumpió entonces nuestro luto. Venía de atrás, desde el mar. Al volvernos vimos que Pinzón, oscilando valientemente sobre el borde, levantaba una polvareda mientras resoplaba por tres conductos y movía dos pinzas para que nos acercáramos.
—¡Mi-mi-mirad! —tartamudeó—. Huck, Alvin... deprisa.
Más tarde Huck afirmó que enseguida había sabido lo que Pinzón debía de haber visto. Creo que retrospectivamente es obvio, pero en el momento yo no entendí por qué estaba tan alborotado. Al llegar al borde, sólo pude mirar abajo asombrado de lo que había emergido del vientre de la Grieta.
¡Nuestro batiscafo! Nuestro bello *Sueño de Wuphon* flotaba apaciblemente a la luz del sol. Y en su lomo curvo destacaba una silueta negra, mojada y desaliñada desde el hocico hasta el rabo. No se requería la vista de un g'Kek

para comprender que nuestra noor estaba tan sorprendida de seguir con vida como nosotros de verla. Sus plañideros susurros llegaban hasta nosotros. —¿Pero cómo? —preguntó Urdonnol. —¡Claro! —exclamó Ur-ronn—. El lastre se soltó. Parpadeé.
—Hrrrm. Sí, el *Sueño* flotaría sin él. Pero no había tripulantes que lo soltaran, a menos...
—¡A menos que Ziz lo haya hecho! —concluyó *Huck*.
—Explicación insuficiente —intervino Urdonnol en galdos—. Con ocho cables de (grueso y pesado) metal arrastrando el dispositivo de inmersión, la (minúscula) bolsa de aire que contenía quedaría (decisivamente) contrapesada.
—Hrrrm, me parece que ya sé cómo ha pasado —sugerí, cubriéndome los ojos con ambas manos—. Huck, ¿qué es esa cosa que rodea el batiscafo ?
Nuestra amiga rodante se aproximó al borde, extendiendo dos tallos oculares y ayudándose con un tercero.
—Parece una especie de globo, Alvin. Un tubo que rodea el *Sueño* como un salvavidas. Un... ¡Ziz!
Eso concordaba con mi primera impresión. Un toroide traeki, inflado más de lo que creíamos posible. Todos se volvieron para mirar a Tyug, el maestro de mixturas del monte Guenn. El traeki tiritó, soltando una nube de colores que olía a alivio de tensión.
—Una precaución que yo/nosotros tuvimos en cuenta al consultar a nuestra señora Uriel. Un salvavidas de eficacia desconocida. Felices yo/nosotros estamos de haber vlennado un éxito. Estos anillos, y los de allá abajo, anticipan su deleite con hechos recientes. Pronto. En retrospectiva.
—En otras pa-pa-palabras —interpretó Pinzón—. Dejemos

de mirar como un hato de glávers ciegos a la luz del día. ¡Vamos a bus-bus-buscarlos!

XVIII

EL LIBRO DE LA CUESTA

LEYENDAS

Se dice que las generaciones anteriores interpretaban los Rollos de modo muy diferente a como lo hacemos en la actualidad, en nuestra moderna Comuna. Sin duda, cada oleada de inmigrantes trajo a la Cuesta una nueva crisis de fe, de la cual nuestras creencias salieron reestructuradas, modificadas.

Al principio, cada nueva raza contaba con ventajas propias, pues traía herramientas poderosas de las Cinco Galaxias. Los recién venidos se aferraban a ese poder durante intervalos que iban desde pocos meses hasta más de ocho años. Esto ayudó a cada sept a establecer una base segura para sus descendientes, tal como hicieron los humanos en Biblos, los hoons en la isla Hawph y los g'Keks en la meseta de Dooden.

No obstante, cada cual tenía sus desventajas. Empezaban con una población pequeña y una profunda ignorancia acerca de cómo llevar una existencia primitiva en un mundo desconocido. Hasta las altaneras reinas grises tuvieron que negociar y aceptar ciertos principios básicos, o arriesgarse a provocar las represalias de todos los demás. El Código del Exilio fijó principios de control de población, ocultamiento y conservación del planeta, así como los modos adecuados de tratar los residuos. Estos principios fundamentales se han conservado sin cambios hasta hoy.

Es demasiado fácil olvidar que otros asuntos se solucionaron sólo después de largas luchas.
Por ejemplo, la enconada resistencia contra la reintroducción de la metalurgia, por parte de las herreras urs, se debió sólo en parte a que los qheuens protegían su monopolio sobre las herramientas. También existía la sincera creencia, por parte de muchos hoons y traekis, de que la innovación era un sacrilegio. Incluso en la actualidad todavía hay gentes de la Cuesta que no tocan el acero buyur remodelado, ni lo permiten en sus aldeas ni hogares, aunque los sabios hayan dictaminado que se autoriza su uso «provisional».
Otra creencia similar se ve entre los puritanos que rechazan los libros. Aunque el papel no presenta inconvenientes —se deteriora demasiado, y se puede usar para reeditar ejemplares de los Rollos— una minoría disidente sostiene que la biblioteca de Biblos es una vanidad, cuando no un grave impedimento para un pueblo cuyo objetivo final debe consistir en una bendita ignorancia. En los primeros días de la vida humana en Jijo, los rivales urs y qheuens explotaban esos sentimientos, hasta que las grandes herreras descubrieron que podían obtener ganancias con la forja de tipos, y la afición por los libros se difundió por la Comuna.
Curiosamente, la crisis más reciente es la que ha dejado menos huellas en la actualidad.
De no ser por la documentación escrita, costaría creer que hace apenas un siglo había muchos en la Cuesta que aborrecían y temían el Huevo Sagrado. No obstante, en aquella época hubo serias reivindicaciones para que el gremio de los demoledores destruyera al intruso. Debían destruir la piedra que canta, para que no delatara nuestro

escondrijo o, peor aún, disuadiera a los Seis de seguir la senda que ya habían seguido los glávers: «Si no está en los Rollos, no puede ser sagrado. »
Tal ha sido siempre la postura ortodoxa, desde tiempos inmemoriales. Y aún hoy debe confesarse: en los Rollos no se menciona el Huevo.

RETY

Oscura, pegajosa, sofocante. A Rety no le gustaba la caverna.
Debía de ser ese aire rancio y polvoriento el que le hacía palpitar el corazón de ese modo. O bien los arañazos de las piernas, después de resbalar por un conducto tortuoso hasta esa gruta, desde una estrecha entrada en una hendedura protegida por árboles bu.
O quizá la inquietaban esas sombras que se apiñaban por todas partes. Cada vez que Rety movía el farol, las siniestras sombras resultaban ser protuberancias de roca, pero una vocecilla parecía decirle que un monstruo real estaría esperando a la vuelta de cada recodo.
Apretó las mandíbulas y se negó a escucharla. Quien la acusara de miedosa mentía.
«¿Una persona miedosa se mete en lugares oscuros de noche? ¿O hace cosas que los gordos jefes de los Seis han prohibido?»
Un peso caracoleó en su talego. Rety acarició a la criatura.
—No te asustes, Yi. Es sólo un gran agujero en el suelo.
Una cabecita y un pescuezo sinuoso subieron hacia ella. Tres ojos titilaron en la luz tenue. Una voz chillona protestó.
—Yi no asustado, Oscuridad buena. En llanuras, pequeños machos urs aman escondrijos, hasta encontrar cálida esposa.
—De acuerdo, no quería...
—Yi ayuda esposa nerviosa.
—¿Quién está nerviosa, pequeño...?
Rety guardó silencio. Quizá fuera mejor que Yi se sintiera útil, si eso le permitía controlar su propio miedo.
—¡Oh! ¡No aprietes tanto! —chilló el urs, y su voz resonó

en corredores negros. Rety lo soltó y le acarició la crin desmelenada.
—Lo siento. Mira, seguro que estamos cerca, así que no hablemos demasiado, ¿eh?
—De acuerdo, Yi calla, esposa también.
Rety apretó los labios. En vez de furia sentía ganas de reírse. Quien dijera que los urs machos no eran inteligentes no conocían a su «esposo». Yi incluso había cambiado el acento, en los últimos días, imitando el de Rety.
Rety alzó el farol y continuó la marcha por la sinuosa caverna, rodeada por el fugaz centelleo de extrañas formaciones minerales donde se reflejaban los haces de luz. Debía de ser un bonito espectáculo, si ella no tuviera una sola obsesión. Un objeto que debía recobrar. Algo que le había pertenecido brevemente.
«Mi billete para largarme de esta bola de barro.»
Rety parecía ser la primera que hollaba aquel suelo. No era raro, pues sólo los qheuens, y algunos humanos y urs, tenían aptitudes para viajar bajo tierra, y ella era más menuda que la mayoría. Con suerte, ese túnel conduciría a la cueva donde había visto entrar varias veces a Lester Cambel. Seguir al sabio había sido su preocupación mientras eludía al grupo de frustrados humanos que buscaban su asistencia como guía en las montañas. Una vez que supo con certeza dónde pasaba las noches Cambel, había enviado a Yi a explorar las matas hasta encontrar esa abertura, sorteando así la custodia de la entrada principal.
El pequeñín había demostrado ser muy útil. Para sorpresa de Rety, la vida conyugal no era tan desagradable una vez que se hubo acostumbrado.
Rety tuvo que atravesar más lugares estrechos y tortuosos,

apretujando a Yi. Más allá del resplandor amarillo del farol, oyó un suave chapoteo de agua cayendo en lagunas negras, tallando formas subterráneas con los jugos minerales de Jijo. Con cada paso Rety combatía una opresión en el pecho, tratando de no hacer caso de su inquieta imaginación, que la presentaba en las sinuosas entrañas de una enorme bestia dormida. El vientre rocoso amenazaba con cerrarse sobre ella para triturarla.
El pasaje se hizo demasiado estrecho y tuvo que enviar a Yi como explorador antes de internarse.
Los diminutos cascos de Yi resonaron en la piedra caliza. Rety oyó un susurro ronco.
—¡Está bien! El agujero se abre. ¡Ven, esposa, pronto!
El tono de reproche la hizo resoplar de furia, pero no era buena idea en ese encierro.
Se dio un cabezazo contra la piedra y el dolor le enturbió la vista. El farol le resbaló de la mano y estuvo a punto de volcarse.
—Calma, esposa, detente.
Las palabras rebotaron en el espejo distorsionado de su pánico.
Tercamente, Rety siguió luchando contra la fría piedra, gruñendo y empujando.
Algo crujió en su interior. Aflojó el cuerpo, resignada a permitir que la montaña hiciese con ella lo que quisiera.
Momentos después, las paredes parecieron dejar de moverse como por arte de magia.
—¿Mejor ahora? Bien, bien. Ahora mueve pierna izquierda. ¡Izquierda! Bien, para. Bien, rueda hacia el otro lado. ¡Buena esposa!
La vocecilla era una línea de salvación a la que Rety se aferró durante los pocos duras —una eternidad— que

tardó en liberarse. El pasaje desembocó al fin en un barranco arenoso que descendía hacia un lugar húmedo. Era como haber nacido de nuevo.
Cuando Rety miró hacia arriba, Yi tenía el farol en ambos brazos, y estaba arrodillado sobre las patas delanteras.
—¡Esposa valiente! ¡No hay esposa como la asombrosa esposa deYi!
Rety no pudo contenerse. Se cubrió la boca con ambas manos, pero su carcajada resonó en las paredes curvas. Las estalactitas le devolvieron cien ecos de su alegría de estar viva.
El sabio examinaba el pájaro.
Lo miraba, hacía anotaciones en una libreta, lo tocaba con una herramienta reluciente.
Rety estaba furiosa. Esa máquina dorada era suya. ¡Suya! Ella la había perseguido desde los pantanos del sur hasta los Linderos, la había rescatado de una codiciosa araña reductora, la había ganado con su sudor, su padecimiento y sus sueños. Tenía el derecho de escoger quién debía estudiarla.
Además, ¿qué podía lograr un chamán salvaje con esas toscas lentes? Las herramientas del sabio habrían impresionado a Rety días atrás, cuando pensaba que el arco de Dwer era una maravilla. Pero todo había cambiado desde que había conocido a Besh, Rann y los otros humanos de las estrellas. Ahora sabía que Lester Cambel, a pesar de sus aspavientos, era igual que Jass y Bom, o que cualquiera de aquellos imbéciles de los Cerros Grises. Bravucones estúpidos. Siempre cogiendo cosas que no les pertenecían.
Bajo el resplandor de un farol de aceite, Cambel hojeaba un libro. Las páginas crujían como si no las hubieran

movido en un largo tiempo. Rety no veía gran cosa desde donde estaba, apoyada en una hendidura en lo alto de una pared rocosa. De todos modos, no sabía leer. La mayoría de las páginas parecían ocupadas por dibujos con líneas entrecruzadas. No distinguió nada que se pareciera a un pájaro.

«Vamos, Yi—pensó con inquietud—. Cuento contigo.»

Estaba corriendo un gran riesgo. El urs le había asegurado que podía encargarse, pero siempre era posible que se perdiera mientras pasaba al otro lado. O que se olvidara sus líneas. Rety no quería que el pequeñín sufriera ningún daño.

El ayudante de Cambel se levantó y se fue de la cámara, tal vez para cumplir con un encargo o para ir a acostarse. De un modo u otro, era el momento perfecto. «¡Vamos, Yi!»

Después de tanto reptar por pasajes oscuros, siempre temiendo que su farol se apagara, el crudo resplandor de la lámpara del sabio la deslumhraba. De mala gana había apagado su luz mientras recorría los últimos metros, para no llamar la atención. Ahora lo lamentaba. «¿Y si tengo que irme por donde he venido?» No le gustaba la idea de regresar por ese camino. Pero tal vez como último recurso, si alguien la perseguía...

Lástima que no tuviera manera de volver a encender el farol. «Tal vez debí aprender a usar una de esas "cerillas" de que alardean las gentes de la Cuesta.» La repentina llamarada la había deslumhrado cuando Dwer, y luego Ur-Jah, trataron de enseñarle cómo funcionaba. Era culpa de Jass y Bom, a quienes no les gustaba que las mujeres controlaran el fuego.

«Pero el fuego es un gran recurso para asustar o quemar a las mujeres, ¿verdad? —pensó indignada, tocándose la

cara—. Tal vez regrese un día, Jass. Tal vez lleve otro tipo de fuego.»
Rety evocó su fantasía favorita: irse a vivir con los humanos del cielo en su estrella natal. Al principio sería sólo una mascota, pero con el tiempo aprendería las habilidades necesarias para ascender, hasta ser tan importante...
¡Tan importante que un gran príncipe rothen pondría una nave, una flota entera a su mando, para seguirla de vuelta a Jijo!
Le divertía imaginarse la expresión de Jass cuando el cielo de los Cerros Grises se oscureciera a mediodía y ella lo llamara con voz atronadora.
La vocecilla chillona la devolvió al presente. Buscó abajo. Allá estaba Yi, trotando nerviosamente cerca de la pata de la silla de Lester Cambel.
—¿Eh? ¿Qué ha sido eso? —preguntó Cambel. Yi saltó cuando el sabio echó la silla hacia atrás, confundido.
—Mensaje para sabio humano, mensaje de la sabia abuela urs, Ur-Jah.
Cambel miró abajo, entre sorprendido e intrigado.
—¿Sí, pequeñín? ¿Y cómo has llegado aquí sin que te descubriera el guardia?
—El guardia alerta al peligro. No miró a Yi. ¿Es Yi peligro?
El pequeño urs se rió, remedando la risa nerviosa de Rety. Ella esperó que Cambel no se diera cuenta de la similitud.
El sabio asintió gravemente.
—No, supongo que no. A menos que alguien logre irritarte, amigo mío, cosa que intentaré no hacer. Pues bien, ¿qué mensaje traes a estas horas de la noche?
Yi bailó con sus cascos y alzó en un gesto elocuente ambos brazos.

—Charla urgente, mira pájaro muerto después. Debes ver a Ur-Jah. ¡Ya!
Rety temió que esta actitud tan apremiante resultara sospechosa, pero el humano dejó sus herramientas y se puso de pie.
—Pues bien, vayamos.
Rety se sintió mejor, pero se desanimó cuando Cambel cogió el pájaro con ambas manos.
«¡No, déjalo!»
Como respondiendo a esa tensa exhortación mental, el sabio se detuvo, sacudió la cabeza y dejó la máquina, cogiendo en cambio su libreta.
—Adelante, Macduff[1] —le dijo a Yi, moviendo el brazo.
—¿Qué dice el gran sabio? —El pequeño urs ladeó la cabeza.
—He dicho... Oh, no importa. Una alusión oscura. Supongo que estoy cansado. ¿Quieres que te lleve?
—No. Yi guía sabio humano. Por aquí, por aquí.
Echó a correr ávidamente, deteniéndose y regresando varias veces mientras el sabio lo seguía.
Cuando ambos desaparecieron por el túnel que conducía a la entrada principal, Rety bajó sin demora por la pared de piedra caliza hasta aterrizar en el suelo del laboratorio. Se levantó y corrió a la mesa donde estaba el pájaro decapitado.
El pecho del pájaro estaba abierto, exponiendo unas entrañas muy diferentes de las que Rety conocía, relucientes como gemas. ¿Qué había hecho el viejo, trincharlo como un pollo? Procuró contener su rabia. Rann quizá no le pagara si esos estúpidos lo habían estropeado.

[1] Palabras de Macbeth en *Macbeth* de William Shakespeare (acto V, escena 8). *(N. del T.)*

Miró con mayor atención. La abertura era demasiado limpia, no estaba hecha con cuchillo. Al tocar el costillar del pájaro, notó que se deslizaba, como la puerta con goznes que había visto en un gran armario mientras visitaba la tienda médica de los incursores.

«Entiendo. Se cierra así.»

Levantó la sección más pequeña en un arco, hasta cerrarla con un chasquido.

Ahora Rety lamentaba su prisa. No tendría más oportunidad de examinar esas entrañas relucientes. «En fin. No es cosa mía, de todos modos —pensó, recogiendo su trofeo—. Al menos no pretendo ser otra cosa que una salvaje irruptora.

»Pero no para siempre. Cuando me largue de Jijo aprenderé. Ya lo creo que aprenderé.»

El pájaro pesaba más de lo que recordaba. Estaba eufórica. Había recobrado su tesoro.

«Cuando me haya ido, ya pueden decir lo que quieran.»

Se guardó el pesado pájaro en el talego, pasando junto a los libros desparramados sobre la mesa, siguiendo el mismo camino que habían cogido Yi y Lester Cambel, un sendero ascendente que conducía al mundo exterior.

El pasaje estaba iluminado por pequeñas lámparas que colgaban de un tubo de bu adosado al pasillo. Llamas diminutas proyectaban un resplandor azulado, dejando charcos de sombra en el medio. Una luz tenue llegaba también desde cámaras laterales, la mayoría vacías, pues era de noche en el mundo exterior. Una celda, sin embargo, parecía llena de aparatosos faroles. Antes de pasar, Rety echó una cauta ojeada a los dos ocupantes humanos, que afortunadamente murmuraban mirando hacia otro lado.

Había caballetes con dibujos de los dioses estelares, su nave aérea y otras herramientas. La estación cúbica —que Rety nunca había visto desenterrada— aparecía expuesta en todos sus detalles, más majestuosa que una ruina buyur. Pero parecía minúscula al lado del tubo monstruoso que aparecía en el boceto al lado, flotando sobre el bosque.

«Mi nave estelar», pensó, aunque amedrentada por la idea de abordarla cuando regresara en busca de los incursores. Ese día debía erguir los hombros, y no demostrar miedo.

Los artistas habían plasmado la mirada irónica y distante de Rann, y la fiera mirada de cazador de Kunn mientras ajustaba el brazo de un robot. La pálida intensidad de Besh equilibraba la expresión sombría de Ling. Rety sabía que eran sólo dibujos, como los que los abuelos hacían en una roca de la cueva donde pasaban el invierno en los Cerros Grises. Aun así, su fidelidad al original resultaba turbadora y mágica. «Las gentes de la Cuesta estudian a los hombres de las estrellas.» ¿Qué podía significar?

En su prisa por marcharse, Rety estuvo a punto de tropezar.

«No irán muy lejos, por muchos planes que hagan.» Se concentró en largarse de aquel lugar y llegar a tiempo a su cita.

El olor almizclado se disipó y los graves ecos se suavizaron. Pronto oyó voces al frente, Lester Cambel hablando con otro humano. Rety avanzó de puntillas hasta el siguiente recodo y echó un vistazo. El sabio humano hablaba con el guardia, que miró a Yi con expresión acongojada.

—Las avispas de intimidad pueden detener a los robots más diminutos —dijo Cambel—. ¿Pero qué hay de algo tan

pequeño como este personaje?
—Francamente, señor, ignoro cómo ha podido ocurrir.
Cambel desechó la disculpa.
—Esta vez no ha pasado nada, hijo. En general estamos protegidos por el desprecio que sienten por nosotros, la confianza de que no vale la pena espiarnos. Pero a partir de ahora ten más cuidado, ¿eh?
Palmeó el brazo del joven y se dispuso a seguir a Yi. El claro de luna alumbraba el sendero, atravesando el ramaje del bosque. El perplejo guardia apretó los dientes y aferró su arma —una especie de estaca con un cuchillo afilado en la punta—, plantándose en el centro de la entrada. Cuando las pisadas de Cambel se alejaron, Rety contó treinta duras antes de actuar. Fingiendo calma, se aproximó al joven guardia, que dio media vuelta.
Rety sonrió y lo saludó con soltura.
—Bien, supongo que he terminado por esta noche. —Bostezó, pasando junto al guardia, notando su perpleja indecisión—. Te aseguro, muchacho, que la ciencia es un trabajo duro. Buenas noches.
Ya estaba afuera, inhalando el fresco aire de la montaña y tratando de no echar a correr. Sobre todo cuando él gritó:
—¡Oye, alto ahí!
Dando media vuelta, pero siempre caminando hacia atrás, Rety lo contuvo unos segundos con su ancha sonrisa.
—¿Sí? ¿Necesitas algo?
—¿Qué... quién eres...?
—Aquí tengo algo que seguramente el sabio querrá ver —respondió Rety con engañosa sinceridad, palmeando el talego y sin dejar de retroceder.
El guardia echó a andar hacia ella.
Con un grito de alegría, Rety giró y corrió hacia el bosque,

sabiendo que él ya no podría alcanzarla. El muy tonto había perdido su oportunidad.
Aun así, le alegró que lo intentara.
Yi la encontró donde habían acordado, junto al puente de troncos, a medio camino del lugar donde se había citado con Rann. Al verla, el urs chilló y saltó a sus brazos.
No estuvo tan satisfecho cuando trató de sepultarse en su refugio de costumbre y descubrió que un objeto duro y frío ocupaba el talego. Rety lo acomodó en los pliegues de su chaqueta, y al cabo de un momento él pareció aceptar el cambio.
—Yi dice a su esposa, Yi ve...
—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Rety, sin poder contenerse después de esa aventura. La persecución había sido una conclusión perfecta. Ella había brincado y reído corriendo por el bosque mientras aquel mequetrefe se perdía en la oscuridad y ella viraba en redondo para regresar al Valle—. Tú también has estado magnífico —le dijo a Yi, compartiendo el mérito—. Habría sido más difícil sin ti. —Estrechó el cuerpecito hasta que él gruñó—. ¿Has tenido problemas para deshacerte de Cambel?
—El sabio humano, ningún problema. Yi pudo escapar. Pero luego...
—Magnífico, entonces ya está. Pero será mejor que nos vayamos. Si Rann tiene que esperar, *quizá* no esté de tan buen humor como...
—Pero luego Yi ve algo cuando va a encontrarse con esposa. Una banda entera de urs... qheuens, hoons, hombres. Todos ocultándose en la oscuridad, con grandes cajas.
Rety se internó en un sendero lateral que conducía al punto de encuentro.

—¿Cómo dices? Ah, tal vez una de esas cosas de los peregrinos, que van a rezarle a esa gran roca que toman por un dios. —Sólo sentía desprecio por las supersticiones de esos irruptores. Para ella, todo lo que había oído decir sobre el fabuloso «huevo» de la Cuesta eran sólo historias de miedo, como esos cuentos de fantasmas, grandes bestias y espectros glávers que eran comunes alrededor de las fogatas en los Cerros Grises, sobre todo cuando Jass y Bom tomaron el liderato. Cuando los tiempos eran difíciles, los cazadores discutían por la noche, buscando alguna razón por la cual los animales estaban tan furiosos, y modos de aplacarlos.

—Gente furtiva no iba a roca sagrada —protestó Yi—. Iba al otro lado. Sin túnica blanca, sin canciones. Muy sigilosamente, con cajas, a otra cueva.

Rety sintió un repentino interés. Yi parecía creer que era importante.

Pero entonces el sendero bajó hacia la hondonada donde vivían los humanos del cielo. El claro de luna se derramaba sobre pabellones que parecían menos camuflados ahora, en esa vivida penumbra.

Un zumbido suave se oyó en el este y apareció una reluciente forma oval, plegando dos delicadas alas al descender. Rety sintió un cosquilleo al reconocer el aerobote de los incursores, que regresaba de otra misteriosa expedición. Miró fascinada mientras ese objeto encantador se posaba grácilmente en el suelo del valle. Se abrió un orificio en el suelo que lo devoró.

Rety sintió euforia, ligereza en el corazón.

—Cállate, esposo —le dijo a Yi, cuando él se quejó de que no le estaba haciendo caso—. Tenemos que regatear. Ahora veremos si pagan lo que han prometido.

Anillos míos, no necesitáis mis borrosas reflexiones para informaros. Sin duda todos debéis de sentirlo en el fondo de vuestro aceitoso núcleo toroide.
El Huevo. Lentamente, como si superara un profundo sopor, está despertando.
Tal vez la Comuna vuelva a rebosar de comunión, de unión espiritual, con esa determinación que antaño unía nuestra voluntad colectiva.
¡Que así sea!
Estamos tan fracturados, tan poco preparados. Tan lejos de ser dignos.
Oh, que así sea.

SARA

Las pilas de libros estaban infestadas de abejas bruñidoras, y los cuartos de música estaban abarrotados de hambrientos cotorrines, pero los chimpancés del personal de mantenimiento tenían demasiado trabajo para fumigar.

Mientras tomaba aire en el atrio oeste, Sara observó a varios peones peludos que ayudaban a un bibliotecario humano a embalar preciosos volúmenes en cajas forradas con lana, y a sellarlas con gotas de
una gran vela roja. Goterones de cera se adherían al pelaje de los chimpancés, que se quejaban con señas furtivas.

«Esto no es correcto —interpretó Sara, leyendo los gestos y gruñidos—. En nuestra prisa, estamos cometiendo errores lamentables.»

«Verdad, compañero mío —respondió el otro—. Este volumen de Auden no debería estar entre los clásicos griegos. Nunca ordenaremos bien estos libros cuando la crisis termine, como sin duda sucederá.»

Bien, quizá Sara fuera generosa en su traducción mental. Aun así, los chimpancés que trabajaban en esos salones sagrados eran de un linaje especial. Casi tanto como Prity.

Arriba se elevaba el atrio de la Sala de Literatura, cruzado por puentes y rampas que conectaban salas de lectura y galerías, todas revestidas con estantes que gruñían bajo el peso de los libros, absorbiendo el sonido mientras despedían un olor a tinta, papel, sabiduría y tiempo polvoriento. Semanas de frenética evacuación a cuevas remotas no habían despejado las salas, todavía abarrotadas de textos de todos los tamaños y colores.

El sabio Plovov decía que ese salón —consagrado a la

leyenda, la magia y la imaginación— era la «casa de las Mentiras». Aun así, Sara pensaba que ese lugar estaba menos agobiado por la supremacía del pasado que las estructuras dedicadas a la ciencia. A fin de cuentas, ¿qué podían añadir los salvajes de Jijo a la montaña de datos que sus divinos antepasados habían llevado allí? Una montaña que, según se decía, era un grano de arena comparada con la Gran Biblioteca Galáctica. Pero los relatos de esa sala no debían temer la refutación de antiguas autoridades. Nunca se demostró que una obra literaria, buena o mala, grande u olvidable, estuviera «equivocado».

Plovov decía: «Es fácil ser original cuando no tienes que preocuparte por decir la verdad. La magia y el arte son obra de ególatras que afirman que el artista tiene razón y el universo está equivocado».

«Desde luego», convenía Sara. También pensaba que Plovov sentía envidia.

Cuando los humanos llegaron a Jijo, el efecto de las otras cinco razas debía de haber sido similar a cuando la Tierra conoció la cultura galáctica. Al cabo de pasar siglos con sólo un puñado de rollos, los urs, g'Keks y otros reaccionaron ante esa inundación de libros de papel con suspicacia, pero también con voracidad. En medio de las breves y violentas luchas, los no humanos devoraban las fábulas, dramas y novelas terranos. Cuando escribían sus propios relatos, imitaban las formas terrícolas. Había narraciones seudoisabelinas que presentaban reinas qheuens, o leyendas aborígenes adaptadas a las tribus urs.

Pero últimamente estaban surgiendo nuevos estilos, desde aventuras heroicas hasta poemas épicos redactados en

métricas y rimas extrañas, arrancando los últimos jirones de orden a los dialectos procedentes del gal-siete, e incluso del gal-dos. Los impresores y encuadernadores recibían tantos pedidos para títulos nuevos como para reimpresiones. Los eruditos debatían sobre el sentido de todo aquello. ¿Era una epidemia de herejía, o una liberación del espíritu?

Pocos se atrevían a usar el término «renacimiento».

«Todo lo cual puede terminar en cuestión de días o semanas», caviló Sara. Las noticias del Valle —traídas en canoa por un mensajero que había afrontado los rápidos del Bibur— no revelaban cambios en la sombría evaluación que hacían los sabios acerca de los ladrones de genes y sus intenciones.

Bien, Bloor ya debía de estar allá. Tal vez el plan de Sara no disuadiera a los visitantes del cielo de cometer genocidio, pero una comunidad tan indefensa como los Seis tenía que intentar cualquier cosa.

«Incluida la descabellada idea de Ariana. Aunque sea cruel.»

La voz de la anciana llegó desde la cámara que estaba a espaldas de Sara.

—Ya está bien, querido. Has luchado bastante con eso. Veamos si tienes suerte con este bonito libro. ¿Alguna vez has visto símbolos y palabras como éstas?

Suspirando, Sara dio media vuelta para entrar nuevamente en el Ala de los Niños.

El forastero estaba sentado cerca de la silla de ruedas de Ariana Foo, rodeado por volúmenes que presentaban colores brillantes y textos sencillos, impresos en letra grande y agradable a la vista. Aunque estaba ojeroso, el hombre alto y moreno aceptó resignadamente otro libro y

pasó su mano por los puntos, rayas y barras de un verso educativo en gal-dos, un manual destinado a jóvenes urs. Sara no se sorprendió cuando el forastero frunció los labios y chasqueó la lengua, recorriendo la página laboriosamente. Era evidente que no entendía la frase.
Lo mismo había sucedido con los libros en gal-seis, ánglico y gal-siete. A Sara le desgarraba el corazón ver cómo su frustración se convertía en tormento. Tal vez sólo ahora el hombre herido comprendía lo que le habían arrebatado, lo que había perdido para siempre.
Ariana Foo, por otra parte, parecía satisfecha. Le sonrió a Sara.
—No es un patán de las aldeas externas —dictaminó la anciana—. Era una persona culta, familiarizada con todos los idiomas que hoy se usan entre los Seis. Si tenemos tiempo, debemos llevarlo al Ala de Lingüística y probar suerte con algunos dialectos olvidados, como el galáctico doce. Sólo tres eruditos de Jijo lo conocen.
—¿De qué serviría? Ya entendemos adonde quieres llegar. ¿Porqué no lo dejas en paz?
—Pronto, querida. Un par de libros más y habremos terminado. He reservado lo mejor para el final.
Dos empleados de la biblioteca observaron nerviosamente mientras Ariana acariciaba la pila de libros que tenía al lado. Algunos tenían un valor incalculable, con anillos en el lomo para sujetar cadenas que los mantenían unidos a sus estantes. A los archivistas no les agradaba que los tocara un bárbaro mudo.
Sara desvió la mirada, enfurruñada.
El resto del Ala de los Niños era plácida. Y había pocos niños. Eruditos, profesores y bibliotecarios de las seis razas iban allí a estudiar, copiar o escoger libros, llevando

su preciosa carga en carro, barco o caravana hasta colonias de toda la Cuesta. Una qheuen roja cogió cuidadosamente algunos de los gruesos álbumes encuadernados en bronce que requería su especie, ayudada por dos lorniks entrenados para asistirla y volver las páginas. Un lornik ahuyentó una abeja bruñidora que recorría la cubierta de un libro, frotando el abdomen contra la cubierta, cubriéndolo con una pátina delgada y borrando parte del título. Nadie sabía qué función habían cumplido esos insectoides entre los buyurs, pero hoy en día eran un fastidio.

Sara vio a miembros de otros clanes, educadores que se negaban a permitir que una crisis atentara contra la misión de instruir a la siguiente generación. Más allá de la qheuen, un anciano traeki seleccionaba volúmenes tratados para resistir los fluidos emitidos por nuevas pilas de anillos, demasiado torpes para controlar sus secreciones.

Un gemido le llamó la atención. Vio que el forastero sostenía un viejo libro de colores desvaídos. El hombre era presa de emociones encontradas. Sara no tuvo tiempo de leer el título, sólo distinguió una figura delgada, negra y felina en la cubierta, que llevaba un sombrero rojo y blanco. Para consternación de los bibliotecarios, el hombre abrazó el libro, balanceándose con los ojos cerrados.

—Algo de su infancia, sin duda —diagnosticó Ariana Foo, tomando nota en su libreta—. De acuerdo con los índices, esta fábula fue muy popular entre los niños de la civilización noroeste de la Tierra durante más de tres siglos, así que podemos tratar de localizar su origen cultural...

—Maravilloso. ¿Entonces has terminado? —ironizó Sara.

—Sí, supongo que sí. Al menos por ahora. Llévalo a su

habitación para que se acomode, ¿quieres? Luego tráelo cuanto antes. Estaré esperando en la Sala de Audición.
Ariana le hizo una seña al chimpancé encargado de empujar su silla y se marchó, dejando a Sara con el contrariado forastero.
Murmuraba algo que afloraba a pesar de la lesión cerebral. Repetía una frase sin sentido, activada por una intensa emoción.
—*A wocket in my pocket... a wocket in my pocket...*[2]
Con dulzura y firmeza, Sara logró sacarle el antiguo tomo de las manos trémulas, devolviendo el tesoro a los ceñudos bibliotecarios. Ayudó al herido a levantarse, viendo en sus ojos oscuros la niebla de la desgracia. Sara comprendía. Ella también había perdido a un ser querido.
Sólo que él se había perdido a sí mismo.
Dos sabios g'Keks los recibieron en la entrada de la Sala de Audición, médicos que habían examinado al forastero en cuanto llegó a Biblos. Uno lo llevó de la mano, guiándolo hasta unas puertas dobles. El otro le indicó a Sara que no los siguiera.
—La sabia Foo desea que la acompañes en la sala de observación contigua —-le susurró melódicamente. Un tallo ocular señalaba una abertura pasillo abajo. El forastero miró a Sara inquisitivamente y ella lo alentó con un movimiento de cabeza, aunque su confiada sonrisa le causó ciertos remordimientos.
La sala de observación recibía luz por dos ventanas circulares de lana de vidrio, lisas salvo por el típico tallo central, que daban a otra cámara donde los dos g'Keks hicieron sentar al forastero ante un aparato consistente en

[2] Alusión a un libro infantil ilustrado, *There's a Wocket in my Pocket,* del Dr. Seuss. (N. *del T.)*

una caja, con un brazo en un lado y un cuerno similar a una trompeta en el otro.
—Entra, querida. Y por favor, cierra la puerta.
Sara tardó varios duras en adaptarse a la penumbra y ver quién estaba con Ariana. Para entonces era demasiado tarde para escapar.
Toda la partida de Villa Tarek estaba presente, además de dos humanos vestidos con túnica de estudiosos. Ulgor y Hoja tenían motivos para estar allí, desde luego. Hoja había ayudado a rescatar al forastero del pantano, y Ulgor era un delegado honorario de Dolo. Hasta Jop tenía un interés oficial. ¿Pero por qué estaban Jomah y Kurt el demoledor? Fuera cual fuese su misión, el anciano y el joven observaban con la muda intensidad que caracterizaba a su familia y oficio.
Los estudiosos humanos se volvieron hacia ella.
Bonner y Taine, precisamente las personas que ella había intentado eludir durante su visita.
Ambos se levantaron.
Sara titubeó y finalmente se inclinó.
—Maestros.
—Querida Sara —suspiró Bonner, apoyándose en su bastón más que la última vez que ella había visto al calvo topólogo—. Te hemos echado de menos en estas salas polvorientas.
—Yo también te he echado de menos, maestro —respondió ella, sorprendida al advertir que era cierto. Tal vez, en el aturdimiento posterior a la muerte de Joshu, había desechado muchos buenos recuerdos, junto con los malos. La calidez de la mano del viejo sabio le evocó sus muchos paseos, en los que comentaban los arcanos fascinantes de aquellas formas que se podían describir con

símbolos pero no ver con ojos humanos.
—Por favor, no me llames maestro. Ya eres una adepta, o pronto lo serás. Ven a sentarte entre nosotros, como en los viejos tiempos.
«Como en los viejos tiempos, en efecto», pensó Sara, mirando al otro matemático. El alto y canoso experto en álgebra no parecía haber cambiado. Siempre distante y enigmático.
Taine cabeceó y pronunció el nombre de Sara ocultando un temblor en la voz, luego se volvió a sentar frente a las ventanas. Como siempre, había escogido el lugar más alejado de los no humanos presentes.
La incomodidad del sabio Taine frente a los otros septs no era tan rara. En todas las razas había una minoría que se sentía así, una reacción aparentemente arraigada en impulsos atávicos. Lo que importaba era el modo de enfrentarse a ella, y Taine se mostraba siempre cortés con sus estudiantes no humanos, o con los profesores urs y g'Keks que iban a consultarlo acerca del teorema de los binomios. Dada esa actitud, era natural que el sabio llevara una vida de encierro. Como la que Sara misma había esperado llevar...
—hasta que Joshu llegó a Biblos como encuadernador jornalero, y la cortejó, llenando el corazón de Sara con posibilidades inesperadas.
—hasta que, impulsada por una nueva osadía, ella anunció a sus confundidos colegas el nuevo objeto de sus estudios, nada menos que el lenguaje.
—hasta que Joshu cayó enfermo cuando la peste de la pimienta se propagó por el valle del Bibur, una plaga que se llevó a sus víctimas con dolorosa celeridad.
—hasta que, después de esperar un período decente, el

sabio Taine la abordó con rígida formalidad y renovó su anterior oferta de matrimonio.
—hasta que ella huyó apresuradamente de aquel lugar de polvo y recuerdos, corriendo a su casa-árbol.
Ahora el círculo se cerraba de nuevo. Taine había parecido austeramente apuesto cuando ella llegó a Biblos al final de su adolescencia, una figura imponente. Pero las cosas habían cambiado para Sara. Todo había cambiado.
De repente Taine abandonó su porte aristocrático, maldiciendo y pegándose en el cuello, luego se miró la mano con decepción. Sara miró a Bonner, quien susurró:
—Cotorrines. Son un fastidio. Si se te mete uno en el oído, que
Ifni te ayude. Estuve oyendo doble durante toda una semana, hasta que Vorjin me lo extrajo.
Ariana Foo carraspeó para llamarles la atención.
—Ya he explicado a los demás, Sara, mi creencia de que tu forastero es un hombre de las estrellas. Nuevas investigaciones aclaran la índole de sus lesiones.
Su asistente chimpancé repartió una hoja de papel, fotocopiada apresuradamente, que mostraba el perfil estilizado de una cabeza humana, con flechas y textos señalando partes del cráneo. La mayoría de esas palabras eran ininteligibles para Sara, aunque Lark las habría encontrado familiares.
—Recuerdo haber leído sobre este tema, y tuve la suerte de encontrar pronto la referencia. Parece que cuando nuestros antepasados abandonaron la Tierra, habían realizado experimentos con el objeto de crear conexiones directas entre los ordenadores y los cerebros vivos.
Hubo un suspiro de sorpresa. Para muchos de los Seis, incluso en la élite académica, la palabra «ordenador»

despertaba una reverencia supersticiosa. Los tripulantes de las naves furtivas que habían llegado a Jijo habían destruido todas sus máquinas de cálculo digital aun antes de hundir sus cruceros estelares en el Sumidero. Ningún otro objeto tenía tanto potencial para delatar la presencia de vida inteligente en un mundo prohibido.

Sara había leído algunas historias pintorescas de tiempos de la Tierra, en que el autor usaba un vínculo mente-ordenador como recurso narrativo. Siempre lo había considerado una metáfora, como las leyendas sobre humanos que volaban con plumas pegadas a los brazos. Pero Ariana aclaró que esa idea se había tomado muy en serio.

—Esta ilustración muestra algunas de las áreas cerebrales destinadas a los empalmes neuroelectrónicos en la época en que partieron nuestros antepasados —continuó Ariana—. Sin duda las investigaciones siguieron durante los trescientos años transcurridos desde entonces. De hecho, creo que nuestro forastero poseía el producto de esa investigación, un conector que le permitía intercambiar datos con ordenadores y otros dispositivos. Este conector estaba insertado en su cráneo, por encima de la oreja izquierda.

Sara jadeó de asombro.

—Entonces su...

Ariana alzó una mano.

—Cabe sospechar que sus quemaduras y lesiones menores se produjeron cuando su nave estelar o aérea se estrelló en el pantano Eterno, a poca distancia del lugar donde lo encontraron Sara y sus amigos. Esta milagrosa salvación, sin embargo, se topó con un poco de mala suerte cuando el conector artificial de su cabeza fue

violentamente arrebatado, arrancando partes del lóbulo temporal izquierdo. No es preciso añadir que esta parte del cerebro humano es la que alberga la mayor parte del lenguaje.
Sara pestañeó. A través del vidrio vio al hombre, que miraba con ojos brillantes y atentos a los médicos g'Keks que preparaban su aparato.
—Yo pensaría que semejante lesión lo mataría —dijo Bonner.
—En efecto —convino Ariana—. Parece haberse recobrado notablemente. Si no fuera adulto y varón, con una estructura sináptica bastante rígida, tal vez ya estaría hablando, despertando esa aptitud en el lóbulo temporal derecho, donde permanece latente. Se sabe que algunos niños y mujeres lo han hecho, después de sufrir lesiones en el lado izquierdo. Dada la situación, es posible... —Hizo una pausa al ver tallos oculares que se movían en la habitación contigua—. Bien, veo que nuestros buenos doctores están preparados, así que procedamos.
Anana abrió un conducto de audición bajo el panel de vidrio. Sara sintió un dolor agudo en el muslo y Taine se golpeó el cuello de nuevo.
—¡Malditos bichos! —rezongó, y miró a Sara—. Las cosas han empeorado en muchos sentidos por aquí.
«El bueno y simpático Taine», pensó Sara, reprimiendo el impulso de pegarse en el cuello. Los cotorrines eran inofensivos, otro misterioso vestigio de los buyurs. ¿Quién, salvo algún hoon, querría una «simbiosis» con una criatura cuyo objetivo aparente era adherirse a las venas y retribuir su alimentación mediante la repetición de todos los sonidos que uno oía? Era indudable que los buyurs debieron ser criaturas muy extrañas.

En la habitación contigua, uno de los médicos g'Keks abrió un gran álbum que contenía docenas de discos negros. El médico extrajo uno y lo apoyó en una plataforma redonda que comenzó a girar.
—Un disfositivo elemental de resorte —explicó Ulgor—. Es fácil construirlo con chatarra y láminas de bu.
—Un sistema primitivo pero efectivo de almacenaje y recuperación analógica —aclaró Taine.
—Prudentemente no digital —añadió Bonncr. —Sí —convino Hoja, el qheuen azul—. Y tengo entendido que toca música. En cierto modo.
El médico g'Kek bajó una estructura de madera hasta que una pua tocó el borde del disco giratorio. Una melodía salió del cuerno. Una melodía metálica acompañada por crujidos tenues.
—Estos discos son originales —dijo Ariana Foo—. Impresos por los colonos del navío *Tabernáculo* en tiempos de la Gran Edición. Hoy sólo los tocan algunos expertos. Las formas musicales terrícolas no son populares en la Comuna, pero estoy segura de que nuestro forastero no opinará igual.
Sara había oído hablar del aparato reproductor de música. Era extraño escuchar música sin ejecutantes, casi tan extraño como esa música extravagante. Sara reconoció algunos instrumentos, violines, tambores y cuernos, lo cual era natural porque los terrícolas habían introducido instrumentos de cuerda y viento en Jijo. Pero la disposición de las notas era rara, y Sara pronto comprendió que lo más perturbador era su orden.
Un sexteto jijoano moderno suponía la fusión de seis solistas que improvisaban. Lo importante era que las fusiones armónicas eran imprevisibles, iban y venían como

la vida misma. No había dos ejecuciones iguales.
«Pero esta música es puramente humana. —Acordes complejos giraban en secuencias que se reiteraban con disciplinada precisión—. Como en la ciencia, se trata de que algo sea repetible, verificable.»
Sara miró a los demás. Ulgor parecía fascinada y movía su racimo manual izquierdo, el que usaba para tocar notas en un violus. Hoja balanceaba su caparazón como desconcertado, mientras que el joven Jomah, sentado junto a su severo tío, parecía presa de la confusión.
Aunque ella nunca había oído nada similar, había algo familiar en el orden y el flujo de la armonía. Las notas eran como números enteros, las frases como figuras geométricas.
«¿Qué mejor prueba de que la música puede ser como las matemáticas?»
El forastero también estaba reaccionando. Se inclinó hacia adelante, agitado, con una mirada de reconocimiento.
Sara se sintió preocupada. Un exceso de emociones podía trastornar al pobre hombre.
—Ariana, ¿qué propósito tiene todo esto? —preguntó.
—Enseguida, Sara. —Ariana alzó la mano una vez más—. Eso era sólo la obertura. Ahora viene la parte que nos interesa.
«¿Cómo lo sabe?», se preguntó Sara. Al parecer, la amplitud de
los eclécticos conocimientos de Ariana abarcaba también artes oscuras y antiguas.
En pocos momentos la pieza instrumental llegó a un crescendo y una pausa. Luego apareció un nuevo elemento, el inconfundible sonido de voces humanas. Después de las primeras estrofas, Sara se concentró en

discernir palabras de extraño acento.
Pues hoy nuestro aprendiz de pirata de su contrato queda liberado, fuerte es su brazo y agudo su olfato, ahora es en verdad un pirata.
Aquel fragmento tuvo un profundo efecto sobre el forastero. Se levantó temblando. La emoción que le bañaba la cara no era simple reconocimiento, sino alegre sorpresa.
Luego, para asombro de él mismo y de Sara, se puso a cantar.
¡Verted, verted, jerez pirata, llenad, llenad, copas piratas, y dadnos alegría! ¡Que circule la jarra pirata!
Sara también se levantó, atónita. Ariana lanzó un grito de satisfacción.
—¡Aja! Un acierto en el primer intento. Aun con la pista cultural, esperaba tener que pasar muchas antes de encontrar una que él conociera.
—¡Pero su lesión! —objetó Taine—. Habías dicho...
—En efecto —intervino Bonner—. Si no puede hablar, ¿cómo puede cantar?
—Ah, eso. —Ariana restó importancia al milagro—. Diversas funciones, diversas partes del cerebro. Hay precedentes en la literatura médica. Me dicen que incluso se ha observado aquí en Jijo, un par de veces. No, lo que me asombra es la persistencia cultural que demuestra este experimento. Han pasado trescientos años. Yo pensaba que las influencias galácticas habrían borrado todo elemento terrícola natal... —La anciana hizo una pausa, comprendiendo que se iba por la tangente—. Bien, eso no importa. Lo que importa es que nuestro visitante ha encontrado un modo de comunicarse.
Ariana sonreía sin el menor atisbo de humildad.

Sara apoyó la mano en el vidrio, sintiendo la vibración de la música. Ahora sonaba otra canción. La cadencia era más lenta y la melodía había cambiado, aunque no el tema. Sara cerró los ojos para escuchar mientras el forastero cantaba con gutural alegría, adelantándose a la grabación en su afán de ser oído.

Te vas al mundo engañoso
donde los piratas son ricos.
Mas yo seré fiel a la canción que canto.
¡Viviré y moriré como rey pirata![3]

[3] Los fragmentos pertenecen a la ópera cómica *The Pirates of Penzance,* de Gil-bert y Sullivan. *(N. del T.)*

XIX

EL LIBRO DEL MAR

Se cuenta que antaño
las galaxias eran diecisiete,
enlazadas y unidas
por tubos de tiempo concentrado.
Uno por uno, esos frágiles tubos se partieron,
se escindieron mientras el universo
estiraba sus avejentadas costuras.
De las galaxias, los Progenitores conocieron once.
Seis más se han separado, llevando
parientes lejanos a destinos desconocidos.
De las galaxias, nuestros antepasados inmediatos
conocieron cinco.
¿Y si sucediera de nuevo
mientras buscamos la redención
en esta espiral en barbecho?
¿Bajará alguien a recriminarnos por ello,
cuando hayamos recuperado la inocencia?
En nuestros tiempos,
de las galaxias conocemos sólo una.
Rollo de las Posibilidades

LA NARRACIÓN DE ALVIN

No deseo insistir en el papel que desempeñé en lo que sucedió a continuación. Sólo digamos que, siendo un joven hoon, parecía el más apropiado para colgar en el extremo del cable, sentado en una hamaca improvisada mientras la cuadrilla me bajaba hacia las azules aguas de la Grieta.
Después de pasar por encima del borde, de los demás sólo pude ver algunas caras hoons y urs, más un par de tallos oculares g'Keks. Pronto se confundieron con las rocas y quedé solo, colgando como carnada en la línea. Traté de no mirar abajo, pero pronto el viento hizo oscilar el cable, recordándome el frágil sostén con que contaba.
Durante ese largo descenso tuve tiempo de preguntarme qué diablos estaba haciendo allí.
Se convirtió en una especie de mantra (si es que recuerdo bien esta palabra, pues no figura en el diccionario que llevo conmigo en este lugar duro y frío). Repetida con frecuencia, la frase pronto perdió su horrible fascinación y cobró una cadencia extrañamente agradable. A mitad de camino, yo gutureaba:
—Qué diablos. Estoy haciendo. Aquí.
En otras palabras, si hay que hacer una cosa y soy yo quien la está haciendo, ¿por qué no hacerla bien? Un modo ánglico de expresar un pensamiento muy hoon. Lo cierto es que logré convencerme a mí mismo, porque cuando al final erraron el tiro no sentí pánico. Asenté las piernas antes de que los frenos se afirmaran y la cuerda dejara de vibrar. Tardé un momento en recobrar el aliento y guturearle a Hu-phu, pidiéndole que nadara desde el *Sueño de Wuphon,* que estaba a un tiro de flecha. La prisa era vital, pues el batiscafo se alejaba lentamente de las

plácidas aguas de Roca Terminal. Pronto llegaría a la corriente de la Grieta, y tal vez no volviéramos a verla.
Esta vez Huphu no me hizo esperar, sino que actuó como un buen marinero durante una maniobra crítica. Se zambulló y nadó hacia mí como un pez-dardo, ilesa a pesar de su violenta zambullida desde el peñasco.
¿Cuál es ese chiste de mal gusto que cuentan sobre los noors? Dicen que para matar a uno de ellos se requiere un frasco de veneno traeki, una pinza qheuen, una flecha humana y una andanada de insultos urs. Y todo suponiendo que un hoon distraiga a la bestia con un estentóreo gutureo. Aun así, conviene que un g'Kek ruede sobre el cadáver varias veces, por si acaso.
De acuerdo, es un humor pueril, pero en cierto modo también es respetuoso. Yo no podía contener la risa mientras esperaba a Huphu. Al fin ella se encaramó a mi pierna y mis brazos, disfrutando de mi feliz gutureo. Sospeché que todavía estaba asustada, pues no fingió la menor indiferencia ni disimuló cuánto se alegraba de verme.
Aun así, escaseaba el tiempo. En cuanto pude, deslicé un arnés de cuerda sobre los hombros de Huphu y le pedí que saltara de nuevo al mar.
El plan de Urdonnol parecía viable, siempre que Huphu entendiera mis instrucciones. Y siempre que Huphu lograra enganchar el extremo del cable en el anillo del batiscafo. Y siempre que Ziz el sub-traeki pudiera mantenerse un rato más en su forma distendida, sosteniendo ese peso metálico. Y siempre que el cable reparado sostuviera el peso cuando arriba empezaran a tirar.
Muchos «y siempre». Con razón los terrícolas adoran a una diosa de la suerte y el azar, Ifni. Sus ocurrencias son

caprichosas. Como ese día, cuando maldijo nuestra empresa con la calamidad, y luego echó sus dados en sentido contrario.
En el tenso midura que siguió, todos nos preocupábamos preguntándonos qué traería su próximo golpe de dados, hasta que al fin Huphu y yo estuvimos juntos en el peñasco, goteando junto al bello flanco del *Sueño de Wuphon,* mirando asombrados mientras Tyug desinflaba y cuidaba a Ziz. Entretanto, Pinzón y Huck giraban en torno del batiscafo, para ver si se habían producido averías, y Ur-ronn supervisaba a la cuadrilla que recogía el resto del cable.
Al fin, los dos extremos cortados quedaron lado a lado en la meseta de piedra, quemados, deshilachados, desgarrados.
—¡Esto no fasará de nuevo! —murmuró nuestra amiga urs, en ese tono de voz que usan los de su raza para hacer predicciones, queriendo decir que le romperá el cuello a quien se atreva a contradecirla.
Al día siguiente regresó Uriel, acompañada por asistentes armados y una recua de asnos. Traía mensajes que los señaleros habían en-viado desde el lejano norte, y los leyó esa noche, con el Cúmulo de Amargón como fondo titilante sobre la reluciente Grieta. Usando la túnica de una sabia menor, la herrera sintetizó lo que había sucedido en Asamblea: no sólo habían llegado naves estelares, sino delincuentes estelares. Seres capaces de acabar con la Gran Paz, con la Comuna y con todos los miembros de los Seis.
No vi la reacción de Huck cuando Uriel mencionó que los g'Keks estaban extinguidos entre los astros, y sus últimos sobrevivientes eran salvajes que rodaban en el polvo de

Jijo. Mi atención aún se con-centraba en otras noticias asombrosas.
¡Los incursores eran humanos!
Todos saben que los terrícolas eran poco más que animales a ojos de los clanes galácticos, hace sólo tres siglos. ¿Qué hacían entonces los humanos, tratando de efectuar este complejo robo a tan gran distancia?
Luego comprendí que Uriel nos interpelaba en gal-dos formal y yo había pensado en esa lengua, viendo las cosas tal como las vería un galáctico. Las cosas cambiaron cuando me hice la misma pregunta en ánglico.
¿Trescientos años? ¡Una eternidad! En ese tiempo los humanos pasaron de los veleros a las primeras naves estelares. Quién sabía adónde podían haber llegado. Quizá poseyeran medio universo.
De acuerdo. Tal vez he leído demasiadas novelas de «Doc» Smith y «Star-Smasher» Feng. Pero aunque la mayoría de los presentes esa noche expresaron asombro de que humanos sabios y cultos pudieran hacer esas cosas, yo conocía una verdad sobre ellos. Una que está presente en la literatura terrícola como un gutureo permanente.
Mientras su raza sobreviva, algunos de ellos seguirán siendo lobeznos.
Todos nos asombramos cuando Uriel dijo que el proyecto continuaría.
Mientras se hablaba de reclutamiento militar, reparaciones de emergencia en el camuflaje y la posibilidad de tener que luchar contra un poder abrumador para sobrevivir, temí que la herrera nos ordenara que regresáramos a Wuphon y al monte Guenn de inmediato, para ponernos a trabajar para el bien común. Nos quedamos de una pieza cuando actuó

como si esto fuera importante. Esta tonta expedición al fondo del mar.
Incluso se lo comenté.
—¿Por qué haces esto? —pregunté al día siguiente, mientras ella supervisaba las reparaciones—. ¿No hay cosas más urgentes?
Estiró el pescuezo, alzando su ojo central, sin pupila, hasta los míos.
—¿Y qué frefieres que hagamos? ¿Fabricar armas? ¿Convertir la forja en una fábrica de muerte? —Resopló con los belfos, revelando esas membranas sinuosas que impiden el paso de la humedad, haciendo que el aliento urs sea seco como viento del Llano de Arena Áspera—. Las urs conocemos bien la muerte, joven Hph-wayou. Nos escama las fatas y nos seca fronto los marsufios. O bien la afresuramos con luchas y riñas, como si la gloria comfensara nuestra frisa for morir. Muchas urs evocan con nostalgia los días en que los terrícolas eran nuestros mejores enemigos, cuando galofaban héroes for la fradera, acometiendo sin cesar. También yo siento esa nostalgia. Y, como otras, me ofongo a ella. Esta éfoca necesita otra clase de héroe, jovencito. Un guerrero que fiense.
Luego volvió a sus tareas, dirigiendo a los obreros con severa atención a los detalles. Su respuesta me dejó confundido e insatisfecho, pero también, por alguna razón, un poco más orgulloso que antes.
Tardamos dos días en reparar y revisar todos los sistemas. Para entonces, el grupo de curiosos había cambiado. Muchos de los primeros habían escapado al oír las noticias de Uriel. Algunos tenían deberes militares, o ansiaban realizar los sacramentos destructivos recomendados en los

Rollos más antiguos. Otros regresaron para salvar sus propiedades antes que los devotos las convirtieran prematuramente en escoria, o simplemente para estar con sus seres queridos durante esos últimos días.
Acudieron otros, aún más iracundos que los primeros, o más atemorizados por las cosas que habían visto. Sólo ayer se avistó, desde el puerto Wuphon hasta la bahía Villafinal, un espectro alado, una aeronave que se detuvo sobre los inútiles enrejados de camuflaje, como diciendo «os veo», antes de reanudar un sinuoso curso por la costa y perderse mar adentro.
Nadie tuvo que decirlo. Fuera cual fuese el proyecto de Uriel, no disponíamos de mucho tiempo.

XX

EL LIBRO DE LA CUESTA

LEYENDAS

Las primeras razas irruptoras llegaron a Jijo con conocimientos, pero carecían de un modo seguro de almacenarlos. Sabemos los nombres de muchas herramientas de almacenaje, desde placas de datos, memoastillas e infopolvo, pero todas han sido entregadas a las profundidades.
Los terrícolas poseían una manera segura e indetectable de almacenar información. El secreto del papel —moler fibras vegetales con arcillas y productos animales— era una invención exclusiva de los lobeznos. Pero la tripulación del Tabernáculo *se fue de la Tierra poco después del Contacto, y los datos publicados en la Gran Edición eran deficientes en materia de galactología, en especial en lo concerniente a otras «plagas irruptoras» en otras áreas de las Cinco Galaxias.*
Por eso carecemos de un punto de referencia para evaluar la Comuna jijoana. ¿ En qué medida somos diferentes de otros casos de colonización ilegal en mundos en barbecho? ¿Hemos sido más hábiles en minimizar los daños que causamos? ¿Cuáles son nuestras probabilidades de evitar que nos detecten? ¿Qué clase de justicia se administró a otros irruptores? ¿Cuánto debe viajar una raza por la Senda de la Redención para dejar de delinquir y obtener la bendición?
Los Rollos ofrecen cierta guía sobre estos asuntos. Pero

como la
mayoría datan de los primeros dos o tres aterrizajes, arrojan poca luz sobre uno de los mayores misterios.
¿Por qué tantos pueblos vinieron a este pequeño terreno en tan poco tiempo?
Dos mil años no es mucho comparado con el medio millón de años transcurridos desde que se fueron los buyurs. Más aún, hay muchos mundos en barbecho. ¿Por qué Jijo? Hay muchos lugares en Jijo. ¿Por qué la Cuesta?
Cada pregunta tiene su respuesta. La gran estrella que escupe carbono, Izmunuti, comenzó a proteger el espacio local hace sólo unos milenios. Nos dicen que este fenómeno incapacitó a los robots centinelas que patrullaban las rutas de este sistema, facilitando el paso de las naves furtivas. También hay vagas referencias a profecías sobre un «tiempo de turbulencia» que supuestamente provocó disturbios en las Cinco Galaxias. En cuanto a la Cuesta, su combinación de una acogedora biosfera junto con la elevada actividad volcánica asegura que las obras de nuestra gente serán destruidas, dejando pocos rastros de nuestra presencia aquí.
Para algunos, estas respuestas bastan. Otros no quedan satisfechos.
¿Somos únicos?
En algunas lenguas galácticas, la pregunta ni siquiera tiene sentido. Uno puede hallar un precedente para cualquier cosa en archivos de mil millones de años. La originalidad es una ilusión. Todo lo que es ya ha sido alguna vez.
Tal vez sea un síntoma de nuestra vileza —nuestro estado incivilizado de conciencia, en comparación con los elevados niveles de nuestros antepasados—, pero uno siente la tentación de hacerse preguntas.

¿Estamos protagonizando un hecho insólito?
Spensir Jones, *Homilía del Día del Descenso.*

ASX

Los sabios predicamos que las conjeturas son ociosas. Aun así, durante esta gran crisis, los invasores demuestran saber muchas cosas que creíamos ocultas.
¿Debería sorprendernos, anillos míos? ¿Acaso no son dioses de las Cinco Galaxias?
Además, ¿hemos estado unidos? ¿Acaso muchos de los Seis no ejercieron precipitadamente su derecho a la discrepancia, pidiendo favores a los humanos del cielo, a pesar de nuestro consejo? Algunos de ellos se han marchado, como esa muchacha irruptora que tanto agravió a Lester con su ingratitud, osando robar el tesoro que ella ha-bía traído, lo cual intrigó durante días a nuestro sabio humano. ¿Estará viviendo en la estación sepultada, cuidada como un g'Kek podría cuidar a su zookir favorito? ¿O los delincuentes del cielo habrán acabado con ella, así como un traeki expulsa el líquido reductor usado de su núcleo, o como los tiranos terrícolas eliminaban a los traidores que ya no cumplían su función?
Por cada secreto que revelan los incursores, ponen de manifiesto su gran ignorancia en otros sentidos, por tratarse de dioses del cielo.
Es desconcertante, y un magro consuelo mientras pensamos en el orgulloso e imponente visitante que esta mañana se presentó ante el Consejo de los Sabios.
Anillos míos, ¿el recuerdo de este acontecimiento ya ha revestido vuestros cerosos núcleos? ¿Recordáis a Rann, el humano de las estrellas, haciendo su requerimiento? ¿Pidiendo que varios de su grupo fueran invitados a nuestra próxima comunión con el Huevo Sagrado?
El requerimiento fue cortés, pero parecía una orden.

No deberíamos sorprendernos. ¿Cómo podrían los alienígenas no ver lo que está pasando?
Al principio sólo fue evidente para los más sensibles, pero los temores se fortalecen hasta invadir este rincón de nuestro mundo...
—curvando las brumas que se elevan de los geiseres y lagos humeantes,
—guiando bandadas de pájaros,
—despertando a los dormidos rewqs, en las cavernas y en nuestros morrales,
—tiñendo los miles de colores azules del cielo.
—Hemos oído hablar mucho de vuestra piedra sagrada —dijo Rann—. Su actividad fascina a nuestros sensores. Quisiéramos ver esta maravilla con nuestros propios ojos.
—Muy bien —respondió Vubben en nombre de los Seis, cruzando tres tallos oculares en un gesto de asentimiento. ¿Cómo íbamos a negarnos?—. ¿Cuántos habrá en vuestra partida?
Rann se inclinó de nuevo, imponente por tratarse de un humano, alto como un traeki, de hombros anchos como un joven hoon.
—Habrá tres. Ling y yo, a quienes ya conocéis. En cuanto al tercero, su reverendo nombre es Ro-kenn. Debéis comprender que esto será un honor para vosotros. Nuestro amo debe recibir todas las expresiones de cortesía y respeto.
Con nuestros diversos ojos, visores y franjas visuales, pestañeamos y parpadeamos de asombro. Todos salvo Lester Cambel, que murmuró a nuestra pila:
—Estaban ocultando a alguien.
Los humanos son criaturas sorprendentes, pero la falta de tacto de Lester sorprendió tanto a nuestros anillos que

«yo» me quedé unánimamente atónito. ¿Acaso no temía que le oyeran?
Por lo visto, no. A través de mi/nuestro rewq, leí la animadversión de Lester contra ese hombre, contra esa noticia.
En cuanto al resto del Consejo, no se necesitaba un rewq para detectar su curiosidad.
Al fin íbamos a conocer a los rothens.

LARK

Querida Sara:
La caravana que traía tu carta ha tardado bastante en llegar aquí, pues tuvo problemas en las praderas. Es maravilloso ver tu letra y enterarme de que estás bien. Lo mismo nuestro padre, cuando lo viste por última vez. En estos días hay muy pocos motivos de alegría.
Me doy prisa, con la esperanza de alcanzar al próximo kayak mensajero que remonte el Bibur.
Si llega a Biblos antes que te vayas, espero poder persuadirte de que no vengas aquí.
La situación es muy tensa. ¿Recuerdas esas historias que nos contábamos acerca de la represa? Bien, yo no dormiría en ese altillo ahora. Por favor, quédate en un lugar seguro hasta que sepamos qué está pasando.
Tal como pediste, hemos hecho preguntas acerca de tu misterioso forastero. Es evidente que los incursores buscan a alguien o algo, aparte del objetivo de adoptar ilícitamente una especie para la Elevación.
No puedo demostrar que tu hombre misterioso no sea el objeto de su búsqueda, pero sospecho que él es una parte minúscula de todo este panorama.
Puedo estar equivocado. A veces tengo la sensación de que somos hormigas en una cocina, mirando hacia arriba para comprender una riña humana por el movimiento de sus sombras.
Me imagino tu expresión. No te preocupes, no he renunciado. De hecho, tengo otra respuesta para la pregunta que siempre me haces. Sí, he conocido a una mujer. Y no, no creo que la aprobaras. Es más, creo que yo tampoco la apruebo.

Sonriendo irónicamente, Lark terminó la primera página de la carta y dejó la pluma. Sopló el papel y cogió el secante, pasando el fieltro sobre la tinta húmeda. Sacó otra hoja del maletín de cuero, mojó la pluma en el tintero y continuó.

Con esta nota te llegará una copia manuscrita del último informe que los sabios enviarán a la Comuna, más un apéndice confidencial para Ariana Foo. Hemos averiguado algunas cosas, aunque hasta ahora nada que nos asegure la supervivencia cuando regrese la nave rothen.

Bloor está aquí, y le hemos ayudado a dar forma a tu idea, aunque me parece peligroso amenazar a los incursores tal como recomiendas.

Lark titubeó. Incluso esas veladas insinuaciones podían ser arriesgadas.

En tiempos normales sería impensable que alguien husmeara en la correspondencia ajena. Pero las facciones enfervorizadas hacían esas cosas durante las antiguas crisis terrícolas, si había que hacer caso de la documentación histórica. De todos modos, ¿de qué le serviría a Sara preocuparse? Sintiéndose como un despilfarrador, Lark arrugó la segunda hoja y empezó de nuevo.

Por favor, dile a Foo que la joven Shirl, la hija de Kurt, llegó a salvo junto con B-r, cuyo trabajo anda tan bien como cabe esperar.

Mientras, he tenido en cuenta tus otras preguntas. Es delicado interrogar a estas gentes del espacio, que siempre me hacen pagar con información útil para sus fines delictivos. Además, debo tratar de no despertar sospechas sobre mis razones para saber ciertas cosas.

Aun así, he obtenido algunas respuestas.

Una fue fácil. Los humanos de las estrellas no usan

habitual-mente el ánglico, el rúsico ni otras «bárbaras lenguas lobeznas». Así lo expresó Ling el otro día, como si fueran demasiado vulgares e imprecisas para gente científica. Ella y los demás saben usar el ánglico para conversar, pero entre ellos prefieren el gal-seis o el gal-siete.
Hizo una pausa para hundir la pluma en el tintero.
Esto concuerda con la idea de que estos humanos no proceden de la rama principal de nuestra raza. En otras palabras, no son representantes de la Tierra sino que vienen de un ramal que profesa lealtad a los rothen, una raza que afirma haber Elevado a la humanidad.
¿Recuerdas que nuestra madre nos hacía debatir sobre la cuestión de los orígenes? ¿Que uno de nosotros favorecía a los danikenistas y el otro a los darwinistas? En esa época parecía interesante, aunque sin sentido, pues todos nuestros datos procedían de textos que tenían trescientos años de antigüedad. ¿Quién hubiera creído que viviríamos para ver la respuesta proclamada en Jijo, ante nuestros propios ojos?
En cuanto a la validez de la afirmación sobre los rothen, no puedo añadir nada al informe, excepto lo que Ling y los demás parecen creer apasionadamente.
Lark bebió un sorbo de agua. Sumergió la pluma de nuevo.
Ahora paso a la gran noticia que tiene alborotado a todo el mundo. Parece que veremos por primera vez a uno de estos misteriosos seres. Dentro de algunas horas, uno o más rothens saldrán de su estación para unirse a una peregrinación hacia el Huevo, que está despertando. No sabíamos que había rothens en la nave estelar.
La Comuna está tensa como un violus. La ansiedad es tremenda.

Será mejor que termine si deseo incluir la carta en el saco de correspondencia. Veamos. También me has preguntado acerca de los «conectores neurales». ¿Los alienígenas usan esos aparatos para comunicarse directamente con ordenadores y otros aparatos?
Iba a responder que sí. Ling y los demás usan unos objetos que les traen voz e información, que llega desde lejos como por arte de magia. Luego releí tu relato de la herida del forastero, y vacilé. Los incursores imparten órdenes a sus máquinas mediante palabras y gestos. Nunca vi un enlace directo entre cerebro y ordenador, o esa «relación hombre-máquina instantánea» que mencionaba Ariana.
Ahora que lo pienso,
Lark sumergió la pluma, se dispuso a continuar y se detuvo.
Oyó pasos en el sendero de grava que conducía a la tienda. Reconoció los chasquidos de un qheuen gris. Y no era el ritmo informal de Uthen, sino una cadencia majestuosa que usaba una compleja ondulación de patas alternativas, un andar aristocrático, inculcado por matriarcas quitinosas que a veces se hacían llamar reinas.
Lark dejó la pluma y cerró el maletín. Una silueta ancha y baja se perfiló contra la entrada de la tienda. La voz de Harullen iba acompañada por los suspiros de tres conductos del habla, y cada cual entonaba una nota diferente en un elevado dialecto qheuen del galáctico siete.
—Amigo Lark, ¿estás dentro? Por favor, salúdame. Traigo valiosos regalos.
Lark alzó la entrada, cubriéndose los ojos al salir de la penumbra al sol.
—Te saludo, Harullen, compañero de fe —respondió en el mismo idioma.

Harullen llevaba una túnica de peregrino sobre el caparazón pentagonal, dejando al descubierto la cúpula central. El tejido g'Keks titilaba bajo el sol oblicuo. Lark tardó un instante en advertir otra diferencia, en torno de la cúpula cenicienta del qheuen.
—Aja —comentó, pasando a un dialecto más relajado del gal-siete—. Conque es verdad. La máscara renueva su ofrecimiento.
—Tomar nutrición de nuestros cuerpos a cambio de una revelación del alma. Por supuesto. La máscara regresa a nosotros. Cavernas que parecían estériles ahora están llenas de jóvenes rewqs, mientras el Huevo reanuda su canción. ¿No son buenos presagios? ¿No debemos regocijarnos?
Con el chasquido de una zarpa, Harullen llamó a un lornik que estaba agazapado detrás. La criatura se adelantó, imitando en cuatro patas el majestuoso andar de Harullen. En sus manitas de tres dedos llevaba una caja de madera bruñida que mostraba trazos de talla dental personal.
—En esta cosecha de productos de la caverna, muchos fueron modelados para nobles frentes humanas —continuó Harullen—. Por favor, acéptalos como muestra de profunda estima.
Lark recibió la caja que le daba el lornik, sabiendo que no debía dar las gracias ni mirar a la tímida criatura. A diferencia de los chimpancés y los zookirs, los lorniks parecían vincularse sólo con la raza que había llevado a sus antepasados a Jijo, mil años atrás.
Abrió la caja, que por tradición qheuen había sido roída por quien entregaba el presente y no se podría usar de nuevo para otro propósito. En el interior, sobre una capa de serrín de garu, temblaban racimos de zarcillos negros, acoplados

a bandas de color traslúcido.
«Ha habido tan poco tiempo y he tenido tantas ocupaciones... Es realmente un grato favor.»
Aun así, Lark habría preferido ir a las cavernas y elegir su rewq, como había hecho en tres ocasiones antes de pasar la pubertad. Parecía extraño coger uno de una caja. ¿Qué haría con los demás?
Sinuosos tentáculos se elevaron buscando la luz. Sólo un par no demostraba indecisión, y se dirigió hacia Lark, extendiendo una telaraña traslúcida. «Bien, es un rewq humaniforme —pensó—. Tiene muy buen aspecto.»
Sentir desconfianza era natural. Una persona se aferraba a un rewq personal durante muchos años. Había sido doloroso ver que el último desfallecía en su morral, durante las muchas semanas de silencio del Huevo. Tampoco podía compartir el rewq de otro. Entre los humanos, era más probable compartir un cepillo de dientes que un rewq.
—Mi gratitud es manifiesta en la aceptación de este regalo incomparable —dijo. Aunque reacio, Lark se llevó la masa sinuosa a la
frente.
Su rewq anterior era como un par de zapatos viejos —o un par de gafas urs—, cómodo y fácil de usar. Éste se contorsionaba con avidez, palpándole las sienes, buscando venas para alimentarse. La membrana transparente se tensó sobre los ojos de Lark, ondeando con el entusiasmo del rewq, transmitiéndole una oleada de vértigo. Necesitaría tiempo para entenderse con la nueva criatura. Lo más adecuado era dejar que la vieja instruyera a la nueva durante un tiempo de superposición, antes que el viejo rewq muriera. «Los milagros de Ifni suelen tener un toque irónico. Hemos tenido que enfrentarnos largo tiempo

a los incursores sin la ayuda de los rewqs. Ahora, en un momento crítico, regresan de repente, y quizá sólo sean un obstáculo.»
Aun así, por cortesía, fingió placer, inclinándose ante Harullen y agradeciéndole el obsequio. Con suerte, el rewq de Harullen también sería ruidoso, y no transmitiría los sentimientos ambiguos de Lark.
La satisfacción del dirigente herético fue evidente en su ruidosa danza de patas y zarpas. La pátina que cubría los ojos de Lark añadió chispas borrosas que quizá fueran emociones qheuens traducidas, o mera estática del rewq inexperto.
Harullen cambió bruscamente de tema, pasando al ánglico.
—¿Sabes que se acerca el momento de la peregrinación?
—Estaba escribiendo una carta. Me pondré la túnica y me reuniré con nuestro grupo en la Piedra de la Rueda, en un midura.
Como Ling requería la presencia de Lark, los sabios habían concedido a la facción herética dos sextetos entre las doce docenas seleccionadas para el primer ascenso. Desde que se había enterado, Lark sentía un calor familiar en la piedra que le colgaba del cuello. Su recordatorio y penitencia. Usando ese amuleto, la peregrinación nunca era fácil.
—Muy bien, pues —dijo Harullen—. En la Piedra de la Rueda analizaremos la última propuesta de los celotes antes de unirnos...
Bajó la voz, contrayendo las cinco patas para poner su sensible lengua en contacto con el suelo. Esta vez, el rewq de Lark transmitió una vivida imagen de las emociones: una aureola que describía disgusto mezclado con reprobación.
—Hay otro en el sendero —continuó Harullen—. Uno cuyo

pétreo linaje está desmentido por desordenada prisa.
«¿Un qué?» Lark no lo entendía. A veces el modo en que otras razas usaban el ánglico lo confundía. Tal vez no fuera bueno que esa caótica lengua humana fuera tan popular en Jijo.
Sintió temblores de tierra en las plantas de los pies, una vibración que le resultaba aún más familiar que las pisadas de Harullen. Similar
a ese golpeteo rítmico, más simple, menos aristocrático, un andar demasiado apresurado como para derrochar tiempo en la etiqueta.
Otra silueta acorazada apareció, arrastrando ramitas y hojas. Como Harullen, Uthen el taxonomista estaba vestido para la peregrinación, con un trapo deshilachado y agrisado que flameaba como una sábana vieja. Su caparazón era de un color pizarra un poco más profundo que el de su desdeñoso primo. Como Harullen, Uthen llevaba un nuevo rewq, lo cual podía explicar su andar tambaleante. Dos veces se desvió del camino como si lo distrajeran insectos zumbones. Lark se apartó la criatura de los ojos. No necesitaba ayuda para interpretar el entusiasmo de su colega.
—Lark-ark, Harullen-en —tartamudeó Uthen por varios conductos, en modulaciones inarmónicas. Harullen movió desdeñosamente la cúpula mientras el recién llegado contenía el aliento y jadeaba—: Venid pronto. ¡Han salido!
—¿Quiénes han salido? —preguntó Lark, y pronto comprendió que Uthen sólo podía referirse a una cosa.
Asintió.
—Esperadme un dura.
Entró en la tienda, buscó su túnica y se detuvo junto al escritorio. Cogió la carta inconclusa y se la guardó en una

manga, con un lápiz afilado. La tinta era más elegante y más limpia, pero a Sara no le importaría mientras la carta llegara y contuviera las últimas noticias.
—¡Vamos! —urgió Uthen con impaciencia, cuando Lark salió—. Sube y en marcha.
El científico qheuen apoyó el caparazón en el suelo. Harullen gruñó con fastidio. Sí, los niños lo hacían continuamente, pero no era apropiado que un gris adulto —y menos cuando se tenían los antepasados de Uthen— llevara a un humano en el lomo. Al menos andarían más rápido para ver el prodigio.
Ling no había exagerado al decir que eran bellos.
Lark nunca había visto nada semejante. Ni al hojear antiguos libros de imágenes, ni al leer obras de ficción espacial anteriores al Contacto. Ni siquiera en sus sueños. Entre las tribus exiliadas en Jijo, era común hablar de los galácticos como «dioses del cielo». Pero allí, en un claro del bosque, había criaturas tan exquisitas que parecían literalmente dignas de ese nombre. Lark tuvo que apartar la vista para que no le lagrimearan los ojos ni le doliera el pecho.
Ling y los demás incursores formaban una guardia de honor en torno de sus nobles instructores, mientras los robots vigilaban. En
ocasiones, uno de los altos rothens, con sus hombros curvos, movía un dedo, pidiendo a Rann o Besh que se alzaran para explicarles algo, señalando un árbol, un pabellón, un rebaño de bestias o un tímido niño g"Kek.
Había multitudes. Los próctors de Asamblea, armados con varas rojas, impedían que la gente se aproximara demasiado, pero parecía improbable que se produjera un disturbio. Ni siquiera se oía un susurro en medio de aquella

atmósfera reverente. El efecto parecía mayor en los humanos presentes, que miraban con una mezcla de desconcierto y familiaridad. Los rothens eran asombrosamente humanoides, con una frente alta y noble, grandes y compasivos ojos, nariz elocuente y cejas suaves y curvas que se fruncían con atento interés. Estos paralelismos no eran casuales, supuso Lark. Las afinidades físicas y emocionales se habrían potenciado durante el largo proceso de Elevación, decenas de miles de años atrás, cuando los expertos rothens mollificaron a una tribu de torpes pero prometedores simios en la Tierra del plioceno, alterándolos gradualmente hasta convertirlos en criaturas destinadas a llegar a las estrellas. Ello suponía que estas criaturas eran los instructores ocultos de la humanidad, como sostenía Ling. Lark trató de mantener una actitud de cauta neutralidad, pero no le resultaba fácil al tener que enfrentarse a una prueba tan contundente.

Cuando los dos augustos visitantes fueron presentados a los sabios, Lark sintió confortación en la serena expresión de Vubben, Phwhoon-dau y los demás. Ninguno de ellos usaba rewqs para la ocasión. Hasta Lester Cambel permanecía sereno cuando le presentaron a Ro-kenn y Ro-pol, cuyos nombres Rann anunció en voz bien alta. Según los parámetros humanos, Ro-kenn parecía varón. Y aunque Lark trató de no dejarse influir demasiado por las analogías, Ro-pol, más menuda y delicada, parecía mujer. La multitud murmuró cuando ambos esbozaron una sonrisa que reveló unos dientes pequeños y blancos, manifestando su placer. Incluso la sonrisa de Ro-pol se arrugaba en lo que podía llamarse «hoyuelos». La palabra «alegre» tentó a Lark como modo de describir el jovial semblante de la rothen más menuda. No era difícil sentir

simpatía por ese semblante, tan cálido, franco y comprensivo.
«Tiene sentido —pensó Lark—. Si los rothens son nuestros instructores, ¿no nos habrían inculcado patrones afectivos similares?»
Y no sólo los terrícolas quedaron impresionados. A fin de cuentas, los seis clanes compartían una gran experiencia común. No había que ser qheuen para percibir el carisma de una reina majestuosa. ¿Por qué una urs, un hoon o un g'Kek no iban a notar ese potente magnetismo humanoide? Incluso sin rewq, casi todos parecían embargados por la sensación predominante, la esperanza. Lark recordó que Ling había afirmado que la misión incursora tendría éxito sin incidentes, y que no era preciso cambiar la Comuna de Jijo salvo de manera positiva.
Ling también le había dicho que los rothens eran seres especiales, aun entre los altos clanes galácticos. Operando en deliberada oscuridad, habían preparado la Tierra para que permaneciera en barbecho, fuera de las listas de colonización, durante quinientos millones de años, un logro cuyas implicaciones eran difíciles de imaginar. Sin necesidad de flotas ni armamentos, los rothens eran influyentes, místicos, misteriosos, semejantes a dioses incluso comparados con aquellos seres cuyas vastas flotas recorrían las Cinco Galaxias. Con razón Ling y sus compañeros se consideraban por encima de las leyes de migración y Elevación, cuando escogieron la biosfera de Jijo para adoptar una especie. Con razón no parecían temer la posibilidad de que los capturasen.
Los nuevos rewqs también parecían deslumbrados. El de Lark temblaba, creando aureolas en torno de los dos rothens, hasta que él tuvo que retraerlo.

Lark procuró dominar sus pensamientos, para no renunciar a cierto grado de escepticismo.
«Es posible que todas las razas avanzadas aprendan a hacer lo que hacen los rothens: impresionar a los que están por debajo de ellos en la jerarquía. Tal vez seamos excesivamente susceptibles dada nuestra primitiva Condición, y por no tener otra experiencia con los galácticos.»
Pero el escepticismo cedió cuando los emisarios rothens conversaron cálidamente con los sabios. Un robot amplificó el discurso para que todos oyeran.
—Expresamos gratitud y respetuoso honor por vuestra hospitalidad —declaró Ro-kenn en perfecto gal-seis.
—Más aún, expresamos lamentación por las angustias que haya causado nuestra presencia en vuestra noble Comuna —añadió Ro-pol—. Sólo ahora comprendemos el alcance de vuestra inquietud. Superando nuestra reticencia natural, nuestra timidez, por así decirlo, salimos para aplacar vuestros infundados temores.
Nuevos suspiros de esperanza en la multitud, una emoción infrecuente entre los exiliados jijoanos.
Ro-kenn habló de nuevo.
—Ahora manifestamos alegría y gratitud por haber sido invitados a asistir a vuestros ritos sagrados. Uno de nosotros os acompañará en esta víspera, para presenciar el prodigio de vuestro célebre y sagrado Huevo.
—Mientras tanto —continuó Ro-pol—, el otro se retirará a reflexionar sobre el mejor modo de retribuir a la Comuna vuestras angustias y preocupaciones, y vuestra vida dura y apartada.
Ro-pol pareció reflexionar sobre este punto, escogiendo sus palabras.

—Os entregaremos algún presente. Un obsequio para ayudaros en los siglos venideros, mientras vuestras razas unidas buscan la salvación en la larga y valerosa senda conocida como Retorno a la Inocencia.
La multitud murmuró complacida ante esa sorprendente noticia.
luego los sabios se turnaron para pronunciar un discurso de bienvenida, empezando por Vubben, cuyas viejas ruedas chirriaron cuando se adelantó para recitar uno de los antiguos Rollos. Algo relacionado con la inefable naturaleza de la misericordia, que se eleva cuando menos se espera, una gracia que no puede ganarse, ni siquiera merecerse, sólo aceptarse con amor cuando llega.
Lark dejó que el rewq neófito descendiera sobre sus ojos. La pareja rothen seguía aureolada por un nimbo de colores confusos, así que Lark estudió a la multitud mientras Vubben pronunciaba su discurso.
Los rewqs no ofrecían una ventana mágica del alma. En general ayudaban a compensar el hecho de que cada raza poseía un tejido cerebral específicamente adaptado para interpretar mensajes emocionales de su propia especie. Los rewqs eran muy eficaces cuando se en-frentaban a otra criatura equipada con rewq, sobre todo si los dos simbiontes primero intercambiaban hormonas empáticas.
«¿Por eso los sabios no usan los suyos?»
En la multitud captó ondas de frágil optimismo y mística admiración, que se elevaban en olas de fervor religioso. Sin embargo, tam-bién había otros colores. Varios qheuens, hoons, urs y hombres —próc-tors y milicianos— irradiaban matices más frescos de obligación. La negación a dejarse distraer por nada salvo un terremoto.
Lark reconoció otro matiz de obligatoriedad, más complejo,

concentrado y vanidoso. Lo acompañaba un breve reflejo en una lente de vidrio. Bloor y sus camaradas, supuso Lark.
El rewq de Lark ya funcionaba mucho mejor. A pesar de su inexperiencia, quizá nunca fuera tan sensible. En ese momento casi todos los rewqs del valle tenían la misma edad, recién salidos de cavernas donde últimamente se habían mezclado en grandes pilas, compartiendo enzimas de unidad. Cada cual era muy consciente de los demás, incluso a mayor distancia de la normal.
«Debería advertir a Bloor. Su gente no debería usar rewqs. Si a mí me ayuda a localizarlos, también puede ayudar a los robots.»
Otro remolino le llamó la atención. Relampagueaba en el extremo del valle, destacándose en la emoción predominante como fuego sobre un campo de hielo. Era inconfundible: un borbotón de odio.
Lark trató de localizar la fuente, aunque su rewq se intimidaba ante ese flujo abrasador. Distinguió un sinuoso pescuezo sobre un perfil de centauro. Los colores proyectados por el rewq le oscurecían la cabeza como un nimbo de odio destilado.
Ambos se miraron y retrajeron sus rewqs.
Bajo la clara luz, Lark encaró a la dirigente urs de la causa celóte, cuya animadversión hacia los invasores era más intensa de lo que Lark había supuesto. Frente a la mirada fiera de esos tres ojos, Lark no necesitaba un rewq para entender lo que la celóte sentía por él.
La urs torció el pescuezo y sonrió con desdén.
La peregrinación comenzó al alba. Doce docenas de ciudadanos escogidos representaban la Comuna, junto con dos humanos de las estrellas, cuatro robots y un

antiguo ser cuyo andar ocioso revelaba mayor fortaleza bajo su inmaculado atavío blanco.
A juzgar por su sonrisa humana, Ro-kenn parecía deleitarse en un sinfín de cosas, sobre todo el canto rítmico —una mezcla de aportaciones vocales de todas las razas— del grupo que dejaba atrás fumarolas y grietas, enfilando lentamente hacia el oculto y ovalado nido del Huevo. El rothen acariciaba los delgados árboles welpal, cuyo vaivén resonaba con las emanaciones del valle secreto. La mayoría de los humanos no oirían nada hasta que llegaran mucho más cerca.
Lark era presa de sentimientos oscuros. Y no era el único. Muchos sentían aprensión por llevar forasteros a ese lugar sagrado, especialmente los que estaban más alejados del jovial carisma de Ro-kenn.
La procesión ascendía. Pronto el firmamento se cubrió de luces —cúmulos y nebulosas— divididas por la oscura franja del disco galáctico. El espectáculo acentuaba el irregular orden de la vida, pues los huéspedes de esa noche pronto atravesarían esos paisajes estelares, partieran en paz o como traidores. Para ellos, Jijo se convertiría en otro lugar pintoresco y salvaje, tal vez interesante, que habían visitado una vez en su larga vida de dioses.
La última vez que Lark había subido por allí —dispuesto a salvar a Jijo de su propia presencia— nadie pensaba en naves estelares.
Pero allí estaban, disponiéndose a descender.
«¿Qué resulta más inquietante? ¿El peligro que ya temes o la trampa que el universo aún no te ha mostrado?» La que ponía fin a todas las preocupaciones anteriores.
Lark esperaba no comunicar este sentimiento sombrío en

su carta a Sara, la cual había concluido rápidamente junto a las fuentes del Bibur. el mensajero del kayak añadió la nota a un grueso bulto de Bloor y partió rumbo a los rápidos que conducían a Biblos, a dos días de viaje.

«Sara, no he cambiado de opinión —había pensado Lark, acompañando la pequeña embarcación con una plegaria—. Por favor, quédate en lugar seguro, hasta que tengamos más información.»

Luego, mientras iba a reunirse con los demás herejes, se había detenido para observar el aerobote incursor, que salía del túnel como un espectro. Entrevió una silueta humana, las manos y el rostro apretados contra una ventana oval. Le resultaba conocida, pero antes de que pudiera sacar sus binoculares, la máquina aceleró hacia el este, donde la luna mayor se elevaba sobre la cordillera de los Linderos.

Ahora, mientras la procesión nocturna entraba en una serie de desfiladeros que conducían al Huevo, Lark trató de alejar las preocupaciones, preparándose para la comunión. «Quizá sea mi última oportunidad», pensó, ansiando participar en esa plenitud que otros mencionaban cuando el Huevo compartía todo su don de amor.

Metiendo el brazo derecho en la manga, aferró la piedra, a pesar de su creciente calor. Evocó un pasaje del Rollo del Exilio, una versión ánglica modificada para los terrícolas por uno de los primeros sabios humanos.

Erramos a la deriva en la corriente del tiempo,
traicionados por los antepasados que nos dejaron aquí,
ciegos a las lecciones aprendidas en otros siglos,
temiendo la luz y la ley,
temiendo, ante todo,
que no haya Dios

ni Padre
ni socorro celestial,
o que ya Lo hayamos perdido
por causa del destino.
¿Adonde acudiremos, en desterrado dolor?
Privados de nuestro tabernáculo,
la fe aplastada por la perfidia,
¿qué solaz hallaremos, perdidos en el tiempo?
Una fuente de vitalidad nunca falla.' *Con ritmos largos,*
sus medios son el fuego y la lluvia,
el hielo y el tiempo.
Sus nombres son legión,
para los pobres exilados es el hogar.
Jijo.
El pasaje terminaba con una extraña nota que combinaba la reverencia con el desafío.
Si Dios aún nos quiere, que aquí nos encuentre.
Hasta entonces, formamos parte
de este mundo adoptado.
No como estorbo, sino al servicio de Su vida cíclica.
Para cultivar humilde bondad en la maligna semilla del crimen.
Poco después de que este Rollo cobrara aceptación en el sept humano, comenzaron a circular rumores sobre la paz, incluso entre las urs y los hombres, poniendo fin a una época de héroes y leyendas. Un día de invierno, temblores de tierra sacudieron la Cuesta. Cayeron árboles, reventaron represas y sopló un violento vendaval. El pánico cundió desde las montañas hasta el mar entre rumores de que había llegado el Día del Juicio.
En cambio, aflorando en una nube de polvo luminoso, apareció el Huevo. Algo valioso. Un regalo del corazón de

Jijo.
Un regalo que esta noche debían compartir con los invasores.
¿Y si ellos lograban lo que él no había conseguido? O peor, ¿si reaccionaban con una risa despectiva, declarando que el Huevo era una cosa sencilla que sólo unos palurdos tomarían en serio, como aborígenes de la Tierra adorando una caja de música encontrada en la playa?
Lark procuró reprimir esos pensamientos mezquinos, acomodarse al grave gutureo de los hoons, al gorjeo de los qheuens, al chirrido de las ruedas de los g'Keks y a todas las contribuciones de una creciente canción de comunión. Dejó que dominara el ritmo de su respiración, mientras el calor del fragmento de piedra le hinchaba la mano, el brazo, el pecho.
«Cerca», pensó con distante alegría.
Una tracería de dibujos cobró forma en su mente. Una telaraña de espirales, en parte imágenes, en parte sonido.
«Es como si algo tratara de...»
—¿No es maravilloso? —preguntó una voz a su derecha, interrumpiendo sus cavilaciones—. Creo que siento algo. Es muy diferente de los fenómenos psi que he experimentado hasta ahora. El motivo es infrecuente.
«No le hagas caso —pensó Lark—. Tal vez se vaya.»
Pero Ling siguió hablando, invadiéndolo con sus palabras. Cuanto mas trataba de concentrarse, más se distraía. La pegajosa bola de piedra ahora sólo tenía el calor de su cuerpo. Desistió.
—Hace varios días que nuestros instrumentos detectan temblores. Los ciclos están cobrando más fuerza y complejidad.
Ling no parecía consciente de haber hecho algo malo. El

resentimiento de Lark, pues, parecía mezquino y fútil. De cualquier modo, la belleza de Ling en el claro de luna era aún más desconcertante que de costumbre. Lark suspiró, sintiendo más soledad que furia.
—¿No deberías estar cuidando a tu jefe?
—Los robots se encargan de ello... aunque de todos modos no hay nada que temer. Ro-kenn nos ha dado permiso para observar todo lo que ocurra mientras él habla con vuestros sabios, preparándolos para lo que va a suceder.
Lark se detuvo en seco. Cogió el codo de Ling.
—¿Qué estás diciendo? ¿Qué va a suceder?
Ling lo miró con su habitual socarronería.
—¿Quieres decir que no lo has adivinado? Oh, Lark. Piensa en las coincidencias. Durante más de mil años irruptores de varias razas han vivido en este mundo, a duras penas, involucionando lentamente. Luego llegaron los humanos y todo cambió. Aunque al principio erais pocos y débiles, pronto vuestra cultura fue la más influyente del planeta. Pocas generaciones después de vuestra llegada, surgió un milagro del suelo, este espíritu rector que todos adoráis.
—Te refieres al Huevo.
—Exacto. ¿Crees que fue por pura coincidencia? ¿O que vuestros instructores os han olvidado?
—Nuestros instructores. ¿Quieres decir... que los rothens siempre supieron...?
—¿Lo del viaje de la *Tabernáculo*? Claro. Ro-kenn nos lo explicó esta mañana, y ahora todo encaja. Ni siquiera nuestra llegada a Jijo es accidental, querido Lark. Nuestra misión está en parte destinada a obtener especies presapientes, para que se unan a nuestro clan. Pero ante

todo hemos venido a buscaros, porque el experimento ha terminado.
—¿Experimento ?
—Una ardua prueba para vuestro grupo de exiliados. Parece cruel, pero el camino de la Elevación es duro cuando una raza está destinada a las alturas que nuestros instructores planean para nosotros.
Lark sintió vértigo.
—¿Quieres decir que nuestros antepasados estaban destinados a llegar a Jijo? ¿Como parte de un proceso que... nos transformará? ¿El Huevo era... es... parte de un *plan* rotheen?
—Designio —corrigió Ling, con cierta exaltación—. Un designio maestro, Lark. Un examen que habéis aprobado con brillantez, según me han dicho, alcanzando más fuerza, inteligencia y nobleza en este lugar espantoso. Y ahora ha llegado el momento de injertar este brote triunfal en el tronco principal, para que toda la humanidad crezca y medre, para que sepa enfrentarse mejor a los retos de un universo peligroso.
Sonrió con incontenible alegría.
—Oh, Lark, la última vez que hablé contigo pensé que nos llevaríamos a algunos renegados humanos con nosotros, al regresar la nave. Pero ahora la noticia es grandiosa, Lark. Vienen naves. Muchas naves. Es hora de llevaros de vuelta a casa.

ASX

¡Asombro!
Esta noticia resuena en nuestras cerosas cavidades, expulsando la resonancia del Huevo con acres vapores de sorpresa.
Yo/nosotros no podemos fusionarnos para ser Asx, ni examinar estas noticias con un sentido de unidad.
Los peores rumores de los últimos meses —difundidos por rebeldes urs y resentidas reinas grises— afirmaban que los humanos abandonarían Jijo, que se irían con sus primos del cielo, dejando que los otros cinco se pudrieran en su maldición.
Pero esa oscura fantasía nos dejaba, al menos, un oscuro solaz.
Un consuelo.
El Huevo.
Ahora nos dicen...
(¡No lo creáis!)
(¿Pero cómo?)
... que en realidad el Huevo Sagrado nunca nos perteneció. Sólo era de los humanos. Su doble propósito: guiar a los terrícolas hacia la grandeza al tiempo que aplacaba y domesticaba a los otros cinco.
Domar a los otros septs para salvaguardar a los humanos durante su breve estancia en Jijo.
Para colmo, debemos soportar una agraviante «amabilidad», pues Ro-kenn dice que nos dejará el Huevo como regalo de despedida.
Como recuerdo.
Una bagatela.
Una propina por nuestros dolores.

¡Una humillación para todos!
Calma, anillos míos. Calma. Sed justos, pasad vapores por las gotas de cera. Recordad.
¿Acaso Lester Cambel no parecía estar tan consternado como los demás?
¿Acaso los sabios no resolvieron ocultar esta noticia, para que los rumores no nos perjudicaran?
Es inútil. Incluso ahora, ciudadanos fisgones divulgan versiones exageradas de lo que oyeron, destilando veneno sobre los peregrinos, despedazando el ritmo que nos unía.
En los majestuosos rothens, no detectamos la menor conciencia de que algo esté mal. ¿Eso significa ser dios? ¿Ignorar el daño que se causa?
Ondas de infección se propagan por la senda sinuosa. El canto de adoración se interrumpe para disolverse en susurros individuales.
Ahora, desde mi/nuestro pico más alto, percibimos otra perturbación que se propaga desde el frente de la procesión. Los dos disturbios chocan como olas en una tormenta, con gran estruendo y espuma.
—El camino está bloqueado —exclama una mensajera galopante—. Una barrera de cuerdas cierra el paso, con un letrero encima.
NO A LA PROFANACIÓN DE LOS INFIELES.
QUE LA ESCORIA DEL CIELO SE VAYA. NO NOS DEJAREMOS BURLAR.
Esto sólo puede ser obra de celotes.
La frustración gira en nuestro núcleo. Los fanáticos han escogido un magnífico momento para manifestarse.
Los sabios debemos ir a ver. Hasta Vubben se apresura, y mis segmentos basales se esfuerzan para seguirle el paso. Ro-kenn avanza con impávida elegancia.

Sin embargo, anillos míos, ¿no detectamos un cambio en el aura de Ro-kenn?
A través de nuestro rewq, intuimos discrepancia entre partes de su rostro, como si la calma aparente ocultara la llaga de la ira.
¿Puede un rewq leer tantas cosas en una forma alienígena que acabamos de conocer? ¿Es porque yo tengo un rewq más experimentado, que ha sobrevivido desde los primeros días? ¿O lo percibimos porque los traekis estamos afinados para percibir el colapso de la identidad ?
Al frente, el reto de esa consigna.
Encima, sobre peñascos, jóvenes que gritan y blanden primitivas pero valientes armas.
Debajo, Phwhoon-dau los invoca con voz tonante y les pregunta cuáles son sus exigencias.
¿Su respuesta? Reverberando en desfiladeros y fumarolas, la orden de que los alienígenas se vayan para no regresar. De lo contrario, sufrirán venganza a manos de la mayor fuerza de Jijo.
¿Los celotes amenazan a los rothens con el Huevo?
¿Pero no afirmó Ro-kenn que el gran ovoide le pertenece?
En el rostro del rothen aparece lo que interpreto como irónica diversión. Responde a la provocación de los celotes.
—¿Queréis ver quién tiene poder para respaldar sus afirmaciones? —pregunta el dios de las estrellas—. Esta noche el Huevo, y todo Jijo, cantará nuestra verdad.
Lester y Vubben piden moderación, pero Ro-kenn no les hace caso. Sonriendo, envía robots a ambos lados de la garganta, para derribar el obstáculo. Arriba, la dirigente rebelde estira el largo pescuezo, para lanzar una maldición en el dialecto de las planicies y pedir la renovación del

poder sagrado de Jijo. Para limpiar con fuego esa escoria impúdica.
La joven celóte sabe actuar, pateando con los cascos, vaticinando espantosos castigos. Nuestros anillos más cándidos, por un momento, llegan a creer.
Creer.
Creer.
¿Qué sucede? ¿Qué... sucede? ¿Qué son estas
impresiones,
más rápidas
que la fusión
de la cera?
Penetran en
la conciencia,
anillo
tras anillo,
de un modo que
iguala
todos los
acontecimientos,
en oportunidad e
importancia. ¿Qué sucede?
—rayos gemelos perfilan sombras de peregrinos que huyen de llamas blancas...
—quejas de metal crujiente y despedazado, ascuas rodantes...
—derrumbe, dos pilas en llamas, más escoria para juntar y enviar al mar...
Con otros pantallazos, vemos horrorizada sorpresa en el rostro de Rann, el humano del cielo.
—alrededor de Ro-kenn, un aura cismática, como un traeki escindido entre un anillo feliz y un anillo furibundo...

Un nuevo alud de impresiones:
—*con nuestras otras franjas visuales, somos los primeros en ver una feroz llamarada...*
—*un resplandor ardiente trepa por el cielo desde el Valle...*
—*el suelo tiembla...*
—*el sonido, más lento, rueda por el aire como un trueno...*
Al fin, el ritmo de los acontecimientos se apacigua y nuestros vapores pueden seguirlos. Los hechos desfilan en orden. No descoordinados, sino paralelos.
¡Recordad, anillos míos!
¿Vimos dos robots destruidos, cuando derribaban la barrera de los celotes?
¿Luego nos deslumbró una vasta explosión? ¿En el valle de Asamblea?
La peregrinación de unidad se disuelve en turba. Pequeños grupos corren cuesta abajo hacia un paraje polvoriento, alumbrado por la luna.
Los humanos se juntan, buscando protección, aferrándose a los amigos hoons y qheuens que aún les quedan, mientras otros qheuens y muchos urs los miran con amenazador desdén.
Ro-kenn ya no camina, sino que flota sobre una lámina acolchada entre sus dos robots restantes, hablando aguadamente por un dispositivo artificial. Sus servidores humanos parecen consternados.
La mujer, Ling, aferra el brazo de Lark, nuestro joven biólogo humano. Uthen se ofrece a llevarlos, y ambos montan en el lomo del gris. Los tres desaparecen camino abajo, siguiendo a Ro-kenn.
Valerosamente, Intuición Acerada propone llevar esta pila de anillos, este Asx. ¿Podemos rehusar? Phwhoon-dau ya carga con Vub-ben en sus fuertes brazos escamosos. El

sabio hoon abraza al g'Kek para que ambos se apresuren a ver qué ha sucedido.
Por voto mayoritario, nuestros anillos eligen aceptar el ofrecimiento. Pero al cabo de varios duras de precipitación qheuen, se exige un recuento. Nos aferramos a su duro caparazón, lamentando no haber caminado.
El tiempo transcurre en una gelatina de angustia, instándonos a la especulación ociosa. La oscuridad engulle la sabiduría. Las titilantes estrellas parecen burlarse.
Al fin, en un peñasco, nos reunimos con los demás.
¿Lo detectáis ahora, anillos míos?
Unidos, atónitos, vemos un cráter humeante, lleno de metal retorcido. El santuario donde Ro-kenn y los humanos del cielo han morado entre nosotros durante semanas. Su estación sepultada ahora es una ruina.
Actuando con fogosa determinación, Ur-Jah y Lester piden voluntarios que entren en esa fosa humeante para intentar el rescate. ¿Pero cómo podría alguien sobrevivir en la estación destruida?
Todos compartimos el mismo pensamiento. Todos los miembros de los Seis. Todos mis anillos.
¿Quién puede dudar del poder del Huevo? ¿O del furor de un planeta burlado ?

EL FORASTERO

Se abren puertas con cada canción que redescubre, como si las melodías fueran llaves para abrir inmensidades de tiempo. Cuanto más viejo el recuerdo, más parece asociado con una frase musical o el fragmento de una letra. Las canciones de cuna, sobre todo, lo llevan por caminos de infancia recuperada.

Imagina a su madre, cantándole en un cuarto cálido, mintiendo tiernamente con baladas que hablan de un mundo lleno de justicia y amor, bondadosas mentiras que contribuyeron a modelar su temperamento, aunque luego averiguó la verdad acerca de un universo cruel y mortífero.

Una cadena de antojadizas cantinelas evoca a los gemelos barbados, *dos hermanos que durante mucho tiempo compartieron el papel paterno en su red familiar, un par de bromistas incorregibles que siempre hacían reír a seis de los jóvenes hermanos con sus bromas y ocurrencias. Recitando los sencillos versos, descubre que comprende su tosca gracia. Sabe que el humor es pueril, pero se ríe de las canciones hasta que las lágrimas le humedecen las mejillas.*

Ariana Foo pone más discos, y él revive con entusiasmo las operetas y comedias musicales que tanto le gustaban en su adolescencia. Una forma de arte humano que le ayudaba a aliviar la tensión mientras se esforzaba, como millones de jóvenes, para asimilar la elevada ciencia de una civilización más antigua que la mayoría de las estrellas más brillantes.

Siente un dolor penetrante al recobrar lo que ha sido. La mayoría de las palabras y los datos le resultan ajenos,

inalcanzables —hasta el nombre de su madre, o el suyo—, pero al menos empieza a sentirse como un ser vivo, una persona con un pasado. Un hombre cuyos actos alguna vez tuvieron sentido para los demás. Alguien a quien habían amado.

Y la música no es la única clave. El papel le ofrece otras pistas. Cuando tiene ganas, coge un lápiz y dibuja como en trance, gastando una página tras otra, obligado a dibujar aun sabiendo que cada hoja es un bien precioso para estas gentes empobrecidas.

Cuando Prity garrapatea una sencilla ecuación lineal, él descubre con deleite que la comprende. Las matemáticas nunca fueron su idioma favorito, pero ahora descubre un nuevo amor por esta disciplina. Al parecer los números no lo han abandonado como el lenguaje.

Percibe otra comunión mientras lo trata Pzora, la húmeda pila de aros que antes lo asustaba tanto. Es una relación extraña, tan ajena a las palabras como el día a la noche. Despojado del lenguaje, parece mejor preparado para captar los matices de olor y tacto de Pzora. Un cosquilleo le recorre el cuerpo, activado por los vapores cambiantes del sanador. Sus manos parecen ondular independientemente, respondiendo a las preguntas olfativas de Pzora en un nivel que él sólo percibe vagamente.

No se requieren palabras para percibir la ironía. Seres como él han sido sus enemigos mortales. Lo sabía sin recordar cómo. Eran enemigos de toda su especie. Le resulta extraño haber contraído una deuda tan grande con una pila de anillos olorosos.

Estos trucos y sorpresas ofrecen rayos de esperanza en medio de su desolación, pero la música es el mejor camino

para regresar a lo que era. Cuando Ariana Foo le ofrece una selección de instrumentos en una caja de vidrio, escoge uno que parece sencillo para experimentar, para buscar más melodías, más llaves que le permitan abrir puertas.

Sus primeros intentos de tocar el instrumento envían ruidos chirriantes por los pasillos de ese templo de libros oculto bajo una caverna de piedra. Se esfuerza y logra liberar más recuerdos de su infancia, pero pronto descubre que los recuerdos recientes son más esquivos. Tal vez en su vida reciente tuvo menos tiempo para aprender nuevas canciones, así que hay menos asociaciones.

Busca los hechos que condujeron al accidente del pantano. Sabe que los recuerdos están ahí. Todavía revolotean en sus sueños, como antes en su delirio. Vastos paisajes desiertos. Misiones vitales que no logró cumplir. Cantaradas que se avergüenza de haber abandonado.

Inclinado sobre el instrumento de cuarenta y seis cuerdas, toca un par de notas al mismo tiempo, buscando una pista, una melodía o frase que rompa ese nudo mental. Cuanto más lo elude, más seguro está de que existe.

Comienza a sospechar que no busca una canción humana, sino algo muy diferente. Algo familiar y a la vez extrañísimo.

Esa noche sueña con agua. Parece natural, pues Sara le anunció que partirían en el vapor al día siguiente, que dejarían esa gran sala de libros de papel para dirigirse a la montaña donde aterrizó la nave estelar.

Otro viaje en barco podría explicar esas imágenes vagas y acuosas.

Luego comprende que hay algo más.

XXI

EL LIBRO DEL MAR

Al recorrer la senda descendente
de la Redención,
ten en cuenta lo que buscas.
Separarte de tu destino racial, de tu clan anterior, de tus asociaciones. De los instructores que dieron a tu especie el lenguaje, la razón
y el vuelo estelar. Estás diciendo que fracasaron la primera vez,
que alguien más debería tener una nueva oportunidad de adoptar a tu especie e intentarlo de nuevo. Hay nobleza en esta apuesta.
Nobleza y coraje. Pero no esperes gratitud de aquellos a quienes has irritado.
Rollo del Exilio

LA NARRACIÓN DE ALVIN

Llegó el día. Después de tantos fantaseos y preparativos, ahí estábamos los cuatro, junto a la escotilla abierta del *Sueño de Wuphon.*

—Debimos construir una balsa —murmuró Huck con nerviosismo, mientras la estática de los cubos de sus ruedas me erizaba el pelo de las piernas—. Pudimos explorar muchos ríos todo el verano. O irnos de pesca, también.

Yo estaba hiperventilando mis sacos laríngeos, como si rellenar sus tejidos con oxígeno puro nos sirviera de mucho allá adonde íbamos. Por suerte, Tyug nos había suministrado una sustancia sedante, lo cual tal vez explicaba el pausado comportamiento de Ur-ronn.

—Yo no fodría haber viajado en balsa —declaró Ur-ronn—. Me habría mojado.

La miramos y nos echamos a reír. Pinzón silbó, Huck rió, yo gu-tureé hasta que me dolió. ¡Menudo personaje!

—Tienes razón —añadió Pinzón—. El globo de aire caliente habría sido mejor idea. Convenzamos a Uriel de que es necesario hacer una re-remodelación.

—Silencio. Allá viene la herrera —nos reprendió Huck. Injustamente, ya que había sido ella quien había empezado. Uriel se acercaba seguida de Tyug. El parcial Ziz, recobrado de su terrible experiencia, estaba de vuelta en su jaula, bajo la ventana del *Sueño.*

—¿Tenéis los mafas? —Uriel inspeccionó el saco de Pinzón para cerciorarse. Las hojas de plástico laminado, confeccionadas por medio de un proceso inventado por los humanos, eran resistentes y duraderas, y en consecuencia un poco ilegales. Pero a fin de cuentas nos dirigíamos al

Sumidero, así que no podía estar tan mal. Habíamos estudiado el itinerario trazado por Uriel, para seguirlo en cuanto las ruedas del *Sueño* tocaran el fondo fangoso.
—¿Brújula?
Pinzón y Ur-ronn estaban equipados. Los ejes magnéticos de Huck no interferirían demasiado, si no se alborotaba en exceso.
—Hemos revisado los flanes de emergencia y ensayado todo lo fosible, dada la urgencia. —Uriel sacudió la cabeza como un humano expresando pena—. Nos queda una sola cosa, un objeto que debéis buscar mientras estéis abajo. Algo que necesito que encontréis.
Huck me hizo una seña con un tallo ocular.
«¿Ves? Te lo dije», me transmitió en gal-dos visual. Hacía días que Huck afirmaba que debía de haber algo que Uriel necesitaba con desesperación. Un segundo motivo para toda su ayuda. Algo que sólo nosotros, con nuestro batiscafo de aficionados, podíamos encontrar. No hice el menor caso de su alarde. El problema de Huck es que acierta tantas veces que acaba creyendo que es una ley natural.
—Esto es lo que buscáis —dijo Uriel, alzando una libreta que sólo nosotros cuatro podíamos ver. Mostraba una forma de seis puntas, como la ficha de un juego. Zarcillos o cables largos se estiraban desde dos brazos en direcciones opuestas. Me pregunté si sería una criatura viva.
—Es un afarato que necesitamos con urgencia —continuó ahora Uriel—. Aún más imfortante que el afarato, sin embargo, es el cable que sale de él. Lo que buscáis es ese cable. Debéis cogerlo y sujetarlo al cabo, fara que fodamos recobrarlo.

«Vaya», pensé. Nosotros cuatro éramos modernistas súper que con mucho gusto descenderían al Sumidero en busca de un tesoro, a despecho de los Rollos, pero que una sabia nos ordenara hacer eso mismo era el colmo. Con razón prefería que los ciudadanos no se enterasen de esta herejía.

—¡De acuerdo! —exclamó Pinzón, vacilando brevemente sobre dos patas para saludar con tres. En cuanto a los demás, ya estábamos en la rampa. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Usar este argumento como excusa para echarnos atrás ? De acuerdo, llegué a considerar la idea. ¿Y qué? Atadme al Huevo y cantad hasta que confiese.

Fui el último en subir, sin contar a Huphu, que correteó entre mis piernas cuando yo ya estaba a punto de cerrar la escotilla. Hice girar la rueda, apretando los sellos de vejiga de skink como el líquido de inmunidad que hay entre los anillos de un traeki. Todos los sonidos cesaron, excepto los silbidos, gorgoteos, murmullos y suspiros de cuatro niños asustados que acaban de comprender en qué brete los habían metido sus descabellados sueños humitadores.

Tardamos medio midura en cerciorarnos de que el sistema de aire y los deshumidizadores funcionaban. Pinzón y Ur-ronn comprobaron los instrumentos mientras Huck probaba los timones y yo me acluclillaba atrás sin nada que hacer salvo acariciar la manivela que usaría cuando el *Sueño* necesitara los servicios de un «motor». Para matar el tiempo, le gutureaba a Huphu, cuyas zarpas me rascaban la nerviosa picazón que sentía en la superficie externa de mi espina cardíaca.

«Si morimos, que al menos Uriel recupere nuestros cuerpos», pensé. Quizás estuviera rezando, como hacen los humanos cuando están en apuros, según los libros que

he leído. Que mi familia tuviera un hueso vital para vuphynear, para ayudarla en su pesadumbre y en su decepción por mi modo de derrochar la inversión de su amor.

XXII

EL LIBRO DE LA CUESTA

LEYENDAS

Cualquiera que viaje en barco fluvial y escuche el cautivador gu-tureo de un timonel hoon sabrá algo sobre el proceso que una vez los llevó a viajar por las estrellas.
Por lo pronto, en ese sonido se origina el nombre de su raza. Según la leyenda, los instructores guthatsas que adoptaron y Elevaron a los hoons presapientes estaban fascinados por esa musicalidad. Mientras insertaban el lenguaje, el raciocinio y otros complementos, los guthatsas también procuraron realzar el sonido vibrante del saco laríngeo hoon, para que enriqueciera a sus pupilos en la edad adulta, cuando adoptaran responsabilidades maduras en la sociedad galáctica.
Los guthatsas predijeron que ayudaría a los hoons a ser mejores instructores cuando les llegara el turno de legar el don de la sapiencia, continuando el ciclo de mil millones de años de intelecto en las Cinco Galaxias.
Hoy conocemos a nuestros vecinos hoons como gentes pacientes y decentes, que no se enfurecen con facilidad y se muestran tozudas frente a las adversidades. Cuesta conciliar esta imagen con la reacción de los colonos urs y humanos, cuando se enteraron de que la gente alta habitaba Jijo, una reacción adversa y temerosa.
Fueran cuales fueren las razones de ese odio inicial, pronto se
aplacó y al cabo de una generación acabó disipándose, En

Jijo no compartimos las pendencias que dividían a nuestros antepasados de las estrellas. Hoy no es fácil encontrar entre los Seis a alguien que no simpatice con los hoons.

Aun así, queda un misterio. ¿Por qué están en Jijo? A diferencia de otras razas de los Seis, no cuentan historias de persecuciones, ni siquiera de la búsqueda de espacio para reproducirse. Cuando les preguntan por qué sus naves furtivas desafiaron grandes peligros para buscar este refugio, no saben dar una respuesta.

La única clave está en el Rollo de la Redención, donde leemos acerca de una investigación realizada por el último sabio gláver, quien preguntó a un colono hoon de primera generación por qué había venido su gente, y obtuvo esta gutural respuesta:

A este refugio (oculto) vinimos (esperanzados) en (ferviente) búsqueda, para recobrar las (lamentadas) espinas de la juventud (perdida). Aquí nos enviaron, por consejo de (sabios, secretos) oráculos. Y la (peligrosa) travesía no fue en vano. Pues mirad aquello que, con (grata) sorpresa, ya hemos ganado.

Se cuenta que en ese punto el colono hoon señaló una tosca balsa de troncos de bu, calafateada con savia, precursora de todas las embarcaciones que le seguirían, surcando los ríos y mares de Jijo.

Desde nuestra perspectiva, mil años después, resulta difícil interpretar el sentido de todo esto. ¿Podemos concebir a nuestros peludos amigos sin embarcaciones? Si tratamos de imaginarlos surcando el espacio en naves estelares, ¿no los vemos impulsados por el viento y la marea, uniendo los planetas con quilla, timón y velamen?

Según esa lógica, ¿no se sigue que los urs antaño

«galopaban» por las praderas galácticas, agitando las colas en los vientos estelares? ¿O que cualquier nave estelar diseñada por humanos debería parecerse a un árbol?
Ur-Kintoon y Hermán Chang-Jones,
Una revaloración del folclore jijoano,
Imprenta de Villa Tarek, año 1901 del Exilio.

DWER

Un midura después de medianoche el resplandor cruzó el cielo para descender en el sureste.
Dwer sabía que no era un meteoro, porque volaba por debajo de las nubes. Después oyó un ronroneo grave por encima del susurro de las ramas de los árboles.
Si la cena le hubiera caído bien ni siquiera se habría dado cuenta, pero tenía retortijones de estómago desde que comenzaron a complementar sus magras provisiones con comida forrajeada. Así que Dwer estaba en la improvisada letrina, en una hendedura entre dos cerros, esperando que sus tripas se decidieran a aceptar o rechazar su contenido. Los otros estaban igual. Danel y Jenin no se quejaban, pero Lena culpaba a Dwer mientras gruñían sus intestinos.
—Vaya cazador. Has atravesado el paso docenas de veces y no sabes diferenciar lo venenoso de lo comestible.
—Por favor, Lena —intervino Jenin—. Sabes que Dwer nunca había cruzado el Llano Venenoso. Sólo puede buscar cosas parecidas a las que ya conoce.
Danel intentó intervenir.
—Normalmente, nos comeríamos los asnos a medida que se reduce su carga. Pero después de cruzar tantos arroyos están débiles, y los necesitamos para llevar nuestro

equipo.
Se refería al peso de los libros, las herramientas y los paquetes especiales, destinados a lograr que la vida humana más allá de los Linderos no fuera del todo salvaje. Siempre que decidieran quedarse allí para siempre. Dwer aún tenía esperanzas de que no fuera así.
—Una cosa sabemos —continuó Danel—. Los humanos pueden sobrevivir en los Cerros Grises, y sin todos los procesos de filtración a que estamos acostumbrados. En este momento nos estamos adaptando a algunos microorganismos locales. Si la banda irruptora llegó a acostumbrarse, también nosotros.
«Sí —pensó Dwer—. Pero supervivencia no significa comodidades. A juzgar por Rety, estos irruptores son bastante salvajes. Tal vez estemos empezando a comprender cómo llegaron a ser así.»
Las cosas tal vez mejorarían cuando Danel lograra cultivar las levaduras que permitían a los humanos digerir muchos de los alimentos jijoanos, pero no habría sustitutos para las enzimas refinadas por los traekis, que convertían el amargo fruto del ping y el yogur de bly en suculentos manjares. Ante todo, Dwer y los demás recién llegados deberían contar con que los irruptores les explicaran qué alimentos locales debían evitar.
Suponiendo que colaborasen. Los parientes de Rety tal vez no vieran con buenos ojos el nuevo orden. «Yo en su lugar no lo haría.» Aunque Danel era un hábil negociador, el papel de Dwer consistiría en respaldar las palabras del sabio, dándoles entidad de ley.
Por el testimonio de Rety, su tribu no debía contar con más de cuarenta adultos. La estructura social parecía indicar una típica tribu de cazadores liderada por los varones, un

patrón de retroceso humano que el viejo Fallón le había enseñado a reconocer, con una jerarquía masculina cambiante, impuesta mediante la prepotencia, la intimidación personal y la violencia.
El método preferido para reunir a esos grupos, elaborado por los predecesores de Dwer, consistía en establecer contacto y deslumbrar a los irruptores con regalos antes de que la sorpresa se convirtiera en hostilidad, con lo cual conseguían tiempo para estudiar la red de alianzas y enemistades internas. Después de eso, el procedimiento consistía en escoger algunos varones prometedores de jerarquía intermedia y ayudarlos a derrocar a los prepotentes de turno, quienes por su parte procuraban mantener la situación anterior.
Era una técnica probada, utilizada con éxito por otros que se habían enfrentado a la tarea de recobrar clanes humanos descarriados. En principio no era necesario matar a nadie.
En principio.
En la realidad, Dwer odiaba esa parte del trabajo, sabía que podía suceder. «Ahora pagas toda la libertad que has tenido.»
Si la persuasión no funcionaba, el siguiente paso consistía en convocar soldados y perseguir a los descarriados. Todos los septs de la Comuna habían convenido en pagar este alto precio, preferible a la guerra y la condenación.
Pero esta vez las cosas eran diferentes.
«Esta vez no tenemos ninguna ley de nuestra parte, salvo la de la supervivencia.»
en vez de llevar colonos ilegales a la Cuesta, Ozawa planeaba tomar el mando de la banda de Rety; guiarla hacia otro modo de vida, siempre clandestina.

«Sólo si al final ocurre lo peor, si acabamos siendo los últimos humanos vivos de Jijo...»
Dwer trató de no pensar en esa idea espantosa mientras sus en-trañas luchaban con los restos de su comida. «Si esto sigue así, estaré demasiado débil para ganar una pelea con Jass y Bom. Tal vez necesite a Lena y sus herramientas, a pesar de todo.»
La robusta mujer rubia llevaba un asno que cargaba sus instrumentos favoritos, una tecnología humana legada por los primeros antepasados que descendieron en Jijo, tan brutal que nunca se había usado, ni siquiera durante las guerras con las urs. «Mis igualadores», llamaba Lena a sus cajas de madera selladas con cera, sugiriendo que el contenido le permitiría imponer los veredictos de Danel, tanto como los músculos y la destreza de Dwer.
«No llegaremos a eso. No lo permitiré», se prometió ordenando a su cuerpo que se recobrara.
Se tocó varios dedos donde los efectos de la helada podían haber sido peores. «Siempre he tenido más suerte de la que merecía.»
Según Sara, lo mismo podía decirse de toda la raza humana.
Fue entonces cuando el resplandor cruzó el cielo, mientras Dwer estaba en la improvisada letrina. No lo habría visto si hubiera estado mirando hacia otro lado, o dedicado a una actividad que necesitara más atención. Siguió esa chispa mientras el estruendo de su descenso resonaba en los desfiladeros cercanos, ecos en la noche.
Al día siguiente tuvieron que vadear más arroyos.
Era una comarca escabrosa, lo cual seguramente había influido para que los antepasados de los irruptores fueran allí. Custodiados por el Llano Venenoso, abruptas

gargantas y aguas torrentosas, los Cerros Grises eran tan imponentes que los topógrafos los revisaban sólo una vez en cada generación. Era lógico que Fallón y los demás no repararan en una pequeña tribu de aquel torturado desierto, una zona de geiseres sulfurosos y árboles nudosos. Las ceñudas nubes apenas permitían el paso del sol. Verdes barbas de musgo caían de grietas rocosas, derramando agua aceitosa en lagunas turbias. La fauna se mantenía a distancia, dejando sólo vagos rastros.

Perdieron varios asnos al cruzar el siguiente arroyo. Usaron una soga tendida de orilla a orilla, y Lena y Dwer se plantaron en el agua helada para ayudarlos, pero aun así tres cansados animales resbalaron en las piedras. Uno se enredó en la soga, rebuznando y pataleando, y pereció antes que pudieran liberarlo. Los otros dos fueron arrastrados. Tardaron horas en recobrar los bultos. Los dedos de Dwer ardían con una especie de helado aturdimiento.

Al fin, secándose junto a una fogata en la otra orilla, evaluaron los daños.

—Faltan cuatro libros, un martillo y trece paquetes de pólvora —dijo Danel—. Y algunos otros se quedaron dañados cuando se rompieron los envoltorios.

—Sin mencionar el grano para las bestias —añadió Jenin—. A partir de ahora no tendrán más remedio que forrajear.

—Bien, ya falta poco, ¿verdad? —intervino Lena Strong, descuartizando con satisfacción el asno que se había estrangulado—. Lo bueno es que al menos por un tiempo comeremos mejor.

Danel asintió.

—Tienes razón. Pondremos a descansar a los demás

animales y ocultaremos el Legado mientras encontramos a nuestros parientes perdidos y llegamos a un entendimiento.
Dwer se calló sus dudas mientras escogían una gruta bajo un promontorio para ocultar la colección de herramientas, libros y otros tesoros, pero temía que nadie regresara a recobrarlos. Estaba inquieto desde que había visto esa chispa en el cielo.
«Danel me acusó de ver presagios. Pero aunque así fuera, ¿no deberíamos tomarlo como una advertencia?»
Esa noche descansaron, sintiéndose mejor —aunque un poco culpables— con el cambio de dieta. Por la mañana avanzaron un tiro de flecha hacia el este y se encontraron con una enorme garganta de paredes abruptas y un torrente furibundo.
Dwer caminó corriente arriba mientras Lena enfilaba hacia el sur y Jenin y Danel aguardaban con los extenuados asnos. Dos días de ida y dos de vuelta, era el convenio. Si los exploradores no encontraban un vado, tendrían que construir una balsa y aventurarse en los rápidos. A Dwer no le gustaba esa perspectiva.
«¿No le dije a Danel que esperásemos a Rety? Yo seré un guía, pero ella atravesó sola este desierto.»
La indomable tenacidad de esa muchacha le impresionaba más que nunca.
«Si hay una segunda partida, y Rety viene con ella, se estará riendo de mí por haber caído en esta trampa. Si conoce un atajo secreto, quizá llegue a la tribu antes que nosotros. ¡Eso sí que echaría a perder los planes de Danel!»
Incluso caminar junto al río era difícil y peligroso, trepando por

acantilados abruptos y bajando por barrancos resbaladizos. Para sorpresa de Dwer, Pies de Barro lo acompañó, abandonando la fogata de Danel y los cuidados de Jenin. El trayecto era demasiado accidentado para que el noor se dedicara a sus piruetas, a emboscar a Dwer o ponerle zancadillas. Al cabo de un tiempo, incluso empezaron a ayudarse mutuamente . Dwer condujo al noor por riachuelos traicioneros y espumosos. En otras ocasiones, Pies de Barro se adelantaba para informar con chillidos y gestos cuál de dos senderos parecía más practicable.

Aun así, era un terreno difícil. Cuando parecía que el río se ensanchaba, se cerraba imprevistamente y las riberas se hacían más empinadas. Al mediodía de la segunda jornada, Dwer estudió amargamente el escabroso terreno. «Fallón me hizo advertencias sobre los Cerros Grises, pero siempre pensé que podría guiarme por sus notas y mapas. Escoger un sendero basado en los viajes de cazadores anteriores.»

Pero ninguno de ellos había hallado rastros del grupo de Rety, así que tal vez hubieran confiado demasiado en los consejos de sus colegas, cogiendo reiteradamente la misma ruta. Y los irruptores la evitaban. Tal vez ese lugar inaccesible significaba que se estaban acercando a su objetivo.

«Eso es, muchacho. Créelo, si eso te tranquiliza.»

¿No sería magnífico hacer todo ese esfuerzo sólo para enterarse de que Lena ya había encontrado un buen vado corriente abajo? Ese pensamiento torturaba a Dwer mientras compartía su comida con Pies de Barro. Continuar parecía inútil, y al cabo de pocas horas tendría que suspender el viaje. Le dolían los dedos, y los tendones

de la espalda y las piernas. Pero lo más agotador era el estruendo del agua que le martilleaba las sienes.
—¿Crees que deberíamos regresar? —le preguntó al noor. Pies de Barro ladeó la cabeza con esa expresión engañosamente inteligente, recordándole las leyendas que decían que los animales podían conceder deseos, si uno quería algo con tanta intensidad que no le importaba el precio. Muchos trabajadores usaban la expresión «consultemos a un noor» para dar a entender que un problema era insoluble y era hora de compensar la frustración con un par de tragos fuertes.
—Bien —suspiró Dwer, cogiendo la mochila y el arco—. Creo que convendrá seguir un trecho. Me sentiría tonto si me enterase de que hemos perdido un buen vado después del siguiente promontorio.
Treinta duras después, Dwer trepó por un barranco maldiciendo las zarzas y la humedad resbaladiza que le empapaba la piel, echando de menos una comida caliente y una manta seca. Al fin llegó a un lugar donde pudo ponerse en pie, lamiéndose la mano lastimada.
Al frente distinguió una niebla.
Una rugiente cascada se extendía de izquierda a derecha. Un ancho telón de rocío y espuma.
Pero no fue eso lo que sorprendió a Dwer.
Poco antes de la cascada, de orilla a orilla, había un tramo de bajíos rocosos.
—Supongo que esto significa que debemos continuar —suspiró.
Poco después, él y Pies de Barro llegaron a la otra orilla, después de cruzar el río para comprobar si el vado era seguro. Desde allí un sendero zigzagueaba por el bosque, alejándose del desfiladero, hacia el este.

«Al regresar, buscaré una senda más fácil para que Danel y los demás lleguen aquí. —El éxito calmó sus dolores—. Es posible que Lena encuentre otro cruce. Aun así, he descubierto este lugar, y quizá sea el primero. Si este estúpido asunto de los invasores termina y al final regresamos a casa, revisaré los mapas de Fallón para ver si alguien ha bautizado este lugar.»

La cascada le recordó la represa de Villa Dolo. Era un pensamiento dulce, pero también un amargo recordatorio de por qué estaba allí, tan lejos de Sara y de sus demás seres queridos.

«Estoy aquí para sobrevivir. Mi trabajo es refugiarme y tener hijos con mujeres a las que ni siquiera conozco, mientras la gente de la Cuesta está muerta.»

El placer del descubrimiento se disipó, pero superó su bochorno con la firme determinación de hacer el trabajo que le habían encomendado.

Iba a emprender el regreso cuando lo detuvo un cosquilleo en la espalda.

Algo le alertó.

Cogió el arco y tensó la cuerda. Calzando una flecha, olfateó. Era difícil discernir olores en el aire húmedo, pero a juzgar por el lomo arqueado de Pies de Barro, el noor también había percibido algo.

«Hay alguien aquí —pensó, avanzando hasta la primera fila de árboles—. O ha estado aquí hace poco.»

Lejos de la costa había una mezcla de olores fuertes, lo cual era natural cerca del único cruce en varias leguas. Los animales beberían y dejarían marcas territoriales. Pero Dwer detectaba algo más, una vaga amenaza.

Dejando el agua a sus espaldas, se internó en el bosque.

«Madera quemada. Alguien ha encendido una fogata hace

muy poco.»
Escrutó. Husmeó el aire.
«Allá.»
Entre las sombras, a medio tiro de piedra, distinguió unos restos en un claro. Una fosa de cenizas negras.
¿La tribu de Rety? La idea le preocupó. ¿Jass y Bom lo estarían mirando, haciendo puntería contra un intruso del temido oeste?
Había pistas en el susurro del viento entre las ramas, los movimientos furtivos de insectos y pájaros. Pero él desconocía el terreno y la fauna, y el estruendo de la cascada podía sofocar incluso el ruido de una compañía de milicianos haciendo maniobras.
Pies de Barro gruñó y olisqueó el suelo mientras Dwer escrutaba la penumbra.
—¿Qué es? —preguntó, arrodillándose junto a Pies de Barro, que raspaba una capa de hojas recién caídas.
Sintió un olor conocido.
—¿Excrementos de asno?
Arriesgó una rápida mirada, y no necesitó una segunda.
¿Asnos? Sin embargo Rety le dijo que los irruptores no tenían.
Adaptando los ojos a la penumbra, distinguió huellas de bestias de carga en todo el claro. Cascos y excrementos de una docena de animales. Una estaca donde habían sujetado una soga. Sitios más llanos donde habían descansado los portadores de bártulos.
Bajó el arco. Conque había una segunda expedición que había pasado a la primera por una ruta mejor, sin duda guiada por Rety.
«Bien, al menos los irruptores no nos superarán tanto en número, aunque el contacto no se produzca tal como Danel

planeaba.»
Sintió un alivio más personal, aunque poco considerado. «Para elegir pareja, no tendré que escoger entre Jenin, Lena o una huraña prima de Rety.»
Algo aún le molestaba, impidiéndole bajar el arco. Contó las huellas de los asnos y comprendió que eran demasiados. Mejor dicho, había dos clases de huellas. Cerca de la fogata eran más pequeñas.
«No. Imposible.»
En cualquier otra parte, habría detectado el olor mucho antes. Ahora percibió un aroma conocido. Se agachó para coger un mechón de pelo chamuscado cuya dueña había rodado por las cenizas después de un desagradable cruce por el río.
Mechones de crin urs.
Habían pasado generaciones desde la última guerra. No obstante, Dwer experimentó un miedo instintivo, una oleada de angustia.
Una caravana urs en esa comarca no se propondría nada bueno.
En el desierto, lejos de los sabios y de la Comuna, con los Seis tal vez extinguidos, todas las reglas quedaban suspendidas. Como en los días previos a la Gran Paz, Dwer sabía que esos seres eran enemigos peligrosos.
Sigiloso como un fantasma, se alejó, cruzó el rio en zigzag, cubriéndose detrás de una roca mientras Pies de Barro chapoteaba a sus espaldas obviamente tan ansioso como él por largarse de allí.
Dwer vigiló un'midura entero, hasta que al fin se tranquilizó. Cuando se sintió seguro, se calzó el arco y echó a andar corriente abajo, dándose la mayor prisa posible para comunicar la noticia cuanto antes.

¿Veis el humo, anillos míos, surgiendo de una nueva cavidad en el suelo desgarrado de Jijo? Dos lunas alumbran esa extensión hollinosa, el cráter donde arden metales retorcidos.
Ideas turbadoras surgen de nuestro segundo toroide cognoscitivo.
¿Qué dices, anillo mío? ¿Que es una gran cantidad de escoria? ¿Escoria que no se degradará por sí misma para volver a la naturaleza?
En efecto, así es. ¿Los alienígenas mismos limpiarán este desorden? Se necesitarían cien caravanas de asnos para llevar tanta escoria al mar.
Otro anillo sugiere que se desvíe un arroyo, para formar un lago. Una araña reductora trasplantada podría disolver esa ruina pecaminosa en siglos.
Por decisión unánime, almacenamos estos pensamientos para analizarlos más tarde. Por ahora, observemos el flujo de los acontecimientos en tiempo real.
Una inquieta muchedumbre de curiosos puebla las cuestas que rodean el valle devastado, vigilada por próctores aturdidos y agotados. En las boscosas colinas vemos borrosas filas de siluetas disciplinadas haciendo maniobras, unidades de milicianos ocupando sus posiciones. Desde aquí no vemos qué se proponen. ¿Se están preparando, contra toda esperanza, para defender la Comuna contra una venganza arrasadora? ¿O los rencores raciales han alcanzado el punto de ruptura, poniendo fin a la Gran Paz, de modo que aceleramos el día de la condenación con nuestras propias manos ensangrentadas?

Tal vez ni siquiera los comandantes de esos batallones lo sepan con certeza.
Mientras, más cerca de la refriega, Ur-Jah y Lester Cambel supervisan cuadrillas de valientes urs, hombres, hoons y qheuens grises, que descienden al foso con cuerdas y herramientas de acero buyur.
Ro-kenn protesta al principio, ¿verdad, anillos míos? En apresurado gal-siete, el emisario rothen rezonga contra los que llama «saqueadores sin escrúpulos». Un robot se eleva, exhibiendo amenazadores órganos de castigo.
Vubben insta a Ro-kenn a mirar de nuevo. ¿No reconoce sinceros esfuerzos de rescate? Durante dos tensos duras estamos al borde de un precipicio. Luego, con un murmullo renuente, el rothen llama a su máquina de muerte. Por ahora.
En el rostro cansmático y humanoide de Ro-kenn, nuestro viejo rewq reconoce tonos de pesadumbre y rabia. Claro que esta raza es nueva para nosotros, y el rewq puede equivocarse. ¿Pero qué otra cosa esperaríamos de alguien cuyo hogar/campamento yace en ruinas? ¿Cuyos canmaradas languidecen, muertos o moribundos, en los escombros de la estación?
Rann, el humano del cielo, manifiesta su tormento abiertamente. Montado en otro robot, ladra órdenes a los que trabajan en las ruinas. Un tenso pero alentador indicio de colaboración.
Ling, la otra humana del cielo, está conmocionada y se apoya en el joven Lark, que patea desechos en el borde del cráter. Se agacha para recoger un tablón humeante, husmeando con suspicacia. Echa la cabeza hacia atrás, con una exclamación de sorpresa.
Ling retrocede, reclamando una explicación. A través de

nuestro rewq, percibimos la renuencia de Lark mientras muestra el tablón humeante, un fragmento de madera quemada de una caja jijoana.
Ling le aparta la mano. Retrocede, da media vuelta, corre hacia el robot de Rann.
Mucho más cerca de esta pila de anillos, Ro-kenn se enzarza en una discusión. Una delegación se aproxima al emisario rothen, reclamando respuestas.
¿Por qué afirmó que tenía derecho y poder sobre el Huevo Sagrado, cuando resulta claro que la piedra lo rechaza a él y su especie?
Más aún, ¿por qué procuró sembrar la discordia entre los Seis con su vil calumnia sobre el sept humano, esa mentira infundada que sostiene que nuestros hermanos terrícolas no descienden de pecadores, como los otros cinco?
—Tal vez los rothens seáis los instructores de la humanidad —alega el portavoz—. Pero eso no excusa a nuestros antepasados, que vinieron aquí en el *Tabernáculo.* No los excusa de su crimen, ni de su esperanza, cuando nos pusieron en la Senda de la Redención.
Hay furia en la voz del intercesor humano. Pero yo/nosotros también distinguimos pinceladas histriónicas. Un esfuerzo para apagar el fuego del conflicto que Ro-kenn encendió con su historia.
Nuestro segundo toroide cognoscitivo propone otra hipótesis.
¿Qué es, anillo mío? ¿Sugieres que el propósito del rothen era precisamente crear un conflicto? ¿Un plan deliberado para provocar luchas entre los Seis?
Nuestro cuarto anillo se opone. ¿Qué propósito podría tener un plan tan extravagante? ¿Lograr que cinco se

unieran contra uno? ¿Desatar una venganza contra aquellos que estos rothens reclaman como amados pupilos?
Almacenad este extraño postulado, anillos míos. Discutid después. Pues ahora el rothen se dispone a responder. Irguiéndose, escruta a la multitud con un aire que resulta imponente tanto para los humanos como para quienes les conocen, usen o no un rewq.
Hay amabilidad en su expresivo semblante. Paciencia y amor.
—Queridos, descarriados hijos. Esta manifestación explosiva no ha sido el rechazo de Jijo, ni del Huevo. En cambio, un desperfecto en las potentes fuerzas de nuestra estación debió activar...
Se detiene cuando Rann y Ling se aproximan, cada cual en un robot, cada cual con semblante de oscura furia. Hablan por aparatos y el rothen escucha con aire distante. Una vez más, mi rewq detecta disonancia en sus rasgos, que se concentran con furia.
Ro-kenn habla.
—Ahora se sabe la (nefasta) verdad. Comprendida. ¡Verificada! No ha sido un accidente esta (mortífera) explosión. No ha sido un (improbable) desperfecto, ni un rechazo de vuestro (sobrevalorado) Huevo. Sabido y verificado. ¡Ha sido un asesinato (ruin, injustificado)! Por medio de engaños y subterfugios. Por medio de explosivos subterráneos. Un ataque artero. ¡Ha sido obra vuestra!
Señala con un dedo largo y grácil. La muchedumbre retrocede al ver la ira de Ro-kenn, al enterarse de esta noticia.
Ahora comprendemos qué han hecho los celotes. En secreto, aprovechando las cavernas naturales de estas

colinas, han penetrado laboriosamente bajo la estación para instalar cajas de polvo explosivo, tosco pero abundante. Luego aguardaron una señal, el momento simbólico propicio, para sembrar llamas y destrucción.
—Con sensores sintonizados para el análisis químico, percibimos la hondura de vuestra común perfidia. Cuan inmerecidos eran los obsequios que os pensábamos dar, bestias asesinas.
Pudo haber dicho más a la amedrentada multitud, añadiendo terribles amenazas. Pero una nueva perturbación nos hace mirar la fosa humeante. La multitud cede paso a un hollinoso grupo de rescate que tose y carraspea, llevando cargas lamentables.
Con un grito, Rann salta de su robot para inspeccionar una forma tendida en una litera. Es Besh, la otra humana del cielo. Nuestro rewq no distingue el destello de la vida en su cuerpo mutilado.
De nuevo la multitud se divide. Esta vez es Ro-kenn quien grita, un gemido no humano. La litera que le traen lleva a la otra de su raza, Ro-pol, a quien considerábamos mujer. (¿Su pareja?)
Una voluta de aliento se eleva, cerca del infrarrojo, desde el rosno hollinoso pero aún espléndido de la víctima. Ro-kenn se inclina, como buscando una comunión privada.
La conmovedora escena sólo dura unos instantes. La chispa de tensión vital se extingue. Un segundo cadáver yace en la hondonada, bajo las brillantes estrellas.
El rothen sobreviviente se yergue con imponencia, demostrando su ira.
—¡Ahora vendrá la represalia que merece esta (ruin) traición! —exclama Ro-kenn, mirando al cielo. Su voz resuena de tal modo que todos los rewqs del valle

tiemblan. Algunos humanos caen de rodillas. Incluso las reinas grises silban con reverente consternación—. Durante largo tiempo habéis temido un (justo) castigo del cielo. ¡Ahora veis su encarnación!
Junto con los demás, yo/nosotros miramos hacia arriba, siguiendo el brazo de Ro-kenn.
Una chispa resplandeciente surca el cielo. Un destello implacable que vuela desde la Telaraña hacia la constelación que los humanos llaman la Espada.
La gran nave es todavía un punto distante, pero no parpadea ni titila. Palpita con cegadora intensidad.
Nadie puede reprochar a los celotes su sentido de la oportunidad, sugiere nuestro reflexivo segundo toroide cognoscitivo. Si se proponían terminar con la farsa, no pudieron escoger mejor manera.

El sabio Taine quería hablar con ella antes que saliera para Kan-du. También Adriana Foo. Ambos deseaban que postergara su partida, pero Sara ansiaba marcharse.
Aun así, un midura antes que zarpara el transporte, decidió impulsivamente visitar su vieja oficina en la Biblioteca de Ciencias Materiales.
Al oeste de la gran escalera, su ascenso la llevó entre pilas de volúmenes de física y química, donde la reciente evacuación había causado manifiestos estragos. El laberinto de estantes mostraba grandes
lagunas. Tiras de papel reemplazaban los volúmenes ausentes, para ayudar a los empleados a poner los libros de nuevo si pasaba la crisis. En algunos puntos, la superficie de madera parecía nueva, implicando que era la primera vez que se había quitado un libro desde la Gran Edición.
En un pasillo Sara vio al joven Joman, tambaleándose bajo una carga de pesados volúmenes, siguiendo a su tío para iniciar los complejos ritos de préstamo. Debían apresurarse si deseaban alcanzar el transporte. Los demoledores realizarían el mismo viaje que Sara, primero en barco, luego en caravana de asnos hasta el valle de Asamblea.
Algunos peregrinos querían ver un dios de las estrellas con sus propios ojos. Supuestamente, Sara llevaba al forastero en busca de una cura milagrosa en la famosa clínica de los incursores. En cuanto a los demoledores, Sara prefería no meterse en los asuntos de esa adusta orden.
Sara siguió un laberinto que le despertaba emociones complejas. En otros tiempos se extraviaba allí, pero no le importaba, tan feliz estaba de vivir en ese lugar espléndido,

ese templo de sabiduría.
Su largo año de alejamiento no había cambiado su pequeña oficina, con un ventanuco que daba sobre el Bibur, sin vista de las macizas columnas que sostenían la meseta. Todo estaba tal como lo había dejado, salvo por el polvo. «Bien, siempre supuse que regresaría antes», pensó, trazando un signo sinuoso en el escritorio.
Una vez habría considerado un honor pasar el resto de su vida trabajando en esa habitación, ser escogida para esa vida enclaustrada, pagada por una raza de granjeros y arrieros cuyo mayor y pecaminoso orgullo estaba en la gloria de sus libros. Con el tiempo hasta la habrían llamado «sabia».
Había notas de sus últimos trabajos pegadas en la pared: un diagrama que mostraba la «involución» de varios dialectos usados en la Cuesta. Como ramas desprendiéndose de las raíces originales, había varios brotes por cada idioma galáctico en uso, así como las lenguas «lobeznas» introducidas en Jijo por los humanos. Las ramificaciones indicaban dónde una tomaba préstamos de otra, en un proceso denominado «mestizaje».
Esta vieja descripción indicaba la tendencia de los especialistas en lingüística, cuyos datos ella analizó desde un principio. El diagrama presentaba un hecho irrefutable: los idiomas galácticos, con sus mil millones de años, habían sido códigos perfectos de comunicación. El desvío se veía como una previsible espiral hacia la inocencia de los gruñidos animales —la Senda de la Redención ya seguida por los glávers—, un destino que algunos temían y otros anhelaban.
Las lenguas humanas también figuraban en el diagrama, a

pesar
de que se remontaban a poco más de diez mil años. Autoridades te-rricolas como Childe, Schrader y Renffrew habían reconstruido el idioma ancestral llamándolo protoindoeuropeo, con gramáticas más estructuradas y mejor equipadas para la corrección de errores que las lenguas «bastardas» que les siguieron. ¿Qué mejor prueba de que la involución humana había empezado antes del aterrizaje en Jijo?
Una conclusión: los instructores habían sido interrumpidos en su tarea, obligados a abandonar a la humanidad sin haber concluido su tarea. La caída subsiguiente quedaba enmascarada por algunos alardes de tecnología precoz. Sin embargo, las pruebas jalonaban la historia humana. Todas las culturas de la Tierra, por ejemplo, tenían leyendas acerca de una perdida Edad de Oro.
En tal caso, los terrícolas tenían mucho que ganar en cualquier camino que condujera hacia la readopción y una segunda oportunidad, especialmente cuando de todos modos parecían seguir ese camino.
«Mi modelo toma los mismos datos, pero proyecta otro resultado.»
Su diagrama más reciente se parecía a éste, pero invertido, con raíces transformadas en árboles, mostrando a los Seis siguiendo otra dirección.
Muchas direcciones.
«Si nadie se inmiscuye.»
El día anterior había mostrado sus trabajos recientes al sabio Bonner, cuyo entusiasmo volvió a encender el placer de la alabanza de un colega.
—Bien, querida mía —dijo el matemático más anciano de Jijo, acariciándose la calva—. Tus argumentos son sólidos.

Organicemos un seminario. Interdisciplinario, desde luego. Enfatizó su entusiasmo con un trino de emoción en galdos.
—Invitaremos a esos envarados «expertos» en lingüística. Veamos si se atreven a oír una idea nueva y valiente. Ja.
Bonner tal vez no hubiera seguido sus comentarios sobre el «código de redundancia» y el caos en la teoría de la información. El topólogo ansiaba un animado debate que derribara ciertos puntos de vista arraigados.
«Si supieras qué buen ejemplo eres de mi tesis», pensó Sara con afecto. Al anciano le agradaba tener a su alumna favorita de vuelta en esos salones polvorientos y esos jardines ocultos. Sara detestaba defraudarlo.
—Podemos organizarlo cuando regrese de Asamblea, con suerte.
Bonner no pareció notar el énfasis en la última palabra. Tal vez Sara no regresara de ese viaje inminente. O bien podía encontrar que los demoledores habían hecho su trabajo, derribando el techo de piedra, impulsando la profetizada era de la oscuridad y la pureza.
Sara sentía la carga de la roca erosionada, tan pesada como el lastre de una tarea inconclusa en su escritorio.
Iba a marcharse cuando un ruido la detuvo. Una bola de mensajes había caído en la caja de correspondencia entrante de su escritorio. Arriba un tubo carnoso retrocedió después de escupir la bola desde el laberinto de tuberías y mangueras que recorrían el complejo de Biblos.
«Oh, no.» Sara retrocedió, esperando marcharse antes que la esfera peluda se desenroscara. Si el mensajero no encontraba a nadie, regresaría al tubo y se lo comunicaría a quien lo hubiera enviado.
Pero la bola se desenroscó rápidamente y una forma

diminuta, semejante a un ratón, trepó por la caja y chilló de deleite al verla, logrando el propósito que le habían incorporado los antiguos buyurs: entregar breves mensajes por una red de túneles y lianas. Con un suspiro, Sara extendió la mano y el mensajero le escupió una cápsula tibia en la palma. La píldora tembló.
Reprimiendo su disgusto, ella alzó a la criatura simbiótica —lejanamente emparentada con el cotorrín— y dejó que se retorciera dentro de su oído.
Como Sara temía, la criatura habló con la voz del sabio Taine. «Sara, si recibes este mensaje, me gustaría hablar contigo antes que te vayas. Es esencial aclarar nuestro malentendido. He pensado en ello, y he llegado a creer que esta situación es por mi...» El mensaje terminó ahí. Se había cumplido el límite de grabación. Un dura después se puso a repetir el mensaje desde el principio.
«Culpa. ¿Es eso lo que ibas a decir?»
Sara se golpeó la cabeza hasta que el insectoide comprendió que ya no lo necesitaban y salió de su oído. La voz de Taine se volvió distante, plañidera. Sara le arrojó el insecto al pequeño mensajero, que se lo calzó entre las fauces para que fuera receptivo a la respuesta de Sara.
«Lo siento —estuvo a punto de decir—. Debí hacer concesiones. Tú fuiste poco delicado, pero tenías buenas intenciones, a tu manera altiva. Tu propuesta me habría honrado, aunque la hiciste por sentido del deber. Reaccioné mal cuando me hablaste de ello en el funeral de Joshu. Un mes atrás, había pensado aceptar. En la Cuesta se pueden llevar vidas peores que la que tú me ofrecías.»
Pero ahora todo había cambiado. Los incursores se habían encargado de ello. Dwer tenía lo que haría falta en la nueva era. Él sobreviviría y engendraría generaciones de

cazadores recolectores, si realmente se aproximaba una época de inocencia.
«¿Y si los alienígenas desean exterminarnos? Bien, Dwer también los burlará, y sobrevivirá.»
Sintió tristeza.
«De todas formas, ¿qué hará Jijo con intelectuales como nosotros, Taine?»
Ambos pronto serían más iguales que nunca, semejantes en su inutilidad, antes del final.
Sara no dijo nada en voz alta. La bola mensajera chilló. Se metió el insecto en una mejilla, entró en el tubo y se perdió en el laberinto de conductos.
«No eres el único —se dijo Sara, pensando en la frustración de la criatura—. Si algo nos sobra, son las decepciones.»
El transporte ya expulsaba humo cuando Sara llegó al muelle. Ariana Foo aguardaba en su silla de ruedas.
—Ojalá pudiera pasar algunos días más con él —dijo, cogiendo la mano de Sara.
—Has obrado maravillas, pero no hay tiempo que perder.
—El próximo kayak puede traer noticias vitales...
—Lo sé. Y daría cualquier cosa por tener nuevas de Lark. Pero ese razonamiento sólo nos llevará en círculos. Si sucede algo urgente, puedes enviar una mensajera urs. Entre tanto, prefiero darme prisa.
—¿Más sueños?
Sara asintió. Hacía noches que soñaba con incendios e inundaciones.
Quizá sólo fuera el regreso de la claustrofobia que había sentido años atrás, como recién llegada. O bien las pesadillas reflejaban algo real. Una culminación inminente. Su madre creía en los sueños. «Aunque a Lark y a mí nos

inculcó el amor por los libros y la ciencia, escuchaba a Dwer cuando él despertaba de pequeño con esas potentes visiones. Y durante su semana de agonía.»
Las calderas del vapor resoplaban. Dos docenas de asnos pateaban y relinchaban, amarrados a la popa junto a cajas de libros.
En extraño contraste, otro sonido venía de la proa del barco. Una música delicada y melódica que consistía en series paralelas de notas espasmódicas.
Sara ladeó la cabeza.
—Está mejorando rápidamente.
—Tiene motivación —replicó la sabia—. Esperaba que escogiera un instrumento más simple, como la flauta o el violus. Pero escogió el dulcémele en el museo y pareció muy satisfecho al contar las cuerdas. Es simple de aprender, y puede cantar cuando recuerda una melodía. De todos modos, está en condiciones de viajar, así que...
—Ariana Foo
aspiró profundamente, y le pareció vieja y fatigada—. Transmite mis saludos a Lester y los demás, ¿quieres? Diles que se comporten.
Sara se inclinó para besarla.
—Eso haré.
Ariana le aferró el brazo con fuerza inesperada.
—Buen viaje, hija. Que Ifni arroje tus seis.
—Buena estancia —le dijo Sara, respondiendo a la bendición—. Que Ifni te dé larga vida.
Subió a bordo mientras Ariana y su chimpancé regresaban cuesta arriba, hacia la comodidad de un fuego nocturno. Sara estaba empezando a creer que nunca más vería a nadie. En este caso, era muy creíble.
El capitán ordenó soltar amarras, guiando su nave para

alejarla del camuflaje. Jop y Ulgor se reunieron con Sara en la baranda, junto con varios bibliotecarios, designados para transportar preciosos volúmenes a un refugio inseguro. Pronto las ruedas pistonearon con ritmo tranquilizador, colaborando con la corriente del Bilbur para llevarlos río abajo.

El hombre del espacio seguía tocando. Encorvado sobre un instrumento pequeño, semejante a una cuña, martilleaba las cuerdas con dos plectros, vacilando a menudo, pero con entusiasmo. La música evocó recuerdos agridulces mientras Sara miraba pasar la gran fortaleza. El techo de piedra parecía acechar como el paciente puño de Dios.

«Me pregunto si alguna vez regresaré.»

Dejaron atrás el linde occidental. Esa vez no había estandartes, deudos ni subtraekis atareados, pero Sara vio, en la penumbra crepuscular, una figura solitaria. Alta y erguida, con una abundante melena cana. Un humano que se apoyaba en un bastón, aunque no parecía nada frágil. Sara contuvo el aliento.

El sabio Taine la saludó con un gesto amistoso, casi fogoso en una persona tan débil. Luego, para sorpresa de Sara, alzó un brazo en un gesto de bendición.

En el último momento ella también alzó la mano.

Biblos quedó atrás, devorada por el anochecer. El forastero entonó una canción acerca de un viaje sin retorno. Y aunque Sara sabía que esa letra expresaba la sensación de pérdida y añoranza del forastero, también aludía a los conflictos que ardían en su propio corazón.

Pues debo ir allende el oscuro horizonte, y nunca más sabré tu nombre.

XXIII

EL LIBRO DEL MAR

Rodante g'Kek, ¿acaso puedes galopar por la llanura? Pila traeki, ¿acaso puedes tejer un tapiz, o dominar el arte del fuego?
Reina qheuen, ¿acaso labrarás las alturas boscosas? ¿Acaso puedes sanar con tu tacto?
Marinero hoon, ¿recorrerías las planicies o girarías a lo largo de un cable tenso? Urs de los llanos, ¿navegarías hasta el mar, o crearías bonitas páginas con viejas telas?
Hombre recién llegado, ¿conoces este mundo?
¿Puedes hilar, tejer o entonar la canción de Jijo? ¿Seguirás el camino trazado por los glávers? ¿El camino del perdón a través del olvido?
Si lo haces, guarda espacio para recordar esta única cosa: perteneciste a una unión mayor que sus partes.
Rollo del Huevo (extraoficial)

LA NARRACIÓN DE ALVIN

No lamenté estar en esa posición, arrinconado atrás, lejos de la ventana, durante el largo descenso frente al peñasco. Después de todo, lo había visto antes. Pero cuando chocamos contra el agua, y los otros empezaron a describir entusiasmados lo que veían, tuve un poco de resentimiento. Además me ponía en mala situación como escritor, pues después tendría que describir el descenso para mis lectores. A lo sumo alcanzaba a distinguir una mancha azul detrás de la silueta de mis compañeros.

El problema tenía varias soluciones.

Primero, podía mentir. Aún no he decidido si convertir este relato en una novela, y según el señor Heinz la narrativa es una especie de mentira. En un borrador posterior podría incluir una ventana de popa, de este modo mi personaje vería cosas que yo sólo había oído describir. O bien podía fingir que había estado siempre delante. En una narración, uno puede ponerse en el puesto del capitán si se le antoja. O quizá debería reescribirlo desde el punto de vista de Pinzón. A fin de cuentas, era su nave y él tuvo la mejor vista de lo que sucedió después. Eso me obligaría a escribir de forma creíble desde la perspectiva de un qheuen. No es tan raro como un traeki, supongo, pero todavía no estoy preparado para enfrentarme a ese desafío.

Todo esto supone que consiga salir con vida para reescribirlo, o que alguien sobreviva para leer mi narración. Por ahora deberé conformarme con este estilo de diario semiver-dadero, y eso implica que debo contar lo que realmente vi, sentí y oí.

Los tambores giratorios transmitían una vibración regular

por el cable, y el conducto de aire silbaba junto a mi oreja izquierda, así que no se trataba de lo que yo había imaginado como un sereno y grácil descenso hacia las silentes profundidades. De cuando en cuando Ur-ronn jadeaba «¿Qué ha sido eso?», y Pinzón identificaba un pez o piscoide que un hoon habitualmente veía muertos en una red y una urs no llegaba a ver nunca. Aun así, no eran monstruos de fantasía. Tampoco había mágicos minaretes ni ciudades submarinas. De momento.

Oscureció rápidamente. Pronto sólo distinguí las estrías fosforescentes con que Tyug había embadurnado la cabina, en lugares vitales como mi manivela, el medidor de profundidad y las palancas para soltar el lastre. Sin nada que hacer, catalogué los olores que despedían mis amigos. Aromas familiares, pero nunca tan penetrantes. Y esto era sólo el principio.

«Un motivo para alegrarse de que no haya venido ningún humano», pensé. Uno de los muchos problemas que empeoraba las tensiones entre urs y terrícolas había sido el modo en que una raza olía para la otra. Aun hoy, y a pesar de la Gran Paz, no creo que ninguno de los dos septs disfrutara de estar encerrado en un ataúd con el otro.

Ur-ronn empezó a leer en voz alta el medidor de profundidad. A los siete cables, encendió un interruptor y la primera luz eik arrojó haces gemelos sobre aguas frescas y oscuras. Yo esperaba que mis compañeros reanudaran sus alborotadas exclamaciones, pero aparentemente había menos que ver a esta profundidad. Pinzón sólo identificaba algo cada pocos duras, con voz poco entusiasta.

Empezamos a ponernos nerviosos a los nueve cables, pues allí habían surgido problemas la primera vez, pero

pasamos ese hito sin sobresaltos. Era lógico, pues Uriel había inspeccionado personalmente cada palmo del cabo. A los once cables y medio, un frío repentino inundó la cabina, formando una niebla. Todas las superficies duras se humedecieron. Huck activó el deshumidificador. Palpé el casco de madera garu, que parecía mucho más fresco. El *Sueño de Wuphon* viró y se ladeó, con un nuevo tirón que ya no era un lánguido descenso. Por los sondeos, sabíamos que ahora pasaríamos a una corriente profunda y helada.

—Ajustando lastre —anunció Huck. Usó las bombas de Uriel para pasar agua entre los tres tanques hasta que la quilla se enderezó. Eso sería vital al llegar al fondo, para no volcar en el preciso instante en que hacíamos historia.

Pensé en lo que estábamos haciendo. En términos galácticos, era sumamente primitivo. La historia de la Tierra permite comparaciones mucho más halagüeñas, y tal vez por eso los cuatro las encontrábamos tan atractivas. Por ejemplo, cuando Julio Verne escribía *Veinte mil leguas de viaje submarino,* nadie había llegado a la mitad de profundidad, en los océanos de la Tierra, de la que hoy alcanzaríamos nosotros, los salvajes de Jijo.

—¡Mira! —gritó Huck—. ¿Que hay ahí?

Con esos ojos, había sido la primera en vislumbrar el fondo. Ur-ronn apuntó el faro eik hacia abajo, y pronto los tres empezaron de nuevo, enloqueciéndome con sus exclamaciones y chasquidos. Moví con furia la manivela, haciendo rechinar las ruedas traseras hasta que gritaron que me calmara y al final accedieron a describir lo que veían.

—Hay una planta ondulante —dijo Pinzón sin tartamudear—. Y otra especie que es delgada, casi

esquelética. No sé cómo pueden sobrevivir sin luz. Hay muchos ejemplares de ese tipo. Y hay rastros serpentinos en el lodo, y unos peces raros que entran y salen de las plantas esqueléticas.
Al cabo de un rato de esas descripciones, habría preferido sus chasquidos de admiración, pero me callé la boca.
—Y hay algunos cangrejos kurtle, rojos y enormes. ¿Y qué es eso, Ur-ronn, una lombriz de lodo? ¿Eso crees? ¡Vaya lombriz! Oye, ¿qué es esa cosa? ¿Es una...?
—Medio cable fara el fondo —interrumpió Ur-ronn—. Indicando al fersonal de tierra que aminore el descenso.
Chispas eléctricas quebraron la oscuridad de la cabina cuando Ur-ronn tocó una llave de contacto, enviando impulsos codificados desde la batería por un cable aislado que estaba dentro del cabo. Pocos duras después, el gruñido de los tambores cambió de modulación al activarse los frenos.
El *Sueño de Wuphon* tembló. Las zarpas de Huphu me arañaron el hombro.
El descenso era más lento. Me angustiaba no saber cuánto faltaba, cuándo haríamos contacto, con cuánta fuerza o velocidad. Naturalmente, nadie se dignaba dar explicaciones al viejo Alvin.
—Oíd, amigos —siguió Pinzón—. Me ha parecido ver...
—¡Ajustando equilibrio! —anunció Huck, mirando con un ojo cada uno de los niveles.
—Enfocando luces —añadió Ur-ronn—. Ziz muestra un tentáculo amarillo a estribor. Velocidad de la corriente en esa dirección, cinco nudos.
—Amigos —insistió Pinzón—, me ha parecido ver... Oh, no importa. Diría que el fondo desciende por allá, unos veinte grados.

—Activando ruedas delanteras para compensar —le respondió Huck—. Alvin, tal vez necesitemos un tirón de retroceso en las ruedas de tracción.
Eso me arrancó de mi mal humor.
—De acuerdo —respondí, haciendo rotar las ruedas traseras. Al menos, esperaba que respondieran. No lo sabríamos con certeza hasta que tocáramos el suelo.
—Aquí viene —anunció Huck. Y luego, recordando sus errores de estimación durante el viaje de prueba, añadió—: Esta vez es seguro. ¡Preparaos!
Cuando alguna vez escriba sobre esto a partir de estas notas, tal vez hable de repentinos remolinos de lodo en el fondo del mar y diga que abrimos un largo surco, haciendo rodar la vegetación y ahuyentando criaturas submarinas. Tal vez introduzca un chorro de agua salada entrando por un sello roto, cerrado a tiempo por la heroica tripulación.
Lo que quizá no admita en letras de molde es que no llegué a saber en qué momento tocaron el suelo nuestras ruedas. Fue un acontecimiento... en fin, bastante turbio. Como clavar un tenedor en un fruto de shuro sin saber cuándo hemos pinchado el hueso.
«Turbio» es buen modo de describir la escena. Remolinos viscosos giraban en espiral y se asentaban para revelar un mundo negro y muerto, salvo por las azules franjas de los fanales eiks. Allí pude ver una pendiente de lodo, con pálidas y delgadas «plantas» que no necesitaban la luz del sol, aunque no pude adivinar de qué vivían. Sus hojas o frondas ondulaban como en una brisa. Ninguna vida animal se movían en nuestros haces, lo cual no era de extrañar. ¿Acaso los habitantes de la superficie no nos esconderíamos si una nave extraña descendiera entre ruidos y centelleos?

Forzando la comparación, me pregunté si algún lugareño temería que hubiera llegado su día del juicio.
Ur-ronn telegrafió el mensaje que todos deseaban oír arriba. «Hemos tocado fondo —transmitió—. Todo bien.»
Ya sé. No es tan poético como clavar una bandera o anunciar que el águila ha llegado. No me quejo. No todas las urs han nacido para recitar sagas épicas. Aun así, creo que lo cambiaré cuando lo reescriba, siempre que tenga la oportunidad, lo cual parece bastante improbable.
De nuevo saltaron chispas, esta vez sin que Ur-ronn tocara nada. Una respuesta de arriba.
«Buena noticia. Continuad.»
—¿Preparado, Alvin? —preguntó Pinzón—. Avante, un cuarto.
—Avante un cuarto, capitán —respondí.
Flexioné la espalda y el brazo. La manivela se resistió al principio. Luego sentí que el embrague magnético respondía, con un extraño apego a componentes g'Keks vivientes en que preferí no pensar. Las ruedas giraron. El *Sueño de Wuphon* avanzó con una sacudida.
Procuré avanzar a un ritmo regular. Pinzón le dio instrucciones a
Huck mientras usaba el mapa de Uriel como referencia. Ur-ronn correlacionó nuestra posición con su brújula. Los tambores aún vibraban a medida que desenrollaban más cable para que pudiéramos alejarnos más de la seguridad. El espacio cerrado resonaba con un profundo gutureo de trabajo, pero nadie se quejaba. El sonido me envolvió hasta que tuve la sensación de estar entre camaradas hoons, lo cual hizo más tolerable el encierro. Como una nave en alta mar, estábamos solos, dependiendo de Ifni y de nuestro ingenio.

Pasó el tiempo. Adoptamos una rutina rítmica. Yo impulsaba, Huck guiaba, Ur-ronn alumbraba y Pinzón pilotaba. Pronto empecé a sentirme como si fuéramos expertos en nuestras respectivas labores.
—¿Qué dijiste, Pinzón, poco antes de tocar fondo? —preguntó Huck—. ¿Viste algo?
—Algo con muchos dientes, sin duda —bromeó Ur-ronn—. ¿No es ahora cuando deberíamos ver monstruos? «Monstruos», pensé. Añadí un temblor de risa a mi gutureo.
Pinzón no se ofendió.
—Esperad, amigos. Nunca se sabe cuándo... ¡Allá!
El batiscafo osciló cuando Pinzón se movió hacia un costado.
—A la izquierda. ¡Eso es lo que vi antes!
El *Sueño* se desniveló un poco cuando Huck y Ur-ronn se inclinaron hacia adelante para mirar, haciendo que las ruedas traseras perdieran tracción.
—¡Eh! —protesté.
—Recórcholis, que me desrueden... —murmuró Huck. —¿De qué diablos... ? —protesté.
Entonces el suelo se inclinó un poco más y pude ver lo que todos miraban.
—Hrrrm —exclamé—. ¿Tanto alboroto por eso? ¿Ataúdes de escoria?
Estaban desparramados en el fondo del mar, inclinados en diversos ángulos, sepultados en el barro. Veintenas de ellos. En general oblongos, rectangulares, aunque algunos tenían forma de tonel. Naturalmente, había desaparecido todo rastro de las cintas de adorno que honraban los huesos, husos o herramientas arrojadas por una generación anterior de irruptores.

—Pero los buques de escoria nunca vienen a la Grieta —protestó Huck, mirándome fijamente con dos ojos—. ¿No es cierto, Alvin?
Traté de mirar más allá de esos ojos.
—No, pero oficialmente la Grieta forma parte del Sumidero. Otra sección de la zona de succión, o como se llame.
—Una zona de subducción tectónica —aclaró Ur-ronn.
—Sí, gracias. Así que es legal arrojar escoria aquí.
—Pero si no vienen barcos, ¿cómo habrá llegado?
Yo trataba de distinguir las clases de ataúdes que había y las que faltaban.
Eso podría ayudarme a localizar la fecha de descarga. No había urnas humanas ni cestos urs, lo cual era sorprendente. Hasta ahora sólo había visto restos g'Keks y qheuens, de manera que el sitio podía ser bastante antiguo.
—Las cajas llegaron igual que nosotros, Huck —expliqué—. Alguien las arrojó desde Roca Terminal.
Me di cuenta de que Huck se devanaba los sesos. Arrojar cosas desde tierra está mal. Pero ya debía de haber deducido que este sitio constituía una excepción aceptable. Si una parte del Sumidero pasaba bajo Roca Terminal, y si habían existido colonias en las cercanías, habría sido un modo más barato de sepultar al abuelo que enviar su ataúd mar adentro.
—¿Pero cómo se alejaron tanto de la costa? Ya hemos recorrido un buen trecho.
—Mareas, deslizamientos —respondió Pinzón.
Negué con un gruñido.
—Te olvidas de cómo funciona el Sumidero. Succiona el material, ¿verdad, Ur-ronn?
Ur-ronn rechazó ese simplismo con un silbido.

—Una flaca tectónica se desliza bajo la otra, creando una zanja y arrastrando el suelo marino más antiguo.
—Llevándolo bajo tierra, derritiéndolo y renovándolo, empujándolo bajo la Cuesta y creando volcanes. Sí, entiendo —comentó Huck, pensativamente—. ¿Hace siglos que tiraron estas cosas y la escoria sólo ha recorrido esta distancia?
Segundos atrás le había asombrado que los ataúdes hubieran recorrido una distancia tan larga. Eso demuestra hasta qué punto parece distinto el tiempo cuando se pasa de la perspectiva de la vida de una persona a los ciclos vitales del mundo. En comparación, creo que los humanos no tienen mucho de qué presumir, aunque vivan el doble de las urs. Todos nos encaminamos hacia la digestión de Jijo, al margen de lo que hagan los invasores.
Pinzón y Ur-ronn consultaron sus mapas y pronto estábamos nuevamente en marcha, dejando ese cementerio donde otra generación de pecadores descendía hacia un perdón de piedra fundida.
Medio midura después, con gran alivio, encontramos el objeto que había pedido Uriel.
Me dolían los brazos y las piernas de tanto mover la manivela
respondiendo a las órdenes de Pinzón. De los cuatro, él era el único que parecía divertirse, sin sufrir molestias ni dolores.
los hoons elegimos a nuestros capitanes y obedecemos sin titubear cuando se presenta una emergencia —todo este viaje, a mi entender, se podía considerar una emergencia—, así que me guardé mi resentimiento para después, cuando tuviera oportunidad de desquitarme de Pinzón de muchas maneras pintorescas. Tal vez el

siguiente proyecto de la pandilla fuera un globo de aire caliente. Sería el primer qheuen en volar desde que habían renunciado a las naves estelares. Se lo tenía merecido.
Cuando Huck gritó «¡Eureka!», mis pobres músculos y pivotes ardían como si hubiéramos recorrido toda la Grieta. Pensé que era una suerte que Uriel nos hubiera dado tanto cable.
Pero después me pregunté cómo sabía dónde encontraríamos esa cosa.
Estaba medio enterrada en el lodo, doce cables al sur de donde habíamos descendido. A juzgar por la parte visible desde donde yo estaba, consistía en unas púas largas que apuntaban en varias direcciones, como los seis lados de un cubo. Cada púa tenía una protuberancia en la punta, tal vez hueca, para que no se hundiera en el lodo. Obviamente estaba destinada a ser hallada, pues estaba pintada con chillonas tonalidades de rojo y azul. Rojo para que destacara a poca distancia, pues ese color no existe bajo el agua, y azul para que resultara visible desde lejos, si el haz lo barría en la oscuridad. Aun así, había que estar a menos de un cable para descubrirlo, así que no lo habríamos encontrado sin las instrucciones de Uriel. Aun con esa ayuda, tuvimos que dar un par de vueltas para dar con ese artilugio. Era el objeto más raro que habíamos visto en toda nuestra vida. Y no olvidéis que he visto a un g'Kek gutureando, y he presenciado la vlennación de un traeki.
—¿Es bu-bu-buyur? —tartamudeó Pinzón con reverencia supersticiosa.
—Apuesto una pila de excrementos de asno a que no lo es —replicó Huck—. ¿Tú qué piensas, Ur-ronn?
Nuestra amiga urs estiró el pescuezo, secando una parte

de la ventana con su aliento.
—Los buyurs no fudieron construir nada tan horrendo —coincidió—. No es su estilo.
—Ya sé que no es su estilo —continuó Huck—. Pero me pregunto de quién es ese estilo.
Todos la miramos. Naturalmente, aprovechó esa pausa efectista al máximo, hasta que estuvimos a punto de pegarle.
—Es urs, desde luego —concluyó con engreída convicción, desquitándose por su ignorancia respecto de las cajas de escoria.
—¡Urs! —susurró Pinzón—. ¿Cómo puedes estar tan...?
—Exflícate —exigió Ur-ronn—. Este objeto es sofisticado. Uriel no fodría forjar nada semejante. Ni siquiera los terrícolas dominan esa artesanía.
—Exacto. No es buyur, y ningún habitante actual de la Cuesta podría fabricarlo. Eso deja una sola posibilidad. Debió dejarlo una nave irruptora original, cuando una de las Seis razas (siete, si incluimos a los glávers) llegó a Jijo, antes que los colonos abandonaran la nave y se unieran a los demás primitivos. ¿Pero quién la dejó? Descarto a los g'Keks, porque hemos estado aquí tanto tiempo que el artilugio se habría desplazado mucho más. Lo mismo vale para los glávers, qheuens y traekis. En todo caso, lo importante es que Uriel sabía exactamente dónde estaba.
Ur-ronn contrajo los belfos.
—Sugieres una consfiración —dijo, con voz más helada que el océano.
Huck entrelazó los tallos oculares en un gesto g'Kek que expresaba indiferencia.
—Nada grave —aseguró—. Tal vez sólo una precaución sensata. Pensadlo, amigos. Suponed que fundáis una

colonia irruptora en un mundo prohibido. Debéis liberaros de todo lo que aparecería en un análisis somero del Instituto, así que os deshacéis de la nave y el equipo complejo. El espacio cercano no sirve. Es el primer lugar donde buscarían los polizontes. Mejor hundirlo entre las cosas que arrojaron los buyurs al irse de Jijo. Hasta ahí todo cuadra. Pero... ¿y si surge una emergencia imprevista? ¿Y si un día nuestros descendientes necesitan alta tecnología para sobrevivir?

Ur-ronn bajó la cabeza cónica. En la penumbra no distinguí si este gesto denotaba preocupación o enfado.

—Hrrrm —me apresuré a intervenir—. Insinúas una perspectiva amplia de las cosas. Un secreto guardado durante generaciones.

—Siglos —convino Huck—. A Uriel se lo reveló su maestra, y así sucesivamente hasta los primeros antepasados urs. Y antes que Ur-ronn me arranque una cabeza, me apresuro a añadir que las sabias urs demostraron gran contención a lo largo de los años, pues nunca usaron este tesoro durante sus guerras con los qheuens y los humanos, aun cuando llevaban las de perder.

¿Y con eso pensaba calmar a Ur-ronn? Me apresuré a salvar a Huck de la mutilación.

—Tal vez los humanos y los qheuens tuvieran sus propios escondrijos, de modo que estaban en paz. —Reparé en mis propias palabras—. Tal vez estén buscando esos escondrijos ahora mismo, mientras nosotros buscamos aquí.

Un largo silencio.

—Vaya —dijo al fin Pinzón—. Esos incursores del Valle debieron asustar de veras a los adultos.

Otra pausa, y Huck continuó:

—Ojalá sea eso. Los incursores, un esfuerzo conjunto de los Seis, una unión de recursos, y no otra cosa.
Ur-ronn torció el pescuezo con nerviosismo.
—¿A qué te refieres?
—Me habría gustado que Uriel me diera su palabra de honor de que estamos aquí buscando recursos para defender toda la Comuna.
«No sólo para armar a soldados urs para esas peleas que hemos oído mencionar», pensé, redondeando la idea de Huck. Hubo un momento de incertidumbre. ¿La tensión, la preocupación y las drogas de Tyug habían irritado a nuestra amiga urs al extremo de que las provocaciones de Huck la sacarían de quicio?
Ur-ronn enderezó el pescuezo lentamente. Un esfuerzo de voluntad, vi en la penumbra.
—Tienes el juramento de esta urs de que así será —jadeó.
Y repitió el juramento en galáctico dos, escupiendo laboriosamente en el suelo, algo que no era fácil para un miembro de su especie. Una señal de sinceridad.
—Hrrrm, sensacional —dije, con un gutureo conciliador—. Aunque nadie hubiera pensado otra cosa. ¿Verdad, Huck, Pinzón?
Ambos se apresuraron a asentir, y la tensión se disipó un poco. Sin embargo, ya se habían sembrado semillas de inquietud. «Huck —pensé—, traes un frasco lleno de escorpiones a un bote salvavidas y lo arrojas para ver quién nada mejor.»
Reanudamos la marcha y pronto estuvimos a distancia suficiente para apreciar el tamaño del artilugio. Los objetos bulbosos de las puntas eran más grandes que el *Sueño de Wupbon.*
—Ahí está uno de los cables que mencionó Uriel —dijo

Pinzón, señalando un cable de un negro brillante que trazaba una línea relativamente recta, aunque sepultada en partes, hacia el norte, de donde habíamos venido.
—Apuesto a que esa línea está rota en alguna parte, entre este sitio y los acantilados —aventuró Huck—. Tal vez llegaba hasta una caverna secreta cerca de Roca Terminal. Desde allí se podía conectar y recobrar sin que una urs se mojara los cascos. Ese extremo debió de quedar sepultado debido a un alud o a un terremoto como el que mató a mis padres. Ese artilugio permite recoger la cuerda aunque se pierda la primera punta.
—Bien pensado. Eso explica una cuestión que me tenía intrigado. Por qué Uriel tenía tanto equipo a mano, tanto material para inmersiones. Más aún, me pregunto para qué nos necesitaba a nosotros. ¿Por qué no tenía un batiscafo oculto?
Ur-ronn se estaba reponiendo de su mal humor.
—Un contable g'Kek hace el inventario del almacén de la forja. Él se fijaría en algo tan foco urs como un submarino. Lo dijo con sarcasmo, pero Huck asintió.
—Los componentes más difíciles de encontrar estaban allí: bombas, válvulas, juntas. Sin duda Uriel y sus predecesoras consideraban que podían fabricar el casco y el resto en cuestión de meses. ¿Quién esperaba una emergencia tan repentina? Además, nuestra aventurilla juvenil les daba un pretexto perfecto. Nadie nos asociará con escondrijos del pasado galáctico.
—Prefiero pensar —intervino Pinzón con voz acongojada y altiva— que Uriel quiso participar en nuestro proyecto porque le encantó el exquisito diseño de nuestra nave.
Dejamos de discutir para mirarlo un instante. Nos echamos a reír y Huphu se despertó.

Los cuatro nos sentimos mejor, preparados para continuar con la misión. La parte difícil había pasado. Ahora sólo teníamos que ordenar a Ziz que enganchara una grapa al cordel del artilugio e indicarle a Uriel que tirara de él. Luego habría una larga espera mientras emergíamos lentamente, pues los g'Keks y las urs son aún más sensibles que los humanos a los cambios bruscos de presión. Sabíamos por los libros que es un modo espantoso de morir, así que el tedioso ascenso era una necesidad aceptada. Todos habíamos llevado refrigerios, así como enseres personales para matar el tiempo.

Aun así, yo ansiaba terminar con todo aquello. La claustrofobia no era nada en comparación con los aprietos que pasaríamos cuando todos —cada cual a su manera— sintieran la necesidad, como dicen eufemísticamente algunos libros terrícolas, «de ir al cuarto de baño».

Hubo una leve dificultad para enganchar el segundo cordel. Vimos el problema de inmediato, cuando dimos la vuelta para mirar el otro lado del artilugio.

No había segundo cordel.

Mejor dicho, lo habían cortado. Fibras de metal ondulaban en la corriente, colgando como una cola urs sin trenzar.

Y eso no era todo. Cuando Ur-ronn proyectó dos haces de luz, vimos una huella ondulante en el lodo, rumbo al sur, la dirección en que aparentemente habían arrastrado el cordel. No sabíamos si lo habían hecho días, jaduras o años atrás. Pero a todos se nos ocurrió la palabra «reciente», sin necesidad de pronunciarla en voz alta.

Con chisporroteos eléctricos, Ur-ronn informó de la situación a los de arriba. La sorpresa fue evidente en una larga pausa. Luego vino una respuesta: «Si estáis bien, seguid el rastro durante dos cables e informad.»

Como si pudiéramos elegir, con Uriel controlando la cabria masculló Huck—. ¿O es que un pequeño caso de narcosis o un calambre cambiaría las cosas?
Esta vez Ur-ronn no dio media vuelta, pero ambas colas acariciaron bruscamente el torso de Huck, a poca distancia del cuello.
—Avante medio cable, Alvin —ordenó Pinzón. Con un suspiro, me incliné para empezar de nuevo.
Así nos pusimos en marcha, alumbrando la huella con un fanal, mientras Ur-ronn proyectaba la otra luz a izquierda y derecha, arriba
y abajo. Claro que ver una amenaza de antemano no nos serviría de mucho. Nunca ha existido una nave tan desarmada, lenta e indefensa como el *Sueño de Wupbon.*
El cordel cortado que habíamos visto estaba hecho por seres que usaban tecnología galáctica, destinada a sobrevivir milenios bajo el agua. Desde luego, yo no tenía el menor deseo de enfrentarme al ser que lo hubiera cortado.
Ahora predominaba un ánimo más solemne en la cabina. Después de avanzar más de un midura contra la cambiante tracción de ese lodo resbaladizo, yo sentía en los brazos y la espalda el hormigueo de la segunda etapa de fatiga. Estaba demasiado cansado para guturear. Detrás de mí, Huphu expresó su aburrimiento hurgando en mi mochila, abriendo un paquete de emparedados de pez pish, mordisqueando una parte y arrojando el resto por el pantoque. Un chapoteo y un cosquilleo húmedo en mis ventosas me indicaron que el agua se estaba acumulando ahí abajo, por exceso de humedad, por una filtración, o por nuestros repugnantes desechos. Preferí no averiguarlo. El olor era cada vez más agobiante. Yo combatía otro ataque

de miedo al encierro cuando Pinzón soltó un grito agudo.
—¡Alvin, atención! ¡Atrás a toda máquina!
Ojalá pudiera decir que vi lo que causaba este alboroto, pero siluetas frenéticas me bloqueaban la visión. Además, estaba ocupado luchando contra la inercia de la manivela, que parecía resuelta a seguir girando en la misma dirección aunque yo me empeñase en lo contrario. Aferré las varillas de madera y me esforcé al máximo, sintiendo un crujido en la columna. Al fin logré bajar los ejes y detenerlos, pero no logré invertir la dirección del giro.
—Tenemos un declive —anunció Huck—. Inclinación a proa y a babor.
—No lo había visto —exclamó Pinzón—. Estábamos subiendo una colina y de pronto apareció, lo juro.
Ahora sentía la inclinación. El *Sueño* se ladeó mientras Huck soltaba el lastre de proa. Los haces eik oscilaron en la oscuridad, ofreciendo el turbador espectáculo de un vacío en lo que antes era una llanura en suave declive.
Al fin logré mover la manivela, pero mi sensación de victoria fue efímera. Uno de los embragues magnéticos —conectados a una rueda rescatada de la tía de Huck, creo— acabó cediendo. La otra rueda se atascó en el fango, provocando una violenta inclinación lateral.
Las luces bailaban al borde del precipicio sobre el cual oscilábamos. Lo que habíamos considerado el piso de la Grieta era sólo un saliente en los bordes. Ahora veíamos la auténtica hendedura, dispuesta a recibirnos, como había recibido tantas cosas que nunca más verían la luz de las estrellas.
Tantas cosas muertas, y pronto nos tocaría a nosotros.
—¿Suelto lastre? —preguntó Huck frenéticamente—. Puedo soltar lastre. Tirar del cordel para que Ziz se infle.

¿Lo hago?
Le acaricié dos tallos oculares para tranquilizarla. Estaba desvariando. El peso del cable de acero que arrastrábamos apenas era mayor que unos pocos ladrillos puestos bajo el vientre del *Sueño de Wuphon.* Y si cortábamos el cable emergeríamos, pero correríamos el riesgo de que la manguera de aire se enredara y se cortara. Y si por milagro sobrevivíamos, saldríamos disparados como la nave-bala de *De la Tierra a la Luna* de Verne. Hasta Pinzón moriría por el cambio de presión.
Más práctica ante la amenaza de la muerte, Ur-ronn disparó rápidas señales, pidiendo a Uriel que nos rescatara sin demora. Buena idea. ¿Pero cuánto tardaría la cuadrilla en recobrar todo el cable? ¿Qué velocidad podía alcanzar sin arriesgarse a un atasco en la manguera de aire? ¿Cuánto podíamos caer antes que dos tirones opuestos se encontraran en una repentina sacudida? En el momento de la verdad descubriríamos la auténtica solidez del *Sueño.*
Pronto lo averiguaríamos. Las ruedas perdieron contacto con el fango y nuestro valiente batiscafo se deslizó sobre el borde, iniciando una larga caída hacia las tinieblas.
Sería un magnífico momento para terminar un capítulo, cuando nuestros héroes caen en el negro abismo. Una obra maestra del suspense.
¿Conseguirá regresar a casa la tripulación?
¿Sobrevivirán nuestros amigos?
Sí, sería buen lugar para una pausa. Además estoy cansado y me duele todo. Necesito pedir ayuda para llegar al cubo que hay en el rincón de este sitio húmedo y hacer mis necesidades.
Pero no me detendré aquí. Hay un lugar mejor, un poco más abajo en la corriente del tiempo.

El *Sueño de Wuphon* caía lentamente, girando, y los haces de luz barrían una pared rocosa que evocaba una inmensa tumba. Nuestra tumba.
Soltamos la mitad del lastre, reduciendo la velocidad, hasta que una corriente empezó a arrastrar el *Sueño* con mayor celeridad. Soltamos el resto, pero sabíamos que nuestra única posibilidad de salir con vida era que Uriel supiera reaccionar, y que un centenar de cosas más funcionaran mejor de lo que cabía esperar.
Cada cual se conciliaba con la muerte a su manera, a solas, en-frentándose al fin inminente de nuestro drama.
Yo echaba de menos a mis padres, lloraba con ellos, pues mi pérdida era tan lamentable para mí como lo sería para ellos, aunque yo no tendría que soportar durante años la pena que ellos sobrellevarían por culpa de mi absurda sed de aventuras. Acaricié a Huphu, gutureando, mientras Ur-ronn silbaba un lamento de las praderas y Huck unía todos los ojos mirando hacia dentro, supongo que hacia su vida.
De repente, Pinzón gritó una palabra que fue más fuerte que nuestros temores. Una palabra que él había pronunciado antes, demasiadas veces, pero nunca así. Nunca con tanta reverencia y admiración.
—¡Monstruos! Y de nuevo, con creciente terror y alegría:
—¡Monstruos!
Nadie ha respondido a mi llamada. Estoy tendido aquí, con la espalda tiesa, necesitando ese cubo. Mi lápiz está gastado y casi no me queda papel, así que mientras espero bien podría llegar al momento realmente dramático de nuestro descenso.
Todo era confusión a bordo del *Sueño de Wuphon* mientras caíamos hacia nuestra perdición. Dábamos bandazos, golpeándonos contra el interior del casco,

contra manivelas, manijas, palancas y entre nosotros. Fuera de la nave, el panorama era una confusión de puntos fosforescentes bajo los haces eiks, más ocasionales atisbos de una pared rocosa. Luego fugaces visiones de algo más.
Algo... varias cosas... y grises. Movimientos ágiles, evasivos. Luego repiqueteos y roces contra el casco de la nave, seguidos por golpes fuertes en los flancos.
Pinzón seguía hablando de monstruos. Pensé que se había vuelto loco, pero Ur-ronn y Huck se apoyaban contra el vidrio, fascinadas por lo que veían. Había demasiado ruido, y Huphu me rascaba la dolorida espalda, pero distinguí claramente las palabras de Huck:
—¿Qué o quiénes podrán ser?
Entonces las formas giratorias se separaron, alejándose para ceder el paso a una nueva entidad que nos hizo jadear a todos.
Era enorme, mucho mayor que nuestro batiscafo, y nadaba con gracilidad, emitiendo un gruñido. Desde mi dolorosa prisión del fondo, no pude distinguir gran cosa excepto dos enormes ojos que parecían brillar sin ayuda de nuestras luces eiks.
Y la boca. Recuerdo haberla visto muy bien, mientras se abría para devorarnos.
El casco chirrió, y hubo más estampidos. Ur-ronn gritó cuando entró un chorro de agua que me empapó.
Paralizado de miedo, no fui capaz de detener mi febril cerebro el tiempo suficiente para tener un pensamiento claro; sólo tenía una tormenta de ocurrencias.
Eran fantasmas buyurs, pensé, que venían a castigar a los tontos que osaban invadir su reino.
Eran máquinas, armadas con vestigios que habían caído

en la Grieta desde mucho antes de los buyurs, en épocas tan antiguas que ni siquiera los galácticos alcanzaban a recordarlas.
Eran monstruos marinos nativos de Jijo, engendros del lugar más íntimo de ese mundo.
Estas y otras fantasías atravesaron mi desconcertado cerebro mientras miraba esas terribles fauces. El *Sueño* surcaba la corriente, como tratando de zafarse.
Las fauces nos envolvieron. Un borbotón nos lanzó contra un costado. Chocamos contra el interior de la boca de la bestia, estrellándonos con tal fuerza que el vidrio se resquebrajó. El punto de impacto se cubrió de escarcha. Ur-ronn gimió y Huck revolvió los tallos oculares.
Aferré a Huphu, sin hacer caso de sus zarpas hirientes, y aspiré aire rancio. Era repelente, pero era mi última oportunidad.
La ventana cedió mientras se partía la manguera de aire.
Las oscuras aguas de la Grieta invadieron nuestra astillada nave.

XXIV

EL LIBRO DE LA CUESTA

LEYENDAS

Tardamos veinte años en recobrar al primer grupo de irruptores humanos, una tribu numerosa que huyó a los páramos del sur de la Vaguada, tras rechazar el Convenio del Exilio que habían firmado sus dirigentes, poco antes de que el Tabernáculo *cayera a las profundidades. Se aventuraron en esa desolación, infringiendo la ley para escapar, y hubo que traerlos por la fuerza, porque no confiaban en los hoons ni en los traekis. Retrospectivamente este hecho parece irónico, pues fueron los qheuens y las urs quienes provocaron problemas a los colonos humanos durante dos siglos de guerra. ¿Por qué tantos terrícolas temían a los apacibles anulares, o a nuestros joviales amigos de hombros anchos y voz tonante? Los primos estelares de los traekis y los hoons debían de parecer muy diferentes cuando las primeras naves estelares de nuestros antepasados irrumpieron en los caminos de la galaxia Cuatro.*

Lamentablemente, la mayoría de los documentos de galactología desaparecieron en el Gran Incendio. Pero otras versiones apuntan a la implacable hostilidad de los enigmáticos señores jophur, quienes desempeñaron un papel decisivo en el Secuestro de Mudaun. Esa atrocidad, un ultraje ejecutado con implacable precisión y determinación, condujo al éxodo del Tabernáculo. *Son rasgos que no se observan en los traekis de la Cuesta.*

También se dice que había hoons en Mudaun, y las crónicas los describen como seres amargos, serviciales, infelices. Una raza de severos contables dedicados al control demográfico y a controlar la tasa de natalidad de otras razas, sordos a los ruegos de piedad o tolerancia.
¿Podría alguien reconocer, en estas descripciones, a los dos miembros más informales de los Seis?
Con razón los hoons y los traekis parecen sentir tan poca nostalgia de aquellos tiempos en que volaban como dioses del espacio.
Anales de la Comuna jijoana.

SARA

Mientras el alba blanqueaba el cielo del este, fatigados viajeros entraron en el oasis de Uryutta al cabo de una larga noche de marcha por la tórrida planicie de Warrill, un sediento cortejo de asnos y simias, humanos y hoons. Hasta las peregrinas urs se acercaron a la orilla lodosa y hundieron las estrechas cabezas, esbozando gestos de disgusto ante ese sabor amargo.

El verano había cuarteado la estepa, cuando tórridos vientos encendían la hierba, provocando estampidas entre las manadas. Aun antes de la crisis actual, los viajeros eludían el sol del verano y preferían la fresca noche. En cualquier caso, las guías urs presumían de conocer la planicie al dedillo.

«Está bien para ellas —pensó Sara, hundiendo los pies doloridos en el manantial—. Una urs no se cae de bruces cuando tropieza con una piedra. A mí me gusta ver por dónde voy.»

La luz borrosa revelaba macizos contornos hacia el este. «Los Linderos», pensó Sara. La expedición mixta andaba a buen paso, apresurándose a llegar al Valle antes de que los acontecimientos llegaran a un desenlace.

Del lado positivo, estaba deseando ver a sus hermanos, y saber cómo le iba a Bloor con su idea. También podría encontrar asistencia médica para el forastero, siempre que fuera seguro presentarlo a los invasores. Una gran duda. Tampoco había desistido de ver las legendarias bibliotecas de los visitantes galácticos.

Aun así, había mucho que temer. Si los dioses de las estrellas planeaban liquidar a todos los testigos, sin duda comenzarían por el Valle. Ante todo, Sara temía llevar al

forastero a manos de sus enemigos. Ese hombre moreno y jovial parecía ansioso de ir, ¿pero entendía de qué se trataba?
Pzora suspiró mientras absorbía agua del arroyo, fatigado a pesar de haber viajado en un carro tirado por asnos. Un nuevo rewq cubría su anillo sensor. Era uno de los dos que Sara había comprado en Kan-du, para ayudar al boticario traeki a tratar al forastero herido. A ella no le interesaban tanto esas criaturas.
Un burbujeo alteró la superficie cerca del pie de Sara. Bajo la luz plateada de Loocen, distinguió a Hoja, descansando bajo el agua. El apresurado viaje había sido dificultoso para los qheuens rojos, y los azules como Hoja, así como para los humanos corpulentos que no podían montar en asno. Sara podía montar cada tantos midura. Incluso así, le dolía todo el cuerpo. «Me lo tengo merecido por llevar una vida tan sedentaria.»
Una ronca carcajada estalló en el sitio donde las guías urs apilaban hierba y estiércol para hacer una fogata. Vertieron sangre de simia en un recipiente, con pedazos de carne, y se pusieron a devorar ese guisado tibio y sanguinolento. El sonido del dulcémele del forastero acompañaba el vaivén de esas siluetas. Mientras, una cocinera hoon, orgullosa de su cocina multirracial, movió cacharros y espolvoreó condimentos hasta que el aroma de las especias superó el hedor del simia asado, lo cual despertó el apetito a Sara.
La mañana reveló montañas pardas y verdes en el horizonte. El forastero reía mientras trabajaba sin camisa, ayudando a Sara y los demás humanos en la tarea de levantar refugios de tela g'Kek, para proteger a los viajeros y las bestias durante el día abrasador. El hombre de las estrellas no necesitaba hablar para colaborar con los

demás.
«Dos días más —pensó Sara, mirando hacia el paso—. Ya casi hemos llegado.»
El oasis debía su nombre a una guerrera nómada que vivió poco después de la colonización urs. En aquellos tiempos, Uryutta huyó al este desde las ricas pasturas de Znunir, donde sus caciques habían jurado lealtad a las poderosas reinas grises. Rechazando el dominio qheuen contra toda lógica o esperanza, Uryutta condujo a sus camaradas rebeldes a ese desierto, para sanar sus heridas y organizar la lucha por la libertad.
Al menos, eso contaba la leyenda que Sara oyó esa tarde, después de dormir casi todo el día, soñando con agua clara y fresca. Despertó con una sed terrible. La calmó en el arroyo y se juntó con los demás para tomar otra comida.
Cuando faltaban unas horas para el anochecer, y bajo el plomizo
calor, los viajeros se reunieron en torno de una narradora de historias, acompañándose con golpes y el vaivén de sus colas trenzadas. Aun después de los libros y la impresión, las urs seguían prefiriendo la tradición oral, su extravagancia y sus variaciones improvisadas. Cuando la declamación llegó a la batalla del Puesto de Znunir, las cabezas alargadas se mecieron juntas, evocando tiempos pasados con la mirada de sus ojos triples.
Así la caballería rebelde dispersó
a los esclavos, y los cobardes cayeron
en la trampa tendida por Uryutta,
rodando entre alaridos por la Grieta del Hedor,
para mezclar allí mortíferos aromas
con su olor de miedo a la muerte.
Las oyentes manifestaron su desprecio por las traidoras

fingiendo que escupían en las cenizas. Sara tomó notas en el anticuado dialecto de la narradora, que había evolucionado a partir del gal-dos antes que llegaran los humanos.

Entonces giró Uryutta, así enfrentando
a las temidas tropas de las matronas grises,
acorazados machos que empuñaban armas de madera aguzada y relucían brillantes
chasqueando las pinzas, ansiosos de desgarrar piel
y descuartizarnos en aras de sus madres.

Las urs gruñeron, manifestando respeto por un enemigo excepcional, un sonido que los humanos oyeron en la tercera generación de su llegada, cuando lucharon para conquistar su lugar en el caos anterior a la Comuna.

¡Ahora! Nuestra cacique da la señal.
Sacad las armas, flamantes herramientas. Avanzad con lanzas largas, lomos fuertes,
acometed con golpes bajos.
Sobrellevad el peso, ahora. ¡Ya caen las pinzas relucientes!

Al principio Sara tuvo problemas para seguir la acción. Entonces comprendió la innovación de Uryutta, que usaba «lanzas largas», o estacas de bu, para derribar a la invencible infantería qheuen. Las voluntarias urs servían como puntos de apoyo vivientes, enfrentando
pinzas y un peso aplastante mientras sus compañeras braceaban, derribando un qheuen tras otro.

A pesar de la sanguinaria canción de vengativa matanza, Sara sabía que las victorias de la Uryutta histórica habían sido efímeras, pues los qheuens modificaron sus tácticas. Se necesitó otra generación —las herreras de monte Ardor— para expulsar a las tiranas grises de las praderas

altas. Y aun así, las reinas pusieron en jaque a la Comuna hasta que los humanos introdujeron nuevas destrezas en el arte de la guerra.
No todas las urs celebraban glorias pasadas. La jefa de la caravana y sus asistentes organizaban la siguiente jornada arrodilladas en un felpudo de piel de peko. Por sus gestos, se proponían evitar el próximo oasis para llegar a la precordillera al amanecer.
«Mis doloridos pies», pensó Sara.
La jefa irguió la cabeza cónica, chistando cuando un peregrino humano se aproximó a la salida de la tienda.
—Tengo que ir —explicó Jop, el granjero de Dolo.
—¿Orinando de nuevo? ¿Estás enfermo?
Jop se había pasado el viaje leyendo el Rollo del Exilio, pero ahora parecía de buen humor. Se echó a reír.
—Oh, no. Sólo he bebido demasiada agua del manantial. Es hora de devolvérsela a Jijo, nada más.
Sara volvió a ver burbujas en el arroyo. Hoja estaba sumergido, mojándose para la dura marcha. ¿También prefería no oír el relato de una victoria sobre los qheuens?
Sara miró en torno.
Kurt el demoledor usaba un compás para trazar líneas sobre unas hojas de papel, haciendo que la hija de un papelero sufriera mientras tiraba una hoja tras otra. Más cerca de Sara, Prity también dibujaba figuras abstractas, más económicamente, en la arena. Acariciándose la peluda barbilla, consultó un texto de topología que Sara había llevado de Biblos.
«Vaya, qué caravana tan intelectual —observó Sara—. Un aspirante a sacerdote, un diseñador de explosivos, una chimpancé interesada en la geometría y una matemática en decadencia, todos yendo hacia una posible destrucción.

Y nuestra lista de rarezas no termina ahí.»
El forastero había dejado el dúlcemele para observar al sobrino de Kurt, el joven Jomah, mientras jugaba a la Torre de Saigón con un vendedor de sal qheuen, un par de bibliotecarios de Biblos y tres peregrinos hoons. El juego consistía en mover anillos de color en un ruedo hexagonal. El objetivo era formar una pila de anillos en el orden correcto, el mayor abajo, el más pequeño arriba. En el juego
avanzando, donde los colores y diseños correspondían a atributos traekis, había que combinar los rasgos para formar un traeki ideal.
Pzora parecía más interesado en la narradora que en el juego. La Torre de Saigón no parecía ofender a los traekis, aunque imitaba su singular modo de reproducción.
—¿Ves? —le dijo el niño al extranjero—. Hasta ahora tengo aletas de pantano, un núcleo, dos anillos de memoria, un oledor, un pensador y un mirador.
El humano de las estrellas parecía entenderle. Observaba al aprendiz de demoledor con una expresión de interés inteligente. Tal vez percibiera la voz de Jomah como notas musicales.
—Estoy esperando una base mejor antes de permitir que mi traeki se desplace en tierra. Pero Horm-tuwoa se quedó con un toroide caminador al que yo le había echado el ojo, así que tendré que usar aletas.
El hoon que estaba a la izquierda del niño gutureó con satisfacción. Había que pensar deprisa, para jugar a la Torre de Saigón.
Constrúyeme una casa de ensueño, amor mío,
de catorce pisos de altura.
Sótano, cocina, dormitorio y baño,

y te amaré hasta que me muera.
Jomah y los demás miraron al forastero, que se echó a reír. «Está mejor», pensó Sara. Aun así, le resultaba turbador que ese hombre entonara canciones relacionadas con lo que estaba sucediendo.
Con un destello en los ojos, el forastero esperó a que los demás se concentraran nuevamente en su juego. Luego codeó a Jomah y le señaló una pieza que se podía retirar de la caja de reserva. El chico miró el extraño toroide llamado corredor, y en su esfuerzo por sofocar un grito de alegría tosió mientras el moreno terrícola le palmeaba la espalda.
«¿Cómo lo ha sabido? ¿Juegan a la Torre de Saigón entre las estrellas?» Había imaginado que los dioses del espacio hacían cosas de dioses. Era alentador saber que podían practicar juegos sencillos con piezas que eran símbolos duraderos de la vida.
«Desde luego, los juegos necesitan ganadores... y perdedores.»
El público aplaudió cuando la narradora terminó de recitar y bajó de la plataforma para recibir su recompensa: una humeante taza de sangre. «Lástima que me perdí el final», pensó Sara. Pero era probable que lo oyera de nuevo, si el mundo duraba más allá de ese año.
Como nadie más ocupaba el escenario, varias urs se dispusieron a salir de la tienda para mirar sus animales y prepararse para el viaje de
esa noche. Se detuvieron cuando apareció una nueva voluntaria. Eira Ulgor, la calderera que había acompañado a Sara desde la noche en que llegaron los incursores. El público se reunió alrededor de la tarima mientras Ulgor se ponía a recitar en un dialecto aún más antiguo que el

anterior.

Naves llenan vuestros pensamientos hoy.
Fieras, silentes naves
llenan vuestros sueños hoy.
Lejos de todos los mares de agua.
Naves enturbian vuestra mente hoy,
en número infinito.
Naves os intimidan hoy,
más vastas que montañas.

Un murmullo de consternación. La jefa de la caravana estiró el largo pescuezo. Éste era un tema infrecuente en un grupo mixto, y a menudo se consideraba de mal gusto. Varios peregrinos hoons se volvieron para mirar.

Naves urrish-ka,
clan reverenciado.
Naves de la hueste urs,
clan que exige venganza.

Fuera de mal gusto o no, una historia era sagrada hasta estar completa. La jefa arrugó los belfos para demostrar que ella no tenía nada que ver con aquello, mientras Ulgor seguía evocando una época muy anterior a la colonización de Jijo, una época de flotas espaciales que luchaban por doctrinas incomprensibles, usando armas de increíble poder.

Estrellas llenan tus pensamientos hoy.
Naves grandes como cumbres montañosas,
que hacen temblar astros
con relámpagos del tamaño de planetas.

Sara se preguntó a qué venía todo esto. Ulgor siempre había sido diplomática en su trato. Ahora parecía empeñada en provocar una reacción.

Los hoons se aproximaron, con más curiosidad que

enfado. Aún no era seguro que Ulgor se propusiera reavivar viejos rencores, disputas eran tan antiguas que las luchas con los qheuens y los hombres de Jijo perdían toda importancia.
En Jijo, las urs y los hoons no competían por sus hábitats. No había motivo alguno para el conflicto. Costaba imaginar a sus antepasados despanzurrándose en el espacio.
Hasta la partida de Torre de Saigón fue abandonada. El forastero observó los ondulantes movimientos del pescuezo de Ulgor, siguiendo el ritmo con la mano derecha.

Vosotros, nativos
de engreída ignorancia,
mentes planetarias,
¿osáis imaginarlo?
¿Podéis vosotros,
mentes planetarias, concebir
agujeros del espacio
donde moran entidades?

Varios hoons guturearon de alivio. Tal vez esto no se trataba de antiguas luchas entre sus antepasados y las urs. Algunos poemas épicos espaciales hablaban de paisajes sobrecogedores que recordaban aquello que los Seis habían perdido pero podrían recordar algún día, irónicamente, mediante el olvido.

Evocad con vuestra mente temerosa,
aquellas naves, que gélidamente
navegan hacia los portales de la gloria,
ignorantes del destino.

Si la primera poeta había sido fogosa al describir glorias sangrientas, Ulgor era fríamente carismática, cautivando al público con asentimientos y silbidos rítmicos, evocando

esencias puras. Sara dejó su libreta, fascinada por paisajes de sombra y resplandor, por vastos confines espacio-temporales y naves relucientes más numerosas que las estrellas. Sin duda la historia había crecido a través de sus múltiples versiones. Aun así, colmaba el corazón de Sara con repentina envidia.

«Los humanos nunca subimos tan alto antes de nuestra caída. Ni siquiera en nuestro mejor momento llegamos a poseer flotas de poderosas naves estelares. Eramos lobeznos. Toscos en comparación.»

Pero ese pensamiento se disipó mientras Ulgor continuaba su canto rítmico, presentando fugaces imágenes del infinito. Describió una gran armada que navegaba hacia una guerra gloriosa en una oscura región del espacio. Un ámbito misterioso y mortífero, como la guarida de una araña reductora. Un lugar que los viajeros prudentes evitaban, pero no la almirante de esta flota. Considerándose invencible, trazó un curso para sorprender a sus enemigos, negándose a desviarse.

Desde un núcleo
se extiende la hélice
tendiendo
a través de enjambres
negro
de la fortuna,
su trampa
de inquietas estrellas.

Sara regresó al presente cuando alguien le tiró del brazo. Parpadeó. Prity le apretó el codo hasta hacerle daño.

—¿Qué es? —preguntó Sara.

Soltándola, su asistente chimpancé le hizo una seña.

«Escucha. Ahora.»

Sara iba a replicarle que eso estaba haciendo, pero comprendió que Prity no se refería al relato.
Trató de olvidarse del murmullo hipnótico de Ulgor y detectó un murmullo que venía de afuera.
Los animales. Algo los molesta.
Los simias y asnos tenían su propio refugio camuflado a poca distancia. A juzgar por el murmullo, las bestias no estaban asustadas, pero tampoco tranquilas.
El forastero también lo notó, al igual que un par de bibliotecarios y un qheuen rojo. Todos retrocedieron, mirando en torno nerviosamente.
La jefa de la caravana se había sumado a la multitud de oyentes urs, perdidas en un tiempo remoto. Sara avanzó para advertir a la jefa —con cuidado, pues las urs eran irascibles—, pero en ese mismo instante el pescuezo de la jefa se puso tenso. La matrona urs llamó a dos asistentes, y golpeó a una tercera para devolverla a la realidad. Las cuatro se levantaron y trotaron hacia la salida.
Se detuvieron cuando unas formas fantasmagóricas se perfilaron contra la tela del pabellón, perfiles centauroides que se aproximaban sigilosamente, empuñando herramientas afiladas. Una lugarteniente relinchó mientras estallaba el caos por todas partes.
Se desató una terrible confusión. Hojas relampagueantes rasgaron la tienda. Urs con pintura de guerra entraron por las brechas con espadas, picas y ballestas, todas con punta de broncíneo metal buyur, empujando a los asustados viajeros hacia el centro. Prity abrazó la cintura de Sara mientras el joven Jomah se le aferraba del otro lado. Sara abrazó al joven, aunque no sirviera de mucho.
¿Guerreras urs? Pero esas guerreras no se parecían a la parda caballería que realizaba pintorescas maniobras en

los festivales del Día del Descenso. Trazos hollinosos les cubrían el flanco. En su semblante había una adusta determinación.
Una lugarteniente corrió hacia el puesto donde guardaban las armas, destinadas principalmente a ahuyentar liggers, khoobras y ladrones. La jefa de la caravana gritó en vano mientras la joven se lanzaba hacia una ballesta cargada. La urs cayó sobre el puesto, patinando en un charco de sangre, acribillada por dardos, a los pies de una guerrera pintada.
La jefa de la expedición maldijo, arrepentida de su negligencia. A pesar de los rumores de que había problemas en los confines de las praderas, los hábitos de la paz eran difíciles de romper, sobre todo en la ruta principal. Su valiente y joven colega había pagado el precio.
—¿Qué queréis? —preguntó en gal-dos—. ¿Tenéis una jefa? ¡Que muestre su hocico (criminal), si se atreve a hablar!
Por la entrada de la tienda irrumpió una corpulenta guerrera urs, pintada con dibujos ondulantes. Pasó sobre la sangre de la lugarteniente, deteniéndose frente a la jefa de la caravana. Tenía ambos marsupios llenos, uno con un esposo cuya pequeña cabeza asomaba bajo el brazo de la guerrera. El otro marsupio, azul con venas lechosas, estaba hinchado con un vastago por nacer.
Una matrona plena no era proclive a la violencia, a menos que la impulsaran el deber o la necesidad.
—No eres quién para juzgar nuestra (loable) osadía —jadeó en un envarado y antiguo dialecto—. Tú, que sirves a (indignos) instructores con demasiadas patas, o demasiado pocas, no reúnes condiciones para evaluar a

este grupo de hermanas. Tú única posibilidad es someterte (obsequiosamente), de acuerdo con el (reverenciado) código de la pradera.
La jefa de la caravana la miró con sus tres ojos.
—¿Código? No estarás hablando de esos (arcaicos, irrelevantes) ritos que usaban antiguas (bárbaras) tribus, cuando...
—El código de guerra y fe entre tribus (nobles, fieles a su naturaleza). ¡Confirmado! El camino de nuestras (reverenciadas) tías, que se remonta a varias generaciones antes de que se instalara la (reciente, despreciable) corrupción. ¡Confirmado! Una vez más, pregunto/demando... ¿te sometes?
La confundida jefa de la caravana negó con la cabeza, al estilo humano, resoplando como un hoon. Con una aspiración baja, murmuró en ánglico:
—Hrrrm. Es descabellado que un adulto mate for...
La jefa saltó sobre ella, retorciéndole las patas delanteras hasta
tumbarla con un gruñido de dolor. A cualquier vertebrado de la Tierra se le habría partido el espinazo.
La guerrera miró a los peregrinos con hostilidad. Los asustados prisioneros se apiñaron. El olor del miedo de varias especies causaba mareo. Sara abrazó a Jomah para protegerlo.
—De nuevo pregunto/demando. ¿Quién se someterá (sin reservas) en nombre de esta (despreciable) tribu?
Pasó un dura. Una lugarteniente salió del círculo, tal vez empujada desde atrás.
Movió el pescuezo y frunció un belfo con temor mientras se aproximaba a la guerrera pintada. Temblando, se agazapó y arrastró la cabeza por el suelo hasta apoyarla entre los

cascos delanteros de la guerrera.
—Bien hecho —comentó la guerrera—. Haremos de ti una guerrera (apenas aceptable). En cuanto a los demás, me llamo UrKachu. En recientes (estúpidos) tiempos, era conocida como alta tía del clan del Casco Salado, un título inútil y honorario, despojado de (auténtico) poder o gloria. Hoy, desterrada de ese (clan) ingrato, codirijo este nuevo grupo de primas-camaradas. Unidas, resucitamos una de las (grandes, reverenciadas) sociedades guerreras, las urunthai.
Las demás guerreras alzaron sus armas con un grito penetrante. Pocos humanos ignoraban ese nombre, temible por su pasado.
—Hemos hecho esto porque nuestras (presuntas) tías y sabias han traicionado a nuestra gloriosa raza, cayendo en una (aborrecible) trampa humana. Un plan de exterminio, trazado por delincuentes alienígenas.
Abstractamente, Sara reparó en que la guerrera estaba perdiendo el control de sus antiguas frases en gal-dos, incurriendo en un tono más moderno, insertando palabras en su odiado ánglico.
UrKachu inclinó la cabeza hacia los peregrinos, buscando hasta detenerse en un humano alto y moreno. El forastero.
—¿Es él? ¿El demonio de las estrellas?
El hombre del espacio sonrió, como si una muerte sangrienta pudiera disipar su buen humor. Esto contuvo momentáneamente a la urs.
—¿Es el hombre (escogido, buscado)? —continuó—. ¿Pariente del cielo de esos demonios bípedos con quienes hemos convivido por (largas, sufrientes) generaciones?
Como si tratara de percibir una nueva forma de vida, el herido se puso el rewq sobre los ojos y luego se lo quitó,

comparando perspectivas sobre la guerrera urs.
Tal vez, al no hallar significado en las palabras, lo encontrara en esa turbulencia de colores cargados de emoción.
Habló una nueva voz, suave y magnética.
— Es él —confirmó Ulgor, saliendo de la multitud, dirigiéndose hacia UrKachu. Como el forastero, Ulgor no demostraba ningún temor— . Es el trofeo (prometido), traído de la lejana Villa Dolo. Una sabia humana confirmó recientemente que es un demonio de las estrellas y no ha nacido en Jijo.
Mientras los peregrinos se angustiaban ante la traición de Ulgor, UrKachu pateó de alegría.
—Los del espacio pagarán (caro) su regreso. Por él quizá nos ofrezcan algo valioso... la supervivencia de algunas urs de Jijo (no de todas).
Muchas preguntas hallaban respuesta. El motivo de este ataque, así como la cautivadora exposición de Ulgor, destinada a mantener a la caravana dentro mientras las urunthai asumían sigilosamente sus posiciones.
Una nueva voz intervino, hablando en ánglico.
—No olvidéis, amigas, que exigiremos un poco más que eso.
Un humano estaba en la desgarrada entrada. Cuando la figura se alejó del resplandor del atardecer, reconocieron a Jop, el granjero de Dolo.
—Necesitaremos una lista entera de cosas si ellos quieren recuperar a su muchacho sano y salvo. —Jop miró la cabeza herida del forastero—. O tan sano como podrá estar este pobre vegetal.
Sara comprendió. «Salió para llamar a los atacantes mientras Ulgor nos distraía.»

Una extraña alianza. Un purista humano colaborando con fanáticas urs que tomaban su nombre de la antigua y antiterrícola sociedad urunthai.
Una alianza frágil, por lo que Sara oyó cuando UrKachu le murmuró a Ulgor en un aparte:
—¿No sería todo más fácil sin él?
La guerrera pintada se calló bruscamente cuando Ulgor la pateó sin que la vieran las demás urs.
Sara apartó a Jomah y Prity, ocultándolos en la multitud antes de dar un paso adelante.
—No podéis hacer esto —dijo. Jop sonrió hoscamente. —¿Y por qué no, ratón de biblioteca? Le costó hablar sin temblores.
—Porque quizás él no sea uno de los ladrones de genes. Tengo motivos para creer que *quizá,* sea su enemigo.
Ulgor miró al forastero, asintiendo.
—Una fosibilidad sin imfortancia. Lo que cuenta es que tenemos mercancía fara vender, y fodemos fonerle frecio.
Sara imaginaba ese precio. Para UrKachu, un regreso a los días
gloriosos, lo cual no era incompatible con el propósito de Jop de volar presas, máquinas y libros, acelerando la Senda de la Redención.
Ninguno de los dos parecía temer la posibilidad de una nueva guerra, tan claro era su mutuo desprecio. Por el momento, eso no importaba.
«Estamos en manos de dementes —pensó Sara—. Necios que nos llevarán al desastre.»

Y ahora regresa la nave rothen, después de sondear el espacio con propósito desconocido.
De vuelta para recoger su estación y su equipo de analistas biológicos.
De vuelta para recoger un tesoro de genes robados.
De vuelta para encubrir su crimen.
Sólo que la estación ahora es una ruina retorcida. Una rothen y un humano del cielo yacen sin vida sobre improvisados féretros, mientras los sobrevivientes juran coléricamente que habrá una represalia.
Si alguien dudaba antes de su intención, anillos míos, ¿cómo puede seguir cuestionándosela? Es seguro que nos castigarán. Sólo quedan en duda los medios y el alcance.
Esto deseaban los celotes. Basta de confusión. Basta de insinuaciones, de tiernas y embusteras promesas. Sólo la limpieza de la plena oposición, por escasa que sea nuestra capacidad de resistencia. Que nos juzguen, exigen ellos, por nuestro valor y nuestra fe, no por nuestra vacilación.
La caliente estrella surca el cielo del alba, aproximándose, un ángel —o demonio—- de venganza. ¿Los que están a bordo ya saben qué sucedió? ¿Ya están planeando la tormenta que nos arrasará?
Los celotes arguyen que debemos capturar a los sobrevivientes —Ro-kenn, Ling y Rann— como rehenes para proteger a todos los miembros de la Comuna. Y al otro hombre de las estrellas, Kann, cuando su aeronave regrese a la arrasada base.
Nuestra horrorizada sabia qheuen, Intuición Acerada, ataca la lógica de los celotes.
—¿Queréis acumular varios crímenes? ¿Acaso estos

invasores nos han hecho daño? ¿Asestaron el primer golpe, con sus clínicas y
sus trabajos bien remunerados? Habéis asesinado a dos de ellos partiendo de meras especulaciones. ¿Ahora queréis secuestrar al resto? Imaginemos que los de la nave accedieran a vuestras exigencias y os prometieran que no atacarían a los Seis. ¿Qué les impedirá cambiar de opinión una vez que liberemos a los rehenes?
—¿Quién dice que los liberaremos? —responde la jefa urs de los celotes—. Que permanezcan con nosotros, una disuasión viviente para la maldad de los invasores.
—¿Y después? ¡Qué tontería pensar en una vida! Los dioses de las estrellas piensan a largo plazo. Pueden matarnos ahora o dentro de cincuenta años, sin modificar en absoluto sus planes.
Algunos curiosos asienten. Para otros, sin embargo, es como si la sabia hubiera hecho una broma sutil. Se ríen de varias maneras, y gritan:
—Es una gran diferencia para los que están vivos.
—De todos modos —añade la dirigente urs—, te equivocas al decir que no nos habían atacado, ni intentado (canallesco) daño. Al contrario, nuestra (justificada) hazaña explosiva detuvo su (ruin) plan justo a tiempo.
El sucio y fatigado Lester Cambel está sentado en una piedra cercana. Levanta la cabeza.
—¿Qué quieres decir?
—Quiero decir que ese (traicionero) intento consistía en iniciar un programa de aniquilación, fomentando la guerra (fratricida) entre los Seis.
Los presentes asimilan esta información en silencio.
—¿Puedes demostrarlo? —pregunta Intuición Acerada.
—Hay pruebas fehacientes (irrefutables) en camino. Pero

primero, ¿no deberías oír el testimonio (favorable) de tu propio colega sabio (reverenciado)?
Reina la confusión, hasta que Phwhoon-dau se levanta y se adelanta para hablar. Nuestro colega hoon ha guardado un extraño silencio y ha participado poco en los acontecimientos, salvo para llevar a Vubben cuesta abajo desde esa malhadada peregrinación. Ahora yergue la espalda larga y escamosa como si se aliviara de un gran peso.
—He tenido muy poco tiempo para meditar sobre estos asuntos —declara.
—Tú estarías meditando durante toda una era geológica, querido amigo —bromea afablemente Lester Cambel—. Hasta tu reflexión más superficial supera las de todos nosotros, excepto el Huevo. Por favor, háblanos.
Un sonido profundo surge del vibrante saco laríngeo de Phwhoon-dau.
—Hrrrm. Durante casi dos jaduras, he llevado cuidadosos registros de declaraciones hechas por nuestros invitados del espacio, especialmente las formales, que parecían escritas por otra persona para que las transmitieran los humanos del cielo. Tenía varias obras lingüísticas de referencia procedentes de Biblos, que a veces consulto cuando juzgo disputas entre individuos de diferentes razas, que hablan diferentes lenguas. A pesar de la involución de nuestros dialectos locales, estas obras contienen útiles esquemas relacionados con la sintaxis y el significado variable. No pretendo ser un experto, sólo alguien que ha adquirido ciertos conocimientos prácticos para analizar las declaraciones de los incursores.
—¿Has llegado a alguna conclusión?
—Hrrrm. No, sólo he encontrado correlaciones. Que tal vez

indican una posible intención.
—¿Intención?
—Intención. Hrrrm. De instar a la división.
Ur-Jah habla desde el lugar donde yace exhausta después del inútil esfuerzo de rescate, buscando supervivientes entre las humeantes ruinas de la estación.
—No es la frimera vez que se desfierta una sosfecha. Todos tenemos anécdotas acerca de comentarios de afariencia inocente que al frincipio finchan levemente, como una mosca shaedo, foniendo huevos que infectan una herida que nunca sana. ¿Ahora dices que existe coherencia? ¿Que fue farte de un flan deliberado? ¿For qué no hablaste antes?
Phwhoon-dau suspira.
—Un buen investigador no publica datos provisionales. Además los incursores no parecían saber que hemos conservado la aptitud de analizar el sentido de las frases. O más bien, que la redescubrimos con la Gran Edición. No veía razones para revelar este extremo prematuramente.
Se encoge de hombros como un traeki, con un vaivén de izquierda a derecha.
—Me convencí cuando Ro-kenn nos habló durante la peregrinación. Sin duda también otros han sospechado que su objetivo era producir brotes de discordia con sus palabras.
—¡Claro que sí! —gruñe Lester Cambel. Muchos humanos asienten, como para convencer a otros de su sinceridad. Las urs patean el suelo con incertidumbre, sus nervios deshechos después de esta larga noche. Sólo los hábitos de la reciente Paz han logrado mantener la calma hasta ahora.
—El dialecto formal de galáctico siete utilizado por el dios

ro-then —continúa Phwhoon-dau— deja poco espacio para la ambigüedad. Las desconcertantes palabras de Ro-kenn sólo pueden tener dos interpretaciones posibles. O bien carece de tacto en un grado que su-pera toda estupidez, o bien desea provocar una campaña genocida contra el sept humano.
—¿Contra sus amados fufilos? —pregunta Ur-Jah incrédulamente.
—Eso es irrelevante. Aunque la afirmación rothen sea cierta, ¿por qué iban a preocuparse por una pequeña y aislada banda de humanos primitivos, genéticamente endógamos y varios siglos retrasados, quizá hasta defectuosa, psicológicamente retrógrada, contaminada por...?
—Ya hemos entendido —interrumpe Lester—. Pero en ese caso, ¿por qué ensañarse con nosotros?
Phwhoon-dau interpela a nuestro par humano con un gutureo de disculpa.
—Porque entre los Seis, el sept humano es el que conserva mayores conocimientos tecnológicos, el que mejor recuerda los hábitos galácticos y el que más domina el arte de la guerra.
Los qheuens y las urs murmuran, pero no hay desacuerdo. Todos recuerdan el Desfiladero de la Batalla, la emboscada de Townsend, el sitio de Villa Tarek.
—Todos estos factores convierten vuestra especie en el primer blanco obvio. Además, existe otra razón: el efecto que vuestra raza ha tenido sobre todos nosotros. Como recién llegados, cuando vuestro rango era inferior, nos disteis vuestro único tesoro: la biblioteca. Después de vuestras grandes victorias, cuando vuestra jerarquía era la más baja, rechazasteis privilegios de dominio, respetasteis

a los sabios y aceptasteis los límites impuestos por la Gran Paz. Esta historia de moderación os vuelve peligrosos para los planes rothens. ¿De qué sirve instar a la guerra si las víctimas optan por no luchar?

Sí, anillos míos, observamos la reacción de la muchedumbre. Un silencio mientras Phwhoon-dau evoca imágenes de reconciliación, apagando dulcemente las chispas del resentimiento. Es una obra maestra de mediación.

—Una vez desaparecido el sept humano —continúa Phwhoon-dau—, sería simple alentar el rencor entre los demás, fingiendo amistad, ofreciendo asistencia. Entregando plagas artificiales, por ejemplo, permitiendo que cada raza obtenga métodos para atacar a sus enemigos con enfermedades mortíferas. En menos de una generación la tarea estaría completa. Los escasos datos que quedaran en el suelo de Jijo sólo indicarían que seis razas irruptoras cayeron en la ruindad sin llegar nunca a la redención.

Esta descripción provoca un inquieto silencio. Tú, nuestro escéptico segundo anillo cognoscitivo, pareces dispuesto a sugerir fallos en el razonamiento de Phwhoon-dau. Pero nosotros votamos la moción de almacenar tus aprensiones en cera. Ahora no son necesarias.

—Desde luego, nada de esto está demostrado —concluye Phwhoon-dau, volviéndose hacia la dirigente celóte—. Tampoco justifica los horrores que hemos visto esta noche, perpetrados precipitadamente, sin consultar a los sabios ni a la Comuna.

La rebelde urs yergue la cabeza para mirar hacia el este por encima de la multitud. Con un bufido satisfecho, se vuelve hacia Phwhoon-dau.

—Aquí llega nuestra frueba —susurra. El alba revela figuras polvorientas que cabalgan desde el Valle Sagrado—. Aquí llega nuestra justificación.

Harullen llamó desde el linde del cráter.
—¡Será mejor que subáis! Alguien os pillará y eso nos traerá problemas. Además, creo que está pasando algo.
El agotamiento físico y emocional había afectado el pulido acento del aristócrata gris. Hablaba frenéticamente, como si oficiar de vigía fuera tan arriesgado como internarse en ruinas peligrosas.
—¿Qué sucede? —inquirió Uthen. Aunque primo del qheuen, el biólogo parecía pertenecer a otra especie, con su caparazón manchado de ceniza pegajosa—. ¿Han enviado un robot?
Harullen no ocultó su preocupación.
—No, las máquinas aún protegen a Ro-kenn, los dos humanos y los cadáveres, todos rodeados por una multitud de seguidores. Me refiero a una conmoción en el sitio donde se han reunido los sabios. Parece que han llegado más celotes. Hay mucho movimiento. Sin duda nos estamos perdiendo noticias importantes.
«Es posible que tenga razón», pensó Lark. Pero se negaba a marcharse. A pesar del hedor, del calor y de los tocones de metal —y del peligro a que lo exponía su propia fatiga—, el alba facilitaba la tarea de registrar las ruinas en busca de algo que les proporcionara más datos.
¿Cuántas veces había visto a Ling entrar por la rampa que conducía a ese recinto secreto, preguntándose qué había dentro? Ahora era un infierno chamuscado.
«Yo ayudé a los celotes —recordó—-. Les di copias de mis informes. Sabía que harían algo. Pero nunca imaginé un acto tan brutal.»
Tampoco los dioses de las estrellas, que no habían

adivinado que esos primitivos aún podían saber algo sobre explosivos.
«No hicieron las preguntas correctas.»
—¡Os digo que algo ocurre! —insistió Harullen—. Los sabios se mueven... van a ver a los incursores.
Lark miró a Uthen y suspiró.
—Parece que esta vez es serio.
Su amigo guardaba silencio, de pie en el mismo lugar.
—Lark, ¿quieres venir a ver esto? —replicó al fin con un murmullo.
Lark conocía ese tono. Habían compartido trabajos de campo cuando exploraban el pasado viviente de Jijo. Se dirigió hacia el qheuen, evitando soportes retorcidos y quemados, pisando con cuidado para no mover demasiado la ceniza.
—¿Qué es? ¿Has encontrado algo?
—No estoy seguro. —Uthen pasó al gal-seis—. Este símbolo me resulta conocido. Quizá tú puedas confirmar si lo hemos visto antes.
Lark se agachó junto a su amigo, escrutando una grieta donde aún no había entrado el sol. Allí vio un montículo de rombos, gruesos como su mano y con el doble de largo. Uthen había apartado unas máquinas fundidas, para revelar esa pila.
Un rombo estaba tan cerca que distinguió un símbolo trazado sobre su parda superficie.
Una espiral doble atravesada por una barra. ¿Dónde he visto...?
Lark metió la mano donde Uthen no podía llegar, tocó el rombo, lo recogió. Era increíblemente liviano, aunque en otro sentido podía ser el objeto de más peso que jamás hubiera tocado.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó.
Uthen cogió el rombo con su trémula pinza.
—¿Cómo podría no pensarlo? Hasta unos primitivos bestiales e involucionados reconocerían el símbolo de la Gran Biblioteca Galáctica.
La «prueba» yacía en la hierba. Los penetrantes ojos de Ro-kenn examinaron la maraña de cables y esferoides brillantes que los celotes habían bajado del nido del Huevo. Ese collar de extraños objetos aún estaba cubierto de barro. Lo habían sacado del sitio más sagrado de Jijo.
Dos grupos de curiosos formaban semicírculos, uno a favor de los sabios, el otro plantado con reverencia detrás del dios de las estrellas. Muchos del segundo grupo habían sido pacientes de la clínica de los incursores, o creían en su afirmación de que estaban por encima de la ley. Esos humanos parecían resplandecer con la fe que les inspiraban sus instructores, y los nuevos rewqs pintaban esa fe como un fuego intenso y rojo que les aureolaba la cara.
El rothen ya no manifestaba ira. Había recobrado su calma carismática, su serena indulgencia. Habló en correcto galáctico siete.
—Aquí no veo nada de interés. ¿Por qué me mostráis estas cosas?
Lark esperaba que la extremista urs, jefa de los celotes, respondiera, justificando la violencia de su grupo hacia los incursores. Pero la urs callaba, sumándose a una multitud de humanos y urs, consultando textos.
El sabio hoon, Phwhoon-dau, se adelantó para dirigirse al emisario rothen.
—Procuramos establecer si estas herramientas de alto conocimiento os pertenecen. Herramientas que nuestros

hijos encontraron durante el último giro del eje de Jijo. Herramientas que alguien enterró subrepticiamente, en estrecho contacto con nuestro amado Huevo.
Lark observó la reacción de Ling. Como la conocía bastante, no necesitaba un rewq para ver que ella reconocía el objeto y se abochornaba al sacar conclusiones. «Es todo lo que necesitaba saber», pensó Lark.
Ro-kenn no se inmutó.
—Supongo que vosotros lo pusisteis allí, tal como vuestros tontos rebeldes colocaron explosivos bajo nuestra estación.
Ling parpadeó sorprendida. No esperaba oírle mentir. Al menos no tan descaradamente, sin tiempo para preparar una buena representación.
Mirando a un lado, la mujer de las estrellas advirtió que Lark la observaba y desvió la mirada. Lark no estaba orgulloso de la satisfacción que sentía ante la inversión de sus posiciones morales. Ahora le correspondía a ella sentirse avergonzada.
—Usa tus instrumentos —le dijo Phwhoon-dau al rothen—. Analiza estos implementos. Encontrarás que la tecnología supera en mucho lo que podemos producir los Seis.
Ro-kenn se encogió de hombros.
—Tal vez pertenezcan a los buyurs.
—¿En ese lugar? —Phwhoon-dau gutureó burlonamente—. Hace sólo un siglo, ese valle ardió cuando afloró el Huevo. Estos zarcillos no habrían sobrevivido.
La muchedumbre murmuró.
Lark sintió un tirón en la manga. Bloor el retratista se había acercado por detrás, con cámara y trípode.
—¡Defame fotografiar desde abajo de tu brazo! —urgió el

fotógrafo.
Lark sintió pánico. ¿Se había vuelto loco? ¿Intentar esto abiertamente, con los robots alerta? Aunque el cuerpo de Lark lo protegiera, la gente lo vería de ambos lados. A pesar de la magistral actuación de Phwhoon-dau, ¿podían contar con la lealtad de toda esa multitud?
Con un suspiro, alzó el brazo izquierdo para que Bloor pudiera fotografiar el enfrentamiento.
—Entonces no tengo otra explicación para estos artefactos —respondió Ro-kenn—. Puedes especular todo lo que desees, hasta que llegue nuestra nave.
Haciendo caso omiso de la implícita amenaza, el sabio hoon continuó con un aire de calmo razonamiento.
—¿Acaso es necesario especular? Varios miembros de nuestros clanes aseguran haber visto que vuestros robots, en una reciente noche de niebla, sepultaban estos dispositivos bajo nuestra piedra sagrada.
—¡Imposible! —estalló Ro-kenn—. Ninguna forma de vida estaba en posición de ser testigo esa noche. Se tomaron todas las medidas necesarias para asegurar que no hubiera seres sapientes cerca cuando...
El emisario rothen se interrumpió ante la mirada sorprendida de los curiosos, pasmados de que un dios de las estrellas se dejara engatusar de esa manera.
«Debe de estar acostumbrado a salirse con la suya —pensó Lark—. Caer en semejante trampa.»
Recordó una idea extraña. Muchas culturas terrícolas, desde la antigua Grecia y la India hasta la Alta California, presentaban a sus dioses como adolescentes malcriados y temperamentales.
¿Sería memoria racial? «Tal vez estos tipos sean realmente nuestros instructores, a pesar de todo.»

—Gracias por la corrección —replicó Phwhoon-dau con una reverencia—. Sólo he dicho que alguien lo aseguró. Reprenderé a quienes lo insinuaron. Aceptaremos tu palabra de que no hubo testigos en la noche en que, como ahora admites, tus robots enterraron estos dispositivos junto a nuestro Huevo. ¿Dejamos ese detalle y hablamos del porqué?
Ro-kenn parecía enfurecido por su error. El rewq de Lark mostró una onda descolorida en su frente.
Entretanto, Bloor manifestó satisfacción mientras tomaba otra foto, cubriendo la placa expuesta. «Márchate», pensó Lark, pero fue en vano.
—Creo que esta reunión no cumple ningún propósito —declaró el rothen. Dio media vuelta para marcharse, pero se detuvo cuando
quedó ante el cráter donde antes estaba la estación, recordando que no tenía adonde ir.
Claro que Ro-kenn podía montar en un robot y echar a volar. Pero mientras no llegaran la aeronave ni la nave estelar, sólo podía dirigirse al desierto. No tenía ningún refugio fuera de aquel valle lleno de preguntas inconvenientes.
Un grito se elevó desde la multitud de urs y hombres que estaba a la izquierda. Un sonriente Lester Cambel se aproximó, agobiado por enormes volúmenes.
—Creo que lo hemos encontrado —anunció.
Se arrodilló con varios asistentes junto a uno de los nudos esferoidales que había al lado de la maraña de cables mientras un asistente abría la caja.
—Naturalmente, ninguno de nosotros sabe cómo funciona este ingenio —explicó Lester—, pero la tecnología galáctica es tan refinada y sencilla, al cabo de mil millones

de años, que la mayoría de las máquinas son fáciles de usar. A fin de cuentas, si los humanos pudieron pilotar una vieja nave estelar hasta Jijo, deben ser a prueba de idiotas.
Esa broma provocó risas en ambos lados de la multitud. Acercándose para observar, la muchedumbre no permitía que Ro-kenn y sus secuaces escaparan fácilmente.
—Suponemos que este dispositivo estaba destinado a activarse cuando los peregrinos estuvieran cerca del Huevo —continuó Cambel—, tal vez cuando termináramos la invocación. Quizá tenga un temporizador o un mando a distancia, tal vez una señal de radio.
Un asistente logró alzar la tapa.
—Veamos si encontramos algo parecido al interruptor manual que muestran en la página mil quinientos doce —dijo Lester, agachándose para consultar uno de los volúmenes abiertos.
Ro-kenn miró el libro, lleno de diagramas, como si viera una criatura mortífera. Lark notó que Ling lo miraba de nuevo. Esta vez parecía preguntarse cuántas cosas le habían ocultado.
Aunque ella no tenía rewq, Lark supuso que una sonrisa burlona serviría de respuesta.
«Supones demasiado, querida. Eso te cegó, impidiéndote hacer las preguntas correctas. También te mostraste condescendiente, cuando pudimos haber sido amigos.»
De acuerdo, tal vez fuera complicado transmitir todo eso con una expresión facial. Tal vez su sonrisa sólo dijera «¡Qué descaro! ¿Y me acusas a mí de ocultar cosas?»
—¡Protesto! —intervino Rann—. No tenéis derecho a tocar la propiedad de otros.
Phwhoon-dau gutureó suavemente.
—Hrrrn. ¿Entonces confesáis que estáis en posesión de

esta cosa, colocada sin permiso en nuestro lugar más sagrado?
Rann parpadeó. Le molestaba sentirse obligado a explicarse ante salvajes. Ni siquiera podía terminar la discusión mediante el uso de la fuerza. Los bosques estaban llenos de soldados. Los robots no eran ninguna garantía ante esa diferencia numérica. El confundido humano del cielo acudió a Ro-kenn.
Mientras deliberaban murmurando, Lester Cambel continuó.
—El propósito de este ingenio nos tuvo intrigados durante un tiempo. Afortunadamente, yo ya había hecho algunas investigaciones sobre tecnología galáctica, así que estaba familiarizado con los textos. Al fin lo encontré en la lista de emisores psi.
—Aquí está el interruptor, señor —dijo un ayudante—. Cuando quieras.
Lester Cambel se irguió, alzando ambas manos.
—¡Gente! He aquí mi primera y última advertencia. No sabemos qué vamos a activar. Supongo que nada fatal, pues nuestros huéspedes no salen huyendo a toda velocidad. Sin embargo, como no tenemos tiempo para experimentos cuidadosos, os aconsejo que os alejéis. Los más cautos pueden retroceder a gran distancia, tal vez dos veces el diámetro del huevo. Contaré hasta diez.
«Uthen quería quedarse a mirar —pensó Lark—. Pero yo le pedí que fuera a ocultar esos discos de biblioteca que encontramos. ¿Le hice un favor?»
Cambel respiró profundamente.
—¡Diez! ¡Nueve! ¡Ocho!
Lark nunca había visto que un g'Kek corriera más rápido que una urs. Pero al dispersarse la multitud, algunos

mostraban sorprendente prisa por partir. Otros se quedaban, acuciados por la curiosidad.
«El coraje es un rasgo que sella cualquier unión», pensó con orgullo.
—¡Siete! ¡Seis!
Ro-kenn se adelantó.
—Confieso ser dueño de este ingenio, el cual...
—¡Cinco! ¡Cuatro!
Ro-kenn elevó la voz.
—El cual consiste en instrumentos inocentes...
—¡Tres! ¡Dos!
—Su función era estudiar las emisiones de vuestro reverenciado y sagrado... —¡Uno!
—¡Ya!
Algunos humanos se cubrieron instintivamente los oídos, se encogieron y entornaron los ojos como si esperasen un fogonazo. Las urs se cubrieron los marsupios con los brazos, los g'Keks retrajeron los ojos mientras los qheuens y traekis se echaban al suelo. Los rewqs se contrajeron, huyendo de las intensas emociones que irradiaban sus huéspedes. Todos los presentes estaban a punto de descubrir qué era un emisor psi.
Lark trató de resistir los mensajes que le dictaba el instinto, imitando a Ling. La reacción de ella ante la cuenta regresiva era una extraña mezcla de furia y curiosidad. Entrelazó ambas manos, mirándolo a los ojos en el mismo instante en que el asistente de Cambel accionó un interruptor oculto.

La confusión inunda nuestro núcleo central, atravesando las junturas que me/nos unen, rezumando desconcierto como savia de un árbol herido.
¿Es posible que esta voz, esta declamación rítmica, sea lo que sabemos que no es?
Los dibujos del huevo nos han acariciado de muchas maneras. Este alboroto tiene elementos familiares, como el canto del Sagrado.
No obstante, también hay un retintín metálico, simplista, que carece de la sonoridad del Huevo.
Una subcadencia que nos atrae, rechinando como un apresurado quinteto de zarpas, reclamando nuestra atención.
De repente, me/nos unimos, sumergiéndonos en la extraña existencia de un ser unificado. Encerrado en un caparazón duro.
Surge un resentimiento pentagonal. Este «yo» está lleno de rabia.
¡Cómo se atreven a decirme que soy libre!
¿ Qué ley antinatural es el Código de la Comuna? ¿Esta regla que «libera» a mi especie de la dulce disciplina que conocimos, impuesta por nuestras gráciles reinas?
Nosotros que somos azules, nosotros que somos rojos, añoramos servir desde la hondura de nuestros palpitantes nódulos biliosos. Trabajar y luchar abnegadamente, respaldando las ambiciones dinásticas grises. ¿No sucedía así entre las estrellas, y antes?
¿La tradición de los qheuens?
¿Quién se atrevió a poner fin a esos magníficos días, imponiendo extrañas nociones de libertad en caparazones

demasiado rígidos para esa droga mortífera llamada libertad?
Los humanos se atrevieron a imponer esos pensamientos, desestabilizando la unión de nuestras ordenadas colmenas. Suya es la culpa, la deuda que deben pagar.
¡Y pagarán!
Después de eso saldaremos otras cuentas.
Me/nos contorsionamos, experimentando el afán de agazaparnos para correr con cinco fuertes patas. Patas destinadas a servir. No a un mero nido, enquistado detrás de una mísera represa, ni a una vasta abstracción como la Comuna, sino a majestuosas matronas grises, nobles, bellas y fuertes.
¿Por qué esta vivida percepción inunda nuestro deslumbrado núcleo?
Debe de ser un artificio rothen... el dispositivo psi... parte de su plan para influir sobre todas las razas de los Seis. Nos engatusan para que hagamos su voluntad.
Temblores de sorpresa sacuden mis/nuestros anillos. Ni siquiera después de tantos años de libertad habíamos llegado a comprender que el punto de vista qheuen fuera tan extraño.
Pero no más extraño que la siguiente sensación que inunda nuestras conciencias.
Cascos trepidantes.
El viento tórrido de las secas estepas.
El resplandor ardiente de una psique tan egocéntrica como la de un humano.
Ahora soy urrish-ka. Solitaria, orgullosa como el día en que salí de la hierba, siendo poco más que una bestia. Nerviosa, pero confiada.
Puedo unirme a la tribu o clan que me adopte.

Puedo obedecer a una líder, pues la vida tiene jerarquías que debemos soportar.
Pero por dentro sirvo a una sola ama. ¡ Yo!
¿Pueden los humanos saber que su grosero olor raspa las membranas nasales? Son buenos guerreros y herreros, es verdad. Trajeron buena música a Jijo. Estas cosas son válidas.
Pero el mundo sería mejor sin ellos.
Habíamos luchado para ascender antes que llegaran. Desde las
praderas hasta las vertiginosas cumbres, estirábamos el pescuezo sobre los demás en Jijo, hasta que estos bípedos nos derribaron y nos convertimos en una raza más de los Seis. Peor aún, sus tradiciones nos recuerdan cuánto hemos perdido, cuánto se ha olvidado.
Cada día me recuerdan cuán baja y breve está condenada a ser mi vida, aquí en esta bola de barro con amargos océanos en torno.
La airada narración escapa al galope.
Otra la reemplaza, impuesta desde fuera por esta fuerza que palpita en el valle.
Este ritmo es más fácil de seguir. Una cadencia pesada, que no se enfurece con facilidad. Pero su ira es inextinguible una vez que se enciende.
No es un ritmo exultante, pero nos atrae.
Nos recuerda con cuánta frecuencia las razas más rápidas se burlan de nosotros, los pacientes hoons, con cuánta frecuencia hablan deprisa a propósito, cómo nos encomiendan las tareas más peligrosas. Nos enfrentamos al mar solos, aunque cada barco hundido significa cientos de pérdidas, dolor desgarrador para nuestras familias.
Los humanos y sus apestosos vapores. Han conservado

sus aptitudes, fingiendo compartirlas, pero no es así. Algún día dejarán que nos pudramos aquí, mientras ellos se van en naves de luz pura y blanca.
¿Debemos permitirlo? ¿Hay modo de hacerles pagar?
Reina la confusión.
Si estos mensajes perniciosos iban destinados a cada una de las razas, para volverlas agresivas, ¿por qué yo/nosotros los recibimos todos? ¿Acaso los rothens no deberían haber dirigido una sola idea a cada una?
Tal vez su máquina esté averiada.
Tal vez seamos más fuertes de lo que creíamos.
Liberándonos del ritmo hoon, percibimos que quedan dos capas de canción amarga. Una está destinada a los terrícolas. Su tema es la reverencia. La reverencia y el orgullo.
Somos superiores.
Otros se especializan, pero nosotros somos capaces de todo. Escogidos y perfeccionados por los poderosos rothens, es natural que seamos los más grandes, aun desterrados en esta Cuesta de salvajes. Si los dominamos habremos conseguido que los demás aprendan a servirnos dignamente.
Recordamos una frase. Transmisión empática directa, una técnica usada por la ciencia galáctica durante más de quinientos millones de
años.
Este conocimiento hace que el torrente de voces parezca artificial, metálico, paródico. Este mensaje estaba destinado a amplificarse por medio de nuestro Huevo Sagrado, en un momento en que seríamos totalmente receptivos. Aun así, cuesta creer que estas monsergas consiguieran muchos adeptos.

¿Realmente creían que caeríamos en la trampa?
Otro dato penetra nuestra atención. No hay capa para los rodantes. ¿Por qué? ¿Por qué están excluidos los g'Keks? ¿Es por su aparente inutilidad en un programa de guerra genocida?
¿O porque ya estaban extinguidos en las estrellas?
Queda una resonancia. Un redoble de tambor. Una reverberación que aulla de una manera que este yo compuesto encuentra turvadoramente familiar.
No obstante, en algunos sentidos es la más extraña de todas.
<DECLARACIÓN SACERDOTAL DE MACROENTIDAD, DESDE PICO ORACIONAL DE HOSTILIDAD AIRADA.>
<RESPUESTA = FIN DE INSULTO PERSONAL. QUE LOS INFRACTORES (TERRÍCOLAS) SE SOMETAN A LA ANIQUILACIÓN.>
Nos encogemos, consternados. Esta egolatría es superior a las otras, incluso las dirigidas a las urs y los hombres. No obstante, está dirigida a los traekis.
¿Veis lo que sucede, anillos míos? ¿Esto es un resabio de la orgu-llosa terquedad que fluía desde los toroides despóticos? ¿Esas psiques tiránicas que antaño dominaban nuestros anillos cognoscitivos? ¿Collares de dominio que fueron deliberadamente abandonados por los fundadores traekis, cuando huyeron a Jijo?
¿Era éste el sabor del resentimiento entre los altivos jophur? (Sí, temblad ante ese nombre.)
Poderosos seres que aún recorren las estrellas, con nuestra imagen. Parientes cuyos núcleos están regidos por delirios demenciales.
En ese caso, ¿por qué estos desvaríos significan tan poco para

nuestros segmentos multicolores? Sabiendo lo que son, ¿por qué parecen tan triviales?
La demostración termina. Las emisiones se interrumpen cuando el dispositivo alienígena se queda sin energía. No importa. Ahora conocemos el propósito de esta maraña de cables y esferas. Emponzoñar, ayudándose con la amplificación del Huevo.
En todo el valle, hierve la furia ante esta blasfemia, ante esta pueril apelación a nuestro ánimo más ruin, a pasiones que habían quedado obsoletas aun antes de la aparición del Huevo.
¿Tan poco nos valoráis, señores de las estrellas, para creer que podíais inducirnos a hacer vuestro trabajo sucio?
La multitud vuelve a reunirse, una muchedumbre murmurante y airada, desdeñosa de esos robots susurrantes.
Humanos, urs y otros se mezclan ahora con menos desconfianza, compartiendo cierta euforia, como si los Seis hubiéramos aprobado un examen cruel. Ahora somos más fuertes y estamos más unidos que nunca.
¿Es esto lo peor que pueden hacernos?
Es una pregunta que oigo varias veces.
Sí, anillos míos. Recordemos que el Valle es sólo una pequeña parte de la Cuesta, y los que estamos aquí somos sólo un fragmento de la Comuna.
¿Es esto lo peor que pueden hacernos?
Ojalá sea así.

Las urunthai querían viajar rápidamente, sin cargar sus asnos con más de lo necesario. Las urunthai también creían en la Senda de la Redención. No aprobaban los libros.

Los bibliotecarios no tuvieron oportunidad.

Aun así, el terceto de archivistas protestó cuando vieron la fogata en el atardecer. Dos humanos y su asistente chimpancé tironearon frenéticamente de sus ataduras, rogando, suplicando, tratando de proteger las cajas que escoltaban.

Las sogas les salvaron la vida. Con sus ballestas preparadas, las guardias urunthai no habrían vacilado en disparar contra los cuidadores de textos.

—¿Os gusta el fuego? —se burló una guerrera en ánglico—. El
fuego furifica. Quema la escoria. Fuede hacer lo mismo con la carne. La carne hoon arde muy bien.

Los bibliotecarios se resignaron a llorar en silencio mientras las llamas lamían la cera, quebraban los cofres de madera, devoraban volúmenes. Las páginas de papel llamearon como estrellas fugaces, perdiendo la sabiduría que habían preservado en tinta durante siglos.

Sara se alegró de que Lark y Nelo no pudieran ver esto.

«Muchos textos se copiaron durante la Gran Edición, incluso después. Quizá la pérdida no sea tan grave como parece.»

No obstante, ¿cuánto tiempo resistirían esos duplicados en estos tiempos llenos de sectas fanáticas y cruzados convencidos de estar en posesión de la verdad?

«Aunque los dioses de las estrellas no destruyeran Jijo, ni

forzaran a los demoledores a hacerlo, los fanáticos como Jop y UrKachu se multiplicarían y envalentonarían a medida que se deshiciera la trama social.»
Como para ilustrar ese punto, un grupo de camaradas de Jop en-tró en el campamento antes del atardecer, una docena de hombres recios equipados con arcos y espadas, que bebieron en el oasis sin dar la espalda a la gente de UrKachu, pero mirando con satisfacción la pira de libros.
«Los dos grupos tienen un objetivo común. El final de las "vanidades" literarias. Reemplazar a los sabios actuales. Ceñirse más a los dictados de los Rollos.»
Más tarde, cuando estemos en la Senda, podremos zanjar viejas disputas, exterminándonos unos a otros, decidiendo quién es el principal depredador en una pirámide invertida de animales redimidos.
La llamarada se derrumbó, escupiendo chispas y jirones de papel. Junto a Sara, el forastero cogió uno en la mano y lo miró como si tratara de leer lo que decía antes. Tal vez reconociera algo que era muy parecido a él, en cierto modo. El papel había perdido la magia del habla.
Los bibliotecarios no eran los únicos que observaban con horror. Una joven pareja de hoons se abrazaba, gutureando una endecha fúnebre, como si el espinazo cardíaco de un ser querido yaciera entre los mugrientos rescoldos. Varios qheuens miraban consternados, junto con un puñado de mercaderes urs.
El hedor del humo les hizo pensar en las tinieblas. Las que no cesan con el amanecer.
—De acuerdo, escuchad. He aquí el plan.
Jop había roto el sombrío silencio, aproximándose con UrKachu, Ulgor y un hombre moreno cuyo rostro curtido le hacía parecer de una especie diferente de los blandos y

eruditos bibliotecarios. Hasta
las urunthai trataban a este humano con renuente deferencia. Las guerreras pintadas le cedían el paso. A Sara le resultaba conocido.
—Partiremos en dos grupos —continuó Jop—. El más numeroso se dirigirá al pantano de Casco Salado. Si los soldados se enteran de este ataque y deciden perseguirnos, es el primer lugar donde buscarán, así que es posible que «rescaten» a algunos de vosotros dentro de una semana. No nos molesta. El grupo más pequeño irá más rápido. Los humanos montarán, usando asnos frescos cada medio midura. No causéis problemas ni penséis en escabulliros en la oscuridad. Las urunthai son rastreadoras expertas y no llegaréis muy lejos. ¿Alguna pregunta?
Nadie habló, y Jop señaló al forastero.
—Tú. Por allá.
Señaló el lugar donde las bestias más grandes y fuertes estaban sujetas en fila, junto al oasis. El forastero miró a Sara, vacilando.
—Está bien. Ella puede acompañarte. No queremos que el rehén, caiga enfermo, ¿verdad? Espero que estés dispuesta a cuidarlo un poco más —le dijo a Sara.
—Si puedo llevar mis bártulos. Y a Prity, desde luego.
Los cuatro jefes murmuraron. UrKachu presentó objeciones, pero Ulgor aceptó, aunque significara sacrificar parte del botín robado a los mercaderes. Descargaron los fardos de dos asnos, para hacer espacio.
Surgió otra discusión cuando el forastero se montó en el animal que le habían asignado, arrastrando los pies en ambos flancos. Se negó a entregar su dulcémele y permaneció abrazado al instrumento. La malhumorada UrKachu resopló pero acabó accediendo.

Desde su propio asno, Sara vio que el hombre curtido señalaba a Kurt el demoledor, que estaba sentado en silencio con su sobrino.
—Tú, demoledor —le dijo Jop con una inclinación respetuosa—. Me temo que mis amigos querrán plantearte algunas preguntas, y éste no es lugar para persuadirte a responderlas.
Sin hacer caso de la amenaza implícita, el hombre barbado llevó sus bártulos hasta la caravana, seguido de Jomah. Cuando un par de urunthai quisieron coger el maletín, Kurt habló con voz grave.
—El contenido es... delicado.
Retrocedieron. Nadie se entrometió mientras él escogía una bestia de carga, arrojaba al suelo los fardos y los reemplazaba por el maletín.
Los extremistas humanos y urunthai se dividieron para formar el resto del «grupo rápido». Los hombres tenían un aspecto tan desgarbado en sus respectivos asnos como el alto forastero, y parecían aún más incómodos. Para muchos era su primera experiencia como jinetes.
—¿Tu no vienes? —le preguntó Sara a Jop.
—He estado demasiado tiempo lejos de mi granja. Además, tengo asuntos pendientes en Dolo. Hay una represa que necesita atención, y cuanto antes mejor.
Sara movió la cabeza, pero no fue por la declaración de Jop. Había visto algo por encima del hombro del granjero. Un burbujeo en la superficie del manantial.
«Hoja. Todavía está bajo el agua, escuchándolo todo.»
—No te preocupes, muchacha —le aseguró Jop, interpretando mal su desconcierto—. Haré que tu padre salga antes de que vuelen todo aquello.
Antes que Sara pudiera responder, UrKachu intervino.

—Ya basta. ¡En marcha!
Golpeó el anca del asno de delante con una de sus colas, y la fila inició su avance.
De pronto Sara descabalgó y plantó los pies, haciendo que su montura vacilara, enviando una ondulación de sacudidas por la hilera en ambas direcciones. Uno de esos recios hombres cayó al suelo, provocando resoplidos burlones entre las urunthai.
—¡No! —exclamó Sara—. Primero quiero saber adonde vamos.
—Sara, por favor —murmuró Jop—. Ni siquiera yo sé...
Se interrumpió nerviosamente cuando se acercó aquel cazador de mirada penetrante.
—¿Cuál es el problema? —Tenía una voz extrañamente culta a pesar de su tosca apariencia.
Sara miró directamente sus ojos grises.
—No montaré hasta que me digas adonde vamos.
El cazador enarcó las cejas.
—Podríamos atarte.
Sara se echó a reír.
—Estos asnos ya tienen bastantes problemas para llevar a un jinete que monta de buen grado, así que será difícil con alguien que patalea tratando de hacerlos caer. Si me atáis como un saco, el bamboleo acabará por romperme las costillas.
—Tal vez queramos correr ese riesgo —dijo el cazador, pero frunció el ceño cuando el forastero, Kurt y Prity bajaron también de sus bestias, cruzando los brazos.
El guerrero suspiró.
—¿De qué te va a servir saberlo de antemano?
Cuanto más hablaba, más conocido le resultaba. Sara estaba segura de haberlo visto antes.

—El herido necesita atención médica. Hasta ahora hemos contenido la infección con ungüentos especiales que nos ha proporcionado
nuestro boticario traeki. Como no piensas llevar su carro con tu «grupo rápido», será mejor que pidamos a Pzora una provisión.
El hombre asintió.
—Me parece adecuado.
Indicó al forastero que se reuniera con Pzora.
Quitándose el rewq que últimamente había reemplazado sus vendas, el hombre del espacio expuso la herida del costado de la cabeza. Varios hombres del desierto jadearon e hicieron gestos supersticiosos para ahuyentar la mala suerte. Mientras la criatura simbiótica se reunía con el rewq de Pzora en una bola enmarañada, intercambiando enzimas, el forastero le hizo varios gestos al traeki —Sara creyó oír parte de una canción— antes de inclinarse para que le trataran la herida.
Sara habló de nuevo.
—Además, las medicinas que nos dé Pzora sólo durarán unos días, así que será mejor que nos llevéis a un sitio donde haya otro boticario, o tendréis un rehén inútil en vuestras manos. Los dioses estelares no pagarán mucho por un muerto, sea amigo o enemigo.
El renegado la miró un largo instante y fue a deliberar con UrKa-chu y Ulgor. Cuando regresó, sonreía.
—Significa un pequeño desvío, pero hay una ciudad que cumple todos los requisitos cerca de nuestro destino. Hiciste bien en señalarlo. La próxima vez, sin embargo, limítate a exponer el problema sin tantas ínfulas.
Sara lo miró y se echó a reír. Él rió entre dientes y la tensión pareció disiparse. La risa llevó a Sara a sus épocas de

estudiante, bajo el puño de piedra.
—Dedinger —murmuró.
La sonrisa aún era amarga.
—Me preguntaba si me reconocerías. Trabajábamos en diferentes departamentos, aunque he seguido tus trabajos desde que fui expulsado del paraíso.
—Un paraíso que procurabas destruir, si mal no recuerdo.
Él se encogió de hombros.
—Debí haber actuado sin buscar consenso. Pero los hábitos académicos eran difíciles de romper. Cuando estuve preparado, demasiada gente estaba al corriente de mis convicciones. Me controlaron día y noche hasta exiliarme.
—Qué lástima. ¿Y así es como buscas otra oportunidad? —Sara señaló la hoguera.
—En efecto. Después de haber pasado años en el desierto, atendiendo a un rebaño de humanos caídos que han avanzado más por la Senda, he aprendido lo suficiente...
UrKachu resopló con impaciencia.
Dedinger volvió a enarcar las cejas. ¿Nos vamos?
Sara pensó en tratar de sonsacarle el nombre de su destino. Pero Dedinger era un loco, no un estúpido. Esa insistencia podía despertar sospechas, y tal vez delatar a Hoja.
Montó en el paciente asno. El forastero la imitó, seguido por Kurt y Prity.
Los otros sobrevivientes de la infortunada caravana parecían aliviados de ser menos importantes para las urunthai. En cuanto el grupo rápido se marchó del oasis con dirección al sur, la fogata que se apagaba despidió un olor amargo, junto con polvo y olores animales.

Sara miró hacia el arroyo iluminado por la luna.
«¿Has oído eso, Hoja? ¿Estabas dormido? ¿Ha sido sólo un ruido ininteligible?»
De todos modos, ¿qué podía hacer un qheuen azul solo en medio de esa tórrida planicie? Lo más conveniente para él sería permanecer junto al manantial hasta que llegara ayuda.
Las bestias de la otra partida protestaron al ponerse en marcha, más despacio, siguiendo el mismo camino.
«Muy ingenioso. El grupo más numeroso borrará el rastro del primero. En algún momento UrKachu nos hará desviar mientras los perseguidores siguen al grupo principal.»
Pronto estuvieron solos en la alta estepa. Las urunthai trotaban al lado, ágiles y desdeñosas de los torpes humanos. Como reacción, los hombres comenzaron a turnarse para bajar de su montura y correr durante varios tiros de flecha. Esto acalló a las desdeñosas urs, y también parecía un buen sistema para evitar magullarse las posaderas.
Sara sabía que su forma física no era lo bastante buena para intentarlo. «Si salgo con vida, haré ejercicio», se prometió.
El hombre curtido corrió junto a Sara por unos duras, mirándola con una sonrisa elocuente y burlona. Era tan nervudo y fuerte que Sara se asombró de haberle reconocido. La última vez que había visto a Dedinger era un intelectual pálido y barrigón, experto en los Rollos más antiguos, y autor de un texto que Sara llevaba en su equipaje. Un hombre que gozaba de prestigio y confianza, hasta que su fanatismo ortodoxo se volvió demasiado extremo para el Consejo Superior.
En la actualidad, los sabios pregonaban una compleja fe

de lealtad equitativamente repartida entre Jijo, por una parte, y el plan ilegal de los antepasados, por la otra. Era una situación inestable. Algunos la resolvían escogiendo una u otra lealtad.
El hermano de Sara daba prioridad al planeta. Lark veía sabiduría y justicia en los códigos ecológicos de los galácticos. Para él ninguna senda de redención lograría compensar un atentado contra esas normas.
Dedinger adoptaba el extremo opuesto. Se interesaba poco por la ecología o la preservación de las especies, sólo en la liberación racial que prometían los Rollos. Buscando inocencia pura en el camino hacia días mejores. Tal vez también veía en esta crisis un modo de recobrar honores perdidos.
A la luz de la luna, Sara vio que el sabio desterrado se movía con robusta gracia, dando testimonio de la vida más simple que predicaba.
«Engañosamente simple —pensó—. El mundo tiene muchos modos de no ser lo que parece.»
Las urunthai redujeron la velocidad al cabo de un tiempo, y luego se detuvieron a descansar y comer. Las que llevaban esposos o larvas necesitaban sangre de simia caliente cada midura, aunque los humanos se quejaban, pues preferían un ritmo constante en vez de la prisa y el reposo de las urs.
Después del segundo descanso, UrKachu guió al grupo hacia un saliente rocoso que se extendía al sureste como el espinazo fosilizado de una bestia. El terreno más accidentado les hizo aminorar el paso, y Sara aprovechó para desmontar, dando un descanso al asno y a sus posaderas. El ejercicio también le permitiría estirar las articulaciones. Pero apoyaba el brazo derecho en la silla,

por si alguna piedra le hacía tropezar en la oscuridad. La marcha anduvo un poco mejor al despuntar la segunda luna. Iluminadas por la plateada Torgen, las montañas parecían más grandes que nunca. Los glaciares del norte bebían la luz angulosa del satélite, irradiando un fulgor azul.

El forastero cantó un rato, una melodía dulce y suave que hacía pensar en la soledad.

Soy una isla yerma perdida en el mar, y la tierra firme más próxima es pensar en ti.

Ojalá fuera un condrito rodando en libertad. ¿Serías el aparejo de mi bote? ¿Vendrías a recogerme?

Era ánglico, aunque en un dialecto que Sara nunca había oído, con muchas palabras raras. Era difícil saber cuánto comprendía el hombre de las estrellas. Pero sin duda esos versos evocaban para él poderosas imágenes y sentimientos.

Soy el hielo que aplaca tu sed, que hace titilar tus brillantes anillos. Tú eres el ángel fantasmal, cuyo beso da alas a los planetas.

Dejó de cantar cuando UrKachu se le acercó para protestar contra esos insoportables gemidos terrícolas. Una opinión puramente personal, pensó Sara, pues no parecía molestar a las demás urs. La música figuraba en la corta lista de las cosas en que ambas razas coincidían.

Algunas urs decían que casi estaban dispuestas a soportar el hedor de los humanos porque éstos habían llevado el violus a Jijo.

Por ser una tía, UrKachu parecía excesivamente irritable.

El hombre del espacio calló. El grupo viajó en un hosco silencio puntuado por el trote de los animales sobre la piedra desnuda.

La siguiente parada tuvo lugar a la sombra de unas majestuosas laderas que semejaban formas rocosas naturales, pero que en la penumbra parecían ruinas de una antigua fortaleza derribada en una antigua calamidad. Uno de los curtidos hombres del desierto dio a Sara un trozo de pan áspero y una tajada de queso rancio, pero con el hambre que tenía le supo a gloria. La ración de agua la decepcionó. Las urs nunca llevaban demasiada.

A medianoche la partida tuvo que vadear un río ancho de escasa profundidad. Siempre preparada, Ulgor se encaramó sobre el botín y cruzó con los pies secos. Las otras rebeldes urs chapotearon junto a los humanos y animales, luego se secaron con trapos. Después de eso las uranthai parecían ansiosas de correr, hasta que la humedad se evaporó de la fibrosa piel de los tobillos.

Cuando aminoraron la marcha nuevamente, Sara desmontó para caminar. Una voz le habló.

—Quería decirte... he leído tu trabajo sobre la involución lingüística a partir del indoeuropeo.

Era el erudito convertido en cazador, Dedinger, que caminaba junto a su asno. Ella lo miró un largo instante antes de responder.

—Estoy sorprendida. Con cincuenta páginas, sólo pude conseguir cinco fotocopias, y dos de ellas están en casa.

Dedinger sonrió.

—Todavía tengo amigos en Biblos, que me envían el material más interesante. En cuanto a tu tesis, aunque disfruté de tus ideas sobre refuerzo gramatical en los clanes comerciales anteriores al alfabeto, me temo que no comparto la teoría general.

Sara no se sorprendió. Sus conclusiones eran contrarias a todo lo que creía ese hombre.

—Así es la ciencia. Un ciclo de toma y daca. No hay ninguna verdad dogmática. No hay ninguna verdad rígida e inalterable.
—¿A diferencia de mi devoción por unos rollos antiguos que ningún humano escribió? —Dedinger se echó a reír—. Supongo que todo se trata de la dirección que crees que sigue la gente. Incluso entre los conservadores galácticos, la ciencia procura mejorar lentamente nuestros modelos del mundo. Está orientada hacia el futuro. Nuestros hijos sabrán más que nosotros, de modo que nuestra verdad nunca se puede considerar perfecta. Eso está bien cuando el destino se encuentra arriba, Sara. Pero la tradición y una creencia firme son preferibles si estás embarcado en la estrecha y sagrada senda de la salvación, cuesta abajo. En ese caso, la discusión y la incertidumbre sólo confunden a tu grey.
—Tu grey no parece confundida.
Él sonrió.
—He logrado convertir a estos hombres recios a la verdadera ortodoxia. Pasan gran parte del año en la llanura de Arena Áspera, atrapando a los feroces erizoperezosos que acechan en las cavernas, bajo las dunas. La mayoría no sabe leer ni escribir, y sus pocas herramientas son artesanales, así que ya han avanzado por la Senda. Puede resultar más difícil convencer a otros grupos.
—¿Como el Gremio de Demoledores?
Dedinger asintió.
—Gente enigmática. Su vacilación para cumplir con su deber, durante esta crisis, resulta inquietante.
Sara miró a Kurt y a Jomah. Aunque el demoledor mayor roncaba sobre un asno, su sobrino entablaba otra conversación unilateral con el forastero, que sonreía y reía

mientras Jomah parloteaba. El hombre de las estrellas era el público ideal para un muchacho tímido que apenas comenzaba a expresarse.
—Tal vez piensen que pueden volarlo todo al mismo tiempo —comentó Sara—. Entonces tendrán que trabajar para vivir, como todos los demás.
Dedinger gruñó.
—En tal caso, es hora de que alguien les replantee sus obligaciones.
Sara recordó que Jop había dicho que llevaría a Kurt a alguna parte para «persuadirlo».
En tiempos más violentos, la expresión hubiese tenido unas connotaciones escalofriantes.
«Quizá nos dirijamos hacia esos tiempos.»
El insurgente sacudió la cabeza.
—Pero eso no importa. Me gustaría comentar contigo tu fascinante trabajo. ¿Te interesa?
Sara se encogió de hombros. Dedinger continuó en un tono afable, como si estuvieran en una sala de Biblos.
—Admites que el protoindoeuropeo, y muchas otras lenguas humanas madres, eran más rigurosas y racionales que los dialectos que evolucionaron a partir de ellas. ¿Es eso?
—Según los libros que trajo aquí la *Tabernáculo.* Sólo tenemos datos heredados.
—No obstante, no ves esta tendencia como un signo obvio de decadencia a partir de la perfección, de gramáticas originales diseñadas para nuestro uso por una raza instructora.
Sara suspiró. Podía haber cosas más raras en el universo que entablar una charla erudita con su secuestrador, bajo el cielo del desierto, pero no se le ocurrió ninguna.

—La estructura de esas lenguas antiguas pudo surgir de la presión selectiva, durante generaciones. La gente primitiva necesita gramáticas rígidas, porque carece de la escritura u otros medios para corregir el error y la deriva lingüística.
—Ah, sí. Tu analogía con el juego del teléfono, donde el idioma con el mayor nivel de codificación chamán...
—Es codificación Shannon. Claude Shannon demostró que cualquier mensaje puede llevar en sí mismo los medios para corregir los ruidos que se introducen durante la transmisión. En un idioma hablado, esta redundancia suele formar parte de las reglas gramaticales: los casos, declinaciones, modificadores y demás. Es teoría de la información básica.
—Quizá para ti. No logré seguir los razonamientos matemáticos. —Dedinger rió secamente—. Pero supongamos que estás en lo cierto. ¿Esa estructura autocorrectiva no demuestra que esas primeras lenguas humanas tenían una estructura muy inteligente?
—En absoluto. El mismo argumento se utilizó contra la evolución biológica, y luego contra la idea de una inteligencia autogestadora. A muchos les cuesta aceptar que la complejidad puede surgir de la selección darwiniana, pero es así.
—Conque crees...
—Que lo mismo sucedió con las lenguas terrícolas antes del alfabeto. Las culturas con gramática más fuerte podían sobrevivir a la distancia y el tiempo. Según algunos antiguos lingüistas, el indoeuropeo pudo abarcar desde Europa hacia el Asia central. Su rígida perfección mantenía los lazos culturales y comerciales en distancias que ninguna persona atravesaría en una vida. Noticias, chismes y buenos relatos podían viajar despacio, de boca

en boca, por todo un continente, llegando siglos después con muy pocos cambios.
—Como en el juego del teléfono.
—Ésa es la idea general.
Sara se apoyó en el asno, sintiendo cosquilleos de fatiga en las pantorrillas y los muslos. Era difícil escoger. Músculos doloridos si permanecía en pie, nalgas magulladas si montaba. Eligió caminar para no cansar al asno.
Dedinger estaba entusiasmado con la charla.
—Si lo que dices es cierto, ¿cómo puedes negar que esas gramáticas iniciales eran superiores a los imperfectos dialectos que las siguieron?
—¿Por qué superiores? Háblese del protoindoeuropeo, del pro-tobantú o del protosemita, estas lenguas servían a las necesidades de una cultura inmutable y conservadora de nómadas y pastores, durante cientos o miles de años. Pero esas necesidades cambiaron cuando nuestros antepasados adquirieron la agricultura, la metalurgia y la escritura. El progreso cambió el concepto de para qué servía el lenguaje.
Una expresión confusa suavizó los severos rasgos del hombre.
—¿Pero para qué podía servir el lenguaje, salvo para mantener la cohesión cultural y fomentar la comunicación?
Ésa era la pregunta que planteaban los miembros del departamento de Dedinger, que desdeñaron la teoría de Sara en cuanto la oyeron, avergonzándola frente a los sabios Bonner, Taine y Purofsky. ¿Acaso la majestuosa civilización de las Cinco Galaxias no había refinado su veintena de códigos estándar desde los tiempos de los fabulosos Progenitores, con un solo objetivo: promover

intercambio unívoco de significados entre un sinfín de razas?
—Hay otra cosa deseable —repuso Sara—. Otro producto del lenguaje, que a largo plazo es tan importante como la cohesión.
—¿Y cuál es?
—La creatividad. Si estoy en lo cierto, esta finalidad requiere otro tipo de gramática. Un modo totalmente diferente de enfrentarse a los errores.
—Un modo que acepte el error. Que lo incluya. —Dedinger asintió—. No me resultó fácil seguir esa parte de tu trabajo. Dices que el ánglico es más adecuado porque carece de códigos de redundancia, porque los errores y la ambigüedad acechan en cada frase o párrafo. ¿Pero cómo puede el caos engendrar invención?
—Destruyendo los prejuicios. Permitiendo que declaraciones ilógicas, absurdas y erróneas se cuelen en expresiones que parecen razonables. Como la paradoja «esta frase es una mentira», que no se puede expresar en forma gramaticalmente correcta en ninguna lengua galáctica. Al poner las contradicciones manifiestas en pie de igualdad con los supuestos más tradicionales y difundidos, quedamos desconcertados. Nuestros pensamientos se tambalean.
—¿Eso es bueno?
Así opera la creatividad, sobre todo en los humanos. Por cada idea buena, deben plantearse diez mil planteamientos absurdos, se-leccionarlos, probarlos y desecharlos. Una mente que tema coquetear con el ridículo nunca dará con una originalidad brillante, un concepto absurdo que las generaciones futuras considerarán como «obvio». Un resultado de ello ha sido

una profusión de palabras nuevas, un vocabulario mucho más vasto que en las lenguas antiguas. Palabras para cosas nuevas, ideas nuevas, nuevos modos de comparar y razonar.
—Y nuevos desastres —murmuró Dedinger—. Nuevos malentendidos.
Sara asintió.
—Es un proceso peligroso. El sanguinario pasado de la Tierra muestra que la imaginación y las creencias se convierten en maldiciones, a menos que vayan acompañadas por el juicio crítico. La escritura, la lógica y la experimentación contribuyen a reemplazar el proceso de corrección de errores que antes estaba incorporado a la gramática. Ante todo, la gente madura debe tener en cuenta la posibilidad más desagradable: que su doctrina favorita sea errónea.
Miró a Dedinger. ¿El hombre comprendería que esa ironía iba dirigida contra él?
El profesor exiliado sonrió adustamente.
—¿Se te ha ocurrido, Sara, que esa última afirmación se puede aplicar a ti y a tu amada hipótesis?
Sara hizo una mueca y rió.
—La naturaleza humana. Cada cual cree saber de qué habla, y los que disienten son tontos. La gente creativa ve a Prometeo en el espejo, nunca a Pandora.
—A veces la antorcha que llevo me quema los dedos —ironizó Dedinger.
Sara no supo si hablaba en broma. Con frecuencia le resultaba más fácil comprender los sentimientos de un hoon o un g'Kek que de algunos miembros de su enigmática raza. Aun así, disfrutaba de la conversación, la primera de su clase en mucho tiempo.

—En cuanto a las tendencias en Jijo, mira las nuevas novelas rítmicas que están publicando algunas tribus urs del norte. O el reciente florecimiento de poesía romántica hoon. O los haikus en gal-dos que salen del valle.
Un silbido áspero la interrumpió, una seca orden de UrKachu. La recua de cansados animales se detuvo mientras la jefa urunthai señalaba al norte de una torre de piedra, decretando que un refugio camuflado se alzara a su larga sombra.
Sombra.
Parpadeando, Sara se dio cuenta de que la noche había terminado. La luz del alba se filtraba entre los picos, atravesando la niebla matinal. Habían ascendido por las montañas, o al menos la precordillera, dejando la cuarteada planicie de Warril. Ya estaban muy al sur de la senda que conducía al valle de Asamblea.
La cortesía de Dedinger contrastaba con su tosca apariencia, cuando se excusó para organizar a sus hombres.
—He disfrutado de este duelo de ingenio. Tal vez podamos reanudarlo después.
—Tal vez.
Aunque la discusión había sido una distracción agradable, Sara no dudaba de que ese hombre la sacrificaría a ella y sus ideas en el altar de su fe. Juró estar preparada para huir con sus amigos de aquellos fanáticos.
«Seguro. Un viejo, un niño, un chimpancé, un alienígena herido y una intelectual fofa. Aunque obtuviéramos ventaja al principio, las urs y los hombres del desierto nos alcanzarían enseguida.»
Aun así, miró hacia el norte, donde importantes acontecimientos se estaban desarrollando en valles

ocultos. «Será mejor que nos demos prisa —pensó—, o Ifni, Dios y el universo continuarán sin nosotros.»

Ahora nos llega el turno de amenazar.
Los próctores se esfuerzan para contener a una muchedumbre airada, encerrando a los incursores en un cerco de rabia. Los que aún les tienen respeto, en general humanos, forman un círculo protector en torno de ellos, mientras los robots gemelos revolotean para protegerlos. Sólo un hecho impide que las máquinas hagan más. No podrían matarnos con rapidez suficiente para impedir una mortífera venganza contra Ro-kenn y sus lacayos.
El dios de las estrellas y sus asistentes humanos parecen incómodos. Les disgusta saberse vulnerables a la ira de unos salvajes.
Lester Cambel se adelanta, pidiendo calma. Los furibundos murmullos se acallan mientras la muchedumbre deja de presionar a los próctores. Pronto reina el silencio. Nadie quiere perderse el siguiente movimiento de esta partida, donde todos los habitantes de Jijo son fichas de una apuesta que se ganará o perderá según nuestra destreza y suerte. Lester se inclina ante el emisario rothen. En una mano tiene una pila de láminas de metal.
Abandonemos la farsa —le dice al dios de las estrellas—. Sabemos para qué habéis venido. Y no nos induciréis a cometer un suicidio colectivo. Más aún, si intentáis hacer ese trabajo vosotros mismos, aniquilando a todos los testigos de vuestra visita ilegal, fracasaréis. Solo aumentaréis vuestra lista de crímenes. Tomad lo que queráis de este mundo y partid.
El humano de las estrellas se enfurece.
—¿Cómo te atreves a hablarle así a un instructor de nuestra raza? exclama Rann—-. ¡Discúlpate por tu

insolencia!
Lester hace caso omiso de Rann, que ha perdido prestigio a ojos de los Seis. Un criado no reprende a un sabio, aunque disponga de poderes celestiales.
Nuestro enviado humano ofrece una de las láminas metálicas a Ro-kenn.
—No estamos orgullosos de esta forma artística. Utiliza un material que no envejecerá ni se degradará para regresar al suelo de Madre Jijo. En cambio, es firme, resistente al tiempo. Bien almacenadas, las imágenes durarán hasta que este mundo vuelva a albergar vida sapiente legal. En circunstancias normales, enviaríamos esta escoria adonde Jijo puede reciclarla con fuego. Pero en este caso haremos una excepción.
El emisario rothen mira la lámina a la luz de la mañana. A diferencia de una fotografía de papel, esta imagen se ve mejor desde ciertos ángulos. Yo/nosotros sabemos lo que contiene, ¿verdad, anillos míos? La lámina muestra a Ro-kenn y sus camaradas poco antes de esa aciaga peregrinación, un viaje cuyos horrores aún gotean en nuestro núcleo ceroso. Bloor el retratista reveló la imagen para que sirviera como instrumento del chantaje.
—Otras imágenes muestran a tu grupo realizando investigaciones, analizando especies, con trasfondos que muestran claramente este lugar, este mundo. La forma de los glaciares y la erosión del terreno fijarán la fecha con un error de cien años, quizá menos.
El rewq que cubre mi/nuestro toroide visual revela ondulaciones en el rostro de Ro-kenn, de nuevo un conflicto de emociones. ¿Pero cuáles? ¿Estamos progresando en nuestra comprensión de esta extraña forma de vida?

Nuestro segundo anillo cognoscitivo siente una profunda curiosidad por el choque de colores.
El rothen extiende una mano elegante.
—¿Puedo ver las demás?
Lester las entrega.
—Esto es sólo una muestra. Naturalmente, también hemos grabado un detallado registro del encuentro con vuestra nave y tripulación en metal perdurable, para acompañar estas imágenes en su escondrijo.
—Naturalmente —asiente Ro-kenn, mirando las láminas—. Habéis conservado artes inusitadas para irruptores arrepentidos. En verdad, nunca he visto nada semejante, ni siquiera en el espacio civilizado.
Esta adulación provoca algunas risas en la multitud. Ro-kenn ha vuelto a ser encantador.
—Todo acto de venganza o genocidio contra los Seis —continúa Lester— también será registrado de este modo. No creo que logréis eliminarnos a todos antes de que los escribas completen esa documentación.
—Es poco probable, en efecto. —Ro-kenn hace una pausa, como si evaluara sus opciones.
Dada su anterior arrogancia, esperábamos que esta extorsión lo enfureciera por la falta de respeto que implica. No nos sorprendería ver abierto desprecio por el intento de estos seres bestiales de amenazar a una deidad.
En cambio, ¿percibimos algo semejante a un cálculo cauteloso? ¿Comprende que lo hemos acorralado?
Ro-kenn se encoge de hombros, como un humano.
—¿Qué se hará, pues? Si aceptamos vuestras exigencias, ¿cómo podemos saber que éstas no reaparecerán de todos modos, para perjudicar a nuestros descendientes? ¿Nos venderéis estos registros a cambio de nuestra

promesa de irnos en paz?
Lester ríe. Señala a la multitud con una mano.
—Si hubieras llegado cuando la Comuna experimentara otro siglo de paz, quizás habríamos aceptado confiadamente. ¿Pero quién de nosotros no ha oído anécdotas contadas por veteranos que estaban presentes cuando Diente Roto engañó a Ur-xouna cerca de Puente Falso, al final de las viejas guerras? ¿Qué humano no ha leído conmovedores relatos de un bisabuelo que escapó de la matanza de la garganta de la Falsa Tregua, durante el Año de las Mentiras?
Se volvió hacia Ro-kenn.
—Sabemos muy bien qué es el engaño. Nos costó ganar la paz, y no hemos olvidado la lección. No, poderoso rothen. Con nuestras disculpas, nos negamos a aceptar tu palabra.
Esta vez una rápida mano contiene al indignado Rann. Ro-kenn parece divertido, aunque esa extraña disonancia vuelve a cruzar su rostro.
—Entonces, ¿qué garantía tenemos de que destruiréis estas láminas y no las dejaréis en un sitio donde futuros ocupantes de este mundo puedan encontrarlas? ¿O, peor aún, los Institutos Galácticos dentro de mil años?
Lester ya tiene preparada su respuesta.
Hay cierta ironía en esto, poderoso rothen. Si nosotros te recordamos como pueblo, todavía somos testigos que pueden denunciar tu delito. Así, si conservamos el recuerdo, tienes motivos para actuar contra nosotros. Por otra parte, si seguimos la Senda de la Redención y del olvido, dentro de mil años quizá ya seamos glávers, totalmente inofensivos. Ya no seremos testigos creíbles. En tal caso, no tendréis motivo para hacernos daño. Sería

insensato, incluso arriesgado.
—Es verdad, pero si para entonces habéis olvidado nuestra visita, ¿no olvidaréis también los escondrijos donde guardasteis estas imágenes? Permanecerán en su sitio, aguardando pacientemente un momento futuro para perjudicar a nuestra raza.
Lester asintió.
—Ésa es la ironía. Tal vez se pueda resolver con un juramento por tu parte. Enseñar a nuestros descendientes una canción, un acertijo, algo sencillo que se repetirá incluso cuando nuestros descendientes tengan mentes mucho más sencillas.
—¿Y qué función cumplirá ese acertijo?
—Diremos a nuestros hijos que, si alguna vez descienden del cielo unos seres que conozcan la respuesta del acertijo, deberán recobrar esos objetos de sitios sagrados para entregarlos a los señores de las estrellas, tus sucesores, poderoso rothen. Naturalmente, si los Seis conservamos el recuerdo de vuestro delito, los sabios impediremos la entrega, pues será demasiado pronto. Pero ese recuerdo no se transmitirá a nuestros hijos, ni se legará con el mismo cuidado con que enseñaremos el acertijo. Pues recordar vuestro delito es aferrarse a un veneno mortal. Preferimos olvidar cómo y por qué vinisteis. Sólo entonces estaremos a salvo de vuestra ira.
Lester ofrece un trato complejo. En el Consejo tuvo que explicarlo tres veces. La multitud murmura, evaluando la idea, comprendiendo con un suspiro de admiración. Es un trato que contiene una elegancia inherente.
—¿Cómo sabremos que todos los objetos serán incluidos en el trato? —pregunta Ro-kenn.
—En cierta medida, debéis confiar en la suerte. Hicisteis

una apuesta al iniciar esta misión, ¿no es así, poderoso rothen? Puedo decirte esto. No deseo que estas imágenes sobrevivan a los milenios para que los leguleyos del Instituto las examinen, buscando motivos para castigar a los miembros de nuestra propia especie que todavía recorren las estrellas. En su durabilidad, estas láminas son un insulto a nuestro objetivo en este mundo, que es regresar a la inocencia. Ganar una segunda oportunidad.
Ro-kenn reflexiona.
—Parece que tendremos que regresar a Jijo dentro de unos milenios. Si lográis seguir vuestra senda, este mundo será la cueva del tesoro.
El sentido no está claro al principio, pero luego un murmullo, desde bufidos urs hasta siseos qheuens, recorre la multitud, terminando en una tonante risotada hoon. Algunos están impresionados por el ingenio de Ro-kenn, otros por el cumplido implícito: los ro-thens podrían adoptar razas entre los Seis, si algunos logramos nuestro objetivo. Esa reacción no es general. Algunos se enfurecen, rechazando la idea de ser adoptados por la gente de Ro-kenn.
¿No nos resulta necia esta furia, anillos míos? ¿Las razas pupilas tienen control sobre sus instructores ? No, según lo que hemos leído.
Pero esos libros se habrán convertido en polvo antes que todo esto ocurra.
—¿Prestaremos juramento? —pregunta Ro-kenn—. Esta vez basados en la seguridad más pragmática, la disuasión mutua. Con este nuevo convenio, partiremos cuando nuestra nave exploradora regrese de su misión final, reprimiendo todo rencor que podamos sentir por el asesinato de nuestros compañeros. A cambio, juraréis

olvidar nuestra intrusión y nuestro torpe intento de hablar por la voz de vuestro Huevo Sagrado.
—Está convenido —-responde Intuición Acerada, haciendo chasquear dos pinzas—. Esta noche deliberaremos para escoger un acertijo cuya clave secreta os será revelada. Cuando vuestra especie regrese a Jijo, ojalá encuentre un mundo de inocentes. Esa clave os guiará hasta el escondrijo. Luego podréis eliminar las imágenes. Nuestro trato se cumplirá.
La esperanza conmueve a la muchedumbre, golpeando a nuestro rewq como una oleada de suaves temblores verdes.
¿Podemos aceptar esta posibilidad, anillos míos? ¿Que los Seis sobrevivan para ver un desenlace feliz de este drama? Sin duda esto es una bendición del Huevo, cuyos milagros a menudo nacen de fuentes invisibles para los ojos.
Para los celotes, esto parece el cumplimiento de todos sus deseos. Su joven líder urs danza jubilosa, pues no habrá castigo por su acto violento. En cambio, los fanáticos serán reconocidos como héroes de la Comuna y conseguirán su propósito: expulsar a los incursores.
¿Qué dices, anillo mío?
Nuestro segundo toroide cognoscitivo nos recuerda que algunos herejes no lo considerarán una solución perfecta. Los más extremistas habrían preferido que el fuego furibundo y las pestes descendieran de la nave de los dioses, liberando a Jijo de esa enfermedad llamada los Seis.
Y sí, recordamos, anillo mío. Existe otro sector de herejes, aún más pequeño. Excéntricos que prevén que nuestro destino se en-cuentra en otra dirección. Ni la extinción ni la

Senda de la Redención, sino otro destino apenas insinuado en los Rollos Sagrados.
¿Por qué mencionas esto, anillo mío? ¿Qué posible relevancia puede tener este disparate, precisamente aquí y ahora?
Los escribas ponen manos a la obra, anotando detalles del pacto. Pronto los sabios supremos darán testimonio y asentirán, incluida esta pila multicolor. Cuando me/nos llamen, yo/nosotros debemos reunirnos con los demás para abrazar el convenio. (Preparaos, anillos inferiores.)
Entretanto, reflexionamos nuevamente sobre la anomalía que nos señala nuestro anillo sensorial. El rewq todavía percibe colores furibundos en Ro-kenn. Si fuera un ser conocido, sostendríamos que vemos engaño, ¿verdad, anillos míos? Engaño y burla. Ávida satisfacción de aceptar nuestro ofrecimiento, pero sólo en apariencia, demorando las cosas hasta que...
Basta, ordenamos a nuestro segundo anillo, que se entusiasma con facilidad. Ha leído demasiadas novelas. Necesita que le recordemos constantemente que no conocemos a los rothens. Y menos para interpretar emociones tan complejas y sutiles en su semblante extraño y desconcertante.
Además, ¿no hemos atrapado a Ro-kenn? ¿No tiene motivos para temer las imágenes que hay en esas láminas de metal? Lógicamente, no se arriesgará a que sirvan para incriminar a su raza, su linaje.
¿O acaso sabe algo que nosotros ignoramos ?
Ah, qué pregunta tan tonta, cuando hablamos de un dios de las estrellas.
Ésta es una reflexión inquietante. Mientras la esperanza guía a la muchedumbre, yo/nosotros estamos más

nerviosos a cada dura que pasa.
¿Y si no les molestan las fotografías? Entonces Ro-kenn aceptaría todo, pues no importarían los juramentos una vez que llegara su todopoderosa nave. A partir de entonces, cuando hubiese garantizado su seguridad personal...
No tenemos la oportunidad de examinar este pensamiento. De
pronto empieza a suceder algo nuevo. Comienza con un alarido humano. Uno de los acólitos, un devoto seguidor de los rothens, señala
detrás de los seres estelares, hacia el féretro donde descansan sus dos camaradas muertos.
Telas sedosas cubrían a los dos que perecieron en la explosión. Pero ahora retiran esas telas, exponiendo a los difuntos...
¿Vemos a Bloor el retratista con su aparato, tratando de fotografiar el rostro de los muertos?
Bloor no hace el menor caso de los gruñidos de furia que emiten los simpatizantes de los rothens. Con calma, saca una placa e inserta otra. Parece estar en trance, concentrado en su arte, indiferente a Rann y Ro-kenn, que grita en galáctico seis.
Bloor ve el robot que desciende, y tiene tiempo para realizar un último acto de profesionalidad. El retratista cubre su preciosa cámara con su cuerpo, y muere.
Paciencia, anillos inferiores que estáis más lejos de los sentidos. Debéis aguardar, atesorando estos recuerdos con nuestro hálito interior. Para los que están más arriba en nuestro cono, los hechos se suceden como un caudal de imágenes confusas.
¡Mirad la furia de los dioses estelares!
Observad los inútiles gritos de Lester, Vubben y Phwhoon-

dau, suplicando contención.
Presenciad cómo se derrumba Bloor, convertido en un guiñapo humeante. Ved cómo la multitud retrocede mientras otras figuras con vestimentas oscuras descienden del linde del bosque.
Guardaos de los rugientes robots, que se aprestan a asestar nuevos golpes, dispuestos a matar ante una orden.
Ante todo, mirad la escena que se muestra ante nosotros, la que Bloor fotografiaba al morir. Una imagen que debemos preservar mientras dure esta torre de anillos. Dos seres yacen lado a lado. La mujer humana parece serena en su muerte, en paz. La otra figura parecía igualmente calma, cuando la vimos por última vez antes del alba. Ro-pol parecía una humana idealizada, majestuosa en su altura y en sus rasgos: la frente, los fuertes pómulos y la femenina barbilla, que en vida presentaba una seductora sonrisa.
No es lo que vemos ahora.
En cambio, una criatura trémula surge del rostro de Ro-pol entre estertores, llevándose consigo gran parte de ese rostro. La misma frente, mejillas y barbilla componen el cuerpo de la criatura, que debía montar sobre la rothen como un rewq monta sobre uno de los Seis, tan cómodamente anidada en su sitio que no había suturas visibles.
¿Esto explica la disonancia? ¿Los colores chillones que detectaba nuestro veterano rewq?
Cuando algunas partes del rostro de Ro-kenn transmitían emociones fuertes, otras parecían frías, impertérritas, amistosas.
Repta a un costado, y los testigos jadean ante lo que ven. Un rostro más estrecho, sin barbilla, esquelético, con

bordes craneanos totalmente diferentes de los de un ser humano.
El espejismo de belleza celestial terrícola se desvanece. La forma básica aún es humanoide, pero como una caricatura feroz y ahusada de nuestro sept más joven.
—Hrrrm. He visto esto antes —declara Phwhoon-dau, acariciándose la barba blanca—. En mis lecturas de Biblos. Una raza oscura, con fama de...
Rann vuelve a cubrir el cadáver.
—¡Este ultraje es imperdonable! —exclama Ro-kenn.
Nuestro rewq ahora muestra claramente que Ro-kenn es dos seres, uno de ellos una máscara viviente. Ya no finge diversión ni concesión al chantaje. Hasta ahora, no teníamos nada con qué chantajear.
El rothen señala a Rann, y ordena:
—Rompe el silencio de radio y llama a Kunn, ya.
—La represa será alertada —objeta Rann, desconcertado—. Y los cazadores. ¿Nos arriesgaremos...?
—Correremos ese riesgo. Obedece. Llama a Kunn y despeja esto.
Ro-kenn interpela a la multitud, a sus simpatizantes y a los seis sabios.
—Nadie se marchará para mencionar esto.
Los robots se elevan, crujiendo con siniestra fuerza. La multitud exhala un gemido de espanto.
Luego, el caos.

EL FORASTERO

Toca el dulcémele lentamente, una nota cada vez, sin saber lo que planea hacer, pero satisfecho por lo que está recordando.

Sobre las urs, por ejemplo. Desde que recobró la conciencia a bordo del barco, intentó comprender por qué le inspiraban tanta simpatía aquellas criaturas cuadrúpedas, a pesar de su naturaleza impaciente. En el oasis del desierto, antes del ataque, había escuchado la balada que recitaba la traidora Ulgor sin comprender más que algunas frases inconexas. Sin embargo, el canto rítmico le resultaba familiar, lleno de asociaciones.

Entonces, de repente, recordó dónde había oído esa historia. En un bar, en el lejano...

El lejano...

Le costaba recordar los nombres. Pero al menos ahora tiene una imagen, rescatada de su memoria encarcelada. Una escena en una taberna de razas sapientes de segunda como la suya, frecuentada por viajeros estelares que compartían ciertos gustos en comida, música y entretenimiento. Con frecuencia, las canciones se aceptaban como moneda en esos lugares. Uno podía canjear unas copas a cambio de una buena canción, y él rara vez tenía que pagar en dinero, tan deseadas eran las melodías de sus hábiles cantaradas.

Cantaradas.

Otra barrera. Esa alta muralla en el interior de su mente. Lo intenta una vez más, pero no logra encontrar una melodía que la derribe.

De vuelta al bar, pues. Con ese recuerdo habían aparecido datos que antes sabía sobre las urs. Sobre todo esa broma

que gastaba a sus compañeras urs cuando se dormían, después de una noche de juerga. A veces cogía un cacahuate, apuntaba bien y...

El forastero deja de pensar cuando comprende que lo están observando. UrKachu lo mira con cara de pocos amigos, irritada por el ruido de su dulcémele. Aplaca a la urs tocando con más suavidad. Pero no se detiene. En un nivel inferior, el ritmo es hipnótico, tal como él deseaba.

Los otros atacantes, urs y humanos, descansan en el tórrido día. También Sara, junto con Prity y los demás cautivos. El forastero sabe que también él debe descansar, pero está demasiado nervioso.

Echa de menos a Pzora, aunque resulta extraño echar de menos el toque sanador de un jophur.

No, no es la palabra correcta. Pzora no es uno de esos seres temibles y crueles, sino un traeki, algo muy diferente. Mientras aprende mejor los nombres, tendrá que recordar eso.

En todo caso, tiene trabajo que hacer. En el tiempo restante, debe aprender a usar el rewq que Sara le trajo, una criatura cuyo cuerpo traslúcido le cubre los ojos, haciendo que colores tenues rodeen a las urs y a los humanos, convirtiendo la ajada tienda en un pabellón de colores reveladores.

Le resulta perturbador que el rewq tiemble sobre su carne, usando una ventosa para alimentarse de las venas que están cerca de la herida de su cabeza. Pero no puede rechazar la oportunidad de explorar otro tipo de comunicación. A veces los colores confusos se fusionan para recordarle la última vez que estuvo con Pzora, en el oasis. Hubo un momento de extraña claridad en que sus rewqs unidos parecían ayudar a transmitir exactamente lo

que él deseaba.
El regalo de Pzora está dentro del orificio de su cabeza, el único lugar que a sus raptores no se les ocurrirá registrar.
Resiste el impulso de meter la mano adentro para verificar si está allá.
Todo a su debido tiempo.
Mientras toca, el opresivo calor crece. Los urs y los humanos apoyan la cabeza en el suelo, donde aún quedan restos de la frescura de la noche. Él espera, tratando de recordar algo más.
Su zona más vacía —aparte de la pérdida del lenguaje— se relaciona con el pasado reciente. Si representara la duración de su vida hasta aquel momento con diez dedos, faltaría la mayor parte de los dos últimos dígitos. Sólo tiene los jirones que le quedan cuando despierta de un sueño. Lo suficiente para saber que antaño surcó las galaxias enlazadas y presenció sucesos que ningún miembro de su especie había visto antes. Los sellos que cubren esos recuerdos han resistido todo lo que ha intentado hasta el momento: dibujos, juegos matemáticos con Prity, la biblioteca de olores de Pzora. Aún está seguro de que la clave reside en la música. ¿Pero qué música?
Sara ronca suavemente, y él siente gratitud en su corazón, junto con la turbadora idea de que hay otra persona en quien debería estar pensando. Alguien que contaba con su devoción antes que el destino lo derribara del cielo. Un distorsionado rostro de mujer titila en su mente, demasiado fugaz para reconocerlo, salvo por la oleada de sentimientos que provoca.
La echa de menos, aunque no sabe si ella siente lo mismo, dondequiera que esté.
Quienquiera que sea.

Ante todo, desea expresar estos sentimientos con palabras, como nunca lo hizo durante los peligrosos tiempos que compartieron, tiempos en que ella amaba a otro, un hombre mejor que él.
Este pensamiento conduce a alguna parte, y lo sigue ávidamente. La mujer de sus sueños añora a un hombre, un héroe que se perdió tiempo atrás, hace un par de años, junto con cantaradas y también con...
El capitán.
Sí, desde luego. El comandante que todos echaban de menos, muerto después de una osada fuga de ese maldito mundo acuático. Un mundo de desastre y triunfo.
Trata de evocar una imagen del capitán. Un rostro. Pero sólo ve un fulgor gris, un burbujeo, y al fin un destello blanco, dientes afilados. Una sonrisa extraña. Sabia y serena.
No humana.
Y de repente un gorgoteo suave.
Un sonido jamás oído en la Cuesta.
Mi buen silente amigo,
perdido en espantosa tormenta invernal,
solo como yo.
Los silbidos, crujidos y estampidos brotan de su boca antes de darse cuenta de que los está pronunciando. Echa la cabeza hacia atrás cuando una represa parece romperse en su mente, descargando un torrente de recuerdos.
La música que buscaba no era humana, sino la lengua moderna de la tercera raza sapiente de la Tierra. Un idioma difícil para los humanos, pero que recompensaba a quienes lo intentaban. El ternario no se parecía al galáctico dos ni a otro idioma, excepto a las gruñonas baladas que cantaban las grandes ballenas que aún recorrían las

honduras de su mundo natal.
El ternario.
Parpadea sorprendido y pierde el ritmo del dulcémele. Algunas urs alzan la cabeza, mirándolo con desconcierto hasta que él sigue tocando mientras medita sobre su asombroso redescubrimiento. Ese hecho perturbador que hasta ahora se le escapaba.
Sus camaradas, que quizá todavía aguarden en ese lugar espantoso y oscuro donde los dejó.
Sus camaradas eran delfines.

XXV

EL LIBRO DEL MAR

Cuidado, condenados que buscáis redención.
El tiempo es vuestro aliado,
mas también vuestro peor enemigo.
Como los fuegos de Izmunuti,
puede terminar antes de que estéis preparados,
atrayendo nuevamente
aquello de que escapáis.
Rollo del Peligro

LA NARRACIÓN DE ALVIN

Una vez intenté leer *Finnegan's Wake.* El año pasado. Hace una vida.
Se dice que ningún no terrícola entiende ese libro. De hecho, los pocos humanos que lograron esa hazaña pasaron gran parte de su vida examinando la obra maestra de Joyce, una oscura palabra tras otra, con ayuda de textos escritos por otros especialistas obsesionados. El señor Heinz comentó que en la Cuesta nadie tenía esperanzas de llegar a comprenderlo.
Naturalmente, lo tomé como un reto, y la siguiente vez que nuestro maestro fue a Asamblea, le pedí que me trajera un ejemplar.
No, no diré que tuve éxito. Al cabo de una página, supe que era una empresa muy diferente del *Ulises.* Aunque parece estar escrito en inglés preespacial, *Finnegan's Wake* usa el idioma de Joyce, creado para una sola obra de arte. Ni siquiera la paciencia hoon resolvería esto. Para comprender algo, hay que tener muchos datos sobre el contexto del autor.
¿Qué esperanzas tenía yo? No soy hablante nativo del inglés de Irlanda, no soy ciudadano de la Dublín de principios del siglo XX, no soy humano, nunca he estado en un «pub» ni he visto un «quark» de cerca, así que sólo podía hacer conjeturas.
Recuerdo haber pensado, tal vez con cierta arrogancia, que si yo no podía leerlo, nadie en Jijo sería capaz de hacerlo.
El impecable volumen daba la impresión de que nadie lo había intentado desde la Gran Edición. Entonces ¿por qué los fundadores humanos desperdiciaron espacio en Biblos

con este extravagante experimento intelectual de una época pasada?
Fue entonces cuando creí tener una clave del propósito de la gente del *Tabernáculo* al venir a este mundo. No podía ser por los motivos que se enumeran en las fechas sacras, cuando los sabios y sacerdotes leen los Rollos Sagrados. No para encontrar un oscuro rincón del universo y dedicarse a una procreación criminal y egoísta, ni para renunciar al cosmos, buscando el sendero de la inocencia. En cualquiera de ambos casos, entendería que imprimieran manuales, o historias sencillas para alumbrar el camino. Con el tiempo, los libros se ajarían y se convertirían en polvo, cuando los humanos y los demás estuviéramos preparados para renunciar a ellos. Como los eloi de *La máquina del tiempo* de H. G. Wells.
En ninguno de ambos casos tenía sentido imprimir ejemplares del *Finnegan's Wake.*
Comprendiendo esto, cogí el libro una vez más. Y aunque aún no entendía la historia ni las alusiones, disfruté del flujo de las palabras, sus ritmos y sonidos, su extravagancia. Ya no era importante que yo fuera la única persona que lo entendiera.
De hecho, sentí cierta calidez al hojearlo y pensar que algún día alguien entendería el texto más que yo.
En Jijo se almacenan cosas que parecen muertas, pero que en realidad sólo están durmiendo.
Sufro un dolor constante, y trato de sobrellevar estoicamente que unos seres extraños y silenciosos entren en mi celda para pincharme con instrumentos calientes, fríos o afilados. ¿Debería sentir esperanzas mientras dedos de metal me palpan las heridas? ¿O temor de que mis cuidadores rehusen responder mis preguntas, incluso

hablar? ¿Debo cultivar esta espantosa nostalgia? ¿O alegrarme de haber descubierto algo tan prodigioso que nadie en la Cuesta sospechaba desde que los g'Keks enviaron su primera nave furtiva al abismo?
Ante todo, me pregunto si soy un prisionero, un paciente o un espécimen. No tengo ningún punto de referencia para decidirlo. Como las frases del libro de Joyce, estos seres me resultan extrañamente familiares y totalmente ininteligibles.
¿Son máquinas?
¿Pertenecen a una antigua civilización submarina?
¿Son invasores? ¿Nos ven como invasores?
¿Son buyurs?
He tratado de pensar en aquello que me perturba.
Vamos, Alvin. Enfréntate a ello.
Recuerdo esos últimos duras, cuando nuestro bello *Sueño de Wuphon*quedó hecho pedazos. Cuando el casco se estrelló contra mi espinazo. Cuando mis amigos cayeron en la boca metálica del monstruo, sumergidos en agua fría y cruel.
Entonces estaban vivos. Heridos y aturdidos, pero vivos. Todavía estaban vivos cuando un huracán de aire expulsó el mar oscuro, haciéndonos caer medio muertos en una dura cubierta. Cuando nos cegaron luces brillantes como soles, y criaturas arácnidas en-traron en la cámara para examinar su presa.
La memoria se vuelve confusa en ese punto, disipándose en un brumoso torbellino de imágenes, hasta que desperté aquí, solo.
Solo, y preocupado por mis amigos.

XXVI

EL LIBRO DE LA CUESTA

LEYENDAS

Sabemos que en las Cinco Galaxias todas las razas que navegan por las estrellas comenzaron por el proceso de Elevación, recibiendo el don de la sapiencia de los instructores que las adoptaron. Y esos instructores recibieron ese don de instructores anteriores, y así sucesivamente, una cadena benefactora que se remonta a los brumosos tiempos en que había más de cinco galaxias conectadas, hasta los legendarios Progenitores, que iniciaron la cadena mucho tiempo atrás.
¿De dónde venían los Progenitores?
Para algunas alianzas religiosas que surcan tozudamente los caminos del espacio, esta mera pregunta es un anatema, y puede provocar una pelea.
Otros abordan el asunto sosteniendo que los antiguos venían de otra parte, o que los Progenitores eran seres trascendentes que se dignaron descender de un plano superior para contribuir al inicio de la vida sapiente.
Uno podría sugerir que esas fáciles respuestas eluden el problema, pero no conviene sugerirlo en voz alta. Algunos galácticos augustos se disgustan cuando señalamos sus incoherencias.
También existe el culto de los afirmadores, quienes sostienen que los Progenitores debieron evolucionar en un planeta determinado y
alcanzar la sapiencia plena por su cuenta, una hazaña

prodigiosa, casi imposible. Uno podría imaginar que esos creyentes serían más afables con los terrícolas que la mayoría de las alianzas más fanáticas. A fin de cuentas, muchos terranos creen que nuestra raza hizo lo mismo, Elevándose aisladamente, sin ayuda de nadie.

Pero no cabe esperar mucha comprensión de los afirmadores, que consideran soberbio y arrogante que los lobeznos afirmen semejante cosa. Sostienen que la auto Elevación es un fenómeno supremo y sagrado, indigno de criaturas como nosotros.

Jacob Demwa,

Introducción pragmática a la galactología, reeditado por el gremio de impresores de Tarek,

año 1892 del Exilio.

De nada servía gritar o arrojar piedras contra los glávers. La pareja se había retirado para mirar con sus ojos esféricos, y volvió a seguirlos cuando la partida humana continuó la marcha. Dwer comprendió que tendría que disparar contra las bestias, o hacer caso omiso de ellas.
—Tienes otras ocupaciones, hijo —declaró Danel Ozawa.
Vaya si las tenía.
El claro que estaba cerca de la cascada aún olía a urs, asnos y simia cuando Dwer guió al grupo a través del vado. A partir de entonces, utilizó una táctica de las viejas guerras, adelantándose la noche previa a cada día de marcha, con la esperanza de que los hábitos diurnos de las urs lo mantuvieran a salvo de una emboscada. Pero las urs eran criaturas adaptables. Podían ser mortíferas hasta de noche, como los combatientes humanos habían descubierto para su mal.
Dwer esperaba que este grupo tuviera hábitos perezosos, tras generaciones de paz.
Levantándose a medianoche, exploraba a la luz de las dos lunas más pequeñas, oliendo la huella de los cascos cerca de una posible emboscada. Al alba regresaba para ayudar a Danel y los demás a continuar la marcha durante el día. Ozawa consideraba urgente alcanzar al grupo urs para negociar, pero Dwer tenía sus reservas.
«¿Cómo cree que van a reaccionar? ¿Abrazándonos como hermanos? Son criminales. Como el grupo de Rety. Como nosotros.»
Los olores se volvieron más frescos. Ahora las urs les llevaban una semana o menos.
Empezó a descubrir otras huellas. Perfiles suaves en la

arena. Piedras rotas. Fragmentos de un cordón de mocasín. Fogatas apagadas con menos de un mes.
«El grupo de Rety. Las urs se dirigen hacia él.»
Danel recibió la noticia con calma.
—Deben pensar como nosotros. Los irruptores humanos saben mucho sobre la vida en estos cerros. Experiencia valiosa, que se puede comprar, tomar prestada...
—O arrancar mediante torturas —concluyó Lena Strong, afilando un cuchillo en los rescoldos—. Algunos clanes urs usaban prisioneros humanos como sirvientes, antes que les quitáramos la costumbre.
—Lo aprendieron de las reinas. No hay por qué pensar que la esclavitud es una conducta natural. Llegado el caso, en la Tierra los humanos...
—Sí, de acuerdo, pero todavía nos queda un problema —interrumpió Dwer—. Qué vamos a hacer cuando las alcancemos.
—Correcto. —Lena inspeccionó su cuchillo—. ¿Atacamos el grupo, sorprendiéndolas a todas ? ¿ O lo hacemos al estilo hoon, de una en una?
—Oh, Lena —suspiró Jenin—. Basta, por favor.
Había estado contenta durante el viaje, hasta que se empezó a hablar de lucha. Jenin se había sumado a la expedición para ser la madre fundadora de una nueva raza, no para cazar a seres que en un tiempo habían sido sus vecinos.
El lado pragmático de Dwer estaba de acuerdo con Lena, aunque su corazón sentía el mismo dolor que Jenin.
—Si debemos hacerlo, será mejor que nos decidamos pronto —murmuró, mirando al asno que llevaba sus «herramientas» más secretas.
—No deberíamos llegar a eso —dijo Danel—. Primero

veamos quiénes son y qué quieren. Tal vez podamos hacer causa común.
—¿Enviar un emisario? —resopló Lena—. ¿Delatar nuestra presencia? Has oído a Dwer. Son más de una docena.
—¿Entonces no deberíamos aguardar al segundo grupo? —preguntó Jenin—. Nos estaban siguiendo a poca distancia.
Lena se encogió de hombros.
—Quién sabe cuánto tardarán. Si se han extraviado, es posible que las urs nos encuentren primero. Y debemos tener en cuenta la tribu humana.
—La gente de Rety.
—En efecto. ¿Queremos que los maten o esclavicen? ¿Sólo porque estamos demasiado asustados para...
—Basta, Lena —interrumpió Danel—. Veremos qué se hace cuando llegue el momento. Entretanto, el pobre Dwer debe dormir. Le debemos todo el descanso posible.
—No sólo le debemos eso —murmuró Lena.
Dwer la miró, pero en la penumbra sólo distinguió sombras.
Buenas noches a todos —dijo, y fue a buscar su manta.
Pies de Barro alzó los ojos, protestando por tener que moverse. La criatura irradiaba calor de noche, lo cual compensaba en parte su maldita costumbre de lamer la cara de Dwer mientras dormía, limpiándole la transpiración de la frente y los labios.
Dwer se acostó, giró y parpadeó sorprendido al ver dos pares de ojos enormes a tres metros.
Malditos glávers.
Normalmente ignoraba a esas plácidas criaturas. Pero todavía no podía quitarse de encima el recuerdo de esa manada reunida en torno de un gallaiter muerto.

Les arrojó un terrón.
—¡Fuera de aquí!
Los ojos desaparecieron. Dwer miró a Pies de Barro.
—¿Por qué no sirves de algo y ahuyentas a esos latosos?
El noor sonrió.
Dwer se cubrió la barbilla con la manta. Estaba cansado y dolorido, pero tardó en dormirse.
Despertó al sentir una caricia en la cara. Irritado, trató de ahuyentar al noor.
—¡Largo de aquí, bola peluda! Lame excrementos de asno, si tanto quieres la sal.
Después de una pausa sorprendida, una voz sedosa respondió:
—Creo que nunca un hombre me había recibido con tanta dulzura.
Dwer rodó sobre el codo, frotándose los ojos. Una mujer.
—¿Jenin?
—¿La prefieres a ella? Yo gané el sorteo, pero la traeré si quieres.
—¡Lena! ¿Qué puedo hacer por ti?
Dwer distinguió un extraño destello, esa rara sonrisa.
—Bueno —respondió Lena con voz suave, casi tímida—, podrías invitarme a cobijarme del frío.
Lena era robusta y femenina, pero «suave» y «tímida» eran dos palabras que Dwer nunca había asociado con ella. «¿Todavía estoy soñando?», se preguntó mientras ella se acostaba junto a él, aflojándole la ropa con manos fuertes. Su tez suave parecía arder.
«Seguro, es un sueño. La Lena que conozco no huele tan bien.»
—Estás muy tenso —comentó ella, sobándole el cuello con precisión. Poco después Dwer no jadeaba sólo por la

liberación de la tensión muscular. Lena daba a cada caricia de sus dedos callosos un toque femenino, erótico.
Estaba por la mitad del masaje cuando Dwer llegó al límite de su contención y le dio la vuelta para invertir dulce pero resueltamente sus posiciones, poniéndola debajo, retribuyendo su vitalidad con un vigor que brotaba de su tensión acumulada. Semanas de preocupación y fatiga estallaron en el aire, en el bosque, dentro de ella, mientras Lena lo aferraba y suspiraba, apretándolo con fuerza.
Cuando ella se marchó, Dwer reflexionó: «Lena cree que puedo morir, pues mi trabajo es estar en el frente, en cualquier pelea. Esta podría ser mi última oportunidad.»
Cayó en un sueño sin sueños, tan profundo que se sentía descansado cuando otro cuerpo cálido se deslizó bajo la manta. Para entonces, su inconsciente lo había resuelto, atribuyendo a las mujeres el máximo pragmatismo.
«Es probable que Danel aparezca más tarde, así que me conviene usar todo lo que tenga para dar.»
No le correspondía juzgar. La tarea de los demás era la más dura. La tarea de Dwer era sencilla: cazar, pelear y, en caso necesario, morir.
Dwer ni siquiera tuvo que despertarse del todo, pero su aturdimiento no pareció ofender a Jenin. En esos días había que cumplir con toda clase de deberes. Si él quería cumplirlos, tendría que aprovechar todas sus fuerzas.
Dwer se apresuró cuando al despertar comprobó que era un mi-dura después de medianoche. Se vistió y revisó su equipo —arco y aljaba, brújula, libreta y cantimplora—, se detuvo junto a los rescoldos para recoger el paquete envuelto en hojas que Jenin le dejaba todas las noches, con la única comida decente que tomaría mientras estaba lejos.

Durante casi toda su vida adulta había viajado a solas, disfrutando de la paz y la soledad. Aun así, tenía que admitir que le agradaba formar parte de un equipo, una comunidad. Tal vez, bajo la guía de Ozawa, llegaran a sentirse como una familia.

¿Eso le permitiría afrontar mejor la ausencia de los seres queridos que había dejado en los gráciles bosques de la Cuesta?

Dwer estaba a punto de partir, siguiendo la huella de las urs en dirección de las lunas, cuando un sonido lo detuvo. Alguien estaba despierto y hablaba. Pero había pasado junto a las dos mujeres, y roncaban tranquila y (quiso creer) felizmente. Preparó el arco, dirigiéndose hacia la voz, más curioso que tenso. Pronto reconoció el murmullo. Danel, por supuesto. ¿Pero con quién hablaba el sabio?

Detrás del tronco de un gran árbol, Dwer vio un claro donde un satinado claro de luna alumbraba a una pareja improbable.

Danel estaba arrodillado frente a la criaturilla negra llamada Pies de Barro. Dwer no distinguía las palabras, pero por el tono y la inflexión Ozawa le hacía preguntas, en un idioma tras otro.

El noor se lamía y miraba de soslayo las sombras donde se en-contraba Dwer. Cuando Ozawa pasó al gal-dos, Pies de Barro sonrió, luego se inclinó para mordisquearse una picazón en el hombro. Al fin respondió con un bostezo.

Danel suspiró, como si hubiera esperado fracasar pero creyera que el esfuerzo merecía la pena.

¿Qué esfuerzo? ¿Acaso buscaba una ayuda mágica, como algunos ignorantes moradores de los llanos, que trataban a los noors como espíritus de cuentos de hadas? ¿Ozawa esperaba domar a Pies de Barro, tal como hacían los

marineros hoons? Pocos no hoons habían logrado esa hazaña. Pero aunque diera resultado, ¿de qué serviría un asistente noor? ¿O es que la siguiente misión de Dwer, después de habérselas con irruptoras urs y con la tribu de Rety, sería regresar en busca de más noors?

No tenía sentido. Si por algún milagro la Comuna sobrevivía, enviarían un mensaje para que regresaran. Si pasaba lo peor, ellos deberían permanecer alejados de la Cuesta.

«Bien, Danel ya me dirá lo que desea saber. Espero que no se esté volviendo loco.»

Dwer se alejó y encontró los rastros urs. Echó a andar al trote, ansiando descubrir qué había más allá del siguiente promontorio. Por primera vez en días, se sentía fuerte y enérgico. No era que todas las preocupaciones se hubieran disipado. La existencia aún era frágil y peligrosa, pero entretanto sentía la vibración de la vida.

RETY

El sueño siempre terminaba igual, poco antes de que despertara temblando, abrazando una manta.
Soñaba con el pájaro.
No como aparecía la última vez que lo había visto, decapitado, tendido en el laboratorio de Rann en la estación enterrada, sino como la primera vez. Vivo, con un plumaje que evocaba las lustrosas hojas del bosque, alerta y reluciente de un modo que la conmovía.
Cuando niña le encantaba observar las aves nativas, verlas volar durante horas, envidiándoles su libertad para elevarse y dejar los problemas atrás. Un día Jass regresó de un largo viaje hacia el sur, alardeando de las bestias que había cazado. Una era una criatura voladora que habían cogido por sorpresa cuando salía de un pantano. Apenas logró escapar cuando una flecha le desgarró un ala. Había ido hacia el noroeste, dejando una pluma más dura que la piedra.
Esa misma noche, arriesgándose a un espantoso castigo, Rety robó el fragmento de metal mientras los cazadores dormían, y huyó para buscar ese fabuloso prodigio.
La suerte quiso que encontrara a la criatura, que avanzaba a brincos breves. En un estremecedor instante de reconocimiento, Rety comprendió que el pájaro era víctima, como ella, de un hombre insensato y violento.
Observando su incesante fuga hacia el oeste, comprendió que compartían otro rasgo: la perseverancia.
Quería alcanzarlo, curarlo, hablarle. Comprender su fuente de poder y energía. Ayudarle a llegar a su destino. Ayudarle a encontrar su hogar. Pero a pesar de la herida, el pájaro, pronto la dejó atrás. Durante largo tiempo temió

haberlo perdido para siempre.
En ese punto de crudas emociones, el sueño pasaba sin transición a otra escena. De repente el pájaro estaba frente a ella, más cerca que nunca, aleteando dentro de una jaula enjoyada, eludiendo una niebla de gotas doradas y pegajosas, luego alejándose de quemantes cuchillos de llamas.
La frustración sofocaba a Rety. No podía salvarlo.
Al fin, cuando todo parecía perdido, el pájaro hacía lo mismo que hubiese hecho Rety. Atacaba con fuerza desesperada, muriendo para abatir a su opresor, su torturador.
Durante varias noches consecutivas el sueño terminó de la misma manera, con los fuertes brazos de alguien reteniéndola en una vergonzosa seguridad mientras el pájaro disparaba su propia cabeza hacia una sombra que revoloteaba en el aire. Un rival oscuro y mortífero.
La venganza era otra de esas cosas que en la vida real no se parecían a lo que ella había imaginado.
Por lo pronto, Rety nunca había pensado que Jass resistiría tanto el dolor.
El cazador estaba amarrado a un diván del aerobote, haciendo muecas mientras Kunn cumplía la promesa que había hecho. Una promesa que Rety lamentaba un poco más cada vez que Jass lanzaba otro gemido, apretando los dientes.
¿Quién hubiera dicho que resultaría ser valiente, recordando todas las veces que Jass se pavoneaba frente a otros miembros de la tribu? Se suponía que los matones eran cobardes, por lo que decía uno de los abuelos, cuando los jóvenes cazadores no le oían. Era una lástima, pero el viejo nunca sabría cuánto se había equivocado en

este caso. El achacoso patriarca había muerto durante los meses en que Rety había estado ausente.
Trató de fortalecer su corazón durante la lucha de voluntades entre Kunn y Jass. Jass tenía que perder con el tiempo. «A fin de cuentas, quieres saber de dónde vino el pájaro —se dijo Rety—. Y Jass se merece todo lo que le está pasando, por testarudo.»
Aunque, a decir verdad, Rety había contribuido a aumentar la resistencia del cazador, prolongando así su tormento. ¿Por eso la cabina le parecía tan sofocante? Las pacientes preguntas de Kunn se alternaban con los gruñidos de obstinación de Jass, que sudaba y se contorsionaba bajo las descargas aplicadas por el robot.
Cuando no pudo resistir más, Rety salió por la escotilla. Si algo cambiaba, el piloto la llamaría por ese botón de comunicaciones que los humanos del cielo le habían instalado bajo la piel, cerca del oído derecho.
Rety echó a andar hacia el campamento, tratando de aparentar naturalidad por si algún irruptor observaba desde las matas.
Irruptores. Así los veía. Salvajes. No eran diferentes de esos envarados bárbaros de la Cuesta, que se consideraban tan civilizados con sus libros, pero eran sólo medio animales, atrapados en un mundo sucio que no podían abandonar. Para un ser del cielo como ella, todos eran iguales, sin importar en qué lado de los Linderos llevaran su vida mugrienta.
Olió el campamento antes de llegar. Humo de madera, excrementos y pieles mal curtidas, mezclado con el vapor sulfuroso de los charcos que atraían a la tribu en esa época del año, un hecho que la había ayudado en la tarea de guiar a Kunn hasta esa zona de los Cerros Grises.

Se detuvo, alisándose el mono plateado que Ling le había dado cuando se convirtió en la primera jijoana en entrar en la estación subterránea, esa tierra de lujos y maravillas. Ling también bañó a Rety, le trató el cuero cabelludo y le aplicó pociones y rayos para que se sintiera más limpia, más fuerte, incluso más alta que antes. Sólo la lívida cicatriz del costado de la cara enturbiaba aún su transformado reflejo, pero también eso se arreglaría, le aseguraron, cuando todos fueran «a casa».

«También mi casa», reflexionó Rety, apurando el paso hasta que ya no oyó los gemidos del cazador torturado. Borró de su recuerdo

las muecas de Jass, evocando en cambio esas imágenes que el cuarteto del cielo le había mostrado, una esplendorosa ciudad enjoyada en un valle profundo. Una ciudad de torres mágicas y castillos flotantes, donde una afortunada rama de la humanidad vivía con sus amados instructores, los sabios y benévolos rothens.

No le agradaba esa parte: tener amos que le dieran órdenes. Tampoco le gustaron los rothens cuando conoció a los dos que vivían a bordo de la estación, y que parecían demasiado apuestos y delicados, demasiado felices.

Pero si Ling y Besh los amaban, quizás ella también pudiera acostumbrarse a la idea. De cualquier modo, Rety estaba dispuesta a hacer o aguantar cualquier cosa con tal de llegar a esa ciudad de luces.

«Siempre supe que me correspondía estar en otra parte —pensó, doblando un recodo—. No aquí. No en este lugar.»

Llegó a un claro lleno de desechos donde había media docena de refugios andrajosos —pieles de animales arrojadas sobre ramitas curvas— en torno a un fuego donde siluetas holhnosas se acuclillaban frente a un animal

muerto. La comida de esa noche. Un asno con un agujero en el corazón. Un regalo, cortesía del robot cazador de Kunn.
Vestidos con pieles mal curtidas, los miembros de la tribu se dedicaban a sus tareas u holgazaneaban. Tenían la piel mugrienta y el pelo pegajoso. Apestaban. Después de conocer a las gentes de la Cuesta, y a Ling y Besh, le resultaba difícil aceptar que esos salvajes pertenecían a la misma raza que ella, y mucho menos a su tribu.
Varios hombres remoloneaban junto a un corral improvisado donde se apiñaban las nuevas prisioneras, que apenas se habían movido desde que las habían llevado al campamento un par de noches atrás. Algunos hombres cortaban tocones con machetes tomados de las provisiones de las recién llegadas, admirando las afiladas hojas de metal buyur. Los hombres se mantenían alejados de la pila de cajas que Kunn les había prohibido tocar, aguardando su decisión sobre cuál debían destruir.
Había unos chicos encaramados a la cerca de troncos cortados con láser, y se entretenían escupiendo a las cautivas y riéndose de ellas.
«No deberían dejarles hacer eso —pensó Rety—. Aunque esas forasteras sean unas tontas entrometidas que no tenían que haber venido.»
Kunn le había asignado la tarea de averiguar qué hacían las prisioneras en esa comarca, violando su ley sagrada. Pero Rety no se sentía en absoluto inclinada a obedecer, incluso le repugnaba la idea.
Se puso a observar un modo de vida del que alguna vez le había parecido imposible escapar.
A pesar del tumulto de los últimos días, la vida tribal continuaba. Kallish, el viejo cojo, aún trabajaba junto al

arroyo, puliendo piedras para hacer puntas de flecha y otras herramientas, convencido de que la llegada de objetos de hierro sería una moda pasajera. Quizá tuviera razón.
Río arriba, las mujeres vadeaban los bajíos, buscando las ostras trivalvas que maduraban en el calor volcánico en esa época del año, mientras que cuesta arriba, más allá de los charcos humeantes, unas niñas golpeaban árboles illoes con pértigas y recogían las bayas en cestos de mimbre.
Como de costumbre, las mujeres hacían el trabajo duro. Esto era evidente cerca de la hoguera, donde la gruñona Binni, con los brazos ensangrentados, se encargaba de adobar el asno para el asado. El cabello de la anciana estaba más gris que antes. Su último bebé había muerto, dejando a Binni irritable con sus pechos hinchados. Reñía a sus dos jóvenes ayudantes, mostrando los dientes amarillentos.
A pesar de esos signos de normalidad, la mayoría se movía en un estado de lenta distracción. Cuando alguien miraba a Rety, se estremecía, como si fuera lo último que esperase ver. Más chocante que un gláver puesto de pie sobre dos patas.
«Rety, la diosa.
»Contadlo a vuestros apestosos mocosos junto al fuego, hasta el final del tiempo. Habladles de la muchacha que se enfrentaba a los grandes cazadores, sin importar lo que le hicieran. Una muchacha que no aguantó más. Que se atrevió a hacer lo que nunca imaginasteis. Que encontró un modo de largarse de este agujero para irse a vivir a una estrella.»
Rety sentía emoción cada vez que alguien la miraba y

desviaba los ojos.
«No soy uno de vosotros. Nunca lo fui. Y ahora vosotros también lo sabéis.»
Pero Binni no parecía deslumbrada por la deidad en que Rety se había convertido. En esos ojos grises había el desdén de siempre. A los veintiocho años, la «anciana» Binni era más joven que cualquiera de los incursores, incluso Ling. Aun así, parecía que nada en Jijo ni en el cielo podía sorprenderla.
Habían pasado años desde que Rety había llamado «mamá» a esa mujer. No sentía la tentación de hacerlo de nuevo.
Irguiendo los hombros, dejó atrás a las cocineras. Pero adentro vaciló.
Tal vez no hubiese sido buena idea regresar.
¿Por qué mezclarse con esos fantasmas, cuando podía estar en la nave, disfrutando de la victoria sobre su enemigo? El castigo que se
infligía a Jass parecía correcto y apropiado, ahora que no tenía que enfrentarse a su padecimiento. Esa contradicción la ponía nerviosa, como si faltara algo. Como usar mocasines sin cordones.
—¡Esposa! Por fin te encuentro, esposa. Mala esposa, dejar a Yi solo tanto tiempo.
Varias personas se apartaron, cediendo el paso a una criatura cuadrúpeda que se aproximaba al galope como un ser intocable y todopoderoso. Y en cierto sentido, lo era, pues Rety había prometido horrores para cualquiera que osara tocar a su «esposo».
Yi saltó a sus brazos, retorciéndose de placer mientras la reprendía.
—Esposa dejó solo a Yi demasiado tiempo, entre hembras

enemigas. Ofrecen a Yi un marsupio suave y cálido, las tentadoras.
Rety sintió celos.
—¿Quién te ha ofrecido un marsupio? Si alguna de esas zorras...
Se dio cuenta de que era sólo una broma. Se echó a reír, relajándose. Esa criaturilla era como un bálsamo para ella.
—Calma, esposa. Sólo un marsupio para Yi. ¿Puedo entrar?
—Entra —respondió Rety, abriendo la bolsa que Ling le había dado. Yi entró, se acurrucó y asomó la cabeza y el pescuezo.
—Vamos, esposa. Visitemos Ul-Tahni. Esa sabia ya está preparada para hablar.
—¿De veras? Vaya, qué simpática.
Rety no sentía ganas de ir a ver a la jefa de las forasteras. Pero Kunn le había encomendado una tarea, y ese momento era tan bueno como cualquier otro.
—De acuerdo. Veamos qué tiene que decir la potra.

DWER

Las urs habían hecho un favor a la expedición humana. Al sufrir muerte y devastación, habían dejado una advertencia.

Esa historia de asesinato despiadado era clarísima a la luz del alba: árboles despedazados, negros cráteres, jirones revoloteando en el viento seco. El ataque —ocurrido unos días atrás, calculó Dwer— había sido repentino y contundente.

Las terrazas de la meseta aún eran visibles después de siglos de erosión y vegetación. Era un emplazamiento buyur, últimos residentes legales de ese mundo, quienes vivían en torres celestiales sin temer el descampado.

Dwer rastreó el terror que había asolado aquel lugar. Se imaginó a las asustadas urs, corcoveando y jadeando de espanto, estirando los largos pescuezos, los brazos cruzados para proteger sus marsupios mientras el suelo estallaba alrededor, huyendo del campamento en llamas por un sendero empinado que conducía a un desfiladero angosto donde había una multitud de huellas humanas. Toscos mocasines se mezclaban caóticamente con cascos urs.

Dwer recogió restos de soga trenzada y correas de cuero. Según indicaban muchas señales, habían usado cuerdas y redes para atrapar a las urs.

¿Les dirían adonde las llevaban? La aeronave apuntaba a los flancos y alrededor, para arrearlas. ¿Por qué las urs no se dispersaron, en vez de apiñarse para ser atrapadas en masa?

Varios fragmentos de arena pegajosa le dieron la respuesta. El propósito era capturarlas, pero el artillero de

la nave no había tenido problemas en facilitar la captura con un par de cadáveres.
«No juzgues con dureza a las urs. ¿Sabes cómo reaccionarías si cayeran centellas a tu alrededor? La guerra es una locura. A todos nos falta práctica. Ni siquiera Drake se enfrentó a algo como esto.»
—Así que nos las vemos con una alianza entre los irruptores humanos y los incursores —declaró Lena—. Eso cambia las cosas, ¿verdad?
Danel Ozawa estaba consternado.
—Toda esta región corre peligro. Sea cual fuere el destino de la Cuesta, lo mismo sucederá aquí también. Sea con epidemias o con fuego, o cazando sus víctimas con máquinas, asolarán la zona como en casa.
La tarea de Danel consistía en llevar un legado al desierto —conocimientos y nuevos genes para fortalecer la tribu humana que ya vivía allí—, preservar algo de la vida terrícola en caso de que sucediera lo peor. No era una empresa alegre, sino algo más parecido a la misión del capitán de un bote salvavidas en una antigua historia de naufragios. Pero al menos esa empresa se basaba en una magra esperanza. Ahora sus ojos carecían de todo rastro de esa emoción.
—Bien —protestó Jenin—, ¿no acabas de decir que los irruptores y los incursores son aliados? Ahora los dioses de las estrellas no se volverán contra ellos, ¿o sí?
Hizo una pausa al ver la expresión con que le respondían. Jenin palideció.
Poco después, irguió de nuevo la barbilla.
—Bien, todavía no saben que existimos, ¿verdad? ¿Por qué no nos vamos cuanto antes? Los cuatro. ¿Por qué no nos dirigimos al norte, Dwer? Tú has estado allá. Vámonos.

Danel pateó escombros, señaló una hendidura en las rocas.
—Podemos construir una pira allí.
—¿Qué estás haciendo? —preguntó Jenin, mientras Dwer conducía los asnos a donde indicaba el sabio y empezaba a descargar los fardos.
—Pondré las granadas —dijo Lena, abriendo un contenedor—. Será mejor que añadamos un poco de madera. Recogeré estas cajas rotas.
—¿Pero qué sucede?
Danel cogió el brazo de Jenin mientras Dwer apartaba algunas provisiones: comida y ropa, además de enseres básicos, ninguno que contuviera metal. Dejaban todos los libros y herramientas sofisticadas que habían llevado desde la Cuesta.
El sabio explicó.
—Trajimos este legado para mantener cierta semblanza mínima de la cultura humana en el exilio. Pero cuatro personas no pueden fundar una civilización, por muchos libros que tengan. Debemos prepararnos para la posibilidad de que todo esto deba ser destruido.
Era obvio que a Ozawa le disgustaba esa perspectiva. Su rostro ojeroso parecía quebrado por el dolor. Dwer eludía su mirada, concentrándose en el trabajo, apartando sólo las provisiones indispensables para una pequeña partida de fugitivos.
Jenin digirió la noticia y asintió.
—Bien, si debemos vivir y fundar familias sin libros, supongo que eso nos adelanta un poco, ¿verdad? Estaremos más avanzados en la Senda de...
Calló. Danel sacudía la cabeza.
—No, Jenin. Las cosas no serán así. Nosotros cuatro

podemos tratar de sobrevivir. Pero aunque llegáramos a un valle lejano, fuera del alcance de los incursores, es poco probable que logremos adaptarnos a tiempo a un ecosistema extraño. Rety dijo que su tribu perdió la mitad de su primera generación por culpa de los accidentes y las reacciones alérgicas. Eso es típico de los grupos irruptores, hasta que aprenden qué es seguro comer o tocar. Es un proceso de ensayo y error, mortífero. Cuatro individuos no es suficiente.

—Yo pensaba...

—Y está el problema de la endogamia...

—No estarás diciendo...

—Además, aunque supiéramos superar todos esos problemas, no funcionaría, porque no iniciaremos una tribu de salvajes decadentes e ignorantes, aunque los Rollos den a ese destino muchos nombres bonitos. Los seres humanos no vinieron a Jijo buscando la Senda de la Redención.

Dwer miró a Ozawa, y también Lena, que aferraba un grueso tubo con una mecha en un extremo. Hasta entonces, Ozawa había dicho lo que Dwer ya sabía. Pero ahora reinaba el silencio. Nadie se movería ni hablaría hasta que el sabio se explicara.

Danel Ozawa suspiró.

—El secreto se transmite a unos pocos, cada generación. Pero no veo ningún motivo para ocultároslo a vosotros tres, a quienes considero ahora mis parientes, mi familia. Algunos de los Seis quedaron pasmados cuando construimos Biblos. La Gran Edición parecía implicar que no teníamos intención de olvidar. Nuestros fundadores hablaron persuasivamente para explicar la inundación de libros. La llamaron una medida provisional, un modo de

ayudar a todas las razas a vivir cómodamente para concentrarse en el desarrollo de su alma, hasta que estuviéramos espiritualmente preparados para seguir la Senda. Oficialmente, es el objetivo final de los Seis. Pero los tripulantes del *Tabernáculo* no pensaban que sus descendientes debieran involucionar hasta convertirse en protohumanos, para que una raza de dioses estelares los adoptara y Elevara.

Danel hizo una pausa.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí? —preguntó Dwer.

Danel se encogió de hombros.

—Todos saben que cada raza tenía sus motivos. Los que no podían procrear en su mundo natal buscaron un lugar donde pudieran tener su prole a gusto. En cuanto a los g'Keks, hablan de persecuciones en las estrellas.

—¿Los humanos vinieron a Jijo porque la gente de la Tierra no estaba segura de su supervivencia?

Ozawa asintió.

—Habíamos hecho algunos amigos que ayudaron a la Tierra a obtener una rama de la Biblioteca. Y habiendo Elevado a dos razas, ganamos la jerarquía de instructores de bajo nivel. Aun así, la historia galáctica no ofrece demasiadas esperanzas a una raza lobezna. Ya teníamos enemigos. El Consejo de los Terrágenos sabía que la Tierra sería vulnerable durante mucho tiempo.

—¿Entonces los tripulantes del *Tabernáculo* no eran renegados?

Danel sonrió.

—Eso era un disfraz, por si los colonos eran apresados. El Consejo fingiría que eran renegados. En realidad, nuestros antepasados fueron enviados en busca de un refugio para la humanidad. ¿Pero dónde? A pesar de los rumores, no

se conoce ninguna ruta más allá de las Cinco Galaxias. En su interior, cada estrella está catalogada, y muchos tienen arrendatarios que las vigilan. Así que los terrágenos exploraron la Gran Biblioteca para ver qué hacían otras razas en una situación similar. A pesar de sus defectos, el fenómeno de los «irruptores» parecía prometedor.
Lena sacudió la cabeza.
—Estás excluyendo muchas cosas. ¿Qué hacemos aquí, mientras nos ocultamos, si nuestra misión no es seguir la Senda?
—Si Lester y los demás lo saben, no me lo han dicho —respondió Danel—. Tal vez debamos aguardar a que cambie el universo. Pero eso importa poco ahora. Si nuestra cultura está acabada, no me prestaré a continuar una vida mísera, criando hijos que serán bestias.
Jenin iba a hablar, pero apretó los labios.
—Al menos sabemos que la Tierra ha sobrevivido algunos siglos —dijo Dwer.
—Aunque los incursores dicen que hay una crisis —observó Lena—. Con la Tierra en el medio.
Danel desvió los ojos con expresión sombría.
—Oye —dijo Dwer—, ¿los humanos del cielo no son exactamente lo que quería el Consejo? ¿Una rama de humanos a salvo de lo que le suceda en la Tierra? La gente que conociste en el Valle cuenta con la protección de los rothens.
Danel suspiró.
—Quizá, pero quién sabe si seguirán siendo humanos bajo esa influencia. La ironía de ser asesinado por nuestros propios parientes parece demasiado abrumadora.
El sabio sacudió la cabeza.
—Preparemos la pira. Si estos artículos no pueden servir

a una tribu civilizada de terrícolas exiliados, al menos cumplamos nuestro deber con este mundo y no dejemos escoria. Lena, prepara el temporizador para que estalle dentro de un día, si no regresamos.
—¿ Regresamos ? Creí que abandonábamos...
Se echó hacia atrás cuando el sabio la miró con su antiguo fuego en los ojos.
—¿Quién ha hablado de abandonar? ¿Qué os está pasando? Miraos las caras. ¿Dejaréis que un pequeño inconveniente os venza?
«¿Un pequeño inconveniente?», se preguntó Dwer, mirando los vestigios de explosiones que rodeaban el campamento urs.
—No entiendo. Has dicho que no podemos terminar nuestra misión.
—¿Y qué? —preguntó Danel Ozawa—. Somos adaptables. Cambiaremos de misión. Ya no somos colonos, pero todavía podemos ser guerreros.

RETY

Las prisioneras se encontraban en charcos fangosos, con los pescuezos caídos, y apestaban después de dos días de encierro en el corral. Trece urs que habrían preferido la árida meseta donde se habían instalado, hasta que una nave atacó su campamento, arrojando rayos, empujando a las sobrevivientes hacia Jass y los demás cazadores, que aguardaban con sus cuerdas.

Así Kunn había cumplido con su parte del trato, al eliminar de los cerros la plaga urs. A cambio, Jass debía guiar a Kunn hacia el sitio donde él y Bom habían visto el pájaro por primera vez.

Nadie sabía por qué Jass había cambiado de opinión y había decidido no respetar el trato, prefiriendo los aguijonazos del robot.

Nadie excepto Rety.

Binni decía que no valía la pena desafiar a hombres que podían aporrearte si los enfurecías. Convenía usar las palabras para guiar a esos energúmenos. Hacerles creer que era idea suya.

«Pero yo tenía que abrir la boca.

»Bien, lo intenté a tu manera, Binni, ¿y sabes qué? Tenías razón. Nada que yo pudiera hacerle a Jass le haría tando daño como el que él mismo se está haciendo ahora.»

Bom custodiaba la puerta del corral. El corpulento cazador obedeció prontamente la orden de abrir, sin mirar a Rety a los ojos. Sabía dónde estaba ahora su compañero. Sólo dos cosas lo salvaban del mismo destino. Primero, su célebre falta de sentido de la orientación. Él solo nunca habría hallado el sitio donde habían avistado el pájaro de metal.

La otra cosa era el capricho de Rety. La abyecta sumisión de Bom le complacía más que los gritos. Ese matón estaba muerto de miedo.
Rety miró de hito en hito a los niños que escupían a las prisioneras, y todos saltaron de la cerca y echaron a correr. Los niños de la tribu tampoco le hablaban en los viejos tiempos.
Entró en el corral.
Ul-Tahni, jefa de las infortunadas urs, saludó a Rety con un oscilante movimiento del pescuezo. Con su hocico de franjas grises, prorrumpió en silbidos y chasquidos, hasta que Rety la interrumpió.
—Basta. No entiendo esa jerigonza.
De mala gana, Ul-Tahni pasó al ánglico.
—Me disculfo. Tu atuendo engaña el ojo, haciendo fensar en una entidad galáctica.
Rety irguió la cabeza.
—No te engañas. Eso es lo que soy.
«Eso espero», añadió para sí. Rann y los demás podían cambiar de parecer antes que la nave regresara, sobre todo cuando ella les hubiera dado cuanto tenía para ofrecerles. Aunque los incursores respetaran su palabra, Rety tendría que aprender esos descabellados idiomas que usaban entre las estrellas.
—Una vez más, me disculfo por mi ofensa. ¿Entonces el clan de criaturas de las estrellas ha adoftado a una hija del desierto? Eres una joven afortunada.
—Sí —respondió Rety, preguntándose si la urs se estaba burlando de ella—. Bien, Yi dice que estás dispuesta a revelar qué estás haciendo aquí, más allá de los Linderos.
La urs suspiró.
—Llegamos, vergonzosamente, fara instalar una colonia,

freser-vando nuestra esfecie en un santuario secreto.
Rety gruñó.
—Eso es obvio. ¿Pero por qué aquí? ¿Por qué ahora?
—Está comfrobado que este lugar es habitable... sirve fara los terrícolas, y por tanto fara los asnos que utilizamos. Tú misma has testimoniado ese hecho.
—Ah. —Ul-Tahni debía de ser una de las jóvenes sabias presentes en el pabellón cuando Rety contó su historia ante el Consejo Supremo—. Conque era buena idea venir aquí. Correcto. Continúa.
—En cuanto a nuestra frisa... frocurábamos eludir el destino que fronto caerá sobre la Cuesta: la aniquilación a manos de los delincuentes de las estrellas.
Rety reaccionó airadamente.
—Conozco esa mentira. Ellos nunca harían semejante cosa.
Ul-Tahni sacudió la cabeza.
—Acefto la corrección. Es evidente que estas delicadas criaturas no asesinan a gentes que no les han causado ningún daño, ni escufen muerte desde un cielo nuboso.
Esta vez el sarcasmo era manifiesto. Rety miró a una joven urs con una quemadura en un flanco, provocada por el rayo térmico del robot.
—Bien, has tenido la mala suerte de que viniéramos de visita, pidiendo instrucciones, y os encontráramos en guerra con mi antigua familia.
—No es guerra. Un desacuerdo transitorio que nosotras no iniciamos. Naturalmente, tus farientes, se alarmaron al vernos. Nuestra idea era suferar esa hostilidad instintiva con una amistad activa. Inducir la cordialidad con regalos y ofertas de asistencia.
—Sí, seguro. Rety sabía cómo trataban los antiguos clanes

urs a los colonos humanos—. Apuesto a que también contabais con mejores armas de las que tienen aquí.
—¿Tal como tus amigos nos aflastaron, usando un foder mucho más grande que el nuestro? Qué curioso... ¿habrá continuidad en esta disfaridad de fuerzas?
A Rety no le agradaba la expresión burlona de esos ojos urs.
—¿A qué te refieres?
—Una conjetura. ¿Existirán fuerzas tan suferiores a tus nuevos amos como ellos son a nosotros? En las insondables galaxias, ¿fuedes saber si has escogido el lado correcto?
Esas palabras causaron escalofríos a Rety, recordándole sueños perturbadores.
—No sabes nada sobre las galaxias y todo eso así que no finjas...
En ese momento un grito la interrumpió. Yi asomó la cabeza, gimiendo. Una reacción similar se difundió entre los esposos de las prisioneras, que salieron aullando, moviendo la cabeza hacia el sur. Pronto las hembras más grandes los imitaron, poniéndose en pie.
¿Una revuelta? No, era otra cosa.
—¿Qué has oído? —le preguntó a Yi.
—¡Motor! —respondió el pequeño urs, retorciendo el cuello.
Poco después Rety también lo oyó. Un gemido distante. Se llevó la mano a la oreja y pulsó el implante.
—Oye, Kunn, ¿qué sucede?
Siguió una larga pausa, durante la cual la línea emitió ruidos de cabina. Interruptores, motores acelerando.
—Jass ha optado por colaborar, así que iremos a buscar el lugar donde vieron tu pájaro de metal.

—Pero yo también quiero ir.
—Jass me lo ha contado todo —repuso fríamente Kunn—, incluida la razón por la cual se resistía tanto. Al parecer lo convenciste de que yo lo liquidaría en cuanto me dijera lo que sabía, que sólo viviría hasta entonces. ¿Por qué le dijiste eso al pobre diablo, Rety? Causó trastornos y dolor innecesario.
«Innecesario para ti, pero muy importante para mí», pensó Rety.
La venganza era sólo parte de su justificación para manipular a Jass, aunque eso habría bastado por sí mismo.
—Kunn, no me dejes. Ahora soy una de vosotros. Lo han dicho Rann y Besh, incluso Ro-pol.
De repente se sintió pequeña y vulnerable, con una urs frente a ella y Bom detrás de la puerta, rodeado por otros que sin duda querrían hacerle daño. Se tapó la boca y bajó la voz, susurrando por el pequeño transmisor.
—Los irruptores se volverán contra mí, Kunn.
—Tal vez debiste pensar antes en las consecuencias.
Siguió otra larga pausa.
—Si Rann no insistiera en evitar las transmisiones por radio, podría deliberar con los demás antes de decidir.
—¿Decidir qué?
—Si debo llevarte de vuelta o dejarte donde empezaste.
Rety combatió el temblor que le recorrió el cuerpo, en respuesta a las duras palabras de Kunn. Sus esperanzas eran una torre brillante que estaba a punto de desmoronarse.
—Dejaré el robot para protegerte, Rety. Hará lo que le ordenes hasta que yo regrese. No abuses del privilegio.
Su corazón brincó ante esa frase. «Hasta que yo regrese.»

—Lo prometo —susurró.
—Considéralo una segunda oportunidad. Interroga a las urs. Destruye sus armas. Tal vez podamos empezar de nuevo cuando regrese, siempre que encuentre la presa. Kunn fuera.
La línea enmudeció con un chasquido. Rety reprimió el afán de oprimir el botón para rogar nuevamente que se la llevaran. Apretó los dientes y trepó a la cerca para mirar el dardo plateado que se elevaba del desfiladero, giraba a la luz de la mañana y volaba al sur, dejándole el corazón frío y yermo como un glaciar.

DWER

La aldea irruptora era un lugar humeante al pie de un cañón lleno de aire denso, húmedo y sulfuroso.
Un lugar infernal, desde el punto de vista urs.
Dwer miró el atestado corral de las inmóviles cautivas desde su punto de observación.
—Cuento una docena, sin incluir los cadáveres, como has dicho —observó Lena, mirando por su telescopio—. Creo que eres buen rastreador, amigo.
—Gracias, oh señora de los aparatos prohibidos —respondió Dwer. Se estaba acostumbrando a Lena. Siempre tenía que incluir una nota de sarcasmo, aun cuando hacía un cumplido. Se parecía a un noor, que retribuía las caricias hundiéndote las zarpas en el muslo.
Lo raro era que se estaba acostumbrando a la idea de convivir con aquella mujer y con Jenin, Danel y la tribu perdida de exiliados humanos. Ni siquiera el descubrimiento de la invasión urs volvía absurda la idea. Danel tenía razón. Tal vez hubiera lugar para una causa común.
Pero ahora esas ideas habían quedado obsoletas. La razón se encontraba a la izquierda: una máquina plateada, con forma de cigarro hoon y alas rechonchas. Era el primer objeto incursor que veía Dwer, desde que ese robot había atacado en la guarida de la araña.
Ese coche aéreo no tenía por qué estar allí. Significaba la destrucción de todos sus planes. Además le molestaba que fuera tan bello.
Dwer estaba orgulloso de haber encontrado un punto de observación en lo alto de la pared del desfiladero. Veía la aldea, los charcos humeantes, la vegetación aplastada

donde se había posado la máquina.
—Ojalá esos patanes no se movieran tanto. Así no hay forma de contarlos —se quejó Lena—. Al menos la muchacha dijo que los varones no permiten que las mujeres usen armas, así que no son guerreras.
Resopló con desdén ante ese estúpido derroche de recursos.
Dwer hubiera preferido no luchar contra humanos, jijoanos o seres del cielo. De todos modos, la única oportunidad consistía en lograr una sorpresa total.
Compartiendo ese estrecho saliente, Dwer sintió el pecho de Lena contra el brazo, pero el contacto no lo excitó. Sus cuerpos parecían comprender que se había producido un cambio. Ya no habría más episodios apasionados ni gestos de afirmación de la vida. El sexo era importante para los colonos que planeaban criar hijos, no para una partida empeñada en la destrucción.
Ahora sólo importaban las aptitudes y la confianza mutua.
—Parece un explorador atmosférico estándar —dijo Danel Ozawa—. Una nave de combate. Ojalá hubiéramos traído un texto sobre tecnología galáctica. Dame esos anteojos, por favor.
Como Dwer y Lena, Danel tenía el rostro cubierto con marcas de carbón que presuntamente debían confundir al dispositivo de reconocimiento óptico de las máquinas alienígenas. Dwer prefería considerarlas pinturas de guerra.
—Maldición —masculló Danel—. Echad una ojeada. Ahora sabemos cómo encontraron este lugar los dioses de las estrellas.
Cuando Dwer cogió el telescopio, vio que la escotilla de la nave estaba entornada, mostrando partes del interior, con

hileras de paneles de control. «Ojalá estuviéramos más cerca —pensó—. Con la puerta abierta y sin robot a la vista...»
—Mira a la derecha, sendero arriba —indicó Danel.
Dwer miró en esa dirección y vio que una silueta vestida con esas prendas que usaban los incursores se dirigía hacia el campamento irruptor.
—¡Gran Huevo de Ifni! —exclamó.
—¿Qué es? —le preguntó Lena, cogiendo el telescopio mientras Dwer se ponía de espaldas y miraba el cielo turbio a través de ramas enmarañadas.
—Vaya, vaya —murmuró Lena—. Parece que nos ha encontrado, después de todo.
—Debí haberla estrangulado cuando me robó el arco. Debí dejar que la araña se encargara de ella.
—No lo dices en serio, hijo —dijo Danel.
Dwer sabía que el sabio tenía razón. Sin embargo gruñó:
—¿No? Fue un fastidio desde el principio. Ahora lo ha estropeado todo.
—Tal vez se vio obligada.
Pero el sabio no parecía convencido. Todos habían visto la ropa de la muchacha, su pelo recién peinado y su andar confiado, su aire de ser la dueña del campamento.
—Ha ido a ver a las prisioneras —informó Lena poco después—. Ahora está hablando con una de ellas. Esas urs tienen mal aspecto, pobres. Ojalá pudiera distinguir...
Se calló cuando Dwer le cogió el brazo, reaccionando ante un ruido agudo que le arañaba el interior del cráneo. El noor parloteó irritadamente. El ruido se profundizó y creció y todos lo oyeron. Jenin, que se había apostado como vigía cuesta arriba, lanzó un susurro inquisitivo.
El ruido venía de la nave. A Dwer le castañeteaban los

dientes.
—¡Algo está saliendo! —exclamó Lena, moviendo el telescopio—. Es el robot.
Un punto negro con tentáculos colgantes se separaba de la nave, cuya escotilla se cerró. Una polvareda vibró en el aire mientras los zumbantes motores elevaban la nave exploradora. La proa plateada era más grande que la casa donde Dwer se había criado, pero se elevó grácilmente, deteniéndose cuando el morro apuntó al sur. Un trueno estalló en el cielo y la nave se alejó como un bólido.
—Maldición —exclamó Danel—. Perdimos nuestra oportunidad.
Lena no estaba mirando la nave, sino que seguía al negro robot, que ahora volaba hacia la aldea.
—No te preocupes —le aseguró—. Creo que tendremos otra.
Los glávers habían regresado. ¡Precisamente habían elegido ese momento para fastidiar!
Debían de haberlos seguido desde el campamento de la noche anterior. Ahora maullaban desconsoladamente ante las vistas y olores
de esa fétida garganta, pero eso no les impidió seguir a Dwer cuando abandonó el refugio del bosque, dirigiéndose hacia el apiñamiento de chozas.
Dwer echó una mirada a Lena Strong, agazapada en el linde de la arboleda. Enarcando las cejas, ella le preguntó si quería que disparase contra aquellas bestias idiotas. Él negó enérgicamente con la cabeza. Sólo eran peligrosos para un hombre que intentaba ocultarse. Y a esas alturas, no le importaba que lo descubrieran. Al contrario, ésa era la idea.
Aun así, cuando pasó frente a un tronco podrido, lo pateó

varias veces, exponiendo las larvas que había en su interior. Los glávers ronronearon de placer y se acercaron a comer.
Sólo quedaba un fastidio: el noor, que correteaba por la hierba y entre sus piernas.
Tratando de hacer caso omiso de Pies de Barro, y llevando el arco colgado del hombro, Dwer caminó con fingida soltura en medio de un grupo de tocones, hacia la tribu. El corral de las prisioneras estaba un cuarto de tiro de flecha a la izquierda, las chozas a la derecha. Al frente humeaba una hoguera.
«Vamos, gente —pensó Dwer cuando estaba a medio camino sin que lo hubieran visto—. ¿No tenéis centinelas?»
Se puso a silbar una melodía.
Al fin, uno de los niños que miraba a las cautivas urs giró hacia él, abrió la boca y se puso a gritar.
«Bien, lo que sea.»
La reacción habría sido diferente una semana atrás. Durante generaciones esa gente no había visto intrusos. Ahora, después de establecer contacto con una banda urs, incursores voladores y una pariente perdida convertida en diosa, tomaron su llegada bastante bien. Sólo tres de cada cuatro echaron a correr presa del pánico. Los demás lo miraban con ojos desorbitados, aproximándose en grupos. Dwer llamó a un niño.
—Sí, tú. No temas, no muerdo.
Se agachó para parecer menos imponente. El niño, un mocoso sucio, parecía alguien para quien pavonearse era tan importante como la vida. Dwer conocía a los de su clase. Mientras otros miraban, el chico habría preferido morir que mostrar temor. Hinchando el pecho, avanzó

hacia Dwer, mirando atrás para asegurarse de que su valor tenía testigos.
—Vaya, jovencito —comentó Dwer—. ¿Cómo te llamas?
El chico se quedó asombrado, como si nadie se lo hubiera preguntado antes. ¿Acaso todos en el mundo no crecían conociendo el nombre de los demás?
—Bien, no importa —dijo Dwer, advirtiendo que la multitud crecía mientras la curiosidad superaba el miedo—. Quiero que me hagas un favor. Si lo haces, te daré algo especial, ¿de acuerdo? Bien. Por favor, llama a Rety. Dile que un conocido la está esperando.
Dwer señaló el sitio de donde venía.
—Por allá. Junto a los árboles. ¿Te acordarás?
El niño asintió. La avaricia calculadora ya había reemplazado al miedo.
—¿Qué me darás a cambio?
Dwer extrajo una flecha de la aljaba. Estaba hecha por los mejores flecheros de Villa Ovoom, perfectamente recta, con una punta de afilado metal buyur que relucía al sol. El niño quiso cogerla, pero Dwer se lo impidió.
—Cuando traigas a Rety.
Sus miradas se encontraron. Encogiéndose de hombros, el niño echó a correr, atravesando la multitud, gritando a pleno pulmón. Dwer se levantó, guiñó el ojo a los miembros de la tribu y regresó hacia el bosque, silbando. Mirando hacia atrás, vio que buena parte del clan lo seguía. De momento, todo iba bien.
«Demonios —maldijo al ver a los glávers—. Fuera de aquí.»
Habían terminado de inspeccionar el tronco podrido, y se le acercaron. Dwer se preocupó. Cuando vieran a los aldeanos, ¿se asustarían y correrían hacia el corral de las

prisioneras? La hembra volvió un ojo hacia la multitud. Los demás la siguieron, preocupados. Ella resopló, y su pareja retrocedió con consternada sorpresa. Giraron, y huyeron exactamente hacia donde Dwer temía.
Con ojo de rastreador, vio a Jenin Worley agazapada junto a un árbol, donde el bosque se aproximaba al corral. Uno de los objetivos de Dwer era impedir que los aldeanos miraran hacia allá.
Ya empuñaba el arco, con una flecha preparada, cuando Pies de Barro saltó repentinamente de la hierba alta, moviendo las patas delanteras. Los glávers se pararon en seco y cambiaron de rumbo con asombrosa agilidad, perseguidos por el noor.
Por alguna razón esto divirtió a los aldeanos. No les importaba no haber visto nunca un noor. Se reían del miedo de los glávers, aplaudiendo como si Dwer hubiera montado un espectáculo para ellos. Dwer giró, sonriendo mientras se colgaba el arco del hombro. Cualquier cosa para lograr que siguieran mirando hacia él.
La muchedumbre calló cuando una sombra cubrió a Dwer. Un zumbido conocido le causó escalofríos en la espalda.
Protegiéndose los ojos del sol, miró la silueta negra, con sus ángulos prominentes y sus zarcillos colgantes, como un demonio que todavía acechaba en sus sueños, el monstruo que escupía fuego y había liquidado a la vieja araña reductora de las montañas. A pesar del resplandor que la aureolaba, distinguió la misma simetría octogonal. Sólo que ésta llevaba una silueta apoyada en un hombro.
—Bien. Al final llegaste aquí, pese a todo —comentó la silueta—. No está mal para un hombre de la Cuesta. Supongo que no eres tan delicado... aunque parece que el viaje te ha fatigado bastante. Te he visto en mejor forma,

Dwer.
—Gracias, Rety —dijo él, moviéndose para que el sol no lo deslumbrara. También quería aproximarse al bosque—. En cambio tú tienes mejor aspecto que nunca. ¿Lo estás tomando con calma?
Ella respondió con una risa forzada, como si últimamente no se hubiera reído mucho.
—Rechacé la oferta de tus sabios. Querían que regresara aquí a pie, guiando a un grupo de idiotas. ¿Para qué caminar cuando puedes volar?
Ahora la distinguía claramente. Salvo por la vieja cicatriz, parecía totalmente cambiada. Sin embargo, conservaba su mirada de desconfianza.
También era su primera oportunidad de echar un buen vistazo a la máquina. Los lados eran ocho rectángulos iguales, negros y sin protuberancias. Debajo, un par de brazos tentaculares colgaban amenazadoramente a cada lado de una esfera erizada de facetas de cristal y tubos metálicos. Danel le había advertido que se cuidara de esa esfera. Rety estaba sentada en una silla amarrada, sobre una superficie plana, salvo por una torre que se elevaba en el centro. Danel la había identificado como una «antena».
Dwer señaló la máquina.
—Parece que has hecho nuevos amigos, Rety.
La muchacha rió de nuevo.
—Amigos que me llevarán a sitios que tú nunca has visto.
—No hablo de los dioses de las estrellas, Rety. Me refiero al amigo que te está llevando ahora. La última vez que vi uno, trataba de matarnos a los dos.
—Muchas cosas han cambiado, Dwer.
—Sí, y fulminó a ese pájaro que tanto te gustaba. En fin, supongo que a veces conviene unirse a los que...

—¡Cállate!
El robot reaccionó ante la furia de su jinete inclinándose hacia Dwer. Retrocediendo, Dwer vio un racimo esférico de lentes y tubos, bajo el torso aparatoso de la máquina, que giraba para seguirlo. Ozawa lo llamaba cápsula de armamentos, y Dwer notó que su instinto confirmaba esa conjetura.
Una multitud se reunió detrás de Rety, la mayor parte de la tribu
humana, observando esa confrontación entre un desaliñado forastero y una de las suyas montada en un diablo volador. Parecía un enfrentamiento bastante desigual.
«Algunas cosas son exactamente lo que parecen.»
Dwer vio un movimiento cerca del corral. Jenin, aproximándose.
—¿Y bien? —preguntó Rety.
—¿Y bien qué?
—Tú me mandaste buscar, idiota. ¿Recorriste medio mundo para hacerme sentir culpable? ¿Por qué no te quedaste lejos, al ver lo que sucedía aquí?
—Yo podría hacerte la misma pregunta, Rety. ¿Qué estás haciendo? ¿Jactándote ante tus amigotes? ¿Ajustando viejas cuentas? ¿Los dioses de las estrellas tenían un motivo especial para necesitar una guía en este sitio? Esta axila de Jijo.
Emociones complejas cruzaron el rostro de Rety, la furia luchando con sentimientos confusos.
Al fin soltó una risotada.
—¿Axila de Jijo? Oye, es mucho peor que eso. —Rió de nuevo, se le acercó—. En cuanto a lo que busca Kunn, no puedo decírtelo. Es un secreto.

Rety no sabía mentir. «No tienes la menor idea —dedujo Dwer—. Y eso te molesta.»
—¿Y dónde está ese grupo de tu gente que ibas a traer aquí? —añadió Rety.
—Escondida. Me adelanté para asegurarme de que no había peligro.
—¿Por qué? Aquí no hay nada peligroso, excepto por mis viejos parientes... y un hato de potras hediondas.
Cuando dijo eso, un silbido semejante a una risa tenue surgió de un saco que llevaba en la cintura.
—¿Y los asesinos del espacio exterior? —añadió Dwer—. ¿Los que planean exterminar a todo ser pensante del planeta?
Rety frunció el ceño.
—Es una mentira. No lo harán. Lo prometieron.
—¿Y si te mostrara pruebas?
Ella movió los ojos nerviosamente.
—Más mentiras. No harían semejante cosa.
—Como tampoco dispararían contra un pobre pájaro descuidado, supongo. Ni atacarían a esas urs sin ninguna advertencia.
Rety se puso roja mientras Dwer continuaba.
—Ven. Te mostraré de qué hablo.
Antes que ella pudiera negarse, echó a andar hacia el bosque.
—Lo he dejado allá, detrás del tocón.
La muchacha rezongó, pero lo siguió con el robot. Dwer temía que la máquina fuera más sofisticada de lo que Ozawa pensaba. La obra de referencia que usaba el sabio tenía tres siglos de antigüedad, y no daba muchos detalles. ¿Y si el robot entendía el lenguaje y sabía que él estaba mintiendo? ¿Y si podía leerle los pensamientos?

El tocón era más grueso que los demás. Los irruptores debían de haberse esforzado mucho para talarlo con sus primitivas herramientas, cuando abrieron ese claro. Dwer se agachó para recoger dos objetos que había guardado del otro lado: un tubo delgado que se metió en la manga de la túnica y un libro encuadernado en cuero.

—¿Qué es? —preguntó Rety, haciendo que el robot descendiera. De la superficie plana de la máquina sobresalían cuatro tentáculos con extremos brillantes. Tres de ellos giraron hacia Dwer, mientras el cuarto vigilaba la retaguardia. Por el momento Danel Ozawa había tenido razón en cuanto a los órganos mecánicos del robot. Si éstos eran «ojos», ese huso delgado que salía del centro del robot...

—Muéstrame —exigió Rety, aproximándose, mirando el pequeño volumen, que contenía unas cien páginas, un tesoro del legado de Danel—. Un libro —resopló con desprecio—. ¿Crees que puedes probar algo con esto? Los rothens tienen imágenes que se mueven y hablan, y te cuentan todo lo que quieres saber.

«Exacto —pensó Dwer—. Pueden crear imágenes para mostrarte lo que quieres ver.»

Pero respondió con un asentimiento amistoso.

—Lo lamento, Rety. Me había olvidado de que no sabes leer. Bien, ábrelo y verás que este libro también tiene imágenes. Te las explicaré, si quieres.

Esta parte había sido idea de Danel. En Asamblea, el sabio había visto que Rety hojeaba fascinada docenas de libros ilustrados, cuando creía que nadie la miraba.

Dwer trataba de combinar el insulto con el estímulo, la vergüenza con la curiosidad, para que la muchacha no tuviera más remedio que mirar.

Con una mueca de disgusto, Rety descendió y cogió el libro. Lo hojeó, intrigada.
—No entiendo. ¿Qué página debo mirar?
Los campos del robot rozaron la pierna de Dwer, erizándole el vello. Sentía la boca seca, el corazón palpitante. Luchó contra el mareo con su fuerza de voluntad.
—Oh, ¿no lo he abierto por la página correcta? Yo te lo enseñaré.
El robot descendió más. Dwer alzó los brazos hacia el libro, pero tropezó con el flanco del robot.
Sería una muerte fulminante si esa cosa pensaba que la atacaban.
¿La máquina tendría en cuenta la torpeza humana y haría ciertas concesiones?
No ocurrió nada. El robot no temía su contacto.
—Eh, cuidado —se quejó—. Dile a tu amigo que vaya más despacio.
—¿Qué? No es cosa mía.
Dwer sacudió la cabeza.
—Lo lamento. Probemos de nuevo.
Subió ambas manos. Sentía las piernas como espirales tensas, y su vida parecía flotar como un sonido, listo para volar en el viento.
Saltó.
El tirón instantáneo del robot fue seguido por una serie de detonaciones agudas que venían del bosque. El calor estalló entre las piernas de Dwer mientras tironeaba de dos sensores, trepando al flanco de la máquina para alejarse de la bola mortífera. Sintió dolor en una pierna mientras se encaramaba en la máquina, que giró de repente. Aferró la cosa con la mano izquierda mientras alzaba el tubo

delgado con la otra.
El mundo era un borrón de árboles y nubes y cielo que giraban. Siguieron más explosiones, acompañadas por unos zumbidos. Dwer metió el tubo en el huso central del robot y empujó.
Enzimas traekis se combinaron y brotaron en una corriente acre, bajando por aberturas de la base del huso. Dwer siguió empujando, a pesar de las salvajes piruetas del robot, hasta que Rety le apartó el brazo. Sólo entonces Dwer oyó sus gritos en medio del tumulto general. Cuando ella le mordió la muñeca, Dwer también gritó. El tubo medio vacío escapó de su mano trémula.
Un vapor rojo se elevó del centro del robot. El huso comenzó a aflojarse. Dwer se deshizo de Rety y se lanzó sobre la antena, cogiéndola con ambas manos, tirando con todas sus fuerzas. Lanzó un grito de triunfo cuando logró arrancarla, aunque quedó girando en la superficie lisa, buscando un agarradero.
Braceando, cayó al vacío.
En ese breve lapso, no temió chocar con una piedra o un tocón. La máquina lo haría pedazos antes que tocara el suelo.
Pero no fue así. Tampoco cayó en el claro.
Parpadeando de sorpresa, descubrió que un par de brazos lo habían aferrado.
Su alivio se disipó cuando vio que los brazos pertenecían al robot.
«Magnífico. He salido de la sartén para caer en el...»
Hubo otra serie de detonaciones, y la máquina osciló como si la hubieran golpeado en el flanco. Colgando bajo el cuerpo octogonal, Dwer vio que una parte de la esfera estallaba en una lluvia de acero y

cristal. La esfera de armamentos era una ruina humeante. Ninguna lente o tubo quedaba intacto.
«Buen trabajo, Lena», pensó Dwer, orgulloso de que su compañera hubiera usado con tanta habilidad los tremendos dispositivos que sólo ella y algunos otros de la Cuesta estaban entrenados para emplear. Armas de fuego que no usaban metal. Volvió la cabeza a tiempo para ver más fogonazos mientras Lena o Danel disparaban de nuevo desde el linde del bosque. La máquina osciló con otra explosión. Uno de los tentáculos que aferraba a Dwer tembló y se aflojó.
Eso era obra de Lena, sin duda. «Muchacha lista —pensó, medio aturdido de dolor—. Los sabios supieron escoger. Yo hubiera sido un chico afortunado, si las cosas hubieran ido tal como...»
No tuvo oportunidad de redondear la idea, pues el robot se puso a girar, zigzagueando sobre el pastizal, usando el cuerpo de Dwer para protegerse del peligro. Dwer vio que Lena se levantaba y apuntaba con su lanzador, pero lo bajaba sacudiendo la cabeza.
—¡Dispara, maldición! —gritó Dwer—. No te preocupes por mí.
Pero el viento se llevó sus palabras. Lena soltó el arma y corrió hacia una figura que yacía en el suelo, junto a otro lanzador de proyectiles. Movió a Danel Ozawa, revelando un hilo rojo que le manaba del pecho.
El próximo giro del robot ocultó esa escena conmovedora. Dwer vio que los aterrados aldeanos se agachaban bajo un montículo de basura, cerca del corral de las prisioneras. Tan preocupados estaban por la batalla que no repararon en el grupo que se aproximaba por detrás: Jenin Worley con una docena de urs recién rescatadas. Las que antes

habían sido cautivas blandían sogas y ballestas. Dwer rogó que esta parte del plan de Danel saliera bien.
—Todo o nada —había dicho Ozawa—. O bien vivimos juntos como seres civilizados o terminamos con todo en este preciso instante, causando a nuestro enemigo el mayor daño posible.
Dwer tuvo tiempo para un pensamiento de bendición, mientras los parientes de Rety reparaban en lo que ocurría a sus espaldas.
La aldea desapareció mientras la máquina doblaba un recodo, entraba en el bosque y se lanzaba cuesta abajo, siempre acelerando.
Rety aún gritaba, pidiéndole que parara. Dwer, colgado abajo, veía pasar el suelo como un borrón confuso. Combatiendo contra el viento, alzó ambos brazos para aferrar la base del tentáculo que le rodeaba el torso, manteniéndolo horizontal al terreno. Si lo rompía, la caída podía matarlo, pero cualquier cosa sería mejor que ese tormento.
Tiró con todas sus fuerzas, pero el tentáculo no cedía. Se flexionaba en ocasiones, subiéndolo a tiempo para que no chocara contra una piedra o arbusto. Pronto volaban junto al arroyo central del desfiladero, una carrera de obstáculos de repentinos giros y espuma hiriente. La desorientación obligó a Dwer a cerrar los ojos.
Sintió una debilidad, la amenaza de un desmayo.
«Vamos —se dijo—. No es momento de abandonar. Si no puedes escapar, al menos mira si estás desangrándote.»
El dolor lo ayudó a concentrarse y a prescindir del vértigo. Procedía de una herida en el muslo izquierdo, de la dentellada de Rety en la muñeca, del brazo magullado por el robot, de varias contusiones en la cadera, el abdomen y

el pecho. Era como si le clavaran agujas en todo el cuerpo. Abrió los ojos y gritó al ver una enorme boca, llena de colmillos espantosos y relucientes.
—Oh Ifni —gimió—. Oh Dios, oh Dios.
Aunque sabía la verdad sobre el espectro que estaba a centímetros de su cara, eso no le ayudó. A esas alturas, Dwer sólo pudo lanzar un gimoteo.
Pies de Barro, el noor, bostezó por segunda vez, luego se acomodó en el reducido espacio que había entre el pecho de Dwer y el caparazón del robot. La bestia lo miró y, con un suspiro de afectuoso desdén, se puso a parlotear, menos para consolar a Dwer que para su propio placer, con un sonido semejante a un marinero hoon, gutureando una canción sobre las alegrías del viaje.

Si la Comuna sobrevive, si los Seis resistimos los tiempos venideros, sin duda se llamará la batalla del Valle.
Fue breve, cruenta y tácticamente decisiva, ¿verdad, anillos míos?
Y estratégicamente fútil. Un intervalo de llamas y terror que hizo que mis/nuestras bandas multicolores sintieran satisfacción/pena de ser traeki.
Pena porque estas pilas de anillos parecían inservibles, incluso impotentes para seguir el frenesí de otros seres cuya furia guerrera los sume tan pronto en una crisis, con tal velocidad que las impresiones cerosas no se pueden formar en nuestro núcleo, salvo mucho después de los acontecimientos.
Pena porque no podíamos ayudar, salvo para servir como cronistas en tiempos posteriores, dando testimonio de lo que ya aconteció.
No obstante, también sentimos satisfacción, ¿verdad, anillos míos?
Satisfacción porque el pleno impacto de la violencia nunca llena nuestra cavidad central con el ardiente vapor del espanto. Sólo cuando la acción ha terminado, dejando los muertos como rescoldos humeantes, dispersos en el suelo. Es una bendición, ¿verdad, anillos míos? Para nosotros, el horror rara vez constituye una experiencia, sólo un recuerdo.
No siempre fue así. No para los seres que éramos antaño, cuando nuestra especie surcaba las estrellas y era el azote de las Cinco Galaxias. En aquellos días, las criaturas como nosotros usaban anillos relucientes. No sólo los que nos dieron nuestros instructores, los poa, sino collares

especiales, cedidos por los pendencieros oailies.
Anillos de potencia. Anillos de decisión rápida y ego monumental. Si hubiéramos poseído esos anillos hace unos instantes, nos habrían espoleado para que actuáramos con rapidez, a tiempo para ayudar a nuestros amigos durante la lucha.
Por otra parte, si las viejas historias son ciertas, esos mismos anillos tal vez nos habrían impedido tener amigos.
Acaricia la cera. Rastrea las imágenes petrificadas en grasientas gotas. Imágenes de atrocidad y espanto.
Allí yace Bloor, el retratista, una ruina humeante, tendido sobre su preciosa cámara.
En las cercanías, ¿no vemos la huella sinuosa de una criatura moribunda? ¿Una criatura simbiótica que abandona el rostro de la rothen muerta, llamada Ro-pol? En su estela se revela un rostro anguloso, humanoide, pero menos de lo que creíamos. Menos carismático. Menos seductor y femenino.
Si Bloor murió por ver esto, ¿acaso ahora están malditos todos los ojos?
Ro-kenn grita, pidiendo a Rann que llame el coche aéreo, aunque ello signifique «romper» algo que se llama «silencio de radio».
Ro-kenn grita una vez más, ordenando a sus robots que se eleven para «ahuyentar a esta multitud». Se refiere a nosotros. Los testigos de esta repentina revelación. Todos los que conocemos el secreto de la perdición de Bloor.
Los temibles instrumentos se elevan, escupiendo destrucción. De sus vientres brotan lanzas de gélida llama, cortando al aterrado enemigo, transformándolo en turba aullante. Las urs brincan en el aire, relinchando de pánico. Los qheuens se agazapan, tratando de enterrarse para

escapar de esos rayos que cortan la quitina tanto como la carne. Los humanos y hoons se echan al suelo, mientras los pobres g'Keks retroceden sobre sus ruedas.

I

Los traekis —los que quedamos en Asamblea al cabo de semanas de silenciosas partidas— permanecemos donde estábamos, exhalando vapores de pesadumbre poblados de fragancias, expulsando el hedor del miedo mientras rayos cortantes hienden toroides, derraman licor, arrancan llamas.

Pero mirad. Acariciad las capas de imágenes una vez más, anillos míos. ¿Veis a esas criaturas de vestimenta oscura? ¿Las que se lanzan hacia el terror, en vez de huir? Ni a la luz del día nuestras manchas visoras son capaces de discernir gran cosa, pues las ropas de esos seres los confunden de modos perturbadores. No obstante, yo/nosotros registramos formas qheuens, corriendo con humanos montados en sus lomos, y tropas urs galopando a la par. También se aproxima un ruido atronador, un ruido excepcional, el de la mortífera ira hoon. Estas formas borrosas alzan extraños tubos mientras los demonios vuelven hacia ellas su furia asesina, atacando sin piedad.

Hay un lugar.

Está aquí, en nuestro núcleo, donde la cera sólo describe un rugido, un fogonazo, una sobrecarga de imágenes.

He aquí lo que siguió.

Cenizas, allí donde los robots cayeron para manchar el sagrado suelo de Jijo, despedazados y reducidos a escoria.

Tres señores del cielo, aturdidos y cautivos, despojados de sus divinas herramientas.

Un campo de dolor, lleno de lamentados muertos.

Demasiados muertos.
Una enfermería improvisada, donde muchos heridos se retuercen entre gritos de dolor.
Aquí, al fin, hay algo que podemos hacer en tiempo real. Tal vez ellos puedan aprovechar la asistencia de un viejo boticario retirado.
¿De acuerdo, anillos míos?
Maravillosa unanimidad. Facilita nuestra inusitada prisa mientras acudimos a ayudar.

SARA

La dura marcha no había aplacado la tensión entre los dos grupos rebeldes. Las guerreras pintadas de UrKachu y los cazadores de De-dinger se miraban con cautela mientras comían por separado bajo un viejo dosel de tela remendada y gastada, sin alejarse de sus armas. Los miembros de cada grupo se turnaron para dormir después de la cena, en grupos no más numerosos de seis, mientras los demás montaban guardia. Costaba imaginar que esa alianza se prolongase una dura más de lo que conviniera a ambas partes.

¿Y si estallaba una pelea? En ese apiñamiento, no sería un juicioso ejercicio en maniobra y estrategia, sino una confusión de tajos y golpes.

Recordó la ilustración de la portada del primer volumen de *Las guerras urs-terrícolas,* de Hauph-hutau, uno de los títulos más populares publicados desde la Gran Edición. En letra pequeña, el gran historiador admitía que había copiado la escena de un libro de arte de tiempos del *Tabernáculo,* en el que mostraba el friso que antaño rodeaba el Partenón, en la antigua Grecia. Ese famoso relieve presentaba una larga fila de poderosas figuras trabadas en mortal combate, hombres desnudos enzarzados con furiosos monstruos, mitad humanos y mitad caballos, que corcoveaban, pateaban y atacaban a sus enemigos en una cruenta lucha a muerte. Según el mito, la pelea estalló durante un festival de paz y concluyó con la extinción de la raza de los centauros.

Desde luego, una urs no tenía nada en común con un centauro, salvo las cuatro patas y los dos brazos. Aun así, el simbolismo del friso resultaba tan perturbador que se

hizo famoso durante la guerra, ayudando a refirmar la determinación de ambos bandos. Sara no deseaba presenciar semejante escena.
Entre los cautivos, el joven Joman estaba profundamente dormido. El forastero comía su potaje. De vez en cuando dejaba la cuchara para tocar algunas notas en el dulcémele, o bien realizaba el rito de contar sus cuerdas. Al parecer los números eran como música para él, una ventana hacia lo que había sido, más fieles que las frases que había perdido.
Kurt, el demoledor, garrapateaba en su libreta, recogiendo en ocasiones uno de los pequeños libros que guardaba con tanto sigilo, en su maletín o en el bolsillo interior de la túnica. Cubría su trabajo cuando un humano o urs pasaba cerca, pero no le molestó que Prity se quedara con él después de llevarle la comida. Desplegando su más fiel comportamiento de tonta, Prity pasó un tiempo fingiendo que se
inspeccionaba la pata buscando pulgas. Pero pronto la chimpancé miraba por encima del hombro del demoledor, frotándose la barbilla, estirando los labios en una sonrisa de interesado deleite.
Sara tuvo que reprimir el impulso de reírse. Al mismo tiempo, sintió preocupación.
«Las urunthai y los hombres del desierto dejan tranquilo a Kurt, por ahora. El hábito de la deferencia hacia los demoledores resulta difícil de romper. Pero prometieron "persuasión" cuando llegáramos a destino. ¿Kurt cree que podrá mantener su trabajo en secreto entonces?
»Será mejor que lo arroje al fuego.»
Sara contuvo su propia curiosidad. Los demoledores eran una secta misteriosa. Francamente, dudaba que las

urunthai fueran prudentes al entrometerse con ellos.
—No esferaremos el anochecer fara fartir —le dijo Ulgor a Sara, aproximándose—. Yo afrovecharía fara descansar, en tu lugar.
La calderera urs se diferenciaba de sus parientes salvajes por no llevar pintura, su crin bien acicalada y sus penetrantes ojos negros. No había antagonismo ni hostilidad contra los humanos. A fin de cuentas, Ulgor había visitado Dolo docenas de veces, siempre amistosamente. Sara sacudió la cabeza.
—Entiendo qué impulsa a los demás. La religión puede ser una motivación poderosa cuando crees que la salvación de tus descendientes está en juego. ¿Pero qué sacas tú de todo esto, Ulgor? Sé que no pueden ser ganancias.
Ulgor sonrió. Sara no necesitaba un rewq para ver que la expresión era irónica.
—¿For qué excluir la razón más obvia? Ganancias fersonales.
Sara citó las escrituras.
—¿De qué os servirán vuestra fortuna y vuestros bienes en la Senda de la Redención?
Ulgor soltó un silbido de risa.
—De muy foco. For otra farte, ser considerado un héroe fuede ser útil en un clan de salvajes. Tal vez yo sea una de las grandes jefas de los llanos, con más renombre que Ur-Chown.
El tono burlón de Ulgor contradecía la idea y despertó la curiosidad de Sara, quien sintió un repentino cansancio.
—Tienes razón, Ulgor.
—¿Eso crees?
—Claro que sí. Sería buena idea descansar mientras puedo.

Ulgor la miró, estirando el pescuezo.
—Creí que querías saber...
Sara disimuló un bostezo.
—Lamento haber preguntado, Ulgor.
Se dio la vuelta para dormir. Prity se acercó para taparla y regañó a Ulgor, ahuyentándola. Sara oyó que la cortés traidora se alejaba con nerviosismo, como abrumada por el desprecio de Sara.
Realmente estaba agotada. Le palpitaban los músculos después de tantos días de inusitado ejercicio, y le dolía el trasero de tanto montar en la dura silla de cuero. Además, había un componente emocional.
«Me encomendaron una tarea. Varias. Parece que no podré terminar ni siquiera una.»
Un repiqueteo repetitivo llenó el pabellón, junto con el rítmico ronquido de las urs. Era el forastero, que tocaba la cuerda más baja del dulcémele, tan suave y regularmente que ni siquiera UrKachu pudo quejarse, creando un ritmo arrullador, menos parecido a las palpitaciones del corazón que a la cadencia de los humanos y urs dormidos.
«Ariana sospechaba que desarrollaría nuevas aptitudes para compensar las que había perdido. Supongo que esta sensibilidad musical forma parte de este proceso.»
Poco después del alba, cuando los dos grupos de extremistas se disponían a levantar el campamento, el hombre del espacio había tocado para los machos urs, que habían sido brevemente liberados de los marsupios de sus esposas y aprovechaban el momento para estirar las patas al aire libre. Algunos machos vigilaban larvas maduras, con seis patas cortas y sin brazos, casi preparadas para ser arrojadas a las praderas y apañárselas por su cuenta.
Usando dos plectros para tocar las cuerdas, el forastero

entonó varias melodías infantiles muy populares. Sara reconoció algunas. Había una que parecía apropiada para el momento.

Tenía un maridito pequeñito. Lo puse en una tacita. Le di un pañuelo para su naricita, y un par de ligas para sus calcetines.

Repitió la estrofa varias veces. Pronto los machos seguían el ritmo de la canción, canturreando. A Sara se le ocurrió que si el forastero se quedaba varado en Jijo y no tenía futuro en otra profesión, quizás encontrara empleo en una de esas modernas guarderías de Villa Tarek. «Si todavía tenemos esos lujos, cuando esto haya terminado.» Prity saltó frente a Sara. La chimpancé alisó la arena y se puso a dibujar figuras con un palo. Parábolas convexas que ascendían, giraban y bajaban nuevamente. Prity señalaba como ansiando compartir una broma. Pero Sara no podía concentrarse. La fatiga venció su agotado cuerpo, arrastrándola al sueño.

Al cabo de un rato soñó con Urchachka —mundo de hierba—, sus praderas azotadas por vientos cálidos, quemadas por incendios frecuentes, o bien barridas por lluvias de polvo volcánico. Después de cada episodio, las praderas parecían cubiertas de muerte cenicienta, pero siempre brotaban tallos brillantes, en fogonazos prolíficos, elevándose al cielo para que el ojo paciente los descubriera.

En Urchachka, el agua rara vez permanecía largo tiempo en el suelo. La vida la succionaba, ocultándola en depósitos subterráneos que cruzaban continentes enteros, o bien en esporas multicolores, o en las exuberantes briznas de hierba. A la vez, éstas eran vistas por manadas de bestias que pacían, brutos nerviosos cuyos cuernos de

tres astas se volvían amenazadoramente hacia el peligro, hasta que se encontraron cuidados en grandes rebaños, protegidos por criaturas más temibles que cualquier depredador del pasado.
Tal como ocurre en los sueños, Sara entraba y salía de esas imágenes. En un nivel, su atemorizada mente veía un bosque de frondas oscilantes, tratando de que las grandes bestias no la pisotearan o, peor aún, que sus batientes mandíbulas la devorasen inadvertidamente.
Los agujeros del fecundo suelo conducían a laberintos subterráneos, un reino oscuro de dulces raíces y enfrentamientos violentos, un dominio que últimamente parecía sofocante. En comparación, el luminoso mundo de la superficie parecía un paraíso, al menos para quienes tenían tamaño suficiente para erguir el pescuezo por encima de la hierba.
Con una parte distante de su mente —el fragmento que sabía que ella estaba soñando— Sara se maravilló del poder de su imaginación. Un don que le permitía ampliar lo poco que en Jijo sabían sobre Urchachka, por los artículos de una enciclopedia anterior al descenso, más algunas fábulas transmitidas por narradoras urs. Cuentos sobre los días en que su raza fue descubierta, en su tórrido mundo natal, por una raza instructora que descendió del cielo para reclamar ese linaje de seres inteligentes, guiándolos en la Senda del Ascenso. La Elevación hacia las estrellas.
La parte distante podía observar, pero no ejercía otro poder sobre esta fantasía. Un sueño colorido, potente, convincente y emotivo, con impulso propio. Una visión de paranoia turbia, presapiente.
Corriendo entre tallos bulbosos, eludiendo a los grandes herbívoros, siguió un olor a humo y llegó a ese círculo

pisoteado que rodeaba cenizas humeantes, con una multitud de figuras cuadrúpedas. Miró cautelosamente a las adultas. Sólo últimamente las había reconocido como versiones más grandes de sí misma, primas y tías más viejas, en vez de peligrosos horrores de cascos relampagueantes y temperamento inquieto. Ahora las miraba, combatiendo una creciente tentación.
Un afán de salir de la hierba y anunciarse.
había visto que otras lo hacían de cuando en cuando. Pequeñas como ella, sacudiéndose el polvo y estirando el pescuezo. Avanzando para afirmar su exigencia, su derecho a tener un lugar junto al fuego. Un tercio de ellas primero eran ignoradas, luego toleradas, aceptadas y al fin acogidas en la estrecha red de lealtades. Las demás no llegaban a un final feliz. Parecía ser una cuestión de sincronización. Un rito de pescuezos retorcidos y ruin servilismo que variaba de grupo en grupo.
Y el olor. Era mejor aproximarse a un grupo que tuviera buen aroma. Como el de ella.
Observó al grupo de adultas, algunas con marsupios donde se acurrucaban machos afortunados que habían encontrado un refugio seguro en ese mundo peligroso. Recordó haber vivido en un sitio similar. Pero ahora ya era demasiado grande.
Las adultas se refugiaban del sol bajo altos tallos, descansando con el largo pescuezo sobre el lomo. En ocasiones, una de ellas resoplaba cuando su aliento no seguía el ritmo de las demás. El tercer ojo —el que no tenía párpados— vigilaba.
Arriba, una bandada de criaturas revoloteaba en parasitaria avaricia. Buscando la oportunidad de descender y sorber brevemente un labio expuesto, la tapa

de un marsupio, un párpado, y largarse antes que las atraparan manos o mandíbulas. Un infortunado insecto fue derribado antes de posarse. En un rápido movimiento, la adulta se lo metió en la boca sin siquiera despertar.
«No recuerdo haber visto estos insectos en mis lecturas sobre el mundo natal de las urs —reflexionó la parte distante de la somnolienta mente de Sara—. Ni en ninguna historia de Urchachka.»
Gradualmente comprendió que no estaba inventando. Su inconsciente percibía hechos del mundo real. Tenía los ojos entreabiertos, y a través de las pestañas veía a las urs haciendo lo que creía haber imaginado.
La mitad de las urunthai yacía en la arena, jadeando al unísono bajo la tienda. Nada había cambiado desde que había mirado por última vez a sus captores. Pero de pronto se produjo un cambio turbadoramente relacionado con el sueño, un zumbido acompañado por rápidos movimientos. Un objeto insectoide se movió de izquierda a derecha, hacia una de las urs dormidas. La durmiente capturó al insecto con su boca de tres mandíbulas, mascando satisfecha con los dos ojos principales cerrados. El ojo central, sin párpados, conservaba la opacidad vidriosa del sueño mientras la guerrera roncaba pesadamente.
«Nunca había visto nada parecido —pensó Sara—. ¿En los cerros hay insectos que atacan a las urs como los de su mundo natal?»
La tensión recorrió el espinazo de Prity mientras se echaba hacia atrás, apretándose contra Sara. Sara volvió la cabeza hacia las urun-thai. Las que estaban despiertas acariciaban sus ballestas y movían las colas, como si sospecharan que algo andaba mal. Estiraban el pescuezo, observando a izquierda y derecha. Cuando miraron de

nuevo hacia otro lado, hubo otro zumbido, tan familiar que pasaba inadvertido. Una vez más, una forma pequeña se dirigió hacia una urs dormida. Nuevamente la durmiente la devoró sin despertarse.
Sara siguió el arco de ese breve vuelo, hasta el lugar donde el forastero tocaba el dúlcemele, creando un ritmo hipnótico. El rewq que le cubría los ojos apenas enmascaraba una enigmática sonrisa. Sara comprendió que otros dos miraban al hombre de las estrellas: Dedinger y Kurt el demoledor.
Olisqueando el aire húmedo, UrKachu indicó a Ulgor que la siguiera afuera. Las cuatro guerreras que montaban guardia se quedaron cuidando sus armas.
El forastero seguía tocando. Mantuvo una cadencia lenta hasta que las cautas urunthai se acomodaron. Luego, con la mano izquierda, se tocó la cabeza y metió dos dedos bajo el rewq, buscando el agujero de su cabeza. Sara comprendió, con un poco de asco. Al sacar los dedos, sostenía un objeto diminuto, una cápsula del tamaño de una de las bolas mensajeras usadas en la biblioteca de Biblos. Mientras tocaba otra nota con la mano derecha, sacó la cápsula, disponiéndose para el siguiente ataque.
«Está usando el dulcémele como lanzador», comprendió Sara.
Notó una leve diferencia en el sonido, una disonancia zumbona, mientras la pildora diminuta volaba hacia otra rebelde urs. Esta
vez erró.
Dedinger codeaba subrepticiamente a sus camaradas, indicándoles en silencio que se preparasen. «No sabe qué ocurre, pero quiere estar preparado.»
UrKachu regresó a la tienda, sin Ulgor. Se aproximó a una

de las urunthai dormidas y la tocó. Normalmente la urs se habría levantado al instante, pero no hubo respuesta. La urs siguió roncando.
Alarmada, UrKachu insistió, pateando a la guerrera dormida. Otras se aproximaron. Poco después quedó claro que, de las ocho que se habían dormido, todas salvo dos estaban sumidas en una especie de sopor.
El dulcémele chasqueó de nuevo, y varias cosas pasaron al mismo tiempo.
UrKachu se volvió airadamente y gritó en ánglico:
—¡Detén ese ruido infernal!
Un objeto diminuto voló hacia las confundidas guerreras. Una
de ellas lo devoró por reflejo. Al instante movió los belfos y estiró el pescuezo, temblando. Se le aflojaron las rodillas.
Sara no habría creído que surtiera efecto tan pronto. Retrocedió con Prity, recogió al dormido Jomah y lo llevó hacia el fondo de la tienda. Rápidos como fantasmas, los hombres de Dedinger ya se estaban desplegando en medialuna, rodeando a las urunthai, con las flechas preparadas.
—¿Qué sucede? —preguntó Jomah, frotándose los ojos.
La tambaleante urs cayó contra otra y se desplomó ruidosamente.
—Calma —declaró Dedinger—. Os exhorto a dejar las armas. No estáis en condiciones de pelear.
UrKachu estaba desconcertada por ese repentino cambio de situación. Antes su grupo superaba en número a los humanos, pero ahora sus restantes seguidoras se agrupaban, indefensas, a merced de los terrícolas.
—Así, en esta (pérfida) traición —gruñó la jefa urunthai— se revela la naturaleza de la (presunta) amistad humana.

—Así es —rió Dedinger—. Como si tus planes hubiesen sido diferentes, de haber tenido la oportunidad. De todos modos, no hay motivos para asustarse. Respetaremos nuestra parte del trato, pero como socios superiores, exigimos algunos cambios de poca importancia, tales como el destino de nuestra marcha. Una vez allí, permitiremos que enviéis un mensaje...

Tal vez quería ser conciliador, pero esas palabras enfurecieron a UrKachu, quien lanzó un estentóreo grito de batalla, arrojándose contra Dedinger con los cuchillos desenvainados.

—¡No! —gritó el forastero con horror. Astas emplumadas sobresalían del tórax de la jefa urunthai—. No, maldición, maldición, maldición.

Las otras seguidoras de UrKachu siguieron su ejemplo, lanzándose contra una andanada de flechas. La mitad cayó al primer dura.

Las sobrevivientes se lanzaron contra sus enemigos bípedos, causando algunas heridas antes de ser vencidas por el peso del número.

Al fin, sin urunthai vivientes en pie, los jadeantes hombres del desierto se dedicaron a despachar a las urs dormidas, que en su sopor no tuvieron oportunidad de defenderse.

Esto fue demasiado para el forastero. Lanzando maldiciones, acometió contra un humano con la intención de asfixiarlo. El cazador se resistió brevemente y se desplomó con un gemido. El hombre del espacio se abalanzó contra otro, escupiendo maldiciones.

Sara empujó a Jomah hacia la entrada de la tienda.

—Prity —exclamó—, llévalo a las rocas.

En medio de esa confusión, vio que tres cazadores de Dedinger

atacaban al forastero. Uno cayó, empujado por su rival, mientras que otro se encontró con un nuevo problema: Sara, que le golpeó las costillas por detrás.
«Ojalá hubiera prestado atención cuando Dwer trató de enseñarme a pelear.»
Por un instante las cosas anduvieron bien. El robusto adversario de Sara gruñó *y* dio media vuelta, para recibir un rodillazo en el estómago. Eso no lo detuvo, pero lo mareó, permitiendo que Sara le asestara dos golpes más. Entretanto, el forastero se deshizo de su otro enemigo y echó a correr para ayudarla.
Entonces cayó el alud: una marea de ira que los derribó a ambos. Sara cayó al suelo con un golpe que le quitó el aliento. Alguien le tiró de los brazos y el dolor la hizo jadear.
—No les hagáis daño, muchachos —ordenó Dedinger—. ¡He dicho que basta!
En medio de una niebla de dolor, Sara oyó los golpes que Dedinger asestaba a sus hombres para apartarlos. Logró mover la cabeza y ver al forastero. Tenía la cara roja y sangraba por la nariz, pero seguía maldiciendo. Las palabras eran expresivas, aunque no tan fluidas como sus canciones.
Sara temió que la tensión le reabriera las heridas.
Dedinger se arrodilló junto al forastero, cogiéndole el rostro entre ambas manos.
—Es una lástima que no me entiendas, amigo. No sé qué hiciste con las urs, pero te lo agradezco. Simplificaste una situación complicada. Por ese motivo, y porque todavía eres valioso para nosotros, apaciguaré a mi gente. Pero si no te calmas, quizá deba ponerme desagradable con tu amiga.
Señaló a Sara. El forastero la miró y pareció entender la

amenaza. Calló *y* dejó de resistirse. Sara sintió alivio de que dejara de esforzarse, y conmovida de ser el motivo.
—Así está mejor —dijo Dedinger—. Ahora, echemos un vistazo a lo que tienes escondido en ese agujero de la cabeza.
El ex sabio empezó a retirar el rewq del forastero, revelando la herida de donde había extraído las misteriosas cápsulas.
—¡No! —gritó Sara a pesar del dolor—. Le provocarás una infección.
—Sus amigos de las estrellas la curarán, si eso desean, después del intercambio —respondió Dedinger—. Entretanto, vale la pena mirar qué es eso que les arrojó a las urs. Podría ser bastante útil en los años venideros.
Dedinger había apartado el rewq y estaba a punto de meter la mano, cuando una nueva voz intervino, silbando en galáctico dos.
—Sara, te exhorto (enfáticamente) a que cierres (pronto) los ojos.
Sara se volvió y vio que Kurt el demoledor sostenía un tubo pardo. Una mecha ardiente colgaba de un extremo, chisporroteando. El demoledor echó el brazo hacia atrás y arrojó el tubo, alejándose para cubrirse.
Sara cerró los ojos mientras Dedinger gritaba una orden.
Un relámpago estalló con fiero resplandor. Un rugido la sacudió. El tumulto apartó a esa masa de hombres sudorosos, que le soltaron los brazos, así que las oleadas de alivio chocaron con una abrumadora sobrecarga sensorial.
Terminó al instante, salvo por el borrón que le cubría los ojos cuando los abrió, y la serie de aullantes reverberaciones que siguieron a la explosión. Sara no

sabía si eran ecos que rebotaban en el laberinto de columnas de piedra que ahora se veían sobre la rasgada tienda, u ondas de choque que le golpeaban la cabeza. No obstante, aprovechó la oportunidad para retroceder, alejándose de esa masa de hombres gemebundos que se protegían en vano los ojos ya heridos.
Distinguió a otro humano que aún estaba de pie y conservaba la vista. Era Dedinger el lingüista. Había entendido la advertencia de Kurt y había cerrado los ojos. El profeta del desierto empuñaba una reluciente espada de metal buyur.
Soltó un aullido que ella pudo oír a pesar de la confusión. Dedinger embistió a Kurt, derribando al anciano antes que el demoledor pudiera utilizar otra arma.
Kurt empuñaba una pistola. Sara reconoció la forma por las ilustraciones de textos antiguos. Parecía que los demoledores conservaban artes no muy comunes entre los Seis.
—Parece que tu gremio no es tan neutral —rezongó Dedinger, torciendo el brazo de Kurt hasta que el viejo gruñó y soltó el arma—. Debimos haberte registrado, a pesar de lo que diga la tradición.
Sobreponiéndose al dolor, Sara saltó sobre el ex sabio, pero un feroz bofetón la derribó.
Estaba a punto de desmayarse. Sólo su resolución le permitió levantarse, dispuesta a intentarlo una vez más.
Hubo otro fogonazo y otra detonación, menos violenta que la primera, cuando Dedinger disparó y trató de amartillar el arma de nuevo.
No le dio tiempo, pues dos formas peludas lo golpearon desde lados opuestos. Sara encontró las fuerzas para sumarse a la refriega, colaborando con Ulgor y Prity para

someter a su rival. Aún estaba mareada por la bomba de estruendo de Kurt, pero reconoció el color y el olor de la sangre.
«No soy yo, y Ulgor no sangraría con este color de...»
Sara gimió al ver que Prity se aferraba el flanco, donde tenía una profunda herida. Abrazó a la chimpancé, conteniendo las lágrimas.
La tienda era un caos de urunthai delirantes y muertas y de hombres aturdidos y ciegos. El forastero parecía estar mejor que los demás. Al menos veía lo suficiente para ayudar a Ulgor a maniatar a los hombres de Dedinger, mientras el joven Jomah sujetaba las patas de las urs dormidas. Aun así, pronto fue evidente que el maltrecho hombre del espacio no oía.
Sara puso una compresa sobre la herida de Prity, cuya vida no parecía peligrar. Quizá lograra salvar a alguien más si actuaba de inmediato. Con el gruñido de aprobación de Prity, se dirigió a una joven urs que pataleaba con una flecha en el pescuezo. Murió con un jadeante estertor, antes que Sara pudiera hacer nada para ayudarla.
ASX

Ecos de batalla desgarraban la tierra hace pocos duras.
Caían centellas del cielo, azotando a los Seis, hiriendo carne, quitina y hueso.
Los traekis manaban cera en el valle torturado, o ardían en llamas.
Ay, anillos míos, qué imágenes quemaban nuestro trémulo núcleo.
Los muertos.
Los agonizantes.
Los prudentes, que huyeron.

Los héroes, que acudieron.
Sus túnicas ahora están sucias de barro y sangre. Jóvenes granjeros y guías de asnos. Simples cuidadores de criaderos de langostas. Peones jóvenes en humildes embarcaciones pesqueras. Voluntarios que nunca imaginaron que su breve entrenamiento terminaría en esto. Nuestra valiente milicia, que embistió contra ese remolino, ese caldero de rayos cortantes. Aficionados, mal preparados después de generaciones de paz, que ahora hacen muecas silenciosas, tensando los miembros mientras les vendan severas heridas, o mientras la vida se les escapa. Soportando el dolor con determinación de veteranos, el sufrimiento aliviado por el único bálsamo que calma.
La victoria.
¿Fue sólo ayer, anillos míos, cuando temíamos por la Comuna? ¿Cuando temíamos que se deshiciera en odios alentados por los demonios de las estrellas?
Es posible que se cumpliera ese temido destino, pero no hoy. Ahora los arrogantes incursores están cautivos, mirando en torno sorprendidos, despojados de sus herramientas celestiales, sus infernales robots destruidos por los toscos pero inesperados tubos de fuego de nuestros valientes soldados.
El día del ajuste de cuentas quizá no esté lejos. Podría descender en cualquier momento de un cielo despiadado.
Pero hay euforia. Alivio. Ha terminado la ambigüedad. Basta de sutiles tramas e insinuaciones. Basta de farsas e intrigas. Ifni ha arrojado sus dados. Aún ruedan por el suelo sagrado de Jijo. Cuando dejen de rodar, lo sabremos.
Sí, mi segundo anillo. Tienes razón. No todos comparten esta exaltación. Algunos encuentran motivo para el

nihilismo. La oportunidad de zanjar viejas disputas, o de difundir la rebeldía.
Una minoría, los «amigos de los rothens», reclaman la liberación de Ro-kenn. Aconsejan que nos postremos ante su misericordia divina.
Otros exigen la inmediata ejecución de los prisioneros.
—Quizá la nave estelar tenga medios para localizar a sus miembros perdidos —sostienen—. Tal vez por emanaciones cerebrales o implantaciones corporales. El único modo de estar seguros es triturar sus huesos y arrojar el polvo en un charco de lava.
Estos y otros grupos podrían pensar de otra manera, si se contara toda la verdad. Ojalá los sabios pudiéramos divulgar los planes que ya se han puesto en marcha. Pero los secretos son injustos por naturaleza. Así que callamos.
A la gente de los Seis, decimos esto:
—Volved a vuestros hogares. Cuidad vuestro camuflaje. Preparaos para combatir, para ocultaros. Estad dispuestos a morir. Ante todo, confiad en vuestros vecinos, en los Rollos, en Jijo. Y esperad.
Los sobrevivientes se apresuran a derribar los pabellones, a embalar sus pertenencias, a llevarse a los heridos. Niños de todas las razas pasan un midura sagrado buscando escoria en el Valle. Ese midura es lo único que podemos consagrar, en aras de la tradición. No habrá ceremonia de limpieza. No habrá una llamativa caravana que lleve las cajas hasta el mar y los barcos, la parte más alegre de toda Asamblea.
Una lástima.
De todos modos, tardaremos generaciones en trasladar la estación destruida, un asno por vez. Esa tarea deberá aguardar hasta después de la crisis. Si alguno de nosotros

queda con vida.
Se llevan a los rehenes. Las caravanas parten hacia las llanuras, los bosques y el mar.
El sol también se retira. Las estrellas constelan ese vasto dominio llamado universo. Un reino que nos está negado y donde nuestros enemigos viajan a voluntad.
Algunos nos quedamos en este valle sagrado, esperando la nave estelar.
¿Estamos de acuerdo, anillos míos? ¿Permanecer cerca del Huevo Sagrado, apoyando nuestro segmento basal en dura piedra, sintiendo la vibración de complejos dibujos en nuestro núcleo grasiento?
Sí, mejor quedarse aquí que internarse en un sendero empinado, llevando esta vieja pila hacia una seguridad ilusoria.
Nos quedaremos para hablar en nombre de la Comuna cuando descienda la gran nave.
Llega ahora, rugiendo desde el oeste, adonde ha huido el sol.
La nave revolotea ocupando el lugar del astro, irradiando un resplandor que atenúa la luz del día, tocando el valle con rayos que queman y analizan. Estudiando la estación, la campiña circundante.
Buscando a los que dejó.

XXVII

EL LIBRO DEL MAR

Los animales existen en un mundo de lucha, donde todo lo que importa es un resultado: la continuidad del yo y del linaje genético.
Los seres sapientes moran en nidos de obligaciones,
hacia sus colegas, instructores, pupilos e ideales.
Pueden escoger la fidelidad a una causa,
a una deidad o filosofía,
o a la civilización que les permitió
no vivir como animales.
Nudos de lealtad nos atan a todos, aun después de recorrer la Senda de la Redención.
Pero recordad, hijos del exilio: en definitiva, el universo en su totalidad no nos debe nada.
Rollo de la Esperanza

LA NARRACIÓN DE ALVIN

Tal vez las arañas me encuentren tan perturbador como yo a ellas. Tal vez tratan de ayudar. Dado lo poco que sé, lo mejor es aguardar a ver qué ocurre.
Los hoons sabemos contenernos. Pero no sé lo que estará sufriendo Huck, si la encerraron en una celda como ésta. Una habitación de acero donde apenas puede mover las ruedas, con el rumor incesante de una máquina. Ella no tiene paciencia, y tal vez ya haya enloquecido.
Siempre que esté con vida.
Parecía viva cuando la vi por última vez, cuando nuestra caída en las heladas profundidades del Sumidero fue detenida por la boca de un monstruo marino. Recuerdo a Huck tendida en una superficie de metal, mientras el suelo y las paredes temblaban bajo un viento que me hería los oídos con presión rechinante.
Esa presión nos salvó, expulsando la aplastante masa de agua antes de que nos ahogáramos. Pero en ese momento yo sólo podía gritar, tapándome la cabeza con los brazos mientras mi espalda temblaba con el golpe que recibí al escapar del *Sueño de Wuphon.*
Alguien aullaba. Ur-ronn estaba acurrucada en un rincón, lastimada por las astillas de su preciosa y despedazada ventana, atemorizada por el agua.
Pensándolo bien, era un milagro que respirase. Pocos duras antes, pareció que todo iba a terminar cuando el *Sueño* estalló y el mar irrumpió desde todas partes. La fuerza de ese golpe me había arrojado contra el casco, mientras mis amigos giraban alocadamente.
Nunca había visto a una urs tratando de nadar. No es un espectáculo agradable.

Pensé que sería lo último que viera en mi vida, hasta que esa explosiva nube de burbujas entró por cien grietas de las paredes, expulsando el agua con un rugido espumoso. Las burbujas se fusionaron, uniéndose con ese viento rechinante, y los sobrevivientes flotamos en las ruinas del batiscafo, jadeando dentro de charcos oscuros y aceitosos. Sólo Pinzón parecía estar bien, o al menos con capacidad de movimiento. Trató de atender las heridas de Ur-ronn, apoyándola contra la pared mientras con dos pinzas procuraba extraerle astillas de vidrio. Ur-ronn no colaboraba demasiado, sólo murmuraba incoherencias.

Una puerta se abrió frente a esa boca de almeja que había mordido el *Sueño.* Era una abertura pequeña que apenas permitía el paso de dos demonios, de uno en uno.

Eran horribles bestias de seis patas, con cuerpos horizontales y largos que se ensanchaban en la parte posterior y delante presentaban enormes y vidriosos ojos. Entraron en la cámara, aplastando torpemente el medidor de Uriel y la brújula de Ur-ronn, como insectos acuáticos cuyos raquíticos apéndices se encontraban en un cuerpo tubular que relucía y se flexionaba con carnosa agilidad. Las pequeñas extremidades del frente parecían herramientas mecánicas.

Estoy describiendo muchas cosas que no pude ver bien en ese momento. Estaba oscuro, salvo por el crudo resplandor de dos haces que llegaban desde paredes opuestas. Además yo estaba medio desmayado, así que esto no se puede tomar como un testimonio fidedigno.

Y aún estoy menos seguro de mis impresiones de lo que ocurrió a continuación.

Agitando sus faroles, las dos siluetas inspeccionaron su pesca, alumbrándonos. Traté de moverme y estuve a

punto de desmayarme. Cuando intenté hablar, o guturear, me di cuenta de que mi saco laríngeo no recibía aire.
Podría jurar que los monstruos se comunicaban entre ellos mientras nos inspeccionaban, algo que no hacen ahora, cuando entran en mi celda para cuidarme. Era un idioma vibrante, totalmente distinto del gal-dos o de cualquier otro idioma galáctico que yo conozca. Sin embargo, en algo me resultaba familiar. Al alumbrarnos con sus luces, las bestias parecían sorprendidas.
Cuando me tocaron, la repentina aparición de Huphu alivió parte de mi terror. En mi desconcertada mente, me había preocupado por nuestra mascota. De repente ahí estaba, irguiéndose frente a mí, desafiando a las enormes arañas. Las criaturas retrocedieron con un asombro tan evidente como si las observara con un rewq. Una se agazapó y murmuró alborotadamente, hablando de la noor, o bien hablando con ella. No lo sé con exactitud.
¿Puedo confiar en esa impresión onírica? A esas alturas me estaba desvaneciendo. Retrospectivamente parece una ilusión.
Hay algo que sin duda se debió a mi imaginación. Algo que ahora evoco más como una idea que como un recuerdo. Pero la fluctuante imagen permanece.
Otra figura entró, saliendo desde abajo de una lámina de nuestro destrozado batiscafo. Medio aplastado, Ziz recobró su forma cónica mientras los dos monstruos retrocedían como si hubieran visto algo más mortífero que un skink venenoso. Uno de ellos apuntó un tubo reluciente contra el maltrecho parcial traeki y disparó un rayo quemante que abrió un agujero en el anillo central, arrojándolo contra la pared.
Mi abrumado cerebro se cerró entonces (¿o ya lo había

hecho?). Sin embargo, recuerdo otra impresión borrosa, como la sombra del espectro de un fantasma.
Alguien habló, mientras el traeki rezumaba savia en el piso húmedo. No eran los trinos que las criaturas usaban antes. No era gal-siete ni ninguna otra lengua civilizada, sino ánglico.
—Por Dios —dijo incrédulamente, y me pareció una voz de mujer humana, con un acento que yo desconocía—. Por Dios. ¡También un jophur!

XXVIII

EL LIBRO DE LA CUESTA

LEYENDAS

Se *dice que todos descendemos de razas infortunadas.*
Según muchas historias que cuentan los Seis, hay guerra, persecución, sufrimiento y fanatismo en las Cinco Galaxias. Pero si esto fuera típico, esa civilización no habría durado ni siquiera un millón de años, y mucho menos mil millones.
Si esto fuera típico, los lugares como Jijo tendrían muchas más plagas irruptoras, no sólo media docena.
Si fuera típico, los mundos como Jijo se habrían agotado tiempo atrás.
Otras versiones dicen que la gran mayoría de las razas estelares son relativamente pacíficas. Que administran sus intereses, Elevan a sus pupilos y cuidan sus mundos arrendados con serena atención a las normas establecidas y los antiguos códigos, mientras avanzan por la Senda Ascendente hacia la trascendencia. Consideran que los actos agresivos de los fanáticos son bárbaros e inmaduros, ¿pero para qué intervenir cuando es más sencillo y seguro mantener la cabeza (o las cabezas) gacha y encargarse de los propios asuntos?
Los pupilos que tienen la suerte de ser adoptados por estos clanes
crecen en paz y seguridad, excepto en aquellos intervalos —legendarios Tiempos de Cambio— en que los disturbios

afectan incluso a los cautos y discretos.
Entonces sobreviven los más duros, los que se han curtido en vidas violentas en los callejones del espacio.
Pero esos callejones reclaman víctimas. Se dice que los Seis nos contamos entre los sufrientes que abandonaron las causas perdidas y los sueños destrozados para buscar un refugio, un lugar donde sanar y encontrar otra senda.
Para buscar una última oportunidad.

SARA

Era una locura, desde cualquier perspectiva.
La bomba de estruendo había ahuyentado a los animales de carga, que se habían liberado de sus ataduras para echar a correr en el laberinto de torres de piedra. Alguien tendría que ir a buscarlos, pero antes había que atender a los heridos con la capacidad que Sara poseía, salvando la mayor cantidad posible.
Los humanos que habían quedado ciegos —tal vez transitoriamente— necesitaban ser calmados, luego alimentados a mano. Después habría que arrastrar los muertos hasta un lugar llano donde pudieran encender una pira, para reducir sus cadáveres a escoria, una pila transportable que se pudiera enviar al mar.
Había otra complicación más. Varias urunthai muertas llevaban esposos o larvas. Sara juntó a los más fuertes de los que salieron de los marsupios, los que tenían oportunidades de sobrevivir, en un corral improvisado donde los pequeños machos se encargarían de su prole, mascando y regurgitando trozos de carne para los pequeños, semejantes a gusanos.
«En las historias que alaban la gloria de la guerra, no se mencionan las duras tareas que suceden a la batalla. Tal vez la gente no lucharía tanto si supiera que tiene que poner orden en todo este caos.»
Kurt y Jomah lograron hacerla sentar al atardecer, para que comiera y descansara un poco. La fogata del campamento alumbraba dos filas de hoscos cautivos humanos y urs que se miraban con mal ceño, medio ciegos. Nadie parecía más melancólico que el ex sabio, el erudito metido a profeta que un día antes discutía

confiadamente con Sara. Dedinger estudiaba a Kurt, que cuidaba su pistola, sin permitir que ningún prisionero se alejara de su vista.
Antes de sentarse, Sara revisó los puntos de Prity, que todavía la
preocupaban. Había sido difícil coser la herida, mientras la chimpancé se retorcía y Sara tenía la vista enturbiada por la explosión. Después de hacer todo lo posible por su asistente y amiga, Sara fue en busca del forastero. Él había sido una gran ayuda toda la tarde, pero hacía más de una hora que no lo veía, y ya era hora de que tomara su medicamento.
—Se fue por allá —dijo Kurt, señalando el sur—, para tratar de atrapar algunos asnos. No te preocupes. Ese tío sabe cuidarse.
Sara reprimió su reacción inicial, criticar al demoledor por permitir que el hombre del espacio se internara a solas en un lugar inhóspito y desconocido. A fin de cuentas, el hombre estaba herido y podía extraviarse.
Pero en realidad era un lisiado extrañamente competente. Inteligente y hábil en cosas que tenían poco que ver con las palabras. Además, por tratarse de un hombre de conducta tan pacífica, luchaba muy bien.
Sara aceptó la situación y se sentó para compartir el pan de los guerreros del desierto y un sorbo de agua.
—Por la mañana recogeremos leña para la pira, pues no tenemos muchos toroides carroñeros para la reducción —dijo entre bocados, hablando en voz más fuerte que de costumbre, porque todos estaban todavía un poco sordos—. También tendremos que pedir ayuda.
—Yo iré —se ofreció Jomah—. Soy el único que no sufrió lesiones durante la lucha. Soy fuerte y tengo brújula. Tío

Kurt sabe que no me perderé. Además, puedo moverme con rapidez.
El demoledor mayor parecía incómodo. Su sobrino era muy joven. Aun así, al cabo de un instante de titubeo, Kurt asintió.
—Me parece bien. Él puede...
—Yo soy la afrofiada —interrumpió Ulgor, apartándose de la fogata—. Fuedo correr más ráfido y llegar más lejos, y conozco bien esos cerros.
Sara soltó una risa amarga.
—Ni lo sueñes. No puedo creer que no te hayamos maniatado con los demás. ¿Dejarte ir? ¿Para que traigas más fanáticos?
Ulgor ladeó la cabeza.
—Esos amigos ya están en camino, hija de Nelo. UrKachu envió delegados, no lo olvides. Sufongamos que el sobrino de Kurt llegara al valle sin tofarse con un ligger o una manada de khoovrahs. Si se dirige al norte, los frimeros que encontrará serán aliados de UrKachu que vienen a unirse.
—¿Y quién dice que nos dirigimos al norte? —interrumpió Kurt con otra carcajada.
Ulgor y Sara lo miraron extrañados.
—¿A qué te refieres? Obviamente...
Sara calló al ver la sonrisa del demoledor. Pensándolo bien, Kurt nunca había dicho que su destino fuera el Valle. Ella había asumido que se dirigía allí. «Pero tal vez planeara dejar nuestro grupo en Encrucijada, donde los demás podríamos ascender hacia el Huevo.»
—Otros de mi gremio ya han ido a ayudar a los sabios supremos. Pero el muchacho y yo vamos en otra dirección, Sara. Y ya que estamos, te sugiero que tengas en cuenta

la posibilidad de acompañarnos. Por lo pronto, es la última dirección donde buscarán las urunthai.
Nunca le había oído hablar tanto, pensó Sara, y evaluó las implicaciones. ¿Por qué decía eso delante de Ulgor?
Porque cualquier urs empecinada podía rastrear la huella reciente de un grupo de humanos y asnos. «Obviamente, Ulgor tiene que venir o ser eliminada.» ¿Pero esa misma lógica no exigía la ejecución de los demás sobrevivientes? Kurt sabía que Sara no lo permitiría. Pero el problema no se disipaba porque tuvieran un par de días de ventaja. Un buen rastreador como Dwer podía perseguirlos aunque el rastro fuera viejo.
Estaba a punto de plantear estos asuntos, pero al final decidió callarse al comprender que Kurt no podía darle una respuesta satisfactoria delante de los demás.
—Sabes que no puedo ir —dijo al fin—. Estos hombres y urs morirán si los dejamos aquí amarrados, y no podemos liberarlos.
Si tenía alguna duda al respecto, una mirada a los airados ojos de Dedinger acabó decidiéndola. Esa fría furia era un problema que sólo el tiempo y la distancia resolverían. Cuanto más mejor.
—Me quedaré a cuidarlos hasta que lleguen sus amigos —añadió—. Es probable que las urunthai me protejan, pues luché para salvar a algunas... aunque quizá me retengan prisionera. Tal vez pueda impedir que exterminen a la banda de Dedinger. Pero tú y Jomah debéis continuar. Si logramos recobrar algunos asnos, puedes llevarte a Prity y al forastero. Tal vez lleguéis a alguna parte donde haya un farmacéutico y soldados. Yo os seguiré durante varios tiros de flecha, y borraré vuestra huella, luego usaré más asnos para crear falsos caminos que se alejen de aquí.

Ulgor soltó un silbido de renuente respeto.
—Sin duda eres hermana de tu hermano.
Sara se volvió hacia la calderera.
—Claro que esto significa que has agotado el tiempo libre que te ganaste con tu ayuda, al final de la batalla. —Se agachó para recoger la soga—. Es hora de que te reúnas con los demás junto a la fogata.
Ulgor retrocedió.
—¿Me obligarás? ¿Tú y quién más?
Kurt amartilló la pistola.
—Yo y mi vara mágica, Ulgor. Quédate donde estás.
Ulgor aflojó el pescuezo con resignación.
—De acuerdo —murmuró con desconsuelo—, si insistes tanto... Sufongo que fuedo sofortarlo un tiempo mientras...
Mientras Ulgor intentaba aplacarlos, Sara tardó un par de duras en comprender que todavía estaba retrocediendo.
El confundido Kurt vaciló hasta que Dedinger exclamó:
—¡Os está engañando, tontos!
De repente Ulgor dio media vuelta y se zambulló en la penumbra del atardecer.
Kurt disparó una vez y falló el tiro, mientras la urs desaparecía entre las rocas. Lo último que vieron de Ulgor fue una agitación de colas trenzadas. Las prisioneras urs irguieron la cabeza para reír entre dientes. Varios cautivos humanos se mofaron del demoledor.
—Necesitas más práctica con esa cosa, abuelo —observó Dedinger—. Será mejor que se la des a alguien que haya acertado la última vez que lo intentó.
Prity mostró los dientes y le gruñó a Dedinger, quien fingió terror y se echó a reír.
«Dedinger ya trató con chimpancés en Biblos —pensó Sara, apoyando una mano en la rodilla de Prity para

contenerla—. No debería actuar así. Pero no hay mayor tonto que un tonto inteligente.»
—Parece que tenemos un problema —le murmuró Kurt a Sara—. Ha sido culpa mía. Debí haberte escuchado. Debí haberla maniatado, aunque ayudó a salvarme la vida. Ahora puede acechar fuera, observándonos. O ir en busca de su gente antes que podamos alejarnos.
Sara sacudió la cabeza. ¿Para qué iban a huir? La fuga de Ulgor sólo aceleraba lo inevitable.
El demoledor le indicó que se acercara. Cuando ella se sentó, Kurt apretó los labios antes de decidirse a hablar en voz baja.
—He estado pensando, Sara. Parecía un don del Huevo que estuvieras viajando con nosotros. Una bendición de Ifni. Tus aptitudes podrían resultar muy útiles para un proyecto en el que me he metido. Te lo iba a pedir en Encrucijada.
—¿Pedirme qué?
—Que vinieras al sur con nosotros. —Bajó aún más la voz—. Al monte Guenn.
—¡Al monte...! —exclamó Sara, poniéndose de pie.
Ante la expresión de pánico de Kurt, ella se sentó y bajó la voz.
—Será una broma, ¿no? Sabes que tengo cosas importantes en el Valle. Si los extremistas consideran que el forastero es tan importante como para matar por él, ¿no crees que los sabios deberían echarle un vistazo para tomar una decisión? Además, si los incursores son sus amigos, ¿no es nuestro deber ayudarle a conseguir asistencia médica...?
Kurt agitó una mano.
—Es verdad. Pero con el camino del Valle bloqueado, y

con otra tarea que puede ser igualmente importante...
Sara lo miró desconcertada. ¿Estaba tan loco como Dedinger? ¿Qué podía ser «igualmente importante»?
—Una tarea en que trabaja uno de tus colegas, en el lugar que mencioné, desde hace varias semanas.
«¿Uno de mis colegas?»
Sólo se le ocurría un nombre.
«¿Purofsky? ¿En monte Guenn? ¿Haciendo qué, en nombre del Huevo?»
—Una tarea que reclama tus conocimientos, si me permites la osadía.
Ella sacudió la cabeza.
—Ese sitio está más allá del Gran Pantano, después del desierto y del Flujo Espectral, o bien hay que ir por río y por mar...
—Conocemos un atajo —interrumpió Kurt.
—Hasta hace un rato planeábamos llegar a la aldea más cercana como si fuera tan imposible como un viaje a una luna.
—No he dicho que fuera fácil —suspiró Kurt—. Mira, sólo quiero saber una cosa: si pudiera convencerte de que es posible, ¿vendrías?
Sara vaciló. Kurt ya había obrado milagros con ese maletín. ¿Acaso también tenía una alfombra mágica? ¿O un legendario trineo antigravedad? ¿O un deslizador alado que los llevaría a la distante montaña de fuego con el viento de la costa?
—No puedo perder el tiempo hablando tonterías. —Sara se levantó, preocupada por el forastero. Estaba oscureciendo, y aunque Ulgor había escapado hacia el noroeste, era posible que retrocediera para buscar y sorprender al hombre del espacio—. Iré a mirar...

Un grito la sobresaltó. Un aullido de sorpresa y dolor que onduló como una canción frenética, rebotando tanto en las rocas que sus lesionados oídos no fueron capaces de localizar su origen.
Sara tembló.
Prity cogió un cuchillo urs y se aproximó a los nerviosos prisioneros. Jomah cogió un arco y colocó una flecha en la cuerda. Sara flexionó las manos, consciente de que debería tomar un arma, aunque la idea le parecía obscena. No podía hacerlo.
«Un fallo de carácter —admitió—. Que no debería legar a mis hijos. Y menos si nos dirigimos hacia una época de violencia y "héroes".»
La tensión aumentó al intensificarse el gemido. Un estremecedor aullido de dolor, desesperación, humillación, como si la muerte fuera
preferible a lo que padecía el que gritaba. Los prisioneros se apiñaron, escrutando ansiosamente las sombras.
Otro sonido se sumó, en un contrapunto. Un golpeteo disonante que hacía temblar el suelo como una máquina.
Kurt amartilló la pistola.
Una sombra cobró forma cerca del fuego. Una forma monstruosa, oblicua y pesada, sobresaliendo en ángulo, con un apéndice que se movía como un puñado de extremidades. Sara retrocedió con un jadeo.
Poco después la vio con claridad y suspiró, reconociendo a Ulgor como la protuberancia que gemía con angustia y vergüenza, sostenida en el aire por el firme abrazo de dos patas quitinosas armadas con pinzas.
Patas qheuens. Las tres restantes avanzaron torpemente, buscando el equilibrio mientras la urs se contorsionaba.
—La resistencia es inútil —silbó la áspera voz por dos

conductos. La capa de polvo engañó a Sara, haciéndole creer que el caparazón era gris. Sólo cerca del fuego distinguió el destello azul.
—Hola, amigos —graznó Hoja, hijo de Muerdetroncos de la represa Dolo—. ¿Alguien tiene un sorbo de agua?
La noche era clara, ventosa y extremadamente fría para esa época del año. Alimentaron el fuego y arrojaron fragmentos de tienda sobre los cautivos, para ayudarles a conservar el calor corporal. La oscuridad hizo dormir a las urs, incluida Ulgor, pero los rebeldes humanos mascullaban bajo su improvisado refugio. Sara se preguntó qué tramarían. Obviamente no deseaban que más urunthai llegaran desde las colinas, al día siguiente o al otro. Aunque lograran deshacerse de sus ataduras en la oscuridad, ¿de qué serviría la pistola de Kurt en caso de un ataque repentino ?
Muchos de ellos estaban ciegos. Y era una suerte contar con Hoja. Con la presencia de esa figura intimidatoria, Sara y los demás podían arriesgarse a turnarse para dormir.
«Ojalá supiéramos qué ha sucedido con el hombre del espacio», pensó.
Hacía varios miduras que se había ido. Aunque ahora Loocen arrojaba un tenue resplandor, era muy fácil que el pobre diablo se extraviara.
—La detonación me ayudó a llegar al campamento —explicó Hoja, una vez que Sara y Jomah le empaparon los conductos y el círculo visor, usando gran parte de su preciosa agua—. Me estaba desesperando, pues no podía seguir el rastro con tan poca luz, cuando oí el estallido. Poco después, el fuego se reflejó en aquella torre.
Sara miró hacia arriba. Un destello parecía bailar sobre la alta torre de piedra. Tal vez sirviera para guiar al forastero.

—Imaginad mi sorpresa, pues, cuando alguien vino corriendo a saludarme. —Hoja rió por tres conductos—. Desde luego, mi sorpresa no fue comparable a la de Ulgor.
El relato del qheuen era sencillo, aunque conmovedor. Había esperado bajo el agua en el oasis de Uryutta hasta que el grupo rápido de UrKachu partió, seguido por la expedición más lenta que llevaba a los cautivos y el botín.
Hoja evaluó sus opciones. ¿Debía dirigirse a Encrucijada u otra colonia? ¿O era más conveniente que los siguiera para brindar ayuda a tiempo? Cualquiera de ambas decisiones significaría deshidratación y dolor, además de peligro. Sara notó que Hoja no mencionaba una tercera opción, esperar en el oasis hasta que alguien apareciera. Tal vez no se le había ocurrido.
—Había algo que no esperaba... encontraros a los cuatro al mando, habiendo dominado a ambos grupos. Parece que no necesitabais que os rescatara, a fin de cuentas.
Jomah rió desde arriba del caparazón de Hoja, donde estaba limpiando las ranuras de olor del qheuen. El chico abrazó la cúpula azul.
—¡Salvaste el día!
Sara asintió.
—Eres el mayor héroe de todos, querido amigo.
No hubo más que decir después de eso. O bien todos estaban demasiado cansados para las palabras. Miraron las llamas en silencio un rato. Sara observó cómo la luz refleja del sol brillaba en las ciudades buyurs abandonadas de Loocen, esos duraderos recordatorios del poderío y la gloria que antaño llenaban ese sistema solar, y que quizá regresara un día.
«Los irruptores somos como los sueños de Jijo —pensó-. Fantasmas que no dejan rastros cuando desaparecen.

Fantasías pasajeras, mientras este fragmento de la creación descansa y se prepara para los nuevos logros de una raza divina.»
No era un pensamiento confortante. Sara no deseaba ser sólo un sueño.
Quería lo que consideraba importante: aportaciones que podían mejorar con el tiempo, a través de sus obras, de sus hijos.
Tal vez ese deseo estaba arraigado en la educación irreverente que le había dado su madre, cuyos hijos eran un famoso hereje, un cazador legendario y alguien que creía en descabelladas teorías acerca de otra clase de redención para los Seis.
Recordó su conversación con Dedinger.
«Tal vez nunca sepamos quién de nosotros tenía razón, si se hubiera permitido que la Comuna siguiera su camino. Es una lástima.
Cada uno de nosotros cree en algo hermoso, a su manera. Al menos, mucho más hermoso que la extinción.»
El silencio permitió que regresaran algunos de los sonidos naturales del mundo, mientras el retintín residual se disipaba en sus oídos.
«Debería alegrarme de no estar del todo sorda o ciega, o muerta. Si hay alguna lesión permanente, aprenderé a convivir con ella.»
El forastero daba un buen ejemplo, siempre jovial a pesar de su espantosa pérdida.
En tiempos como éstos, la única postura lógica era un acendrado estoicismo.
Entre los sonidos de la noche, algunos eran reconocibles. Una flotante cadencia de suspiros que era el viento, acariciando la pradera cercana e internándose entre las

columnas de piedra. Un gemido lejano hablaba de una manada de gallaiters. Luego venía el cascabeleo gruñón de un ligger, advirtiendo a los demás que se alejaran de su territorio, y la llamada de un ave extraña.
La llamada cambió de modulación y aumentó de volumen. Sara comprendió que no era un ave.
El sonido se volvió gutural, creciendo hasta dominar la noche. Sara se puso de pie, y pronto los demás también reaccionaron ante ese clamor, un alboroto que pronto se convirtió en rugido, obligándole a taparse los oídos. Hoja retrajo su cúpula y las urs cautivas relincharon desdichadamente, meciendo los largos cuellos. Cayeron guijarros de las torres de roca, haciendo temer a Sara que se desmoronaran ante el embate de la turbulencia.
«Ese sonido... lo conozco.»
Algo brillante que desaceleraba con titánicos estruendos surcó el cielo: un tubo rutilante cuyo calor era palpable a pesar de la distancia.
Sara sólo había entrevisto una nave estelar en una ocasión, un destello distante desde su ventana. Además de eso, tenía figuras, bocetos y mediciones abstractas, todo inútil para las comparaciones ante el aturdimiento de su mente.
Comprendió que aún debía de estar en la atmósfera. Sin embargo, parecía tan grande...
La nave de los dioses pasó desde el sudoeste hacia el noreste, descendiendo, disponiéndose a aterrizar. No se requería mucho ingenio para adivinar su destino.
A pesar de su conmovedora belleza, Sara sólo experimentó el aguijonazo del espanto.

Le costaba distinguir desde esa distancia. El intenso resplandor que brotaba del Valle proyectaba largas sombras, incluso en los caminos boscosos de una ladera que estaba a muchas leguas.

—Ahora verás quiénes son tus oponentes —le dijo Ling, que estaba a poca distancia, custodiada por media docena de soldados—. Esto no será como derribar un par de robots.

—Sin duda —replicó Lark, protegiéndose los ojos del resplandor mientras los reflectores barrían el cráter donde estaban las ruinas de la estación. Después de dos días de insomnio, los motores le recordaban el gruñido de un ligger hembra que regresa de una cacería para descubrir que han matado a su cachorro y ansía vengarse.

—Todavía no es demasiado tarde —continuó Ling—. Si entregas a tus rebeldes y a tus sabios supremos, los rothens pueden aceptar una culpa individual, no colectiva. El castigo no tiene por qué ser generalizado.

Lark sabía que le correspondía enfurecerse. Le correspondía denunciar la hipocresía de esta propuesta, recordándole las pruebas que todos habían presenciado antes y que demostraban que sus amos planeaban el genocidio.

Dos cuestiones se lo impidieron.

Primero, aunque todos sabían que los rothens se proponían fomentar una sangrienta guerra civil destinada a exterminar la población humana de Jijo, los detalles aún no eran claros.

«Y el demonio se vale de los detalles.»

Por otra parte, Lark estaba demasiado cansado para

enfrentarse de nuevo a la joven bióloga. Movió la cabeza, torciendo el pescuezo como una urs, y susurró en gal-dos:
—¿Acaso no tenemos cosas (mucho) mejores que hacer, que discutir ideas (intensamente) absurdas?
Esto provocó risas aprobatorias entre los guardias. Otros grupos escoltaban a Rann y a Ro-kenn a otros escondrijos, dispersando a los rehenes todo lo posible.
«¿Pero por qué me pusieron a cargo de Ling? Tal vez pensaron que estaría tan ocupada discutiendo conmigo que no planearía una fuga.»
Por lo que sabía, ambos tendrían que soportarse durante largo tiempo.
Guardaron silencio mientras la potente nave estelar volaba de aquí para allá proyectando sus luces en todos los rincones del Valle. Desde una ladera lejana, resultaba fascinante, hipnótica.
—Sabio, debemos marcharnos. Todavía no es seguro.
Era la sargento, una mujer nervuda llamada Shcn, de cabello negro y brillante, rasgos delicados, con un arco colgado del hombro. Lark pestañeó, preguntándose a quién le hablaba.
«Sabio. Ah, sí.»
Tardaría un tiempo en acostumbrarse. Lark había creído que la herejía lo excluiría, a pesar de su formación y sus logros.
Pero sólo un sabio puede regir en cuestiones de vida o muerte.
Mientras el grupo reanudaba la marcha, echó una ojeada a Ling. Aunque muchas veces tenía ganas de estrangularla, dudaba de que pudiera llegar a hacerlo, si se planteaba la situación. Incluso ahora, sucia y demacrada, tenía un rostro demasiado adorable.

Un midura después, un grito de consternación resonó en la montaña, reverberando en los picos escarchados. Un soldado señaló el lugar donde el fulgor artificial de la nave estelar había crecido hasta un tamaño imposible. Corrieron hacia un camino que ofreciera una vista del sudoeste, y se cubrieron los ojos con las manos.

—¡Ifni! —jadeó Lark, mientras los guardias empuñaban sus armas o hacían gestos fútiles para ahuyentar el mal. Todos los rostros estaban blancos con el reflejo del resplandor.

—No puede ser —suspiró Ling.

La gran nave rothen aún revoloteaba sobre el valle, como antes, bañada en luz.

Sólo que ahora la luz llegaba de arriba.

De otra nave.

Una nave mucho mayor, como una urs adulta junto a una larva.

Lark quedó pasmado. Procuraba adaptarse a ese cambio de escala, pero sólo se le ocurría una idea blasfema.

Ese monstruo era tan grande como para haber puesto el Huevo Sagrado, y todavía tener lugar para más.

Atrapada debajo de ese mastodonte, la nave rothen emitió un chirrido, como si se esforzara por escapar. Pero la luz que se derramaba sobre ella parecía una sustancia física, una franja sólida que la empujara hacia el suelo. Un color dorado aureolaba la nave más pequeña mientras rozaba el suelo de Jijo. Ese denso fulgor la rodeaba, congelándola como un cono reluciente.

«Como cera», pensó Lark. Pronto todos echaron a correr por el bosque, haciendo acopio de todas las fuerzas que les quedaban.

¿Qué es esto, anillos míos? Esta sensación trémula que recorre nuestra pila?
Una familiaridad espantosa.
O un espanto familiar.
En medio de este horrible resplandor, estamos clavados en el valle con la nave rothen posada en tierra, envuelta en una burbuja de tiempo congelado, con hojas y ramas apresadas e inmóviles cerca de ese casco dorado.
Y arriba, este nuevo poder. Este nuevo titán.
Las luces cegadoras se apagan. Tarareando una abrumadora canción, la monstruosa nave desciende, aplastando los árboles que quedan en el sur del valle, cavando un nuevo lecho para el río, llenando el cielo como una montaña.
¿Lo sentís, anillos míos?
¿Sentís la premonición que palpita en nuestro núcleo con vapores ácidos?
En el flanco de la nave estelar se abre una escotilla, tan grande como para devorar una pequeña aldea.
Unas siluetas se recortan contra el interior iluminado.
Conos ahusados. Pilas de anillos.
Temibles parientes que esperábamos no volver a ver.

SARA

El forastero entró en el campamento poco después del paso de la segunda nave. Sara se había recobrado lo suficiente para concentrarse en los problemas inmediatos. Problemas que debía solucionar.

El hombre del espacio venía del sur, arreando media docena de fatigados asnos. Parecía alborotado, ansioso de contar algo. Abría y cerraba la boca, murmurando incoherencias, como si tratara de articular palabras por pura voluntad.

Sara le palpó la frente y le revisó los ojos.

—Lo sé —dijo, tratando de calmarlo—. Nosotros también la vimos. Una cosa enorme, más grande que el lago de Dolo. Ojalá pudieras decirnos si era tu nave o si acaso se trata de alguien que no te agrada.

En realidad, ni siquiera sabía si el hombre podía oírle la voz, mucho menos entenderle. Él había estado más cerca de la explosión, y menos preparado.

No obstante, había algo raro en su agitación. No señalaba el cielo, como cabía esperar, ni el norte, donde habían descendido las dos naves. Señalaba el sur, la dirección de donde venía.

El forastero la miró temblando, frunció el ceño, inhalando varias veces. Luego, con repentina luz en los ojos, cantó:

Negros y bayos, manchados y grises, carroza y seis caballos blancos, silencio, no llores, duerme, mi niño.

Tenía la voz áspera y lagrimeaba. Pero continuó entonando versos que conocía de memoria, que incluso después de muchas décadas permanecían alojados en las circunvoluciones intactas de su cerebro.

Cuando despiertes

te daré un pastel
y todos esos bonitos caballos.
Sara asintió, tratando de encontrar sentido en esa canción de cuna.
—Todos esos bonitos... ¡Oh, Ifni!
Se volvió hacia los demoledores.
—¡Ha visto más urs! Ya están aquí, virando hacia el sur para sorprendernos por la retaguardia.
Kurt parpadeó y quiso decir algo, pero lo interrumpió el silbido de júbilo de los prisioneros. Ulgor estiró el pescuezo.
—Os dije que nuestros aliados no tardarían en llegar. Cortad estas cuerdas fara que fueda interceder, y fersuadir a nuestras urunthai de que no os traten muy mal.
—Sara —dijo Kurt, cogiéndole el codo. Pero ella se zafó. No había tiempo que perder.
—Kurt, lleva a Jomah, Prity y el forastero a las rocas. Las urunthai tendrán dificultades para seguirnos en terreno accidentado. Puedes llegar al terreno alto si Hoja y yo nos enfrentamos a ellas. Trata de encontrar una caverna o algo parecido. ¡Deprisa!
Se volvió hacia el qheuen azul.
—¿Estás preparado, Hoja?
—Claro que sí, Sara. —El azul hizo chasquear dos pinzas y avanzó, como si se dispusiera a librar de nuevo la batalla del Puesto de Znunir.
Más risas la obligaron a volverse. Esta vez era Dedinger.
—Oh, no te preocupes por mí, amiga. Tu plan me parece maravilloso. Salvará mi vida y las de mis hombres. Haz lo que ella dice, Kurt. Dirígete a las rocas.
Sara entendió a qué se refería Dedinger. Si los refuerzos urunthai no podían seguir a los fugitivos por el terreno

escabroso, en una gruta estrecha o por un árbol garu, tendrían que renovar su rota alianza con los extremistas humanos, postergando la venganza hasta que cazaran a Kurt y los demás.
Se dio cuenta de que todo era en vano.
«Hemos pasado por tantas cosas sólo para volver al punto donde empezamos.»
—Sara —insistió Kurt. Luego calló lo que iba a decir y ladeó la cabeza—. Escucha.
Se hizo silencio en el claro. Poco después ella también lo oyó: el trepidar de un gran número de cascos. Sentía la vibración en las plantas de los pies.
Demasiado tarde para trazar otro plan. Demasiado tarde para otra cosa que no fuera conservar la dignidad.
Cogió el codo del forastero.
—Lamento no haberlo entendido al principio, cuando intentaste advertirnos —dijo, limpiándole el polvo de la ropa y ajustándole el cuello. Si iba a ser su trofeo, que al menos tuviera apariencia de rehén valioso, no de vagabundo harapiento. Él le retribuyó con una sonrisa. Juntos enfilaron hacia el sur para enfrentarse a la caballería.
Las urs salieron de la oscuridad, entre gigantescas columnas de piedra. «Son urs», pensó Sara. Robustos, potentes, bien armados y disciplinados, los efectivos entraron en formación, apostándose en todos los flancos, blandiendo sus ballestas y buscando señales de peligro.
Sara se sintió sorprendida, y un poco insultada, cuando la vanguardia hizo caso omiso de los humanos y Hoja, como si no representaran una amenaza.
Más aún, apenas prestaron atención a los cautivos maniatados y los dejaron donde estaban.

Sara advirtió que la pintura de guerra que llevaban no era como la de la banda de ÜrKachu. Más discreta, con líneas más lisas y fluidas. ¿No eran urunthai? Por la expresión de Ulgor, Sara comprendió que no era la banda de «amigas» que la urs esperaba.

Sintió una vaga esperanza. ¿Serían milicianas? No llevaban uniforme ni actuaban como milicianas urs, arrieras que se reunían para adiestrarse una vez por semana, cuando hacía buen tiempo.

«¿Quiénes son?»

Las exploradoras anunciaron que la zona estaba despejada. Una

matrona con hocico gris se aproximó a la luz del fuego. Se acercó a los aldeanos de Dolo y bajó el pescuezo en un gesto respetuoso.

—Lamentamos nuestra demora, amigos. Es triste que hayáis sufrido inconvenientes, fero nos alegra ver que habéis suferado vuestros froblemas sin ayuda.

Kurt y la vieja urs se tocaron la nariz.

—No llegas tarde si llegas justo a tiempo, Ulashtu. Sabía que olerías nuestra aflicción y vendrías a buscarnos.

En ese punto, Sara dejó de seguir la conversación. El extranjero le tironeaba y apretaba el brazo con un temblor nervioso.

Más figuras se aproximaban en la oscuridad.

Formas desconcertantes.

Al principio Sara creyó que era otra partida de urs, preparadas para la guerra. Urs muy grandes, con pescuezo rígido y andar extraño. Por un instante recordó la ilustración que antaño decoraba el Partenón con sus salvajes y míticos centauros.

Poco después, suspiró.

Qué tontería. Sólo eran hombres montando en asno. ¡Ifni! Esta oscuridad infundía misterio a cualquier cosa, sobre todo después de...
Parpadeó y miró de nuevo. Eran asnos grandes. Los jinetes humanos no arrastraban los pies, sino que iban montados sobre grandes torsos que irradiaban energía animal.
—¡Son ellos! —exclamó Jomah—. ¡Son reales! ¡No los exterminaron a todos!
Para Sara era como ver dragones o dinosaurios saliendo de las páginas de un libro de cuentos. Un sueño hecho realidad. Una pesadilla, para algunos. Las urunthai lanzaron un aullido de furia y desesperación al comprender de qué se trataba. Esto significaba que su gran logro, lo que daba fama a su comunidad, era un fracaso. Una farsa.
Los jinetes se apearon, y Sara se dio cuenta de que eran mujeres. Detrás de ellas avanzaron más bestias, ensilladas pero sin jinete.
«No —pensó, comprendiendo lo que iban a pedirle—. No pueden pedirme que me suba a una de esas criaturas.»
La bestia más próxima resopló mientras el forastero le acariciaba la cabeza. La criatura era mayor que cuatro o cinco urs, con mandíbulas de tamaño suficiente para devorar el brazo de una persona. Pero el hombre del espacio apretó la mejilla contra su poderoso cuello.
Con lágrimas en los ojos, cantó de nuevo:
Cuando despiertes
te daré un pastel
y todos esos bonitos caballos.

EPÍLOGO

Es un universo extraño.
Lo piensa sin expresarlo en palabras. Así es más fácil.
Últimamente ha encontrado medios para expresar ideas sin ese enjambre de zumbidos y ruidos pegajosos que atravesaban sus pensamientos.
Música y canción. Números. Bocetos. Sentimientos. Y los extraños colores proyectados por esos visores vivientes que usaba la gente de ese mundo.
Rewq.
Es capaz de pensar en el nombre de las criaturas, y está orgulloso de su logro.
Mientras se repone, descubre que puede pensar más claramente ciertos nombres importantes: Sara, Joman, Prity.
Y otras palabras, a veces dos o tres juntas.
Su memoria también es más clara. Recuerda la nave exploradora, por ejemplo, destruida mientras él intentaba una evasión, para alejar a una nave cazadora de su presa. Fracasó, y cayó en llamas...
«No, no. Piensa en otra cosa.»
Cabalgar. Eso era mucho más agradable. Cabalgar en un animal con silla. Un brioso caballo. La vertiginosa alegría del viento fresco en la cara, mil olores asombrosos.
Qué extraño que hubiera tantas cosas gratas en ese mundo nuevo, en una vida despojada de aquello que hace humanos a la mayoría de los humanos: el dominio de las palabras.
Y ahora recuerda. Algo muy similar le sucedió antes a un amigo. Su capitán.
Una imagen cruza su mente. Una figura cana y apuesta.

Una cola
que se agita en aguas burbujeantes. Una mandíbula estrecha con forma de botella, llena de dientes aguzados. Un cerebro lesionado, pero profundamente sabio.
Articula tres sílabas en silencio.
Creí... dei... ki...
Y esto activa más recuerdos. Más amigos. Una nave. Una misión. Una necesidad.
Una imagen de honduras acuosas, tan negras y profundas que ninguna luz penetraba jamás, un escondrijo, pero no un refugio. En todo el vasto cosmos no hay refugio.
Pero ahora, como liberado de la prisión de su lesión, un nuevo dato recorre su mente, sorprendiéndolo con repentino reconocimiento.
Un nombre.
Mi nombre.
Sofocado de frustración, emerge de su ocultamiento. Moviéndose de aquí para allá, al fin se posa a su alcance. Ese nombre nunca debió irse. Debería ser el nombre más seguro en la vida de una persona, pero sólo ahora regresa, como para decirle «bienvenido».
Cabalgando en el exótico claro de luna, rodeado por seres extraños y una cultura desconocida, se echa a reír, extasiado por esta cosa tan simple. Ese acto entrañable.
«Me llamo... Emerson.»

FIN DE LA PRIMERA PARTE

GLOSARIO

ESPECIES SAPIENTES

g'Kek: Miembro de la primera raza irruptora que llegó a Jijo, hace dos mil años. Elevados por los droolis, los g'Keks tienen ruedas impulsadas biomagnéticamente y tallos oculares en vez de cabeza. Durante casi todo su período de sapiencia, no vivieron en planetas. Los g'Keks están extinguidos en las Cinco Galaxias, excepto en Jijo.

gláver: Miembro de la tercera raza irruptora que llegó a Jijo. Pupilos de los tunuctyurs, que a su vez fueron pupilos de los buyurs, los glávers son bípedos de piel opalina y ojos grandes. De un metro de altura, tienen una cola prensil bifurcada que compensa la ineficacia de sus manos. Desde que colonizaron Jijo ilegalmente, involucionaron hasta un estado de presapiencia. Para algunos, son un ejemplo cabal que señala la Senda de la Redención.

hoon: Miembro de la quinta raza que colonizó Jijo. Los hoons son omnívoros bípedos, de piel pálida y escamosa y pelaje blanco y lanudo. Su columna vertebral es una estructura maciza y hueca que forma parte de su sistema circulatorio. Poseen unos sacos laríngeos inflables que originariamente empleaban en las ceremonias de cortejo, pero luego su uso evolucionó para «guturear». Desde que fueron pupilos de los guthatsa, los miembros de esta raza han servido como adustos y oficiosos burócratas de la cultura galáctica.

humano: Miembro de la raza irruptora más joven. Los humanos llegaron a Jijo hace menos de trescientos años. Los «lobeznos» humanos evolucionaron en la Tierra y quizás alcanzaron una civilización tecnológica y un tosco viaje interestelar por su cuenta. Su mayor logro: la

Elevación de neochimpancés y neodelfines.
jophur: Organismo semejante a un cono de anillos apilados**;** como sus primos traekis, los jophurs consisten en «anillos de savia» intercambiables y esponjosos, cada cual de inteligencia limitada, pero que se combinan para formar un ser sapiente comunitario. Los anillos especializados dan a la pila los órganos sensoriales y manipuladores, y a veces aptitudes quimiosintéticas exóticas. Como los traekis, esta singular especie era afable y poco ambiciosa cuando fue pupila de los poas. Los celosos oailies los reinventaron con «anillos maestros» y transformaron a los traekis en jophurs, seres tercos y profundamente ambiciosos.
qheuen: Miembro de la cuarta raza irruptora de Jijo. Pupilos de los zhoshs, los qheuens son seres exoesqueléticos, radialmente simétricos, con cinco patas y pinzas. Su cerebro está parcialmente contenido en un domo central retráctil llamado «cúpula». Rebeldes qheuens colonizaron Jijo en un intento de conservar su antiguo sistema de castas, donde la variedad gris brindaba las matriarcas reales mientras las especies roja y azul eran criadores y artesanos. Las condiciones de Jijo —y la intervención humana— provocaron la desaparición de este sistema.
rothen: Misteriosa raza galáctica. Un grupo humano (los dakkins o daniks) cree que los rothens son los instructores perdidos de los terrícolas. Los rothens son bípedos, algo más corpulentos que los humanos, pero con proporciones similares. Se cree que son carnívoros.
traeki: Segunda raza ilegal de colonizadores que llegó a Jijo. Los traekis son una variante retrógrada de los jophurs que se resistió a la imposición de anillos maestros.

urs: Miembro de la sexta raza irruptora de Jijo. Habitantes de las praderas, carnívoros y centauroides, tienen el cuello largo y flexible, cabeza alargada y brazos sin hombros que terminan en manos diestras. Los urs inician su vida como larvas de seis patas, expulsadas del marsupio materno para que sobrevivan por su cuenta. Los que sobreviven a la «infancia» pueden ser aceptados en una banda urs. Las hembras urs alcanzan el tamaño de un venado grande y poseen marsupios gemelos de procreación, donde guardan parejas de escaso tamaño, menores que el gato doméstico. Una hembra con jóvenes prelarvales expulsa a uno o dos machos para dejar sitio para su prole. Los urs aborrecen el agua en su forma pura.

NOMENCLATURA

ánglico: Idioma humano creado en el siglo XXI. Aunque usaba muchas palabras inglesas, recibió la influencia de otras lenguas anteriores al Contacto y se modificó según nuevos enfoques de la teoría lingüística.

araña reductora: Forma de vida artificial diseñada para destruir edificios y artefactos tecnológicos en mundos declarados en barbecho.

Biblioteca Galáctica: Una prodigiosa compilación de conocimientos acopiada durante el curso de cientos de millones de años. En la mayoría de las naves estelares y colonias galácticas hay «bibliotecas subsidiarias» cuasisapientes.

Biblos: Fortaleza que contiene el Archivo, o Salón de los Libros, una combinación de universidad y biblioteca circulante central que ejerce una profunda influencia sobre la cultura jijoana.

Bibur: Río que pasa frente a Biblos y se une con el Roney en Villa Tarek.

buyur: Ex ocupantes legales de Jijo, con apariencia de ranas, conocidos por su ingenio, previsión y manipulación de genes para crear herramientas animales especializadas. Partieron cuando Jijo se declaró en barbecho, hace casi medio millón de años.
ceremonia de reducción: Disolución de cadáveres por medio de la cual se devuelve la carne al ecosistema jijoano. A menudo implica el consumo de carne por anillos traekis especializados. Los restos no degradables se tratan como escoria y se envían al Sumidero.
chimpancé o «chim»: Simio que sufrió una Elevación parcial y acompañó a los humanos a Jijo, incapaz de articular palabras pero que puede comunicarse por medio de signos.
clan terrícola: Una pequeña y excéntrica «familia» galáctica de razas sapientes que consta de pupilos neochimpancés, neodelfines y sus instructores humanos.
Consejo de los Terrágenos: Cuerpo gobernante del gobierno interestelar de la humanidad, a cargo de las relaciones entre el clan terrícola y la sociedad galáctica.
cotorrín: Insecto creado por los buyurs, que puede memorizar y repetir frases breves. Los primeros humanos de Jijo dudaban de su cordura cuando «oían voces».
dakkin: Término vulgar equivalente a «danikenista», un movimiento cultural que data de las postrimerías del primer contacto de la humanidad con la civilización galáctica. Los dakkins creen que los terrícolas fueron pupilos de una raza galáctica que optó por permanecer oculta por razones desconocidas. Un culto derivado sostiene que los rothens son esta raza de guías sabios y enigmáticos. (*También* «danik».)
desconstructor: Dispositivo mecánico que cuenta con el

permiso del Instituto de Migraciones para demoler restos de una civilización tecnológica en un planeta declarado en barbecho.
demoledor: Experto en explosivos que mina grandes colonias de las Seis Razas para su rápida destrucción cuando llegue el Día. El gremio tiene su sede en Villa Tarek.
Día del Juicio: En las profecías, el día en que los Seis Clanes de Jijo serán juzgados por sus crímenes. Para ese entonces, muchos esperan que sus descendientes sean como los glávers: inocentes que han seguido la Senda de la Redención.
Dolo: Aldea del río Roney, famosa por la producción de papel.
dura: Unidad de tiempo que equivale aproximadamente a un tercio de minuto.
Elevación: Proceso por el cual una especie animal presapiente se convierte en una raza plenamente sapiente, capaz de sumarse a la sociedad galáctica, mediante la guía de una raza «instructora».
escoria: Todo material no biodegradable destinado a ser arrojado al Sumidero, para ser reciclado por los fuegos tectónicos de Jijo.
Exilio: Época que comenzó cuando la primera raza intrusa llegó a Jijo.
Festival de Asamblea: Celebración y feria anual que celebra y consolida la Gran Paz entre las razas irruptoras de Jijo. Incluye una peregrinación al Huevo Sagrado.
Flujo Espectral: Imponente e inhabitable región desértica de la Cuesta, cubierta por láminas de piedra volcánica de colores brillantes y protuberancias de cristal fotoactivo.
Galáctico/a: Persona, raza, concepto o tecnología que

deriva de la antigua civilización de las Cinco Galaxias.
Gran Edición: La repentina introducción de libros de papel, por parte de los humanos, poco después de su llegada a Jijo.
Gran Paz: Época de creciente entendimiento entre los Seis Clanes, atribuida a la influencia de Biblos, o bien a la aparición del Huevo Sagrado y los parásitos rewqs.
Grieta: Rama del Sumidero situada en el extremo meridional de la Cuesta.
Guenn, volcán o monte: Sede de las forjas clandestinas de Uriel la herrera.
herejías: Visiones alternativas del destino de Jijo, sostenidas por grupos que disienten de las teorías de los sabios supremos. Una de estas visiones sostiene que la Ley Galáctica es justa y que Jijo estaría mejor sin la «epidemia» de las razas irruptoras. Otras se basan en interpretaciones más ortodoxas de los Rollos Sagrados, y piensan que cada raza exiliada debe buscar la salvación en la Senda de la Redención. Una extraña herejía se llama «progreso».
Huevo Sagrado: Misteriosa masa de piedra que surgió hace un siglo de un volcán, acompañada por visiones, sueños y actividad psíquica.
humitador: Término coloquial para designar a alguien que imita a los humanos, porque los textos terrícolas todavía dominan la vida literaria de Jijo, mucho después de la Gran Edición.
Ifni: Probablemente una vulgarización de «Infinitud». En la tradición del espacio, nombre dado a la diosa de la suerte. Personificación del Azar o la Ley de Murphy.
incursor: En Jijo esta palabra designa a invasores que buscan material genético.

Institutos Galácticos: Vastas y poderosas academias, presuntamente neutrales y ajenas a las políticas de clan. Los Institutos manejan o regulan varios aspectos de la civilización galáctica. Algunos tienen más de mil millones de años de antigüedad.
instructor-a: Raza galáctica que ha tenido por pupila al menos a una especie animal, llevándola a la sapiencia plena.
irruptor: Renegado que intenta colonizar mundos que el Instituto Galáctico de Migraciones ha puesto en barbecho. En Jijo, el término alude a los que tratan de fundar nuevas colonias ilegales fuera de la Cuesta.
Izmunuti: Estrella gigante roja, incómodamente cercana al sol de Jijo; emite un viento de carbono que oculta a Jijo de la supervisión del Instituto de Migraciones.
jadura: Unidad de tiempo que equivale aproximadamente a 43 horas.
Jijo: Planeta de la galaxia Cuatro. Hogar de siete razas irruptoras: humanos, hoons, qheuens, urs, g'Keks, los involucionados glávers y los jophurs «retrógrados» conocidos como traekis.
Jophekka: Mundo natal de los jophurs.
kidura: Unidad de tiempo que equivale aproximadamente a medio segundo.
Linderos: Cordillera que marca el límite oriental de la Cuesta.
lobezno: Término galáctico despectivo para designar una raza que parece haber alcanzado el viaje espacial sin asistencia de instructores.
Loocen: La mayor de las tres lunas de Jijo.
lornik: Animal doméstico, criado como sirviente por los qheuens. Los lorniks son radialmente simétricos, tienen

cuatro patas y cuatro manos de tres dedos.
meseta de Dooden: El mayor y más antiguo enclave g'Kek.
midura: Unidad de tiempo que equivale aproximadamente a 71 minutos.
nihánico: Otro idioma humano anterior al Contacto, derivado de un híbrido del japonés y del chino han.
noor: Criatura astuta, diestra y traviesa, de apariencia similar a la nutria. Los noors no se pueden domesticar, pero los pacientes y afables hoons emplean noors en sus naves, las otras razas irruptoras los consideran una molestia.
oailie: Expertos en manipulación genética, los oailies modificaron la biología y psicología traeki mediante la adición de anillos maestros, transformándolos en «jophurs».
Passen: La luna más pequeña de Jijo.
Progenitores: Primera raza legendaria de viajeros espaciales, que inició el ciclo de Elevación hace dos mil millones de años.
Pupilo/a: Raza que trabaja durante un período de servidumbre para los instructores que la sacaron del estado animal presapiente mediante la Elevación.
rewq: Criatura simbiótica cuasifungosa que ayuda a las Seis Razas a «interpretar» las emociones y gestos de las demás.
Rollos Sagrados: Textos de origen enigmático, el único material escrito en Jijo entre la partida de los buyurs y la introducción de libros de papel por parte de los humanos. Los rollos instruían a los g'Keks y colonos posteriores acerca de la necesidad de ocultamiento, cuidado planetario y «redención».

Senda de la Redención: Meta de las facciones religiosas ortodoxas de Jijo, que creen que las razas irruptoras deben involucionar hacia la presapiencia. Sólo así podrán escapar del castigo por haber colonizado un mundo en barbecho, obteniendo una segunda oportunidad de Elevación. Los glávers ya han emprendido ese camino.
sept: Raza o clan sapiente de Jijo, es decir, los g'Keks, glávers, hoons, urs, traekis, qheuens y humanos.
Sueño de Wuphon: Batiscafo construido por Pinzón, con ayuda de Alvin, Huck y Ur-ronn. Provisto por Uriel la herrera.
Sumidero: Vasta grieta submarina, o zona de subducción, formada por placas tectónicas, que transcurre a lo largo de la Cuesta. Toda la escoria generada por las razas moradoras —desde restos de esqueletos hasta cascos de naves espaciales— se debe arrojar allí para que las fuerzas naturales la derritan bajo la corteza de Jijo.
Tabernáculo: Nave furtiva que llevó irruptores humanos a Jijo hace doscientos años.
Torgen: Una de las lunas de Jijo.
Urchachka: Mundo natal de los urs.
Villa Tarek: La ciudad más grande de la Cuesta, donde confluyen el Roney y el Bibur. Sede del Gremio de Demoledores.
vlennación: Extraña forma de reproducción traeki, en la que un adulto produce una pila pequeña y completa.
zhosh: Raza que Elevó a los qheuens.
zookir: Animal sirviente criado por los g'Keks.

AGRADECIMIENTOS

Para los que están familiarizados con mi obra, este volumen constituye una excepción a mi costumbre de tratar de escribir novelas autónomas. Al principio era mi intención, pero la historia seguía creciendo hasta superar la longitud de enormes volúmenes como *Tierra* y *Tiempos de gloria,* obligándome a proyectar una trilogía. Esta práctica no es vergonzosa. Las trilogías ejercen una atracción espectacular. Pero en el futuro confío en planificar mejor.
Espero publicar pronto el segundo y el tercer volumen, mientras produzco un par de obras aún más inusitadas que ésta.
Quisiera dar las gracias a las siguientes personas por haberme ayudado con sus comentarios y críticas a lograr que esta compleja historia funcionara: Gregory Benford, Anita Everson, Joy Crísp, Mark Janes, el doctor Bruce Miller, Jim Richards, el profesor Jim Moore y el doctor Steinn Sigurdsson. También mi gratitud para los miembros de SPECTRE, el club de ciencia ficción del Caltech: Aaron Petty, Teresa Moore, Dustin Laurence, Damien Su-llivan, Micah Altman, John Langford, Eric Schell, Robin Hanson, Grant Swenson, Rubén Krasnopolsky y Anita Gould. Un agradecimiento especial para Stefan Jones y Kevin Lenagh por haber contribuido a mejorar y embellecer mis pobres esfuerzos. También agradezco profundamente a Jennifer Hershey, Ralph Vicinanza y Cheryl Brigham, por su dedicación y sapiencia.

David Brin, *marzo de 1995*

En memoria del doctor James Neale, de Wellington, Nueva Zelanda, sanador y amigo.

David Brin, nacido en 1950, es uno de los nombres más destacados de la ciencia ficción moderna. Licenciado en física y doctorado en ciencia espacial, posee una sólida formación científica y ha trabajado como investigador y docente en la Universidad de California en San Diego. Brin domina también el arte literario y narrativo como pocos. A finales de los años ochenta fue elegido por los lectores de la influyente revista Locus *como el autor de ciencia ficción favorito de los años ochenta, incluso por encima del popular Orson Scott Card. Brin, junto con Ben-ford y Bear, representa hoy el punto más álgido de la madurez narrativa y estilística de la ciencia ficción sólidamente inspirada en la ciencia.*
Su obra más conocida y famosa, la Serie de la elevación de los pupilos, *le ha reportado numerosos premios Hugo, Nébula y Locus. Tras* MAREA ESTELAR *(1983) y* LA REBELIÓN DE LOS PUPILOS *(1987), ambas en Acervo, se publicó por fin en España el primer título de dicha serie:* NAVEGANTE SOLAR *(1980,* NOVA éxito, *número 2). Recientemente Brin ha iniciado una nueva serie ambientada en el mismo universo de ficción. La nueva trilogía se inicia con* ARRECIFE BRILLANTE *(1995,* NOVA, *número 103) y, de momento, continúa con* LA PLAYA DEL INFINITO *(1996, prevista en NOVA).*
En las obras citadas domina el aspecto literario y la habilidad narrativa, pero la sólida formación científica de Brin se aprecia incluso en obras presuntamente

«menores», como EL EFECTO PRÁCTICA *(1984,* NOVA, *número 91), en la que un profesor universitario es transportado a un mundo alternativo donde el segundo principio de la termodinámica está invertido y los objetos mejoran con su uso en lugar de deteriorarse. Una idea brillante servida con una técnica narrativa que recuerda explícita y voluntariamente la ciencia ficción de los años cuarenta y cincuenta.*

EL CARTERO *(1985,* NOVA, *número 105) es una emotiva y brillante aventura postholocausto nuclear que constituye una de las mejores novelas aparecidas en la ciencia ficción de la década de los ochenta. Ha sido llevada al cine en un ambicioso proyecto liderado por Kevin Costner.*

Junto con su amigo Benford, Brin ha publicado también EL CORAZÓN DEL COMETA *(1985), al amparo de la moda surgida a raíz del reciente paso del famoso cometa Halley cerca de la Tierra.*

En los últimos años, Brin ha abordado novelas francamente ambiciosas que parecen destinadas a dejar huella en la historia de la ciencia ficción. TIERRA *(1990,* NOVA éxito, *número 6) es una larga novela sobre el futuro cercano en nuestro planeta, y* TIEMPOS DE GLORIA *(1993,* NOVA éxito, *número 9) incluye una inteligente y cuidada especulación en torno a una forma distinta de organizar la relación entre los sexos. En este último caso, la originalidad estriba en que Brin ha osado aportar la especulación de un varón a una temática reservada tradicionalmente a autoras femeninas como Le Guin, Russ, Tepper o Atwood, por citar sólo algunos casos ejemplares. Brin ha obtenido también varios premios con sus relatos cortos, como el Hugo por* The Crystal Spheres *(1984) y por* Thor meets Captain America *(1987). Sus primeros relatos*

están recogidos en la antología THE RIVER OF TIME *(1986), y otra antología más reciente es* Otherness *(1994).*
Junto con Gregory Benford y Greg Bear, David Brin ha aceptado el difícil encargo de continuar la famosa saga de la Fundación *de Asimov para componer una nueva trilogía llamada, tal vez, a hacer historia en el género. Los títulos previstos son* Foundation's Fear *(Benford, 1997),* Foundation and Chaos *(Bear, 1998) y* Third Foundation *(Brin, 1999).*
Datos actualizados a partir de CIENCIA FICCIÓN: GUÍA DE LECTURA de Miquel Barceló, NOVA ciencia ficción, *número 28, Ediciones B, Barcelona (1990).*